Francesco Pecoraro

LA VIDA EN TIEMPO DE PAZ

PERIFÉRICA



LA VIDA EN TIEMPO DE PAZ

FRANCESCO PECORARO

TRADUCCIÓN DE PAULA CABALLERO SÁNCHEZ
Y CARMEN TORRES GARCÍA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2018
TÍTULO ORIGINAL: *La vita in Tempo di Pace*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© Adriano Salani Editore s.u.r.l. — Milán, 2013
© de la traducción, Paula Caballero Sánchez y Carmen Torres García, 2018
© de esta edición, Editorial Periférica, 2018
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-23-8

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales

A Nicola

Siempre es de noche, por eso necesitamos luz.

THELONIUS MONK

Entre los infinitos universos posibles, sin duda existe uno en el que el mundo está configurado como en este libro.

A Ivo Brandani lo perseguía el sentido de la catástrofe. La veía en cualquier iniciativa de transformación de la realidad, en cualquier edificio (porque puede derrumbarse), en un avión en vuelo (porque puede precipitarse al vacío), en un automóvil en movimiento (porque puede derrapar), en un enchufe (porque puede cortocircuitarse), en una sartén al fuego (riesgo de incendio), en un vaso de agua (porque puede volcarse), en un huevo fresco (porque puede romperse): todo lo que está en pie puede caerse, todo lo que funciona puede dejar de hacerlo. De hecho, antes o después dejaría de hacerlo, no cabía duda. Pero ¿cómo podría haberse evitado *aquella* catástrofe? Era un acontecimiento muy lejano en el tiempo, no tendría por qué haberle importado. Y, sin embargo, le importaba.

Nunca se ha sabido bien quiénes eran aquellas gentes, ni de dónde habían venido, ni cuándo exactamente ni por qué. Lo único que se sabía es que era un grupo étnico de Asia Central. Incluso alguien había llegado a afirmar que no eran más que griegos que habían cambiado de religión y de costumbres. Lo que sí se sabía con seguridad es que, un par de siglos después de su primera aparición en las costas del Mediterráneo, habían conquistado Constantinopla. Y eso le resultaba inaceptable. De hecho, a partir del 29 de mayo de 1453, en todas las generaciones humanas han existido personas que no han sido capaces de aceptar la caída de Bizancio. El ingeniero Ivo Brandani era una de ellas.

Lo único que esperamos de los ingenieros son esos sanos pragmatismos y positivismos que permiten que tanto los ignorantes como los intelectuales puros tomen un avión, crucen un puente en coche o suban a un tren o a un barco con razonables probabilidades de no morir en el intento. Gracias a los ingenieros técnicos existen objetos llamados casas, puentes, aviones, trenes, túneles, cohetes, satélites y estaciones espaciales, automóviles, ordenadores,

etcétera, y a nosotros nos gusta que se parezcan a sus inventos, que sean conformes al objeto de su especialización. Nos gustan desencantados y atentos, neutrales en cuestiones de política, aunque los imaginamos difíciles de engañar por su tendencia a la comprobación y su rechazo a dar más importancia a las palabras que a los hechos. No nos gusta que los ingenieros técnicos sean sofisticados: mejor si son un poco ignorantes. En fin, nos inspiran más confianza si parecen indiferentes y algo obtusos, si los vemos con una novela negra entre las manos en lugar de un poemario. De un ingeniero no nos esperamos obsesiones y resentimientos como los que albergaba la mente de Ivo Brandani.

Cuando estuvo por primera vez en Estambul por trabajo, entró por casualidad en una pequeña mezquita al abrigo de las murallas del mar de Mármara. En el plano aparecía indicada como Küçuk Aya Sofya Camii, que traducido al inglés era Small Hagia Sophia Mosque, pero que en su guía aparecía también como San Sergio y San Baco. Se trataba de una iglesia bizantina más tarde convertida en mezquita que, a pesar de sus mil quinientos años, de las abundantes inscripciones coránicas sobre las paredes enyesadas de blanco y de una probable limpieza iconoclasta de todas las imágenes y mosaicos anteriores, aún parecía conservarse bien. «¡Tiene mil quinientos años! ¡Mil quinientos!», se repitió Ivo, tratando de asimilar el concepto. Siempre hacía lo mismo cuando se encontraba ante una magnitud inimaginable: cien mil toneladas, cuatrocientos kilómetros cúbicos, trescientos mil kilómetros por segundo… «La planta y, en general, toda la estructura del edificio están inspiradas en Santa Sofía», decía la guía. De pronto, Brandani tuvo la sensación de que algo no iba bien. Tras subir al matroneo y asomarse a la balconada, sintió una especie de malestar físico, un dolor como cuando te aprietan con los dedos detrás de las orejas: allí, bajo sus ojos, se hallaban la Rendición, la Supremacía, la Sumisión, la Expropiación, la Erradicación, la Sustitución… Desde arriba se veía con claridad la torsión de los ejes de simetría a los que había sido sometido el edificio, el trasvase cultural experimentado por aquella iglesia y por toda la ciudad. Las franjas que delimitaban el espacio dedicado a las

prosternaciones, dibujadas en una alfombra azul que cubría por completo el suelo, se extendían en dirección a La Meca, indicada por la hornacina del mihrab, con una disposición completamente autónoma respecto a la simetría bilateral de la iglesia, que confirmaba la incongruente posición del almimbar, el púlpito. El resto del edificio no importaba, era un mero accidente readaptado; tan sólo importaba el lejanísimo centro de emanación del islam, la Kaaba. Había algo de poesía en todo aquello, pero la iglesia no había sido construida para acogerla.

Brandani pronto olvidó la sensación de pérdida irreparable tan intensa que experimentó en aquel momento, hasta que años más tarde volvió a aparecer durante la lectura de la caída de Bizancio en un libro de Stefan Zweig, un escritor austriaco que no conocía mucho; mejor dicho, no conocía de nada. Un amigo le había regalado *Momentos estelares de la humanidad*. En la página 41, el relato «La conquista de Bizancio. 29 de mayo de 1453» comenzaba así: «El día 5 de febrero de 1451, un emisario secreto lleva la noticia al hijo mayor del sultán Murad, el joven Mohamed, de 21 años, que se hallaba en Asia, de que su padre había muerto».

Zweig había elegido aquel acontecimiento, la muerte de Murad, como el inicio de la cadena causal que poco más de dos años después conduciría a un trasvase cultural impensable.

A partir de aquel relato, Ivo Brandani había comenzado a investigar, por lo que había podido comprobar la imprecisión novelesca de la versión de Zweig y la existencia de muchas narraciones diferentes y de crónicas coetáneas de la toma de Constantinopla, algunas de ellas legendarias, como la que hablaba de una puerta que no existía antes y que se habría abierto a toda prisa en las murallas para acoger y salvar de la muerte al emperador de Bizancio derrotado. Le gustaba la idea de que Constantino XI Paleólogo aún se encontrara encerrado como una momia en un nicho o temporalmente consustanciado con los restos de la muralla, a la espera de que su ciudad fuese liberada para volver a salir al aire libre y a la luz. La actitud acogedora del cinturón de murallas de la

ciudad el día de la catástrofe también se puso de manifiesto con el arzobispo de Constantinopla, quien, según contaban, desapareció, absorbido por la muralla gruesa y tambaleante que aún sostiene la iglesia, justo en el momento en que el turco irrumpía en Santa Sofía.

Desde entonces —es decir, a partir de aquellas lecturas—, cada vez que se despertaba de madrugada confuso y empapado en sudor, y al final tenía que levantarse para cambiarse la camiseta mojada y mear, ya de nuevo en la cama, solía venirle a la cabeza la Caída de Constantinopla y no conseguía volver a conciliar el sueño por la consternación y la rabia.

¿Qué más le daba después de tantos siglos? Ni siquiera él llegó a saberlo nunca. En aquel sentimiento de devastación irremediable que le invadía de cuando en cuando, la toma de Bizancio probablemente sólo representara una efigie, un símbolo de otra cosa. Tal vez se tratara del sentimiento final de catástrofe que experimentaba por haber observado demasiadas abrogaciones de cosas que en el pasado le habían parecido indefectibles y eternas. Tal vez lo que le atormentara fuese el sentimiento de no superación de aquel hecho, que se le revelaba como una consecuencia de una serie de decisiones y cálculos equivocados, de indecisiones y traiciones, de la prevalencia de intereses concretos y del todo insignificantes sobre la gravedad de sus consecuencias.

Si permitía que la toma de Constantinopla lo asediara por la noche, entonces mejor olvidarse de dormir: tenía que levantarse, tomarse un té con galletas, sentarse delante de la televisión, poner un canal de documentales y esperar a que le volviese a entrar sueño. Siempre que no le acuciaran las preocupaciones del trabajo, asuntos de los que era *responsable*, capaces de despertar a su Enemigo Interior, al acecho constante y preparado para torturarlo hasta la muerte con sus reproches y objeciones.

Zweig refiere que las fuerzas de Mehmet II Fatih conquistaron Constantinopla el 29 de mayo de 1453 penetrando por una poterna del segundo anillo de murallas que, inexplicablemente, habían dejado abierta. La llamaban Kerkaporta, la Puerta del Circo, y no era más grande que un agujero. Desde allí, los turcos se extendieron

cercando desde dentro a las fuerzas defensivas, que aquel día podrían haber vencido si el pánico no se hubiese apoderado de ellos al ver que el enemigo irrumpía en casa, como un parásito que ennegrece las sábanas puras y blancas de tu cama…

Pero la historia, según la cuenta Zweig, no es cierta o, al menos, no del todo. Muchos refieren que el cañón terrible y gigantesco de Mehmet, construido aposta para aquel asedio, había abierto una brecha en las murallas a la altura de la Puerta de San Romano, y que por aquella abertura había entrado el turco.

«Para ese tipo de murallas, el cañón era un gran problema: habrían necesitado auténticos bastiones ideados *ad hoc* para las armas de fuego —pensaba Ivo desde hacía años—. Podrían haberse salvado con murallas de varios metros de espesor y verdaderos cañones de defensa: la Edad Media había acabado, aquel tipo de fortificación ya no era útil, tendrían que haber hecho como en Rodas, allí las murallas resistieron durante todo el asedio, la ciudad fue tomada porque al final los caballeros se rindieron… Con los turcos no había salvación posible, ése era su mundo, lo querían entero para ellos y eran invencibles, o casi…» A veces se identificaba hasta tal punto con los asediados que le asaltaba el pánico a ver aparecer de pronto al enemigo, endemoniado, nauseabundo, rabioso y manchado de sangre, dando la vuelta a la esquina en la que quedaría de niño con sus amigos, cuando Bizancio aún conservaba la ilusión de reinar sobre algo y sus habitantes se creían bien protegidos dentro de unas murallas inexpugnables.

Remontarse en dirección contraria hasta la más mínima causalidad, desestructurar la cadena de acontecimientos reduciendo cada uno de ellos a sus unidades constitutivas: eso es lo que le habría gustado hacer a Ivo Brandani si hubiese sido capaz, para encontrar, si es que existía, el punto exacto de no retorno; es decir, el punto después del cual Constantinopla habría caído de todos modos. En conclusión, ¿habría sido posible hallar científicamente el umbral de inevitabilidad del acontecimiento?

«En un ordenador potentísimo habría que cargar hasta el dato más insignificante… Pero no… Se ha perdido mucho, hoy en día no

sabemos casi nada de aquellos hechos. Además, la realidad siempre difiere de la reconstrucción más cuidadosa, detallada y documentada: el noventa por ciento de un acontecimiento se pierde de todas formas… No se sabe casi nada de lo que ocurre, ni siquiera del instante en el que ocurre… En el mismo momento del acontecimiento es cuando las cosas comienzan a confundirse y empieza el no conocimiento, la tergiversación…»

Brandani estaba convencido de que reconstruir era lo mismo que prever, bastaba con actuar en sentido contrario; por tanto, a un mismo grado de imprecisión, misma incognoscibilidad de cualquier hecho acontecido así como de cualquier posible catástrofe en el futuro.

Dada su profesión, una catástrofe de la que podría ser considerado *responsable* representaba la eventualidad más temible, la misma que no lo dejaba dormir por las noches. Pero la jubilación estaba cerca; una vez terminado el trabajo y terminadas las responsabilidades, un hombre no puede responder de lo que no depende de él. Sin embargo, todavía tendría que cargar durante décadas con la corresponsabilidad de la posible mala construcción de alguna obra en la que había participado, y eran muchas.

«Ya, ya, ya… Tendría que haberme ido ya, debería llevar un tiempo jubilado, ¿de qué sirve seguir aguantando la tensión, el tedio, el cansancio, estar viajando continuamente…? Basta, no puedo más…»

Alguien había gritado: «¡Hemos tomado la ciudad!». Aquel grito desesperado debió de resonar estrepitosamente, antes incluso de que Constantinopla fuese derrotada de verdad; las fuerzas desplegadas para la defensa seguían siendo superiores a las de los pocos invasores que habían conseguido atravesar primero la coraza externa y luego el último exoesqueleto de Bizancio. Desde aquel momento, desde aquel sentimiento primigenio de turbación que nos asalta cuando nos damos cuenta de que algo nos ha infestado, la confusión se extendió en pocos segundos a los defensores, y muchos de los que hasta entonces habían demostrado arrojo y valor se dieron a la fuga en dirección al puerto para ponerse a salvo en las

naves. La invasión musulmana fue rápida y terrorífica. Gran parte de las fuentes habla de una violencia ciega e irreversible que redujo en poco tiempo la ciudad a un desierto sanguinolento. Después de tres días de saqueo, pocos sobrevivieron en Constantinopla.

Eso es, horror y pánico. Ésa es la primera reacción al descubrir que algo nos ha invadido, que una criatura ha penetrado a través de nuestro recinto corporal inviolable. Un animal invisible e inmundo nos está usando como *casa*, se está alimentando de nosotros, nos está creciendo dentro, se está reproduciendo en nuestras cavidades. Aquel 29 de mayo fue el pánico lo que determinó la caída de Constantinopla, fue el horror ancestral a los organismos salvajes y hostiles que habían conseguido colarse en sus venas más íntimas e internas. La ciudad habría caído igualmente, pero quizá no aquel día, no sin la infiltración del enemigo por una puertecilla que se habían dejado abierta.

Infestar pueblos asentados en otros lugares es el objetivo de toda conquista: primero se destruyen sus defensas físicas, luego se penetra en su tejido social y productivo, aunque se dejan con vida para poder absorberlos lentamente a través de sus recursos. «En resumen, ésta es la naturaleza histórica de la conquista», se decía Brandani. Los héroes, los primeros conquistadores, no son más que avanzadillas cuya misión es acribillar las defensas del organismo huésped para permitir la penetración de sucesivas tropas de parásitos. El parasitismo es vida que *habita* otra vida, es la modalidad predominante en la que se manifiesta la biosfera y, sin embargo, es la que nos resulta más invisible. Así, mientras los turcos, alzados en armas, atacaban las defensas de Bizancio con la intención —es decir, con la inexorable *necesidad histórica*— de conquistar la ciudad y someterla, en sus cuerpos, así como en los cuerpos de los defensores, en los de los animales de tiro y para carne de los que se servían los dos bandos contendientes y en los de todos los animales, mamíferos, reptiles, insectos y peces del Bósforo, en los de todas las criaturas ocultas en el fondo fangoso del Cuerno de Oro y en los cuerpos de los seres que habitaban el mar de Mármara y el resto de los mares y océanos del planeta, millones y

millones de parásitos de todo tipo y condición, de toda malignidad y capacidad patógena, llevaban su rutinaria existencia completamente ajenos al inaudito hecho histórico en el que estaban participando.

El contacto apocalíptico de cuerpos humanos en la batalla, la emanación de alientos y fluidos corporales, las grandes y fétidas cantidades de heces humanas y animales esparcidas por todos lados, fuera y dentro de las murallas de Constantinopla, y la contaminación concitada y dramática de todos con todos sin duda representaron una ocasión propicia para las multitudes de parásitos capaces de aprovechar el momento adecuado para transferirse de un cuerpo a otro, entre los excrementos y la sangre de unas especies con otras especies vivas presentes y participantes en el acontecimiento.

Mientras Bizancio luchaba contra el turco para evitar ser sometida, amebas, virus, bacilos, protozoos, hongos y artrópodos, así como piojos y ladillas, toda una población inconmensurable de parásitos, sordos y ciegos a cualquier estímulo que no procediera del universo vital, ponían en práctica sus estrategias para contaminar al mayor número de organismos posible. Sus esporas nadaban ya en la sangre hipertensa de los combatientes, en aquellos abundantes borbotones sobre el polvo pisoteado, sobre las piedras de las murallas, sobre el empedrado de la ciudad. Flotaban ciegamente en un único océano rojo y denso que iba coagulándose y secándose formando una costra apetitosa de lamer para los perros, dentro de los cuales encontraban refugio, protección y un futuro seguro.

La batalla encarnaba uno de esos momentos en los que el ambiente endozoico, constituido por fluidos y tejidos de seres vivos, se presentaba con un carácter de continuidad acentuada: era sangre y más sangre, mierda y más mierda, y para los parásitos resultaba fácil nadar en su interior (o sea, agitar los flagelos, pedúnculos, barbas y colas en las especies dotadas de apéndices) hasta encontrar nuevos lugares en los que plantar sus raíces, garras o picos, paraísos de células que invadir y a continuación matar; exactamente lo mismo que, en otra dimensión física, estaban

haciendo los turcos bajo el mando de Mehmet II Fatih, el Conquistador, en la ciudad de Constantinopla.

Existen doscientas especies parasitarias capaces de infestarnos. El mundo, según lo conciben ellas, coincide completamente con el organismo humano, donde viven toda su existencia y encuentran todo lo bueno y lo malo de la vida, el alimento y un ambiente adecuado para la reproducción. Entre las especies invasoras se incluyen protozoos, nematodos, cestodos y artrópodos capaces de saltar de un organismo a otro, de una especie a otra, pasando por fases existenciales duras y difíciles en un ambiente libre, como simples momentos de espera o de acecho antes de poder nadar de nuevo en algún fluido o subsistir en estado latente en los tejidos de alguna criatura: la vida se alimenta de vida, que se alimenta de vida, y así sucesivamente. Ivo Brandani, en tanto que ser vivo, vivía inmerso hasta el cuello en esta lógica, se servía de ella y, al mismo tiempo, sufría sus consecuencias.

La biosfera es un *continuum* infernal de especies estructurado como cajas chinas, una dentro de otra, una sobre la espalda de otra, una sobre la piel de otra, una sometiendo a otra a sus necesidades vitales. Lo mismo hace también el *Homo* con las vacas, los cerdos, los pollos, los conejos, los caballos, los camellos, los yaks y los renos; es decir, con todas las especies domesticadas. Entonces, ¿qué fue la toma de Bizancio sino un episodio más de la modalidad vital planetaria, un estado más de tropelía y subyugación en el que participaron ectoparásitos y endoparásitos, grandes y pequeños, humanos y no humanos? Lo que en la mente de Ivo Brandani era un trasvase cultural inconcebible en realidad constituyó una mezcla apocalíptica de especies y gentes fuera y dentro de las murallas de Bizancio, dentro y fuera de los cuerpos de los combatientes, en un hervor de infecciones e infestaciones, mientras la sangre corría y los héroes morían, uno tras otro, como chinches. Piojos, tenias, amebas, plasmodios, garrapatas y gusanos reptaban por el polvo del campo de batalla o, simplemente, se mezclaban en forma de huevos o de quistes expulsados con las heces, hormigueaban por la piel de los combatientes, por su vello púbico, por su pelo mugriento,

alimentándose de escamas de cuero cabelludo, de células muertas, embriagándose del olor a *Homo* a la espera de poder regresar por fin al mundo tibio de la sangre y de las linfas humanas, de la mierda cristiana, musulmana, creyente y no creyente, la mierda del esclavo, del proscrito, del mercenario, de las putas, de los sacerdotes, del príncipe, del visir, del emperador Paleólogo y la del propio sultán, Mehmet II el Conquistador.

Tal vez pasara por allí un antepasado de la *Naegleria fowleri*, que acabaría matando al ingeniero Brandani. Quizá la ameba fatal procediese de aquellas aguas estancadas de Centroeuropa y residiera en el organismo de un guerrero profesional que moriría al cabo de poco tiempo en su tienda, sin poder ver la maravilla de la que todos hablaban, la gran iglesia de Santa Sofía, construida casi mil años antes. O quizá se encontrara ya en los tejidos de un mercenario norteafricano o de un esclavo negro que cuidaba los caballos del sultán.

Naegleria fowleri: una ameba, un escupitajo palpitante, microscópico, sordo y ciego, que se agazapa en el fondo fangoso de los charcos, incluso en las piscinas termales, y permanece latente hasta que el agua se calienta por encima de los veinte grados, momento en el que se activa y asciende a la superficie en busca del primer organismo adecuado que infectar. De este modo, llega a las mucosas nasales, por ejemplo las de un nadador, y penetra en las glándulas pituitarias para luego extenderse por el cerebro, donde tarda pocos días en matarte. Millones de generaciones de esta ameba pasaron de organismo en organismo, se detuvieron dentro de caracoles de agua dulce cuyas heces utilizaron para depositar sus esporas en los sórdidos lodos de las charcas africanas para, desde allí, con el calentamiento y la acumulación de sedimentos en el fondo, ascender y mantenerse en suspensión en el agua hasta que se encontraban con un ejemplar, bien de mamífero, bien de humano, mucho más grande y cálido que un caracol.

Se sabe que los quistes de amebas, junto con sus huéspedes, informes y liofilizados, se dispersan por el aire con el polvo que el viento levanta en los espejos de agua secos y pueden terminar en

las mucosas nasales de algún animal. La nariz es la puerta principal del cerebro en las criaturas superiores; a la *Naegleria* le encantan los cerebros, en ellos excava túneles como hacen los ratones en el queso, se reproduce en cientos de miles de ejemplares, los infesta rápidamente y los tritura, reduciéndolos a una especie de moco purulento.

El *Homo*, que se considera ajeno y superior al hormiguero de las vidas ínfimas y repulsivas, que se confiere un alma y un destino supraterrenales, también constituye un universo en el que sobrevivir y proliferar. Y también lo es para otras especies de amebas que pueden infestar por miles los tubos de nuestros intestinos, ulcerando sus paredes, lesionando sus tejidos hasta llegar a romperlos para penetrar en cualquier parte, en el hígado o en los órganos urogenitales, que usa como fuente de alimento, como hábitat donde residir por los siglos de los siglos que han durado los tiempos pasados y que durarán los tiempos futuros.

Herodes «expiró comido de gusanos». Ivo lo sabía desde niño, desde antes de la época de Agujero de Bomba. Era algo que estaba escrito, una venganza divina contra la matanza de los Inocentes. De todo lo que había oído y leído en las Sagradas Escrituras de la Religión, eso era lo que más le había impactado: Herodes «comido de gusanos».

«Podría pasarme a mí, podría morir comido de gusanos… Quizá ya esté lleno de gusanos… Quizá me estén royendo…» Una pesadilla que duró décadas después de *aquella cosa* del orinal. Aquél fue el comienzo; los gusanos lo habían intentado pronto, e incluso lo habían conseguido, pero algo había salido mal. Tal vez fueran el dolor y el miedo de aquella vez en la que se cayó de culo entre dos muebles, sobre el brasero encendido. «El miedo cría lombrices», había dicho el rostro adusto de Ersilia, la imperturbable.

La Guerra también produce gusanos. Para Ivo Brandani, haber nacido recién terminada la Segunda Guerra Mundial significó sufrir un ataque —¡frustrado! ¿Frustrado?— de gusanos. Cuando en la iglesia le contaron cómo había muerto Herodes, nunca supo bien qué pensar. Y sólo se encontraba al principio de la tortura vital

causada por la inoculación bajo la piel del ciclo del pecado-redención-nuevo pecado-nueva redención, y así sucesivamente. Una secuencia maléfica que le metieron escrupulosamente en la cabeza, un parásito mental que debería actuar —ésa era la idea— durante el resto de su existencia. Al principio, la tortura funcionó como debía: «Me he librado de algo espantoso, de una muerte horrible, como la de Herodes Antipas… Fue un castigo de Dios por sus horribles pecados… Yo no he cometido pecados horribles, pero tengo que lavar mi conciencia continuamente… El flujo incesante de mis culpas… Mis pensamientos-pecado, mis mentiras…».

Muchos años después, cuando leía acerca del *Ascaris lumbricoides* en un opúsculo que enseñaba a prevenir las infecciones tropicales, lo reconoció: era el *gusano del orinal*. ¿Quién, sino él, podría haber matado a Herodes de aquella manera?

«Herodes murió infestado por ascárides que no tardaron en abandonar su cadáver saliendo por la boca, por la nariz y por el ano ya relajado del tirano en forma de ovillos que reptaban por su suntuoso lecho de muerte… ¡Dios!» Parásitos que huyen del organismo sin vida del huésped y se retuercen a su vez en el aire libre y seco antes de morir. Como el monstruo minúsculo que salió de la boca de aquel pez agonizante y reptó por las piedras ardientes de la orilla, donde terminó su existencia tratando de alcanzar el agua, cuya presencia tal vez sentía y cuyas moléculas de humedad en suspensión en el aire percibía. Ivo se había quedado a observarlo acuclillado junto a la orilla, fumando el cigarrillo que más le gustaba, el de después de pescar. En aquella época, era un asesino indiferente de peces, observaba con frialdad la cadena de supremacía de la que creía ser el ápice, siempre y cuando uno de esos parásitos no estuviese ya dentro de él, enquistado en algún lugar a la espera de despertar. El *Ascaris lumbricoides*, un genio evolutivo de unos veinte centímetros de largo, era una de las cosas más inmundas que Ivo había visto jamás (en foto, por supuesto). Había aprendido que en el mundo existen cerca de *mil millones* de personas infestadas por estos nematodos y sus afines, de modo que no era tan improbable pillarlo y, si no recordaba mal, aquella *cosa*

del orinal se le parecía mucho. Tras profundizar en el tema, se enteró de que en el *phylum* de los nematodos hay más o menos cien mil especies, de las cuales doce parasitan exclusivamente al hombre, anidando en los intestinos, en los músculos, en el hígado, en los pulmones, en los riñones, nadando en la sangre, introduciéndose en el corazón, bajo la piel, por todos lados. Después de la ingestión (por manos sucias, contacto con las heces o escasa higiene), el quiste inicial baja hacia el intestino delgado, penetra en sus paredes y, desde ahí, se introduce en las venas del hígado, que lo transportan a una temperatura tibia hasta el ventrículo derecho del corazón, y desde allí a los pulmones, y desde los pulmones a los bronquios, hasta que sube por la tráquea y llega a la faringe. Una vez en la faringe, según un patrón que se repite de manera idéntica y necesaria, vuelve a ser deglutido y regresa al intestino delgado, donde finalmente se desarrolla y madura, y por lo general logra ocluirlo, aunque no siempre. Y cuando el huésped ha muerto, lo abandona. Y eso es lo que le sucedió a Herodes Antipas: fue necesario quemar su cuerpo para purificar el mundo del pecado absoluto. Para Brandani no había nada más parecido a la imagen de un Mal frío e inexorable, ajeno al ser humano, indiferente a nuestra existencia, que un parásito sumido en un perenne coma gustativo/olfativo. «Para complacencia criminal de Dios, que permite que existan dentro del cuerpo de un niño que ha jugado con la tierra de África, que ha bebido agua del río, que se ha dormido a merced de los insectos hematófagos, con su perfecto aparato de chupadores de sangre, también infestados de parásitos… Para que esta cadena tan bien concebida en el ámbito del Diseño Inteligente no se interrumpa. Paradigma ridículo el que nos contempla como "señores de la naturaleza" —se repetía Brandani después de estas lecturas—. Ridículo el que ve al "Creado", la-realidad-fuera-de-nosotros, como un universo a nuestro servicio, cuando somos nosotros los que servimos de pasto a miles de especies, a millones de ejemplares, con nuestros propios tejidos, con nuestra carne, con nuestra sangre… Distintos, ¿en qué? Especiales, ¿en qué?»

Muy probablemente, Ivo Brandani inhaló la *Naegleria fowleri* durante una inspección en una vasta área agrícola a orillas del Nilo, en la zona del delta. Lo habían llamado desde la Ciudad del Norte y le habían dicho que, ya que estaba en Egipto, fuera a echar un vistazo a un lugar en el que la administración egipcia pretendía construir una depuradora enorme. Ecocare estaba interesada en la adjudicación. Él debía hacerse una idea general de los problemas de la obra, del estado de la red de carreteras de acceso a la zona, hacer fotos, etcétera. Tan sólo una primera exploración. Llegar hasta allí no fue tarea fácil: de Sharm a El Cairo, de El Cairo a Alejandría, desde Alejandría un par de horas en coche con chófer. Cuando por fin bajó del coche, sintió placer al recibir en la cara el agua pulverizada que el viento desviaba desde un aspersor cercano. Suspiró profundamente por el cansancio y, al hacerlo, inspiró el quiste microscópico de la ameba.

29 DE MAYO DE 2015, 9:07 DE LA MAÑANA

Dios no existe, pero, si existe, seguramente esté ahí abajo… No existe, pero, si existiera, viviría aquí, detrás de aquel macizo reseco de montañas, escondido en alguna parte. Puede que hasta en una Zarza Ardiente, ¿por qué no? Dios no existe… Pero si existe, entonces todo es posible… Es incluso posible que se quede ahí, a pocos kilómetros de los hoteles y de las discotecas de la costa… Es incluso posible que Sharm lo haya querido Él, que lo tenga bajo su gobierno, como todo lo demás…

En el taxi de camino al aeropuerto, Ivo Brandani contempla las primeras cumbres del Sinaí. El sol, muy fuerte ya, hace horas que ha salido; en el estómago lleva un café y la ligera náusea de quien se ha levantado temprano. Por la cabeza le pasan en ráfagas pensamientos de todo tipo.

Prácticamente en medio de la nada, donde no llueve, falta la multiplicidad, todo parece más simple… Y el monoteísmo es una simplificación… Por estos lares se adora a un único dios y no hace falta gran cosa para montar una religión… Prácticamente en medio de la nada, ni el materialista más recalcitrante lo pasa bien: se encuentra a disgusto y termina por adherirse al trascendente. También el pagano politeísta más empedernido, también el animista más primitivo que se rinde al vacío, a la sustracción máxima. Cuando el mundo se esencializa, el espíritu cobra protagonismo… Donde no llueve, los aeropuertos pueden construirse con una carpa, como los circos… La terminal de aquí al lado debe de ser más antigua; de

hecho, seguramente lo sea y, por tanto, tiende al estilo Moderno Occidental. En cambio, ésta aspira a ser Moderno Ancestral, es decir, beduina, como el aeropuerto de Yeda. Luego, en realidad, es posmoderna… Pero el contextualismo también es un invento occidental.

Ha gastado las liras egipcias, paga en euros francoalemanes y se baja del taxi. El sol brilla con fuerza, pero el aire sigue siendo fresco, muy puro, y lo atraviesan vaharadas con olor a queroseno quemado. Es temprano, se entretiene en la acera del aeropuerto, mira a su alrededor: el gran aparcamiento está casi desierto, sólo hay una decena de autobuses en espera, algún que otro taxi y los servicios de enlace de los hoteles. Se fija en la hierbecilla rasa que recubre los parterres que separan los puntos muertos, las palmeras ralas y jóvenes, todas inclinadas hacia el mismo lado. Las montañas del Sinaí se yerguen sin previo aviso más allá de las pistas, desde la extensa llanura del desierto, bellísimas, absolutas. Le gusta el olor del combustible quemado procedente de los aviones de reacción. Le gusta el zumbido salvaje y ronco de los motores. Le gusta y le da miedo. Entra.

Ahí está: Egyptair con destino El Cairo y luego a la Ciudad de Dios, 11:10 de la mañana, mostrador 24. Está justo ahí, aún hay poca cola, mejor así. ¿He echado el Tavor? Sí, lo he echado.

Mientras espera ante el mostrador de facturación, un crío delante de él lee una novela de Clifford Simak.

¡Mira por dónde, Simak! ¡Yo lo leía de niño! La ciencia ficción ya no me atrae. El Futuro se ha convertido en el Presente, parece como si lo hubiésemos consumido todo y no quedara más… Se me ha caído a pedazos la credulidad, la poesía del infinito, no me interesan los mundos posibles y ya no me interesa saber cómo va a terminar esto, no me importa cómo será el futuro. Franco dice que uno no puede considerarse adulto hasta que deja de leer ciencia ficción. El último lo leí más o menos hace treinta años, así que más que adulto…

Echa una ojeada a la cubierta del libro hasta que consigue atisbar el título: *City*. Saca la tableta y lo comprueba en Internet.

¡Es el título original de *Ciudad*! ¡Maravilloso! Las generaciones de especies sensibles que se alternan tras la desaparición del hombre, ya convertido en leyenda… Todo lo que ha existido, la memoria misma de la especie humana que desaparece en el trascurso de cientos de miles, de millones de años…

El texto de *City* está íntegramente en la red. Se lo descarga, y en pantalla aparece el comienzo del prefacio.

> *Éstas son las historias que cuentan los perros, cuando las llamas arden vivamente y el viento sopla del norte. Entonces la familia se agrupa junto al hogar, y los cachorros escuchan en silencio, y cuando el cuento ha acabado hacen muchas preguntas.*
>
> *—¿Qué es un hombre?*
>
> *—¿Qué es una ciudad?*
>
> *—¿Qué es una guerra?*
>
> *No hay respuesta exacta para esas preguntas. Hay suposiciones y teorías y conjeturas, pero no hay respuestas.*

Mira por los cristales las montañas descarnadas por el viento, esa tierra sin una brizna de hierba.

Todo es de color polvo. Polvo violeta al alba, polvo rojo al ocaso. El resto de Sharm no es más que una profanación del vacío, una obscenidad artificial y gratuita, mejor dicho, una obscenidad de pago. Desde el avión se ven decenas y decenas de hoteles, parecen coágulos de gusanos aferrados a la costa que se comen este polvo y se expanden hacia el interior. En Las Vegas y en Reno han hecho lo mismo, si bien allí el delirio goza de su propia tradición, de una dignidad triste y demente. Aquí, hace treinta años, debía de haber un paisaje absoluto, como al norte de Nabq, donde han hecho el parque: sólo aire, montañas, arena, agua, nadie a la vista… Donde no hay nada puedes inventar de todo, sin preexistencias, sin interferencias que no sean la inexplicable voluntad del Dios Único de las Arenas y del Vacío. El desierto se ha convertido en un parque temático y ahora todos te dicen: «Aquí no había nada y mira

ahora…». Sin embargo, era precisamente la Sagrada Nada lo que se preservaba, en lugar de este fárrago de edificios, piscinas, cascaditas, jardines ingleses, pirámides y obeliscos falsos, y farolas que anulan el cielo nocturno, que aquí es purísimo… En Sharm, como en todos los lugares de sequía, resulta evidente que la vida es húmeda… El escorpión que aplasté ayer por la noche en las escaleras hizo *scrrch*… Era un caparazón, un recipiente lleno de una sustancia acuosa que se dispersó por la piedra aún caliente del escalón… Los escorpiones no disponen de desaladoras marinas: ¿dónde encuentran entonces el agua? Esta mañana estaba seco como la mojama, aplastado, momificado… Es decir, no vivo… Aquí la vida fuera del agua del mar es antintuitiva o, lo que es lo mismo, antinatural, si se puede llamar natural a lo que en esencia es mineral… A ver si me dan un asiento de ventanilla… Tengo hambre… Y este dolor en la base del cuello… Me quedan dos horas por delante para tomarme otro café y comer algo en paz.

Hace años que Brandani ya no dice lo que piensa, a nadie. No puede. Si dejase la lengua en conexión directa con el cerebro, sólo le saldrían palabrotas e insultos. Hacia personas, animales, cosas, objetos y ciudades. Y hacia sí mismo. Del cerebro le rezuma como un suero un flujo incesante y desenfrenado de obscenidades, una expectoración infecta que se ve obligado a mantener en circulación y de la que no se puede librar. Así es como se envenena día tras día. Una desesperación secreta y comprimida. Cuando le da rienda suelta, las palabras salen a trompicones y en forma de balbuceos incoherentes, de insultos proferidos entre dientes en pocas combinaciones, siempre las mismas, estúpidas y repetitivas. Hace un momento, en el mostrador de facturación, la ha tomado con el empleado de la compañía que, vete a saber por qué, no quería asignarle un asiento de ventanilla. Brandani se aburre cuando vuela, no consigue leer, le gusta observar el territorio, el mar, las islas, las nubes.

Maldito mamón gilipollas mierdoso hijo de puta maricón asqueroso zarrapastroso, ojalá te mueras en este maldito instante en este maldito aeropuerto de mierda donde llevas una vida asquerosa

con las zarrapastras pegadas a los pelos del culo que no te lavas desde que naciste, pedazo de mierda…

El esfuerzo de contener la retahíla interior lo ha dejado casi sin aliento, otra dosis de veneno endógeno le ha recorrido las venas, pero la crisis ha pasado, ha conseguido el asiento de ventanilla, el altercado se ha olvidado y él ha vuelto a la que es su actividad favorita en lugares como éste: observar. Se sienta en la sala de embarque, lejos del mostrador de la puerta, donde se está formando la cola de un vuelo con destino a Estocolmo. A su derecha, a pocos metros, hay una gran cristalera que da a la pista y a las montañas cercanas. La quietud del lugar y la perspectiva de una espera de una hora y media en aquella especie de suspensión espaciotemporal típica de los aeropuertos lo están apaciguando. Si el avión es puntual, a primera hora de la tarde estará en la Ciudad de Dios. Es como si ya hubiese partido, como si ya se hallara en pleno vuelo.

A menudo lo invaden oleadas de desprecio. Es el cansancio; lo exasperan las dificultades de todo tipo, sobre todo las dificultades pequeñas e insignificantes que genera la dejadez, la chapuza: la manija del váter rota, el chorro de agua demasiado fuerte, un asiento roto. Lo obsesiona la continua desproporción entre cómo deberían ser las cosas y las personas y cómo son en realidad. Pero si consigue no entrar al trapo, sabe expresarse con un lenguaje fluido, refinado, un residuo fósil de años diferentes a éstos y ya perdidos en la memoria. Con el paso del tiempo se ha ido convenciendo de que, insultos aparte, para él casi siempre es mejor callar. No sólo es una cuestión de oportunidad, también entran en juego la indecisión, la inseguridad, la duda o la insuficiencia de datos. Alguien le ha comentado que de vez en cuando se repite y le da miedo que parezca que está perdiendo la cabeza. «Nadie te lo dice, de modo que, si ya no te funciona bien el tarro, no te das cuenta —le había dicho un amigo—. Aunque estés seguro de que piensas y dices cosas sensatas, e incluso inteligentes, puede ocurrir que, a ojos de los demás, parezcas un simple viejo chocho que está cascando chuminadas. Ni el más sincero de los médicos te dirá jamás: "Mire, está usted perdiendo la cabeza". Así que resígnate a serlo sin más.»

«Pero yo no soy un viejo chocho, todavía no…» «¿Lo ves? Estás convencido de que no lo eres, pero ¿cómo estás tan seguro?» Se llama Rasca y es un poco mayor que él. Ésa es su obsesión. «De joven se nos convence con demasiada facilidad de las ideas de los demás, y de viejos se nos convence con demasiada rapidez de las nuestras. Cuando todo te parezca claro de repente, presta atención, porque es probable que ya estés chocho.» Frente a él está sentada una pareja muy joven, dos chicos que no paran de hablar entre ellos. Bueno, es más bien él quien habla, ella escucha y de vez en cuando responde algo, lo mira a los ojos y sonríe, asiente. No parece que tengan demasiada confianza; si son pareja, es algo más bien reciente, dada la seriedad y la intensidad aparente del diálogo que están manteniendo.

Dios, qué pesadilla… Se habrán conocido hace poco, en la playa o en una discoteca… Él busca cualquier excusa, todo puede darle juego, menos el silencio.

Le vienen a la mente los tiempos en los que para cortejar a una chica hacían falta ríos de palabras, veladas enteras fumando paquetes de cigarrillos, bebiendo cerveza o whisky, gin tonic, Coca-Cola o lo que se terciara. Veladas en las que para llegar a algún resultado (sin saber ni si, ni cuándo), era necesario charlar y charlar.

A lo mejor ni me gustaba… El mundo estaba lleno de esas semibellas, semisimpáticas, seminteligentes, semivírgenes, semitodo… Estaba lleno de las que me gustaban poco, pero siempre eran un recurso, el más abundante… Hablar con una con la que ni siquiera sabes si te apetece hacer algo, hablar toda la noche de chorradas, de las chorradas más grandes que se dicen por decir, por estar ahí, por pavonearse. Hablar de viajes, de filosofía, de trabajo, de estudios, de política. Hablar de cine-literatura-teatro tratando de decir algo interesante, sorprendente, *original*… Siempre terminábamos hablando de religión, de amor y de sexo… «Mira, en mi opinión, etcétera»… Estas semibellas siempre tenían a alguien… Donatella… ¡Donatella! La semivirgen de filosofía… ¿Por qué me vendrá ahora a la mente? Hacía años que no pensaba en ella… Con ella hacía cosas cada vez que estudiábamos juntos… Debía

conservarse intacta para el matrimonio, así que nada de coñito, pero todo lo demás era accesible… Luego un día se presenta y dice: «A partir de mañana, nada de estudiar juntos, me caso la semana que viene». Estaba prometida con un tipo desde yo qué sé cuándo, ya habían arreglado los papeles… Seguía conmigo, como si nada. Mientras no se atentase contra su virginidad, que era prerrogativa del otro, se podía hacer de todo, o casi… Ponía mucho cuidado en que no se le ensuciase la colcha. Alguna vez sucedió, pero ella sabía muy bien qué hacer. Tenía un frasco de agua oxigenada en el cajón del escritorio. En aquel cajón entreví un paquete de pañuelos de papel y también un paquete de algodón hidrófilo. Cuestiones técnicas para las que todas estaban muy preparadas… Follábamos, y no veas cómo, pero necesitábamos un marco que justificase el sexo, es decir, precisábamos de aquella delirante verbalización preliminar que podía durar días de encuentros, paseos, llamadas de teléfono, tés, cine, teatro… Teatro… ¡Teatro! *Teatro los domingos por la tarde*, con verbalización crítica durante el entreacto, que luego continuaba en la pizzería… Para eso servían las palabras, para continuar el liceo con otros medios y otros objetivos. Pero el liceo siempre estaba presente… Al final comprendí que no la tenía tomada con la filosofía, sino con el liceo clásico… ¿Acabaría graduándose Donatella? No volví a verla, ni me la encontré… Se desvaneció… Su padre tenía una tienda de deportes…

Ivo Brandani es un viejo silente, un hombre que observa y calla porque no puede hablar. Calla para no tener que escuchar respuestas, calla porque si estimulas a la gente con palabras, te pagan con la misma moneda. «Me lo merezco. ¿Es que no podías estarte calladito?» Es lo que Ivo suele repetirse cada vez que se le escapa un comentario, una palabra irritada, una frase que le parece ingeniosa, una ocurrencia cuya ironía nadie pilla. Son fugas inesperadas del monólogo mental que lo atormenta ya incluso de noche, mientras duerme, cuando el cerebro le prepara espectáculos gratuitos y espeluznantes, o bien embarazosos y mortificadores. Ese continuo rumiar es la secreción principal de su soledad, sobre todo cuando está de viaje, como ahora. «¿No podías quedarte callado?»

Claro que no podía, es algo que escapa a su control; cuando ocurre, ocurre. Al empleado del mostrador de facturación le ha dicho con su inglés chapurreado:

—¿Qué le cuesta? ¿Se divierte completando el avión fila por fila? ¿Hay algún problema de equilibrio, de peso? No me lo parece, puesto que he llegado de los primeros.

—*It's difficult, sir*…

—Pero qué *difficult* ni *difficult* —ha dicho en peninsular—. Di que no te da la gana, di que no te sale del nabo.

El otro lo ha entendido a la perfección y se ha ofendido. Al final ha conseguido un asiento de ventanilla, pero cabrearse no le sienta nada bien. Ahora que reflexiona se arrepiente, no le parece propio de él haber sido tan maleducado.

Hablar siempre te compromete, mejor que sea más prudente… No importa, ya mismo me voy… Ya se me han pasado los humos… Con la edad, me subo por las paredes a las primeras de cambio; perseverar es inútil: estoy cansado, ya no soporto la presión, sobre todo cuando se trata de plazos… Además, me quiero comprar una casa a tomar-por-culo, quizás encuentre una en la Isla… Salir, escabullirse sin ser visto, marcharse a algún sitio, definitivamente cerca del mar para tener siempre el horizonte a la vista, tal vez a la Isla… Volvería para quedarme, a pesar del coñazo del turismo: me compro un barco, una barquita de plástico, un cinco metros y medio, y me voy a remolque de los dentones, por ahí, bordeando el acantilado… Siempre que no construyan el parque marino… Si lo hacen, no pasa nada, me voy en la otra dirección, siguiendo la costa sur… Era allí, en los bajíos más allá de las puntas, donde Manolis pescaba sus bichos… Mejor no hablar, porque nadie me escucha, porque diría cosas confusas, inadecuadas, irritantes, contraproducentes… Porque el mundo ha cambiado demasiado… Callo por asfixia, por aniquilación, por humillación… Callo porque ya estoy sucumbiente y nada puede volver a levantarme. ¿Se dice «he sucumbido»? A Molteni le divertía decir «estoy sucumbiente»… Era bonito ser su alumno, escucharlo, aunque lo que podía extraer de sus enseñanzas ya no coincidía con lo que necesitaba… ¿Qué

necesitabas, Ivo? Necesitaba materia, concreción, peso, gravedad, acción… Necesitaba «ligar lo que está separado», «separar aquello que está ligado», más o menos… Un proyecto estúpido, has podido constatarlo por ti mismo, pedazo de imbécil, no has conseguido una mierda… Imbécil, imbécil… Me habría convertido en un mero profesor de liceo, o, por el camino que llevaba, en un académico, es decir, el producto de la escuela filosófica peninsular, la más cutre de la historia del pensamiento mundial… Me duele la cabeza… Además, ¿quién dice que no he conseguido una mierda? Por ejemplo, ¿qué me dices del trabajo que estoy haciendo con los corales?… Basta… Aquí, con sólo echar un vistazo a tu alrededor, te encuentras un mundo en zapatillas, en chancletas… Un universo de pies tan mal hechos que bastaría observarlos con un poco de atención para darse cuenta enseguida de que no son más que manos de cuadrumanos deformadas… Con todo, hemos tardado siglos en entenderlo e, incluso ahora, hay alguno por ahí al que no le cuadra, que dice: «No es verdad, a nosotros nos crearon así, *con pies*». Esta historia de las manos deformadas me persigue… «Cuando todo te parece claro y simple es el momento en que debes preocuparte, es la señal de que te estás volviendo chocho.» No obstante, los japoneses y también los egipcios y los de la empresa me han escuchado, han atendido a mis consejos, han dado muestras de tener en cuenta mis indicaciones. ¿Entonces? Me duele la cabeza.

«¿Cuánto se tarda?» Ésa es la pregunta que más a menudo le han hecho desde que trabaja en Sharm. Se la han planteado los políticos y los expertos del Gobierno egipcio y ha salido continuamente de los labios del comisario gubernamental para la Reconstrucción. ¿Cuánto se tarda en la *reconstruction*, en el *remaking*? Hasta sus jefes de la Ciudad del Norte están todo el día preguntándole por teléfono: «¿Cuánto se tarda?». No es una pregunta técnica, a ver, no del todo, es una pregunta política hecha por políticos o por paratécnicos, esto es, por ingenieros técnicos ya desnaturalizados, es la pregunta de quien en realidad no quiere ni saber ni comprender.

Las cosas bien hechas llevan su tiempo… El tiempo necesario para hacerlas sin chapuzas, sin matarse, sin matar al personal… Siempre que en la empresa no hayan aceptado ya las típicas condiciones leoninas, siempre que no estén negociando los costes y los plazos sin consultarme… Me mato por conformar un cuadro de mando operativo teniendo en cuenta las condiciones del terreno… Mientras intento arañar unos meses más, ellos a lo mejor ya están cambiando las reglas del juego… Quedaré como un tonto, y no será la primera vez… Pero será una de las últimas, Brandani: dentro de poco te vas y adiós muy buenas… Querías trabajar como ingeniero técnico y mírate, lo has conseguido… Sin embargo, no habías contado con la política, con su hambre de resultados, de dinero, de poder, no habías contado con el carrusel de los encargos y de las contratas, con la danza de los sobornos… Lo quieren todo y lo quieren ya: exigen resultados, pero también dinero para sus bolsillos… En cambio, cuando *ellos* deben decidir algo, se toman todo el tiempo del mundo… En la cúpula de la toma de decisiones, el tiempo no se puede comprimir, pero cuando han tomado su decisión, de pronto se agota, ya no queda y hay que hacerlo todo deprisa y corriendo… Desde ese momento, la pregunta principal no es *cuánto* dinero, o *cómo* lo hacemos o a *quién* se lo encargamos, etcétera… Todo se reduce a una única pregunta: «¿Cuánto se tarda?».

Puddu le ha dicho con su nítido acento sardo: «Ingeniero, yo soy aparejador y no he estudiado como usted, pero estoy convencido de que un político no comprende a un ingeniero, es incapaz de comprenderlo y no lo comprenderá jamás. Por lo que he visto durante estos años, *ellos* no están convencidos de nada, no piensan nada, todo lo que hacen lo hacen en aras del consenso. Consenso vertical y horizontal, quiero decir. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad? Si hay consenso, bien; si no, no se hace nada, aunque sea lo más justo. Su realidad es ésa, porque el consenso es el agua en la que nadan. Si se la quitas, se ahogan. Punto pelota. Por tanto, ¿de qué coño estamos hablando, ingeniero? Si en la Ciudad del Norte dicen que sí, nosotros aquí decimos que sí y les hacemos hasta una reverencia… Disculpe la sinceridad, ¿eh?».

Puddu me gusta, es directo, ha visto medio mundo, sabe hacer frente a cualquier situación, no se asusta de nada ni de nadie; con los temas que desconoce es tremendamente cauto hasta que los comprende, pero en cuanto los ha comprendido, actúa… Éstos son los hombres que construyen el mundo, que siempre lo han construido, que se *implican* hasta el cuello… Él es esa persona en la que me habría gustado convertirme, pero no lo he conseguido… Alguien que sabe estar a gusto en cualquier sitio, con los pies bien plantados en la superficie de este planeta… En cambio tú, *mon cher*, nunca has sido ni una cosa ni la otra y ahora ya es tarde… Puddu sólo tiene el pequeño defectillo de que le gustan los chavalitos… Me decía: «Ingeniero, sé lo que piensa… A ver, no pensamos lo mismo… Pero, mire, los políticos con convicciones personales desaparecieron hace tiempo, tanto en la derecha como en la supuesta izquierda. Ésos eran cosa del siglo XX, de los que ya no se fabrican. Da igual que fueran comunistas, fascistas, católicos, liberales o lo que usted quiera: entre ellos había gente que creía… Que tenía sentido… del honor. Hasta los comunistas eran gente seria». Sonreía. «¿Me cree si le digo que la democracia me gusta incluso a mí, que soy… digamos… un poco de derechas? ¿Que los regímenes autoritarios me dan asco? Sin embargo, el tiempo de la democracia pasó, está en fase terminal, agoniza, pero lo hace de un modo nuevo, nunca antes visto…» Era serio… Pese a su aspecto, que decir dejado es poco, y ese afán por los chavales que lo devora, Puddu sabe hacerse respetar… Puddu, pedófilo y fascista, sí, pero tonto, no, ni inculto, ni hijo de puta, ni desleal, ni deshonesto… Sólo condenado… No me meto en sus asuntos… Que seduzca a quien quiera fuera de la obra, pero que no utilice el trabajo como cebo y el despido como chantaje para cepillarse a jovencitos… Dice que aquí, antes de casarse, lo hacen todos… Me importa una mierda, como lo vuelva a pillar, hablo con los de la empresa y arreglamos las cosas de una vez por todas…

«Hablo de la democracia de la nada —le ha dicho Puddu más de una vez—. Me refiero a la democracia del hoy para el mañana, la que promete pero no propone. Cierto es que ahora no hay gran cosa que proponer, pero a mí de pequeño me enseñaron que la política

prometía mundos mejores… ¿Se acuerda, ingeniero? No todos los partidos eran así, pero, detrás de lo que se hacía hoy, siempre había un ojo puesto en el mañana… Porque el mañana necesita del hoy para saber lo que debemos hacer, del hoy… Nosotros somos ingenieros y, por tanto, estamos acostumbrados a la idea de proyecto, de algo que hoy no existe, sino que va a construirse y es preciso tenerlo listo en un plazo de tiempo x, con el dinero de allí y con el que contamos aquí… Pero ¿los políticos qué saben? ¿Qué les importan a ellos las cosas bien hechas? ¿Y el mañana? ¿Lo duradero, lo preciso, la ejecución cabal, las reglas del arte, de las matemáticas, de la física, de la ciencia de la construcción? Dígamelo usted, ingeniero… ¿Qué saben ésos de las *reglas*, de cualquier regla? A ellos les importa el presente, lo demás sólo es futuro lejano, no les incumbe, no forma parte de lo inmediato, del consenso instantáneo, de lo que se mide con encuestas… Estoy hablando de *nuestros* políticos, no de esos que una vez llegados al poder se quedan allí de por vida… Luego lideran la revolución y suben al poder a otros que también se quedan allí de por vida… Nosotros somos *ingenieros*, nunca lo entenderemos…»

Si Puddu se queda aquí, me voy tranquilo. Es viernes, a las cuatro como mucho estoy en casa. Apago el móvil. Un fin de semana de vagancia total, un paseo, una exposición, una invitación a cenar en casa de algún amigo y luego el lunes ya se verá… ¡Coño, qué dolor de cabeza!

Aquí Brandani es el único con chaqueta y corbata, el único que no va con camiseta y pantalones cortos. Traje de lino de color tabaco, arrugado, maleta de cabina verde chillón, bordeada de rojo, fácil de identificar en las cintas transportadoras en medio de las demás maletas, por lo general negras, tal vez porque son más sufridas, pero todas iguales y, por tanto, necesariamente identificadas con etiquetas, cintitas, lazos, incluso con marcas de pintauñas, signos indelebles trazados quizá por quien ha sufrido el trauma del intercambio, por quien se ha visto en el hotel con una ropa que no es la suya, con una maleta ajena cerrada con llave. Incluso la maleta de cabina multicolor del ingeniero Brandani ha

necesitado marcas añadidas, porque las ha visto completamente iguales y, por tanto, ha recurrido a la cinta adhesiva roja, de esas tenaces, y ha marcado su maleta con una línea longitudinal en posición asimétrica, como las que en un pasado remoto les ponían a los coches tuneados, a los Seicento quiero-pero-no-puedo, serie Abarth con calcomanías de escorpión. A su maleta de cabina él la llama mentalmente «la Abarth», la quiere, es suya y lleva su marca de dejadez y de desprecio por la elegancia y las cucadas de viaje. Aparte de a la Isla, viaja sólo y exclusivamente por trabajo, porque ya odia viajar y todo lo que conlleva, pero se encuentra a gusto en los aeropuertos y en los aviones. Cuando está en el aeropuerto, entra en un estado cataléptico, en una paz interior estupefacta que se torna más profunda a medida que la espera se prolonga, aunque existe un límite más allá del cual recobra la consciencia y se cabrea por el retraso. Una vez que ha facturado, que ha pasado los controles y se ha sometido a todo tipo de escáneres, que lo han cacheado, se ha quitado el cinturón y los zapatos y ha pasado finalmente a la otra parte, sólo le queda respirar y pensar. A veces leer, comerse un bocadillo o beberse un capuchino *international style*. Pero, sobre todo, le gusta observar. Dentro de un aeropuerto, Ivo Brandani se siente un justo entre los justos. Allí cualquier actividad humana normal queda en suspenso, en una pausa existencial, en una especie de pacificación, en un nirvana: el aeropuerto es el único espacio de descompresión mística que se le concede a quien no cree en nada. De una sala de embarque te vas volando; tal vez por eso el aire ya te parezca distinto. Es bonito estar aquí, en legítima y necesaria espera, en un estado de suspensión fuera del trabajo, de las vacaciones, de cualquier otra actividad que no sea esperar un avión. Para él los aviones son objetos sagrados, de una belleza sublime y necesaria. Pronto llegará una divinidad tecnológica capaz de levantar el vuelo armando un estruendo maravilloso y sobrehumano.

Están los que utilizan estos lugares para abrir el portátil y ponerse a trabajar enseguida… El ejecutivo de nivel medio, joven, el profesional sofisticado de éxito, rebosante de trabajo como un

calamar relleno, que se te sienta al lado con esos PowerPoint idénticos en la pantalla en los que se ven gráficos de tarta, curvas de evolución, eslóganes elementales… Estas cosas, los planes económicos y financieros, los estudios de mercado, los programas cronológicos, etcétera, suelen pagárselas muy bien, pero casi siempre son obviedades, cuando no auténticas gilipolleces. Nosotros hacemos decenas de estos estudios de viabilidad al año… El cliente se los espera, los exige: unas pocas páginas a color en formato A4 horizontal, canto de plástico, sobrecubierta de acetato, 30-40 copias, y tan contentos. Los «soldaditos» se los explican, luego se los llevan a los jefes… Los «soldaditos del capital» —Franco los llama así—, todos con el pelo corto o completamente afeitado, bronceados, con las gafas de sol de marca metidas en el bolsillo, vestidos igual… Un año se lleva el traje de chaqueta azul con tres botones y pantalones con dos pinzas; al año siguiente, gris oscuro con dos botones y pantalones de pitillo, sin pinzas: una verdadera revolución anual, ¡ay del que no se adapte!… Dos horas de sala de embarque me proporcionan el mismo alivio que un año de meditación trascendental… También es verdad que hay aeropuertos y aeropuertos, esperas y esperas, pantalones y pantalones, asientos y asientos… Un asiento duro o un pantalón aplastapelotas hecho ya un higo por las horas de viaje pueden convertirse en una tortura…

Ivo se viste con pocas prendas, pero todas ellas las piensa, las estudia y las encarga con sumo cuidado al sastre para que se las haga a medida: chaquetas amplias casi caedizas, pantalones anchos, largos de tiro, con bolsillos profundos, zapatos de planta amplia con plantilla ortopédica a medida, camisas de cuello cómodo, calcetines cortos sin elástico porque no soporta la opresión insufrible de los largos en las pantorrillas. El conjunto le confiere un aspecto torpe, exalta una vejez ya obvia a pesar de su renombrada y tradicional belleza, pero al menos está a gusto. La mera visión de unos vaqueros ceñidos le hace sentir mal: «¿Cómo pueden llevarlos tan ajustados? ¿Cómo podía llevarlos *yo*?».

La sala de embarque perfecta nunca es demasiado silenciosa, de lo contrario el llanto del niño te molesta mucho más; si te tiras un

pedo, corres el riesgo de que se oiga; si el ambiente está demasiado calmado, te entra sueño, mientras que el estado ideal es una presomnolencia vigilante. Ivo es un diletante del aburrimiento aeroportuario y reflexiona sobre el tema. En la terminal de salidas el aire le parece más fino, enrarecido, la gente le parece distraída, absorta en algo, todos bajan la voz de manera espontánea. Los niños aprovechan para dar por culo con mayor eficacia; como si allí percibieran cierta debilidad en los adultos, una disminución de su autoridad. Se sienta y espera a que alguien honre el compromiso de hacerse cargo de su cuerpo durante las horas de vuelo y, al mismo tiempo, le garantice la satisfacción de sus necesidades básicas. Espera que lo mantengan con vida a diez mil metros, que luego lo posen delicadamente en tierra y que al final lo dejen libre. Adiós, puerta, coge tu maleta y quítate de en medio, de ahora en adelante debes apañártelas solo: nada de azafatas ni azafatos que te cuiden, nadie con la sonrisa vacía de esas chicas de uniforme, con medias de automasaje y gestos de falsas *geishas* bien adiestradas, nadie que venga a ver qué quieres si le das al botón adecuado, nada de chorros de aire que se orientan hacia la cara si tienes calor. Aquí, en el mostrador de la sala de embarque, también hay muchachas de uniforme, con su expresión de azafata, ligeramente diferente a la del personal de vuelo, pero expresión de azafata al fin y al cabo. Hace años, décadas, que Brandani reflexiona sobre el misterio de esa metasonrisa.

¿Qué es? ¿Aburrimiento? ¿Desapego profesional? ¿Es la consecuencia de haber visto demasiado, de haber viajado demasiado, de la deslocalización continua? Su mirada no se posa en ninguna parte, y mucho menos en tus ojos, para no alentar a nadie al ejercicio internacional del cortejo de la azafata, del que son cómplices las leyendas —¿o son historias reales?— de grandes polvos de pie en los lavabos con asistentes de vuelo cachondas. Mientras haya gente que cuente este tipo de bolas —¿o son historias reales?—, las azafatas se verán obligadas a no mirarte a la cara con una sonrisa que no sea profesional, escayolada y ajena. Aunque tal vez sea porque, si privas a una mujer de su esfera relacional

verdadera, o peor, si se la profesionalizas, ella se vacía y sólo queda el envoltorio.

Brandani cree que las azafatas no son más que cáscaras de mujeres que ya no existen, que se han marchado a otro sitio o que están muertas, envoltorios como conchas sin molusco, tal vez bellas, pero vacías. O tías con un cangrejo ermitaño dentro en lugar del alma original. Esto ocurre porque, según su propia experiencia —hace unos años conoció a un par de ellas, una de las cuales tenía unas tetas enormes con la consistencia del flan Elah—, en las azafatas que están de descanso o de vacaciones no reaparece una mujer entera, sino sólo una apariencia. Siempre queda una pátina indeleble de azafateidad indiferente, como una capa desoladora de células relacionales muertas. La azafata Elah tenía un aire ausente y distraído, practicaba sexo con los ojos abiertos, no se negaba, pero tampoco se entregaba. Una vez le dijo: «Si llevas varios años volando, terminas por no volver a tierra».

¿Y los azafatos? ¿Por qué todos parecen maricones? ¿Por qué todos lucen el mismo físico delgaducho, de una talla 44 como mucho, no son ni altos ni bajos y tienen la misma edad, entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años? ¿Por qué todos son tan desagradables y antipáticos, carecen incluso de la capacidad de esbozar una metasonrisa y nunca logran parecer amables? ¿Cuál es la palabra exacta? *Acicalados*, eso. Bronceados, manicura hecha, gestos fluidos, mirada aturdida pero fría, cuando no tienen nada que hacer bromean sin parar con las asistentes de vuelo, se meten allí detrás, o bien delante, y los oyes cuchichear y reír. Los que no parecen gais tienen pinta de folladores profesionales, lúbrica, experta; se nota por cómo miran a las pasajeras. Es un escrutinio muy rápido, pero se nota. Puede que quieran así al personal de cabina y lo seleccionen con características alienadas a propósito.

A Brandani le parece que las azafatas se diferencian más entre ellas, aunque quizá sólo sea que su mirada de viejo acabado se posa en ellas con mayor atención. Cuando Ivo, que es un envidioso profesional, está en un avión, envidia a toda la tripulación, pilotos incluidos, tan deslocalizados que parece que el mundo sea algo que

no les incumba. Se imagina a gente a-tópica que vive en barrios cercanos al aeropuerto, que va de la casa al avión y del avión a la casa, recorriendo circunvalaciones, atravesando lugares remotos, polígonos industriales, zonas residenciales con árboles y jardines. Sitios que a Brandani le traen a la mente una novela gris de Ballard, *Crash*, que no ha conseguido terminar, como todos los libros de Ballard, debido a su escritura fría, demasiado inteligente. Imagina que estos pilotos, estos azafatos, residen en barrios de chalés modernos y limpios —con calles impolutas y coches en los garajes—, y que están allí dándose una ducha o bañándose en la piscina, que pasan los días libres en el gimnasio y las noches echando polvos grupales con los vecinos o en el club privado. No los envidia por eso, sino por lo que le parece una pertenencia total a la nada.

No pertenecer a nada, no ser nada. Ya estoy cerca.

MONZÓN

Los canales del tiempo mostraban un centro estable de bajas presiones instalado en el país. Algo lo mantenía allí anclado, una especie de conjura de altas presiones circundantes, boreales y meridionales, occidentales y orientales; unas bolsas de aire frío trataban de romper en vano el cerco hacia el Este; los satélites no hacían más que captar imágenes de un vórtice cada vez más denso que, en lugar de contraerse, se expandía, día tras día, hacia el norte, afectando a otras geografías y a otras gentes, tal vez más acostumbradas a aquellas intensidades de nubes y lluvias. Aunque, tratándose de precipitaciones casi monzónicas —que es cuando descargan cantidades inauditas de agua y los automóviles se detienen porque los limpiaparabrisas no dan abasto o disminuyen la velocidad y encienden las luces de emergencia, cuando los pasos subterráneos se anegan de golpe y quien se ve en la tesitura de pasar puede incluso dejarse el pellejo—, esas lluvias crean problemas hasta en los países del Norte del Continente. Hasta en los situados por encima de la cadena de montañas que cerca y circunscribe la Península son raras: allí suele llover de manera sutil y continua, tal vez durante días, lo que produce hierba y pastos y mantiene verdes los campos también en verano, cuando aquí todo se torna amarillo y es necesario instalar sistemas de riego para asegurarse de que el jardín conserve un nivel aceptable de verde, en lugar del polvo en que se convertiría si se abandonase a la sequía estival.

Sin embargo, no era verano, sino más bien un otoño tardío invadido por un calor húmedo que había ido empeorando durante

aquellos últimos días de noviembre, tras semanas y semanas de nubes y lluvias cada vez más intensas, hasta llegar a aquel vórtice que, según anunciaban en la tele, era el responsable de que lloviera como no lo había hecho en los últimos doscientos años, si bien algunos objetaban que sí, que llovía mucho, pero que doscientos años antes no existían instrumentos que midieran las precipitaciones, que los distintos niveles alcanzados por las crecidas del Río grabados en las placas de mármol engastadas por todas partes en los muros antiguos de la Ciudad de Dios demostraban unos antecedentes de lluvias tremendos y que, además, aquellos cuatrocientos años de frío que decían que habían constituido la «Pequeña Glaciación» en aquellos tiempos no debieron de ser precisamente un camino de rosas para nadie.

«Un otoño enfermo», se decía, con un aire bochornoso y una lluvia cargada de arena roja procedente del Gran Desierto Meridional, que por sí solo constituía la prueba de lo mucho que pueden cambiar las cosas con el paso del tiempo en este planeta. La televisión mostraba lluvias y más lluvias en todos los puntos del país, con derrubios y masas de fango que bajaban por montes licuados para sepultarlo todo, inundaciones y puentes con las arcadas semisumergidas en las aguas de ríos tan crecidos que resultaban irreconocibles. Ríos que en pocos días se habían convertido en monstruos salvajes que se precipitaban a toda velocidad hacia la desembocadura, es decir, hacia uno de los dos o tres mares que circundan la Península, para descargar tales cantidades de limo disuelto que el agua parecía del color del *capuccino*, oscuro y frío.

El Río, encajonado entre sus dos altos muros de contención, atravesaba la Ciudad y crecía «hora tras hora». «Crece la alerta», anunciaba la televisión, y luego decía que el Río había «alcanzado el nivel de riesgo extremo», añadiendo que estaba constantemente «monitorizado» por los expertos de Protección Nacional, como si, en el caso de que empezara a desbordarse de verdad, pudiera hacerse algo. ¿Evacuar los barrios «en peligro»? ¿Cómo?

Unas nutrias gordas y exhaustas habían alcanzado los parapetos de las escaleras que bajaban hasta el lecho del río y que ahora se

perdían en la corriente. Los patos y los cormoranes se habían refugiado quién sabe dónde, mientras que las gaviotas no tenían el más mínimo problema y miraban a su alrededor perplejas por toda aquella gente agolpada a lo largo de los parapetos, en los puentes, que contemplaba con fascinación la sucesión de remolinos dibujados en aquella superficie móvil y oscura que aumentaba a ojos vista.

Cada vez que un tren de la red subterránea subía para cruzar el Río, los pasajeros enmudecían al verlo tan crecido y alguno corroboraba lo que todos sabían, es decir: que a uno de aquellos grandes pontones flotantes se le habían roto las amarras y había terminado incrustándose bajo una de las arcadas del Puente Ancestral que se encontraba más abajo, con el consiguiente peligro de que el agua llegase allí a tal punto que se desbordase. Con todo, ninguno creía realmente en el desbordamiento.

La mañana de su incorporación al servicio del Distrito, el ingeniero Ivo Brandani también tuvo oportunidad de contemplar el Río rebosante de agua, de meditar sobre el futuro inmediato de la Ciudad y de escuchar los comentarios de los viajeros del tren subterráneo en el momento en que éste emergía a la superficie a la altura del Puente de Cemento.

«No ocurre desde hace cien años o más, pero puede volver a ocurrir. ¿Dónde está escrito que los parapetos *no se pueden* rebasar?», pensaba.

Primer día en el Octavo Distrito Urbano, Dirección Técnica, Responsable del Patrimonio Público. Necesitaba aquel puesto. Tras el fracaso de Ediltekne necesitaba un trabajo, un salario, y la jubilación todavía quedaba lejos, pero no tanto como para permitirse no pensar en ella. Debía continuar pagando la hipoteca y el seguro, estaba agotando sus ahorros, pero estaba harto de viajar. Sabía que en Gobernación buscaban directivos, así que, haciendo de tripas corazón, les estuvo dando la lata a unos amigos que trabajaban allí hasta que se abrió un hueco y consiguió que le hicieran un contrato temporal renovable anualmente. Había albergado la esperanza de hacerse con la dirección de una oficina central, pero no hubo manera.

«Hazme caso, no te la van a dar —le había dicho Polano—. Ve y acepta una dirección fuera de aquí, en cualquier distrito. En los distritos se está mal, son una fuente de marrones, estás en primera línea, hay poco personal y pocos fondos, cero material, tienes a los políticos locales encima tocándote los cojones un día sí y otro también. Por eso no los quiere nadie, allí es más fácil que te ofrezcan un contrato como directivo. Créeme, las cosas se han puesto tan mal que o renuncias o vas a escupir sangre a un distrito. Sabes que te aprecio mucho, pero ésta es la realidad. Para un puesto de dirección aquí no te puedo ayudar, pero sé que hay distritos sin director desde hace meses y otros que tienen a un enchufado que busca otro puesto. Allí tendrías más posibilidades. Te puedo echar una mano. El sueldo sigue siendo bueno.»

La franqueza de Polano le gustaba desde los tiempos en que trabajaban juntos en Megatecton, e incluso aquella vez le fue útil. Ni siquiera en Gobernación le esperaba algo por méritos previos, por los años de trabajo, por la calidad de su currículum, una calidad que además se autoatribuía: lo habían contratado, y eso, para alguien aislado y fuera de juego como él, era una especie de milagro.

«No olvides que Gobernación es un monstruo frío y que tú, como todos nosotros, le resultarás completamente indiferente. Te mastica durante toda una vida y luego, cuando ya no te necesita, te escupe donde le parece. Si no has hecho todo lo posible por procurarte una tabla de salvación, entonces, querido Ivo, harías bien en pillarte el Octavo Distrito y punto… Hay gente que está mucho peor que tú y que yo… A propósito, ¿te has enterado de lo de De Klerk? ¿No sabes nada? Ha muerto. Se había quedado en Megatecton, había hecho carrera y había llegado a administrador delegado. Hace unos años volví a tener contacto con él, estaban con algo gordo inmobiliario… Al parecer se desmayó en la oficina… Todo aquel trabajo, ¿recuerdas lo mucho que trabajaba?, todo aquel poder para acabar palmándola encima del escritorio…»

Mientras el tren transitaba por el puente, Ivo Brandani se acordó de De Klerk, del verano de hacía tantos años. En él ya no quedaba ni

rastro de las emociones que lo habían embargado entonces. Todo estaba acabado, liofilizado, reducido a polvo y barrido por el tiempo.

Unos días antes, en el Octavo Distrito, se había reunido con el director saliente para una especie de traspaso de consignas. Si Brandani había conseguido un contrato era en gran parte mérito suyo: los ingenieros internos de la Administración estaban redactando cartas falsas y ejerciendo presiones políticas de todo tipo con tal de no terminar en puestos como el Octavo; por tanto, encontrar a un sustituto válido, aunque procediera del sector privado, le había facilitado mucho las cosas. Al otro le parecía mentira que fuera a marcharse; se notaba que estaba a punto de estallar de felicidad, que volvía a respirar a pleno pulmón y, cuando decía: «Aquí no se está mal, ¿sabes?», cualquiera se habría dado cuenta de que mentía. Pero Brandani no sabía hasta qué punto.

Era impresionante ver la violencia con la que aquella masa parda de agua cremosa se precipitaba río abajo, pasando a escasos metros del suelo del vagón.

«¿Qué ha sido de los cormoranes? ¿Y de los patos? ¿Cómo hacen los peces para quedarse en el sitio con esta corriente? ¿Terminarán todos arrastrados al mar? ¿Encontrarán refugio en determinadas cavidades del fondo? ¿A lo largo de las márgenes?»

Pensaba en las cavernas profundas y oscuras del Río, excavadas en un lecho de detritos milenarios, donde se amontonaban los recuerdos pesados de la Ciudad: estatuas y fragmentos de estatuas, trozos de marcos decorados, sarcófagos, oro hundido en el cieno, pistolas, fusiles, armas y objetos de todas las épocas. En la oscuridad, peces ateridos de frío que trataban de refugiarse de la fuerza terrible de la corriente. La imagen del lecho del Río siempre le había hecho estremecer. Lo antiguo, lo sucio, las bacterias y los virus, el fango, la chatarra, el agua turbia hasta el punto de que no se veía a treinta centímetros de distancia.

Recientemente había leído que en los ríos cenagosos de la Amazonia —o tal vez de Asia, no recordaba bien— viven peces gato que no ven casi nada por culpa del limo. Por eso no sólo utilizan esa especie de bigotes que tienen bajo la garganta o a los lados de la

boca, sino que *sienten* lo que hay en el agua a través de la piel. «Olfatean el agua, es más, la saborean con el cuerpo, poseen papilas gustativas por toda la piel, como si se tratara de tejido lingual. Están recubiertos por completo de sensores, lo que no ven lo degustan con la piel y, por el sabor del agua, deciden si por allí anda un amigo o un enemigo, si es bueno para comer o es mejor escapar.»

Siempre se había servido de la imagen acuática del molusco filtrador para explicarse el Hombre Político, de otro modo incomprensible para él. Pero no en cuanto molusco, sino en cuanto *filtrador*. «Los políticos, como los bivalvos, respiran y se nutren al mismo tiempo, reteniendo las partículas de consenso/desacuerdo en suspensión en el ambiente en el que operan y viven…» En cambio, ahora el pez gato, capaz de *saborear* el agua en la que nada, le parecía una imagen más precisa y pertinente.

«¿Cómo hacen los cormoranes del Río para pescar algo en apnea? Cuando se zambullen, ¿qué ven con todo ese fango?»

Solía contemplarlos volar con dificultad, a baja altura, sobre puentes que en aquel tramo del Río se remontaban a más de cien años de antigüedad. Le recordaban a los cormoranes de la Isla, pero aquéllos eran de una especie más grande y tenían los ojos ribeteados de amarillo. Se quedaban posados en algún tronco que había salido a flote o en las ramas de los arbolillos tenaces que habían crecido en los intersticios de las piedras de las márgenes, los había observado mientras se secaban al sol con las alas desplegadas.

«Carecen de esa sustancia impermeable que los demás pájaros marinos tienen en las plumas. La suya es una vida llena de tribulaciones. Yo ni siquiera puedo decir que tenga sustancias protectoras. Y aquí estoy, en el tren, camino del Octavo Distrito de esta horrible ciudad. Si te lo hubieran dicho, no te lo habrías creído, Brandani. Eres gilipollas, Brandani.»

«Lo primero en inundarse siempre ha sido el Templo Pagano. Es el punto más bajo», decía alguien sentado a su lado con el acento típico de la Ciudad, que parecía achicoria marcada en la sartén—. El

agua sale a borbotones por las alcantarillas antes de desbordarse por los parapetos, y el Templo se inunda mientras que el resto sigue seco. Pero si el agua sube de verdad, entonces llegan los problemas. Ve a ver las lápidas de allí al lado, las de la fachada de Santa María: hay señales a varias alturas, la más alta estará en los tres metros, increíble.

Se decía que la Ciudad de Dios, convertida en capital de toda la nación en virtud de una antigua preeminencia, había sido siempre la predilecta de un dios, el único dios capaz de separar la tierra del agua al principio de los tiempos y faltar luego a su palabra: después de casi ciento cuarenta años desde el último diluvio, la Ciudad de Dios corría el riesgo de volver a quedar sumergida.

Brandani, al que siempre le había gustado el Apocalipsis como única oportunidad de asistir a algo realmente emocionante, en el fondo lo esperaba. Era el niñito que seguía llevando dentro, un inconsciente semicriminal, el que lo esperaba. Quería ver cómo se ahogaba aquella ciudad odiosa, donde había nacido y donde probablemente moriría solo, agonizando al fondo de una sala de hospital, a merced de los adeptos a la religión, de los detentores oficiales de la *pietas* que supervisan los decesos. Una vida, la suya, que había transcurrido sin que hubiera conseguido atenuar aquella sensación de estar siempre atrapado. Con el tiempo había desarrollado un odio visceral por todo aquel rollo humano y divino que constituía la Ciudad, tanto que verla sumergirse ahora —bajo tres o cuatro metros de agua, según las previsiones— le habría proporcionado un placer de revancha insensato, autolesivo.

«A tomar por culo la ciudad milenaria, al fin una destrucción en condiciones. Como estoy en alto, encima del Valle de Creta, el agua no me llega… Al parecer, tiempo atrás, hace cincuenta mil años, el Río pasaba por ahí. Ésa es la razón de toda esta arcilla, de los antiguos tejares semiderruidos…»

El tren casi se había detenido en el Puente de Cemento. Lo hacía a menudo, como si los maquinistas tuvieran instrucciones de pasar con cuidado por si se rompía. En lo que no llegaría a ser ni medio minuto, los vagones se vieron sorprendidos por una cortina de agua

y, si el Río no hubiera estado allí, con sus crestas densas e impetuosas a sólo unos metros bajo el puente, no lo habrían visto.

En la siguiente estación la gente subía empapada, con el paraguas plegable chorreando. Al entrar en el vagón resoplaban o farfullaban algo para buscar solidaridad y justificación por el estado en que se encontraban. El sentido de apocalipsis inminente infundía unos ánimos en el prójimo que, por lo general, eran recíprocamente fríos e indiferentes.

El ingeniero Brandani se bajó por fin en el suelo de goma encharcado de la parada de Impronta, se puso en la cola para acceder a la larga escalera mecánica que, entre el olor a ropa y a metal empapado, lo llevaría a la superficie. Una vez al aire libre se vería obligado a enfrentarse a aquel aguacero con su viejo impermeable y un frágil paraguas tecnoplegable.

A medida que se acercaba a la superficie, veía bajar a la gente calada hasta los huesos, a mujeres con el pelo pegado a la frente, paraguas que goteaban. A los pies de la rampa de salida, el suelo de goma se había convertido en un charco donde se apelotonaban los titubeantes, los poco equipados, los que iban sin protección —los menos, dado que llevaba días lloviendo—, a los que los vendedores ilegales abordaban para que comprasen paraguas cutres por poco dinero. Desde allí se oía y se veía caer fragorosamente el agua, que la rejilla situada bajo la alzada del primer escalón engullía con dificultad.

Esquivó a los vendedores, se levantó la solapa, desabrochó la tirilla que mantenía recogido el artefacto, apretó un botón, el paraguas se abrió mediante un resorte, no sin cierto toque ingenieril de eficacia automática, y se abalanzó sobre las escaleras: no quería llegar tarde justo el primer día.

Sin embargo, caía demasiada agua, así que aceleró el paso, con el consecuente flato al llegar a lo alto. En aquel momento era imposible abordar la plaza a pie. La lluvia creaba una especie de muralla sólida y, aunque los automóviles avanzaran despacio, levantaban olas tan altas como un hombre: no era plan de

atravesarla. La bordeó y se resguardó bajo los soportales con el propósito de esperar a que el chaparrón amainase.

Los soportales semicirculares albergaban pequeñas colonias de sintecho, habituales en esos sitios porque son atraídos por el campo gravitatorio de la Gran Estación de Ferrocarril cercana que, como ocurre en todas las ciudades, constituía para ellos, desde siempre, el punto de referencia principal. La Estación era sin duda un recurso para los vagabundos, tal vez por los grandes espacios públicos cubiertos donde se podía encontrar compañía vagabundesca, pasar el día, comer, mendigar, tal vez robar y, por la noche, encontrar donde dormir en los alrededores. Aquella instalación ferroviaria inmensa, preciosa y estructuralmente osada, siempre había rodeado la ciudad circundante de un aura sórdida de degradación física y moral que hacía que atravesar aquellos espacios resultara desagradable, aunque aquel día todo parecía trastocado y como purificado por el diluvio tibio que caía.

Aquella era una de las zonas de la Ciudad en las que más se apreciaba —aparecía incluso en el nombre de la parada del tren metropolitano— la huella de un pasado que había dejado allí restos consistentes y visibles, conformando sobre sí mismos el plano de la Ciudad. Cuando el tejido urbano que rodeaba las ruinas del Antiguo Imperio, por las cuales existía un verdadero culto en la ciudad, no las dejaba al descubierto, las absorbía. Se trataba de un culto celebrado en instituciones creadas aposta, dotadas de cientos de funcionarios, de miles de metros cuadrados de oficinas, y cuya misión integral era el mantenimiento, restauración y «puesta en valor» de aquel inmenso conglomerado de ruinas, en su mayoría aún bajo tierra, que constituía la gloriosa e inolvidable Ciudad Muerta: «Inolvidable mis cojones», se decía Brandani, que desde niño había odiado las reliquias arqueológicas que afloraban por todas partes. Eran los restos de la antigua potencia de los que la Ciudad Viva aún se vanagloriaba y por los que mostraba un orgullo asentado en el corazón de cada uno de sus habitantes, aunque entre los ciudadanos vivos y los antiguos antepasados cualquier vínculo cultural, y tal vez incluso biológico, ya hubiese desaparecido por completo.

Mientras estaba allí, a la espera de que la lluvia se aplacase, Brandani volvía a pensar en las palabras de Enzo Rossetti. Rossetti había asumido desde hacía tiempo la Dirección Técnica del Duodécimo Distrito, y un par de semanas antes le había dicho: «Esto es como jugar al tenis… Sí, te explico. Al principio te entra el pánico; luego, cuando empiezas a enterarte de algo, te creas ilusiones con lo que podrías hacer, gestionar, controlar y programar; entonces tiendes a relajarte y piensas: "Está bien, puedo con esto". Error. *Creías* haberte enterado. Las cosas son mucho más complejas y peligrosas de lo que pensabas. Y, justo cuando estás digiriendo mentalmente todo esto, te meten el primer misil por el culo… ¿Qué misil? Eh. Espera. Te decía que es como un partido de tenis, sólo que en lugar de la pelota puede llegarte cualquier cosa y tú debes responder, debes lanzar esa cosa a la otra parte de la red. Puede ser, efectivamente, una pelota, un misil o una granada de mano, un mangual o un algodón de azúcar. Te lo repito: cualquier cosa. Y, por norma general, va en tu *contra* y es peligrosa. Hasta una bomba con temporizador que parece una muñequita. Si no comprendes de qué se trata, te explota en la cara cuando menos te lo esperas. Básicamente necesitas dos cosas: máxima atención y un seguro contra riesgos judiciales. Luego está el tema de los Delegados, es decir, de los políticos. Ése ni lo toco, es un capítulo aparte. Verás. No quiero asustarte. Hay a quien al final le va bien. Mírame a mí, hace años que estoy aquí y no tengo intención de dejarlo: ya casi disfruto con las dificultades… Significan acción, ¿entiendes? Tienen su aquél. Tú estás acostumbrado al sector privado, que no tiene nada que ver con esto. Aquí, si necesitas dinero, no te lo van a dar; si necesitas técnicos, no te los van a dar: estás en primera línea de batalla, pero desarmado. Basta con saberlo y prepararse mentalmente, pero para la Dirección Técnica de un distrito no existe más que la formación sobre el terreno».

Bajo los soportales, en medio de aquella gente que esperaba poder enfrentarse a la calle a pie —todos procuraban mantenerse bien lejos de los tipos sucios, desgreñados y arropados que habían pasado allí la noche y que aún seguían tumbados sobre los cartones,

o bien sentados fumándose un cigarrillo con el perro acurrucado a los pies—, Brandani observaba el estrés al que estaba sometido el sistema de recogida y evacuación de las aguas pluviales de la plaza.

El agua corría limpia e impetuosa por el pavimento de baldosas de basalto deslavado desde hacía días, incluso en los intersticios más pequeños, que ya se veían bastante limpios, tal vez demasiado, dada la profundidad de la erosión entre baldosa y baldosa. Aunque por un lado la mente de Brandani ansiaba el nuevo puesto, por otro se mantenía ocupada ingenierilmente en la observación del excepcional evento meteorológico y sus consecuencias.

La lluvia llegaba al suelo con violencia y luego se precipitaba por las cunetas habilitadas para su recogida e intentaba colarse por los sumideros diseñados para caudales bastante inferiores que no conseguían tragársela en su totalidad. Por eso, alrededor de las alcantarillas se creaban charcos y lagos donde los neumáticos de los coches levantaban olas descomunales, y Brandani sabía muy bien que quien iba al volante disfrutaba provocándolas.

La gente charlaba y se solidarizaba en el habla local mientras contemplaba fascinada la cortina paroxística de lluvia. Parecía que volviera a percibirse como una comunidad, que sintiera que pertenecía a un destino común. En los labios de algunos afloraban formulaciones del tipo: «Estamos en manos de Dios», «La naturaleza antes o después se toma la revancha». O bien, de manera más prosaica: «Es el calentamiento global».

En tanto que ingeniero, Brandani sabía que si el Río se había desbordado aguas arriba, difícilmente se saldría de los diques que lo contenían en la ciudad, siempre que se mantuvieran despejadas las arcadas de los puentes, siempre que el agua no superase la clave de bóveda del Puente Ancestral, que era bajo, tenía tres arcos y no contaba con vanos de desagüe. Eso sí que era peligroso: constituía el verdadero problema, lo único que no había que perder de vista.

La televisión había retransmitido imágenes de que, efectivamente, en el Norte de la ciudad, había vastas áreas de la antigua cuenca fluvial que se remontaban al Pleistoceno cubiertas por varios metros de agua cenagosa, mientras que los terrenos

inundables más cercanos a las zonas habitadas continuaban secos. ¿Señal de que disponían de tiempo? Todo dependía de una crecida esperada y temida hacia finales de la mañana o, como mucho, a primera hora de la tarde de ese día. Todo dependía de la densidad, de cuánto material capaz de obstruir los puentes arrastrara.

Brandani coincidía para sus adentros: «Sí, Estamos En Manos de Dios, aunque yo estoy en un sexto piso y además en una colina… Siempre que el bajante del canalón se abra de una vez: ahora mismo la zona de goteo se está agrandando demasiado. ¿Que si me disgustaría ver esta ciudad inundada? No sé… Admítelo, Brando: no te disgustaría. Siempre ha habido inundaciones y ésta es de las buenas. Además, la Ciudad se lo merece, nos lo merecemos. ¿Que no creemos en nada? ¿Que nada nos importa un carajo? Pues toma, ahí la llevas. Ya llega. ¿Qué ciudad se lo merece más que ésta, la Sempiterna? ¿Nos evacuarán? Mi distrito está lejos y sobre todo en alto, aunque se asome a la cuenca del Río Pequeño. Está cochambroso, sí, pero soterrado y encauzado. Es verdad que esas chabolas y la basura que baja por el lecho… A esta hora ya estarán en el mar».

Toda la gente que se había apoderado de los terrenos inundables del Río Pequeño y que había levantado refugios a la buena de Dios con tablones, aglomerados, puertas viejas y nuevas, chapas que servían de techo y encima de las cuales colocaban bloques de cemento para echarles peso… Se habían llevado la electricidad, la tele, lo tenían todo instalado y bien organizado, allí, en medio del fango, donde años antes, durante un paseo, había visto ratas de alcantarilla pelirrojas, tan a gusto, rebuscando en los cúmulos de residuos fluviales, entre los montones de maletas de mano robadas y tiradas al río. Las eternas inmundicias metropolitanas que se formaban incluso bajo su casa. Bastaba con que el servicio de limpieza urbana no pasase, que no limpiase durante un par de noches, para que al lado de los contenedores se acumulara de todo, hasta artículos con los que vestirse y construirse una casa. Le gustaba ver correr el agua de aquel modo: al lavar el suelo de la ciudad, arrastraba consigo toda la porquería acumulada.

«Ahora la riada purificadora lo habrá barrido todo y adiós muy buenas. Dentro de dos meses, a lo largo del Río Pequeño todo volverá a ser como antes.»

Los coches, los autobuses públicos y los taxis no habían dejado de pasar y de levantar olas de agua. La única diferencia con el tráfico de los días normales era la ausencia de motos, salvo algún rarísimo centauro muy bien pertrechado, es decir, con un mono impermeable hasta los pies, casco integral y guantes estancos: «La moto es la moto —parecían decir—, necesita dedicación, no se la traiciona por dos gotas de agua».

«Siempre hay quien se la juega con el agua, incluso cuando es demasiada, incluso cuando alguien se queda sin casa o se ahoga y hay garajes y trasteros, así como túneles y pasos subterráneos, que se inundan. La ciudad está llena de depresiones y recovecos, la red de alcantarillado está atascada, las cloacas están llenas de grietas, de obstrucciones, de imperfecciones. Las chabolas del Río Pequeño, aunque también las que se encuentran al norte de los Rápidos del Río Grande, se han instalado ignorando el peligro que siempre existe en las riberas de una corriente de agua. ¿Qué habrá sido de ellas?»

El aguacero se iba debilitando, pero la calle seguía siendo un torrente impetuoso y la gente resguardada en los pórticos vacilaba. Brandani miraba el reloj.

«El primer día no quiero llegar demasiado tarde al nuevo trabajo. Pero toda la ciudad está en estas condiciones. ¿Y? ¿Te acuerdas de los que hace unos años se construyeron aquel refugio en el terraplén de la línea del tren metropolitano que discurría debajo de casa, en medio de la maleza y de las falsas acacias que crecen por todas partes? Cayó una tormenta increíble, tan fuerte que cogí la cámara. Estaba sacando fotos de aquella cortina de agua que casi borraba de la vista todo lo que había alrededor cuando empecé a ver que bajaban trozos de madera por la colina, como cerillas en un riachuelo: la chabola se estaba deshaciendo bajo el peso del aguacero, un hombre y una mujer con niños se afanaban por salir de allí, cuatro petates, inmundicias que se licuaban. Condiciones de asentamiento primario, prehistórico, en el corazón de una ciudad

cementera y occidental, evolucionada, organizada, con sus buenos tejados y cubiertas, canalones y bajantes. Gente que huía bajo el agua. Niños empapados; el tráfico de la avenida situada en la cima del terraplén continuaba como si nada; dentro de los coches había gente protegida que escuchaba la radio, llamaba por el móvil, mientras los primitivos huían de la tempestad y se resguardaban bajo el viaducto, de pie en la acera, que allí tenía una anchura máxima de setenta centímetros, apretaban a los niños contra su cuerpo… Ahora puedo cruzar.»

Volvió a abrir el paraguas, disfrutando de nuevo del resorte, y se unió al grupo de peatones del paso de cebra que intentaban alcanzar el otro lado de la calle. Hicieron piña, el tráfico se paró para dejarlos pasar. Llegado a ese punto, no le quedaba más remedio que subir por la calle que dividía en dos la Gran Ruina. La Vía de la Separación, por donde ahora caminaba a toda prisa el ingeniero Brandani brincando entre charco y charco para tratar de no mojarse demasiado los pantalones y los zapatos, se llamaba así porque en lugar de detenerse ante la imponencia y la complejidad de las Ruinas, las atravesaba arrogantemente justo por el centro, seccionándolas, dejando al descubierto su potentísima estructura, poniendo en evidencia las decenas y decenas de construcciones, ahora privadas de techos y bóvedas, de que estaban constituidas, algunas tan grandes que podían albergar un edificio y otras más pequeñas, pero todas con una forma primaria y autónoma con respecto al espacio adyacente. Cuadrados, círculos y semicírculos absidales, galerías lineales, pórticos y criptopórticos, largas series de habitaciones, aparentemente sin ventanas. Hacía años que no pasaba a pie por aquellas aceras, quizás incluso no las hubiera pisado nunca, por lo que observaba las murallas de ladrillo y pedrisco negras por la lluvia, interrumpidas por lo que parecían antiguos derrumbamientos, o bien cortes intencionados operados por la Ciudad Viva para abrirse paso entre las vísceras de la Ciudad Muerta. Sobre las aceras y los parapetos de piedra de las profundas fosas arqueológicas detectaba restos deslavados de vagabundismo, capas de cartón empapado extendidas por el suelo para dormir,

cajas abandonadas, inmundicias y cagadas humanas que el agua providencial había arrastrado y casi borrado, aunque sólo en los puntos expuestos a la lluvia. Pasó junto a un par de nichos reducidos a auténticas letrinas: los colchones recubiertos y corrompidos por el amarillo del orín, el suelo de piedra sembrado de mierda. Se tapó la nariz con la mano libre y aceleró el paso.

«Mañana tiro por la otra acera.»

De repente se dio cuenta de que aquello ya era territorio de *su competencia*, es decir, pertenecía a ese Octavo Distrito Urbano cuya dirección técnica iba a asumir.

«Esto es una letrina… Habrá que encontrar una solución…» La idea de tener voz y voto en un vasto trozo de ciudad física le provocaba una extraña sensación de abatimiento («¿estaré a la altura?»), pero también de satisfacción («por fin puedo meterme en faena»). De hecho, más que satisfacción, Brandani sintió ganas de hacer cosas, de intervenir para mejorar. Con respecto a aquellos lugares, ya no se encontraba en la condición de simple ciudadano de a pie que aprueba/desaprueba, que elogia/reprueba: podía llevar a la práctica iniciativas concretas cuya *responsabilidad* asumiría.

Después de abrirse paso por aquel complejo imperial, macizo y antiquísimo desgarrando literalmente sus miembros, la Vía de la Separación se adentraba en una parte de la ciudad que Brandani sabía que se remontaba más o menos a cien años atrás.

«Imagino que esto ya será competencia del Ministerio del Legado…»

El tejido tenía una regularidad repetitiva impuesta un siglo antes por delineantes impregnados de geometría y racionalismo masónicos, aunque con el tiempo aquella limpidez se había resentido por la cercanía de la Gran Estación, cuya fuerza gravitatoria emanaba un aire sórdido, como un velo de opacidad moral extendido por toda la zona.

«Feo. Es decir, bonito, pero feo.»

Edificios mal conservados o recién restaurados destinados a oficinas, calles desiertas de peatones, barreras de demarcación y carriles preferentes aquí y allá por donde retumbaban grandes

autobuses rayados de lluvia mezclada con suciedad, señales de prohibido aparcar y de sentido único, tiendas de electrónica, de modelismo, grandes almacenes bengalíes, restaurantes étnicos de luz mortecina y, por todas partes, enormes charcos que indicaban atoros en la red de alcantarillado. A lo largo de las proyecciones de aquellas calles, rígidamente ortogonales entre sí, asomaban numerosos letreros de hoteles, hostales y pensiones, todos más o menos de baja categoría, de dos o tres estrellas como máximo.

Mientras recorría a toda prisa aquellas aceras, tratando de evitar los riachuelos formados por los canalones rotos que bajaban con fuerza en paralelo a las fachadas, le impresionaban los bares por los que pasaba: todos eran pequeños y tristes, de aspecto sucio, con una decoración que se remontaba a fases de modernidad anteriores ya obsoletas. Empujado por la necesidad de orinar, entró en uno de ellos, pidió un café y preguntó por el baño. Le dieron las llaves y le indicaron una escalera empinada y muy estrecha. Bajó con cautela, aunque eso no impidió que se diera de lleno en la frente contra el intradós de un muro de carga duro, frío y doloroso. Con las manos en la cabeza, continuó bajando hasta un cuartucho desprovisto de papel higiénico y de manos, lleno de útiles del bar y cubos con mopas del suelo. Se echó agua en la frente blasfemando y luego se la secó con la manga del impermeable.

De vuelta a la barra, sorbió un café amargo mientras el dolor seguía atormentándolo, pagó en una caja recubierta hasta tal punto de altos expositores atestados de chicles-caramelos-de-menta-postres-dulces-pilas-maquinillas-de-afeitar-etcétera que para entregar el dinero quedaba una especie de cañón de no más de cuarenta centímetros de ancho al fondo del cual se encontraba la indiferencia de una vieja cajera.

«Decadencia… Hubo un tiempo, pongamos hace treinta años, en que este bar era nuevo y estaba recién abierto. Entonces iba bien, ahora seguramente no. O sea, creo que no. Pues ya podían haber puesto un "Cuidado con la cabeza" en ese punto. A menos que lo hagan aposta: ¿Me tocas las pelotas con lo de ir a mear? ¿Me

obligas a sacar las llaves del baño? Pues ahora vas y te partes la crisma.»

Mientras tanto, seguía lloviendo a cántaros.

Ahí está, en el número 87, el gran edificio de finales del siglo XIX, oscuro y sucio. «Decadencia palpable. Claro, ¿qué esperabas?»

El pequeño paraguas plegable no lo había protegido demasiado, así que franqueó la entrada del Octavo Distrito con los zapatos llenos de agua y los bajos de los pantalones completamente empapados. Era presa de una especie de desdoblamiento perceptivo: se veía a sí mismo desde fuera y al mismo tiempo desde dentro; le sucedía cada vez que se sentía estresado.

Al otro lado del portal abierto de par en par, el suelo del recibidor estaba lleno de serrín mojado y, un poco más allá, había una puerta con dos hojas de cristal, provista de muelles y tiradores antipánico, que daba a una escalera cubierta de una capa sutil de fango pisoteado.

«Pies humanos, pies humanoides, pies de primates, pies que ensucian, manos modificadas de cuadrumanos convertidos en bípedos, millones de años para llegar a este recibidor…» Cuando Brandani se desdoblaba, una parte de su mente iba por libre.

En el centro de la escalera, un grueso pasamanos tubular dividía el flujo de quien transitaba por allí y llegaba hasta el ascensor. Las paredes estaban repletas de tablones polvorientos llenos de notificaciones en formato A3 y A4, pero también de carteles pegados directamente en el muro con trocitos de cinta adhesiva. Algunos estaban escritos a mano, otros estaban medio despegados, otros eran viejos, amarillentos, otros eran enormes y contenían varias convocatorias impresas en grandes letras negras. El ascensor tenía la anchura justa de una persona y apestaba a lana mojada. Delante de él entró en la cabina una mujer bastante joven que bajo el brazo llevaba una especie de archivador atestado de documentos, contenidos en carpetas rosas y amarillas.

En cuanto Brandani entró, la mujer apretó un botón. Con la mirada fija en el suelo, dijo: «¿Todo bien? La recoges luego. ¿Lo sabes, mamá? El cole bien, ¿no?».

Llevaba una chaqueta cortavientos muy sucia. Calzaba sandalias de tacón, abiertas por detrás, y lucía una piel extrañamente bronceada. El ascensor se detuvo en el tercer piso. La mujer lo empujó de costado con fuerza, abrió, salió y se fue sin cerrar las puertas.

En el cuarto, justo al salir del ascensor, se encontró con una garita de cristal en cuyo interior había un estante hasta arriba de formularios. Desde un tragaluz de plástico transparente le llegaba el fuerte fragor de la lluvia. Junto a la garita, delante de un enorme aparato de aire acondicionado portátil, sucio y roto, estaba lo que creyó que era un conserje. Era un viejo desaseado vestido con un traje arrugado de color azul pastel bajo un chaleco amarillo fluorescente de seguridad laboral y una gorra de béisbol con el emblema de los Stones. Estaba sentado en posición semitumbada, con las piernas estiradas en medio del pasillo, los pies calzados con zapatos de goma plateada que descansaban en el lodazal de un suelo de terrazo nebuloso.

El conserje lo vio y gritó:

—¿Digaa?

Brandani le respondió que era el nuevo Responsable.

—¡¡Aah!! Buenos días, jefe. ¡Aah! ¡Yo soy el conserje de aquí! —exclamó con un marcado acento romano.

Hablaba en voz muy alta y reía mostrando una extraña hilera de dientes muy separados los unos de los otros. Tenía unas ojeras muy pronunciadas. Mientras observaba al ingeniero Brandani, una de las pupilas parecía ir por su cuenta en forma de extraño guiño involuntario. Continuó chillando:

—¡Jefe! ¡Yo ya he terminado, me voy a finales de junio!

Pasó una mujer, una empleada con unos papeles en la mano, y el conserje gritó:

—¡Ay, guapaaaa… he terminado! ¡Me voy a finales de juniooo!

La empleada ni se giró; siguió caminando mientras decía:

—Que sí, Carmelo, que sí. Que te vas; llevas diez años diciéndolo. No chilles… Es temprano, son las nueve, llueve desde hace una semana y yo ya tengo dolor de cabeza…

—Ingeniero, la situación aquí es complicada, ya tendrá ocasión de darse cuenta… Tenemos poco personal, poco cualificado, pocos medios, poco dinero. Le hago un resumen rápido del panorama porque me marcho dentro de un rato, me he cogido un día de asuntos propios… Y con esta dotación debemos apañárnoslas. Este año nos han dado casi la mitad del presupuesto del año anterior. Además, estamos sin contratas para el mantenimiento de las instalaciones escolares… Ahora no tengo tiempo; si quiere profundizar, debería dirigirse al aparejador Marcotulli… Ah, no, hoy me había pedido el día libre… Está bien, mañana lo hablamos si le parece… El Responsable ahora es usted, necesitará saber cómo están las cosas… Pero no puedo informarle yo, como le decía me he cogido un día de…

El Responsable Técnico de Primer Nivel de Proyectos se levantó y se marchó, dejándolo perplejo con la vista clavada en la lluvia que caía a cántaros al otro lado de la ventana, sentado detrás de su escritorio de directivo de madera de imitación (muy bien imitada) en una silla de directivo de piel de imitación (muy bien imitada), cuyo único defecto era el respaldo, que se echaba hacia atrás a la más mínima presión, dándole la sensación de que se iba a caer. El desdoblamiento mental continuaba, Brandani estaba aturdido, le había entrado sueño, bostezaba. La frente, después del golpetazo de la escalerilla del bar, le dolía.

—¿Puedo pasar? ¿Qué se ha hecho en la frente, ingeniero?

Era Cinzia, la secretaria del director saliente. La única vez que se habían visto, su predecesor le había hablado bien de ella, le había aconsejado que la conservara e incluso le había dejado en el despacho un par de cajas de cartón cerradas con cinta de embalar.

—Ah, sí. He chocado contra el techo… Iba bajando una escalerilla… No es nada… ¿Se nota mucho?

—No, sólo está un poco rojo… Veamos, a las doce tiene reunión en Ce Erre… CR significa consejo reducido… En la sala de espera está el asistente técnico Basile, dice que es urgente… Debo ponerle

al día de muchas cosas, ingeniero, pero ya habrá tiempo… Parece que lo de ahora es una emergencia…

Aún no había terminado cuando por la puerta entraron tres personas casi a la carrera.

—Ah, mire, el asistente técnico Basile… Basile, ¿no llama a la puerta?

—No importa, Cinzia… Perdone, ingeniero, pero es que hay algunos problemas…

Era un hombre bajo y robusto de aspecto enérgico y espalda recta que se movía rápido y hablaba con voz ronca y decidida, como si estuviera cabreado con alguien. De los otros dos, uno era alto y gordo, de unos cincuenta años, y el otro, en cambio, era bajito, delgado y con la barba canosa. Se presentaron; pertenecían a la Unidad de Mantenimiento. Entonces el asistente técnico Basile continuó:

—Llevamos varios meses mal, ingeniero, fuera se está liando la de Dios es Cristo, todo se está inundando, nos están acribillando a llamadas de teléfono, hay lagos por las calles en los puntos donde las alcantarillas no tragan… Tenemos tres escuelas que hacen aguas por todas partes. Problemas en los bajantes y en las juntas. O están obstruidos o rotos. En la escuela Di Ruscio hay una cuestión más grave: la impermeabilización ha fallado en algún punto, cae demasiada agua y se filtra. Hemos tenido que cerrar dos clases… La Plaza de la Intercesión parece un lago, el agua sale ya por las alcantarillas, se ha mezclado con las residuales, no se sabe cómo han desviado el tráfico los de Seguridad, hay caravanas kilométricas. Esta mañana ha habido hasta un muerto: un motorista que ha derrapado en un charco cerca de la Estación… Del piso de abajo han empezado a llegar las presiones de siempre… Hoy Marcotulli y Proietti no están. Necesitamos directrices, debemos establecer prioridades. Ingeniero, ahora el *Responsablees* usted, ¿comprende?

—¿Qué presiones?

—Pues, cuando hay problemas sobre el terreno, los Delegados reciben reclamaciones de los ciudadanos y enseguida las descargan en nosotros, como si fuera fácil resolver de un plumazo todas las

emergencias… Llevamos diez días con este tiempo. Era lógico que empezaran las inundaciones… Todos los distritos están como nosotros, con la diferencia de que nosotros… —Se interrumpió para señalar la ventana—: Mire, ingeniero.

Brandani miró fuera y vio una cortina blanca de agua que caía sin control de un cielo uniforme, gris oscuro, lóbrego.

—¿Qué decía? ¿Qué diferencia?

—La diferencia es que nosotros este año no hemos licitado el mantenimiento de los edificios y se nos está acabando el dinero del mantenimiento de los espacios públicos…

—¿Y?

—Pues… que no podemos intervenir en las escuelas, ingeniero… Y en la calle sólo podemos hacer frente a los casos más graves…

Brandani no lograba concentrarse, se distraía, le venían a la mente las cosas más extrañas; más que escuchar, estudiaba a sus interlocutores.

«Al asistente técnico Basile le huele el aliento a sopa a dos metros de distancia», pensaba.

Luego dijo:

—¿Me está diciendo que hay escuelas anegadas y que nosotros *no podemos hacer nada*?

—Exacto, ingeniero. No podemos hacer nada con los protocolos ordinarios. Tendremos que hacer una concesión con suma urgencia, sin cobertura preventiva de gastos… ¿Entiende?

—¿Qué escuela está en peores condiciones?

—La Di Ruscio, sin duda. Aunque si la cosa sigue así, las demás irán por el mismo camino. La alternativa es cerrarlas. Ahora *usted* es el *Responsable*, ¿entiende?

Brandani alzó la mirada al techo, no sabía qué responder, no recordaba casi nada de los protocolos de emergencia. Detectó una vasta mancha de humedad amarillenta en cuyo centro brillaban algunas gotas.

El asistente técnico Basile siguió la mirada del ingeniero, se dio media vuelta, vio la mancha de humedad en el techo y dijo que en

aquel edificio también había goteras por todos sitios. Los otros dos técnicos asentían con la cabeza.

El ingeniero callaba; luego miró a Cinzia, que estaba sentada allí al lado. Debió de poner una expresión interrogativa porque ella levantó la barbilla y dijo con toda frialdad:

—Ingeniero, usted es el *Responsable*.

«No es ni guapa ni fea, ni alta ni baja, ni simpática ni antipática, ni desaliñada ni elegante, las tetas no las tiene ni grandes ni pequeñas…», se distraía Brandani, aún completamente perdido y desdoblado, como si se hubiera fumado un porro hacía poco. El último había sido hacía treinta años, más o menos. Bostezó y dijo:

—Está bien, Basile… gracias. Pero algo podremos hacer en la calle, ¿no?

—Joder, lo estamos haciendo —dijo el gordo, mientras que el delgado asentía—. La empresa se está empleando a fondo, pero los recursos son los que son. Joder, hay pocos obreros trabajando, la situación es la que es: hacemos lo que podemos… La empresa se queja de un retraso en los pagos. Joder, ingeniero, hace meses que Administración no emite ninguna orden de pago… No depende de nosotros, pero a esta gente le importa un carajo, están cabreados, trabajan a cambio de comida y alojamiento, es decir, trabajan mal… Haría falta que hablase con ellos. Ahora usted es el *Responsable*, seguro que le hacen más caso que a nosotros. También debería hablar con esos chupatintas de la Administración Central, solicitar…

En ese momento, Cinzia dijo:

—Discúlpelo, ingeniero, es muy mal hablado…

La mitad alienada de Brandani pensó: «Si quieres hacer una competición de palabrotas, gordinflón, has encontrado la horma de tu zapato». La mitad presente en la estancia callaba.

Lo único que había retenido de toda aquella conversación era que fuera había un follón de tres pares de narices y que él era el *Responsable*. Dijo que volverían a hablar a primera hora de la tarde. Mientras los técnicos se iban, Cinzia le recordó que unos minutos más tarde debía bajar al piso de abajo para el CR de los Delegados.

«¿Qué es un responsable? —se preguntó—. ¿Es alguien que da respuestas? No, es el que responde de cierta cosa, es decir, que *responde por ella*. Es aquel al que se le plantean las preguntas cuando es *llamado a responder*. Es aquel que paga el pato por todos, aunque no sepa nada, no tenga nada que ver, acabe de llegar… Es aquel al que se le putea porque sólo se le puede putear a él. Todas las cosas tienen un responsable, Brandani, ahora corren tiempos difíciles, has entrado en la cadena de las responsabilidades públicas. Se acabó la edad de oro del sector privado. En el privado, hablas con gente como tú, responsables técnicos capaces de comprenderte, aquí tienes que lidiar con políticos… Te arrancan la piel y la cuelgan a secar encima del portón de entrada, Brandani…»

Fuera llovía a cántaros, el tráfico estaba detenido, los cláxones sonaban sin parar, las sirenas de las ambulancias bloqueadas en los atascos ululaban sin descanso. Se levantó, miró por la ventana, vio dos palomas, que se apretujaban una contra la otra, en la cornisa del edificio de enfrente, con las plumas infladas por el frío. «Qué suerte tienen, nadie les pide cuentas de nada. Son libres de vivir y morir como les plazca…»

En ese momento entró Cinzia y dijo, jadeante:

—El río se ha desbordado, ingeniero, a la altura del Puente Ancestral… Eso dicen…

«Ya está», pensó la mitad alienada de Brandani.

—¿Hay un televisor en algún sitio?

—Sí, en ese mueble; las llaves están en el cajón.

Era increíble. El telediario regional, que retransmitía ininterrumpidamente desde por la mañana, informaba de desbordamientos en los terrenos inundables del Río Pequeño, los que estaban llenos de chabolas: la riada se había llevado los asentamientos de los nómadas del lecho del río. Los enviados especiales se encontraban en los puentes, dando la espalda a un río crecido hasta límites inverosímiles, se veía a la gente apelotonada en los parapetos observando incrédula toda aquella agua que corría enfurecida hacia el mar, con una superficie densa, del color del fango, que se estremecía y se retorcía llena de encrespaduras,

regurgitaciones y remolinos, como la de un molusco. Los enviados especiales de la televisión hablaban de «preocupación» y de la «monitorización constante del nivel de las aguas», decían que la oleada de la crecida, la verdadera, aún estaba por llegar, decían que se esperaba para las dos de la tarde, mostraban una grúa que maniobraba para desencallar un pontón de debajo de las arcadas ya angostas del Puente Ancestral, decían también que Protección Nacional se había «hecho cargo» de la situación, que ya había desautorizado tanto a las autoridades municipales como a las de la Cuenca Hidrográfica. Se mostraban mapas del riesgo de inundación de la ciudad, expertos descifraban su significado para los telespectadores, tratando de no alarmar, aunque se entendía a la perfección que toda el área que rodeaba el Templo Pagano, en caso de desbordamiento, acabaría bajo tres metros de agua, si no más.

—Cinzia, ¿*nosotros* también somos responsables de las zonas de anegamiento del Río Pequeño? —preguntó estupefacto Brandani.

—No, ingeniero, *usted* no: que yo sepa siempre se ha hecho cargo la Autoridad de la Cuenca Hidrográfica, pero, si quiere, me informo mejor. Ahora debe bajar al CR. Le he conseguido una libreta para tomar notas. —Acto seguido, añadió—: Debe pensar en el seguro para una posible asistencia legal. Ya le he concertado una cita para mañana por la mañana con la compañía asociada, le acompaño yo. Mejor contratar una póliza cuanto antes, ¿no cree? Todos los directivos técnicos de Distrito se la hacen. Hágame caso, es mejor hacérsela… Mientras esté abajo, le preparo una carpeta con los documentos…

Brandani aún debía evacuar del todo el agua que había bebido aquella mañana en cuanto despertó, todavía en posición horizontal, hasta llenarse la panza. Era un sistema que utilizaba para calmar la ansiedad de la jornada que le esperaba. Los baños de aquella planta lo acogieron con azulejos color beis nebuloso. Puso el pie en una rejilla redonda para la descarga de posibles aguas de lavado y ésta saltó por los aires con efecto palanca debido a un defecto de fabricación. Brandani se las ingenió para colocarla en su sitio con el pie, pero se quedó torcida. El baño estaba iluminado por un neón de

luz mortecina. No sólo no había papel higiénico, sino que faltaba hasta el portarrollos. «El que haya hecho estos retretes no se limpia el culo», pensó Brandani antes de percatarse del papel de periódico encajado entre el tubo de la cisterna y la pared. Negras salpicaduras de mierda seca historiaban el borde interno de la taza del váter, el externo estaba marcado por huellas de suelas de zapatos y por un poco de ceniza de cigarrillo. «Lo usan a la turca, antes o después romperán la taza.»

Sin embargo, una vez que salió a lavarse las manos, se vio obligado a fijarse en que el práctico dispensador de jabón líquido estaba *lleno*, aunque el de las toallas de papel estaba vacío. Cenizas de cigarrillo en el lavabo: aquél era, como en cualquier otra oficina, un refugio forzoso para los fumadores clandestinos.

«Poned al menos un cenicero —tomó nota mentalmente el ingeniero—. Esta asquerosidad debe cambiar, quiero baños limpios, abastecidos, por Dios…» Experimentó de nuevo una extraña sensación de poder, lo asaltaba la idea de que estuviera en su mano disponer la mejora de aquellos lugares y de las cosas materiales que allí se encontraban, tanto de las calles del Distrito como de los baños de las oficinas: la degradación física siempre le había provocado un estado de rabia impotente. Desde hacía años se repetía un axioma propio: «El único deber que tenemos en cuanto hombres es combatir el caos con la racionalidad de la forma, contrarrestar la degradación y el deterioro del tiempo».

Las escaleras principales estaban anegadas del agua que se filtraba a mansalva desde lo alto, donde había una cubierta de metacrilato transparente que bajo las gotas de lluvia retumbaba como un tambor. El rellano intermedio entre el cuarto y el tercer piso estaba encharcado. «También hay que hacer algo con esto… Pero ahora será mejor que coja el ascensor, aunque sólo sea una planta.»

Por el pasillo se acercaba un tío joven, delgado, con gafas. Avanzaba tambaleándose de manera extraña, como si tuviese dificultades motoras; el cuello se le ladeaba todo el rato, haciéndole doblar la cabeza con la barbilla levantada y obligándolo a mirar de

soslayo. «Ahí va Cuellotorcido, un traidor nato…», pensó Brandani, que no lo había visto en su vida.

El tío pasó por delante de una puerta de cristal con barra antipánico, llegó hasta las escaleras, miró hacia abajo y volvió al ascensor, que tomaron juntos. Cuellotorcido le parecía uno de los numerosos discapacitados —o «persona con discapacidad» o «persona con diversidad funcional», según el vocabulario políticamente correcto o, como hace tiempo les habría llamado Madre, «desgraciados»— que poblaban las oficinas de Gobernación. Sin embargo, durante los diez segundos en que coexistieron en aquel espacio demasiado estrecho, Cuellotorcido hizo algunas consideraciones de todo punto sensatas, razonables e informadas sobre toda el agua que estaba cayendo, para luego despedirse con cortesía y una especie de indiferencia fría y traidora mientras salía de aquel cubículo de cristal y aluminio anodizado negro, lleno de rayones en forma de *pollitas* a través de las cuales se veían los tramos empapados y mugrientos de las escaleras.

El enano que supervisaba el vestíbulo del tercer piso estaba desplomado en un sillón en una sala abarrotada de muebles, de viejos sillones de piel de imitación color diarrea. Había incluso una gran mesa negra con patas esculpidas a modo de garras de león, de esas que se utilizaban en los estudios de los abogados y de los notarios hacía muchas décadas. El enano tenía unos ojos extraños, de un azul brillante y violento, y la cara hinchada; sonreía.

Le preguntó por el CR, él le indicó una puerta con cristales esmerilados y apertura con muelle. Entró, recorrió un pasillo y llegó a la secretaría del CR, donde una chica de cabellos muy largos, sedosos y lisos tenía la vista clavada en un televisor puesto en voz baja que transmitía noticias sobre la crecida. Despegó los ojos durante unos instantes, lo saludó con una sonrisa, fue cordial, lo invitó a entrar en la sala contigua.

Brandani abrió la puerta, cruzó el umbral y acto seguido estrechó la mano de cinco personas sentadas en torno a una mesa redonda, pero sin llegar a *verles* realmente las caras. Con todo, antes de sentarse, se percató de que cerca de la ventana había un charco de

agua mezclada con serrín, un cubo y una bayeta: las paredes de la sala eran de color salmón intenso.

Se presentaron: estaba el Presidente de los Delegados, la Delegada de Cultura y Educación, la Delegada de Movilidad y Medio Ambiente y el de Trabajo y Territorio. También estaba el Delegado de la Seguridad Social.

Mientras el Presidente leía el orden del día, todos escrutaban con atención al recién llegado, como pescadores que hubiesen encontrado un pez extraño en la red y se preguntaran: «¿Y tú qué eres? ¿Se te puede comer?».

«Me están escaneando», pensó la mitad de Brandani presente en la reunión, mientras que la otra mitad se preocupaba por la procedencia del agua del suelo.

Fuera, la caída fragorosa de aquella lluvia pleistocénica era constante, intensa.

El Presidente era un hombre alto y gordo, mostraba una sonrisa cordial, se cernía sobre todos, imponiéndose en especial a los Delegados y las Delegadas, de media y baja estatura, y a una empleada sentada de lado que tomaba notas en una libreta que tenía en la mano.

—En el primer punto de hoy tenemos la desorganización y la ineficacia de la Unidad Técnica, ya sea en el caso de una emergencia o en la gestión de los asuntos ordinarios —comenzó a decir el Presidente—. Pero por ahora les presento al nuevo director, el ingeniero Brandani. Sobre este punto nos hablará el Delegado de Trabajo y Territorio.

—Así es. Confieso que esperaba que el ingeniero recién llegado hiciese una ronda de presentaciones ante los Delegados. No ha sido así. Qué le vamos a hacer…

Brandani hizo amago de réplica, pero el Delegado, un hombre bajito, arreglado y con una vocecilla nasal, lo detuvo con un gesto de la mano.

—Le pido que me permita continuar; luego tendrá todo el tiempo del mundo… Dicho esto, debo añadir que estamos muy descontentos con el trabajo de la Unidad Técnica, al menos con el llevado a cabo

durante el último año. Calles anegadas, baches, accidentes, mantenimiento deficiente, nuevas intervenciones mal ejecutadas, deterioros precoces, protestas de los ciudadanos, alcantarillas obstruidas, barreras de demarcación peatonal derribadas, inundaciones de los sótanos… Tenemos varias causas legales abiertas que vamos a perder, habrá que indemnizar, son fondos que podríamos utilizar de otro modo… Y hasta aquí sólo he hablado de las calles. El problema de las instalaciones escolares es aún más grave. Llevan varios días avisándonos de inundaciones en varias escuelas, en la Di Ruscio hay dos aulas en las que han suspendido las clases, se las apañan en los pasillos. Los padres nos llaman cabreados. Ventanas rotas, desperfectos en las instalaciones eléctricas, en la calefacción, incluso en la red telefónica, en los interfonos…

El Delegado continuaba enumerando metódicamente los daños con una vocecilla quejumbrosa, cargada de retintín. Hacía su trabajo y de vez en cuando miraba al Presidente para sacarle un gesto de aprobación, pero el otro nada; es más, al rato recibió una llamada al móvil, respondió y salió de inmediato de la sala.

Brandani, que ya hacía varios minutos que no lograba seguirlo, sintió que de repente le entraba una oleada de pánico, lo invadió un sentimiento de culpa, profundo y ancestral. Fue como una regurgitación del Pecado Original que le produjo una vaharada de calor seguida de un sudor frío que empezó a extendérsele desde el centro del pecho, desde la cavidad del esternón, entre los que en el pasado habían sido sus pectorales: «¡Éstos la han tomado conmigo porque ahora soy el *Responsable*!».

Mientras buscaba la cartera, donde guardaba un blíster de ansiolíticos, en el bolsillo interior de la chaqueta, se decía a sí mismo que debía reaccionar: «Cálmate, Brando, no olvides que llevas aquí dos horas y media; todo esto, los daños, las negligencias, etcétera, no te lo pueden imputar a ti, lo entiendes, ¿verdad? Ni siquiera las inundaciones, nada de nada».

Continuó en voz alta con este pensamiento diciendo:

—Sí, Delegado, trataremos de solucionarlo lo antes posible. Por otra parte, como comprenderá, aún no puedo estar del todo al corriente de la situación…

—Ingeniero, déjeme terminar… Disculpe, pero ¿sus técnicos no lo han puesto al día?

—Sí y no. Proietti, me parece que se llama así, está de permiso. El otro, el responsable de las escuelas… ¿Marcotulli? Sí, Marcotulli está de vacaciones. El asistente técnico Basile me ha contado algo, pero deprisa…

—¿Cómo? ¿Con todo este follón les da permisos y vacaciones? Empezamos mal, ingeniero…

—Yo no les he dado vacaciones, delegado. Le recuerdo… —La voz le tembló ligera y amargamente, poniendo en evidencia el pánico que lo estaba invadiendo—. Yo-he-llegado-hoy… Si alguien ha firmado vacaciones y permisos para hoy, no he sido y no puedo ser yo…

—Usted mismo… Seré explícito, ingeniero. A partir de hoy, usted es el *Responsable* del servicio, es usted quien responde por él. No querría sonarle brutal, pero, si las cosas no van como debieran, es usted quien debe rendir cuentas. Quienquiera que forme parte del servicio, ya sea dentro o fuera de la oficina, depende de usted. Para ser aún más claro: si sucede algo grave, es usted quien va a los tribunales…

Brandani luchaba contra un miedo atroz; tenía las axilas empapadas en sudor. Estaba asustado, tenso, irritado. Los demás callaban y le dedicaban una mirada muy eficaz que significaba muchas cosas y todas a la vez: «¿Y tú de dónde sales?», «Sí, te hemos tendido una trampa, y *has caído en ella*, ¿qué vas a hacernos?», «¿De qué vas?», «No nos fiamos de ti, no te hagas ilusiones, no te vamos a pasar ni una», «Estás en nuestras manos, deberás responder de cada uno de tus actos ante nosotros».

Sin embargo, en todas y cada una de aquellas miradas estaba lo que a Brandani, mudo, completamente presa del pánico y a la espera de que el ansiolítico le hiciese efecto, le parecía otra prueba

irrefutable: «Somos mediocres y malos. Para nosotros eres uno más. Aquí dentro no te fíes de nadie».

El rapapolvo contra la Unidad Técnica, previsto en el orden del día como pura intimidación hacia el director entrante —dado que el director saliente se había marchado hacía unos días y se lo pasaba de maravilla en una oficina central dotada de baños limpios con papel higiénico y potentes secamanos eléctricos—, continuó con las intervenciones de los distintos delegados.

La Delegada de Educación, dotada de una melena rubia, rizada y alborotada, ratificaba punto por punto lo que ya se había dicho y añadía que así no se podía continuar. De nada sirvieron las objeciones de Brandani con respecto al hecho de que nadie había licitado los trabajos de mantenimiento de las escuelas: el tiro al blanco continuaba. La Delegada de Medio Ambiente y Movilidad, de pelo oscuro y con un jersey *grunge*, lamentaba la presencia en las calles de auténticos lagos sin que nadie interviniese. No hizo el menor caso a la objeción de Brandani acerca de la excepcionalidad del fenómeno meteorológico en curso, que superaba con creces el caudal de agua previsto para la red de alcantarillado existente. De nada sirvió el ejemplo del grifo abierto al máximo que termina llenando un lavabo aunque éste no tenga tapón: los delegados eran *políticos*, todos debían comportase como tales. Existía una lógica en todo aquello. Aunque desdoblado e irritado, Brandani se daba cuenta. Le estaban diciendo: «Las razones técnicas y las razones administrativas no nos interesan, no las entendemos, no son de nuestra incumbencia; a nosotros sólo nos interesan los resultados, y queremos verlos *ya*». Extrañamente, el Delegado de Seguridad fue más blando que los demás, y afirmó no querer dar al recién llegado la impresión de que se le estuvieran endosando responsabilidades que no le correspondían, aunque al final ratificó el concepto: Brandani era el nuevo *Responsable*, así que… (mejor si se calmaba).

Por fin el ansiolítico que se había puesto debajo de la lengua surtió efecto y los dos Brandanis divergentes, que desde la mañana habían ido cada uno por su lado, comenzaron a converger químicamente hasta volver a ser uno solo.

Aquel uno empezó a salir forcejeando del aprieto, defendiéndose con palabras y miradas, pero con escasa eficacia, porque mientras tanto, como había temido, al pánico le siguió un bajón de azúcar. Por otra parte, habían dado las dos y treinta y cinco y ninguno de los presentes mencionaba la necesidad de comer algo.

Para Brandani empezaban ya los primeros sudores hipoglucémicos, pero los delegados seguían impasibles, ellos no tenían hambre.

«Han desayunado tarde, por eso no tienen hambre…», estaba pensando el ingeniero cuando la secretaria de pelo liso y sedoso abrió la puerta de golpe y dijo:

—¡Ha salido!

—Es verdad, el Presidente se ha ido, tenía una cita —dijo de repente el Delegado de Intervenciones.

—¡Ay, Dios… el Río! ¡Se ha desbordado por el Puente Ancestral! —respondió la secretaria casi gritando.

En la sala de al lado habían subido el volumen del televisor. Todos se levantaron de un salto, salieron de la estancia color salmón y se agolparon delante.

Brandani hizo amago de levantarse, pero se sentía agotado, las manos le temblaban.

Sacó una cajita de caramelos de regaliz y se metió un puñado en la boca: lo ayudarían a superar la hipoglucemia. Se quedó allí sentado escuchando por la puerta abierta la emisión especial del telediario. La voz sofocada del enviado especial delataba una gran emoción.

«… el Río se ha desbordado a las catorce y doce minutos a la altura del Puente Ancestral, superando los parapetos con una subida inesperada, debida quizás al efecto dique provocado por el puente una vez que el agua ha alcanzado el punto de las arcadas… Hace unos diez minutos, cuando el nivel ha comenzado a convertirse en una amenaza, se ha producido una desbandada general… La gente agolpada en los parapetos ha empezado a correr, nosotros nos hemos trasladado a toda prisa a la terraza de una escuela cercana al Puente, desde donde les llegan estas imágenes ahora… Es una

visión apocalíptica… Una masa de agua impresionante se precipita por las callejuelas de la ciudad antigua, devastando y arrollándolo todo a su paso… Repetimos, para quien se acabe de incorporar: el Río se ha desbordado de momento sólo por el parapeto izquierdo —de espaldas a la corriente— y se está extendiendo por la Ciudad… No ocurría nada parecido desde hace ciento cuarenta años, es decir, desde la construcción de los diques de piedra… La Ciudad de Dios, que en el pasado conoció inundaciones devastadoras, creía que no volvería a recibir otro golpe tan duro y, sin embargo… Se ven coches literalmente arrastrados por remolinos y estrellados los unos contra los otros… Allí al fondo hay un montón de coches que forman una especie de dique, agravando la situación del callejón, donde el agua llega casi a la primera planta… Incluso las furgonetas con nuestros equipos técnicos están a punto de sumergirse, no sabemos cuánto tiempo podremos continuar con la transmisión… Hemos visto a personas arrastradas por esta mortal mezcla de agua y fango, los remolinos son violentísimos… Algunos se han agarrado desesperadamente a las farolas, a los semáforos, gritaban aterrorizados… Se siguen oyendo llamadas de auxilio, gritos procedentes de la calle, de las plantas bajas, de los sótanos… Por desgracia, en este momento nadie puede hacer nada… A muchos los hemos visto desaparecer bajo el agua en pocos instantes, luchaban por mantenerse a flote sin encontrar dónde agarrarse… Nadie, repito, nadie, puede hacer nada por su… *scrr*… La conexión se ha interrumpido, retomamos la transmisión desde nuestros estudios situados al norte de la Ciudad, justo en las inmediaciones del Río… Parece que aquí no corremos peligro inminente, pero estamos trasladando los equipos más importantes a las plantas altas para poder continuar transmitiendo incluso en el caso de que el dique ceda…»

Brandani sentía que los azúcares ganaban fuerza, aunque se quedó sentado donde estaba, entre aquellas paredes color salmón intenso, mientras percibía una muda agitación procedente de la sala contigua.

«La Ciudad se está inundando, Brandani. ¿Lo lamentas? ¿Puedes decir que lo lamentes? No, ¿verdad? En cuanto a vosotros, *nunca me atraparéis*.»

Decidió colocarse otro Tavor de un miligramo bajo la lengua.

10:14 DE LA MAÑANA

Allí estaban los aviones, al otro lado de la cristalera. Se ha cambiado de asiento y ha elegido la primera fila para observarlo todo cómodamente. Si el vuelo de Egyptair sale puntual, aún tendrá que esperar una hora, pero su avión todavía no está en la plataforma, no está anunciado en el monitor y el mostrador de embarque sigue desierto.

¿Por qué son tan bonitos los aviones?

Es una pregunta a la que lleva muchos años dándole vueltas en la cabeza, desde que en el curso de estética el profesor Cremaschi distinguiera entre *forma* y *conformación*, entre intencionalidad y falta de intencionalidad estética. Nociones vagas de las que no le queda más que algún que otro sedimento depositado en el fondo de su mente anterior, la antigua y filosófica, casi completamente anulada por la sucesiva —si bien no siempre superior— mente ingenieril. Durante todo este tiempo —en el que ha querido ser a toda costa proyectista estructural, un hacedor de puentes, para ahora, al final de su carrera, verse como asesor de obra para una gran empresa constructora del Norte de la Península—, se ha divertido con el concepto de forma técnica. No le parece complicado, lo tuvo claro desde el principio, es decir, desde el día en que lo oyó de boca de Cremaschi: «¿Habéis abierto alguna vez el capó posterior de un Fiat Cinquecento? ¿Sí? Bien. Pues eso es la *forma técnica*. Lo que veis puede gustaros o no, pero no ha sido construido para que os guste, o sea, pensando en un resultado estético, como ocurre con la carrocería. Bajo ese capó veis algo concebido y realizado con una única función técnica, es decir, proporcionar energía al motor, sin

ninguna intención estética. O casi». Naturalmente, lo que importaba era aquel *casi*.

¿*Casi*, profesor? ¿Por qué no seguí estudiando Filosofía? ¿Por qué tenía que ser ingeniero? Pero ¿cómo? ¿Ya no te acuerdas del Firth of Forth Bridge? ¿Te has olvidado de aquella tarde? La única tarde de lucidez de toda mi vida, Brando… Clara dormida en el coche, el frío, aquella estructura gigantesca en lo alto, encima de tu cabeza…

«He dicho "casi" porque, si observáis atentamente cada una de las partes que componen el motor del Cinquecento, veréis que aparecen intenciones de forma aquí y allá y no sólo conformación técnica: el cárter del carburador, la tapa en baquelita del delco, etcétera. El que diseñó estos componentes tenía margen de maniobra (limitado, pero lo tenía) y tomó decisiones arbitrarias que no podemos sino definir como *estéticas*. Atención, importante: por "decisiones arbitrarias" aquí entendemos decisiones indiferentes a las de la función principal, que es técnica.»

Pues bien, Cremaschi tenía razón. Entonces, ¿cómo debo considerar la belleza de un avión? Ahí está el nuestro. Está llegando ahora, es uno de esos Boeing de material compuesto, el 787, fabricado de una sola pieza o casi. Pesa menos, consume menos, pero los prototipos les han dado problemas… El siete-ocho-siete quiere decir 8 de julio de 2007, la fecha fijada para su primer vuelo, aunque a los pobres no les dio tiempo; como siempre, los plazos eran demasiado ajustados: todo se retrasó casi dos años, es decir, hasta finales de 2009… Sabe Dios cuántas cabezas rodarían… Tiene las alas demasiado largas y finas para gustarme de verdad, pero ahora la tendencia es ésa; parece que se ahorra combustible… No se para aquí, no es el mío… Éste no va a la Ciudad de Dios, de hecho me parecía demasiado grande… Estabilizador de cola azul, motores azules… Un azul bonito… Aunque yo no le habría puesto la imagen del dios Horus… ¿Es Horus? Creo que sí… Siempre he pensado que los dioses egipcios son gafes y que todo el Antiguo Egipto da mala suerte, empezando por Él, el Innombrable.

Se toca sórdidamente las pelotas para ahuyentar el mal fario a través del lino húmedo de sudor. Lo hace automáticamente cada vez

que se nombra a Tutankamón o la ciudad de Samarcanda. Incluso el mero pensamiento le provoca el gesto. Afirma no creer en estas cosas, pero lo hace. Se lo contagió un viejo amigo, compañero de universidad. Él también decía que no creía, se las tocaba y se reía: nunca se sabe. De niño, Ivo había escuchado una dramatización radiofónica sobre el descubrimiento de la tumba del Innombrable y lo que después les había ocurrido a los descubridores. Todavía recuerda los susurros de estupefacción de los arqueólogos, que resonaban en las cavidades de la tumba maldita. Y también la película de la momia, la maldición de la momia que se despierta y merodea por la noche arrastrando sus vendas hechas jirones. Las momias son una de las cosas que más le han asustado desde pequeño, hasta el punto de provocarle una especie de fobia al Antiguo Egipto.

Tocarse las pelotas es una idiotez, pero no más que otras, como por ejemplo la Reconstrucción del fondo coralino del mar Rojo… Pues ése no es mi avión…

¿Y aquel vuelo de Egyptair que se estrelló porque uno de los pilotos quería suicidarse? ¿Cuándo pasó? ¿En los años noventa? Grandes demandas entre la autoridad americana de aviación civil y el Ministerio de Transportes egipcio. ¿Dónde había leído aquella historia? ¿O la vio en un programa de televisión? A medida que salía a la luz la verdad, los egipcios que formaban parte de la comisión de investigación se cerraban en banda, no querían admitir que las cosas hubieran ocurrido así realmente, la imagen de la compañía nacional quedaría demasiado dañada. Después habían encontrado la caja negra y lo habían reconstruido todo; no había dudas, pero ellos habían recibido órdenes de arriba y negaban la mayor, boicoteaban y obstaculizaban la investigación.

Bonita historia, pero sólo para los que no iban en aquel vuelo… Uno de los pilotos había decidido tirarse en picado con todos los pasajeros, había forcejeado con el segundo piloto. Algo increíble. Creo que luego volvió a suceder en Marruecos, pero no con la misma compañía… Vete a saber si mi piloto de hoy se siente satisfecho con su vida… Siempre pienso que un piloto tiene que hacer las cosas

correctamente para no ser el primero en perder el pellejo… Pero ¿y si a ése ya le da igual seguir viviendo?

Brandani canturrea en voz baja para ahuyentar ese miedo repentino que le entra cada vez que va a subirse a un avión. En los últimos treinta años ha tomado cientos de aviones, pero siempre se siente mal cuando tiene que poner su vida *enteramente* en manos de otra persona, de alguien sobre el que no sabe nada. Le dan sofocos. Suda. Trata de concentrarse en las grandes máquinas voladoras que ve fuera, en el tráfico, en los despegues y en los aterrizajes, intenta descifrar las operaciones técnicas, las tareas del personal en torno a los velívolos, se pregunta qué responsabilidad tendrán, si estarán haciendo bien su trabajo o no. Se ha tomado un Iper-Moment, de los que se disuelven bajo la lengua, y, al cabo de veinte minutos, el extraño dolor de cabeza ha mejorado. No lo soporta porque le da muy de vez en cuando… Y también es extraño que le dé tan temprano por la mañana.

No lo soporto. ¿Por qué iba a hacerlo? Hay tiempo para sufrir. El sufrimiento final está casi garantizado, entonces, ¿por qué tengo que *soportar* un dolor de cabeza si puedo evitarlo sin consecuencias? ¿Qué coño significa «las medicinas hacen daño»? ¿Un analgésico hace daño?

Los sudores y el ataque de pánico se atenúan, Ivo vuelve a observar los aviones con atención. Se ha pasado la vida admirando las máquinas voladoras: aviones, helicópteros, misiles. Le interesan hasta los globos aerostáticos, los dirigibles y las alas delta. De niño montaba modelos de plástico, de esos que vendían en los quioscos en unas bolsitas con sus pegatinas. Al principio había montado un P40 que le había dejado fascinado; luego fue construyendo poco a poco casi todos los modelos de la Guerra, empezando por los de la RAF, los Hurricane y los Spitfire. Incluso había montado un Stuka, bombarderos Boeing B-17 y B-29, Mosquitos y un caza P-51 Mustang. Después aparecieron las máquinas que se convertirían en sus dos ídolos principales, uno americano y uno ruso, destinados a hacer de dioscuros al lado del Sagrado e Inalcanzable Spitfire: el F-86 y el Mig-15.

Ya nadie los conoce, nadie sabe nada de ellos. Se habían enfrentado en Corea, los americanos habían hecho algunas películas; creo que una era con Mitchum. ¿Quién se acuerda ya de Mitchum? Siempre ganaban ellos, pero luego me enteré de que no era verdad, al menos no del todo. El Mig era bonito: con aquella boca abierta como la de una manta y el timón de cola altísimo que parecía la espina dorsal de una orca. En cambio, el F-86 tenía aquella especie de nariz, un aspecto menos despiadado que el Mig, parecía más bueno, estaba de nuestra parte, nos protegía de los comunistas. Los americanos decoraban el fuselaje metalizado: mujeres en bikini, dibujos, ponían nombre a cada uno de los aviones, estrellas y rayas rojas y azules por todos lados, números… Los cazas rusos eran mucho más sobrios, de color arena, con su estrella roja, la leyenda CCCP y su número de identificación. A juzgar por los fragmentos de documental que te enseñaban en las películas, los cascos de los pilotos *todavía* eran de piel, mientras que los cascos de los americanos ya eran rígidos y de colores. Sin embargo, el Mig hacía daño: mejor armado, más manejable, virajes bruscos, mayor velocidad, mayor tangencia… Duelos a muerte, tiraban a matar, no tenían miedo… Padre decía que en la guerra se tiene miedo, que todos lo experimentan… A mí me da miedo sólo de pensarlo: combates a muerte… También tengo miedo de tomar un Boeing-787 de Egyptair para volver a casa… Llevo volando toda la vida y sigo con este miedo… Aquellas máquinas eran maravillosas, carísimas… Explotaban en el cielo, las alas se desprendían de raíz por los impactos de bala… Imágenes borrosas en blanco y negro donde se veían las trayectorias trazadas por los proyectiles, que eran curvas, sinuosas como un puñado de piedras incandescentes, en lugar de perfectamente rectilíneas como te las habrías esperado, como las pintaban en los cómics. *Whaam*! El caza enemigo comenzaba a humear y a perder piezas, se ladeaba por un lateral o volcaba, enseñaba el vientre, tal vez tuviera la cola hecha añicos. Sólo un momento antes era un avión íntegro y reluciente, y un segundo después se había convertido en un montón de chatarra. Hombres que morían de aquella manera… Quién sabe lo que uno siente al desintegrarse en el cielo con un Mig, al morir despedazado

en medio del aire helado y enrarecido, con un cielo casi negro ante los ojos… Está bien, pero ¿por qué eran *tan bonitos*?

Ésa es la pregunta que siempre le asalta en el aeropuerto y con la que se entretiene cuando tiene tiempo que perder. Ha tomado muchos apuntes al respecto, pero no ha llegado a ninguna conclusión concreta. Conserva una vieja actitud filosófica que permanece latente; su mente no deja de evocar momentos de los dos años de Filosofía que más le marcaron, es más, le esculpieron y afectaron profundamente: el curso de estética de Cremaschi, las pocas clases de filosofía teorética de Molteni, antes de que el Movimiento boicotease la didáctica. Y sobre todo sus libros. Molteni, que había dejado una huella imborrable en su mente, aún se escondía tras sus palabras de hombre y de ingeniero técnico, en su manera de organizar los materiales que necesitaba para razonar. «Nunca seáis demasiado inteligentes, eso sólo sirve para complicar las cosas… Siempre que seáis inteligentes… —había refunfuñado una vez en un seminario—. Los inteligentes de verdad saben adaptarse al nivel mental de los demás, perciben enseguida si les entenderán o no, no se pavonean, se esconden, aprenden a controlarse. Es inútil desplegar grandes capacidades si hay poco donde rascar y, sobre todo, si resulta contraproducente, si irrita al interlocutor… Poner de manifiesto nuestra inteligencia puede resultar intimidatorio, molesto; en definitiva, estúpido.» Con el paso de los años, Molteni había crecido en su interior, se había mimetizado con la carne de su cráneo: impulsos eléctricos a lo largo de una red de neuronas exhaustas que se esforzaban por recordarlo todo, como quizá le había ocurrido a su maestro más de cuarenta años antes. «¿Cómo se llama el que escribió… Eh, a ver, el que escribió…» Los asistentes se apresuraban a sugerirle cosas y él respondía: «No, no, no», que sonaba como una exhortación, como un «Venga, haced un esfuerzo, a ver quién lo adivina antes».

Era una especie de juego, Molteni se divertía haciéndoles competir, puede que fingiera no recordar. Parecía que los despreciara, ninguno de ellos estaba a su altura ni de lejos, algunos decían que los había elegido con cuidado para poder contar con

colaboradores completamente mediocres, planos y serviles. Franco decía que Molteni no permitía que nadie creciera a su lado: «Es un hombre terrible, un barón de la peor calaña y, pese a todo, es un maestro…». Ivo sólo había hablado una vez con él, cuando había pasado por su despacho para plantearle una pregunta acerca de una cuestión tratada en su libro. En realidad quería dejarse ver, destacar. La respuesta de Molteni había sido simple, clara y decepcionante. Ivo le había rebatido argumentando con la inteligencia rápida de la que gozaba entonces. Una breve discusión; luego Molteni había permanecido callado durante unos instantes mirándolo con aquellos ojos azules vivacísimos detrás las gafas. Al final, lentamente y como si estuviese reflexionando en voz alta, le había dicho: «Usted podría ser un falso inteligente… ¿Cómo se llama? Sí, Brandani. Existen, ¿sabe? Son esos que siempre lo complican todo, que parecen interesantes porque plantean los problemas de una manera que parece original y culta, pero luego no van más allá…». A Ivo le había causado una herida profunda y gratuita que, más de cuarenta años después, le seguía doliendo.

Tal vez tuviera razón y soy un falso inteligente. Habrá terminado en el Infierno, junto a Maestro Proia… ¿Por qué son tan bonitos los aviones? Quizá sea una pregunta mal planteada, o bien un falso problema de falso inteligente. Franco decía que no, que le parecía un problema de verdad, pero también decía que él no sabe de estética. Me recomendó lecturas, cosas que luego demostraron ser poco pertinentes o demasiado difíciles. Todavía me duele la cabeza… La dosis doble de Moment debería haberme hecho efecto ya… Y me están entrando ganas de cagar…

Ivo Brandani lanza uno de sus profundos suspiros. La mujer que está sentada a su lado se gira un momento para observarlo, curiosa. Luego vuelve a concentrarse en su tableta.

¿Por qué son tan bonitos los aviones? La estrechísima cabina se ajustaba al piloto como un traje aéreo… Era como si alrededor de un hombre hubiesen construido un molde compacto capaz de volar… Detrás de la hélice de tres palas, el motor Rolls-Royce, doce cilindros en V de quinientos caballos… Detrás del motor, los tanques de

combustible: si se incendiaban, el piloto se evaporaba de una sola llamarada… Detrás de los tanques, la cabina con la cubierta de cristal; si se miraba en su interior, se revelaba de inmediato la estructura del avión: aquel armazón descubierto, desnudo como la parte trasera de un bastidor teatral, con perfiles de aluminio, gélido en contacto con el cuerpo del piloto. El Spitfire era una piel voladora, un traje de superhéroe. Me gustaba, sobre todo, la forma elíptica de las alas, la manera en que se unían al fuselaje mediante una especie de membrana que se iba estrechando hacia la cola, hasta que desaparecía absorbida por la curvatura de los flancos. Me gustaban estas formas fluidas pese a estar constituidas por muchas piezas remachadas… Bajo las alas se veían perfectamente los orificios de salida de las ráfagas de metralla que el Spitfire de la Ciudad de Mar había recibido antes de precipitarse en el agua, los trozos de chapa abiertos como una flor por la potencia de los impactos… Por entre los desgarrones del fuselaje y de las alas, pero sobre todo por el timón de cola, casi completamente descarnado por las ráfagas de metralleta, se adivinaban la estructura del avión, el armazón lleno de costillas y los largueros que sostenían y daban forma a la piel de la aeronave… Me encantaba la curvatura lisa y armoniosa de la superficie voladora, mejor dicho, de la *forma* voladora… Solemos construir las máquinas, cualquier máquina, a nuestra imagen y semejanza: una estructura que sostiene el conjunto, como los huesos; luego los órganos internos distribuidos por aquí y por allá, y por fuera, un envoltorio fino que hace las veces de piel, es decir, cubre, protege y, como la piel, puede romperse por alguna parte sin que el conjunto sufra de manera determinante, al contrario de lo que ocurre si se estropea un órgano importante o si cede la estructura… Si fuésemos crustáceos, construiríamos con la mentalidad de un crustáceo, sin ninguna estructura interna, sólo órganos, músculos y tendones; la función protectora coincidiría con la estructura resistente y dependería por completo del envoltorio externo, como en las langostas. Pero si fuésemos crustáceos, no se nos ocurriría construir aeroplanos, sólo tanques… También estaba el Mustang, y me encantaban otros muchos aviones de caza, pero el Spitfire era… Sí, era *perfecto*. Y lo era de la manera más perfecta

que se pueda imaginar. Bonito, noble, rápido como un gran pez pelágico construido para el aire. Casi no tenía un arriba y un abajo de no ser por la cabina, por el estabilizador de cola… El Sagrado Spitfire está allí, velando por la seguridad de la primera mitad del siglo XX; testimonia la consecución involuntaria de la belleza y de la fuerza: ahusado, armonioso y plástico como un bumerán, un producto modernísimo y ancestral de la Guerra, una síntesis total inigualable del arte del ataque y de la fuga… Sé que el Messerschmitt-109 y el Focke-Wulf-190 a lo mejor eran rápidos, más potentes, estaban más armados, pero tenían un defecto de fondo, un defecto imperdonable: no-eran-Spitfire.

En él se concentra todo el Buen Hacer del siglo XX, la forma perfecta nacida de la necesidad de prevalecer sobre el enemigo. He leído que sus creadores querían llegar al avión de combate más pequeño y simple que se pudiera construir con un motor Rolls-Royce PV-12. Pues bien, lo consiguieron: era aquella cosa irrepetible que tenía delante, recompuesta sobre su pedestal, podía ir a verla todos los días… Era la belleza preterintencional de lo Bien Hecho, lograda no para emocionar, sino para atacar y defender, destruir y huir, usando el aire como elemento transportador, pólvora explosiva como medio ofensivo y carburante fósil como fuente de energía. Soy pacifista, mi pecado secreto es adorar las máquinas de guerra, envidiar a quienes han vivido la experiencia del combate, admirar a quienes han vivido la modalidad de enfrentarse a la alternativa Vida/Muerte… Para mí, aquel desecho de avión era sagrado, un tótem que se recortaba en el horizonte del mar de Poniente… Sin duda aquella belleza, obvia pero carente de *intención*, derivaba de un proceso evolutivo que había durado muchas generaciones de aviones, intento tras intento, por el camino de la adaptación al vuelo, en busca de la máxima eficiencia aerodinámica de acuerdo con la potencia de los motores… A cada innovación técnica del enemigo *había que* responder con una invención aún más avanzada y ventajosa: la vida de los pilotos y la supervivencia de una nación dependían de ello… La competición de los aviones de caza se parece a la de las gacelas y los guepardos, que terminan por asemejarse…

Los Sabre F-86 y los Mig-15 que *todavía* se persiguen y combaten en los cielos de Corea lo hacen en realidad desde hace millones de años: cada generación sobrevive si es un poco más eficiente y más rápida que la anterior, capaz de realizar fintas inesperadas y veloces, cada vez más veloces… La belleza de los aviones es *belleza natural*… Las líneas de las máquinas que usa la aviación civil son más abruptas, menos armoniosas, menos simétricas que las de los aviones que a mí me gustaban. Como si durante este tiempo el aire se hubiese vuelto más ligero, más penetrable. Y tal vez sea así, vista la cota a la que vuelan… Sí, es por eso, es por su cota operativa, casi estratosférica. Ascienden rápidamente por capas de aire que se van haciendo cada vez menos densas hasta que el cielo se vuelve casi negro; hoy en día, ése es el hábitat natural de los aviones de línea regular, de los bombarderos y de los cazas. Además están los aviones de reconocimiento que vuelan aún más alto, mucho más alto, donde no hay aire, donde quedan pocas moléculas que hay que capturar una por una con alas enormes… Me gustaría construir otra vez una maqueta de Spitfire… Me la podrían depositar en la tumba, sobre el pecho, como una cruz… «Eh, mira, ¿qué hay aquí? Una tumba con objetos del siglo XX. Debía de ser británico, piloto militar… Eso era un avión militar, ¿no? A lo mejor murió en combate. ¿Cuándo se usaban estos aviones? No lo sé exactamente. ¿En la Primera Guerra Mundial?» ¿Sabes cuántos errores garrafales de datación, de estimación temporal de objetos encontrados en tumbas se han cometido? Como en aquella novela que estaba abierta en una librería, hace unos años… Al principio del libro, a la vista de todos, había un error tremendo del que probablemente sólo yo me había percatado: un B-52 había lanzado un bombardeo en el 44; una blasfemia histórica, es una máquina de la Guerra Fría, como mucho se remonta al 55. Como de costumbre, te habías enfurecido, querías escribir a la editorial, llamar para protestar, pedir que despidieran al redactor… Ya conoces tu enfermedad, se llama SIM, Síndrome de Irritabilidad Masculina, afecta a las personas de tu edad. Tu desazón es típica, existen libros sobre el tema; la herencia de Padre, el Iracundo, no tiene nada que ver. A lo mejor él también sufría SIM, quizá de manera precoz: por el recuerdo que tengo de él, siempre

fue así, siempre igual de gilipollas… Había referido a varias personas esta chorrada de los B-52 en el 45, pero a todos les traía sin cuidado… No les parecía importante… «¿Qué más da un avión u otro?» ¿Cómo que *qué más da*? A la gente le interesan demasiado poco los aviones; imagina que el autor hubiese metido un modelo de automóvil que no existía en el cuarenta y cuatro, estoy seguro de que se habrían dado cuenta, creo… El pasado se pierde, el Spitfire de mi tumba sacaría de quicio a los arqueólogos del año 5.000, esa maqueta podría ser el único testimonio de la existencia de este caza… Pero a ti te incinerarán, así que no hay problema, acabarás siendo abono de plantas de albahaca. En un futuro lejano, tus átomos podrían terminar en las tetas de una chica, precisamente ahí, en la punta de un pezón: es el ciclo del carbono… Antiguamente, el timón y las alas estaban unidos al fuselaje, placas de aluminio de preciosas curvaturas… En la actualidad, sin embargo, los aviones ya no se construyen así. Las juntas no son necesarias. Las alas se unen al fuselaje de manera abrupta y decidida. Mira aquel timón: ¿qué es? ¿Un 777? El timón es un trapecio preciso, ensamblado tal cual en la parte trasera del fuselaje… La forma de la cola no lo sufre, no lo nota… Y, no obstante, es igual de bonito: los hagan como los hagan, a mí siempre me van a gustar. ¿Por qué? El Mig-15 tenía un gran timón de cola con estabilizadores muy altos, parecía la aleta de un tiburón. Alcanzaba la velocidad del sonido y, en este aspecto, se enfrentaba casi en igualdad de condiciones a los F-86… No se sabe con seguridad quién ganó, americanos y rusos siguen arrojando cifras sin ton ni son, aunque, si echamos cuentas, es probable que ganara Estados Unidos. El Sabre era menos interesante que el Mig, era demasiado americano, demasiado ñoño, aunque quizá la forma de sus alas me gustara más que la del caza ruso… El F-86 tenía el morro de un tiburón peregrino sobre la enorme boca abierta de entrada de aire y el timón de cola mucho más tradicional que el del Mig. El Mig era más sencillo, más severo, más existencial, más nuevo, más bonito. Más malvado y soviético. Tenía formas que se remontaban a tecnologías subsónicas: la forma redondeada de las alas tal vez fuese lo único que no me gustaba del Mig… La flecha de la cola era muy pura, me gustaban la gran

entrada de aire y el fuselaje de sección circular, muy soviético, suprematista… Tal vez existiera un margen de elección estilística, puede que aquel avión no fuese pura *forma técnica*… Tragaba aire por dos grandes opérculos simétricos, el flujo se encauzaba por dos conductos bipartitos que dejaban espacio a la cabina, de manera que el piloto se sentaba justo en medio de una violentísima corriente de aire que se comprimía a su espalda, entraba en el motor, se incendiaba y se convertía en un delirio controlado de fuego: más de dos toneladas de potencia, todavía recuerdo los datos… Era un motor vestido de avión con un poco de materia de más que le permitía volar con la misma agilidad que un murciélago, potencia pura con un hombre que le hacía de cerebro… Tener debajo del culo uno de esos cacharros, estar sentado ahí, sobre la punta del morro, dentro de un espacio con lo mínimo indispensable para sobrevivir… En las películas americanas, los pilotos asiáticos llevaban cascos negros y tenían la cara amarilla, cruel: siempre acababan siendo abatidos… A menudo eran imágenes reales, con *gente real* en el interior de las cabinas, gente que *moría realmente* en los cielos de Corea… Tú eras pequeño, Brandani… El instante en que aquellos hombres murieron fue incluido en una ficción cinematográfica y permaneció ahí dentro para la posteridad. Como en las imágenes de caza mayor, ese instante en el que la bala impacta en el cráneo del elefante, las motas de pólvora que levanta al desgarrar la piel y hundirse en el cráneo… Ahora se ven máquinas de guerra muy feas, aviones angulosos que vuelan mal, construidos para burlar los radares, no para el aire. El Spitfire es el avión más bello que se ha construido jamás, el más elegante y aristocrático. Había una idea unánime y coherente detrás… Siempre iba en bicicleta a primera hora de la tarde, cuando el mar empezaba a deslumbrar y la brisa de poniente soplaba con fuerza… Hacía calor, el viento me helaba el sudor de debajo de la camiseta, había una explanada que terminaba en punta en el acantilado en el que habían colocado algunos arbolitos, arriates secos, bancos y una fuente… Y, además, estaba el Spitfire… Me sentaba a mirarlo, le daba vueltas, en aquel lugar nunca había nadie, el sagrado Ídolo de Guerra estaba inclinado sobre su pedestal, lo habían colocado en una posición dinámica…

Tenía un ala partida, las palas de la hélice curvadas hacia atrás por el impacto; el timón de cola, destrozado por los golpes, había quedado reducido a un bastidor de aluminio. Faltaba la cubierta, señal quizá de que el piloto había saltado, pero en conjunto el avión estaba íntegro. Íntegro, aunque herido, humillado, el trofeo tardío y falso de una guerra perdida en un país que no había sabido construir nada parecido… Después se lo llevaron de allí, lo restauraron, y ahora está en el museo del lago… Con aquel avión, los ingleses *no podían perder*, y no perdieron. *Nosotros* habíamos perdido. «Digan lo que digan, *nosotros* somos quienes hemos perdido la guerra —decía Padre. A continuación, silabeando las palabras—: Las cosas han salido así; nosotros hemos entrado en guerra *como aliados de los alemanes contra los angloamericanos* y hemos terminado como *aliados de los angloamericanos contra los alemanes*. ¿Cómo crees que se llama eso? Si alguien lo llama *traición*, no va muy desencaminado…» «Cuando mi padre se ha enterado de que estaba con un peninsular, ha dicho que sois unos traidores —me había referido Lotte—. Estuvo en la guerra, tienes que entenderlo.» Creo que ahora ella también lo piensa, después de haberme quitado de en medio hace tantos años… La dejé sola abortando en Alemania, no tenía dinero ni para el billete… Fui aposta al museo para volver a ver el Sagrado Spitfire, estaba supernuevo, parecía un trofeo de pesca, un pez disecado, brillante, acartonado… Le habían sacado todas las vísceras tecnológicas, el motor, no le quedaba nada de nada, lo mismo que hacen los taxidermistas con los animales cuando sólo les dejan la piel; toda huella del drama bélico había sido borrada, la aeronave volvía a estar como nueva… Quién sabe si el piloto se salvó. Y, de ser así, quién sabe si se habrá enterado de que su viejo avión está en un museo a orillas de un lago, tan restaurado que parece un aeromodelo. El Messerschmitt-109 era al Spitfire lo que el Sabre F-86 al Mig-15: un adversario específico, es decir, adecuado para el combate con un contrincante determinado cuya velocidad, tangencia, maniobralidad, armamento, etcétera, se conocían… El Me-109 era un buen avión, pero muy *alemán*… Nadie fuera de Alemania habría aceptado que volase con aquellos *tirantes* bajo los planos de cola, como en su primera versión, *cualquiera*

habría inventado otra solución. El Sabre y el Mig todavía eran aviones; más tarde llegó el F-104, que era una piedra, aunque ahusada y potente. En su interior abrigaba la ideología del cohete, que en aquella época presionaba para sustituir a la del avión. De vez en cuando, algunas máquinas se vuelven muy concretas y específicas, demasiado dedicadas en exclusiva a una característica, a una función… En el F-104 fue la velocidad; era un monstruo precioso, pero casi no tenía alas. Los americanos pronto se dieron cuenta de que era un avión fallido, un pulmón todo motor, y nos lo endilgaron… Caían como granizos, los habitantes de los pueblos cercanos a las bases aéreas caminaban con la cabeza baja por miedo a que uno de aquellos cacharros les cayese encima. Y regularmente se precipitaban al vacío. Éste de aquí fuera está hecho de fibra de carbono, unas pocas piezas grandes ensambladas entre sí. Son ligeras y flexibles, los aviones respiran; sometidos a esfuerzo, se deforman, se tuercen, son elásticos y, aun así, entraron en las Torres como si fuesen de mantequilla. Se veía aquel Boeing impactando contra la fachada, hundiéndose en ella, la materia de la torre ya no existía como algo sólido, tras el impacto se comportó como si de repente se hubiese transformado en materia blanda. En el trabajo pasamos días discutiéndolo: ¿por qué habían caído las Torres? Los aviones entraron por un lado fácilmente y salieron por el otro convertidos en conglomerados piroclásticos y plasma, excepto el motor, que en los vídeos se ve caer en mitad de la plaza como una bola de fuego: atravesó la torre y se desplomó por el lado contrario. El núcleo escaleras-ascensores era muy sólido; si sólo se hubiese tratado de acero contra aluminio, no habría ocurrido lo que ocurrió, pero el factor decisivo fue el fuego… Encendí la tele sobre las tres y media de la tarde, había regresado a casa antes…

Brandani no se había sentido bien y había salido del trabajo hacia las dos y cuarto. Dolor de barriga, no se acuerda, tal vez un ataque de colitis. Después de un rato en casa, se había sentido mejor, se había sentado ante el ordenador y chateaba, cuando alguien escribió: «Está pasando algo en Nueva York. Encended la tele. A lo mejor es una película, no lo entiendo». Parecía enteramente una

película, pero salía en los telediarios de todos los canales. En un primer momento se había quedado desconcertado, luego sin respiración. Los mismos periodistas que conectaban con Nueva York estaban confundidos, no sabían bien qué decir, no podían creérselo, hablaban de un accidente aéreo. Nadie entendía qué estaba pasando; sin embargo, en el instante en que se produjo el impacto en la segunda torre, la realidad de un ataque terrorista resultó obvia para todos.

Creía que el núcleo central de las Torres era de cemento, o sea, que era una estructura muy rígida; pero no, eran demasiado altas, su propio peso habría resultado excesivo… Así que eran de acero, una selva tupida de columnas muy resistentes; bien, pues algunas se quebraron en seco y las que quedaban en pie se fundieron en menos de una hora de incendio… Todo aquel polvo eran las plantas desintegrándose: cientos de plantas pulverizándose, y todo aquel papel que empezaba a volar por todos lados. Las calles estaban llenas de folios A4 a muchas manzanas de distancia: palabras… Junto a la vida de tres mil personas, lo primero que se perdió fueron las palabras… Palabras escritas, contratos, informes confidenciales, correspondencia, planes financieros, comerciales, memorandos, encuadernaciones en rústica, cosas hechas con esmero, dosieres con gráficos de tarta, páginas destinadas a la mesa del jefe aquella misma mañana… Palabras ya leídas y guardadas, archivadas. Palabras a la espera de ser leídas, revisadas, corregidas. Listados, cálculos, lo mismo que nosotros producimos: la montaña de papeles que nos sepulta todos los días allí volaba en libertad por el cielo… El World Trade Center estaba lleno de papeles, las cintas de impresora serpenteaban al viento, fantasmas en el cielo de Manhattan. Las Torres parecían tan sólidas, flamantes y cartesianas… Sin embargo, se trataba de un orden temporal: en su interior, como en todos los edificios —he tardado años en entenderlo—, habitaba un caos de fuerzas dispuestas en oposición, sometidas, distribuidas a lo largo de una serie de líneas y estructuras… Los derrumbamientos modernos son diferentes a los antiguos, entre los montones de escombros se reconocen los elementos que componían los edificios… El templo

griego es un conjunto de piezas autónomas que se pueden considerar como partes, pero también como independientes, o sea, con una dignidad y completitud formal propias que persisten incluso después de un derrumbamiento: basas, capiteles, secciones de columnas, arquitrabes… En cambio, cuando se cae un edificio moderno, la forma total se precipita a la amorfia total, al caos, a la más triste montaña de escombros y sin término medio. No queda nada reconocible ni recuperable. De las Torres no quedó nada, o casi nada: sólo un par de trozos de fachada en pose expresionista que enseguida fueron superfotografiados y usados como iconos… Como dice Franco: «Los americanos son los mejores resumiendo visualmente las emociones de masas…».

No lo concibo: veinte mil… Veinte mil fragmentos humanos mezclados con acero, con trozos de cristal, con toneladas de papel, con cemento pulverizado, con cables de electricidad, con plástico quemado… Intentaban identificarlos por el ADN, los familiares de las víctimas proporcionaban prendas y ropa interior sucia. Meses de investigaciones, pero, al final, cortaron por lo sano: muchos trozos ocultos entre las montañas de escombros fueron adquiridos como chatarra junto con todo lo demás; imagino que acabarían en hornos de fundición. Encontrarían muchísimos, y luego, durante la descarga, los tirarían a la basura. Aquél fue el acontecimiento más impresionante de mi vida, aunque lo presenciara por televisión… La suerte de los desesperados que quedaron atrapados, de los resignados que se despedían del mundo, gente que sangraba, que agonizaba. Imagino que el tiempo se detuvo para los que se precipitaron al vacío. A mí me pasó durante el accidente de moto e, incluso antes, durante la caída en Agujero de Bomba… Desde el 11 de septiembre han pasado catorce años para nosotros, pero ellos siguen precipitándose al vacío… Probablemente sigan ahí, flotando en el aire, preguntándose: «*¿De verdad soy yo*? ¿De verdad es mío este cuerpo humano que se está precipitando al vacío desde el World Trade Center?»… ¿Cómo sería su *muerte*? Imagino que un golpe seco, fortísimo. Sí, los Boeings entraron en las Torres como si fuesen de mantequilla… Completamente cargados, estos aviones

pesan como mucho ciento cincuenta toneladas: coge un Boeing-767 y estréllalo entero a ochocientos kilómetros por hora contra algo, la energía cinética liberada se puede calcular… A ver, es la mitad de la masa por la velocidad al cuadrado, eso… Entonces…

Saca la tableta del maletín.

A ver… ciento cincuenta toneladas son ciento cincuenta mil kilos, ochocientos kilómetros por hora son… Veamos… 222,22 metros por segundo… Que, elevado al cuadrado, es igual a 49.382 metros al cuadrado por segundo cuadrado… Bien…

Saca una libreta del bolsillo de la chaqueta y toma apuntes.

Entonces… ciento cincuenta mil multiplicado por 49.382 y dividido entre dos da 3.675.000.000 julios aproximadamente, que es algo menos de lo que libera una tonelada de TNT. Luego hay que añadir la energía térmica de la ignición del combustible… Según las reconstrucciones de la comisión, fueron muchas las columnas que se quebraron en el momento del impacto… La reconstrucción oficial está en Youtube… ¿Cómo sería la *muerte* de los terroristas en la cabina de pilotaje? ¿Y la de los pasajeros? Fue una milésima de segundo, claro, pero, por ejemplo, en una cabeza que vuela en el fuego, ¿cuánto tiempo persiste la consciencia? Las cabezas de los guillotinados seguían moviendo los ojos unos segundos después… Afirmativo, fue el fuego el que provocó el derrumbe, no el impacto, por terrible que fuese, sino el fuego… Volar es antintuitivo, habría que dejar de hacerlo. También debería dejar este estúpido trabajo aquí, en Sharm… Dejarlo todo, sentarme delante del televisor durante el resto de mi vida… Recorrer los acantilados solo con una barca y no volar nunca más… Además, ¿qué es la energía? Quiero decir: ¿qué es la energía *en realidad*? Uno dice «la cantidad de energía»… O dice «la cantidad de movimiento»… Y todo parece en orden, parece que todo encaja: cantidad, movimiento, energía; nos resultan conceptos claros, intuitivos, adquiridos, indiscutibles, como fuerza, presión, molécula, etcétera… Nos hemos dejado engatusar por la ciencia, nos han proporcionado palabras que tienen un sentido exclusivamente matemático, conceptos que sólo pueden expresarse mediante ecuaciones, y una ecuación es una tautología, es

conmensurar una cosa con otra: es un misterio, al menos para mí… *Es igual a Eme por Ce al cuadrado*: sólo significa que la energía contenida en un cuerpo es igual a la masa de ese cuerpo multiplicada por la velocidad de la luz al cuadrado… La *Velocidad de la Luz*… ¿*Qué es* realmente la energía? ¿*Qué es* la masa? ¿*Qué es* la velocidad? ¿*Qué es* la luz? ¿Qué significa *en realidad* multiplicar un número por sí mismo? Nada es expresable por sí mismo, cualquier cosa, incluso la más simple, puede ser expresada única y exclusivamente en relación con otra… Y eso es una tortura, no hay por dónde agarrarlo, ningún clavo ardiendo que haga las veces de referencia absoluta, de inicio del razonamiento: la fluidez del conocimiento, mejor dicho, del no conocimiento, mejor dicho, de la ciencia… Pero lo más increíble es que *funciona*: los aviones de ahí fuera vuelan gracias a una serie de ecuaciones. A ver, no son las ecuaciones las que permiten que vuelen, Brandani, las ecuaciones sólo nos dicen cómo tenemos que construirlos para que vuelen, nos dicen las condiciones necesarias para el vuelo, la relación entre sus partes, las curvaturas, los perfiles alares, la potencia de los motores, nos dicen cómo tenemos que construir los motores para que no se fundan por el calor. A partir de ellas, de las ecuaciones, obtenemos los principios, algunos de los cuales pueden expresarse con palabras, aunque no la mayoría… Una vez formulado el principio, nos basamos en él, hasta que se formula otro, más «verdadero», si bien no es más que un proceso de reconducción de lo incognoscible a los medios perceptivos y mentales que desarrollamos en la sabana africana durante millones de años… Lo raro es que los organismos no sean matematizables; mejor dicho, aún no: no existe una ecuación que nos diga cómo se hace un gato, no hay una teoría del gato, así como no hay una teoría del hombre… Tal vez seamos matematizables, pero nadie lo ha conseguido todavía… Se dice que las matemáticas de la vida son la química, está bien, pero ¿por qué? Es decir, ¿por qué las matemáticas no funcionan con la vida? ¿Por qué son capaces de representar sólo algunos —poquísimos— fenómenos de la no-vida? Los seres vivos somos demasiado caóticos, Brandani, somos conformación, no forma, tenemos contornos ageométricos, mutables, indeterminados, como los de las

nubes, como las fronteras de los países en los mapas geográficos, como las copas de los árboles… Es el caos… La conformación, es decir, la no forma de las cosas, deriva directamente del *Big Bang*… ¿Cómo podemos pretender que haya orden si vivimos, es más, *somos* los restos de una *explosión*? No, mejor dicho, no somos el *residuo* del *Big Bang, somos* el *Big Bang*, porque la explosión aún se está produciendo, el Todo aún se está deflagrando, somos materia explosiva habitada por algún que otro episodio de aspiración al orden, a la geometría (una órbita, la esfericidad imperfecta de un planeta, la trama de un cristal, la línea del horizonte, un avión), es decir, con algún fragmento inicial de regularidad en la irregularidad global, con algún germen de pureza del que antes o después quizá sea consciente la Materia, del que podrá seguir el ejemplo para actuar en consecuencia y convertirse en ecuaciones simples… Entonces nosotros también podríamos aspirar a la Esfera Reflectante, a la limpidez absoluta, a lo insípido, a lo inodoro, a lo incoloro: a la pureza… La pureza no puede ser sino matemática: las aeronaves de ahí fuera son las cosas más puras, ciegas e inocentes que existen. Son objetos matemáticos y se hallan entre los más bellos… Por supuesto, detrás hay una intención humana, en ocasiones se trata incluso de una intención agresiva, como ocurría con el Spitfire y el Messerschmitt-109, pero es precisamente la intención la que los ha sacado del estado caótico del *pos Big Bang* en el que nos hallamos inmersos, es la intención la que ha transformado una porción de materia desordenada en materia acabada y cristalizada en la belleza de la adaptación al vuelo… Y todo gracias al misterio de la medida matemática, a la manipulación de números y conceptos sin que sea necesario *entenderlos de verdad…* Es decir, la mayoría de nosotros, que también somos del gremio, nunca hemos sido capaces de entenderlos, y los que lo hemos conseguido no hemos sabido expresarlo con palabras, sino sólo con ecuaciones… Y las ecuaciones funcionan, Brandani, ya lo creo que funcionan… Aunque tú ya no sabrías despejar ninguna de las que en su día te enseñaron a formular en el curso de Ciencias de la Construcción… No te acuerdas de nada, nunca has construido un puente; de hecho, nunca has construido nada de nada… Te has

dedicado a otras cosas, sólo has sido organizador de obras ajenas, constructor de *conditio sine qua non*, explorador de posibilidades… Eres un trajinante técnico, Brandani, y eso no es lo que querías…

EL SENTIDO DEL MAR

Pensar en aquel fragmento, cantarlo para mis adentros, en mi cabeza, sin que nadie pueda oírme mientras lo hago, me procura el Sentido del Mar. Pero no siempre. A veces no funciona.

A saber cómo he aprendido «la maniobra de Valsalva» sin querer, sin darme cuenta… Es perfecta debajo del agua, para compensar la presión. Y en un avión para destaponar los oídos. Pero también funciona para cantar una canción hacia dentro que sólo yo pueda escuchar.

Cuando por primera vez se me configuró en la cabeza el Sentido del Mar, sonaba *Voce 'e notte* de De Curtis. Era el tema que solían poner en las gramolas, en las plataformas de granito claro cubiertas de arena donde se bailaba por la noche.

Aquellas veladas tenían algo… Una promesa de agua y de futuro, una sensación de lejanía, una confianza física total en lo que era y en lo que me estaba convirtiendo, como si junto al mar y en el mar se pudiera hacer de todo, como si mi destino se encontrase allí y no en otro lugar: no en la Ciudad de Dios, no en las putas obras de todo el mundo, como al final ha resultado ser. Era una sensación indescriptible, difícil de reproducir ahora… Se trataba de un error de cálculo, uno de los muchos que he cometido.

Aquí es diferente. En las noches de luna llena hay un momento en el que vas hasta la punta del muelle a buscar el Sentido del Mar y siempre te da la impresión de estar a punto de aprehenderlo, antes de que se desvanezca y se aleje. Hoy haré lo mismo. Sin duda, pasar una *velada* no es lo mismo que pasar la *noche en vela*; la *velada* implica un desarrollo, una épica del tiempo de la oscuridad. Una

noche en vela es esa en la que no duermes, o no puedes dormir, es la que pasas trabajando, es aquella en la que alguien deja de vivir… La noche en que Madre murió fue una noche en vela… Una noche en vela es un turno al timón de un barco que navega entre estas islas, es pasar una madrugada en un saco de dormir en el puente de un barco. Una noche en vela es cuando os ponéis a hacer el amor sin parar, luego salís a comprar algo de comer, os volvéis a encerrar en la habitación y lo hacéis otra vez, y piensas: «Debería ser siempre así». Otro error de cálculo… Una noche en vela se da cuando la órbita de la luna acompaña a la de las horas que la oscuridad te regala en el mar hasta el amanecer, el momento más extraño y frío, cuando ya es inútil quedarse y es mejor marcharse a una habitación a dormir.

El Sentido del Mar sólo lo podías aprehender al caer la noche, cuando todas las luces de la ciudad iluminaban el golfo, cuando la brisa traía olor a cocina, a gambas a la brasa, a fritura de pescado y a música, cuando veías la silueta de algún pesquero adentrarse en alta mar y oías el crepitar de un viejo motor diésel marino, la sombra de un hombre al timón mientras otro reparaba el barco. No tienes palabras para el Sentido del Mar, no puedes explicárselo a nadie, pero sabes que se correspondía con aquellos antiguos faroles en la línea del horizonte tirreno. Más tarde lo experimentaste cuando ibas a pescar potas con Nereas y el caique trazaba una estela de espuma brillante.

El Sentido del Mar de hace muchos años, cuando el Verano duraba mucho y aún se parecía más a una era geológica que a una estación del año. El Verano, que te instruía más que el invierno; no hacer nada, que era más importante que la escuela. Provisiones de vitalidad para los años venideros, que fueron malos, ya lo creo que lo fueron.

El Sentido del Mar llegó inesperadamente cuando, de niño, me asomé por primera vez al balcón del quinto piso de un edificio que daba al puerto de la Ciudad de Mar. Esta primera aproximación al mar la hice sin pensar durante los primeros días de junio de un

verano cualquiera a finales de los años cincuenta. Fue una especie de *shock* perceptivo que casi me cortó la respiración.

Cae la tarde, olores y colores nunca experimentados, nunca he visto el mar. A ver, no desde esta perspectiva y a esta altura, sólo algunas veces desde la playa, digamos que desde la misma orilla: olas, agua verde y gris, turbia por la arena. Aquí sólo se ve el azul intensísimo de una superficie lisa, esférica, que se detiene en la línea nítida del horizonte. El agua tiene una calidad superficial diferente, parece sólida, con estrías de viento, zonas acanaladas por la brisa, aunque tardo un rato en comprenderlo. El aire es azul como el agua y tiene un sabor intenso a mar, arrastra consigo dos o tres olores fuertes, extraños, casi desagradables: el tufo a pescado podrido que sube por los aparejos de los pesqueros e invade todo el puerto. Olor a pescado, a hierro galvanizado, a leña cortada, a grasa, a metal soldado y al astillero que ocupa la zona de la dársena. Olor salobre, arrastrado por el viento, a algas y a agua salada, a casco de barco, a cemento con moluscos incrustados, a óxido en su último estadio.

Con el tiempo comprendí que aquél no era el olor del mar abierto, no eran más que los miserables olores del conflicto tierra-agua en el puerto de Ciudad de Mar. Aquel momento de estupefacción perceptiva albergaba una promesa de gozo —aún indefinible por aquel entonces— que el mar (y sólo el mar) mantuvo después más allá de toda expectativa.

Aquellos instantes iniciales representaron la formación de un sentido concreto, en el que se mezclaban Agua y Verano, un único concepto indecible, inexpresable en realidad. Era el paradigma invertido de la existencia invernal: quitarse la ropa, cuatro meses en bañador, sin zapatos, sin ducharse, que para eso ya estaba el mar, nada estará realmente seco, todo sabrá húmedo y salado, imposible quitarse del todo la arena pegada a los talones o a las ingles, entre el bañador y los muslos… Abolición de todos los horarios: comer a cualquier hora, acostarse a las tantas de la noche, despertarse a la una de la tarde, cuando se levanta la brisa buena para la vela, todo es facultativo, a finales de septiembre había olvidado cómo se escribe mi nombre. Comíamos *supplì* en la playa y *mozzarella*

ahumada en casa, tortillas de calabacín, rodajas de tomates y espaguetis ya pasados que me esperaban cubiertos por un plato hasta las cuatro de la tarde, ensaladas de arroz, tomates al horno rellenos de arroz, calabacines rellenos y *parmigiana* de berenjenas. Era el fin del Tener Que Ser según las expectativas de Padre y la instauración del Ser Como Uno Quiere según el reino tolerante y amigable de Madre. Más tarde, el Sentido del Mar se separó de aquella playa, de aquel puerto y sus escollos, para reconstituirse en otro lugar con otros cimientos, con otros materiales, dentro de paisajes más abiertos y solitarios, más misteriosos, vitales. Más violentos, imperiosos, esenciales y maduros, como éste…

Sillas de plástico, cómodas, no deben de costar nada. Están por todos lados. Algunas se rompen con facilidad, pero ésta parece un modelo sólido… Todo depende del material y de dónde pongas las nervaduras, deben coincidir con las líneas de máximo esfuerzo; no es baladí, requiere cierta precisión. Me gustaría saber para cuánta carga se calculan, las características de este material, cómo hacen los tests. Mi peso ya la pone a prueba, siento que la silla se deforma, que las patas se abren, que cede bajo mis noventa kilos… Debería adelgazar, estos pantalones también se me están quedando estrechos. En los años sesenta, los diseñadores del Norte de la Península crearon sillas bonitas, pero costaban mucho, eran incómodas y pesaban: éstas son la continuación de aquéllas, pero con otros medios.

Todo el mundo compra esta marca, Allibert, debe de ser una especie de multinacional… Vete a saber si estas sillas durarán eternamente, como las bolsas de plástico. Grecia está llena de sillas, el mundo está lleno de sillas, es la democracia global de la silla, elemento de socialismo planetario. Me resultan hasta bonitas, parecen sacadas de un único folio cuidadosamente prensado y plegado, representan una síntesis óptima forma-función-precio. Y no se pueden apilar… Ésta debería ser la modernidad, o sea, la calidad de masas: objetos baratos que duran una eternidad y son hasta bonitos. Una eternidad en sentido literal; el plástico dura para siempre, se reduce a fragmentos microscópicos que se adhieren a

los seres vivos y después entran en nuestros organismos a través de la comida: estamos llenos de plástico. Dentro de un millón de años, ¿qué quedará de esa silla? ¿En qué vertedero acabará? Cuando la encuentren, la pondrán en un museo: los vertederos son los tesoros de los arqueólogos del futuro, auténticos depósitos culturales, completos y cuidadosamente estratificados, todo lo que somos se halla en su interior… Incluso ahora una búsqueda en un vertedero de los años cincuenta nos diría cómo era aquel mundo… Los cincuenta los he vivido y los he olvidado, así como las décadas sucesivas. Les pasa a todos; es el olvido de masas: las cosas y las personas se olvidan, se pierden, sólo es cuestión de tiempo. El segundo Tavor me lo he tomado a las seis, así que todavía me falta para el tercero. Me lo tomo después de cenar, así duermo mejor. Hoy casi se me olvida, cuando estoy bien se me olvida y luego llega el ataque de golpe. ¿El blíster? Aquí está, lo tengo en el bolsillo… Un cigarrillo.

—Los Karelia son los Marlboro de los pobres, Sara. He acabado la cajetilla de Gauloises y no tengo ganas de fumar. Éstos no te pegan en los bronquios como los franceses, cuando sientes que te llega esa gran nube de humo densa, amarilla y cargada de nicotina. Cómo echo de menos la peste maravillosa de los Gauloises Caporal. Con este viento, los Gauloises se apagan fácilmente, ¡pero qué bien sabe volver a encender una colilla a medio fumar!

—Qué asco de cigarrillos, Ivo. Los Karelia no apestan así. Si no te gustan, ¿por qué no pruebas los Papastratos?

—Fumaba los Papa antes de que tú nacieras y entonces ya me parecían asquerosos, *Babe*, pero tienen un Sabor-a-Grecia maravilloso. Los fumé por primera vez cuando vine aquí de excursión con la escuela, en los sesenta, creo… Desde entonces, el olor de los Papastratos me provoca una especie de *flashback* que me transporta a aquel año, cuando era joven y gilipollas.

—¿Quieres decir que *antes eras* gilipollas y ahora ya no lo eres? ¿Estás seguro de que no quieres venir?

—Por favor… Esperaba que no me lo volvieras a preguntar. Ve tú.

—Yo voy, no quiero quedar otra vez como una *paleta*. No me apetece ser maleducada *siempre*.

—A mí me da igual cómo quedar. Estoy bien aquí. Luego me iré a comer algo a algún sitio… Pero compartir mesa con treinta personas no lo soporto. Sabes que no lo soporto, ¿por qué me pides que vaya?

—Entonces adiós, ya llego tarde.

Ella también se ha ido. Se ha hartado, como siempre. A veces parece que Sara no me conoce. Habría que dejar de intentar cambiar a los demás. Yo soy el que soy, sólo puedo cambiar algunos detalles, y no es tarea fácil.

Por fin solo. Está oscureciendo, Cabo Atrida pasa del violeta al azul, más tarde será casi invisible, pero a la luz de la luna volverá a escena. Me encanta esa montaña, me considero su súbdito, su contemplador y servidor. Vengo aquí todos los años por Ella. Para verla cambiar de color a esta hora, para poder analizar cada una de sus formaciones rocosas, para observar cómo cae a plomo en el mar, para admirarla mientras construye su nube de la nada, continuamente… Hila esa nube como una araña todo el día hasta que el viento la esparce rápido en fragmentos que luego disuelve, uno por uno, en un punto sobre el horizonte, justo ahí donde ahora mismo se están deshaciendo esas últimas hilachas de nubes rosas. Me gustaba ver que se desvanecen allí arriba, mientras todavía reflejan la luz del atardecer. Me gusta estar aquí sentado, después de ducharme, con mis cigarrillos, aunque no sean Gauloises. Me gusta estar dentro de esta vieja camisa azul con dos bolsillos. Cuando ya se haya estropeado del todo, la enmarcaré. Me gusta cómo me quedan estos pantalones. Me gusta tener los pies en los Teva, aunque la suela de plástico me roza un poco debajo de la planta. Me gusta la manera en la que el respaldo de la Allibert se deforma cuando cambio de postura.

Aceitunas, *ouzo* y cigarrillos, y un ligero ardor en el esófago después de un día de mar. Está irritado por la sal que entra por la boquilla del tubo de buceo. Pero no pasa nada. El cansancio, los

dedos arañados por las rocas, la herida de hoy en la palma izquierda, qué dolor. Los aguijones tremendos de los sargos. Nunca me acuerdo de cogerlos por los ojos en lugar de por debajo de las branquias. Si aguo el *ouzo*, adquiere un olor a anís demasiado fuerte, quema menos, pero me sienta mejor. Mejor solo, con un poco de hielo tal vez. Aquel sargo no se merecía morir, no merecía la pena, era demasiado joven. Cuando quieres pescar lo que sea a toda costa, acabas disparando a los inmaduros. ¿Cómo podría presentarme en la fonda de Nereas, o en un restaurante, con ese sarguito y preguntar: «¿Me lo cocináis, por favor?». En los viejos tiempos se pescaban tres o cuatro kilos todas las noches, comíamos diez. Un pescadito como éste lo regalas al final de día para que haga bulto en la pesca de algún crío. Se lo regalé a Bruno, que no tiene problemas, no le hace ascos a nada y se lo cocina. Cada noche merodea por casa de Ugo, se queda por la zona por si hubiese alguna cena de pescado a la que poder acoplarse, da igual la compañía. Hay gente a la que le vuelve loca el pescado. A mí me gusta cada vez menos, sabe raro, huele poco natural, poco sano, como si recién muerto ya estuviese a punto de pudrirse. Si cuando es pez es demasiado vital, demasiado enérgico, veloz, fuerte, cuando es pescado está demasiado muerto, como si el mundo, después de haber creado una cosa tan maravillosa, perfecta y plateada, tuviese prisa por reabsorberla. Es la versión más sencilla, pura, voraz y ciega de la vida: parece que el Todo sienta el impulso salvaje de llevarse algo así, de recuperarlo. Hay que acordarse de conservarlos en hielo y luego darse prisa en comérselos… Aquel dentón de hace años… Eran las nueve de la mañana cuando lo compramos y seguía vivo, agonizaba en la red de Nereas, daba unos espasmos tan fuertes con la boca abierta de par en par que no se podía mirar. Tenía la boca de un perro. «¡Cuidado con los dientes!», había dicho Nereas riéndose y enseñando los suyos, muy parecidos a los de un sargo. En definitiva, aquel maravilloso pez —pesaría unos cinco kilos— lo escupimos por la noche en el plato porque estaba podrido y Nereas, consternado, decía: «No sé por qué…». Otra llamarada de *ouzo*, como una radiografía del esófago. Estómago caliente. Aceituna. Trago de agua. Tratamiento completo.

—¿No vienes a lo de Nereas?

—¡Eh, Alfio! No te había visto, ¡hola! ¿Quieres un *ouzo*? ¿Me haces compañía? No, no voy… Mira, no me apetece, sabes que no me gustan las cenas. Y con toda esa gente… Sólo van en grupos… En fin, ya lo hemos hablado…

—Está bien, Ivo. Ya conozco esa cantinela tuya. ¿Qué quieres que te diga? Aquí la conocen todos. Nadie se enfada, eres así. Bebo un trago del tuyo, ¿puedo? ¡Madre mía, qué malo está! Pero ¿Kaliopi no es capaz de servir un *ouzo* decente?

—Me gusta así, Alfio. Lo prefiero al que llaman «bueno». Me gusta éste… A ver, *aquí* me gusta éste. Forma parte del lugar, me he acostumbrado a este *ouzo*, a estas aceitunas, a los garbanzos de Kaliopi. Forman parte del «paquete Isla» para mí, no se pueden separar, no busco la calidad, busco *este lugar*, lo necesito. Oye, aquí el *ouzo debe* ser malísimo… Es algo por defecto, es una configuración de programa que no me apetece modificar.

—¿Cuántos llevas ya, eh?

—¿Estoy hablando demasiado?

—Un poco. Pero te entiendo… Estoy de acuerdo con todo.

—¿Por qué necesitamos andar siempre diciendo que nos gusta este lugar? ¿Cuánto nos gusta? ¿Y porqué nos gusta? Es como si tuviésemos que justificarnos los unos a los otros por venir aquí todos los años… Con lo grande que es el mundo, siempre acabamos aquí…

—Es que nos sentimos un poco tontos, Ivo, por eso nos ofrecemos solidaridad y consuelo mutuos. Todas las veces me digo: «¿Por qué coño tengo que ir allí también este año?». «¿Quién me obliga?» Nadie me obliga, hasta Isa quiere venir, pero también ella, cuando llega el momento de decidir, de comprar los billetes, busca alternativas inviables, propone destinos que ni de lejos pueden tomarse en consideración. Este año ha propuesto Dublín… *Irlanda*, ¿te das cuenta? ¿Me ves a mí pasando el verano en Dublín? Lo hace aposta, para que al final digamos: «Está bien, si esto es lo que hay, vamos a la Isla». Y acabamos diciéndonos que *nos conviene* venir aquí. ¿Que nos conviene? ¡Nos gusta! Ahí llega Isa.

—¿No vienes?

—No, Isa, no me apetece.

—Por Dios, Ivo, ¡qué previsible eres! Esta noche hay un montón de pescado, incluso un par de *karavides* bien grandes.

—Grandes, sí, las vi ayer tarde cuando las sacaban de las lanchas. No, no voy. No me apetece nada. Kaliopi, ¡*ouzo, please*! Adiós, buen provecho.

Ya casi ha anochecido… Me quedo aquí bebiéndome esta porquería, está bien por esta noche, el tamarisco intercepta la farola, hace sombra y me oculta, quien pase por aquí no me verá. El cielo tiene un color inaudito, transparente, indescriptible, cambia a cada momento, golpea directamente las capas sensibles que debería tener bajo la piel, por algún lado.

Me gustaría poder intervenir en todo esto, poder cambiar la forma del cabo Atrida, atenuar el color del cielo para evitar que me embelese de esta manera, que me arrastre adonde no quiero ir esta noche. Ahh… Un trago demasiado grande, quema: agua. Hoy me he quemado detrás de la rodilla. Después de más de una semana, me sigo quemando al sol, también me duelen las nalgas, podría haberme untado Nivea, como dice Sara, pero odio lo pringosa que es. Sin embargo, me gusta el olor de la Nivea, es una máquina del tiempo, me devuelve a la Ciudad de Mar, me evoca a Madre y Hermanas…

El mar también pone de su parte: este muelle, tan esencial, que se extiende hacia el este en perpendicular a la playa y se interrumpe de manera abrupta. ¿Tendrá cincuenta metros de largo? Menos. Las tres barcas de siempre fondeadas y un par de pesqueros. Y al fondo el Caique Rojo; ese color violentísimo, casi absoluto. El puente y el árbol son azules… El azul intenso que se usa aquí para las sillas de madera, para los quicios y las persianas. De azul o verde están pintados los zócalos de las casas y de las cafeterías. El mismo azul del que están cubiertos los cascos de los barcos. Es el color de las islas, todos lo conocemos, con esta luz te provoca un placer profundo y relajante. El Caique Rojo deleita más si se observa al

atardecer, cuando el sol se oculta detrás de la montaña y ya sólo queda este resplandor rojizo. Mientras la orilla ya está sumida en las sombras, el sol sigue iluminando el agua de la rada durante unos minutos. Si el Caique Rojo está fondeado, empieza literalmente a flamear… Es parte del placer que experimento desde que aprendí a sentarme para observar esta rada. Lo he hecho durante meses y años, cada vez que he vuelto… La cámara geográfica de este golfo: al norte el Cabo, todo de roca, que cae en vertical en el agua; hacia el sur la Punta con el faro, formada por tierra roja erosionada por el mar: dos paisajes completamente diferentes separados por este gran arco de playa. Cuando llegué aquí por primera vez, donde estoy sentado ahora mismo había playa, había guijarros. Ahora hay cemento. No tengo nada en contra del cemento, pero aquí no me gusta, como tampoco me gustan estas farolas pseudodecimonónicas: dan una luz terrible, desde el ferry ya se ven a veinte millas de distancia, desde aquí te deslumbran y eclipsan el mar. Tampoco me gustaba la fuente de dos pisos de estilo renacentista, no me gustaban los bancos de hormigón y no me gustan todas las casas que han construido a partir del 68… Ivo, es inútil que finjas: tú aquí lo aceptas todo.

Llevo muchos años negociando con este lugar, pero aún estamos lejos de romper. Primero te quitamos esto, después lo otro, encementamos la playa, levantamos edificios, construimos un puerto para el ferry extrayendo del fondo montañas de rocas maravillosas cubiertas de incrustaciones milenarias, de moluscos y erizos, salpicadas de animales aún vivos… Hace años, aquella barcaza enorme las sacaba de una en una y las apilaba bajo la Punta, por la noche se anclaba aquí delante, cenaban al aire libre debajo de las grúas, y luego venían a beber y a fumar toda la noche a la taberna de Kaliopi. Los ingenieros técnicos hicieron una gilipollez tremenda: dejaron los bloques de cemento en la playa durante todo el invierno justo en la parte por la que el canal desemboca en el mar. Parecían colocados allí aposta, cuidadosamente dispuestos para hacer de dique. Es increíble que nadie dijera: «Cuidado, que aquí, cuando llueve fuerte, se forman unas riadas tremendas». Después, con las

lluvias de la primavera, el cauce del torrente se llenó, los bloques taponaron la desembocadura al mar y el flujo de agua no encontró por dónde salir… El pueblo acabó bajo tres metros de agua… Hubo gente que se salvó de milagro.

—*Another ouzo*, por favor, sí. No, sin hielo. *No ice, please*.

Y, pese a todo, has vuelto. Y también volviste después del Gran Incendio, cuando los bosques de la Isla quedaron arrasados. Has vuelto igualmente aunque ya no quede ni un pez en el agua. Esta gente envejecerá y morirá. Los hombres que has conocido en la flor de la vida, cuando echaban y recogían kilómetros de redes cada día, se jubilarán, pero tú volverás. Tal vez no todos los años, pero volverás otra vez.

Cuando llegamos aquí, hace veinte años, a Clara y a mí nos parecía estar soñando… Una tierra llena de bosques, gente antigua que hablaba dialecto dorio, mujeres que llevaban el traje tradicional, no había luz eléctrica, las playas estaban desiertas, el viento soplaba fuerte, cargado de olores, el mar estaba lleno de peces, y las montañas, habitadas por cabras, águilas… Aquí todavía había una cultura tipológica, casi todo se correspondía con un tipo. Con el paso del tiempo intuí cómo era, su tristeza oculta al mundo, comprendí en qué consiste el tipo y para qué sirve, es decir, por qué todas las casas del pueblo son iguales, por dentro y por fuera, y por qué las mujeres vestían exactamente igual… Más tarde, con el final del aislamiento, llegó el final de la norma y de la tipología… Todo lo que hasta hace unos pocos años representaba una tradición intocable se convirtió en atracción turística, en cosas *ancient*. Una rápida entrada en la contemporaneidad, pero sin modernizarse… A los peninsulares nos ocurrió lo mismo en su momento, nos convertimos en contemporáneos sin haber sido nunca modernos. Es una condición que se paga cara: ya no existe ningún modelo y todo arraigo estético, costumbre y uniformidad se pierde. En los lugares en los que todo estaba configurado de acuerdo con normas antiguas, de pronto aparece la libertad de *hacerlo todo*… Así es como han llegado estas cosas de tercera o cuarta mano.

Antes, cuando querías hacerte una casa o un barco, ya sabías cómo quedaría incluso sin haber empezado la obra todavía, y sin ningún diseño previo… En la uniformidad de los objetos había una aprobación, un consenso social, así se evitaba producir algo inesperado en una sociedad aislada, inmóvil desde hacía siglos. Pero hace veinte años se produjo una especie de ruptura: ante sus ojos, toda usanza tradicional se transformó en símbolo de provincianismo, de ideas anticuadas, de atraso y de miseria… Hoy en día, el modelo regresa en forma de réplica, como algo pintoresco y *traditional*, en sentido turístico, pero no se les puede obligar al inmovilismo porque ya no nos guste lo que hacen ahora… Tan sólo tengo que procurar no volver más… Es probable que los días que he pasado aquí ya sean más que los que pueda pasar en el futuro. Tengo cincuenta años y una talla 48. Hubo un tiempo en que usaba la 44 y ya venía aquí… Nereas siempre me pregunta cuántos años tengo. Cuando se lo digo, exclama: «¡No son nada!». Este año me ha dicho: «¡Cincuenta y dos no son nada!». Lo dice porque él tiene casi setenta y le pesan. Para alguien que ha llevado una vida como la suya, siempre en el mar, está muy bien, pero ya no puede fumar y oye poco. Hace treinta años, aquí se trabajaba cada día con varios kilómetros de redes: un par de horas para echarlas por la noche y el mismo tiempo para recogerlas a la mañana siguiente, al amanecer. Se cogía mucho pescado, en los barcos había temporeros: tunecinos, marroquíes y egipcios. Todavía había barcos que salían a pescar esponjas, con la bombona y el tubo de buceo. Por la noche, los árabes se sentaban en la popa, fumaban narguiles y vendían enormes caracolas. Ahora también hay gente que pesca, pero a saber dónde lo hacen. La costa está esquilmada. Nereas ya sólo usa el barco para llevar a los turistas a las playas. Dice que sale mucho en primavera y en otoño con la lancha, que arroja el palangre y que coge buen pescado.

Es un hombre serio, inteligente, orgulloso, desconfiado y muy trabajador, pero ahora parece cansado, harto, quiere descansar. Dice que esto es precioso en invierno. Dice que se sientan y que hablan y hacen las cosas lentamente: cogen aceitunas y crían cerdos y

cabras. Van a El Pireo a ver a sus hijos. O a Estados Unidos, a ver a otros parientes. A Baltimore, a Nueva York, que en griego suena *neaiorki*. Imagino cómo debe de sentirse a veces Nereas. Debe de pensar: «¿Ya está? ¿Esto era la vida?». Estoy seguro de que lo piensa, porque me parece ver esta pregunta en su mirada: «¿Esto era todo? ¿YA ESTÁ?». Él sí que ha visto y pasado mucho. Hace tiempo tenía un caique de transporte, antes aún había estado embarcado en mercantes, ha recorrido todo el Mediterráneo: un marinero, un buen mecánico, un buen carpintero, la casa y la fonda las ha construido él solo, aunque cometiendo errores de cálculo, sobredimensionando las vigas. «Ésta es zona de terremotos, le he pedido a un ingeniero las dimensiones mínimas y las he duplicado, sabes…» Es un hombre moderno, lee, está atento y siente curiosidad por lo nuevo, nunca participa en los ritos religiosos locales: «Soy completamente ateo». Me lo ha dicho varias veces, enfatizando con la voz ese «completamente» y blasfemando como confirmación de su sinceridad. Parece orgulloso de su ateísmo, pero yo no creo que aquí se pueda ser realmente ateo, hay demasiado silencio, es todo tan esencial y está tan vacío… Es un *faber*, como yo, sólo que yo no sé reparar motores; él, sí. Estoy convencido de que, pese a su existencia plena y activa, pese a los viajes y los peces, Nereas se pregunta: «¿Esto era todo?». Sabe que yo también me lo pregunto, por eso una vez me dijo: «No pienses que tu vida ha terminado. La *mía* ha terminado, la tuya no». Mi lengua se la enseñaron a puñetazos los fascistas durante la ocupación, la habla bien y escoge las palabras con cuidado. Hace años, una tarde que íbamos solos en el barco, le pregunté si todavía le gustaba hacerse a la mar: «¡Cada vez más!», me respondió, y dirigió la mirada hacia otro lado…Esos ojos extraños, con la córnea oscura, antiguos ojos turcos, se le empañaron de lágrimas. Era una tarde muy calurosa y sin viento, las montañas de la Isla parecían remotas, aclaradas por la bruma, a lo lejos el mar estaba sereno, aterciopelado. Percibía la tensión superficial de aquella masa líquida, una superficie quieta, nacarada, con pequeñas encrespaduras lejanas allí donde algún animal había decidido subir a la superficie para alimentarse de bancos de peces que, de vez en cuando, veías saltar de pronto, al unísono. Los dos

nos quedamos callados al mismo tiempo, creo que estábamos experimentando algo a la vez, pero cada uno según su desazón privada e incomunicable… Te has emborrachado. Tres *ouzos* con el estómago vacío son más de lo que puedes tolerar, idiota. Te vas a poner malo… ¿Imaginas que tuviste una sensación como de ensueño cósmico al unísono con Nereas? Te lo habrás figurado, a lo mejor él pensaba en cómo cocinar el pulpo que Sara le había pedido para esa noche. En aquellas condiciones de mar y viento, a aquella hora, todo se confunde, agua y cielo se convierten en una única realidad: si no fuese por la espuma que produce la lancha, por el ruido del motor, te parecería que estás navegando suspendido en el aire, a las puertas del limbo. Por una vez, el viento no te retumba en los oídos y cada sonido no hace sino producirte una sensación de extrañeza y lejanía. Las señales de vida que aparecen a ras de agua acentúan el misterio biológico del mar… Entonces basta con poco, basta con una conversación como la que mantuviste con Nereas, algo diferente a las de siempre, para que parezca, por unos momentos, que la consciencia del caos te invade de arriba abajo, como matriz de todo, incluido tú…

Hace mucho que nos conocemos. Sin embargo, no sé nada de Nereas, salvo ese orgullo tan evidente y sus blasfemias. No tengo hambre todavía. Será por todas estas aceitunas, nueces y garbanzos que te sirven con el *ouzo*. Ahí está saliendo, tiene el color de una loncha de *cheddar*, es enorme. Con luna llena casi siempre duermo mal. Sobre todo al aire libre. Aquella noche terrible de hace tantos años, en la otra parte de la Isla, casi sentía que me quemaba la piel: lo iluminaba todo como si fuese de día, no había forma de librarse de ella… Pero tal vez fuese el hedor a meado de mulo lo que no me dejaba dormir. Ahora, una noche así podría matarme, aparecería muerto: *Mar Egeo, ingeniero muerto por luna llena.*

Nereas se cabreaba mucho con sus grumetes, los cambiaba cada año, los trataba como un trapo. Salvo a Jristos, a él no. Se parecía a Bekim Fehmiu, tenía la misma cara, delgado y nervudo, no llegaría ni a los cuarenta años, pero ya había perdido todos los dientes delanteros. ¿Y el otro? Yorgos, el negro. Era el que más insultos

recibía de todos. Joven, guapísimo, no les hacía ascos ni a los hombres ni a las mujeres. Dormía en el caique, entre cucarachas grandes como becerros y olor a pescado. Y no obstante, por la mañana, de aquella caseta de derrota siempre salía una figura humana de más. Esa vez de las dos chicas nórdicas, rellenitas, quemadas por el sol, que parecían satisfechas por haber cazado a un pescador griego, mientras él se quejaba en inglés y parecía serio: «*Too much work, this night*, eh…». Las muchachas se reían y disfrutaban del aire fresco. Estaba allí pescando, llevaba el traje de buceo, me deleitaba en el chapuzón que me daría poco después al pie del acantilado. Y pensar que llegué a envidiar a aquellos chicos que trabajaban a destajo en el caique de Nereas… Se me había metido en la cabeza que eran hombres *libres*… Pantalones y camisetas con sal incrustada, pies callosos pegados a la cubierta incluso con marejada, iban de isla en isla trabajando en los pesqueros, dormían a bordo, bebían en los bares toda la noche y siempre se las arreglaban para follar. No era difícil, en aquella época el *greek fisherman* tenía mucho éxito siempre que tuviera el físico adecuado: pelo largo, barba de tres días, delgado y musculoso, poca ropa, en chanclas; un primitivo, un *outcast*. Eran los años setenta, éramos así, éstos eran nuestros mitos, yo estaba metido hasta el cuello en aquella cultura, la misma que me hacía envidiarlos, porque el Pescador Griego formaba parte del paquete de posibles existencias «alternativas». Era una especie de anhelo de masas: Guardavía en Nueva Zelanda, Cartero en Irlanda, Farero Dios sabe dónde, Carpintero, Artesano, Miembro de una Comunidad Agrícola, Vagabundo, Motociclista a tiempo completo, etcétera. Y, por supuesto, Pescador Griego. Eran los tipos de chorradas con las que nos entreteníamos con tal de no afrontar una realidad tan diferente a nuestras confusas expectativas. Todavía creíamos vivir en la época de las decisiones; sin embargo, éstas ya estaban tomadas y guardadas en sobres sellados dentro de una caja fuerte no se sabe dónde: en el tuyo estaba escrito «Ingeniero técnico que nunca proyectará nada». No podíamos ni tomar en consideración la idea de que nuestro trabajo representaba en realidad *todo* nuestro futuro, de que todo el partido se decidiría ahí, dentro del triángulo trabajo-

familia-tiempo libre. En tu futuro había un bar de playa en Costa Rica, o en México, no Ser Ingeniero, aunque era lo que intentabas ser después de haber cambiado de facultad, aquello para lo que te habías dejado la piel en el bienio y en el trienio. Aquel pensamiento siempre estaba presente: *Nunca me atraparéis*.

De hecho, te enganchaste a la gran Cadena de los Síes. En Ediltekne dijiste que sí a tu superior directo y él dijo que sí al suyo. Antes de Ediltekne hacías lo mismo en Megatecton, donde te habías hecho demasiadas ilusiones… Allí cometiste algún que otro error de cálculo, eras jovencito, caíste en lo más fácil… Ya ni siquiera me da rabia, han pasado veinte años… Desde Sofrano apenas se veía la Isla, tan sólo aquella cresta de montañas altísimas por encima del horizonte, las nubes… No fuiste capaz de colarte en ninguna troika de trabajadores amigos de tal o cual partido: ¿te acuerdas del grupo de escaladores? Tenían mi edad, pero sabían muchas más cosas que yo: trabajaban duro, eran fríos, reservados, y aprendían rápido a nadar en el mundo de aquellos tiempos. Lo primero que había que hacer era adherirse a alguna corriente y luego, si lo conseguías, tenías que comprender cómo funcionaba. Tú nunca llegaste a comprenderlo y te refugiaste en Megatecton. Si las cosas no hubiesen salido como salieron, habría sido una buena idea: ahora son los de Ediltekne los que me dicen «haz esto o lo otro, ve aquí o allí»…

¡Mejor que un bar de playa en Sudamérica! ¡Ésta es mi Sudamérica! A partir de un momento determinado establecí aquí mi verdadera residencia. Fue en el 68, con Clara: el lugar nos embrujó. Para mí, después de años de separación de la Ciudad de Mar, supuso el regreso al Verano y la Madre Agua. Era más densa que en la Península, sobre todo al atardecer, cuando los surcos de las olas se tornaban violetas, turquesas: agua primordial, densa de vida y, no obstante, muy nítida, en especial al amanecer.

Año tras año vi cosas que nunca había visto, me hice una idea del Mar quizá no más precisa que la que ya tenía, pero seguramente más cercana a la vitalidad feroz de lo que ocurre en su interior… La morena que de repente da un salto y se precipita sobre un banco de

mújoles para morderles el vientre sin conseguirlo… Los meros recién disparados vomitan pulpos a medio digerir que, pálidos y blandos como fantasmas, vuelven libres al agua, pero muertos y blancos se alojan en el fondo a modo de advertencia. Y una vez más las morenas, que se acercan a la orilla para arrebatarte el pescado que estás limpiando: sientes un latigazo y ahí, a pocos centímetros de tu mano, está esa boca, con esos ojos amarillos. Y ese tritón que se sale del todo de su concha con el propósito de chupar un centollo vivo. Lo mismo hacen los pulpos, que adornan sus guaridas como los salvajes del *Hombre enmascarado*, con los esqueletos de sus víctimas. Un agua feroz, donde día y noche hay que escabullirse para matar, morder y huir.

Éste es el último año, después se acabó, ya está bien, he perdido la crueldad necesaria, el pez arponeado me da lástima, remordimiento. Y luego el frío, el cansancio, el miedo a ahogarme, a no conseguir volver a la superficie, me corta la respiración. La oscuridad de las guaridas de los meros cuando son profundas, ves que algo grande se mueve con rapidez, distingues el perfil convexo de un lomo o, de refilón, la gran cabeza de un viejo pez incaico, cuando tienes un segundo como mucho para apretar el gatillo y, si le das, luego tienes que sacarlo de ahí, y si es gordo, se convierte en una especie de masacre, para ti y para el pez. Basta, no quiero volver a hacerlo. Esos cráneos de cabras, con los labios caídos y desdén negligente, los ojos grandes y móviles que parecen engarzados en cardanes; los meros casi han desaparecido… En los últimos tiempos rara vez los he visto y siempre he vacilado un buen rato sin ser capaz de disparar, como si estuviese hipnotizado. El más gordo de todos lo atisbé junto al acantilado, ¿cuánto pesaría? Estaba debajo de una cornisa de rocas, de cara al sol; verme le causó una especie de sobresalto, y a mí también: demasiado gordo, demasiado bonito. Había pocos metros de agua, podía atraparlo, pero me quedé allí parado, agarrado al escollo, pasmado: entre él y yo (probablemente era un macho) pasó algo. No puedo contárselo a nadie, pero pasó algo, como una correspondencia de emociones, una hermandad de criaturas que comparten el mismo planeta…

Debajo del agua se viven experiencias silenciosas, íntimas, que duran unos pocos instantes…

Ahora, si los que cazan meros quieren encontrarlos, tienen que ir cada vez más hondo, se obsesionan, pasan cuatro o cinco horas en el mar y acaban agotados por el esfuerzo y el frío, y todo para dar sentido al hecho de estar aquí, para comerse un *plato de pescado* como esta noche. Los platos con pescado en las Grandes Cenas, los desperdicios de las *karavides* desmembradas, las montañas de restos pelados de los teleósteos, material biológico pegajoso y grasiento, cráneos decorticados de pescado de todo tipo, vidas procedentes de otro planeta, totalmente ajenas a nosotros, cuyos ojos opacados por la cocción y cuyas branquias rojas quedan en evidencia… Todo proyecto pez, sea de la especie que sea, sin importar cuántos millones de años hayan sido necesarios para construirlo, sin importar cuánta belleza y sabiduría haya tenido estando vivo, es profanado, desmontado, desestructurado, ingerido, asimilado, cagado: toda esa *vida pura*, ordenadamente ensamblada en la criatura pez, se reduce a una única sustancia fecal y acaba uniéndose al flujo excrementicio humano de todos los días. Millones de peces brillantes, seres libres que se convierten en mierda…

La plata de las branquias de los mújoles enfrente de Kalamia, del tamaño de un brazo, veloces como torpedos de U-Boot. Basta con estar allí cuando empiezan a entrar en la costa a primera hora de la tarde. En cuanto me ven se estremecen de atención, más que de miedo, por un instante gana la curiosidad… ¿Qué eres? ¿Eres peligroso? Luego siempre hacen lo mismo: no huyen por el mar, que sería lo razonable, sino que salen disparados en busca de cualquier refugio posible, se guarecen en la primera cavidad que encuentran. Nunca van demasiado lejos, normalmente ves con bastante claridad dónde se esconden; entonces coges aire, te sumerges, te colocas a ras del fondo con el brazo extendido e introduces el fusil en la guarida, luego tienes un par de segundos para localizar al pez y disparar. Para desembarazarse del arpón, estallan en una secuencia de espasmos bruscos, tienes que intentar agarrarlos enseguida con las manos, si no, es probable que se te escapen… Nadie me ha

enseñado estas cosas, las he aprendido yo solo, en el agua… Si le das por arriba, en el centro de la cabeza, puede que ni le hagas un agujero (es un mújol) y que él desaparezca dejándote algún que otro trozo de cráneo flotando en el agua. Tienen el vientre blando, se desgarra con facilidad, así que, si les das demasiado bajo, los pierdes, y verlos huir con las vísceras colgando no es muy agradable. Hay que perseguir al pez herido, buscarlo por los alrededores mientras permanece en la oscuridad de algún saliente… Cuando logras encontrarlo, ves que boquea apoyado en una roca, el resuello del suplicio, de la muerte inminente. Si le das por segunda vez, será capaz de revolverse de nuevo con furia y, si en esta ocasión tampoco lo has pillado bien, volverá a escaparse, cada vez más lento, cada vez más boqueante: *debes* seguirlo y matarlo, pero ¿cuántas veces has dejado escapar un pez en esas condiciones por cansancio? La caza bajo el agua era una pasión desaforada, irresistible, que adquiriste de niño durante el Verano en la Ciudad de Mar, cuando explorabas los Escollos arpón en mano: te ha durado todo este tiempo, pero ahora se te está pasando… ¿Qué sentido tiene matar un mero de treinta kilos? Anastasios lo hizo varias veces. Antes los colgaba de esos tamariscos, la cola rozaba el suelo y todo el pueblo se agolpaba alrededor. Después de exponerlos públicamente, los vendía en porciones en otro lugar. Anastasios, tan amable en tierra, era una bestia en el agua, una especie de hombre pez. De joven venía con nosotros en el caique de Nereas, se pasaba todo el día en el agua fisga en mano, cazaba pulpos y se los metía en el bañador. Al final del día volvía al barco con el rostro blanquecino y los labios morados por el frío, con una gran cantidad de tentáculos asomando por la goma del bañador que se agitaban, se le pegaban a los muslos, le subían por la espalda, por la barriga… Luego se abría el bañador y se los despegaba de los genitales uno por uno, se los extraía de la raja del culo, donde los pobres animales llevaban horas agonizando, les daba un último mordisco entre los ojos, los arrojaba a un cubo y los pulpos la palmaban.

Para estos fondos marinos Anastasios es el apocalipsis: mata todo lo que pilla, captura cualquier ser vivo que ve, pesca toda

criatura apenas comestible. La vez que lo vi arribar a Papa Minás, ya crecido y peludo, con medio traje de buceo desgarrado, empuñaba una vieja ballesta, y llevaba el morral de red atado a la cintura lleno a rebosar. Estaba cansado, venía del pueblo, había pasado al menos cuatro horas pescando. Volcó la red sobre los guijarros de la playa, dentro había toda suerte de criaturas, un muestrario completo de las formas de vida que habitan bajo estas aguas, como en las naturalezas muertas del siglo XVII: *karavides* moribundas que agitaban lentamente la cola, la agonía de escaros, sargos, mújoles, meros enormes, lábridos de diferentes tipos, hasta un corvallo, lenguados, dátiles de mar, pulpos. Recogió todos los animales que había esparcido por la playa, remató los pulpos y volvió a meterlo todo en la red, luego la amarró a una piedra, la sumergió en el agua de la orilla y se echó a dormir al sol. Imagino que por aquel entonces él también tenía la certeza de la inmutabilidad de un mar que nunca dejaría de regalarle sus criaturas…

Este año, Anastasios y yo hemos llegado a un acuerdo: a finales de agosto, antes de marcharme, le vendo mi fusil y lo que le pueda hacer falta; yo paso página, no pesco más… De ahora en adelante, si el mar debe morir, que lo haga sin mi ayuda… No quiero volver a matar una sola criatura que no sea un mosquito o una cucaracha, y sólo si es estrictamente necesario. De hecho, a partir de mañana ya no voy a salir a pescar, nadie me obliga; dejarlo ahora o dentro de quince días no cambia: cuando ves que todo empeora —*porque todo empeora*, siempre, en cualquier lugar—, puedes optar por comportarte como si no pasara nada, o bien, aunque sepas que no servirá, dejar de participar del empeoramiento… Ugo hace eso, hace como si todavía hubiera peces, se desloma y cada día pesca lo máximo posible, por la noche los pesa en la playa, los acumula en el congelador de Nereas y luego organiza esas cenas enormes en las que él se sienta en el centro como Jesucristo distribuyendo la comida, entre apóstoles y apóstolas con pantalones cortos, pareos, minifaldas, pantalones de lino y camisetas impalpables sobre hombros enrojecidos por el día de sol.

Dejarlo significa que tendrás que prescindir de las aguas profundas, de los corrimientos prehistóricos de roca al norte de la Isla, de los precipicios que caen al pie del acantilado perdiéndose en el mar. Abandonar el fondo del mar a su inminente suerte de desierto, no volver más, no saber más de él, para no tener que asistir a su degradación y su empeoramiento, que no cesan… Olvidar la visión de un pez limón de un metro de largo que de repente sale de lo más profundo, pasa delante de ti para echarte un vistazo y, en un segundo, con tan sólo una vibración de los músculos caudales, acelera y vuelve al mar antes de que tú puedas hacer un solo gesto… Olvidar el encuentro a media agua con un gran banco de *lutsos*, derechos y coordinados como una nube de flechas medievales, vivaces, vivacísimos. Sólo había podido observarlos muertos por la mañana, en las redes de los caiques, con esos grandes ojos fijos, la boca extraña, el mentón aeronáutico, prominente y ojival para hender el agua de la manera más eficaz, los dientes afilados, peligrosos…

No merece la pena volver aquí el año que viene. Ya no tengo el espíritu alegre del turista que no sabe nada de los lugares a los que viaja: aquí ya lo sé todo de todos, sobre todo sé cómo eran las cosas *antes*, he conocido a los viejos cuando eran jóvenes y ellos me han conocido a mí cuando tenía la talla 44… No es necesario quedarme aquí viendo cómo termina todo o cómo cambia hasta tornarse irreconocible. No es necesario observar a las personas hasta que mueren, me basta con la deflagración de mi familia, con la muerte de Madre y Padre. Me basta con que algunos de mis amigos se hayan marchado antes de volverse gilipollas o fascistas. Me basta con mi ciudad, que se deja llevar con total autocomplacencia, que se corrompe y se expande sin criterio… Ya me basta con no conseguir encontrar los objetos que aprecio en las tiendas, como chancletas, pantalones que no te aplasten los huevos, los que tienen dos pinzas, mejor si son tres… Tengo que olvidarme de esta isla y buscarme otra… Horas y horas de soledad en el agua, cuando el sol desaparecía detrás de las montañas y, al sacar la cabeza del mar, todo se había vuelto azul y los etesios soplaban en vertical desde las

crestas y golpeaban el agua como un martinete formando torbellinos nebulizados… Entonces me iba bien calentito en mi traje de buceo de cinco milímetros siguiendo la dirección del viento, oyendo el silbido del aire en la boquilla del tubo y haciendo fuerza con las aletas cuando me sumergía, pero debajo del agua todo era calor, calma y silencio, tanto que a veces oía el latido de mi corazón retumbando en mis oídos… Cuando el corazón iba por su cuenta debido a la emoción, te cortaba la respiración, te veías en el fondo mirando hacia arriba, hacia una superficie muy lejana, te parecía no tener ninguna molécula de oxígeno en los pulmones y volvías a la superficie concentrado sólo en dar un aletazo tras otro, lentamente… De repente, la ilusión de convertirte en pez se desvanecía, el mundo de agua que te rodeaba se volvía ajeno, hostil… En la superficie, la vista se te nublaba debido a la anoxia; no había nadie, si algo hubiese salido mal, la habrías palmado allí mismo, solo… De vez en cuando el mar se come a alguien, algunas veces lo escupe muerto en la orilla y, normalmente, no le da pena. La ferocidad y la ambigüedad del agua, de la misma agua sublime que me recibe cada año desnudo… Nunca te dejes engañar por el agua, aunque parezca que siempre ha estado aquí aguardando tu regreso, aunque te parezca que no espera otra cosa que tenerte dentro, aunque te hayas convencido de que procedes del mar, aunque antes o después quieras volver al mar y escapar para siempre nadando hacia el sur… No debes confiar en el agua, ni siquiera cuando te parezca tan pura y leal, porque, en realidad, es sucia y está llena de criaturas inmundas… No está ahí para ti ni en contra de ti, simplemente está y punto… Al parecer ha llegado del cielo, de la Nube de Oort, si es que existe… No te das cuenta de que se trata de algo extraterrestre hasta el día del primer baño de la temporada, cuando te parece una sustancia extraña y tienes que recuperar la confianza en ella, te cuesta nadar, te provoca un extraño dolor de cabeza… Agua que es responsable de la vida y que la recupera con frialdad, cuando quiere… Océanos inteligentes como en *Solaris*…

En aquella época pensabas que no existía nada más bonito, las sustancias que todavía circulaban por tu sangre te inducían a hacer

cosas que ahora han dejado de tener sentido: manipular, modificar, capturar, matar, penetrar, construir y destruir. Era el *hacer*, costase lo que costase. La relación con este paisaje, y sobre todo con el mar y las criaturas del agua, no adquiría sentido si no era con intrusión y manipulación, si no era dejando *huellas* de algún tipo… Extraña violencia la que habita en nosotros, primero de niños y luego de adultos, extraño que luego se torne incomprensible, como ahora lo es para mí: el gusto por la depredación ha acabado, Brandani, ahora sólo puedes hacer dos cosas. La primera, impensable, es retirarte del mar. La segunda es abandonar la tierra —donde la vida de secano y la gravedad te están haciendo polvo— y convertirte en atún para huir a toda velocidad, para siempre… Lejos, hacia resacas australes, con la mente llena de pensamientos de pez, sin más idea que la de encontrar alimento… De acuerdo, más o menos es el mismo infierno que la vida terrestre, con la diferencia de que entre los peces no hay nada personal, entre los peces no hay prevaricación, dominación, humillación, ésas son cosas de mamíferos: en el agua la masacre es interminable, pero fría y pura…

Convertirse en atún significaría abandonar la ética terrestre y, sobre todo, la gravedad: después de pasar algunas horas en el mar, cuando pisas la playa sientes la opresión de tu peso… Impresiona un poco, la vista se te nubla por unos instantes, estás sin fuerzas, no te sientes capaz de regresar a la orilla, el cuerpo se niega a volver a la verticalidad, le cuesta aceptar que tiene que participar de nuevo en la gravitación universal, de la cual los peces no saben nada. El Colapso de Saria fue serio, tal vez sólo fuese una bajada de azúcar, mientras salía del agua comprendí que lograr superar el rebalaje ya había significado un gran paso… Permanecí horas tumbado sobre los guijarros esperando que alguien viniese a buscarme, estaba convencido de que iba a morir, pero no me importaba, era un cansancio final y total, como si el campo gravitacional terrestre hubiese triplicado su potencia… Me concentré en el sol, que se estaba poniendo detrás de la montaña, y saludé dulcemente al mundo… Después llegó Nereas, conseguí levantarme y subir al caique, me tiré en la litera de abajo y dormí durante todo el viaje de

vuelta: aquel año había venido solo. El terror a morir allí no había anulado del todo la belleza solitaria de aquel lugar, los graznidos de los halcones, la poesía del sol al atardecer mientras me iba recuperando poco a poco… Al principio había pensado: «Me muero, tengo que salir del agua antes de que lleguen los gusanos marinos y me coman vivo; si se dan cuenta de que me estoy muriendo, acudirán en masa…». El mero de Opsi todavía no estaba muerto y aquellos monstruos ya le estaban devorando los ojos… Me habrían encontrado sin ojos, como muchas de las criaturas que quedan atrapadas por la mañana en la red de Nereas… Cuando los caiques echan el ancla para limpiar las redes, debajo de los cascos se ven los desechos lanzados por la borda de los peces descartados con decenas de gusanos marinos, inmóviles, congregados en ovillos inmundos, concentrados en sorber, deshacer y descarnar…

Aquella tarde en la bahía de Saria, más o menos en el lugar del Colapso de unos años antes, los dos chicos de Atenas, con sus provisiones de agua (sólo seis botellas), los sacos de dormir y una parrilla para cocinar el pescado, estaban tranquilos, sin preocupaciones en la cabeza; ella guapa y tan joven que no me parecía ni humana. Querían quedarse allí unos días.

—No tendrán suficiente con esa agua —le dije a Sara—. Piensan en todo menos en lo que necesitan…

—Porque ya la tienen, Ivo —me respondió—. Nosotros en su lugar nos llevaríamos cincuenta kilos de equipaje, incluidas las gotas para la nariz.

Los dos estábamos muy ensimismados en sus cuerpos, en su juventud plena y vigorosa. En mi inglés cutre dije que las provisiones de agua me parecían escasas y la chica sacudió la cabeza, como para decir que se las apañarían para que les bastase.

—¿Qué vais a comer? —dije después.

—*Don't care*, eso es cosa de Vassili —respondió ella, y Vassili nos enseñó su sedal.

Era un chico de ciudad, probablemente incapaz de pescar algo que no fuese una babosilla; sin embargo, ella era como si me dijera: «¿Ves, viejo turista flácido? Tú no entiendes que yo, estos dos o tres

días, he decido *ser suya*. Desde que nos hemos montado en el barco esta mañana me estás escrutando con la mirada, ¿y todavía no te has dado cuenta? Soy *suya* y él cuidará de mí, pescará peces para mí que yo cocinaré en esta parrilla». ¿Que no lo entendía? ¡Claro que lo entendía! Envidiaba atrozmente a Vassili y estaba seguro de que en aquel preciso momento Sara la envidiaba a ella. La chica de Atenas tenía un gatito que de inmediato se había puesto a jugar entre las rocas persiguiendo a un cangrejo. Después de unas horas, Vassili había pescado dos o tres lábridos verdosos tan largos como mi dedo índice, luego el sol se puso detrás de la montaña, el agua bajo el atraque de cemento perdió todos sus reflejos y se tornó completamente transparente… Allí, a menos de un metro de profundidad, entre las rocas del fondo, se vieron grumos de gusanos marinos concentrados en descarnar los cuerpos de otros animales acuáticos que unas horas antes habían sido arrojados desde un caique. El horror indiferente del mar estaba allí, nos rozaba los pies, amenazaba con tragarnos, la belleza de aquellos dos chicos no era suficiente para mantenerlo lejos. Mientras el barco se alejaba les gritamos «*Be careful*!», pero estaban tranquilos, él seguía concentrado en la pesca de pececillos que ella limpiaba en la playa. Pensé: «Dentro de poco anochecerá, el brillo de las estrellas los envolverá». Sin embargo, la belleza de aquellos chicos y de la bahía y del mar era ficticia, quiero decir, no existía *en sí misma*: estábamos inmersos en la barbarie más pura, salvaje y evidente, la cruda realidad caótica de la creación nos rodeaba, pero no la veíamos: nuestras miradas estaban perdidas en aquellos rostros y en aquellos cuerpos, vagaban entre las rocas y a lo largo de la cresta de la montaña, seguían las trayectorias de los halcones a la caza, mientras los gusanos marinos hacían su trabajo repulsivo y sucio y a aquella hora todo el mar era una matanza inmensa, incesante, misteriosa y despiadada, envuelta en el silencio eterno y lúgubre del agua.

Pero ¿ves, Brandani?, pese a que sabes todo esto, te convertirías igualmente en pez, firmarías de inmediato, aquí y ahora, para transformarte en atún, en un buen atún de un quintal, brillante, rápido como una flecha… O te encarnarías en un gran carángido del

reef australiano, un pez pelágico, de esos que nadan perennemente en alta mar, que no tienen ni guarida ni casa, que —como todos los peces— no conocen la sensación de tener peso ni sabrían decir qué es el arriba y el abajo… Sólo los peces experimentan una verdadera existencia tridimensional, y para ellos los actos de subir o bajar son equivalentes… Pero, allí donde comienza el aire, siempre hay una película nacarada de superficie de agua que pueden atravesar a toda velocidad y permanecer *en la otra parte* sólo unos instantes, en la emoción de la luz plena, de la disminución drástica de la maleabilidad del mundo y, luego, de la recaída. Imagino que, para un pez, Seco y Aire equivalen a lo que es el vacío para nosotros. Aquí está, boqueando en los pantoques del barco o sobre los guijarros ardientes de la orilla mientras experimenta por primera vez la sensación, horrenda y terminal para él, de tener *peso* en la *no agua*, mientras empieza a morir asfixiado… En definitiva, este pez de plata vuelve a mezclarse con todo lo demás, un estado de orden vital temporal extraído directamente del caos e integrado en la maravillosa forma-pez, que se corrompe y se desmiembra en un proceso entrópico no reversible, imposible de recomponer: fin del pez, anulación, regreso al Todo después de un breve periodo de existencia en la conformación tal vez más perfecta y antigua que exista… El tiempo evolutivo requerido, el esfuerzo reproductivo, la energía vital, la emoción invertida en ser-en-cuanto-pez, que terminan en una *fritura mixta* o en una *parrillada*, y después dentro del plato del *Homo*, una especie reciente, imperfecta y poco testada, de todo punto incapaz de percibir la perfección *técnica* de lo que se está comiendo…

«El mar es grande, los peces nunca se acabarán», pensábamos. Pero no, *se han acabado*… Bueno, falta poco, pero todos hacemos como si no pasara nada… Hasta Nereas, que, cuando no pilla nada, dice: «¡Este año hay poco pescado!», hace como si todavía hubiese, pero él también sabe que el festín se ha terminado: en este mar ya casi no hay vida y la que queda la sacan en cantidades cada vez mayores… Nunca hubiese creído que a mi generación le tocaría ver el Fin del Mar.

Dios, aquella mañana, subiendo hacia Palatia, sargos enormes en pocos centímetros de agua… Un mero en la escollera exterior, pesaba más de ocho kilos y lo habíamos cogido donde se hacía pie… Morenas de dimensiones inauditas, rayas, tortugas, bancos de peces limón, dentones en grupitos de dos o tres que se escabullen en las profundidades, doradas y una gran cantidad de mújoles. *Karavides* agazapadas, inmóviles como rocas, en la oscuridad de las cavidades y que nunca podrías distinguir si no fuese porque ellas se asustan primero y escapan. También pequeños grupos de *Scarus cretensis*, las escorpinas de toda la vida, y una gran cantidad de meros por todas partes… Todo esto ya no se ve, ya no existe… Aquella agua clarísima al amanecer, el silencio, la soledad del mar y todas aquellas criaturas eran sólo para ti. Pero corrían otros tiempos para el Mundo, otros tiempos para la Isla. Era antes de que ardiese el vasto bosque de pino carrasco que llegaba hasta la playa, era antes de que construyesen la carretera, antes de que llegase la electricidad. Antes de que empezaran a construir hoteles de cuatro plantas en la colina y a lo largo del desfiladero y dejaran los tejados con los hierros de espera para quién sabe qué futura adición. Antes de que se formase el mucílago que se ve diseminado por las rocas. Antes de que se pudiera llegar en coche hasta la orilla de las playas, consideradas sagradas hasta entonces, antes de que se vieran latas y envases de yogur en el fondo del mar. Antes de que la Guarida de Opsi, de la cual habías sacado tu mero más grande, se llenase de ramas, antes de que muriese El Hombre Sin un Brazo. Era antes de que se quemase el viejo y maravilloso caique de Nereas, antes de que el propio Nereas envejeciera y se volviera taciturno y casi dejara de hacerse a la mar para siempre. Antes de que construyeran el puerto, antes de que se inundase el pueblo. Era antes de que la Isla empezara a entrar en el mundo contemporáneo, al principio de manera tímida, después cada vez más rápido, es decir, cuando Manolis aún estaba vivo y fumaba como un carretero e iba de acá para allá con Kelos en el viejo caique del correo. Era cuando tenía menos de cuarenta años y cenábamos todas las noches con amigos y nos reíamos. Y luego Lotte, era la época de Lotte, de su piel blanca bajo este sol abrasador. La época en la que, al anochecer, se

encendían las estrellas en lugar de estas farolas deslumbrantes… La época en que aún se veían las águilas volar altísimo sobre las playas. Era antes de que comprendiese que todo se mueve y empeora inexorablemente… Me arde el esófago, como es natural… Agua.

Nosotros, nacidos en un país de necios, ya hemos hecho nuestro recorrido hacia lo peor: entonces, ¿por qué pretendemos que *ellos* dejen pasar este tren? ¿Sólo para conservar estos lugares como parques temáticos a los que ir de vacaciones? Estamos a finales de los años noventa, ellos quieren lo mismo que tenemos nosotros, y lo están consiguiendo. Exigimos que el tiempo se pare en la Isla, que toda ella se mantenga «intacta» (¿qué significa que algo «permanece intacto»?), nos gusta como uno de esos dioramas del Museo de Historia Natural de Nueva York. Sin embargo, somos precisamente nosotros los que contribuimos a la aceleración del cambio y, por tanto, a la destrucción de todas las razones por las que nos gusta volver aquí… Volvemos aquí cada año y, al hacerlo, vamos destruyendo progresivamente los motivos por los que venimos, que en verdad no son más que Tierra, Aire, Agua, Silencio, Viento, Patatas Fritas…

—Ah, conque estás aquí, ¿no?

—Ya estamos.

—Escondido en la sombra. ¿Cómo es que no estás en la supercena?

—Demasiada gente, no me apetecía. ¿Vosotros dónde habéis comido?

—En la taberna de Grigoria. Esta noche tenían lentejas, *bifteki* y sus patatas fritas. Increíbles… Éste es el único lugar del mundo donde puedes comer las patatas así. Patatas de verdad, amarillas, cocinadas con aceite de oliva…

—¡El único lugar en el mundo! Qué exagerado, Ivo, no le hagas caso.

—Voy a dar un paseo.

—Eso, bien, date una vuelta, adiós… Viene aquí prácticamente para caminar, para él éste es el único lugar donde puede pasar las vacaciones con su familia, pero *solo*. Lo has visto, ¿no? Sale todas

las mañanas, se hace sus seis u ocho horas de caminata, vuelve, se ducha, cena, se toma un Aulin porque le duelen los pies (está hasta arriba de nimesulida, no sé cómo no se le ha jodido aún el hígado o se le ha ulcerado el estómago), luego se acuesta y al día siguiente vuelve a empezar…

—Yo también puedo decir que vengo aquí casi exclusivamente por las patatas fritas… Digo «casi»… Tu marido hace bien en caminar.

—Está loco, te lo digo yo. Mira, Ivo, te hablo en serio, estoy preocupada porque veo que no puede más, ya no soporta su profesión. Es como si todo el dolor de los pacientes se le estuviese acumulando dentro y ya no consiguiese sacárselo. Ya casi no habla, ni siquiera conmigo. Absorbe veneno todo el año, si no camina no consigue purgarse, así que se va todo el día por las montañas, suda, se agota… ¿Sabes hasta dónde llegó el otro día? ¡Hasta el Estrecho!

—Sí, me he enterado, me lo han dicho…

—Es una especie de círculo vicioso… Los pacientes se alivian con él, se desahogan, le cuentan todo tipo de dolor imaginable, cualquier cosa… Para eso le pagan… De vez en cuando lo veo trastornado, me llega a casa con los ojos rojos, como si hubiese llorado… Antes le entusiasmaba ser psicoanalista, ahora creo que ya no le convence tanto… Tiene pacientes que llevan diez o quince años yendo a su consulta (perdona que te esté diciendo estas cosas… por favor, no se las cuentes a nadie, ¿puedo confiar en ti?), gente que nunca resolverá sus problemas, porque su problema es que no tienen nada mejor que hacer, Ivo… La cuestión es que nunca han tenido un *problema de verdad* como, por ejemplo, ganarse el pan. En mi pueblo se dice que no saben cómo amargarse la vida… Bueno, perdóname… Estabas aquí tan tranquilo…

—No, no…

—Pero éstos, sin embargo, no lo angustian tanto, son los que están mal de verdad los que le angustian. Entre otras cosas porque, aparte de los fármacos (porque cuando aciertas con un fármaco, hace efecto, ya lo creo que hace), a la gente que está realmente mal no la curas con sesiones de psicoanálisis, y él lo sabe, pero no lo

dice… Yo lo dejé hace muchos años, cuando me di cuenta de que no era para mí, y ahora estoy feliz así. Él casi ha cumplido los cincuenta y está hecho polvo… Así que camina y camina… Solo, porque no quiere compañía; por la noche llega hecho un Cristo, con ojeras, desgreñado por el viento, con la cara agotada, negra como el tizón… Perdona que te haya pegado la hebra, Ivo. Vosotros ni siquiera os conocéis bien… ¿Has comido?

—No, todavía no. Esta noche he bebido demasiado antes de cenar. Cuatro *ouzos*. Estoy borracho. Bebo agua y duermo la mona. Luego yo también voy a ir donde Grigoria a ver si queda algo.

—Bueno, te dejo… Adiós, a lo mejor nos vemos más tarde.

Paola nunca se había confiado así conmigo… Tal vez ella tenga razón: en realidad el tipo camina para sudar su alma sucia de psicoanalista; seguro que, si existe el Infierno, todos los psicoanalistas acaban allí. De hecho, es probable que sólo exista para ellos, o sea, para albergar y castigar únicamente a los psicoanalistas y a los psiquiatras: muchos círculos que descender, y Sigmund Freud encajado en el centro del último, hundido en el hielo hasta el pecho, con las fauces abiertas de par en par para devorar a sus adeptos… A mí también me gustaría caminar si no me costara tanto con estos noventa kilos… Hubo una época en que, cuando el planeta era más frío, aquí también hacía más frío y el viento era más fuerte, más seco, y todo lo que estaba por debajo de un peso determinado antes o después salía volando. Salían volando el pelo de la cabeza y el vello del pubis, acababan en el mar y en ultramar, posándose en los altiplanos de Asia Menor, en Anatolia y en Siria. Salían volando las gotitas de tu aliento y se mezclaban con las que se desprendían de las olas para acabar en Egipto y Mesopotamia. Salía volando la orina en horizontal, había que tener cuidado. Se desprendían las páginas de los libros abiertos, las toallas terminaban en el mar, como cualquier objeto no vigilado, incluso las chancletas. Perdí unas gafas, me las arrancó de la cara una ráfaga de viento tremenda en la desembocadura del Estrecho… Se me voló una aleta, perdí un colchón hinchable, una pelota, los escarpines del traje de

buceo y un montón de cosas más… Sin embargo, al caminar con viento no se pasa calor, todo lo que se suda se seca enseguida, se te hiela encima… Exacto, yo también venía por el viento. Y vuelvo por el viento, por esas nubes que se forman en el cielo y se precipitan hacia el mar, donde se disuelven: diría que se trata de compresión adiabática, aire acondicionado natural. Vuelvo por la limpieza suiza del aire, por el color intenso del cielo, que en verano no te lo esperarías en esta latitud… Vengo aquí por la calidad de la luz, tan fuerte y precisa, escrupulosa al buscar uno por uno los objetos, al describir con exactitud cada uno de sus detalles. Vengo aquí para estar desnudo en el aire en movimiento, para observar el horizonte, para construir barquitos de vela con cortezas de pino y echarlos al mar, con la esperanza de que terminen en el Líbano, en Egipto… Vengo aquí para caminar desnudo por los canales que salen de las playas, cuando inesperadamente se eleva una bandada de perdices de entre los matorrales y casi te da un soponcio por el susto. Vuelvo para poder caminar otra vez por los bosques de enebro y salvia, entre los matorrales de adelfas, las chumberas, el tomillo y todas esas plantas con espinas de forma esférica que ¡ay de ti si caes encima! Todos los años vuelvo para oír el momento en el que el aire entra por los canales, cuando acelera por el efecto Venturi y barre con violencia el sotobosque y, entonces, todo el valle murmura y lanza un suspiro secular y profundo… Vuelvo para estar tumbado con los ojos cerrados a la sombra de las rocas intentando dormir sin conseguirlo porque siempre hay un insecto que te pica con saña, una hormiga que te camina por encima, que te muerde. Vengo aquí por el escollo de Saria, por toda la isla de Saria, para observar a las morenas reptar fuera de sus guaridas con la boca abierta de par en par cuando han olfateado el pez que llevas colgado de la cintura… Vuelvo a la Isla por los refugios solitarios que descubro en los olivares, donde entras y encuentras todo lo necesario para hacer fuego, una lata de aceite, un salero, una yacija de agujas de pino, una manta, cualquier utensilio. Imagino a estos hombres en invierno, en el silencio de un día calmo, el mar que aparece en la desembocadura de los valles, el barco amarrado, el trabajo, el pasto, el sueño, el paisaje clásico alrededor: olivares, muros de piedra seca,

matorrales perfumados, cabras, burros; un día de abril como aquel en que Hektor perdió el brazo. Lloraba como una magdalena por su brazo perdido…

Pero con setenta años más que cumplidos, ¿cómo se le puede ocurrir salir a pescar con bombonas de oxígeno? No había ninguna necesidad, no era pobre, tenía una pensión. Y, además, iba solo. Mano y antebrazo perdidos. En Atenas le pusieron una pinza de acero inoxidable, Dios sabrá cómo la abría y la cerraba, parecía Terminator. Para llevarte en su barco te decía un precio y luego, en el momento de pagar, te decía otro y negaba el acuerdo inicial. Murió este invierno. Me había contado lo del desvanecimiento de aquel día, el motor que no arrancaba, decía que se había desmayado varias veces en el pantoque. Después se recuperó, pero estaba muy débil; quién sabe cuánto tiempo permaneció boca arriba en el suelo de la barca mirando la pequeña iglesia de lo alto, una mancha blanca en la cima del monte Profitis Ilias. Encomendó varias veces su alma al santo… «Allí no había nadie. Sólo Hektor. Pero el Profeta Ilias me miraba desde la cima de la montaña…» Yo en su lugar me habría muerto de horror: marcharte de aquella playa dejando allí una parte de tu cuerpo. Vete a saber qué quería pescar con aquella dinamita… Probablemente peces bien gordos, tal vez los bancos de pez limón que llegan a la costa en abril para reproducirse. La lección había sido dura, después se limitó a pescar pejerreyes de noche debajo del muelle, con un quinqué y una pequeña red tupida.

Ahora se ve bien el flanco de la montaña, la luna se ha vuelto más luminosa, hace muchos años, allí abajo se quemó un poco de bosque, fue antes de que Clara y yo descubriéramos la Isla. Una vez llevé a Lotte, la primera vez que follamos… Lotte… ¿Qué habrá sido de ella? Dulce, hospitalaria, atenta, inteligente, divertida, de piel clara, pelo rubio, ojos azules nórdicos. Aquellos tres días de tempestad y viento los pasamos follando en la fonda de Nereas, encerrados en una habitación, las ventanas temblaban por el fragor del viento. Fue después del Gran Incendio, una gran parte de los bosques quedó carbonizada, millones de fragmentos de leña quemada y cenizas viajaban con rapidez por el espacio y se metían

en los ojos de los que se quedaban al aire libre. Habíamos unido las camas de mi habitación, sólo salíamos para comer… Su carne cruda era blanca, contrastaba con el zócalo pintado de verde de las paredes, éramos adultos, libres, estábamos solos, salíamos de historias parecidas. En cuanto la vi allí arriba, en el puerto de montaña, comprendí que necesitaba que la abrazaran. Me limité a preguntarle qué idioma hablaba. ¿Te acuerdas, Brandani? Le propusiste francés, porque hablas mal inglés, después bajamos juntos al pueblo, tomando el sendero escarpado, ese que ya no existe porque ahora hay una carretera. Por el camino nos íbamos reconociendo paso a paso, nuestras vivencias eran similares, las mismas experiencias políticas, nuestras posteriores tentativas, dudas y traiciones eran similares… Tan sólo quedaba por superar un pequeño escollo: lo hiciste al día siguiente de la manera más nerviosa y patosa, allí arriba, al final del sendero, en la falda del monte, donde el bosque empieza a clarear para dejar paso a la roca. Nos habíamos tumbado sobre las agujas de pino, le levanté la falda y le quité las bragas: aquella mata de pelo leonado te había provocado curiosidad… Quizá las agujas de pino le pinchasen las nalgas, le preguntaste si tomaba algo. «*N'est pas un problème*», dijo. No era verdad que no fuese un problema, pero no había tiempo para averiguarlo. Estabas tenso. ¿Por qué era *obligatorio* para los dos acostarse en aquel momento? ¿Qué lo hacía necesario? Desde luego no el deseo. Por mi parte era débil, ella tampoco demostraba entusiasmo, pero teníamos que sellar el carácter de aquella amistad, tenía que tratarse inmediatamente de sexo, ninguno de los dos necesitaba otra cosa más que estar desnudo en los brazos de alguien. Aquel acto inicial tan mal hecho pudo haber sido el final, pero después hubo auténtica pasión… Quién sabe dónde estará ahora, tenía mi misma edad, ahora será una cincuentona arrugada… «*Je ne suis pas un homme particulièrement propre*», le habías dicho; sólo se trataba del hábito peninsular de lavarse los genitales… Le propusiste salir sin nada debajo de la falda y aceptó de inmediato, le divertía y le excitaba. Con el paso de los días se había hecho mención a su pasado político. Ella había coqueteado peligrosamente con el terrorismo alemán, que desde el principio fue

algo apocalíptico y terrible: había evitado que la captasen casi de casualidad, ningún detalle, viste que sólo con pensarlo sentía una especie de temor… «*Embrasse moi, baise moi.*» Luego las cosas salieron como salieron, en aquellos tiempos no tenías ni una lira, no podías pagarte el viaje para estar con ella cuando abortó: lloraba por teléfono. Tener un hijo con ella era lo último en lo que pensabas. Estabas furioso por su ligereza. Todo se interrumpió, ausencia total de noticias, todo se acabó. Nuestro encuentro de aquella mañana en el puerto de montaña pervive como un sueño, podría no haber ocurrido nunca: una chica sentada sobre un peñasco en medio de aquel viento furioso, ni un alma en varios kilómetros, sólo cabras en la ladera de la montaña, llevaba un pañuelo para sujetarse el pelo, tenía los pómulos altos. Ahora no hay nada que lo pruebe excepto una foto de carné sacada en un fotomatón de la Ciudad de Dios. Nunca sabría reconocer la piedra sobre la que se sentó, tendrías que haber puesto una placa: «Aquí Lotte e Ivo se vieron por primera vez en el año del Gran Incendio». O bien una placa cerca de la puerta de la habitación número 2 de la fonda de Nereas, abajo, en el pueblo: «Aquí vivieron momentos felices una pareja de amantes en el año del Gran Incendio».

Le encantaba ponerse prendas que hoy llamarías étnicas. No fue necesario decirnos algunas cosas, ya sabíamos lo que había. En Colonia se quedó prendada de mi loden, pero le gustaba que llevara un gorrito de lana. Conducía un viejo Mercedes blanco y yo necesitaba Tavor continuamente. La dulzura inesperada de Alemania, los bosques, la lluvia, el Rin demasiado ancho y lento, lleno de gabarras, un mundo vasto y variado… Ella y yo somos los únicos que sabemos lo que significaron aquellos días, pero la única persona con la que comparto este recuerdo ya no sé dónde está…

Están desembarcando algunas cajas de pescado y siguen limpiando las redes, ¡a esta hora! Duro trabajo, nunca he sabido cuánto se gana aquí como pescador, qué normas hay, cuándo se interrumpe la pesca. Son caiques más bien pequeños, nada que ver con un pesquero de altura. Desde las playas puedes verlos pasar sobre las cinco de la tarde: van de pie con el timón entre las piernas,

el caique clavado en el agua, la popa hundida en la ola, se acercan costeando el acantilado después de cabo Atrida, el motor golpetea con regularidad, una explosión bien distinta de otra, el gorgoteo de la descarga en el agua, ellos con su perenne cigarrillo en la boca, con su perenne gorrito de lana en la cabeza, la camiseta desgarrada… No tienen frío, saludan, levantan el brazo, parecen acompasados, duros, o tal vez simplemente resignados a otra noche de trabajo: echar las redes, recoger las redes, regresar al puerto, descargar el pescado, cargarlo en los barcos y limpiar las redes otra vez… La proa alta de los caiques, tan antigua, es adecuada para cuando se eleva la ola breve y seca del Egeo, la forma tradicional de la popa no funciona tan bien con el motor… Llega un momento en el que hay que abandonar el pasado, sobre todo si entra en conflicto con el presente, sus ventajas se tornan inútiles. Nereas lo sabe bien, su caique, viejo y precioso, se quemó hace diez años y ahora tiene una lancha de plástico que supera los veinte nudos… ¿Que no son nada cincuenta años? No lo sé… Claro, son muchos en tecnología marítima, pero no sólo eso: alguien que hoy en día tenga mi edad es como si hubiese nacido en otra era geológica. «Hace cincuenta años aquí íbamos con remos», decía Hektor. Hace sesenta años Nereas perdió a su padre y a su hermano frente a Agios Minás, no conozco bien la historia, parece que fue por un remolino repentino muy violento, el barco era de vela y volcó. Nereas nunca me ha hablado de ello, tal vez me lo contara Hektor.

Nereas, que ha vivido aquí toda la vida, también ha transformado estos lugares con el paso del tiempo y, no obstante, ni él ni los demás han sido capaces de minar seriamente su carácter clásico. Éste es el quid de la cuestión, puedes decírtelo con absoluta serenidad, Brandani: vengo aquí para estar *dentro de* este paisaje clásico, vengo aquí porque éste es el lugar del mundo donde, hasta ahora, menos he sentido el conflicto entre lo que soy y lo que veo… ¿Lo que soy? ¿Y qué soy? ¿Hace un cuarto de siglo que trabajas como ingeniero y todavía no te has purgado de estas gilipolleces? Después de todos estos años, el estudio y la práctica de la ingeniería tendrían que haberte limpiado la cabeza… La idea era hacer como

Heracles con los establos de… ¿Cómo se llamaba? En fin, montañas de estiércol tan grandes que tuvo que desviar dos ríos, el Alfeo y el Peneo —vete a saber por qué los recuerdas—, y hacer que fluyeran a través de… Te quedaste prendado de aquel puente escocés, desde entonces y durante todo este tiempo te ha movido la praxis del *faber*, pero el abono filosófico ha dejado escoria, eres incapaz de no pensar por categorías culturales: por ejemplo, *paisaje clásico*. ¿Sabrías decir qué es un paisaje clásico?

¿Otro *ouzo*? ¿Sí? ¿No? ¿Quieres ponerte malo esta noche? Sí, otro *ouzo*…

Está bien, vamos a ver. Para componer un paisaje clásico, en primer lugar hacen falta los elementos adecuados: se necesitan muchos matorrales de monte mediterráneo, olivos, pinos, rocas, montañas que se desplomen en el mar, también higueras, tamariscos, adelfas y enebros. Se necesitan tomillo y salvia, se necesitan calas y playas bien hechas, se necesitan bahías más o menos recoletas, remotas, se necesitan desfiladeros llenos de sombra. Se necesitan cabras (incluso montesas, encaramadas a rocas altísimas), burros, halcones en los acantilados y cormoranes, no necesariamente gaviotas porque viven en todas partes y no denotan carácter clásico. Se necesitan secuencias de promontorios y escollos solitarios como místicos medievales, se necesitan restos antiguos exentos de excavaciones arqueológicas, se necesitan también un poco de cemento y barcos de proa alta. Se necesita olor a litoral y, sobre todo, viento, se necesita mucho sol, y a ser posible un cielo azul… Ah, se necesitan islas a lo lejos, tierras que se recorten en el horizonte: el paisaje clásico se nutre de agua y de tierra a partes iguales. Quizá se necesitarían bucráneos, guirnaldas, caballos, delfines, sirenas, tritones y harpías, pero eso no es más que iconografía, Ivo…

Con todos estos ingredientes puedes construir un paisaje clásico, no es difícil, sólo hay que mezclarlos bien… El paisaje clásico es solitario y soleado, tiene relación con la línea del horizonte y, por tanto, constantemente con el mar… En el futuro habrá que cercar alguna porción representativa de este paisaje, o bien arrancarla por

completo… Es decir, cortarle una buena tajada para colocarla en un Museo de la Naturaleza como Era (MNE), construido para tal fin, donde se podría disponer de un repertorio completo de paisajes terrestres temáticos que visitar: Selva Amazónica, Paisaje Alpino, Andino, Patagónico, Polar, y también alguna buena tajada de paisaje clásico mediterráneo, con agua de verdad y un horizonte virtual bien construido: Pieza nº 246, *Bahía mediterránea*… Kandri sería perfecto, bastaría con segarla con todas sus raíces realizando un corte *ad abundantiam*, o sea, hacer una incisión al menos a doscientos metros del centro de la bahía y extraerla con todos sus escollos submarinos, sus guijarros de playa, sus árboles y matorrales, después limpiarla de botellas de plástico y colocarla en una sala del MNE. ¿Qué necesidad tenemos ya del mundo natural si no queda nada natural y no importa? ¿No es mejor un planeta cubierto en su totalidad de edificios, pero constelado de tajadas de naturaleza intactas y museísticas? ¿Qué otro destino nos espera sino éste? Pieza nº 38: *Isla tirrena* con antiguos asentamientos; Palmarola sería perfecta. Palmarola se merece una sala entera para ella. Si pienso en aquellas pérgolas, en el vino amarillo de Ponza, en el perfil de Palmarola al ponerse violeta en el horizonte, hacia occidente. Exacto, tal vez vine a buscar en estos mares otra Ponza, otra Palmarola, algo que las sustituyera, que me colmase el vacío de no poder volver. Sofrano no fue más que un adelanto de lo que me esperaba más al sur…

Ponza: el *shock* inicial, la revelación de lo que *podía ser* el mar, Ponza en aquel día increíble y en los años que siguieron… ¿Cómo era posible que el agua fuese tan transparente? ¿Cómo era posible distinguir todos los detalles del fondo a aquella profundidad? ¿Y los bancos de peces? ¿Cómo era posible que la tierra tuviese formas y colores como aquéllos? ¿Qué escondía el mundo más allá del horizonte si una simple excursión de tres horas en barco de vapor podía desvelar aquella maravilla? Durante la travesía te impresionó el color de un mar que nunca habías visto tan azul, inmenso y revuelto… Los delfines que se arrimaban a la proa, el hombre que decía sosegadamente: «Creo que son marsopas». Luego la barca

que alquiló Padre, la vuelta a la isla, los altos en el camino para zambullirte con las gafas de buceo, las extrañas cavidades geométricas horadadas en la roca gris. A medida que avanzábamos, la roca se iba tornando oscura, luego blanca, después se puso rosa y por último amarilla. No veía el momento de volver a Ponza, estaba seguro de que lo haría cuando fuese mayor. Y lo hice. Sin embargo, mientras tanto, durante aquellos finales de verano largos y lentos que se prolongaban hasta principios de octubre en los que el agua se ponía fría y en la playa ya casi no había nadie, llegaban los días de tramontana para aclarar el horizonte y yo esperaba que a lo lejos aparecieran las Islas, con su promesa de Verano infinito.

Después encontré algo más fuerte, decisivo y grandioso con respecto a mi impresión acuática inicial y el sueño de las Islas en el horizonte… Fue en el magnífico Falesà donde descubrí el Egeo, fue en Sofrano donde me reencontré con el mar y con la vieja promesa del Verano… Siempre he necesitado el Verano más como utopía que como estación. Una definición perfecta, Brandani, ponerse hasta arriba de *ouzo* también sirve para dilatar la conciencia: el Verano como utopía porque lo que para los demás son unas simples *vacaciones*, para mí son segmentos de una existencia alternativa, la única adecuada y verdadera, la única que vale la pena vivir… Porque a la vida en Invierno nunca le he reconocido la dignidad de merecer ser vivida… Porque nunca he tomado en consideración la tierra sin Agua y sin Verano… Sólo aquí, en la Isla, o allí, en Ponza (y en Palmarola, como implementación de Ponza hasta el Sublime Acuático, hasta el Insular Absoluto del paraíso mediterráneo) vale la pena vivir… En Invierno, por lo que a mí respecta, hasta podría hibernar, desaparecer de la circulación, dormir durante ocho meses. Ahora sigo pensándolo igual que hace quince años: Invierno es deber, catalepsia; Verano es placer, vida. Quizás éste podría haber sido mi modo de vida, pero ¿cómo?

Para tu Museo de la Naturaleza como Era, puede que fuese necesario recortar Caprera, por cómo la descubriste al amanecer a bordo del *Tre nuvole*, desde la roda de proa, porque, Dios sabe cómo, habían encontrado la ruta perfecta: Pieza nº x, *Isla tirrena*

granítica. O mejor, recortarías Lavezzi, aunque el respetable, los visitantes del Gran Museo de la Naturaleza como Era, no sería capaz de creer que en el pasado existiera tanta belleza. Pienso en Piero Gilardi. Él fue el primero que se dio cuenta de que tendríamos que haber cortado el mundo en tajadas, como una sandía, para poder guardar algún pedazo representativo y conservarlo para los hijos de nuestros hijos. Caminábamos descalzos sobre sus *Alfombras naturaleza* en el 67, tal vez la exposición menos visitada del planeta. Y también la menos vigilada. Hoy en día, ¿quién te permitiría caminar sobre una alfombra de Gilardi? Eran de esponja, o sea, de poliuretano expandido, pintadas a mano para parecer reales y falsas al mismo tiempo. Palmarola como autorreferencia. Técnicamente es más factible rehacerla en poliuretano, bastaría con realizar un vaciado, es más, hacer una serie planificada de vaciados hasta reconstruir su forma a la perfección. Habría que vaciar también el fondo marino circundante al menos en una distancia de cien metros desde la costa, la ambientación es muy importante. Una vez hecho, *exigiría* que se pintase todo a mano, reproduciendo fielmente cada uno de los detalles, incluso los matorrales rigurosamente colocados. El agua debería representarse de manera realista, pero no debería usarse agua de verdad, sino más bien un agua como esa de plástico transparente que usan los japoneses para hacer caldo de pega… Y dentro, las reproducciones de animales marinos, como en los dioramas de Akeley en Nueva York, preciosos si no fuese por la ambigüedad verdadero-falso de los animales disecados. Sinceramente, lo falso-falso es la única vía… En cambio, lo falso-verdadero es aquello que se conserva vivo de manera artificial aunque ya esté virtualmente muerto en todos los sentidos, como está ocurriendo con estos lugares… Qué coñazo, Ivo… Serán casi las once, estás borracho, tienes que comer algo… Levántate… Vamos a mear aquí, en la taberna de Kaliopi, y luego nos vamos…

Siempre la misma peste aquí dentro, no se puede respirar, no hay papel higiénico ni para secarte las manos, hoy también he tomado demasiado el sol, debería comprarme crema solar para la nariz, se me pone roja, me quema… A saber por qué la polla no se quema al

sol, el glande siempre se broncea bastante, nunca llega a quemarse… Ése soy… ¿Soy yo? Por un instante… No lograba reconocerme… Mi cara era la de otro… ¿Será que está llegando la muerte? Si te da un infarto aquí, un ictus, ¿qué haces? A Nereas lo llevaron al hospital a tiempo, en helicóptero… El mundo bascula, pero la muerte no significa nada para nosotros porque, cuando ella llega nosotros no estamos, no significa nada para nosotros… Tengo que salir de aquí, aire… Me muero… Tranquilo, da lo mismo aquí que en otro lugar… Me tambaleo, sudo como un cerdo, pero me mantengo en pie, necesito otro Tavor… No es más que un ataque de pánico… Otro Tavor… Aquí está: los tres del miércoles se me han acabado, quedan dos de reserva… Agua. Ya está. La Muerte no significa nada para nosotros. Tardará media hora en hacer efecto, el viento me hiela el sudor, el aire me hace sentir mejor, se acabó el *ouzo*: con todo lo que he bebido y el Tavor puedo irme a dormir tranquilo… Si luego tengo que morir, que así sea… ¿Cuánto Tavor hace falta para morirse tranquilo?

—¿Sigues aquí? ¿Has comido al menos? ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

—Nada, Sara, creo que ha sido un ataque de ansiedad… Me ha pasado algo espeluznante: he ido al servicio, me he mirado al espejo y *no lograba reconocerme*… Quizás haya bebido demasiado, no he comido nada… Un desdoblamiento tremendo, ha durado un momento, pero he pasado miedo… He sentido que me tambaleaba, que estaba como a punto de caerme… He pensado que me daba un ictus, ¿sabes?…

—Te has tomado un Tavor, ¿verdad? ¿Cuánto Tavor has llegado a tomar al día?

—Sara… Aparte de que es asunto mío… Ni que estuvieras en mi cabeza. Tú no sabes lo que es un ataque de pánico… En todo caso… Normalmente tomo tres… Esta noche cuatro, ¿vale?

—Vale, Ivo, pero sabes que tienes que tomarlos poco a poco… ¿Estás mejor ahora? El desdoblamiento te ha pasado porque has bebido demasiado, yo he experimentado esa misma sensación

borracha… Los demás van a dar un paseo. Yo estoy llena, me gustaría dar una vuelta. ¿Vienes?

—Ni de coña… Además, todavía tengo que comer. Ve tú. ¿Qué tal la supercena?

—Pero ¿estás bien? ¿Quieres que me quede contigo? La cena buena, buenísima. Nereas ha hecho un pulpo a la parrilla maravilloso. Y un montón de pescado también. Filetes de mero. Unas cuantas *karavides*. Éramos veinte en la mesa. ¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros?

—No, por favor, ve tú sola. Me he bebido un par de *ouzos* más de lo normal. Ahora estoy hinchándome de agua… Estoy mejor, no necesito nada… *Veinte* en una mesa es horrible… Es como ir a una manifestación…

—Qué pesado, Ivo, ya me conozco esta cantinela… De vez en cuando se pueden hacer excepciones, ¿no crees?

—Esta noche no estaba para excepciones, cariño… Voy a comerme un *bifteki* con patatas donde Grigoria. Nos vemos luego; si no, ya nos vemos en casa… Que sí, que estoy mejor: el Tavor debajo de la lengua es mano de santo… Estás guapísima, como siempre. Dichoso el que te pille.

—Adiós, tonto. Nos vemos en casa.

Sabe Dios por qué se ha vuelto tan sociable… Normalmente es casi más huraña que yo; en cambio, en los últimos días me ha propuesto estas cenas casi de masas. Quizá cenar sola conmigo le aburra: si yo soy el primero que me aburro conmigo mismo, ¿por qué no iba a aburrirse ella? Arriba. Levantarse de esta Allibert e ir a la taberna de Grigoria antes de que no quede nada; venga, tú puedes… Estás en pie, ¿ves? Puede que salgas vivo de esta noche, puede que no mueras, puede que vivas hasta mañana. Sara es incapaz de entenderlo, no tiene cincuenta años, tiene treinta y siete, es más, *no debe* entenderlo, no quiero que lo entienda… ¡Si tan sólo consiguiera entender *por qué* está conmigo! ¿Qué será lo que le pone? Calvo, sobrepeso, físico corpulento pero fondón, gafas, quejica, deprimido, ansioso, en vertiginosa decadencia como

amante, poco dinero e hipocondríaco. ¿Qué coño ve en mí? Antes conocía los motivos por los cuales podía gustar a una chica, pero ¿ahora? Si supiera por qué Sara está conmigo, me fiaría más, podría relajarme… ¿Cómo puede motivarle estar con un ingeniero sin éxito profesional, que no está en forma y que ya tiene una edad? Además, parece que las hormonas ya están disminuyendo: será leve, será fisiológico, pero se nota. Ella es joven, trabaja en el bufete de abogados que le gusta, está creciendo en su empresa, hace poco que la han hecho socia, se encuentra en pleno apogeo de su carrera… Yo, si se excluye a las cincuentonas solas, estoy fuera del mercado. Ya estoy bastante sorprendido por envejecer, pero nunca me había parado a pensar qué significaba volverse *invisible* para las mujeres… Follas más o menos con quien te parece toda la vida, después, cuando empiezas a pensar que no es tan difícil, te das cuenta de que estás saliendo del horizonte biológico de la especie: tu cuerpo ya no se considera útil ni placentero… Dentro de poco, cuando fijes demasiado la mirada en el cuerpo de una chica, te dirán que eres un *viejo verde*… Entonces será el final… Ninguna chica que conozcas te conservará en la memoria como un *hombre*, sino en todo caso como *uno que conoce*… Antes era estupendo mirar a las mujeres, sobre todo para cruzar sus miradas, por ese instante de contacto que podía —raramente te ha pasado, Ivo, aunque te ha pasado— revelarse intenso, a veces tan fulgurante que no has podido olvidarlo nunca… La fuerza del contacto fortuito, un instante de fiesta para la imaginación, un instante en que se abren mundos posibles…

Normalmente no pasaba nada, pero el cruce de miradas me causaba un sentimiento de plenitud, marcaba la densidad erótica del mundo, la posibilidad de seducir, me confirmaba en la consciencia de tener todavía valor *biológico*… Ahora ninguna de las maduritas que veo aquí estaría dispuesta a darme un beso, imagínate a hacer el amor… ¿Estás seguro, Brandani? No olvides que nunca has sido muy bueno con estas cosas… El otro día, a aquella chica —¿tendría veinte años?— a la que ayudabas a bajar del caique —¿qué era?, ¿francesa?— la agarraste por las caderas, tus manos se encontraron

con una piel tersa, sedosa y firme, y te *recordaron*, más rápido que tu mente, que ya habían tenido contacto con ese tipo de piel, de juventud… Os rozasteis y el olor a chica te activó de repente la memoria de los veranos de hace muchos años, cuando ellas esperaban que las tocases, o al menos que lo intentases… Sin embargo, casi te avergonzaste de tocar a aquella chica francesa, una mujer en toda regla… Mientras el barco se alejaba, tú seguías ruborizado…

Te has vuelto más atento a la belleza, Ivo. Cuando eras joven, o incluso hace sólo diez años, no tenías ni idea de la belleza. Ahora te has vuelto más exigente, pero también más sensible a los detalles. Les ocurre a los que pasan de la práctica a la teoría, uno se vuelve esteta porque mira mucho más de lo que toca, acaricia o roza… De lo que palpa o penetra… De lo que se consigue abrir, chupar, entreabrir… Está bien, tranquilízate, no es más que un empalme pasajero, una erección mental, calma… El otro día, cuando estabas sentado en la cafetería, te quedaste mirando los pies de aquella chica durante un rato, tan absolutamente perfectos en sus sandalias de tiras finas; te quedaste embobado y ella se dio cuenta, joven y morena… Te miró directamente a los ojos sonriéndote, y te volviste a avergonzar… A ella le gustaba que la escrutaras con tanta atención y quería dártelo a entender… Buscaba complicidad, pero no le sonreíste, no le dijiste nada, te giraste como si nada, luego te levantaste y te fuiste dentro a pagar: Yannis acababa de poner la canción de Miles que le habías pedido, *Time after Time*, y te entró la tristeza… Prácticamente te diste a la fuga, el *contacto* con aquella chica, su mirada directa te causaron pánico, no sabías cómo gestionarlo… Pero ¿qué podría haberle *dicho*? Y ¿en qué idioma?

Así que Sara es preciosa, Ivo, es tu última oportunidad de tener algún tipo de relación con la juventud: la suya. Ella siempre te ha dicho que te ama, dice que hace cuatro años le gustaste de inmediato, nada más verte, dice que la edad no le importa, es más, le gustaría que te dejaras barba. «Pero yo ya la tengo blanca», le dijiste. «Lo sé, y no importa, de hecho te hace más atractivo», respondió. Tal vez sea gerontofilia. Es posible que proyecte en mí

imágenes y fantasías que no tienen nada que ver conmigo: incluso dice que le gusta mi «corpachón», así lo llama… La verdadera y absoluta novedad con Sara es que cuando estoy con ella puedo decir cualquier cosa que se me pase por la cabeza, puedo ser yo mismo… Aunque digamos que ser uno mismo no significa nada… Nunca te había pasado con una mujer, Brandani. Claro, a ella también le gustaría que fueses diferente en algunos aspectos, faltaría más, es que no se empeña en cambiarte, es eso… ¡Pero si deberías estar contento! Tú no cambiarías nada de ella excepto el largo de los dedos de los pies: te gustaría que fuesen más escalonados… Quizá cambiarías su manera de caminar… También te pone de los nervios su negativa a llevar tacones de cualquier tipo… Por lo demás, Sara es guapa, fiable, inteligente, perfecta… ¿La quieres? Si esta palabra encerrase un significado, dirías que sí… Además, admítelo, aunque no entiendas nada de ella, aunque no sepas por qué está contigo, *te fías* de Sara, y poder fiarse de alguien es importante… Te gusta su inteligencia, incluso su forma de ser algo lesbiana. Sara te *valora*, Ivo, deberías estar satisfecho y resignarte: estarás fuera del Gran Juego del Sexo, pero la tienes a ella. ¡La tienes!

«*Kalispera, can I seat here? Is free*? Mientras tanto tráeme una cerveza*. Ne, mia bira. I go in the kitchen just for looking*. Para ver qué tenéis… ¿Hay *bifteki*? Ahh, ahí está, con su manteca rojiza. *Ena biftekiy patatakia. Polí patatakia*.»

El Tavor funciona como un reloj, todo vuelve a la normalidad, ahora las cosas parecen reales de verdad, he vuelto a sentirme uno, en lugar de dos o tres… ¿Por qué comes esta porquería si sabes que te sienta mal? Por tres motivos. El primero es que todo lo que no me sentaría mal no me apetece. El segundo es que me apetece el *bifteki*. El tercero es que en casa tengo muchas provisiones de Maalox… Pero a ti el *bifteki* no te gusta, ¿por qué te lo comes? No exactamente, inspector Brandani, no es que no me guste, es que siempre me decepciona un poco; me siento atraído más que nada por la *idea de bifteki*, carne picada mezclada con especias y ajo picado, un concepto que probé por primera vez en Porto Asenion, donde lo cocinaban a la brasa y te pasabas tres días digiriéndolo.

Aquí lo cocinan *sto furni* en bandejas de aluminio, inmerso en una salsa de *tomato* y en una abundante manteca misteriosa que luego te acaba goteando por la camisa/camiseta/pantalones/etcétera dejando una mancha *para toda la vida*… El *bifteki* con patatas fritas —y ahora te lo digo claro— es un plato profundamente pop, ya sea como naturaleza o como figura: el rojo del *tomato* esparcido sobre la carne, el amarillo intenso de las *patates*. Como todos los platos con patatas fritas, no es más que un pretexto para comer patatas… Maravillosas, inigualables, las mejores del mundo: ardientes por la fritura, prácticamente intocables… La primera que te llevas a la boca te quema el paladar, etcétera… Esta noche también hay un montón de franceses… No debería beber más, sobre todo con el Tavor, pero la Mythos es ligera, dulzona… En fin, ¿qué tienen los franceses tan francés que se les puede reconocer al vuelo? Ellos pertenecen al Universo Francés, Ivo… Es un sistema cultural cerrado, completo, autosuficiente, que viaja en el tiempo y sabe mutar cuando se torna necesario. Los franceses saben bastarse a sí mismos, y éste es el aspecto que a nosotros nos resulta incomprensible… Hacen gala de los símbolos de la cultura a la que pertenecen más que los demás: se visten como franceses, se cortan el pelo de una manera determinada y les encantan todos los tipos de trapos, sobre todo los étnicos. Los franceses no viajan por Europa porque piensan que ellos son Europa y que todo lo que hay que ver en Europa ya lo tienen en Francia… Viajan a países lejanos, étnicos, donde hacen acopio de trapos que se colocan alrededor del cuello en invierno en París: *Ça, cet hiver à Paris, sera le number one*! Y aquí están, tan previsibles como siempre, me encantan. Envidio el francesismo de las mujeres, su *oui* aspirado como el hipo, un sobresalto, un gozo imprevisto… Se están comiendo el platazo de cabra, están muy tranquilos, nada preocupados por tener que digerirlo después… Yo tardo una semana… Para mí la cabra cocinada así es antimateria… Nadie me entiende cuando digo que existe una versión francesa de cada cosa… A los peninsulares los franceses nos caen como una patada en los huevos porque ni siquiera somos capaces de concebir qué significa pertenecer a una cultura *completa*… Ésa, en cambio, es una pareja de lesbianas, probablemente alemanas: este lugar no les

gusta a los maricones, sino a las lesbianas; tienen ese aspecto severo, intransigente, jansenista, de rechazo a toda marca femenina, el pelo corto, ni una gota de maquillaje, vello en las piernas, piel descuidada, desaliñadas y siempre con Birkenstock en los pies. Vete a saber por qué se gustan así. Este lugar no es adecuado para los gais: falta vida nocturna, no hay suficiente biomasa para garantizar una buena probabilidad de encuentros casuales. Sin embargo, las parejas de lesbianas prefieren lugares tranquilos, escondidos… Pero ¿por qué se ponen tan feas? ¿Por qué esa urgencia de desfemenizarse, es más, ese odio por la cosmética, el maquillaje, el acicalamiento, el cuidado propio? Esta falta absoluta de exhibicionismo femenino, que es la sal de la vida… Parecen monjas apostatadas, pero descontentas…

Ah, ahí viene el *bifteki*. Qué pinta tiene, grasiento, rojo, a tres mil grados. Con sus patatas que, al mirarlas, dirías que están poco hechas, las habría dejado un ratito más. Pero no tiene por qué: aquí todos los platos de patatas son diferentes. No estamos en McDonald's, éstas son patatas *de verdad*, peladas hace dos horas, puestas en remojo en el agua de una jofaina. Desde hace muchísimos años usan estas jofainas de aluminio, completamente abolladas, donde dejan fermentando la masa del pan, lavan la ropa a mano, meten el pescado, ponen en remojo las rodajas de patatas, he visto a una mujer paseándose con la cabeza cortada de una pobre e inocente cabra bajo el brazo… Las cabras se dan cuenta de cuándo van a terminar como Juan Bautista… No sé cómo, pero una cabra sabe cuándo la están llevando al lugar donde acabarán con su vida, así que berrea, tensa la cuerda, aunque nunca llega a rebelarse *de verdad*. Las cabras son fuertes, huesudas, tienen la cabeza dura como una piedra, podrían escaparse dando un tirón, cornear a su verdugo: no lo hacen, parecen sometidas al ser humano hasta el final. Al principio de venir aquí, en el silencio de la primera hora de la mañana, a menudo se oía el llanto de una cabra condenada. Sólo se comía carne de cabra y de pescado: no había vacas, sólo algunos cerdos, y cabras, burros y ovejas. Y pollos únicamente congelados… Muchas cucarachas, moscas y avispas. Las moscas han disminuido,

señal de que la proximidad con los animales se ha atenuado, pero hay muchísimas avispas: te caen en el bol de miel del desayuno, tienes que sacarlas con la cucharilla y ponerlas en otro lugar, se quedan ahí pegadas, se debaten entre la vida y la muerte hasta que ya no pueden más y mueren.

Siempre las mismas jofainas: algunas cosas cambian con más lentitud, se vuelven casi obvias, da tiempo a acostumbrarse, a olvidar lo que había antes en su lugar, pero aquí también cambian. La única defensa posible es *olvidar cómo era antes*: funciona en todos los lugares y para cualquiera que haya vivido en este siglo acelerado que te arrastra hacia mundos peores y diferentes, mundos que preferirías no experimentar… Que le den por culo a la modernidad… Si no va a quedar nada indemne, si todo lo que existe se destruye, o se reduce a una puesta en escena de sí mismo o se degrada hasta convertirse en desechos y basura, entonces mejor volver a la Prehistoria… Si el mundo niega a la persona con edad de alcanzar la sabiduría, si éste es el mundo en el que cuanto más viejo eres menos te enteras, entonces que se joda, que se autodestruya… Para comprenderlo un poco necesitarías un decenio de tregua, un poco de estabilidad social, política, económica, técnica, pero a este ritmo de cambio es imposible: los viejos ya son inútiles, gente estúpida que con setenta años es capaz de ir a pescar con dinamita, carne flácida llena de achaques, problemas y cardenales, que huele a sudor rancio; los viejos son figuras ridículas, no entienden un carajo del mundo que los rodea y que ya pertenece a otros. Tú todavía no eres así, Ivo, por mucho que te deprima, tienes que admitirlo… Pero no te falta mucho, también tienes que admitirlo…

¡Uy, cómo queman las patatas! Esta noche el pan está recién hecho, todavía humea: las hogazas hechas para durar tres, cuatro o cinco días después de la cocción sólo se mantienen perfectas veinticuatro horas, después se ponen cada vez más correosas… La idea mediterránea del pan es diferente a la parisina, francesa y urbana, desde luego impagable, pero para nada *clásica*. Las inmensas hogazas de aquí pesarán cuatro o cinco kilos, si no más, tienen la corteza dura, grisácea, la miga densa, me encanta mojarla

en la salsa que queda en el fondo de la ensalada griega: dejar que se empape del todo en la salsa de tomate fresco con aceite de oliva, con los trozos de feta, rebañarlo todo con cuidado… Esta pérgola antes era perfecta, ahora menos. La estructura sigue siendo la antigua, hecha con tubos hidráulicos —se ve ahí, los empalmes son muy normales, fileteados, sin soldaduras—, pero antes el suelo era de cemento, después debieron de pensar que algo así de simple, bien hecho, barato y duradero no era *digno*… Eso es lo que sucede cuando los objetos, y la manera de hacerlos, pasan a un sistema sucesivo que parece más idóneo para el nuevo estado económico alcanzado; sucede en todos los lugares: tubos y cemento eran inseparables; algo ingenioso, pobre, pero coherente… Ahora han querido cambiar el suelo y ponerlo rústico. Aquí está, un trozo de piedra estucada y barnizada con algo parecido al *copal*… A ellos les parece más elegante, se han gastado el dinero, hay que respetarlo, porque deben, a toda costa *deben*, recorrer nuestro mismo camino hasta el final, destruir lo que era de una manera y hacerlo nuevo y diferente, para después, mucho tiempo después, darse cuenta de que han cometido un error… Pero los peninsulares somos unos exterminadores, en realidad no podemos dar lecciones a nadie…

Hace tiempo que no pienso en el trabajo… ¿A qué te dedicas, Ivo? Más bien, ¿a qué te *dedicabas*? ¿Consultor de grandes obras? ¿De verdad? ¿Y qué mierda de trabajo es ése? Ah, ¿no lo sabes? Mejor, ¿no crees? Sí, si es estrictamente necesario, nos acordaremos a finales de mes, es decir, si no decidimos quedarnos aquí para siempre… Pero ahora nada de trabajo, nanay, *tipota, niente, nothing, rien*: sólo mar, horizonte y patatas fritas.

«*Ena cafedaki, parakaló, in the glass*.»

El grupo de franceses ha terminado, se han bebido hasta la jarra de vino de Grigoria y todos siguen vivos… Grigoria hace un café bastante malo, sabe a limadura de hierro, pero no es tan amargo como el de Kaliopi… A mí el café griego me gusta malo, en la Isla el café *tiene que ser* malo, así es como me gusta, me he acostumbrado, lo quiero así, disfruto el latigazo que me da en la columna vertebral.

«*Parakaló*, Grigoria, *logariasmó*. La cuenta, sí.»

Esta noche tampoco llegaremos a seis mil liras. Sara se me ha perdido. Oh, aquí está otra vez Paola.

—¿Has visto a mi marido?

—¡Anda! ¿Qué haces aquí? No, la última vez que lo vi estaba contigo.

—Uf, estoy muerta. Estábamos bebiendo como cosacos en la taberna de Kaliopi, luego me dijo que se iba a dar otra vuelta. Ha desaparecido. Qué raro, debía de estar hecho polvo, hoy también se ha recorrido media isla, dice que ha llegado hasta el Profitis Ilias, dice que un día de estos llega hasta la cima. Si lo ves, ¿le puedes decir que me he ido a la cama? ¿Has comido bien? ¿Te importa que me siente un momento?

—Claro que no. ¿Quieres que te pida algo?

—No, sólo un sorbo de tu cerveza, ¿puedo? Sí, gracias. Ahh… ¿Cómo es que no has ido a la cena?

—Paola… ¿no lo hemos hablado antes? Demasiada gente. No me gustan las grandes cenas. Sé que es culpa mía, pero las odio. De vez en cuando es lícito odiar algo. De vez en cuando está bien elegir: esto sí, esto no. Cenar solo *sí*; una cena enorme con veinte personas, *no*. La capulla de Sara ha querido ir sola, se ha vuelto sociable.

—No digas eso, deberías adorar a esa mujer… Besar el suelo por donde pisa. Soportarte a ti… ¿Te das cuenta?

—Pero ¿por qué, Paola? ¿Qué me pasa?

—Déjalo, Ivo… No te pasa nada… ¿Cuántos años tienes? Cincuenta, ¿verdad? No eres joven y no eres un hombre fácil. Ella es una muchacha en una edad tierna y se ve que te quiere… No la dejes escapar, ¿dónde vas a encontrar a otra como ella?

—Las mujeres tenéis la manía de apoyaros entre vosotras… Que en realidad no es más que un juego, una apariencia que os gusta exhibir, porque normalmente bajo la sororidad (¿te acuerdas de la *sororidad*?), bajo el cariño de la amistad y la solidaridad femeninas, las cosas son bien diferentes: cultiváis rivalidades incomprensibles

para nosotros… Sara y tú ni os conocéis bien: si no sabes quién es, ¿cómo puedes decir «No la dejes escapar»? Lo haces por vicio… Cuando era joven, en las fiestas os veía ir al baño en grupos de dos o tres, cogiditas de la mano: «¿Me acompañas al baño?». ¿Por qué coño había que ir *en comandita al baño*? ¿En qué *se ve* que Sara me quiere? Y hasta me querrá, yo no lo niego… Pero ¿tú qué sabes? ¿Qué necesidad tenéis las mujeres de exhibir toda esa *amistad* entre vosotras?

—Dios mío, esta noche la soledad te ha avinagrado, Ivo…

—Qué avinagrado ni avinagrado, estoy tranquilo, estoy estupendo…

—Se ve, Ivo, se ve que te quiere… Una mujer lo ve… Se ve por cómo te mira, por cómo está a tu lado…

—¿Está «a mi lado»?

—Sí. Además, no es verdad que no conozca a Sara. Hemos charlado mucho este año, nos hemos contado un montón de cosas. Hemos hablado de su trabajo, me ha contado lo de sus diez años de psicoanálisis… Me ha dicho que te quiere, que tú le has enseñado mucho. Es una chica lista, guapa, inteligente, joven… Pero ¿cuándo va a volver a pasarte, Ivo? ¿Tú te has mirado al espejo últimamente?

—Eso, sabía que acabaríamos llegando aquí…

—No, no, tú sigues siendo un hombre interesante, es verdad que tienes un poco de barriga, que este invierno has engordado bastante… Pero a muchas mujeres les gustan los hombres corpulentos…

—Lo dices asqueada, Paola… No todos pueden ser esbeltos como tu marido…

—Venga, Ivo, ¿no ves que esta noche estás muy alterado? El Psicoanalista es así por constitución, no engordaría ni un gramo aunque se comiera una vaca entera. Me da rabia. Además, él es algo más joven que tú, camina, se cuida más, no fuma… Tú no puedes disimular la edad que tienes. Ella tiene treinta y siete años, eso me dijo, y no tiene hijos. Tú ni tienes ni quieres. Para ella estar con alguien como tú, con tu carácter, no es fácil, ¿lo entiendes?

—Y dale con mi *carácter*… Ya veo que habéis hablado largo y tendido, ¿eh? ¿Y qué *carácter* crees tú que tengo? ¿Te ha dicho ella que «no es fácil»?

—No, no… Ella no me ha dicho nada de vosotros. Hemos hablado sin entrar en detalles, en general… Pero, en fin, hay cosas que las *mujeres* dan por sobreentendidas, aunque no se digan abiertamente…

Las mujeres se entienden entre ellas… Al vuelo, desde luego: se hacen amigas enseguida, hermanas enseguida, porque ellas son *mujeres*, no hombres, no son seres bárbaros e imprecisos como nosotros… Enseguida se dicen zalamerías, aunque no se hayan visto en la vida. La primera vez que se ven se escanean de arriba abajo con la mirada: «¿Quién eres? ¿Cómo vas vestida? ¿Es de oro lo que llevas en el cuello? ¿Eres de mi misma clase social? ¿Eres más guapa que yo? ¿Tu marido es más rico/menos rico/igual de rico que el mío? ¿Tus tetas son más altas que las mías? ¿Tu culo es más duro, menos duro, igual de duro? ¿Tienes celulitis? Apuesto a que tienes, ¿eh?». Luego pasan a la fase relacional, donde aparentemente se da por descontado cualquier posible amistad, sororidad y comprensión, cualquier disponibilidad para la escucha, el consejo, la ayuda: simulan simpatía y más simpatía, un derroche de frases hechas, luego las curiosidades que satisfacer, simplemente por pasar el rato, por el mero placer de enterarse y a lo mejor contarlo después por ahí… Pequeñas obras maestras de microingeniería social… Todo se mantiene en equilibrio sobre la nada de las relaciones convencionales, todo viaja sobre esos raíles, ay, como a alguna se le ocurra salirse del buen camino: ¿qué gusto le ven? No consigo imaginármelo… Pero no todas son así, Sara no es así… ¿Qué puede haberle dicho? Paola me está dando a entender que sabe muchas cosas más sobre Sara de las que yo sé… No se imagina que a mí me importa un comino lo que sepa o no sepa… Me gustaría mandarla a tomar por culo… ¿Por qué no deja de tocarme los cojones y se va a dormir? *Nosotras-las mujeres-entre mujeres*… No se da cuenta de que yo no sé nada ni quiero saber nada de Sara, no porque me

parezca bien así, sino porque me da miedo la mera idea de saber cosas de ella a sus espaldas… *Ella* es quien tiene que decidir lo que yo debo o no debo saber: yo por mi parte no sé nada, no pienso nada, *sólo tengo miedo a perderla*. Paola, ¿por qué no te vas a tomar por culo o a la cama, como prefieras?

—¿Has pensado alguna vez que podría querer tener un hijo contigo? Me ha dicho que lleváis cuatro años juntos. Dentro de poco será demasiado vieja… No te cabrees, ya sé que no es asunto mío. Lo digo porque me ha parecido…

—Ah, ¿*te ha parecido*? ¿*Entre mujeres* nos entendemos-nos escuchamos-nos ayudamos, etcétera? Paola, te lo ruego, dejemos estos temas, ¿vale? No te ofendas, no quiero hablar, ya está… Al menos no ahora, quizás en otro momento o mejor *nunca*… En fin, para ser franco… Y, por favor, no te ofendas… En fin, creo que no es asunto tuyo… Así que hagamos esto: *no volvamos a hablar nunca más* de algo que te haya dicho o no te haya dicho Sara, ¿vale? ¡Oye, no quería ofenderte! ¡Paola! ¡Venga, Paola! Quédate un momento, ¡espérame! Oye, lo siento, de verdad, no quería ser grosero… Es que has tocado un punto delicado… Mira, esta noche he bebido demasiado…

—Está bien, Ivo, no te preocupes, es culpa mía. No debería haber dicho nada. Meterse en los asuntos de los demás siempre es peligroso… De hecho, perdóname tú. Me he entrometido… Creía que éramos lo *bastante amigos* como para poder hablar de cosas como éstas. Pero no pasa nada… Me voy a dormir, buenas noches.

Se ha ido… Siempre eres igual, podrías haberla dejado hablar, ¿qué más te daba? De esta discusión Sara se va a enterar seguro… En el fondo no te estaba diciendo nada… ¿Nada? ¿Cómo que no, Ivo? Paola estaba diciendo que a Sara le gustaría tener un hijo conmigo… Estaba diciendo que en lugar de hablarlo conmigo, Sara se lo había dicho a ella… Pero ¿quién se ha creído que es? ¿Qué diablos le pasa a la gente por la cabeza? Bastante que no la haya mandado a tomar por culo de inmediato, a las claras… He sido brusco, desagradable, grosero, ella pensaba que me lo podía decir,

hace mucho que somos amigos… Míralo, al final eres tú el que se tiene que excusar, como si no fuese ella la que se mete en asuntos que no le atañen… Tengo que volver a la taberna de Grigoria para pagarle la cuenta, luego damos una vuelta, que con esta gilipollas se me ha atravesado la cena… Luego buscamos a Sara. Estará en lo de Longaris… ¿Quiere un hijo *mío* y lo primero que hace es decírselo a *ella*? Claro, podría ser, pero conociéndola un poco no es creíble. Déjalo, Ivo: ¿*tú* querrías un hijo de ella? Si te lo dice, ¿qué le responderías? ¿Sí o no? ¿Te ves capaz de ser padre primerizo con cincuenta años? ¿Por qué esta noche ha tenido que salir así? ¿Qué tiene que ver esto con mi velada solitaria?

Aquí está, más o menos siete mil, siete mil cinco.

«*Efjaristó. Kalinijta*, Grigoria.»

Tal vez Sara no te haya dicho nada hasta ahora porque te ve así… así, que piensas sólo en ti, es decir, que eres egoísta. Es una palabra que no significa nada; ella nunca te ha reprochado que lo seas… Además, ¿el que no quiere hijos es *egoísta*? Ésta es tu última oportunidad para ser padre: no es el tiempo de Sara el que ha terminado, sino el *tuyo*. Sara es la última oportunidad que tienes para dar un mínimo de sentido a tu vida… ¿Qué significa *dar sentido*? De todas formas, vivir no tiene sentido, aunque tengas diez hijos… Es que podría ser bonito… *Bonito*, ésa es la palabra adecuada, egoístamente bonito… Padre no parecía contento de tenerte, quizá sí de tener a tus hermanas, pero a ti te hizo polvo: no parecía que para él fuese *bonito*, más bien le parecía una losa, una responsabilidad, un puñetero coñazo, que te hacía cargar sobre los hombros todos los días. Ni que yo le hubiese pedido venir al mundo, maldito cabrón… Tú eres como él, Padre habita dentro de ti, permanece latente a la espera de que hagas la gilipollez de ser padre y luego, ¡sproing!, la vieja marioneta irrumpe lista para masacrar a la criatura… Por el amor de Dios, ¿es que todos tenemos la obligación de formar una *familia*? ¿Tenemos que asumir por fuerza un *deber*? Pero, Ivo, debe de ser bonito tener un hijo con Sara… ¿Para que también nosotros criemos a nuestra perfecta picadora de carne doméstica? Sea lo que sea la familia, ésta es la última

posibilidad de tener una, de construírtela… Él sería un HPV, Hijo de Padre Viejo… Mejor así, un Padre Viejo deja de tocar los cojones antes que un padre joven… En el peor de los casos te los toca durante veinte años, y luego adiós. Padre viejo apestoso y baboso, un padre enfermo al que cuidar, que no camina por sí solo. ¿Cuántas veces lo has visto, Brandani? Qué horror… Quieres tener un hijo ahora; así, cuando tengas ochenta años, si es que llegas, él tendrá… ¿Cuántos? ¿Treinta? Bueno, treinta no son tantos. Se podría hacer, sí… Me tambaleo, he bebido demasiado… Tengo sueño. Se me ha quedado todo en el estómago, ya me he fumado una decena de Karelia, los habré comprado a las siete. Tienes que dejarlo-dejarlo-dejarlo, pero mientras, es decir, entretanto, es decir, en este breve lapso de tiempo que me separa del abandono del vicio, nos fumamos otro… El final de la playa está oscuro, se puede estar al abrigo de las cegadoras bombillas de estas farolas de mierda. Llego hasta allí… Es la una menos diez, cuidado con los ramajes de los tamariscos, que te pegan las *kacharides*, las cucarachas voladoras, en la camisa… ¡Brr! Nereas se burla de mi terror a las *kacharides*. Él simplemente las aplasta. Crujen. ¡Scrtch! Las caza debajo de la cama, como la otra noche. Pensaría: «Lo que hay que hacer para sobrevivir, hay que andar aplastándole las cucarachas al ingeniero». No hay nada malo en odiar las cucarachas, él siente el mismo rechazo por las morenas… La *kacharida* descarada de cinco centímetros de largo que camina sobre el cabezal de la cama es demasiado para mí, no consigo dormir con ella ahí… Salió escopetada debajo de la cama, él movió la cama y la pilló igual, hizo *¡scrtch!* Hermana *kacharida*, tu vida contra mi sueño. Yo soy un animal superior, un primate, pero tú no, orgullosa *kacharida*, no eres más que una cucaracha leonada: yo puedo llamar a Nereas, que te aplastará con su zapatilla de plástico color cuero antiguo con falsos cosidos; tú, misterioso y ancestral insecto, ¿a quién vas a llamar? Si tuvieras un hijo, deberías dejar de venir aquí durante unos años, ¡nada de Sentido del Mar!, tu vida inútil de gran gilipollas egoísta se acabaría: por primera vez tendrías que hacer algo por alguien. Deberías *vivir* para él, mantenerlo durante décadas. Y para *ella*, para Sara… ¿Y si nace una niña? ¡Una pequeña! ¡Sería una delicia! Se

aliaría con su madre, te dejarían de lado, te convertirías en uno de esos pensionistas silentes, a expensas de los caprichos de su mujer y de su hija… ¡Una niña sería una alegría! Esta noche sólo faltaban las fantasías de la paternidad, las últimas antes del desarme… Y, no obstante, aún estás a tiempo, aún es posible, en realidad Sara y tú podríais tener un hijo…

Por fin la oscuridad.

Grandes guijarros fríos que se me pegan a las nalgas… Basta con que me quite los más impúdicos… Exacto… No es más que una cuestión de técnica: hacer una pequeña hondonada en la que meter el culo… Los ojos se están acostumbrando a la oscuridad… Tengo un poco de frío, meterse la camisa por dentro de los pantalones, sacar el casquete de lana, otro cigarrillo, rachas de viento… Al fondo, donde acaba la playa, hay alguien… Ni una estrella, esta noche la luna está bastante llena, pero se ve bien el horizonte, esa línea neta que corta el reflejo en el agua, donde empieza el cielo… El horizonte, que siempre me provoca ganas de *escapar*: me pasa desde que era niño en la Ciudad de Mar, durante el Sagrado Verano, antes de que Padre me condujese inexorablemente a la Ciudad de Dios… Cómo disfrutaba el momento de arrancarme por fin de allí y volver a ponerme bajo su control cotidiano, en el sufrimiento del Invierno y de la Escuela… Así que *primum*: ¡no seas como él! No devores a tus propios hijos, que no se te olvide, Brandani… Observar el horizonte y pensar en escapar era inevitable: te tirabas con el cómic de *Mandrake* hasta llegar a mar abierto y no volvías hasta que la tierra había desaparecido o casi. Mar y silencio… De tener un barco, ahora también zarparía en perpendicular al horizonte, siguiendo la estela de la luna, hacia Dios sabe dónde, hacia mar abierto, hacia Siria, Egipto o los puertos de Turquía. Al cabo de un tiempo, alguien diría: «Hace unos días que no veo a Ivo, Sara, ¿está bien?»; «No lo sé, desapareció por el horizonte la otra noche».

Recientemente has leído *La sirena*: Tomasi di Lampedusa narra una noche de luna como ésta, en la que el profesor realiza su Gesto de Unión y se zambulle en el mar… Concéntrate en el ambiente de ese relato, Brandani, y verás cómo esta noche aprehenderás el

Sentido del Mar. Cuando hace viento es más difícil conseguirlo, es mejor que el mar esté en calma, como en las noches tirrenas de rotondas de cemento iluminadas, con las gramolas a todo volumen. *Si 'sta voce tesceta 'int'anuttata*. Ya nada volverá. Ninguna promesa se ha mantenido: Dios no existía, el mundo no te estaba esperando, nadie te buscaba, al otro lado del mar sólo hay restaurantes de frituras mixtas, y el trabajo, que tanto prometía, al final se te ha negado. O tal vez tú eras incapaz de hacerlo bien, Ivo… Alto: Sentido del Mar. Pensar en las transparencias abisales, en las criaturas libres y feroces que ahora nadan en la oscuridad, que ascienden a la superficie atraídas por la luna. Bandadas de calamares fluorescentes, increíblemente veloces. Grandes cabezas de meros se asoman entre las rocas. Los peces azules de los que hablábamos de niños en las dársenas de la Ciudad de Mar. Batir de olas bajo los costados del barco, chapoteo incesante de las noches en la rada. Silbido de siroco en las jarcias. Sofrano. Islas lejanas que se perfilan en el horizonte, una tras otra, cada una un mundo propio, con su tierra y sus aguas. Las playas blancas donde dormían los compañeros de Odiseo, los bosques perfumados a sus espaldas. El barco fondeado en la orilla. Estrellas, mosquitos, palomitas. Silencio rápido de atunes que se dirigen a Gibraltar y luego más lejos, a la costa occidental de África, hacia otras resacas. Nadie sabe nada de ellos, excepto el que consigue pescarlos y matarlos. Aún quedan quince mil especies desconocidas sólo en el Mediterráneo, mar supremo y sublime. El gran farallón del puerto de Ponza. Las paredes de basalto en Palmarola. La playa desierta de la Ciudad de Mar, la noche, el cuerpo desnudo de Stefania, que se dejaba besar entera y tú no tenías el valor de tomarla, pobre gilipollas. Sabía a aire. Por lo que sabes, ahora ella podría *ser* aire. No hay nada que hacer. Esta noche el Sentido del Mar no lo vas a aprehender. Aquí hace demasiado viento, me pongo más atrás, al amparo de las paredes de roca. ¿Quiénes serán ésos de allí? No se ve nada, esperemos que aquí no haya cacas. Ya, en este punto casi hace calor. La roca lleva el día entero absorbiendo el sol y ahora desprende el calor digerido. Cuando por la noche caminabas junto al muelle de la Ciudad de Mar, éste también te hacía sentir el calor de

todo el día enjaulado en la piedra caliza… Vienen hacia aquí, pero no pueden verme. Se detienen, se abrazan, se besan. No me ven. Él le acaricia el culo. Míralos. Es el Psicoanalista Andarín, el marido de Paola. ¿Es ella? No, Paola es mucho más alta y delgada, no es rubia, tiene el pelo liso. Ésa es rubia, lo tiene ondulado, el viento le agita los pantalones anchos, son parecidos a los de viscosa que lleva Sara… ¡Sara! ¡Es Sara!

Tengo que mear… ¿He dormido aquí?… Son las cinco y media, está a punto de amanecer… Me duele el cuello… Empieza a clarear, se acabó la noche, hace frío, tengo la boca seca, tengo sed… Sara me estará buscando, el alcohol y el Tavor me han fulminado… Tengo que ponerme de pie, buscar un café… Es demasiado temprano… Tengo que volver a la habitación, si no, ¿adónde voy a ir? Tengo frío, ¿adónde voy? Sube a la habitación, te tomas otro Tavor y te acuestas. Duerme: no puedes hacer nada… Todavía está todo cerrado… No deberías volver aquí… Este lugar ya no es para ti, aquí ya no queda nada, ni siquiera Sara… Esta vez te va a dejar, se va con el Psicoanalista, mejor que la dejes tú primero… Ellos no saben que los has visto, acababan de echar un polvo… En cambio, este lugar es tuyo, volverás de todas formas, quizá solo… Sabes perfectamente por qué vienes… Vienes aquí para observar las sombras que se alargan en las playas, vienes para aspirar el olor de la polvareda que levantan las ráfagas de aire, por el aroma fortísimo de la salvia. Vienes aquí por el agua de Kandri al atardecer, cuando se pone violeta y está más densa y caliente para bañarte, y parece que quiera retenerte. Vienes aquí por la extenuación de este viento que te retumba en los oídos todo el día, por la soledad de las playas, por las siestas en la gruta de Opsi o a la sombra de la roca de Nati, con la mochila de almohada y una tela alrededor de la cabeza. Vienes aquí por el momento de indecisión en que pasas de la tierra al agua, del calor al frío, por los canalillos helados de agua dulce que se filtran entre las piedras de la orilla… Sólo necesito otro Tavor, una botella de agua y una cama… Vienes aquí por las caminatas en el cauce seco de los torrentes, cuando te adentras en los valles y

avanzas por su interior hasta encontrar un obstáculo infranqueable: una pared de roca. Vienes aquí por la higuera chumba de la vaguada de Kandri, por los higos de Papa Minás, por la gran higuera fragante de la Encrucijada de Avlona, por la pequeña higuera pegada al muro de Olimpos, que se había puesto negra y creías que se moría, pero que al final encontraste sana. Vienes aquí por los enormes muros de piedra en seco de los bancales prehistóricos de Saria, por la cabeza dura de las cabras, por sus ojos de cefalópodo. Vienes aquí por el olor a los bosques de pino carrasco que quedan después del Incendio, por la sombra violeta que, al caer la tarde, se torna espesa en las laderas de las montañas, por las nubes como inmensos trapos rojos que se extienden sobre el mar al amanecer, por todo aquello que la Isla ya no es, que tú has conocido, visto y disfrutado, pero que ya no existe. Vienes aquí por el suelo de cemento, por las sillas de plástico, por el albayalde en el tronco de los tamariscos, por el asco que te dan las cucarachas, para sentarte por la mañana a los pies de la estela de San Nicolás y tomar un café de Kaliopi. Vienes aquí por los tragos de *ouzo* malo y porque cada uno de tus gestos corta el horizonte. Vienes aquí porque no sabes cómo separarte de este lugar y por este sol que está saliendo… Necesito una botella de agua… La fuente del muelle: ¿será potable?

11:05 DE LA MAÑANA

Está claro que el vuelo va a salir con retraso. El ingeniero Brandani apesta ya a sudor y lo sabe. El que está a su lado aún no lo detecta de manera perceptible, pero apesta. De debajo de la chaqueta le sube a la nariz la prueba tangible de que sigue vivo y acalorado, de que lleva dos horas sentado en ese asiento de aeropuerto a la espera de poder embarcar y volver por fin a la Ciudad de Dios. Se levanta y va a preguntar. En el mostrador de embarque se ha formado una fila de nórdicos. Alza los ojos a la pantalla: a las 11:15 hay prevista una salida hacia Düsseldorf. Fuera hay un Airbus de colorines que espera con el timón de cola invadido por la imagen gigantesca de una oca en pleno vuelo que Brandani percibe con fastidio: es la profanación de la divina forma aeronáutica, es la infantilización de masas que invade la mente occidental, sobre todo cuando está de vacaciones, es algo impropio y blasfemo a lo que no logra acostumbrarse. La chica rubia que tiene enfrente habla unos instantes por teléfono, luego cuelga y le dice que efectivamente el vuelo lleva retraso, que no se sabe nada concreto, que en cuanto sepan algo lo anunciarán. El aeropuerto de Sharm en esta época del año no se encuentra muy abarrotado, está liquidando los últimos vuelos de la temporada. Ya casi es verano, dentro de poco el calor será insoportable, el flujo de turistas va disminuyendo, pero aún sigue siendo bastante nutrido. Son grupos que embarcan o desembarcan juntos, llegan juntos en autobús y se ponen en cola juntos, formando muros impenetrables con sus cuerpos, sus petates, las bolsas con las compras, los regalos étnicos y los grandes macutos con marcas varias llenos de equipos para practicar buceo y

esnórquel. Todos en pantalones cortos, faldas cortas, vaqueros, hay muchos encorbatados con bastas sandalias deportivas, o bien con chancletas mínimas, aunque la mayoría calza elaboradas zapatillas de deporte de goma, cerradas, semicerradas, transpirables, mullidas, amortiguadas, metalizadas, de colores o de esas cuyo tacón destella a cada paso.

Son curiosas. ¿Cómo irán? ¿Con unas baterías que se activan con la presión del talón? ¿Con dispositivos piezoeléctricos que funcionan con el movimiento?

Cada prenda, salvo rarísimas excepciones, cada zapato, cada accesorio, sombrero, mochila, riñonera, cada par de gafas de sol lleva su marquita, de fábrica o de diseño, bien a la vista: camisetas con imágenes o textos extraños, algunos neutros como D&G, que sólo dicen: «Esta camiseta, por lo demás normalita, se distingue de las demás porque la han diseñado y fabricado D&G, famosos estilistas» (o es falsa, como resulta fácil imaginarse aquí, donde todo parece la puesta en escena, la reproducción de segunda o tercera mano de un original situado en otro lugar), otros cómicos o provocadores, pícaros, con el doble sentido porno suave, o con dibujitos bastante decentes de un pez tropical, por lo general un pez ángel, blanco y rojo, o amarillo.

Observar los pies de la gente, los zapatos: lo hago desde siempre, desde que nací… Los de Ecocare están locos por conseguir trabajos de este tipo… Los japoneses son los mejores, este campo lo inventaron ellos a partir de las imitaciones de los platos de *sushi* que ponen en el mostrador… Del *fake food* al *fake landscape*, al *fake world*… Si sabes hacer un caldo perfecto de pescado falso, un filete de atún de plástico, pero fresco, si te lo comerías, estás listo para el siguiente paso… De hecho, se han expandido, han comenzado a imitar pedazos enteros de mundo a tamaño natural… Antes eran un poco torpes, sólo conseguían imitar determinados elementos, pero eso era cuanto necesitaban para construir aquellas enormes naves acristaladas en cuyo interior había una playa, escollos, arena (auténtica), agua (auténtica, salada), olas artificiales, es decir, falsas/auténticas, y palmeras (auténticas). Se llenaban de bañistas,

grandes inversiones, un negocio. Al principio era difícil imitar el sol, pero luego, tras currárselo mucho, lograron reproducir una jornada entera, un *fake day*, con sus nubes, su puesta de sol… Haga el tiempo que haga fuera de la urna, el sol falso empieza a brillar a las nueve de la mañana: a lo mejor está nevando y los de dentro van en bañador, se divierten como locos, practican una especie de surf tumbados en tablas, nadan… Hoy en día, ¿dónde encuentras agua limpia y cristalina? Habrán pasado casi veinte años de aquella película… *El show de Truman*… Parecía ciencia ficción y mira… No obstante, una cosa es recrear lo falso en la ficción aclamada y compartida y otra reconstruir lo auténtico con lo falso, pero como si fuese auténtico, en un contexto real. Los de Sharm se lo toman muy en serio…

Tobillos, dedos, talones, grietas en los calcañares, uñas desconchadas, o sucias, largas, mal cortadas. Venas y capilares, hinchazones moradas en los dedos de mujeres con tacones demasiado altos, callos. O bien pies femeninos perfectos, con dedos ahusados, regulares y en gradación, espléndidas pantorrillas realzadas a pleno rendimiento, las más raras. Pies cuyos dedos sienten el terreno y se crispan a cada paso, o se expanden en las chancletas como las nervaduras de las patas de una oca o se quedan admirablemente compuestos, educadamente reagrupados. Dedos pequeños y regordetes, largos, blancos, impacientes, cansados, agotados, fatigados, inflamados. Pies que salen de las chanclas a cada parada larga de la cola y eluden la presión entre los dedos apoyándose en el empeine del otro pie. Sandalias que han cedido y dejan que los dedos sobresalgan por el borde realzado de la suela, adelantándose hasta casi tocar el suelo. Luego están los pies dentro de unas Nike y unas Puma, enfundados en unas Adidas y unas Reebok, a veces bien atadas. Allí dentro Ivo imagina que se alcanzan temperaturas disparatadas, sudoraciones y fermentaciones bacterianas en rápida y recíproca implementación, pies como cultivos de agar-agar. Él, cuyos viejos mocasines de cuero —es decir, de piel *animal*, fabricados con el envoltorio vital de una criatura que incluso habrá respirado y mugido—, cuyos antiguos mocasines

soporta ya a duras penas, debe apartar la mirada de esos pies *stuffed*, aprisionados dentro del plástico y la goma, encerrados en zapatos con forma simbólica y diseños de aspecto insensato, zapatos expresionistas con muelles y cámaras de aire amortiguadoras a la vista o bien recubiertos de nervaduras multicolores en relieve, conectados con los puntos de tracción de los cordones, para poner en escena un sistema de esfuerzos canalizados de todo punto inexistente. En las piernas, sobre todo en los tobillos de muchos, aunque también en los antebrazos y en las espaldas, tatuajes pequeños, medianos y grandes, más o menos a la vista, casi siempre feos, siempre desprovistos de sentido, dado que son casuales, no meditados, hechos por espíritu gregario, siguiendo una moda. Simbolitos paraétnicos, siluetas borrosas de las salamanquesas que se llevaban hace unos años. También maripositas, espirales, delfines, culebrillas, palmeras, motivos maoríes, de todo.

¿Por qué se había puesto tan de moda la salamanquesa? ¿Es un símbolo especial? ¿Qué significa? ¿De dónde viene?

Ivo sabe que pertenece a culturas anteriores, del siglo XX, cuando el tatuaje era considerado una especie de autolesión, propia de predisposiciones al crimen, de marginalidad y de cultura barriobajera, que alguien de extracción pequeñoburguesa como él jamás se habría planteado hacer. «Se debe apuntar a lo alto, no en la dirección contraria», decía Padre. Aunque desde hace muchos años sabe que eso era una gilipollez: lo alto es tener más dinero, sí, pero no significa nada más. Lo alto a lo que había que apuntar era un estado de «nobleza interior», como decía Padre, que en un momento de lucidez incluso había añadido: «Yo no lo he conseguido, pero eso no significa que no se pueda hacer»… Si se para a pensarlo bien, nada le ha hecho tanto daño como esas palabras.

Ha tardado décadas en entender que vivir una vida según el principio del orgullo es insensato, que el orgullo es una forma devastadora de estupidez, capaz de llevarte a la ruina… Te induce a comportamientos basados en la nobleza y el honor, es decir, en principios abstractos, desusados, inalcanzables, relativos y fascistas,

completamente imbéciles, ajenos al mundo en que has vivido y en el que sigues viviendo. Lo que cuenta no es el estilo, es lo que has hecho materialmente y el modo en que lo has hecho, o sea, bien o mal… Sólo cuentan los *resultados*, Brandani, sólo eso: ¿dónde están?

Tiene las nalgas entumecidas, la pierna derecha dormida, cambia de postura constantemente, le gustaría quitarse los zapatos, se afloja el cinturón, se quita la chaqueta, la dobla y la pone junto al maletín en el asiento de al lado, se remanga la camisa, de las axilas le sube hasta la nariz una tufarada a sudor.

Toda esta gente lleva dinero. Viene aquí porque tiene fe en la trola de la naturaleza no contaminada. Creen en ella, en la no contaminación, lo creen en serio… No se dan cuenta de que los contaminadores son ellos, somos todos nosotros… Sólo aquí la cantidad de mierda que se vierte cada año al mar en temporada alta es monstruosa… Sí, la tratan, las depuradoras están bajo tierra o bien detrás de la primera hilera de dunas, enmascaradas de algún modo… Pero siempre hay contaminación… Sin embargo, no es eso, no sólo eso. Es otra cosa, algo que lleva décadas pasando: aquí el coral también se muere. Empezó de repente hace unos años, nadie sabe con certeza por qué… No sabían qué hacer, se limitaron a prohibir las inmersiones en algunos tramos de costa, aquellos en los que el fenómeno era más evidente. No sirvió para nada… Luego se dieron cuenta de que había una solución: reconstruirlo artificialmente y promulgar la prohibición absoluta de tocarlo. Sin un ambiente coralino no se sabe muy bien cómo sobrevivirán los peces, aunque no todo lo que se incrusta en el fondo del mar está muerto. Dicen que probarán a darles de comer a escondidas… ¿Echarles pienso en el agua por la noche? Aquí viven del mito de la no contaminación; si se les muere el ecosistema, se va todo al garete… ¡Coral falso! ¡Venga! ¿A quién le importa? ¿Quién se va a dar cuenta? El contrato que hemos firmado es sustancioso… Precisamente por eso, el pacto de silencio deberá durar de por vida… Piensa en la noticia bomba:

¡LA BARRERA CORALINA DE SHARM ES FALSA!
Las revelaciones de un ingeniero peninsular.
Vastos tramos de fondo marino perfectamente reproducidos con materiales sintéticos en Sharm el-Sheik

No seré yo quien lo cuente todo, la penalización es carísima, pero seguro que antes o después alguien se va de la lengua… Yo sigo la corriente, me gusta el Apocalipsis, ahí me encuentro bien, lo disfruto… Los japoneses llevan años estudiando el fondo marino que aún sigue sano… Miles de fotos, exploración electrónica del estado actual, impresiones en látex, muestras vivas pasadas por el escáner en el agua de las bañeras, experimentos sobre la duración de los pigmentos que deben utilizarse, los problemas estructurales, las incrustaciones, las mareas… Nosotros nos ocupamos de la obra hidráulica… Tocará enmascararla, habrá que fundar un parque marino temporal falso, dedicado oficialmente a la investigación, completamente inaccesible, de dimensiones aún por determinar… Proyecto Largo: un barco falso de apoyo bastante grande, prácticamente hueco por dentro, con grúas y todo lo necesario… La idea le vino a Ezio Croce, un espíritu libre, al volver a ver un viejo Bond, ése en el que sale Adolfo Celi haciendo de malo millonario que quiere dominar el mundo… Se apellida Largo… Le habían puesto un parche negro en el ojo para hacerlo parecer más maligno… Más tarde Brandauer volvió a interpretar ese personaje en un *remake* con Kim Basinger, la Suprema… Al principio estábamos perplejos, pero Ezio insistía: «Sólo cito esa película para que os hagáis una idea general de la solución; es obvio que hay que elaborarla»… Luego, en Ecocare se convencieron, dieron unas cuantas vueltas, consultaron registros navales, visitaron astilleros, buscaban algo que viniese bien, un barco transformable con determinadas características. Debe parecer un barco de investigación, por tanto tiene que ser bastante pequeño, pero no demasiado… Aparte de acordonar el área, colgaremos una especie de telón con lastres desde la quilla del barco hasta el fondo para ocultarlo todo. Por ahora sólo trabajaremos en una hectárea de fondo marino, como fase experimental, para

comprobar los resultados y los métodos de trabajo. Luego ya se verá… El trabajo duro lo harán los submarinistas, que deberán instalarlo todo prácticamente a mano, pieza por pieza… Aún no han decidido qué adhesivos utilizarán, están probando distintos tipos… Las cosas van bastante avanzadas, en Japón ya están listos para empezar, pero los egipcios dudan, aunque ya hayan desembolsado una buena cantidad de dinero… Se trata de una decisión política… Si la cosa va mal, y sólo puede ir mal, rodará alguna cabeza… En el fondo es bueno ser ingeniero técnico: como tal sólo debo decir si algo se puede hacer —todo se puede hacer— y cuánto tiempo y dinero se necesitan. Entonces, si dices que sí, lo hago… Tú decides, yo hago… El arte minucioso de la reproducción es fascinante y completamente oriental… Hemos descubierto que en Hong Kong también existen empresas excelentes que operan en el sector… Tal vez sea preciso recurrir a ellas para el grueso del trabajo, es decir, para los lotes consecutivos: que nos hagan una oferta… Si la cosa llega a buen puerto, será como una instalación pop submarina grande, inmensa… Si me voy de vacaciones, no vendré aquí, eso lo tengo claro, aunque no es que en otros sitios, o sea, en todas partes, estemos destruyendo y modificando menos, si bien es cierto que cada especie produce la modificación del ambiente en el que vive, según he leído… Los pies se adaptan a los zapatos, pero también los zapatos a los pies: nosotros, *inevitablemente*, es decir, incluso de manera involuntaria, modificamos el planeta… Es más, lo estamos rehaciendo a nuestro gusto y, sobre todo, como nos resulte más cómodo… Cuando todo sea falso, nadie sabrá lo que era verdadero y volverá a ser como si todo fuese verdadero… Franco me dijo una vez que vamos desplazándonos lentamente de lo natural a lo posnatural: en aquel momento no le hice demasiado caso, a veces dice cosas un poco retorcidas, pero como de costumbre estaba dando en el clavo… Hace meses que no sé nada de él, lo echo de menos… Había añadido que cuando la transformación se haya completado y el planeta entero se haya vuelto posnatural, lo consideraremos igualmente naturaleza, porque habremos olvidado el estado previo: «Luego *la naturaleza no existe*». Al pronunciar «naturaleza», había hecho el símbolo de las comillas con los dedos,

aprendido en Columbia… Se le han pegado esas muletillas americanas que me ponen de los nervios, pero cada vez que hablo con él, me enseña algo: es mi *maestro horizontal*, es decir, un coetáneo del que aprendo, que sigue enseñándome… Se ve que lo que mata el coral es la acidez del agua. Primero pierde el color, luego muere. Al parecer, el exceso de CO_2 en la atmósfera se disuelve en el agua y hace que a los pólipos les resulte cada vez más difícil extraer el carbonato de calcio que necesitan para construir sus estructuras… Sin embargo, no están seguros de que funcione así… Hay quien afirma que, de aquí a treinta años, las barreras coralinas de todo el mundo se habrán convertido en osarios gigantescos…

Ivo Brandani adora el agua, la idea del agua, la praxis del agua. De niño, durante los interminables veranos en la playa de la Posguerra, se hizo ilusiones con que aquél era su verdadero mundo. Llegó a desear transformarse en pez y huir hacia los Mares del Sur, donde nadie podría encontrarlo ni decirle lo que debía o no debía hacer. Se sumergía todos los días con un fusil subacuático con resorte que había encontrado en el agua y, con los años, se había dado cuenta de que los peces no piensan en el futuro, son todo presente, es más, todo instante, sin proyecto alguno, sólo son impulsos, emociones, voracidad, velocidad, energía y deleite. No obstante, estas imágenes se fueron debilitando y hace tiempo que se ha resignado a permanecer en tierra firme como bípedo: lo de quedarse en el agua y dejarse acariciar durante horas no produjo en él ninguna mutación física, no le salieron aletas, el agua terminaba arrugándole los dedos, le ponía los labios morados y punto.

¿Que la barrera se muere? ¿Que los fondos marinos de Sharm se van a la porra? Muy bien, que así sea… Reconstruyamos un planeta falso… Contamos con la capacidad y con los medios, visto que del espacio no va a venir nadie a impedírnoslo, visto que Dios no existe y, si existe, está a lo suyo… El planeta, por tanto, es completamente nuestro, podemos hacer con él lo que nos salga de las pelotas… Pero que no me hablen más de *naturaleza*, por favor, ya no: dejemos el uso de este término a los anuncios publicitarios, dejemos que esa gente se sirva de él como pasatiempo mental. ¿Queréis fondos

coralinos multicolores? Muy bien, los estamos construyendo, dentro de poco estarán listos… He aquí la Clase Media Mundial en el ejercicio de su Tiempo Libre… Lo mismo llegan que se van después de que les hayan sacado una cantidad de dinero minuciosamente planificada con la que han comprado una semana de naturaleza-playa-corales y peces de colores-sexo-gastronomía-música-relax, cosas destinadas a convertirse en una bella secuencia de imágenes en Flickr… Se divierten, se han divertido, seguirán divirtiéndose: Sharm no es más que un recoveco en los meandros intestinales de sus vidas… No tendría nada de malo si no emanasen un olor tan fuerte a *ausencia*… La Gran Clase Media Uniforme del Occidente Democrático, la que ha devorado y englobado en sí misma todas las demás clases, incluida la trabajadora… No, no todas: cada vez se expulsa con mayor determinación de los confines del conglomerado social a los marginados, a los inclasificables, cada vez más apartados de su uniformidad… En resumen, cada día me da más la impresión de que esta Clase Media se siente perdida en la razón activa… Parece completamente dedicada a una especie de razón pasiva… Parece deleitarse en la que finalmente es una subrealidad mundial, donde todo es imagen de un original desaparecido, ilocalizable o demasiado caro… El Mundo se ha convertido ya en un parque temático… Piensa en Marx: la cultura como superestructura, como adorno que desvía la atención de las relaciones de producción… Aunque eso era *antes* del advenimiento de las democracias mediáticas, *antes* de que el poder lograse llegar directamente a las mentes de los hombres, una por una. Esa gente que hace cola, esos alemanes, los rusos de ahí abajo, los suecos que salieron hace una hora, los peninsulares vociferantes, en conclusión, todos, todos nosotros, conformamos *la cultura*… «En ese sentido, nuestra era es hiperbarroca —dice Franco—. Al igual que en el barroco, el ornamento se convierte en estructura, como pasa hoy con la cultura, que ha pasado de superestructura a asumir un papel central, logrando establecer el consenso a costa de la realidad. ¿Que no ganas una mierda? ¿Que no tienes trabajo? No importa, eso no forma parte de la verdad mediática, por tanto no te afecta, es más, no existe.» Normalmente, cada uno de nosotros vive en su propia

parcela del imaginario, pero lo que cuenta es el imaginario de masas: el que tenga los medios para construirlo gana…

Ivo siempre se detiene en este punto. Es su análisis habitual, es su vieja formación marxista, son sus viejos maestros, como Molteni y los demás, los documentos del Movimiento, es su historia fósil la que sigue actuando. Sólo puede hablar con total libertad con Franco; de lo contrario nota que lo miran raro, que la gente no lo comprende o que se irrita. Casi todos son ya diferentes a él, tienen raíces más recientes. Los nativos del capitalismo mediático no poseen el concepto de oposición, de alternativa, y al mismo tiempo se encuentran como ratones en el queso. Fue Franco quien lo ayudó a construir el panorama de lo posnatural con las lecturas que le recomendó. Ivo siempre lo sigue con mucha atención —el discurso filosófico es una vieja aptitud suya, madurada durante un verano de hace mucho tiempo—, pero, sobre todo, en el transcurso de una vida como constructor y viajero, ha tenido ocasión de verificar por sí mismo la fiabilidad de sus tesis en el *corpore vili* del mundo.

Era Cremaschi quien había adoptado aquella vieja definición de estética barroca… En el barroco es el ornamento «el que se convierte en estructura»… Si el imaginario, es decir, el adorno, cubre con un velo nuestra percepción de la realidad y «sobre eso se basa todo nuestro comportamiento», como dice Franco, entonces la transformación «barroca» es completa y «nada de índole estructural puede percibirse ya»… «Sin embargo, antes o después habrá que volver a ajustar cuentas con la realidad y, cuando eso ocurra, asistiremos a una nueva revolución, aunque esta vez será planetaria…» Al parecer, Franco lo sigue creyendo…

Bajo los muslos y las nalgas de un hombre sudado, sentado desde hace horas en un asiento de chapa perforada, incluso los pliegues del lino más suave pueden convertirse en hojas de cuchillo. Una chica sentada enfrente, con las piernas desnudas-bronceadas-cruzadas, balancea sus sandalias minúsculas y muestra un pie arqueado, con dedos regulares perfectamente cuidados, la piel de un color dorado uniforme, sin rozaduras, sin durezas. Ivo se concentra en ese pie y luego en la chica.

Una pena lo del *push up*… ¿Qué necesidad tiene a su edad? El problema es parecido al de la muerte del *reef*: la naturaleza no puede competir con su imitación, con la imposición y la implementación a ultranza de sus características estéticas… La forma natural de una teta… ¿Te acuerdas, Brando? Cuando eras un crío te quedabas hipnotizado delante de un seno completamente desnudo en la boca de un bebé que chupaba el pezón oscuro, hinchado, rebosante de leche. Una teta sometida a la fuerza normal de la gravedad no puede hacer frente a estas prótesis y debe adaptarse: si una cincuentona exhibe tetas de treintañera, ¿qué debe hacer la treintañera para estar a la altura? De ahí el nacimiento de la hiperteta y del hiperculo, que echan del mercado, junto con cualquier otra curva espontánea de la carne, la idea misma de *mujer natural*… Y eso ya es posnaturaleza…

Mientras se concentra en el pie de la muchacha se excita levemente. Hasta el punto de que ella se da cuenta, esboza una sonrisa, algo vaga, pasajera, desinteresada. Está acostumbrada a que la miren, se nota. Pero entonces para Ivo comienza el ejercicio de *distanciamiento del pie*, que para él es habitual: lo hace cuando se le presenta la ocasión con pies de hombres y de mujeres si encuentra la manera de observarlos desnudos durante el tiempo suficiente para conseguir verlos como *manos deformadas* por el hecho de caminar. Los aeropuertos como este de Sharm, llenos de turistas, son ideales para cumplir el rito mental que él llama de «pérdida del sentido del pie en cuanto pie» y que consiste en recuperar la conciencia huidiza de lo que en realidad es un pie: la mano de un cuadrumano deformada por la posición erecta. No es fácil, se parece un poco a repetir sin parar la misma palabra en voz alta hasta que pierde su significado aunque sólo sea durante unos instantes. Brandani es un observador muy atento de zapatos y de «extremidades inferiores» (esta definición ya le facilita la tarea), pero no experimenta una atracción sexual especial por los pies femeninos. Es decir, no es un fetichista, pero los pies de las mujeres de su vida han sido importantes, tal vez porque ha posado allí su mirada de manera continua, obsesiva, siempre. Ahora resulta difícil

comenzar a no ver ese delicioso pie de muchacha, que puede que sea inglesa, danesa, holandesa o tal vez alemana, o sea, a observarlo sin que entre en juego la noción estética, anatómica, sexual de pie-de-mujer-humana, sustrayendo la idea de pie, que le corresponde por derecho propio, y sustituyéndola por la de mano-de-primate-hembra-deformada-por-la-postura-erecta. Sin embargo, ése es justo el tipo de ejercicio que sólo se puede hacer allí, en una sala de embarque, mientras se disfruta del estado parameditativo del aeropuerto, un experimento mental de verificación darwiniana de la forma humana como manera de transición de una previa a una posterior… Las lecturas neodarwinistas que hace unos años le recomendó Franco acabaron por modificar profundamente su modo de ver la vida en la Tierra, al ser humano, a sí mismo, y le hicieron concebir el mundo de los seres vivos como una gran sopa vital y repulsiva de la que la chica que tiene delante, en su resplandeciente belleza nórdica ambarina, formaría parte. En este momento Ivo está tan sumamente concentrado en ella que a la otra le falta poco para ponerse a levitar.

¿Por qué coño me empeño en verla como una mona? El dolor de cabeza le ha vuelto de repente… Debo tomarme otro Iper-Moment… Sabe Dios qué forma tendrá una chica dentro de un millón de años…

Con toda la ciencia ficción que leyó de joven, Brandani se convirtió en un imaginador de futuros, en un hipotetizador de mundos posibles que se ramifican a partir del presente. Todo el futuro que ha podido vivir le ha decepcionado: no se ha cumplido nada que justificase el optimismo dentro del cual se sentía inmerso en los años cincuenta, pero tampoco el pesimismo de los extremos apocalípticos. 1984 fue un año feo/bonito como todos los demás. En 1997, Nueva York era una ciudad tranquila, muy alejada de la imaginada por John Carpenter. En 2001, nadie comenzó ninguna odisea en el espacio hacia Júpiter en busca de un monolito y, sin embargo, en dos horas alguien consiguió echar abajo el World Trade Center entero con casi todas las personas que contenía.

Se había prefigurado un mundo completamente artificial, pero no según las tendencias actuales… Alguien (¿quién?) había fantaseado

sobre una cosa que me había gustado, es decir, sobre un mundo *completamente edificado*, sobre una única ciudad esférica inmensa de varios niveles que se extendería por toda la superficie del planeta, incluidos los océanos… En cambio (por ahora) está ocurriendo algo bien distinto: la sustitución de la naturaleza por una copia casi perfecta… Entonces, ¿qué pasará cuando lo hayamos falsificado todo? ¿Cuando hayamos logrado un *fake planet*?

No hay ni rastro de su vuelo, el mostrador de embarque vuelve a estar desierto. Hay tiempo. Brandani ha cogido un periódico que no tiene ganas de leer. Se queda sentado mirando absorto por el ventanal, fuera ya se superan los treinta grados de temperatura.

Durante miles de años sufrimos un estado de transición de lo natural a lo posnatural… A medida que la modificación del planeta se acentuaba, crecía la nostalgia por un estado mítico inicial, natural y sin contaminar, del cual encontrábamos restos residuales aquí y allá… Había rincones en los que la Madre Naturaleza seguía siendo reconocible por su belleza y su potencia… Se llegó al punto de vallar y proteger estas áreas auténticas cada vez más restringidas, convirtiendo lo que se encontraba dentro del perímetro en pieza de museo: plantas, animales, terrenos, agua, incluso hombres… Pero, en la actualidad, el proceso de modificación total queda aún muy lejos de su cumplimiento: serán necesarios cientos de años, tal vez más de mil, para construir una naturaleza *completamente* artificial, pero tan bien hecha que resulte más auténtica que la auténtica, archiauténtica, una hipernaturaleza hinchada, fecunda y vital como una teta reconstruida a la perfección… Y nosotros dentro, viejísimos, regenerados y reconfigurados infinitas veces, ajenos a lo que era el cuerpo de partida, aquel en el que nacimos, siglos antes, es decir, antes de que se pudiera plasmar nuestro soma a voluntad… Pocos seres humanos falsoverdaderos, en un mundo falsoverdadero, dedicados a actividades que hoy no podemos ni imaginar, aunque seguramente del todo inútiles, tal vez eróticas (¿qué será de Eros en ausencia de Thánatos?), tal vez estéticas, por tanto artísticas… En el momento en que todos son artistas, justo en ese momento, el arte también se torna falsoverdadero, como las langostas biónicas, los

ciervos OGM de los bosques artificiales, las anguilas eléctricas (con voltaje controlado) de los ríos de la Amazonia, como los pájaros biónicos, las bacterias (todas benignas, todas genéticamente transformadas en útiles o inocuas) que trabajarán para nosotros… Vida artificial capaz de reproducirse como vida auténtica, vida sintetizada que se cree auténtica… La solución no será confiar el trabajo enteramente a las máquinas, sino a las bacterias, aunque me cuesta imaginar una mesa producida inconscientemente por una colonia de microbios… Menudas idioteces, el futuro es imaginable, aunque lo que se imagina no tiene nada que ver con lo que luego se materializa… Nadie había previsto que los ordenadores nos servirían para escribir, comunicar, telefonear, jugar, producir y reproducir imágenes, diseñar… Entonces nos los imaginábamos inmensos, como el Multivac de Asimov, y parlantes, interrogables como oráculos, ordenadores grandes como planetas, etcétera… ¿Dónde está toda la ciencia ficción que leí de niño? ¿Qué ha sido de *ese* futuro? ¿Dónde están los coches voladores, las calles colgantes entre rascacielos kilométricos? ¿Dónde están las chicas de los primeros Urania, las de las minifaldas plateadas? ¿Dónde está el televisor de muñeca? Las naves espaciales, las colonias en otros planetas… Nada de nada… No obstante, existen el ordenador personal, el móvil, los barcos con velas rígidas de carbono capaces de navegar a setenta kilómetros por hora, una estación espacial orbital, aunque no hecha de anillos, como la de Arthur C. Clarke… Me parecía una idea muy simple, como lo del satélite artificial enganchado a un cable… Hasta que entendí que aquel cable debería medir treinta y cinco mil kilómetros… El futuro se ha deteriorado, parece que no nos espera nada bueno; en esto todos están de acuerdo; cuando era pequeño no era así: el futuro tenía algunos problemas, pero en general era radiante, resplandeciente, interplanetario, interestelar, intergaláctico, transespaciotemporal… Ahora las películas de ciencia ficción las ruedan en fábricas abandonadas, todo es una ruina posatómica asilvestrada, y se está a la espera del germen de un renacimiento que, indefectiblemente, se entrevé al final de la película… Todos sabemos que el presente no lleva a ninguna parte, pero día a día seguimos avanzando, como aturdidos… No faltan las señales: las

barreras coralinas palidecen y mueren un poco por todas partes, la presencia de microorganismos marinos disminuye drásticamente, millones de moluscos aparecen muertos en las playas, de repente, de manera cíclica, nadie conoce las causas, lo mismo les sucede a los peces de ciertos ríos de Asia… El agua no está más contaminada de lo habitual; no ha ocurrido ningún acontecimiento especial, aparte del aumento progresivo de la temperatura, fracciones de grado, nada catastrófico; pero he visto esas conchas hediondas a montones en las costas tailandesas… Cientos de ballenas que se pudren en arenales al sur de Nueva Zelanda… Tal vez fueran las pocas que quedaban, las que habían escapado del ensañamiento de los japoneses, que las matan en un mar rojo de sangre densa, cargada de oxígeno: cuando veo esas fotografías en los periódicos me imagino que un olor fuerte a herrumbre se expande por el agua… Morir como una ballena, con un hierro que te perfora el lomo y te llega hasta los pulmones… Nunca he olvidado aquel viejo documental: había un ballenero noruego de hierro, con el casco amarillo completamente oxidado y un cañoncito en la proa que disparaba arpones cortos, robustos y terribles, con cuatro aletas capaces de abrirse en la carne del animal… Allí la sangre también era densa, el mar alrededor del barco se llenaba de aquella sustancia roja, opaca y cremosa, que el cetáceo necesita a fin de almacenar el oxígeno para la inmersión… El ballenero rubio, con jersey de cuello alto como el arráez de la almadraba de Favignana, que se ha convertido en una matanza para los turistas, con atunes cada vez más pequeños y, allí también, un lago de sangre… El mundo morirá cuando el mar haya muerto, no antes. Por tanto, queda tiempo: ¿veinte?, ¿treinta años?, ¿cien años? Me da tiempo a morir… Me perderé el Apocalipsis, aunque lo más seguro es que sea un acontecimiento gradual, no traumático, un apagado lento, con anestesia… Al igual que no existió un Inicio claro, lo más probable es que el Fin sea larguísimo… A excepción de la catástrofe meteórica, claro, que, a fin de cuentas, es el acontecimiento más probable… Construiremos la vida artificialmente a partir de bellos atunes OGM de doscientos kilos, llenos de sangre parasintética, pero buena para beber… No tengo nada en contra de los OGM, es más… De nuevo las

palabras de Franco Sala, el único que, me parece, comprende algo: «La tensión de la política, del arte, de la filosofía e incluso de la religión hacia la reforma del mundo ha terminado, Ivo. El mundo no se reformará. Nadie, aunque quiera, tiene el poder de hacerlo. El mundo sólo podrá acabar destruido o bien revolucionado, aunque no veo cómo ni por quién. El Capital aún debe terminar su trabajo, no sabemos cuánto tiempo necesitará, pero, cuando haya acabado, no quedará nada del planeta tal y como lo conocemos». No me dará tiempo de ver salir al mundo de este estadio de verdad inauténtica para regenerarse en la simulación completa, en el artificio total: me ha tocado vivir en la era intermedia de la degradación, en la que se ven morir las cosas una a una, y tampoco tan lentamente, para ser sustituidas, cuando conviene, por una copia más o menos lograda… ¿Qué especie nos sustituirá una vez extinguidos? ¿Los perros? ¿Los monos? ¿Las hormigas? Queda tiempo, millones y millones de años… Además, ¿a mí qué me importa?…

SOFRANO

De repente le había impresionado la adecuación de De Klerk a la figura del ejecutivo de éxito perfecto. De haber existido un manual del ejecutivo en alguna parte —seguramente existían decenas— con figuras y gráficos, esquemas sobre el modo de vestirse, sobre el peinado, etcétera, sugerencias y pautas sobre los gestos y las palabras que deben usarse, sobre el tipo de lenguaje, sobre cómo conducir una reunión, sobre cómo tratar al personal y a los colaboradores, se habría citado a De Klerk como paradigma y modelo.

Perfectamente bronceado en verano y en invierno —no sólo la cara, sino también las cuidadísimas manos—, llevaba una sutil alianza de oro ni demasiado amarillo ni demasiado mate. Pelo siempre recién lavado, aún espeso aunque se acercara a los cincuenta, es decir, que pareciera próximo a esa edad, porque en el nivel bajo de los responsables técnicos encargados de sectores limitados a los que pertenecía el joven Ivo por aquellos años se sabía poco de De Klerk, y ese poco consistía más en habladurías que en otra cosa. El pelo empezaba a encanecérsele un poco y lo llevaba liso, peinado hacia atrás, cortado con precisión, aunque un poco revuelto, con la abundancia necesaria en el cogote para rozar el cuello de la camisa rigurosamente a la francesa, perfecto, es decir, no demasiado abierto y de tres dedos de alto. Camisas hechas a medida, con rayitas sutiles, rosas y azules, o bien azules y verdes, de un espesor minuciosamente calibrado para que se pudiese distinguir, incluso a cierta distancia, que no se trataba de una camisa de colores, sino de una camisa blanca con rayas de colores. En el

costado, abajo a la izquierda, resaltaba discretamente el monograma NDK. Su aspecto general era el de alguien que acaba de darse una ducha muy tonificante, siempre parecía recién salido de la ducha, con el cuerpo perlado de gotitas y de fragancias aromáticas.

«Nos hace sentir como si hubiésemos pasado la noche en vela, como si nos acabásemos de lavar la cara en una palangana agrietada de hierro esmaltado. Como si hubiésemos hecho nuestras necesidades en una letrina mugrienta y hubiésemos salido de ella abrochándonos los pantalones antes de venir a Megatecton», pensaba.

Sin embargo, De Klerk no emanaba perfume de ningún tipo y, cuando lo tenías bastante cerca —cosa que sólo podía ocurrir en torno a una mesa, porque él se guardaba de mantener la debida distancia con cualquiera—, se percibía, sobre todo por la mañana, un sutil aroma a colada, a ropa completamente limpia, lavada y planchada con precisión. Anudada al cuello, ligeramente floja y con unas dimensiones absolutamente regulares en cuanto al nudo, la anchura y la longitud, una corbata oscura, por lo general azul, con lunares diminutos, normalmente de uno de los colores de las rayitas de la camisa. Ivo se acordaba de la Máxima n.º 3 de Padre: «La corbata es un fruncido, el nudo no debe quedar demasiado apretado». Durante aquellas reuniones, de las cuales no se salía hasta que la voluntad de De Klerk quedaba meridianamente clara, Brandani había reflexionado largo y tendido sobre el tema y había llegado a la conclusión de que lo más probable era que las corbatas también estuvieran hechas a medida, con tela a juego con las camisas. Llevaba conjuntos antracita o azul oscuro; a veces, en muy raras ocasiones, una americana con pantalones claros, zapatos ingleses o americanos, modelo Oxford, o bien mocasines negros, de rigurosa marca Saxone, nunca nuevos, sino siempre un poco gastados. No obstante, con la americana y los pantalones chinos (una vez que se quitó la chaqueta se le vio una etiqueta, Abercrombie & Fitch, que después de un tiempo empezó a aparecer en los pantalones de algún que otro mando de grado intermedio), el mocasín era marrón de piel natural. Llevaba calcetines oscuros

completamente opacos, aunque una vez, con la americana, Ivo lo sorprendió con calcetines de un rojo fuego. En la muñeca un viejo reloj Baume & Mercier, con la correa de tela, que a menudo se quitaba para ponerlo a la vista y estar pendiente de la hora de la siguiente reunión.

«En la cara de los que creen que el que triunfa debe llevar por fuerza un Rolex de oro: éste es un viejo reloj de familia, aunque sea de oro, pero de cuerda, con la correa roja, de tela, Ivo.»

Todo en el aspecto de De Klerk destilaba clase y desenvoltura, nada era ostentación, desequilibrio, inseguridad. Ivo se fijaba en el pañuelo inmaculado que siempre asomaba por el bolsillo de sus chaquetas y pensaba que quizá podía resultar un poco frívolo, ostentoso, y honestamente aquélla era la única falta en un cuadro general sobre el que en realidad no había nada que decir, sino del que sólo se podía aprender. Es más, probablemente lo que a él podía parecerle un ligero patinazo de gusto, una pequeña negligencia, una afectación un poco convencional y pomposa, en realidad era una mención estudiada, una imperfección insertada en la imagen de conjunto, que de lo contrario podría haber parecido un exceso de compostura. Sobre aquello, Ivo notó al menos dos cosas: que llevaba tirantes con remates en cuero y que acostumbraba a desabrocharse el primer botón de los pantalones cuando se sentaba, cosa comprensible en un hombre de buena constitución y de su edad, cuando resulta difícil hacer frente a esa barriguita inevitable. Era una negligencia respecto a su imagen, pero a Ivo le gustaba, demostraba cierta señal de dejadez y por tanto, pensaba él, de verdadera clase. De Klerk hablaba de manera pastosa y envolvente, con un ligero acento del norte, pero sin la impostura septentrional que les resultaba tan insoportable a los nacidos y criados en la Ciudad de Dios. Utilizaba palabras apropiadas, escogidas con cuidado, pero sin afectación, de vez en cuando soltaba alguna palabrota, pero nunca excesiva o insistente. Jamás levantaba la voz, aunque en ninguna ocasión asumía un tono encantador o confidencial: más bien parecía siempre atento, nunca distraído o impreciso. El tiempo de cada una de sus jornadas estaba

rígidamente marcado por sus compromisos, era impaciente con quien se explayaba, pedía continuamente que se llegase al quid de la cuestión, exigía informes que no excedieran de una página, porque, según decía, no existe asunto, por muy complejo que sea, que no pueda resumirse en menos de tres mil caracteres. Cuando estaba disgustado, sus palabras también podían tornarse muy duras, pero el tono de su voz seguía siendo mesurado, como su cara y su persona. Para el ingeniero Brandani, que se consideraba genéticamente sensible, éstas eran cualidades superhumanas.

La publicidad de los periódicos y de la televisión exaltaba a todas horas la figura del «ejecutivo exitoso», a menudo llamado *executive*. El hombre triunfador —el que usaba un perfume determinado, pongamos Dunhill, y llevaba un reloj determinado, pongamos Bulova, y fumaba unos cigarrillos determinados muy chic, pongamos Benson & Hedges o Dunhill, y vestía de maneras diferentes y codificadas dependiendo de si se encontraba en el trabajo, pongamos en Wall Street o en la City de Londres, o disfrutaba de su tiempo libre, pongamos jugando al golf, al polo o participando en regatas de vela—, ese hombre exitoso, coincidía con el ejecutivo exitoso, y con esa imagen trataban de identificarse al máximo todos los ejecutivos, incluso los que no gozaban de éxito. Brandani no habría sabido precisar el momento exacto en que el ejecutivo exitoso había aparecido entre los mitos que componían la iconografía del momento, pero de dos cosas sí que estaba seguro. Primero: que el hombre de éxito sobreviviría tranquila e impasiblemente a las recientes tempestades políticas, escapando indemne bajo el igualitarismo de los años sucesivos. Segundo: que aquella imagen no le gustaba. Lo que no sabía era que, debido a este último sentimiento, el ejecutivo exitoso se había convertido para él, como para todos, en un modelo secreto con quien compararse: una especie de quiero-pero-no-puedo, no-debo tácito. De Klerk representaba aquella imagen casi a la perfección, y lo que no coincidía en él era señal de una personalización impagable, excéntrica, inesperada e imprevisible, aunque en el fondo sólo se tratase de camisas, corbatas, relojes, tirantes y color y grado de

bronceado. Además, De Klerk contaba con otra característica capaz de fascinarlo: parecía aceptar el *mundo tal cual es* y se adaptaba a él a la perfección, con una abstención crítica que a Ivo le parecía total. No como él, atormentado por una infinidad de objeciones basadas en una idea, ni siquiera demasiado precisa, del *mundo como debería ser*. Esta serena existencia de De Klerk en su propia imagen, en su propio papel, era lo que más admiraba y envidiaba de él. Pero sin decírselo, sin admitirlo.

Nico De Klerk había asumido hacía poco la Dirección de la Sección Internacional de Megatecton, una de las empresas de construcción más importantes de Europa, con sedes en Asia y África. En materia de grandes obras —sobre todo en esa porción del planeta Tierra que entonces se llamaba «Tercer Mundo»—, Megatecton era muy competitiva, no le hacían sombra ni ingleses, ni alemanes ni franceses. Megatecton, nacida de la fusión de varias empresas de dimensiones medias y gracias a la participación decisiva de la industria estatal, no temía operar en las situaciones ambientales más difíciles, explotando la proverbial flexibilidad y adaptabilidad de los peninsulares, cualidades bastante apreciadas sobre todo en el este y en el sur del mundo. Megatecton, sociedad que cotizaba en bolsa con sede en el Norte de la Península, donde se encontraba la directiva, y en la Ciudad de Dios, donde residía el brazo operativo, también —es más, sobre todo— ganaba las contratas internacionales gracias a la falta de rigidez de los procedimientos internos, que permitían una notable adaptabilidad a las realidades locales: no dudaba en operar ni en países con regímenes comunistas ni en los democráticos, no diferenciaba si en el poder había dictadores fascistas o sanguinarios sátrapas tribales, si estaban inmersos o no en plena guerrilla, en hostilidades o en conflictos étnicos. Si la situación era sostenible y parecía ventajosa, Megatecton intentaba entrar y, si lo lograba, trataba de extraer no sólo el máximo partido posible, sino también de dejar un buen recuerdo en los distintos funcionarios que la fueran a beneficiar en el futuro. Política y obras públicas: un binomio indivisible que debía tenerse en cuenta junto con el grado de corrupción de las

administraciones locales. Megatecton procuraba tenerlos a todos contentos. Por eso el director general de la Sección Internacional era una figura importante, que disfrutaba de un amplio margen de maniobra, pero en el que recaían grandes responsabilidades. De Klerk, cuyos únicos superiores se sentaban en el consejo de administración de la Ciudad del Norte, no parecía sufrir la complejidad y la delicadeza de su puesto, cuyo peso no sentía, al menos en apariencia.

«¿Cómo lo hará? —se preguntaba Ivo—. Yo, que me ahogo en un vaso de agua en cuanto se me echa encima un plazo, nunca podría sentarme en su sillón… Brandani, tú no eres un combatiente, no eres un competidor… Tal vez lo fueras de niño, en los albores de la Posguerra, pero ya no lo eres, lo sabes desde hace mucho tiempo y con mayor precisión desde el 1 de marzo de 1968… Dicen que De Klerk es bueno y que también es un gran hijo de puta, eso es lo que se comenta por ahí. Procede de la Escuela de Empresariales, trabajó en varias empresas hasta que se convirtió en un ejecutivo de nivel medio en De Kooning & Fast, en Bélgica… Al parecer, es medio belga… Allí se empleó a fondo y desbancó a varios directivos por encima de él… Finetti, que tiene un amigo en aquella empresa, dice que De Klerk es muy bueno, dice que los fue devorando uno tras otro, dice que al final lo odiaban tanto que el administrador delegado no se fiaba y lo echó en el último momento, dice que De Klerk posee dotes especiales, que es muy inteligente, que sabe valorar a las personas hasta que intentan crecer o hacerle la cama… Dice que, si lo ponen a prueba, empiezan los problemas, no se limita a defenderse, no: te destruye… Al parecer no se fía de nadie, es un centralizador… Pero, digo yo, ¿no es ése el retrato del típico ejecutivo? ¿No son todos así?»

En los casi dos años que había pasado en Megatecton, ¿cuántas veces había oído Brandani contar biografías parecidas? Para él se trataba de formas de vida especiales, con actitudes particulares, autoseleccionadas, autorrelegadas a un mundo cerrado en el que se celebraban los ritos secretos del poder, en el que se derrotaban y se degollaban recíprocamente hasta que quedaba un único individuo al

mando. «El responsable técnico siempre es un subordinado por definición, Ivo», decía Franco Sala. Y le había recordado las distinciones que había hecho Hannah Arendt en *Vita activa*: «"Trabajo, Obra, Acción". Tú eres responsable de la Obra, conoces el fin de tus actos, sabes cuál será la forma final al término de un esfuerzo productivo, pero por debajo de ti está el que simplemente trabaja y punto, y por encima de ti el que simplemente decide Qué, Cuándo, Cuánto y Dónde. Y punto. Tú no eres más que un transformador de dinero en Obra y, por tanto, en otro dinero. No eres más que uno de los encargados de la transformación de la energía producida por el dinero en algo sólido, útil, concreto, a veces bello, de lo cual el Capital extraerá su beneficio, los políticos su provecho, los ejecutivos su carrera, los trabajadores su pan, y todos nosotros una *utilitas* cualquiera que, pongamos, en el caso de un puente, consiste en poder cruzar el lecho de un río donde antes era imposible hacerlo…».

«Lúcido, Sala, aunque no haga falta un filósofo para deducirlo… Tal vez habría hecho bien en quedarme yo también allí, en Filosofía…», pensaba Ivo.

A Ivo le había costado mucho licenciarse, pero al final había conseguido sacarse la carrera con matrícula de honor. Durante los años de universidad había salido con Clara y luego se había casado con ella. Sin embargo, casarse con alguien nunca había entrado en sus planes, como tampoco estudiar Ingeniería, como tampoco había contemplado, en un principio, trabajar en una gran empresa, donde le habría gustado no tener que ocuparse de la organización de las obras, sino de proyectos estructurales, a ser posible de puentes.

«En física se llama efecto Coriolis, Brando: toda trayectoria sufre una curvatura, a veces hasta llegar a enroscarse sobre sí misma… Ya no estás donde habrías querido estar, ya no llegas al punto donde has dirigido la proa, sino a otra parte completamente distinta, y puedes darte con un canto en los dientes si consigues terminar cerca de tu objetivo… Yo, suponiendo que tuviese un objetivo, no sólo lo he incumplido estrepitosamente, sino que desde aquí ni siquiera lo veo ya…»

Había dejado atrás los treinta y estaba entrando en los años que para un hombre de buen porte como él suponen el máximo del esplendor físico y de la capacidad de atracción para el sexo contrario. Era moreno, de piel oscura, con los ojos azules, conservaba el pelo de la cabeza, las patillas apenas canosas y algún que otro pelo blanco que le aparecía en la barbilla cuando no se afeitaba durante un par de días, buena constitución, un pelín fofo por la falta de ejercicio. Emanaba un aire de sufrimiento ligero y perenne, pero no deseado, que se reflejaba en la frente a menudo fruncida, en la seriedad de la expresión, en las escasas sonrisas, en la parquedad de las palabras, a menudo meditadas, escogidas con atención, porque Ivo odiaba las gilipolleces dichas sin ton ni son y se mantenía bajo constante control. Sin embargo, debía ejercer la máxima autovigilancia para reprimir los arranques de ira de que era presa. Estaba convencido de que era una enfermedad de origen genético, un legado de Padre, el Iracundo. Cuando se cabreaba, perdía la luz de la razón y era capaz de decir y hacer cosas a veces irreparables de las que luego solía arrepentirse. Se odiaba por eso y más aún odiaba a su padre, porque pensaba que le había transmitido la enfermedad.

Tras licenciarse había realizado prácticas en algún que otro estudio técnico privado, había hecho cálculos para chalés, naves, pequeñas estructuras… El último profesional para el que había trabajado le había ofrecido contratarlo, pero él buscaba otra cosa, quería participar en obras grandes, construir puentes, y, después de una entrevista en el departamento de personal y una prueba de seis meses, lo contrataron en Megatecton. Al principio lo destinaron a la División África, Subdivisión África Suroriental, Sector Obras. Se ocupaba de la preparación de las obras, es decir, de la organización previa a la obra, el asentamiento de las estructuras, la construcción de las residencias provisionales, de las oficinas y de los laboratorios, el abastecimiento de los materiales, la logística técnica, etcétera. En resumen, de todo lo necesario para acometer una gran obra en un lugar apartado y pobre del mundo. No estaba satisfecho con estas atribuciones, pues se trataba de un campo en el que le quedaba

todo por aprender: durante las entrevistas preliminares había dejado claro que prefería formar parte de un equipo de expertos en estructuras. Como segunda opción había indicado los equipos de dirección técnica que, por lo que imaginaba, estaban compuestos de superhombres presentes a diario en el campo de batalla de la obra, que él, con la exaltación del neófito, veía como el lugar del conflicto, sangriento y místico, entre la materia y la forma, entre el caos y el proyecto, entre la planificación y lo imprevisto. «La proyección más adelante —le habían respondido—, ahora cúrtase sobre el terreno. Es nuestra política: aquí ningún ingeniero técnico puede permitirse desconocer la realidad de la obra. Por ahora se ocupará de la organización; luego, si existe una satisfacción mutua, deberá pasar algún añito en el mismo lugar de trabajo y, al final, podrá dedicarse a los proyectos. Aquí, para los ingenieros técnicos —el tío de personal, con su acento arrastrado, decía *ténnicos*—, tenemos un principio inderogable: sólo quien conoce directamente la obra puede entrar en los equipos de los proyectistas.»

África era la zona de mayor actividad de Megatecton, y de la que recababa mayores beneficios, razón por la cual Brandani se encontró de repente en pleno meollo de los problemas y de la acción. Habían empezado mandándolo durante breves periodos de tiempo a Mozambique junto con el responsable de África Oriental; luego había pasado con Finetti a la Subdivisión de África Occidental, que tenía la misión de seguir las obras de puentes, calles, vías ferroviarias y sobre todo de diques. Lo que para Megatecton era trabajo y beneficio, para los africanos era vida: de este modo, la vieja ansia de utilidad social de Brandani encontraba satisfacción material, cuando no auténtico placer por estar haciendo lo correcto… No obstante, en el transcurso de los primeros y traumáticos meses de aprendizaje, se vio obligado a comprobar, punto por punto, la verdad de la profecía que Franco Sala había pronunciado años antes, cuando Ivo le comunicó su decisión de dejar Filosofía por Ingeniería: «Caerás en manos del Capital, serás un engranaje del beneficio. Bastará con que seas bastante bueno, pero no mucho. Bastará con que siempre estés dispuesto a decir: "Sí, se puede hacer". Bastará con que seas

sincero, pero no demasiado. Bastará con que comprendas que la neutralidad de la técnica no existe. Esperarán de ti pleno respeto a la idea de beneficio que oculta cada obra, cada artilugio, dispositivo, instalación, cada tecnología, sistema de producción, motor y cadena productiva/distributiva. El ingeniero no debe plantearse preguntas que no se circunscriban a los campos del saber y del hacer que por lo común se definen como *técnicos*…».

Ivo tenía un buen sueldo, trabajaba duro, viajaba a menudo. En aquellos dos primeros años en Megatecton, su esfuerzo por aprender, por entender, por hacer, fue ansioso y espasmódico. Pasó de menos de un paquete a un paquete y medio de Gauloises, cigarrillos que había empezado a fumar a finales de los sesenta, cuando se pusieron de moda en la izquierda extraparlamentaria porque te daban un aire francés. El olor del tabaco Caporal apestaba las estancias de la Subdivisión de África Occidental: «¿No puedes fumar Marlboro como todo el mundo?».

Clara se había licenciado unos años antes que él y trabajaba desde hacía tiempo en la Oficina de Estadísticas de Generali Seguros («¿Sabías que Kafka trabajaba en Generali?»). Una elección muy concreta, aunque bastante distinta de su campo de interés y competencia, la economía política. Sin embargo, aunque estuviera tan alejada de sus primeras ambiciones de investigación universitaria, parecía vivirla con absoluta tranquilidad. Su maestro, el que le había hecho el seguimiento de la tesis sobre las economías del Tercer Mundo, le había dado a entender que las perspectivas de hacer carrera eran escasas, que delante de ella existía una larga cola de gente que colocar, que no podía garantizarle nada que no fuera una beca, aunque en un futuro indeterminado. Discurso sincero, o al menos así se lo había parecido a Clara: «No me ha dicho que no, aunque, por otra parte, si de verdad me quisiera, no me habría desanimado de manera tan rotunda, ¿no te parece?». Y, sin embargo, aquellos dos años en Generali la cambiaron, la endurecieron por así decir, produjeron un desencanto precoz. La acogida y la delicadeza en la que Ivo se había acostumbrado a refugiarse estaban desapareciendo: era como si se estuvieran

evaporando en la aridez del enfrentamiento cotidiano con el mundo, que a ella ni siquiera debía de resultarle fácil. Clara se lo guardaba todo, no le contaba casi nada de su día a día, pero se notaba que ella también debía enfrentarse a diario a dificultades. Terminada la protección de la familia, desviados los proyectos originales hacia direcciones imprevistas, ingratas, no ansiadas ni buscadas y, a pesar de todo, tan concretas y rentables, Ivo y Clara discutían ahora por lo que eran y por aquello en lo que se estaban convirtiendo. Cuando él no estaba de viaje, cenaban juntos en la cocina, en la casa que habían alquilado un mes antes de casarse, con los cristales empañados por el vapor de los fogones, mientras buscaban cosas que decirse, que poner en común, cosas que el otro pudiera escuchar sin aburrirse por el alejamiento excesivo de su experiencia, de sus intereses: en aquel momento el trabajo, sus respectivos trabajos, lo eran todo, o casi todo. Les había quedado ir al cine los fines de semana y también algún que otro amigo, alguna pareja de amigos que invitar a cenar, coetáneos que estaban viviendo fases análogas de la existencia. Eran tiempos en los que había que enfrentarse a lo que habían sido, el precio que habían pagado por el inicio de una trayectoria vital y profesional era alto y consistía en el abandono, a veces hasta la negación y la traición, del estímulo necesario para la transformación del mundo del que se creían profundamente empapados hasta hacía pocos años. Esta fractura crecía en todos ellos y, aunque casi nunca se hablaba abiertamente del tema, separaba a las parejas, a veces haciéndolas explotar o, de manera más sencilla, dejando al descubierto lo que para algunos, más que un crecimiento, más que una madurez, era un fracaso precoz. ¿Quiénes somos? ¿En qué coño nos hemos convertido? ¿Qué nos queda por vivir? ¿Qué aventura? ¿Qué vida es posible sin la idea de revolución? ¿Sin fingir que realmente se quiere cambiar algo? Ivo y Clara no habían conseguido poner en común la obliteración de lo que creían haber sido y que quizás habían sido de verdad. Es más, los empujaba en direcciones opuestas y divergentes: Clara aceptaba con pragmatismo el viraje que estaban experimentando e Ivo lo vivía como una derrota que exigía un resarcimiento sin que importara ni su naturaleza ni de dónde procediera. Y mejor aún —aunque esto no

se atrevía ni a decirlo ni a decírselo— si el resarcimiento consistía en el éxito: social, profesional o económico.

«De lo contrario, has puesto punto y final de verdad; de lo contrario, te has ido, estás muerto, acabado… De lo contrario, ¿qué te queda por hacer sino lo que han hecho Padre y Madre, es decir, deslomarse toda la vida, tener hijos y luego reventar o jubilarse?»

Y en un instante le venía a la memoria como un fogonazo el momento exacto en que Madre murió, hacía unos años, con poco más de cincuenta. Se le había partido el pecho ante lo inconcebible; era una laceración roja que seguía atravesándole el esternón y no sanaba.

En cambio, Clara no parecía sufrir más de la cuenta, o bien no lo demostraba. La pretensión de Ivo de que el mundo lo acogiera, en lugar de ser él quien se adaptara, la ponía de los nervios. Para ella las cosas eran más simples, procedía de una familia de ferroviarios, socialistas y comunistas de toda la vida, no esperaba nada, ni de los estudios, ni de haber formado parte del Movimiento, ni de los amigos ni de nadie. Contaba con sus propias fuerzas para vivir y trabajar, sin afán de autoafirmación, sin todas las reservas mentales con las cuales Ivo hacía frente a sus días, sin aquel estúpido retropensamiento del tipo «Yo no soy como vosotros, nunca me atraparéis» que le oía tanto a él como a muchos otros como él. Clara percibía en ese comportamiento una pose de fondo, una mentira, un autoengaño. Mejor dicho, más que un engaño, una autoconsolación por el hecho de sentirse prisionero o, peor, por haberse dejado reclutar por el enemigo, del tipo «Si mantengo una reserva mental, entonces no soy como *ellos*». ¿*Ellos* quiénes? «¿No se dan cuenta de que *ellos* somos nosotros? ¿De que no existe ninguna diferencia? ¿De que queremos las mismas cosas? ¿De que no tenemos ningún derecho a sentirnos especiales? En resumidas cuentas, ¿de que estamos dentro y de que no podría ser de otro modo, so pena de la marginación y sobre todo de la no emancipación de la condición de nuestros padres? ¿De *mi* padre y de *mi* madre?» Clara comprendía que su marido, y casi todos los que eran como él, nunca habían tenido la más mínima intención de renunciar a sus privilegios, se

notaba en la sumisa fascinación con la que hablaban de sus jefes. Clara se había visto obligada a ganarse las oportunidades de las que Ivo gozaba desde que nació. Y ahora debía hacer todo lo posible por no perderlas. Así que tonterías las justas, y andando.

No obstante, casi cada noche la brecha que se estaba abriendo entre ellos (tal vez siempre había existido, sólo que antes no se veía) se colmaba con la familiaridad sexual de sus cuerpos, que, a pesar de sus mentes, conocían bien y deseaban como nunca. Ivo no se concebía ni por un instante privado del libre acceso al cuerpo de Clara, cosa que siempre había vivido como una concesión suprema. Se repetía una y otra vez inexplicablemente lo que le parecía un milagro: el arco que describía su cuerpo cuando se le ofrecía para facilitarle la penetración y él la tomaba e inhalaba el perfume de su saliva y ahondaba en ella al máximo buscando sus gemidos, hasta que ella de repente se daba la vuelta para recibirlo de cara. O cuando le acariciaba los muslos en el ascensor de vuelta de una fiesta y ella, completamente achispada, se le restregaba acariciándole la polla. Y luego, una vez en casa, ponían música para celebrar el rito por el cual ella se desnudaba y se contoneaba bajo su mirada, siempre estupefacta. Cada noche el puente de la amistad carnal se reformaba sin perder un ápice de su solidez. De hecho, cada vez se reforzaba más en la ampliación irremediable del espacio entre sus mentes y sus vidas.

Había pasado un mes desde la llegada de De Klerk y en la Sección Internacional ya todos notaban los cambios respecto a la gestión precedente. De Klerk decidía con rapidez, era un centralizador, sí, pero no descuidaba a sus colaboradores, es más, los animaba a expresar sus opiniones, les encargaba informes y memorias que, siempre que fueran muy concisos, leía sin falta. Exigía síntesis: «Quiero materiales ya elaborados —decía—, no debo digerir yo las preguntas, debéis hacerlo vosotros, yo llego al final para decidir, porque la responsabilidad de sacar el proyecto adelante es mía, por tanto quiero que comprendáis bien la importancia de proporcionarme siempre un cuadro preciso, actualizado, puntual y sintético. El que no tenga intención de adecuarse puede empezar a

buscarse otro trabajo a la orden de ya». Al parecer fue justo eso lo que dijo en la reunión de los jefes de sector.

«Simpático, lo que se dice simpático, no es —decían—, pero al menos es enérgico. Si también es bueno, lo sabremos con el tiempo. Con Stortini las cosas ya no funcionaban.» «Éste es malo», decían. Entre los mandos bajos, la lista de definiciones se alargaba día tras día. Que si es un organizador. Que si es un mandamás. Que si es un maniático de la eficiencia. Que si es un tecnócrata. Que si es un hijo de puta. Que si es listo. Que si es tonto. Ya veremos lo listo que es. Megatecton se ha cargado a muchos como él. No me gustaría estar en su pellejo. Éste nos va a meter a todos en cintura, etcétera. Eran pocos los que se habían marchado con Stortini, la mayoría se había quedado. El que con Stortini había mordido el freno, ahora esperaba encontrar espacio y hacía lo que fuera por ganar visibilidad. El que había alcanzado una posición temía perderla y se volvía muy cauteloso. El que se había creado un refugio temía que lo sacaran de su madriguera y hacía lo que fuera por volverse invisible. El que estaba en vilo temía los palos. Algunos incluso temían que los despidieran. «Lo han puesto aquí para reestructurar, para hacer recortes, me da mala espina…» Incertidumbre, miedo, curiosidad, desconfianza. No había buen ambiente en la Sección Internacional. Pero era algo normal que se repetía cada vez que había algún cambio en la cúpula. Los directores siempre venían de fuera, en Megatecton nadie había subido hasta una Dirección General de Sector, era una especie de regla no escrita de la gerencia: el que manda no debe haber tenido relaciones anteriores con sus subordinados.

Aquella mañana el ingeniero Finetti, jefe de la Subdivisión de África Occidental, que tenía una reunión a primera hora con De Klerk, había decidido llevar consigo a un par de responsables de sector. También debía estar presente Brandani, que había preparado una memoria sobre las obras programadas y que para redactarla se había desplazado a los tres enclaves ecuatoriales de próxima implantación, donde había que construir dos diques y un largo viaducto ferroviario. A Finetti no le había dado tiempo de hablar a

fondo del asunto, tal vez ni siquiera de leer la memoria, así que, por seguridad, se llevaba a Brandani. Como viene siendo habitual en Occidente, donde las escalas jerárquicas se vinculan a simbologías alto-bajo (en lugar de centro-periferia, como ocurre en Oriente), la Dirección se encontraba en la última planta de una torre de setenta metros de alto, en la que Megatecton ocupaba los cinco últimos pisos. Era un edificio de cristal y acero que se remontaba a principios de los años sesenta, cuando el país quería a toda costa demostrar al mundo, pero sobre todo a sí mismo, que era moderno, y la única idea de modernidad en aquellos tiempos procedía de los Estados Unidos de América y tenía su paradigma en el rascacielos de cristal y acero. A la sala de reuniones de Dirección se accedía por la secretaría de De Klerk: era amplia y tenía un ventanal hasta el techo que daba a un laguito artificial de la que tiempo atrás había sido la Exposición Universal Fascista. A Ivo le intimidaba y le preocupaba causar buena impresión, pero también se sentía satisfecho y halagado por estar allí. Quería hacerse notar, su habitual reserva mental «Yo no soy como vosotros» había desaparecido casi por completo frente al ansia de reconocimiento que exigía su ego. De Klerk los esperaba sentado en el lateral corto de la mesa, estaba llamando por teléfono. Les indicó que se sentaran con un gesto y, al cabo de unos minutos, dio comienzo a la reunión. Lo primero que dijo, mirando el reloj, fue:

«Me gusta la puntualidad. Disponemos de cuarenta y cinco minutos, ni uno más. Por tanto, os ruego que abreviéis.»

Era frío y cortés. Al principio pareció no percatarse de su presencia, pero llegado el momento escuchó con atención la exposición de Ivo y luego dijo que hablarían tras haber leído el informe, aunque para su gusto era demasiado largo.

«Ingeniero, resúmame esta memoria en una página y entréguemela como muy tarde pasado mañana, ¿de acuerdo?»

Mientras todos tomaban notas también dio indicaciones acerca del espaciado y el número de copias de las memorias. Tenía una voz pastosa, de fumador. Durante el encuentro se fumó al menos tres Craven «A», de los que tienen la boquilla de corcho sin filtro.

Cuando Ivo se encendió un Gauloises, De Klerk le lanzó una mirada cargada de vaga curiosidad. Parecía muy rápido en captar el meollo de los problemas, llevó la reunión con una dirección y un cronometraje férreos. Al final dio instrucciones sobre algunos asuntos y sobre otros pidió estudios más detallados. Miró el reloj y salió de improviso de la sala mientras le pedía a la secretaria, que había estado presente en la junta, que fijara otra cita para la siguiente semana. En el ascensor se produjeron varios comentarios sobre la reunión. Lo que más había llamado la atención e irritado a sus colegas, sobre todo a Finetti, era la exigencia de realizar informes de una sola página. Ivo se unió al coro de quejas, aunque durante todo ese día y el siguiente trabajó con frenesí para conseguir dar al texto el formato y las dimensiones que había pedido el jefe. Nunca había estado familiarizado con las palabras, y comprimir lo que ya había escrito se le reveló imposible y tuvo que reescribirlo, e incluso volver a pensarlo. Mientras lo hacía comprendió las verdaderas razones de De Klerk: obligar a sus colaboradores a sintetizar al máximo, de manera que llegasen a las reuniones con las preguntas ya comprimidas de antemano en la cabeza. Al final consiguió entregar un texto redactado y tecleado con el formato requerido. Por la tarde el jefe lo llamó por teléfono en persona y se limitó a decirle: «Un gran trabajo, Brandani, hablamos pronto». Durante las semanas que siguieron, las reuniones en Dirección se intensificaron e Ivo tuvo ocasión de observarlo largo y tendido en acción.

«A eso lo llamo yo un *auténtico* ejecutivo… Sigue siendo un cabrón, un soldado del Capital, pero es bueno, hace bien su trabajo, decide con rapidez y acierto. Debe delegar y centralizar, de manera cíclica… Trabaja con una alternancia de sístole-diástole-sístole: recopilar los datos de manera comprimida, elaborarlos, dar instrucciones, luego recopilar nuevos datos, volver a elaborarlos y dar instrucciones para el siguiente paso…»

De Klerk trabajaba diez o doce horas al día. «El Capital no admite pausas —le había dicho Franco—. Te verás inmerso en la máquina infernal del beneficio, donde o compites o te despachan nada más

empezar…» Pero Ivo entendía confusamente que, si aquél era el juego, no le quedaba más remedio que jugar. Mejor dicho, en lugar de entenderlo, lo *sentía*, es decir, experimentaba un ansia fortísima de estar presente, de volverse visible y, al mismo tiempo, de servir como un samurái a su jefe, con eficiencia y lealtad. Estaba metido hasta el cuello en los problemas, pensaba en ellos continuamente, proponía alternativas, se esforzaba, viajaba a menudo, cogía apuntes a todas horas, hacía fotografías, recopilaba material, indagaba a fondo en cada uno de los temas, de modo que siempre pudiera proponer un abanico de soluciones apropiado. Quería que lo apreciaran y lo valorasen, quería que lo tuvieran en cuenta, que le mostrasen reconocimiento, que lo ascendieran, que le pagaran bien. Su aspiración inicial a hacerse con los proyectos estructurales empalidecía frente a la fascinación que ejercían en él De Klerk y su método de toma de decisiones. Más que por la construcción, ahora se interesaba por las decisiones y, a través de ellas, quería hacer carrera en Megatecton. Cuanto más absorbía el clima y la cultura de la empresa, más convencido estaba de que le *esperaba* una carrera directiva y hacía lo que fuera por destacar. Aunque no hubiera abandonado del todo las ganas de Inventar y Realizar cosas concretas, el discreto reconocimiento que sus capacidades estaban obteniendo lo inducía, sin que fuera capaz de reconocerlo, a *quererlo todo*, y ése era el motivo por el que ahora sus colegas lo consideraban un trepa y un creído. En resumen, había ocurrido lo que para él era impensable hacía unos años: había adquirido una mentalidad competitiva y empresarial, se había convertido exactamente en lo que el Capital quería que se convirtiera.

Aparte de las habituales declaraciones oficiales de toma de distancia de su marido, del tipo «Nunca me atraparéis», Clara había observado la evidencia de esta transformación: lo habían atrapado, por supuesto que lo habían atrapado. Lo notaba en la vehemencia con la que hablaba continuamente de su trabajo, en la admiración implícita con la que se refería a De Klerk y en el sentido de pertenencia a la empresa que destilaban sus palabras. Cuando lo oía hablar de su jefe, éste le parecía el típico cabrón arrogante y de

derechas con el que más vale guardar las distancias; el clásico tipo que, cuando no puedes evitar tener algo que ver con él, lo mejor es tratarlo de manera absolutamente formal, o al menos ésa era la regla que ella se había impuesto cuando en el trabajo se topaba con el *distinto de ella*, y de ésos había unos cuantos. Comprendía que Megatecton no era Generali, que allí se decidía y se actuaba en condiciones muy distintas a las de una compañía de seguros; comprendía que aquellas figuras de hombres de acción, de simplificadores, de encargados de la toma de decisiones, estaban hechizando a Ivo, cuya formación seguía siendo la de un intelectual dedicado por misteriosos motivos a lo técnico. Ella nunca había entendido aquella elección tan drástica, como tampoco había entendido la ridícula exaltación que se había apoderado de él un día de verano, hacía muchos años, frente a la visión de aquel viejo puente escocés.

«Sólo se trata de la fascinación que la acción concreta ejerce en los que son como él, en los hombres reflexivos —se decía—, y nada más… Se está ilusionando, es un entusiasmo momentáneo que se desvanecerá tarde o temprano… Sucederá tras su primer roce auténtico e inevitable… Y entonces volverá a poner los pies en la tierra. Ahora todo eso le gusta mucho, gana dinero… Y está bien, no es un problema… El hecho es que hasta él se está convirtiendo en uno de esos "cabrones arribistas" que cree que no lo atraparán jamás.»

En conclusión, Ivo se estaba *integrando*. A Clara la cosa en sí no le disgustaba del todo, le fastidiaba que él fingiese que no, que hiciera gala de una diversidad inexistente. La situación se había dado la vuelta: para ella lo que hacía no era más que un trabajo, no necesitaba experimentar también un sentimiento de pertenencia a Generali. Cuanto más se exaltaba Ivo, más le parecía un pez enganchado a un anzuelo que salta fuera del agua mientras tiran de él hacia el barco. Aquello la ponía de los nervios: su continua cháchara acerca del trabajo la aburría, el cariño que siempre había sentido por él se estaba deteriorando y el deseo de su cuerpo ahora

se convertía en un recorrido separado y aparte, cada vez más intenso, descarado y animalesco.

A Ivo y a Clara les encantaba el cine. De estudiantes iban todas las noches. Ivo pasaba a recogerla hacia las diez y media con el Seicento de Padre; tras discutir brevemente qué película iban a ver se dirigían a toda prisa a una de las muchas salas de arte y ensayo que en aquellos tiempos había en la Ciudad de Dios, o bien a un cine de sesión continua. Casi siempre llegaban cuando la última sesión llevaba unos minutos empezada: adoraban disfrutar de una película, tal vez un lunes por la noche, cuando toda la ciudad se quedaba en casa, arrellanados en una sala semivacía, con los pies apoyados en el respaldo de la fila de delante, fumando a voluntad. De este modo habían visto montones de películas nacionales, pero también japonesas o polacas, francesas y sobre todo americanas. Películas de autores jóvenes, con fotografía granulosa y pastosa e historias cargadas de violencia, de espíritu anarcoamericano, pero también muchos clásicos avalados y vituperados por la crítica. Allí, en el cine americano, estaban sus *auténticos* mitos: se daba la paradoja de una generación igualitaria, que sin embargo estaba enamorada de la cultura de un país cuya política imperialista y cuya ideología competitiva odiaba. América era no Europa, era no Península, y representaba un símbolo potente de espacio y de libertad. A pesar de su marxismo, se sentían americanos, pero implícitos e imperfectos, y por tanto incompletos. La contradicción, como todas las contradicciones, podría resolverse en principio con algún sofisma. Fue así como en la cultura peninsular de aquellos años había surgido el tópico de que se podía —es más, se *debía*— odiar al presidente de los Estados Unidos, pero no al pueblo americano ni a su cultura, como si los presidentes salieran de la nada y no los hubiera elegido precisamente ese pueblo al que, en cambio, se podía amar.

En conclusión, iban al cine, y un sábado de febrero que hacía frío y llovía a cántaros no quisieron renunciar a ver *El amigo americano*, de Wim Wenders, que se había estrenado por aquellos días. La proyectaban en una sala grande del centro de la ciudad, que hacía poco habían renovado con criterios de elegancia, o sea, la habían

forrado de damasco, moqueta y terciopelo. Ir al cine los sábados por la noche seguía siendo un rito social en una ciudad sumida en un sueño provinciano que duraba más de dos siglos. Clara había conseguido aparcar el Cinquecento cerca no sin cierta dificultad, llevaban paraguas, pero bastaron unos pocos cientos de metros al aire libre para que llegaran al vestíbulo del cine hechos una sopa. Olía a gente empapada y había una larga cola en la taquilla. Mientras se ponían en fila e Ivo pensaba: «Menos mal que hemos venido un poco antes», vio a De Klerk justo allí, delante de ellos. A su lado había una mujer alta, elegante, que emanaba un perfume intenso y de la que se vislumbraba únicamente el peinado recién salido de la peluquería, el pelo con mechas. No le apetecía nada saludarlo; de hecho, el primer impulso fue marcharse o cambiarse de sitio, pero fuera llovía fuerte, era tarde, la cola detrás de ellos se iba alargando. «A lo mejor no me reconoce y, si lo hace, no pasa nada, nos saludamos, tampoco es que sea el fin del mundo.» No obstante, mientras formulaba este razonamiento, se dio cuenta de que ya estaba bañado en sudor. Se quitó el impermeable y susurró al oído de Clara:

—Ése de ahí delante *es mi jefe*.

—Ah —soltó ella, como diciendo «no jodas», molesta de repente por su tono de respeto.

De Klerk no se percató de la presencia de Ivo Brandani hasta que se giró por casualidad. Entonces sonrió educadamente y dijo:

—Buenas noches, ingeniero.

Bajo el impermeable blanco llevaba puesto un jersey azul de cuello redondo, por el que sobresalía una de sus habituales camisas de rayas. Entonces la mujer que iba con él también se giró, mostrándose como lo que era: una cuarentona elegante, altiva, muy guapa.

—Le presento a Sabina —dijo De Klerk.

—Mucho gusto —dijo Ivo—. Ésta es Clara, mi mujer. Clara, el ingeniero De Klerk.

Sentía que la cara le ardía y que el sudor le goteaba por la espalda, notaba que su malestar era bien visible, pero no podía

hacer nada al respecto. De Klerk preguntó si sabían algo de la película, si conocían al director. A Ivo le extrañó que no supiera nada y, bajo la mirada analítica de Clara, se lanzó con una exposición quizás demasiado completa y detallada de la figura y de la obra de Wim Wenders. De Klerk lo escuchó hasta cierto punto («*En el curso del tiempo*… *Falso movimiento*… no son precisamente títulos de un ritmo trepidante…», intervino), luego pareció distraerse, pero Sabina estaba muy concentrada en lo que estaba diciendo, lo observaba con mucha atención, y al final dijo con voz dulce y tranquila:

—Vaya, no tenía ni idea. Lo sabe todo sobre este director. ¿Cómo es posible? ¿Tanto le gusta?

—Sí —respondió Ivo, sintiéndose un idiota por haber aburrido a su jefe.

—Menos mal —dijo ella—. A nosotros esta noche nos ha dado por venir al cine. Vivimos aquí al lado… —Entonces se dirigió a De Klerk y le dijo—: Nico, parece que estamos a punto de ver una película importante.

—Bueno —dijo Ivo—, yo no garantizo nada. A lo mejor es malísima…

Continuaron charlando un rato más y luego compraron las entradas y se separaron sin que ninguno hiciera ademán de coger asientos cercanos. Ivo y Clara se sentaron en la cuarta fila, como tenían por costumbre; De Klerk y Sabina se confundieron entre el público a sus espaldas. En cuanto encontraron asiento, Clara le dijo en tono irónico:

—Veo que hemos causado sensación.

Ivo, aún ruborizado y sudado, respondió distraído:

—¿Eh?

—La *first lady* no te quitaba los ojos de encima. Aunque claro, todavía estás bueno. Me gustas hasta a mí, imagínate…

Como de costumbre, al terminar la película se quedaron arrellanados para ver los créditos mientras la gente salía. A Ivo le había gustado. A Clara también.

—¿Si tienes leucemia puedes morir así, mientras conduces un coche? —dijo ésta.

Ivo se había quedado muy impresionado por esa última escena: la muerte repentina al volante de un Volkswagen rojo. Mientras salían, Ivo calculó que De Klerk ya se habría marchado hacía rato, pero se los encontró a los dos esperándolos bajo la deslumbrante luz de neón de la marquesina.

—Queríamos despedirnos —dijo Sabina sonriéndole, e Ivo se sintió halagado al instante—. ¿Qué pensáis de la película? A mí me ha gustado…

Se dirigía a él en exclusiva e ignoraba a Clara por completo, hasta el punto de que De Klerk pareció sentirse en la obligación de entablar con ella una conversación aparte. Ivo oyó que a él no le había gustado la película, que le había parecido un poco «estrambótica», en definitiva: «la imitación de una buena película americana». Y así, mientras Sabina seguía expresándole su opinión, él dijo, vuelto hacia su jefe:

—¡Pero es que *es* la imitación de una película americana! Es lo que pretende ser…

Luego, para disculparse por haberla interrumpido, sonrió a Sabina, cuya mirada se había enfriado al instante. Ya no llovía y estaban apagando las luces del cine.

—¿Vamos a tomar algo? —propuso Sabina.

Antes de que Ivo pudiese responder que sí, como efectivamente tenía intención de hacer, Clara se adelantó.

—Gracias, pero no me encuentro demasiado bien, es mejor que me vaya a casa. Pero si vosotros queréis… Ivo, si quieres puedes ir, por mí no hay problema.

—No creo que su marido la deje sola —intervino De Klerk.

Cuando estuvieron en el coche, Clara arrancó y dijo:

—Has causado sensación, ¿eh?

A la semana siguiente hubo mucho trabajo en Megatecton. Había que poner a punto el programa preliminar para una gran obra en Sierra Leona, un dique de tierra que iban a construir en plena selva tropical, un trabajo complejo que duraría varios años, de esos por los que Megatecton era famosa. La reunión con De Klerk estaba fijada para el viernes por la tarde y los días previos sirvieron para

prepararla en condiciones. Debían decidir cuanto antes algunas cosas, sobre todo dónde y cómo adquirir el material del dique, es decir, los varios millones de metros cúbicos de roca triturada en la justa medida. Había varias propuestas al respecto, y la reunión versaba justamente sobre eso. En torno a la mesa, además de De Klerk y Finetti, había varios responsables técnicos, y también estaba Brandani. Finetti expuso la cuestión a grandes rasgos y luego cedió la palabra a los expertos para que examinaran los problemas de cada sector. Brandani hizo un resumen desglosando todos los puntos críticos. Al final, la mejor solución sería volar de manera controlada una colina entera a unos kilómetros de la ubicación del dique y transportarla con camiones a la obra. Finetti enumeró las empresas especializadas capaces de llevar a cabo el trabajo con los explosivos. En ese momento había sobre la mesa varias ofertas, aunque sólo una empresa inglesa les daba todas las garantías. La cuestión era que con ella habían tenido graves problemas relativos al pago de un trabajo previo y, por tanto, para contratarla esperaban la autorización de la dirección.

De Klerk, que desde el principio de la sesión no se había mostrado particularmente amable ni accesible, lo miró con frialdad y luego le soltó que, para una cosa así, si una empresa era buena y daba buenos precios, no se esperaba ninguna autorización, se establecía contacto y se pedía presupuesto. Añadió que lo que hubiera ocurrido antes le importaba un pimiento, que eso era problema de la Dirección anterior y que, a falta de un dato tan decisivo, aquella mierda de reunión era inútil, que estaban perdiendo el tiempo. Cuando hubo terminado, Finetti callaba y los demás tenían la vista clavada en los cuadernos de notas, unos escribiendo y otros haciendo borrones y dibujitos. De Klerk pidió a la secretaria que llamara a la empresa en cuestión, en Londres. Finetti aventuró que era viernes y que no habría nadie. De Klerk lo fulminó con la mirada mientras levantaba el auricular y comenzaba a hablar en buen inglés con alguien al otro lado de la línea.

—Hay alguien, por supuesto que hay… —murmuró luego.

La escena había fascinado a Ivo: aquél sí que era un ejecutivo, uno que no titubeaba, que iba al grano y actuaba, que no se dejaba intimidar por nadie. Al final De Klerk habló con el director general de la empresa inglesa y, tras colgar, anunció que el lunes por la mañana esperaban recibir un fax con un informe técnico y un borrador del pliego de condiciones. Para todos los de la Subdivisión de África Occidental, aquello significaba volver a la oficina el sábado.

—Ahora a trabajar —dijo De Klerk y, mientras todos se levantaban, añadió—: Brandani, ¿podría quedarse?

Todos los presentes intercambiaron miradas de extrañeza. Era tarde, Ivo debía marcharse, iban amigos a casa a cenar. La invitación de De Klerk era amable, pero perentoria.

—Por supuesto, ingeniero —respondió rápidamente.

Su despacho era poco más grande que el de Finetti. Al otro lado de las paredes de cristal se extendían las luces periféricas de la Ciudad de Dios. De Klerk lo invitó a ponerse cómodo, se quitó la chaqueta, se sentó tras el escritorio, echó el respaldo hacia atrás y apoyó los pies en una esquina de la mesa. A su espalda, la gran foto enmarcada de una balandra en medio del mar, navegando de través, ligeramente escorada, y cuya proa cortaba las olas formando un bigote de espuma. «Está planeando», pensó Ivo, que sabía de barcos.

—¿Te gusta? ¿Sabes de barcos?

—¿Es suyo?

—*Era* mío… Este año me he agenciado uno un poco más largo, mucho más bonito. ¿Sabes navegar a vela? ¿Entiendes de barcos?

—Bastante, ingeniero. De niño participé en varias regatas…

—Tutéame, por favor… Bien. Mira aquí, te lo enseño, tengo un folleto.

Sacó una carpeta del cajón en la que ponía «BARCO NUEVO». Era un trece metros de un astillero francés bastante conocido.

—Me lo están poniendo a punto. He elegido esta solución, ¿ves? Dos cabinas en la proa más la principal en la popa. Bastará con un solo baño, pero así la *dinette* es más grande. ¿Has visto qué bañera?

Sacó una caja de puros y le ofreció uno. Ivo aceptó. El perfume del tabaco cubano le inundó las fosas nasales, acostumbradas al hedor de los Caporal que solía fumar. Tras un par de caladas, la cabeza le dio vueltas y la punta de los dedos se le quedó fría. De Klerk le advirtió sobre los peligros de aspirar el humo: se mostraba afable, relajado, cordial, todo lo contrario de la imagen que había dado en la reunión de hacía unos minutos. Brandani esperaba que hablase de trabajo, pero no fue así. De Klerk retomó el tema de la película de Wenders, quería que Ivo le repitiese sus argumentos a favor. Ivo se encontraba muy incómodo, sudaba, no conseguía tutearlo, y se limitó a farfullar que la historia estaba basada en una novela de Patricia Highsmith («Nunca he oído hablar de ella», confesó De Klerk), luego añadió algo acerca de la intención del director de rendir homenaje al cine americano. De Klerk lo escuchaba con una cara que le pareció irónica, del tipo «¡Pero qué me estás contando!» y al final confesó que iba poco al cine, pero que le gustaban las películas de Sergio Leone y las de Dario Argento. Luego le dijo que no le parecía un ingeniero del montón, que le resultaba un tanto atípico, y le preguntó cómo había terminado en Megatecton. Ivo, que ya sólo quería marcharse de allí, pero al que halagaba la atención que el jefe parecía prestarle, le habló brevemente de sus estudios de filosofía y de la elección de interrumpirlos para satisfacer los deseos de su padre. No era verdad, no había sido por eso, pero no le apetecía confesar cosas íntimas a un desconocido. Siguieron hablando un buen rato de barcos y de regatas. Luego Ivo, un poco vacilante, le dijo en tono sumiso que debía marcharse por culpa de la cena que tenía aquella noche con sus amigos. Entonces De Klerk lo invitó a cenar el viernes siguiente, él pasaría toda la semana fuera, la secretaria le informaría del nombre del restaurante.

—No admito un no por respuesta. Tú y esa delicia de mujer tuya, por supuesto. ¿Cómo se llama?

—Clara.

—Ah, sí, Clara…

Ivo le dio las gracias, estaba cortado, la invitación lo había pillado por sorpresa. Buscaba algo que decir y al final soltó confusamente:

—Pues claro, desde luego… Digo, con mucho gusto, sólo que… Primero a ver qué dice Clara… Si le… Si no tiene algún compromiso… Ya sabe…

Salió hiperemocionado de aquel encuentro inesperado, con la camisa empapada y pegada a la espalda, pero también confundido, molesto, perplejo y, con todo, sórdidamente satisfecho. Había pasado más o menos una hora y la imagen de De Klerk se había modificado, le había sobrevenido una percepción colmada de extrañeza y ambigüedad. En aquella propuesta explícita de amistad había algo forzado, insólito e injustificado: ¿qué quería aquel hombre de él?

Su satisfacción aumentó al día siguiente, cuando Finetti lo llamó a su despacho y le dijo:

—¿Y bien? ¿De qué iba esa segunda parte del *briefing* a dos bandas… si puede saberse?

Se le notaba desconfiado, cauteloso, ligeramente rencoroso: lo habían tratado mal delante de todos, luego De Klerk se había apartado con aquel chavalillo presuntuoso: ¿qué quería hablar con él? Ivo notó que Finetti estaba preocupado y valoró a toda prisa si le convenía tenerlo en ascuas, hacerse el reservado, o bien tranquilizarlo. Finetti le caía bien, era un poco torpe, pero enérgico, preciso, laborioso, y trataba con respeto a sus subordinados directos, en los que delegaba mucho: pero él también era presa de cabreos monumentales, sobre todo cuando lo sometían a estrés. Decidió tranquilizarlo, pero no del todo, le fastidiaba estropear el misterio que aquella reunión debía de suponer para todos los de la Subdivisión.

—Pues claro, Roberto, no tenía nada que ver con el trabajo. Ya sabes que De Klerk es un poco rarito… El viernes pasado coincidimos en el cine y a la salida charlamos un poco sobre la película… A él no le había gustado; a mí, sí. Como no nos dio tiempo a discutirlo, quiso hablarlo ayer por la noche… Pero no lo convencí…

Así explicó la cosa, pero el aura que aquel encuentro le había conferido frente a sus colegas del mismo rango se le quedó colgada como un sambenito. Él se daba cuenta, lo disfrutaba y se enorgullecía de ello, aunque la naturaleza de su relación con De Klerk, que seguía siendo un enigma, le preocupaba un poco. No le dijo nada a nadie acerca de la invitación a cenar: la secretaria le comunicó que había fijado la cita para el sábado siguiente en Tenda Bianca, que en la Ciudad de Dios se consideraba un restaurante de categoría.

Lo había hablado con Clara, a ella le molestaba aquella invitación y, más aún, la gratificación manifiesta que suponía para su marido.

—No podía decir que no —le había dicho él, como para excusarse.

—De acuerdo, pero ¿qué significa? ¿Te lo estás preguntando? A mí él, por lo que me has contado y también en persona, no es que me agrade mucho, me parece el típico capullo pagado de sí mismo, con bronceado artificial y la voz impostada, el pelo canoso impecable, el Baume & Mercier de coleccionista en la muñeca, la bufanda de seda, el jersey de cachemir de mil dólares, el Aquascutum arrugado… Me pregunto qué tenemos que ver nosotros con esa gente…

—¿De coleccionista? ¿Cómo sabes que es *de coleccionista*? ¡No se te ha escapado un detalle, le has mirado hasta la marca del reloj! Nada, Clara, *nos han invitado a cenar*, eso es todo… No olvides que es *mi jefe*, así que, ¿qué quieres que te diga? No me parece que tenga elección, y tú no puedes dejarme solo… Si encima quieres que te diga que me da asco porque es un ejecutivo en lo más alto de su carrera, pues no te lo digo. No me da asco, es más, lo aprecio, no lo considero más de lo que es, es decir, un hombre competente, pero tampoco menos. En fin, que no sólo *debemos*, sino que también *me apetece* ir… Además, su bronceado no es artificial: tiene un barco, sale a navegar, toma el aire. No como nosotros, que siempre estamos encerrados…

«Yo no soy como ellos, no me atraparán.» Y, sin embargo, había bastado una primera mano tendida, vacilante y ambigua, para que el

mundo, el verdadero, hubiera comprado al treintañero Ivo Brandani, superviviente del 68, tránsfuga filosófico precoz, ingeniero técnico atípico, criatura perdida, buen chico. Sólo había hecho falta encontrar un ejemplo real de todo aquello contra lo que creía haber luchado, lo contrario a todo aquello que creía ser, para quedar fascinado. Como cuando se encuentra un animal raro, que nunca se ha visto en carne y hueso, sino en fotografías, al que se ha querido dar caza durante mucho tiempo y, de repente, te lo topas de frente, salvaje, lleno de energía, con una existencia completamente justificada en su ambiente, igual que tú en el tuyo: el dedo no consigue apretar el gatillo del juicio y ese instante de vacilación resulta fatal, porque a esa criatura no le cuesta mucho ponerte de su lado. Por primera vez en años, Ivo Brandani admitía la legitimidad de que existiera alguien distinto a él. Es más, se quedaba embelesado observando los movimientos y el comportamiento de aquel extraño-con-poder, escuchaba con interés sus palabras, valoraba sus gustos, su aspecto, su olor. De Klerk le resultaba un ser intacto, un hombre que parecía haber superado indemne los años sesenta y los primeros setenta sin que nada hubiese mancillado sus no convicciones, detenido su carrera o modificado su estilo para vestir que, aun siendo un derivado del Old England convencional, le parecía justo, apropiado, elegante, a diferencia de su manera de vestir igualmente convencional, pero informal, con chaqueta y vaqueros, camisa con cuello abierto y en los pies un par de Clarks, aunque en la oficina debía ponerse corbata.

Lo que volvía fascinante a De Klerk tal vez fuese una molestia incipiente e inadmisible hacia el deseo de que lo identificaran a toda costa con los guardianes irreductibles de la verdad marxista, que lo impregnaba a él y a los que eran como él. O tal vez fuera la consciencia de que existía un mundo mucho más vasto y complejo que el que hasta el momento había imaginado, un mundo habitado por formas de vida muy distintas, por criaturas con horizontes mentales ajenos y diferentes al suyo, aunque no por ello ilegítimos.

—Está bien, le gustan las películas de Dario Argento y de Sergio Leone. ¿Y qué? Seguramente le gustarán las bandas sonoras de

Morricone: ¡vaya una cosa!

La sala estaba recubierta de moqueta verde grisácea, había mesas con manteles blancos y lámparas delicadas, butacas acolchadas rosa pálido, de las paredes colgaban litografías de artistas contemporáneos, en el aire sonaba una suave música ambiente. De Klerk y Sabina aún no habían llegado, el *maître* los acompañó a la mesa y les sirvió dos bebidas. Había sido un problema vestirse para aquella cena, habían discutido sobre lo que ponerse, sobre si había que ir muy elegantes o elegantes a secas, o bien un poco informales, para marcar sin ambages aquel tácito «Nosotros no somos como vosotros» que Clara encontraba ridículo, pero al que Ivo se aferraba con todas sus fuerzas. Así que ella había optado por un vestido elegante y sobrio y él por los vaqueros de siempre bajo una americana y una camisa blanca con el cuello abierto, mientras que, en los pies, en lugar de los Clarks, se había calzado un par de zapatos viejos tipo Oxford rojos y de marca, que había resucitado y a los que había sacado brillo con tenacidad unas horas antes. Llegar al Tenda Bianca, en pleno centro, fue harto difícil, habían tenido que coger un taxi, algo muy poco habitual en ellos, acostumbrados al Cinquecento, a la moto, a los transportes públicos. Habían llegado a su destino bastante nerviosos y el hecho de que sus anfitriones aún no hubieran aparecido les daba unos minutos de descompresión que no les venían mal. Al cabo de un rato, el alcohol del negroni los había relajado, de modo que volvieron a sentirse cercanos y cómplices. Ivo fumaba, bebía y, poco después, se sintió plenamente satisfecho de estar allí con Clara, encantadora, elegante, graciosa, un complemento perfecto a cómo se veía él ahora, un ingeniero inteligente, joven y atractivo, capaz de deslumbrar al jefe supremo hasta el punto de que lo había invitado a cenar en un restaurante como aquél. A su alrededor había gente de mediana edad con las connotaciones propias de una vida holgada: ropa bonita, collares en el cuello de mujeres guapas y elegantes, Rolex en las muñecas de hombres muy arreglados, con chaqueta, un mundo que Ivo pensaba que había desaparecido, pero que, en

cambio, en los años de las tormentas políticas y de la violencia ideológica, siempre había estado allí, como un río cárstico que discurría por los zócalos de la Ciudad de Dios para empapar sus cimientos, para gobernar sus entresijos económicos y políticos, para dirigir las opciones territoriales según sus propios intereses. Generaciones de dominadores desde el poder discreto, invisible para la mayoría, pero intrínsecamente ligados entre sí, gobernaban la ciudad, exprimiendo sus jugos más nutrientes, como había ocurrido antes de la gran era de revueltas políticas, como ocurrió durante y como ocurriría siempre después. Constituían una porción local, pero no desdeñable, de lo que Ivo imaginaba que era el Poder. Y para él, un joven animal gregario, emanaban la misma fascinación que irradiaba De Klerk.

Sabina y De Klerk llegaron poco después y se disculparon. Ella, guapísima, iba vestida de un modo que a Ivo le pareció sobrio y refinado, mientras que Nico llevaba una chaqueta deportiva, pantalones de terciopelo y mocasines, también sin corbata. Sabina tenía un regalo para Clara:

—Es sólo un detalle, un retal de tela marroquí, lo puedes utilizar como bufanda, como fular. Es mono, ¿no te parece?

Clara lo aceptó, sorprendida y avergonzada. Aquellas atenciones y aquella amabilidad no hacían más que aumentar su desconfianza, que quedó patente incluso mientras se deshacía en agradecimientos. De Klerk eligió los vinos y guió la elección de los platos. Un camarero a su espalda se ocupaba de que los vasos estuviesen siempre llenos. A Clara le preguntaron en qué trabajaba y De Klerk afirmó que conocía bien al director de la Oficina de Estadística de Generali. Sabina dijo que trabajaba para una agencia de relaciones públicas. Ivo, con la lengua suelta por el alcohol, preguntó qué se hacía en una agencia de relaciones públicas. Sabina se lo explicó brevemente mirándolo a los ojos:

—Ponemos en contacto a unas personas con otras; en resumen, hacemos *networking*, ¿entiendes?

Ivo quiso responder algo sutilmente irónico, pero no se le vino nada a la cabeza, la belleza de aquella mujer lo cohibía y volvía

plausible cualquier cosa que pudiese referirse a ella. La comida, servida en porciones que a Ivo y a Clara les parecieron escasas, estaba muy buena y venía acompañada de guarniciones inesperadas, el pan estaba caliente y el vino era delicioso, áspero, oloroso. Volvieron a charlar largo y tendido de *El amigo americano*. Ivo, presa ya de la desinhibición alcohólica, hablaba por los codos, corroboraba y articulaba su postura, las palabras le salían fluidas, precisas, refinadas. De Klerk escuchaba aquella exhibición con una expresión cada vez más irónica, hasta que Ivo se dio cuenta, se ruborizó y dejó de hablar de golpe. De Klerk ratificó con calma que era una película con nulo grado de credibilidad, pesada, encorsetada, absurda y pretenciosa. Luego dijo sonriendo:

—Sabe Dios por qué a los comunistas os gustan esas cosas. ¿Qué le encontráis?

Ivo, con voz vacilante, respondió que no era comunista.

—Yo estoy por encima de eso —soltó y, mientras lo decía, se avergonzaba, sobre todo delante de Clara, que sabía perfectamente que estaba inscrito en el Partido. El asunto quedó ahí, pero, a pesar de la amabilidad y afabilidad de De Klerk, su evidente dominio psicológico sobre Ivo molestaba a Clara. Observaba a su marido batirse por primera vez con el poder de aquel jefecillo de empresa, lo veía dejar de lado cualquier reserva, dejar de lado su clásico «Yo no soy como vosotros» y volverse casi sumiso, arrastrado por el deseo de agradar, de que lo aceptaran y lo apreciaran. Cierto es que el vino lo aturdía, que aquel ambiente lo intimidaba, que aquella mujer tan bella y distante que le dedicaba toda su atención lo desorientaba. Clara lo notaba incómodo, confuso, medio borracho. Al final Ivo insistió torpemente en pagar la cuenta, pero De Klerk lo cortó en seco, dijo que ni hablar, que eran sus invitados. Luego añadió que tenían que volver a quedar. Cogieron el mismo taxi. Delante del portal de casa, mientras buscaban las llaves, Clara experimentó una ternura repentina por su hombre, lo besó y, mientras lo abrazaba, le dijo:

—Has causado sensación, ¿eh? Ésa te comía con los ojos… Eres muy guapetón y, bueno, De Klerk tampoco está nada mal… ¿Qué

quieren de nosotros, Ivo? Mejor dicho, ¿qué quiere él de ti?

—No lo sé, Clara, a lo mejor no quieren nada… A lo mejor sólo quieren ser nuestros amigos… ¿Por qué no?

Pocos días después, Finetti se llevó a Brandani y a otros ingenieros a África Occidental. Se trataba de enterarse *in situ* de las principales cuestiones relacionadas con la oferta para la construcción del nuevo dique en Sierra Leona. Al cabo de unos días, Finetti volvió a la sede y dejó a un par de los suyos y a Brandani que hicieran el trayecto de ida y de vuelta entre Freetown y el lugar de la obra, en plena pluvisilva, con objeto de que realizaran mediciones y compraran materiales para el proyecto general de los asentamientos necesarios en las distintas fases de la obra. Ivo estuvo fuera casi un mes. La realidad africana funcionó una vez más como un bálsamo reparador para su antimperialismo, para su creencia en la posibilidad de que el hombre se emancipara del hambre, de las necesidades primarias, de la explotación. Volvió a tener acceso a aquella parte de su mente que le parecía que estuviese a favor de la parte justa, es decir, a favor de los débiles y de los explotados del mundo. Eso es lo que llevaba pensando toda la vida y, aunque casi siempre debía guardárselo, seguía pensándolo.

A su regreso redactó a toda prisa dos informes, uno para Finetti, y otro, acordado con Finetti, para De Klerk. Este segundo informe contenía todos los problemas del caso, pero condensados hasta el extremo. Para que cupiese en un folio A4 como era obligatorio, Ivo tuvo que currárselo mucho, pero, al final, tras pasar a limpio una y otra vez las distintas versiones, lo consiguió. Antes de que acabara la semana, el informe terminó en el escritorio de su jefe, que lo discutió a solas con Finetti, aunque luego, cuando terminó con él, mandó llamar a Brandani. Fue amable, amistoso. Extrajo un folio de un montón de papeles especiales para máquinas de escribir que tenía encima de la mesa y le preguntó si era suyo. Ivo le contestó que sí y De Klerk lo felicitó y le dijo que estaba muy bien hecho, que por fin alguien había entendido cómo se redactaba un informe. Luego hablaron de trabajo y de África y de la selva ecuatorial y de

las mujeres negras, con las que Ivo aseguró no tener ninguna experiencia.

—Mal —dijo De Klerk—. Tienen un polvazo.

Él, que, salvo alguna que otra palabrota añadida para animar el discurso, hacía gala de un lenguaje tan atento y elegante, le hablaba ahora de sexo de manera vulgar y racista. Le contó algunas de las aventuras eróticas que había vivido en África, bastantes años atrás, e Ivo lo escuchó con una sonrisa en los labios, sorprendido y molesto por aquellas confidencias casi hasta la indignación, por el tono con que las hacía. Y, sin embargo, una vez más, se sentía halagado por que el jefe se abriese con él de aquel modo.

«Este hombre es así, o lo tomas o lo dejas, tiene sus virtudes y sus defectos.»

Luego De Klerk le dijo que ya le habían terminado el barco, que el astillero se lo entregaría al cabo de unos días, y los invitó a él y a Clara a pasar dos semanas navegando por las islas griegas. Estaría Sabina y otra pareja de amigos suyos.

—He encontrado un patrón que me pone a punto el barco y me lo lleva a El Pireo a mediados de julio. Lo he llamado *Falesá*, ¿te gusta? ¿Os apuntáis?

Ivo le dijo que a Clara no le gustaban los barcos, que se mareaba. De Klerk insistía, decía que era muy importante para él. Ivo le contestó que lo intentaría, pero que lo veía difícil. De Klerk le pareció muy contrariado mientras replicaba que había pastillas, pulseras antináusea, que después de un rato uno se acostumbraba, etcétera. Ivo se volvía cada vez más posibilista, no descartaba nada, no tenía intención de decirle que no, pero estaba Clara.

—Por supuesto, verá cómo… quiero decir, *verás* cómo la convenzo.

En ese momento no le apetecía nada irse en barco con De Klerk, pero ¿cómo iba a negarse?

Al cabo de unos días Brandani recibió otra invitación a cenar de parte de su jefe. Le preguntó si le venía bien el Tenda Bianca, le dijo que había reservado para la semana siguiente, el sábado. Ivo le dio las gracias y le aseguró que a él le venía bien, pero que debía

preguntarle a Clara. A ésta no le entusiasmaba la idea; es más, no quería ir. Tuvieron una discusión, ella no comprendía el porqué de todas aquellas atenciones, De Klerk no le caía bien, desconfiaba:

—Es ambiguo, tiene un no sé qué… A lo mejor me equivoco… No me gusta para nada. Y ella… El bellezón, digo: ésa quiere algo contigo, Ivo.

—¡Venga ya!

—¡Se le nota a la legua! Me extraña que su marido, que parece tan listo, no se dé cuenta… O se ha dado cuenta perfectamente y se hace el sueco… Puede que la cosa lo divierta. A lo mejor les va el intercambio de parejas, Ivo…

Clara había leído *Parejas*, de Updike, creía saberlo todo sobre las costumbres corruptas de los ricos.

—¡Hacen *intercambios de pareja*! Verás como antes o después nos lo proponen… No cabe duda… Si lo hacen, ¿qué les respondemos, Ivo? ¿Que sí o que no? En realidad es tu jefe supremo; si le decimos que no, a lo mejor arruinas tu carrera… Además, él no me disgusta en absoluto…

Ivo encajó muy mal sus ironías, la desconfianza de Clara lo irritaba. Si ella se conformaba con el empleo en la Oficina de Estadísticas de Generali, él le pedía algo más a la vida: «Quiero convertirme en un constructor de puentes», se decía, aunque lo que no se decía era que en el ínterin no desdeñaría emprender una carrera directiva, en Megatecton o en otro sitio. En definitiva, sentía que el dinero y el poder lo estaban esperando: se veía como jefe de un sector de grandes obras, donde seguramente haría valer su talento. La amistad con De Klerk lo ayudaría.

—Intercambien parejas o no, tras la cena debemos invitarlos a casa. Pillo algunas botellas buenas y se lo proponemos.

—Dios santo, Ivo, ¿de verdad es necesario? Tendremos que limpiar y arreglar este antro. A ésos les dará asco venir aquí, Dios sabrá la casa que tienen…

—Somos una *pareja joven*, Clara, es normal que vivamos en dos habitaciones.

En el restaurante les fue mejor que la vez anterior: ya sabían qué esperar, bebieron con moderación, estaban más relajados. Habló sobre todo De Klerk, interrumpido de vez en cuando por los comentarios de Sabina, mientras que Ivo y Clara se limitaban, por lo general, a escuchar. Relató sus viajes, las absurdas costumbres de los japoneses, las atrocidades de África, habló de Nueva York, que en aquellos años se había convertido en la capital cultural del planeta. Un hombre viajado, pensaba Ivo, alguien que conocía el mundo, un librepensador que no se maravillaba ante nada. Alguien que parecía saber cómo hacer frente a cualquier circunstancia, un auténtico ejecutivo, que no creía en nada y que disfrutaba de sus privilegios.

—Si fuera americano, votaría a los republicanos —dijo—. Aquí en Italia la política da risa. Los únicos que se salvan son los liberales.

Ivo no objetaba nada y callaba, Clara se asombró en su fuero interno. Una vez que salieron, los invitaron a beber algo en casa. De Klerk y Sabina aceptaron. Mientras se tomaban una copa del *whiskyahumado* con turba que habían comprado para la ocasión, hablaron de las vacaciones, y De Klerk volvió a sacar el tema de su invitación a pasar las dos últimas semanas de julio con ellos a bordo de su barco.

—¿Ivo te lo ha contado? ¿Qué has decidido, Clara?

Ella todavía no sabía nada, pero no lo dio a entender.

Dijo que era una idea buenísima, pero que para ella el barco era un problema porque se mareaba, no sabía nadar bien y le daba miedo el agua profunda.

—Además —añadió—, ya he pedido vacaciones para agosto y es tarde para cambiarlas.

De Klerk dijo que aquél era el menor de los problemas, le recordó que su jefe era un buen amigo suyo y que lo llamaría para que se las cambiaran. Clara se ruborizó, alarmada. Se notó que estaba muy molesta mientras decía en tono más bien seco que no era necesario. De Klerk insistía. Clara, reprimiendo su alteración, dijo que no hacía falta, que se lo agradecía, pero que del tema de sus vacaciones ya se encargaba ella, que además sería una intromisión

contraproducente en sus relaciones laborales con su jefe. La mirada de De Klerk se heló durante unos instantes, pero enseguida sonrió y respondió:

—De acuerdo, como quieras, perdóname, creía que hacía un bien.

Desde ese momento no volvieron a coincidir los cuatro juntos. Clara empezó a detestar a De Klerk.

Estaban a finales de junio y Brandani acababa de volver de una última estancia en África, donde le habían fascinado las dificultades del trabajo en la jungla, como el hecho de que allí no hubiese nada, ni siquiera agua potable, e hiciera falta que todo o casi todo se importara de la Península. Le gustaba la idea de que, para construir aquel dique, debieran hacer saltar colinas enteras con dinamita y transportar hasta el valle el pedrisco con decenas de camiones, todos los días, durante meses, durante años. Construirían un gran pueblo de barracas prefabricadas con aire acondicionado, completamente autosuficientes. Debían dotarse de equipos sanitarios completos, incluso de pollos para las culebras, de las que el sitio estaba plagado. En definitiva, en el caso de que Megatecton ganase la adjudicación de la contrata, pensaba que le gustaría formar parte de la expedición, participar en primera persona en la puesta en marcha de las obras. Tenía intención de pedírselo a De Klerk, aunque todavía no, sino en el momento oportuno, después del verano.

Volvió a ver a De Klerk en la reunión de África Occidental. A mediados de octubre, Megatecton presentaría una oferta. La consigna de De Klerk era que aquella licitación debía ganarse a cualquier precio. El importe ascendía a varios centenares de millones de dólares: demasiado importante para perderla. Había que hacerlo todo con precisión y como era debido, no se permitían errores de estimación económica superiores al cinco por ciento, como máximo el ocho por ciento para los procedimientos más complicados. Ivo permaneció todo el tiempo callado. Entonces, cuando creyó que había llegado su turno, expresó sus dudas sobre la idoneidad de

algunas opciones. Dijo que no había manera de determinar ciertas cosas *a priori*, que algunos costes, sobre todo los relacionados con las contingencias locales, podían acabar siendo muy distintos de lo presupuestado. De Klerk le pidió más detalles. Ivo se mostró preocupado por la situación política, por los conflictos tribales que se desencadenaban constantemente en algunas zonas del país y que podrían cortar las vías de comunicación entre la costa y la obra. De Klerk lo miró como se mira a un niño que ha soltado una ingenuidad y a continuación le impartió una lección que no se esperaba en absoluto de un tipo como él sobre los objetivos de Megatecton en aquella fase.

—Lo principal es *ganar la contrata*. Lo que viene después se gestiona, se ajusta, se unta, se negocia y se renegocia: estamos en África, no en Suecia, Brandani. Una obra como ésta no es más que una *gestión de imprevistos*. Nada sale como se había programado, aunque haga falta un programa… Son pocas las cosas que no habrá que proyectar de nuevo, pero en este momento lo que necesitamos es un proyecto… Algunas cosas nos costarán menos de lo previsto, muchas otras nos costarán más… Sin embargo, ahora mismo es indispensable elaborar un presupuesto… En situaciones como ésta, respetar los tiempos programados es casi imposible, pero se necesita un programa cronológico. Ganar la contrata —y ganar es un imperativo *categórico*—, no significa que vayamos allí, construyamos el dique y nos marchemos… No funciona así. Si ganamos, Megatecton afrontará una *coyuntura* en África que durará, si todo va bien, por lo menos una década, durante la cual cambiarán los gobiernos, la situación podrá tornarse muy desfavorable o, por el contrario, mejorará y se volverá ventajosa, habrá revueltas y peleas tribales, cuando no una guerrilla. Muchos de los que están en el Gobierno, como de los que se encuentran en la oposición, querrán sacarnos algo. Habrá que apañárselas, pagar a éste y al otro y, al final de la partida, sobre todo ganar… Pero, cuando digo *final de la partida*, no quiero decir necesariamente el final de los trabajos del dique, porque en Sierra Leona podrán presentarse nuevas oportunidades para nosotros: lo que quiero decir es que, durante los

próximos diez o quince años, Megatecton participará en la *historia* de Sierra Leona como uno de los muchos jugadores sobre el terreno… No es que nos guste, pero debemos saber de antemano que será así. La pureza, la belleza de la obra, la neutralidad técnica no nos interesan, no nos las podemos permitir… Todo será distinto y se desviará de cómo imaginamos, proyectamos, prevemos, programamos; todo será suciedad, dificultad, compromiso, modificación… En estos casos para nosotros es igual que para los partidos políticos: una cosa es el programa con el que ganas las elecciones y otra es el modo en que lo llevas a cabo… En determinados momentos puede que hasta nos convenga interrumpirlo todo y marcharnos hasta que la situación cambie, pagando inclusive una penalización cuando las ranas críen pelo. Megatecton construye cosas, pero su objetivo no es construir cosas, es *obtener beneficios*… En fin, ¿me he explicado? Bien, señores, nos vemos dentro de ocho días a la misma hora… Brandani, usted quédese, por favor.

«¡Otra vez! Coño, ¿no podría llamarme después? Así me pone en un apuro delante de los demás… Ya me odian… Y Finetti ya no se fía de mí…»

Brandani, que se había quedado muy tocado por el discurso de su jefe, trataba de ocultar su bochorno mientras De Klerk le abría la puerta de su despacho. Tenía poco tiempo, quería saber si embarcarían con ellos. Decía que se irían de vacaciones durante la segunda mitad de julio, tendría todo agosto para trabajar en la oferta del dique. Finetti ya lo sabía, estaba de acuerdo y, de hecho, se había puesto a reestructurar el cuadrante de las vacaciones. En septiembre tendrían un montón de compromisos, pero quería seguir aquel asunto de cerca, por tanto el grueso del tema lo ventilarían en agosto. Ivo, que lo había vuelto a hablar con Clara, cada vez más reacia al plan, dijo que sí, que irían, empujado por un impulso.

—Ah, bien —dijo De Klerk—. Ahora vete, que tengo cosas que hacer.

Aquella noche Clara e Ivo se enzarzaron en otra discusión. Él le dijo sin rodeos que aquellas vacaciones significaban mucho para él y

que ella debía entenderlo, que con las pastillas no le entrarían náuseas, que se acostumbraría al barco, que podía ser una experiencia bonita, que no conocían las islas griegas, que ahora la dictadura de los coroneles había acabado y se podía ir sin problemas.

—Miles de islas, ¿te das cuenta?

Ella estaba cabreada porque había dicho que sí sin contar con ella. De Klerk y Sabina no le gustaban, el barco le daba pavor, nadar se le daba mal: ¿por qué debía verse obligada a pasar unas vacaciones así? Si él tenía problemas laborales, ella no. Pero a la mañana siguiente había cambiado de idea y le dijo que estaba bien, que iría, que debía modificar la solicitud de las vacaciones, pero que creía que no habría problema: la podían sustituir, porque la mayor parte de sus compañeros se cogían las vacaciones en agosto.

No obstante, al cabo de unos días, rechazaron su petición de cambio de las vacaciones. Motivo: no había nadie que la sustituyera. Clara se quedó de piedra: sus colegas la habían animado, no debía preocuparse, alguien cubriría sus funciones, al menos de cara a la galería… No hubo nada que hacer, el director del servicio fue inflexible. Alguien le dio a entender que era mejor no insistir, ya que era nueva y aquella petición de cambio de fechas podría ponerla en evidencia…

—Mira, no sé, casi me alegro de que sea así, no tendré que pasar dos semanas de pesadilla… No me apetecía nada, ya lo sabes… Tú te vas igual, ¿verdad? ¿Este año vacaciones separadas? ¿Me dejas sola para irte con esos dos? ¿Estás seguro? ¿Por qué se te ha metido en la cabeza que esto es tan importante para ti? Si ése te aprecia de verdad, también te apreciará si no te vas en barco con él… ¿O me equivoco? A mí me parece que tú *quieres* ir, desde luego… Me parece que *te gusta* la idea de irte a navegar con tu jefe… No tiene nada de malo, pero después no vengas diciendo que eres distinto de *ellos*… A menos que se te haya metido en la cabeza tirarte a ésa… Aunque, por mucho que quieras, no creo que lo consigas… Además, piensa en las consecuencias para tu carrera: follarse a la mujer de tu jefe en el barco de tu jefe nunca ha sido un buen asunto para

nadie… Es mejor que reserves pronto el vuelo, de lo contrario te quedarás sin él. Venga, venga, venga… Al final, si la cosa cambia y me dan vacaciones, puedo acoplarme luego… Seguro que habrá algún avión… —Y añadió—: Tú mucho hablar, pero no ves el momento de integrarte.

Ivo hacía bolitas con la miga del pan y guardaba silencio.

—Si no quieres que vaya, no voy. No es que deba aceptar por fuerza, siempre puedo poner una excusa. Nos ha invitado porque necesita ayuda y sabe que entiendo de barcos de vela… —El argumento técnico, el de echarle una mano a su jefe, le parece fuerte y plausible. «Debería haberlo pensado antes», se dijo, mientras repetía—: Pero si no quieres que vaya, no voy.

—Haz lo que te salga de los cojones —le soltó ella levantándose y encerrándose a continuación en el baño después de dar un portazo. Aquella noche, en la cama, se dieron la espalda, cada uno encogido en su propia esquina. Al día siguiente, Ivo llamó a la agencia de confianza de Megatecton y reservó un vuelo a Atenas. Serían las primeras vacaciones separados desde que estaban juntos.

«Integrado… ¡y una mierda! La integrada es ella. Quizá nos siente bien estar alejados un tiempo… Eso es una gilipollez, Ivo, sabes que no es así, nunca ha sido así para ninguna pareja que conozcas; las "vacaciones separadas" son un modo no oficial de decir que te vas a follar por ahí, un modo de declarar que con tu pareja se fastidiaría todo, que ya no os divertís juntos, que el sexo no funciona, que andáis todo el día peleando, que ya no soportáis estar siempre pegados, que ya no sabéis de qué hablar, que empezáis a mirar a vuestro alrededor… Quiere decir que *te pone* irte sin ella… Quiere decir que este matrimonio te parece ya una jaula, una constricción, mientras que fuera está el ancho mundo que se lo pasa de puta madre… Las vacaciones por separado parecen una muestra de emancipación, pero son la antesala de la separación… ¿Y si también hubiese separación? Clara ha cambiado, se ha endurecido. Tal vez sea por el trabajo que hace, aunque me parece que está volviendo a las filas… No, ella siempre ha estado en las filas. Las filas de la familia, del Partido, de los burguesillos de

izquierdas, que son los más tristes, desconfían de todo y lo hacen todo con reservas… Yo no soy así… Me está arrastrando a su terreno y luego dice que me estoy integrando… Es que ésta no es la vida que quiero, no es el mundo que quiero; todo esto es provisional, la auténtica vida está por llegar y entonces se lo haré ver… Antes o después alcanzaré el triunfo, como aquella vez que gané el concurso de redacción de la escuela… No, ella tiene razón… Me ha calado muy bien, ha entendido que esta invitación me atrae mucho, que en estas ganas de ir hay ilusión y ambición… Y también un poco de servilismo… Muy bien, ¿y qué? El Jefe de División, alguien que pertenece al empíreo de la empresa te quiere en su yate y tú dejas a tu mujer en la ciudad y vas: ¿qué pasa? Son guapos-ricos-elegantes, tú eres joven, inteligente y estás de buen ver: a ti te basta con eso… ¿Y si Clara te deja de verdad y *se va con otro*?»

Hasta el día de su marcha, Clara puso de su parte para no mostrarse resentida. Fingían que aquellas vacaciones por separado eran algo normal, lo propio de la pareja emancipada que creían ser. Bromeaban sobre el tema, reían, pero en el fondo el asunto les angustiaba y al mismo tiempo les espoleaba, porque suponía una libertad sexual implícita para los dos. Y, aunque ambos se esforzaban por aparentar normalidad, aquellas vacaciones eran el anuncio de algo, tal vez la señal del fin, la aproximación de lo impensable, de una grieta, de un punto de fisura que aparecía como el resultado tácito, pero lógico, del lento alejamiento del que habían sido víctimas los últimos dos años. La noche anterior a la partida de Ivo, el sexo fue muy intenso para los dos.

—Verás cómo al final consigo ir —le dijo ella.

—Ay, sí, por favor, inténtalo… —fue su respuesta. Era una respuesta sincera, pero sólo de la parte de Ivo aterrorizada por lo desconocido. En realidad *quería* ir solo, y Clara lo sabía mejor que él.

De Klerk había contratado a un patrón que ya iba de camino a Grecia con el barco. Ivo le había contado lo de Clara, que no le habían concedido la modificación de las vacaciones. De Klerk dijo algo así como: «Qué pena, habría estado bien que hubiera venido». Luego añadió que aquello podría haberse resuelto si le hubiese

permitido hacer aquella llamada de teléfono. «Pero lejos de mi intención cualquier interferencia indebida…»

—Salimos de Milos, en las Cícladas… A continuación nos dirigimos al sudeste, con el viento… Allí los etesios son fuertes, de modo que de dar bordadas ni hablar…

—¿Cuántos seremos en el barco?

—Seremos seis: otra pareja, una amiga de ellos, y luego Sabina, tú y yo. A lo mejor te toca dormir en la *dinette*.

—Mejor si viene alguien más: manejar una balandra de trece metros entre dos más una mujer cuesta un poco… Sobre todo con viento… ¿Es gente experta?

—¡Claro! Todos salen a navegar… Son simpáticos… Pero el *Falesá* es un barco tecnológico, con timón automático, así que las maniobras más importantes se ejecutan en la bañera. Si quieres, lo puedes llevar solo…

Si hubieran ido los tres, tal vez Ivo se lo habría pensado: estar a solas con De Klerk y su novia, francamente… Pero si había más gente, otros dos amigos más una *chica sola*, la cosa cambiaba. «Hay una chica para mí», pensaba emocionado, aunque tras haber decidido mostrarse compungido por la ausencia de Clara, no lo dejó traslucir de ningún modo, o al menos eso creyó.

Clara se iría a la casa de una amiga en la playa.

—Me voy a finales de la última semana de julio —le había dicho —, a menos que haya algún cambio.

De Klerk y Sabina se marcharon una semana antes que él. En la agencia le dijeron que, si quería coger un barco a la mañana siguiente, sería más cómodo un hotel en El Pireo. A él le parecía bien, siempre que no fuera demasiado caro. Llegó por la tarde en taxi directamente del aeropuerto. Atenas estaba blanca y muy caldeada, el aire candente que entraba por las ventanillas del coche olía a noche urbana y a cemento calcinado, las calles estaban llenas de gente que paseaba y se agolpaba en torno a los quioscos. El hotel de El Pireo daba asco, pero a Brandani no le suponía ningún problema: no le gustaban los hoteles pretenciosos y ese tipo de miseria se adecuaba al «Yo no soy como vosotros» que, pese a estar

a punto de participar en un crucero con un ejecutivo de éxito, o tal vez por eso, seguía estando en vigor. Era como si aquella circunstancia lo obligara a conservarse *políticamente puro*, al menos por dentro, precisamente por las contradicciones que encerraba.

Sólo debía pasar una noche en aquel hotel, y el muelle de atraque del barco quedaba a pocos cientos de metros. En cuanto dejó la mochila en la habitación le dio una bajada de azúcar, así que salió sin darse una ducha siquiera y se dirigió al primer sitio al aire libre que encontró cerca del hotel. Comió mal y con prisas el típico plato griego, pero se alegraba de no haber tenido que ir en busca de restaurantes donde comer-bien-y-gastar-poco, como le habría ocurrido de haber estado con Clara. Ella lo reprendía por aquella pereza gastronómica, aunque lo suyo no era poco interés por la comida, sino más bien miedo al hambre incontrolada que le atacaba sin previo aviso y lo hacía sentirse mal. Aquella noche le sentó como un tiro, como no podía haber sido de otro modo. Era el nerviosismo latente por aquellas vacaciones sin Clara, con De Klerk. Los *kalamarakia* congelados se incendiaron al entrar en contacto con el *ouzo* que se había bebido al terminar de comer, y comenzaron a entrarle ardores de esófago. Dio un paseo por los muelles. Le gustaban los puertos. El aire seguía caliente, pero soplaba una ligera brisa que pronto le secó el sudor frío de la frente y de la espalda. Se encontraba un poco mejor, sacó un par de Maalox del viejo bolso juvenil de cuero que llevaba en bandolera y los masticó. El leve viento nocturno lo embestía con más fuerza al doblar las esquinas y le gustaba. De vez en cuando la panorámica se abría al mar, donde, en el reflejo de las luces de los barcos fondeados, se veían las encrespaduras producidas por las ráfagas. Faros amarillos. Grúas. Astilleros. Olor a agua de dársena corrompida. Fragancia a alquitrán, a nafta, a grasa, a combustión diésel, a barniz marino, a salitre ferroso, a herrumbre. Su mente se vio invadida por el recuerdo de antiguas vacaciones de sol y playa en la Ciudad de Mar, donde iba de niño. Duró sólo unos instantes, pero bastó para hacerle cambiar de estado de ánimo. La ansiedad por las incógnitas de aquel viaje se atenuó; la reserva mental, el «Yo no soy como vosotros», se estaba

dulcificando. Estaba solo, era libre, aún joven, gustaba a las mujeres, ganaba bastante dinero, tenía un futuro por delante, se estaba labrando buenas amistades. Nada podía existir fuera del capitalismo, así que, ¿de qué servía hacerle frente? ¿Y qué tenía que ver Clara con su futuro? Ahora estaban aquellas vacaciones en barco por las islas. Gente con dinero, poder y mujeres guapas. ¿Qué quería Clara? Que se fuera ella a las playas de Francia.

En Atenas había estado hacía muchos años, de crucero con la escuela. Muchos de sus compañeros se habían ido de putas a El Pireo y luego habían vuelto al barco completamente excitados entre risitas sarcásticas y habían intercambiado comentarios y valoraciones sobre sus respectivas experiencias. Él, no; le habían dado miedo aquellas rubias, nada naturales y fofas, que hacían la calle por la zona del embarcadero. A pesar de la sordidez de los relatos de sus amigos, en aquel momento se arrepintió de no haber aprovechado la ocasión de interrumpir una secuencia infinita de pajas e irse, por fin, con una mujer. Aquella mugre desoladora lo repelía y lo atraía al mismo tiempo. Antes de su muerte, Padre se lo había llevado aparte y lo había puesto en guardia acerca del peligro de las enfermedades: «Por un instante de placer puedes arruinarte la vida; si no te queda otra, usa una goma… Además, ¿qué gusto hay en pagar a una mujer?». Ivo se había asustado mucho y, cuando llegó su oportunidad, no se unió a aquellas expediciones de putañeros imberbes y carcajeantes.

Entró en un bar a comprar tabaco. Tenía sed. Dentro había luces tenues, música a todo volumen, un tipo que bebía en la barra y tal vez un par de putas. En su inglés básico pidió que le sirvieran medio fernet Branca en un vaso de tubo. Le costó un poco hacerse entender, pero al final pudo disfrutar de la sensación de paz gástrica que proporciona el calor del fernet. Se sentía cada vez mejor, cada vez más libre y alejado de Clara. Se le acercó una chica: pelo oxigenado, ojos y cejas muy negros y una pelusilla oscura sobre el labio superior. Intercambiaron algunas palabras, siempre en inglés; ella decía que se llamaba Irini y profirió algunos términos en lengua peninsular. La invitó a una copa, salieron. Era muy joven. Una vez

fuera la atrajo hacia él, le apoyó las manos en los costados y los notó extrañamente flácidos. Se llevó a la chica a la habitación, el portero no puso objeciones. El cuarto estaba caldeado, y las paredes, punteadas por las manchas de los mosquitos aplastados. Ella se desnudó al instante, lo condujo al baño, le desabrochó los pantalones y le lavó la polla con cuidado. Era pequeña, de formas pesadas, con senos ya cansados, lo llamaba *honey*. Lo cogió de la mano y lo sentó en la cama, le quitó los pantalones y los calzoncillos y se la metió en la boca. Al cabo de unos minutos, sonó el teléfono justo al lado, Irini se interrumpió, levantó la cabeza y lo miró con aire interrogativo. «¡Clara! ¿Por qué le habré dado el número del hotel?» Pensó en no responder, pero, mientras le hacía una señal a la chica para que continuase, descolgó el auricular y dijo:

—¿Diga?

Clara quería saber cómo le había ido el viaje, cómo estaba, si había comido, cómo era el hotel. Ella acababa de enterarse de que le habían denegado definitivamente la modificación de las vacaciones: aún le quedaban diez días que pasar en la oficina. Él, que no sabía qué decir, le daba respuestas breves:

—Qué raro… Qué pena… Pero qué hijos de puta… ¿Hace calor?

Hablar con su mujer mientras una puta griega se la chupaba lo excitaba de manera espasmódica.

—Raro, lo que se dice raro, no es —dijo Clara—, pero no pasa nada, este año ha sido así. Aquí hace un calor que no veas…

—… Aquí también…

—¿Estás bien? Te noto distinto… ¿Qué te pasa?

—Nada… Estoy cansado.

La conversación continuó así durante menos de un minuto, mientras Irini seguía trabajándole la polla con habilidad profesional. Clara no le preguntó nada de De Klerk. Él le dijo que cogería el barco al día siguiente. Colgó y acto seguido se corrió. Se abandonó al orgasmo sin preocuparse de otra cosa que no fuera de disfrutar. Sentía cómo le salía el esperma a chorros a cada espasmo de las caderas, se vio invadido por una sensación de libertad, de dominación. «La primera vez… ¡La primera vez en mi vida que me

voy de putas!» Había disfrutado de un modo distinto y desinhibido, sin preocuparse de nada salvo de su propio placer. La chica había terminado su trabajo y lo limpiaba con un pañuelo de papel húmedo. Brandani entendía lo mucho que se había alejado de Clara, con su cultura comunista heredada, los moralismos y las desconfianzas hacia todo lo que no coincidiera con sus convicciones. Se sentía como si unos minutos antes hubiese saltado a otro universo, distinto al de su mujer. «Yo no soy como ella.»

El barco hacia Milos debía partir a las ocho y media de la mañana, pero a las nueve seguía cargando. Estaba lleno de chicos que buscaban un lugar cómodo donde estirar el saco de dormir. De camino a la popa, Brandani había encontrado una hamaca de plástico libre y se sentó a fumar a la sombra, en la amurada.

«Tienen esas mochilas técnicas, estrechas y altas, con armazón de aluminio, bonitas. La mía tira de los hombros, me quiere volcar… Calor insufrible ya a esta hora. Apesto a sudor. Sabe Dios dónde está el centro de El Pireo. Hay un montón de barcos fondeados… Fuera hace viento, mar adentro hará fresco, a ver si zarpamos de una vez. No me distingo mucho de ellos… Se arrellanan tranquilamente en el puente con las alfombrillas de goma. *Tiburón*: todos con el mismo libro. El café estaba asqueroso, me ha achicharrado el paladar, la *tiropita* ya me está dando ardor de estómago… Efecto inmediato… Barniz blanco y verde, capa sobre capa, pompas de herrumbre, desatornillar esos tornillos ya es imposible… Este barco es un cuerpo único de herrumbre bajo el barniz… Botes salvavidas soldados al casco con el barniz… Está hecho de barniz, bajo el barniz todo está podrido…»

Observaba a los chicos que habían subido a bordo y experimentaba cierto malestar, una envidia secreta. Le ponía de los nervios su estado de confusión suspendida, su no tener que decidir nada realmente importante, la arrogancia latente que subyacía a aquel dejarse llevar en el tiempo y en el espacio, fumando, riendo, hablando, leyendo, durmiendo. Para él ya no era así: a pesar de sus treinta años, ya se sentía escindido de la juventud. Aquellos chavales

pasarían las siguientes noches en playas solitarias del Egeo. Él en un barco con su jefe, un directivo de empresa, y sus amigos. El verano del 69 había sido así, para él y para Clara, como el de aquellos chavales. El sur de la península les resultaba lejano y muy caluroso. Estaban en la isla de Vulcano la noche en que el Apolo 11 había llegado a la Luna. Los bares y los hoteles estaban llenos de gente que seguía el acontecimiento en directo por la tele, pero él se había dormido y no había visto nada. A lo mejor hubo algo entre Clara y el cachas que le daba clases de submarinismo. A lo mejor lo que le provocaba aquella sensación trágica de apocalipsis era el volcán que echaba humo por la noche. Pasaron el resto del verano en tienda de campaña de isla en isla, sin una lira, sin comer apenas nada. Le vino a la mente aquella noche en el puente del barco que los llevaba de vuelta al continente, las estrellas, los soplidos incandescentes del Estrómboli, que había emergido mil metros del mar, la vida que se abría delante y parecía una calle sin fin…

«Tienen el pelo rubio, todos son rubios, con los ojos claros, vacíos… La gente de este barco, marineros con el cigarrillo perenne en la boca y pinta de que todo se la suda. De verdad, a los pasajeros ni siquiera nos ven, mira cómo suben ese armario a bordo… ¡Bum! Eso, muy bien, sabe Dios dónde le han dado el título al gruista… Agua llena de nafta, cosas asquerosas flotando, mújoles…

El olor del puerto volvió a atraparlo, trayéndole a la mente aquel crucero que hizo con la escuela hacía una eternidad. Bajaban a tierra con los botes porque en aquella época había pocos puertos en condiciones. Un marinero sin los dientes de delante, que reía: «*Nice pictures, very interesting, only for men*, poco liras». «¿Qué coño es eso? ¡Enséñamelo!» Matas de pelo negras. Pollas y coños en blanco y negro, ¿quién los había visto hasta entonces? Parecían moluscos abisales, organismos misteriosos, incomprensibles, repugnantes. Pedrini conseguía pulirse el sable solo en la litera de arriba: apoyaba los pies en el techo de la cabina, se doblaba por la mitad y lograba metérsela en la boca, no se avergonzaba, todos se reían. Las fotos porno. Todos, excepto Ivo, compraron una o dos. Luego, concurso

de pajas a ver quién salpicaba más lejos. Salí antes de saber quién era el ganador.

«Fue un viaje de Semana Santa, con una tempestad en las aguas de Creta… Gente que vomitaba y gente que le daba al manubrio… El *Kriti* era blanco como este barco… Cerca del puerto de Alejandría se cubrió de moscas… ¡Dios, es el fin! ¡Es el fin: no iré más a la escuela, no estudiaré más! Me quedan dos semanas por delante y este barco ya es un presagio… Algo que se va lejos y se pierde, algo que se disfruta… El sudor del capitán en aquella camisa caqui, manchas blanquecinas, salobres, sandalias de cuero de imitación, aquí todos las llevan… Grita y fuma, se desgañita…»

El barco iba completo, en el puente de tercera clase no cabía un alfiler, él tenía un billete de segunda, el puente de segunda estaba medio vacío.

«No hay nadie, salvo esos dos… Ése es francés, con ojos fríos y verdes, la cara de francés… Ella… ella sí. Se morrean… ¿Es peninsular? ¿Griega? Lo que sí es seguro es que no es francesa… Es griega… Corte de pelo estilo casco, falda corta, piernas bronceadas, largas, nervudas, inusuales por estos lares… El saco de dormir en el suelo y ahora a cerrar los ojos, el dinero y los documentos están aquí, en la mochila… La mochila está debajo de la cabeza, el pañuelo sobre los ojos… Partimos, nos vamos… Este barco vibra como un tambor… Los que iban de putas a El Pireo llevaban el dinero y los Marlboro en el bolsillo y, en cuanto volvían, contaban algo aséptico: "Te la lavan, ¿sabes? Antes y después".

»Qué asco —pensaba, pero no sabía nada, no sabía cómo iba la cosa, qué pinta tenía una puta, una mujer, nada…—. Anoche lo comprobé: es verdad que te la lavan antes y te la limpian después. Aquí da la sombra, basta con volverse hacia esta pared barnizada de blanco, cerrar los ojos y ya está: sólo hay que relajarse y dormir, me quedan algunos cigarrillos… El viento de alta mar disipará el calor… Todos leen *Tiburón*. Calamares fritos… Podría quedarme aquí para siempre, sin dar un palo al agua… El olor de los puertos en verano… Marcharme para siempre, nadie me encontraría… Desaparecido, yo

también leería *Tiburón* durante todo un Verano sin fin… Luego bajo y me compro un paquete de Karelia.»

Era primera hora de la tarde, Nico y Sabina lo esperaban en el muelle del puerto de Milos. Fue raro volver a ver a De Klerk en aquel lugar, tan lejos de la empresa y de su papel, ligeramente bronceado ya, con camiseta y pantalones cortos, con las piernas delgadas. Fue cordial, pero no efusivo. Cortés, pero de un modo que a Ivo le pareció distraído. Habían ido a recogerlo al barco con la gabarra del *Falesá*, fondeado aguas adentro, enfrente de la bahía. Sabina llevaba una camiseta de punto blanca encima del bañador: cuando lo besó en las mejillas, Ivo inspiró el olor a aire de su pelo y su habitual perfume, extraño y perverso. Le pareció guapísima con aquel ligero dorado en la piel. Apenas le sonrió.

«Seguro que le ha llegado mi olor a sudor, a barco sucio.»

Brandani estaba muy cansado. Se quitó los zapatos, se subió a la lancha neumática y metió la mochila debajo de la proa. A continuación se sentó en el borde húmedo, los pies descalzos se estremecieron en aquella poca agua que se agitaba en el fondo del bote. Tal vez fuera aquella humedad la que volvió a desencadenar la sensación de desorientación que había experimentado durante unos momentos en El Pireo.

«¿Quién me manda a mí meterme en estos berenjenales? ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién es esta gente? Paisaje desconocido, lugares y personas extraños, este bote, De Klerk y compañía, y sus huéspedes, a los que no he visto nunca…»

Pero acto seguido se corrigió: «Adaptarse, adaptarse rápidamente, sólo son vacaciones… Sólo vacaciones…».

El *Falesá* era una balandra preciosa, con una bonita bañera, doble timón y una caseta de derrota bien diseñada que apenas sobresalía del puente de teca en forma de abultamiento. Subieron desde la popa, donde una plataforma descendía hacia el agua y, desde allí, con una escalerilla, se accedía al barco. Observó a Sabina de abajo arriba mientras trepaba por la escalerilla y vio un culo bien

esculpido, aunque un feo antojo rojo asomaba por el vestido en la parte trasera del muslo izquierdo, bajo la nalga.

—¿Y los demás? ¿Están en tierra? —preguntó una vez a bordo.

—¿Eh? —soltó De Klerk distraído—. ¿Los demás?

—Dijo… *dijiste* que habría otros amigos, es decir, que iban a llegar tres personas…

—Ah, sí, perdona… Es verdad, ya no me acordaba… No, no están, se han echado atrás en el último minuto. La pareja tenía problemas familiares… Creo que la madre de ella se ha puesto enferma. Y, claro, la chica tampoco ha venido… Es que es amiga de ellos. Yo no la conozco. No hemos sabido nada. No he insistido. Estamos nosotros tres solos… ¿Algún problema?

—Claro que no —dijo Brandani a media voz.

Mentía, porque lo que le entró por el cuerpo fue una irritación furibunda. Se sentía estafado. «¡Menudo plan, quince días aquí solo con estos dos!» Pero ¿qué podía hacer ya? ¿Irse? Imposible, los dos solos no conseguirían maniobrar el barco, así que abandonarlos estaba descartado, significaría romper con De Klerk, con obvias consecuencias para su futuro laboral, justo ahora que empezaba a despegar. No tenía escapatoria y estaba muy cabreado. Se le vinieron a la mente los chicos del barco, libres de recorrer tranquilamente las islas con sus sacos de dormir. De repente se sintió un rehén.

«¡En este barco de mierda, en una isla de mierda, en una rada de mierda y en un marrón de mierda! Clara tenía razón: "No te fíes demasiado, Ivo"… Anda y que le den por culo a ella también…»

De Klerk pareció captar su estado de ánimo a la perfección. Se quedaba mirándolo y lo escudriñaba, frío, cortés. Parecía decir: «¿Qué vas a hacer ahora? Porque irte no te puedes ir».

—Bonito barco —dijo Ivo, y desvió la mirada a los aparejos, al timón, a la gran botavara negra con secciones rectangulares. Todo destilaba solidez, la mejor tecnología, calidad, dinero. Brandani era ingeniero, navegaba, apreciaba estos detalles, le interesaban, le proporcionaban placer. De Klerk comenzó a explicarle unas cuantas cosas del *Falesá*.

—¿Por qué ese nombre? ¿Qué significa? —preguntó Ivo.

—Stevenson —respondió—. ¿Lo has leído? Aparece en un relato de Stevenson. Se titula «La playa de Falesá». Lo leí hace muchos años, ya no me acuerdo ni de qué iba… Sólo del nombre, *Falesá*. Lo llevo a bordo, por si te apetece leerlo. Lo tienes en la estantería de la *dinette*. Ah, debo decirte una cosa, Ivo: aquí sólo existe una regla, pero es férrea: prohibido-hablar-de-trabajo.

Algunas maniobras eran eléctricas, como la driza de la vela mayor, las escotas del génova y los terceroles de arrollamiento del foque y la cangreja. Tenía el timón automático, un bonito panel de navegación e incluso un radar: en caso de necesidad, podías pilotar aquel barco solo. «Qué pedazo de barco, sabe Dios lo que le habrá costado», pensaba Ivo. Dentro había tres camarotes, un baño confortable, acabados de madera y un diseño muy cuidado, sobrio. Eligió uno de los dos camarotes de invitados. Bajo la cubierta se apreciaba un fuerte olor a madera y a crema solar, mezclado con el perfume de Sabina. Había un bikini tirado en el pequeño sofá. Revistas, libros, cartas náuticas, no podía evitar fijarse en todo. La belleza y la comodidad de aquel barco atenuaron su rabia y su malestar. Se instaló, se dio una ducha y subió a cubierta. En cuanto puso un pie en el puente, lo embistió un viento caliente y constante, cargado de los aromas del monte bajo mediterráneo: el Egeo, que no conocía, y el Dios Verano, que adoraba desde siempre, lo acariciaban con benignidad.

De Klerk dijo que podían partir de inmediato:

—Si quieres, nos vamos ya. Tenemos agua, la gambuza está llena, todo está en orden. Rumbo sudeste, sí. Las Cícladas y, después, más al sur.

Al terminar el recorrido dejarían el *Falesá* en Rodas. Alguien iría a recogerlo para llevarlo a casa. Le mostró la ruta que había estudiado en el mapa y dijo que por el camino decidirían posibles alternativas, dependiendo del tiempo y del estado de la mar. Ivo estaba aturdido. El viento había amainado un poco, pero seguía siendo constante, y el puente se balanceaba un poco. Una ligera náusea, un dolor de cabeza. No sabía qué decir sino sí, que por él sí, que sólo tenía que

descansar un poco. Sabina se había sentado en la bañera con ellos, se había puesto una sudadera y callaba, con las piernas desnudas y la piel de gallina. Nico comentó que había una isla al sur a poca distancia, que en ese momento no recordaba su nombre, pero que sabía de una bahía desierta y protegida del viento de noroeste, añadió que con aquel viento no tardarían más de tres horas, tres horas y media como mucho, que podrían pernoctar en la rada. Ivo volvió a decir que sí.

—Échanos una mano con el ancla y las velas y luego vete a descansar. Ya nos encargamos nosotros.

Salieron de la rada a motor, izaron el foque y la cangreja y pusieron rumbo sudeste. Hacía viento y había olas. El barco se mecía y sentía más náuseas. Se tomó una Xamamina y se echó en la litera. Se alegraba de estar en el mar, en *aquel* mar, pero le molestaba mucho que en el barco sólo estuvieran Nico y Sabina. No había hecho más que ponerse a pensar en estas cosas cuando se quedó dormido.

La bahía de la que había hablado De Klerk estaba tranquila y resguardada de los vientos occidentales. Entraron al anochecer, cuando salía de allí un buen caique de pesca con la proa alta, blanco y celeste, bien hundido en su misma ola. El hombre al timón, con el cigarrillo en la boca, les lanzó una mirada y luego saludó con una seña. El sol se había puesto por detrás de las elevaciones de la isla. Brandani se había despertado después de casi tres horas, bañado en sudor, con la boca seca. Los etesios los habían empujado a una buena velocidad. El *Falesá* a toda vela era espléndido. Cuando estuvieron resguardados, apuntaron con la proa al viento y arriaron el foque y la cangreja para entrar a motor. Tenía que familiarizarse con los mandos, pero las maniobras eran fáciles. En la rada, el viento amainó y el agua se quedó como un plato. Los surcos de las olas centelleaban en tonos verdes y violáceos. Echaron el ancla. De Klerk y Sabina desaparecieron bajo cubierta para lavarse y cambiarse. Ivo se sentía un poco aturdido por culpa de la Xamamina, pero volvía a encontrarse bien, las náuseas habían pasado, tenía hambre. Se afanó en la cocinita e hizo un plato de

pasta con atún. Sabina preparó una ensalada griega, con aceitunas y queso feta. En la gambuza había vino blanco. Cenaron al aire libre, bajo el toldito. Continuaron hablando de la ruta de las siguientes dos semanas.

—Bajamos hasta Rodas, todo al través o de popa. Ya irán de bolina los que me lleven el barco de vuelta —dijo De Klerk con voz pastosa—. Nosotros nos lo vamos a tomar con tranquilidad.

Ya tenía la piel oscura, pero ligeramente enrojecida, la nariz blanca por la crema, la cara grasienta. Bajo la amabilidad de sus palabras se notaba su indiferencia habitual. Desde que había subido al puente, Ivo había notado en él cierta decisión, una impaciencia autoritaria a la hora de darle órdenes para las maniobras.

«Él es el comandante y el patrón del *Falesá*… En los barcos la gente cambia, y de él me esperaba un comportamiento de este tipo, es normal. Además, está acostumbrado a mandar… Y yo, de todos modos, soy uno de sus subordinados… Vamos, Ivo, te considera un amigo, de lo contrario, ¿por qué iba a invitarte al barco? Joder, es mi jefe en el trabajo y sigue siendo mi jefe también de vacaciones; tonto yo que he venido… Aunque es normal, la responsabilidad del barco es suya…»

Estas consideraciones, tan confusas, le producían ansiedad, una tensión que quizá De Klerk ya percibía. «Veremos qué pasa durante los próximos días —pensaba—. Tenía razón Clara, no debería haber venido.»

Sabina hablaba poco, fumaba, contemplaba el mar. Ivo fue a tumbarse en la proa, aquella era su primera Noche Egea verdadera, a la que seguirían muchas otras. El silencio casi perfecto estaba marcado por el rumor del agua contra el casco, por las drizas que chocaban de vez en cuando contra el mástil, por alguna racha de viento más fuerte que sacudía las jarcias. Recortada contra el cielo estrellado se percibía nítidamente la silueta negra y fragante de la isla. Se veía bien la Vía Láctea, reconoció algunas constelaciones. Había visto a bordo un manual de reconocimiento astronómico con un mapa del cielo. Lo consultaría al día siguiente. Ahora estaba bien,

aunque aún perduraba la sensación sutil y paranoica de ser un rehén.

—Me voy a dormir, portaos bien —dijo De Klerk al cabo de una hora, y bajó. En la calma casi absoluta se oyó el rumor del agua que corría en el baño, a continuación un trajín bajo la proa en el camarote doble, luego el silencio. Sabina fue a sentarse al lado de Ivo.

—¿Has visto qué bonito? —dijo.

Ivo respondió que sí, que era muy bonito, que ya no estaba acostumbrado, que le venían a la mente las vacaciones en barco que había pasado de niño en el archipiélago frente a la Ciudad de Mar. El vino le había soltado la lengua. Hablaba con fluidez, en voz baja, con los ojos entrecerrados, sin la cohibición que normalmente le hacía sentir Sabina. Llegados a un punto, ella alargó una mano hacia él, se la metió por debajo de la sudadera y le acarició el vientre.

—¡Qué joven eres! —le dijo, mientras los dedos que le rozaban la piel lo hacían estremecer.

Ivo se quedó estupefacto, confuso. «Lo que me faltaba», pensó de repente. Tras unos instantes, le cogió la mano y se la apartó con la mayor delicadeza posible.

—No te enfades… —le dijo con voz muy queda para que no lo oyera De Klerk, que estaba en el camarote justo debajo de ellos—. Perdóname… Pero la verdad es que no me parece lo mejor…

Con la sombra del pelo no conseguía verle la cara, pero ella dijo algo, en voz muy baja y seca. Luego se levantó y se fue.

¿En qué puto marrón se había metido? ¿A qué coño venía aquello?

«Cuando le gusto a una mujer, me doy cuenta, ¿cómo es que hasta ahora no me he coscado de que le gustaba a ésta? Mira que Clara te lo decía… ¿Qué quiere? ¿Qué va buscando? ¡No pensará tener una aventura aquí, en el barco, en las narices de su marido, con el pequeño detalle de que ese marido es mi jefe! ¿O es que quieren hacer un trío? ¡Dios! Aquí me puedo jugar el puesto…»

En ese momento le entraron unas ganas retroactivas de Sabina y se quedó allí, tumbado en la oscuridad fumándose un cigarrillo tras

otro hasta que se le bajó la erección, los ojos comenzaron a cerrársele y el frío se dejó sentir. Fue entonces cuando bajó al camarote.

Muy temprano por la mañana siguiente ya hacía calor. Todos dormían aún. En cuanto Ivo se despertó, lo primero que hizo fue subir a cubierta y zambullirse en el mar por la popa. El agua estaba extremadamente cristalina, fría y lo sostenía con amabilidad. El agua del mundo seguía allí, inmensa y traicionera, en apariencia pura y acogedora, bellísima. Era el agua de su infancia y de su juventud. Moléculas que ya lo habían atravesado sabía Dios cuántas veces antes de volver al mar. Subió al *Falesá*, el latigazo de aquella zambullida lo había puesto de buen humor, se dirigió a la proa, donde había una ducha de mano.

—¡No te pases con el agua, que no podemos reabastecernos hasta mañana por la noche!

Era De Klerk, desagradable, desde la popa. Ivo ya estaba girando la llave. Se detuvo.

—Vale, tendré cuidado, me doy una ducha rápida —le dijo, y a continuación le preguntó si había dormido bien.

—Bien, sí. Hazme un café. Hay una cafetera grande en el bargueño de la cocina. Lo necesito.

Y se tiró por la borda. Poco después salían de la bahía, izaban la cangreja y el foque y se ponían en ruta hacia el este.

Antes de partir, mientras se bebían un café por el que nadie le había dado las gracias, Ivo escuchaba el plan de navegación de De Klerk.

—Podemos poner rumbo al este hacia Síkinos, pasar por el norte de Íos, bordearla y luego tirar hacia el sur camino de Ánafe y continuar hacia un grupo de islitas desiertas que conozco. Después, de nuevo al este hacia Rodas. O, si quieres, pasamos por debajo de Folégandros en dirección a Santorini.

—Nunca he estado en Santorini, me gustaría verlo —dijo Ivo.

Pero De Klerk lo cortó en seco:

—Hay un montón de gente en esta época. Nos dirigiremos a Íos. Ve al cabrestante del ancla, vigila que la cadena se enrolle sin problemas.

Había pronunciado esta última frase de manera perentoria, al tiempo que giraba la llavecita del motor.

Mientras Ivo levaba el ancla, pensaba: «¿Que nunca he estado en Santorini? ¿Que me gustaría verlo? Bien, a De Klerk no puede sudársela más. Primero dice: "Si quieres, pasamos por Santorini". Y luego dice: "No, de Santorini nada, lo hacemos así y punto"».

El *Falesá* navegaba ya a toda vela cuando Sabina emergió por la escotilla, adormilada. No dijo nada. No sonrió. No los miró. Mientras se dirigía hacia la proa, Ivo vislumbró de nuevo aquel antojo rojo que asomaba por debajo del vestido, en el glúteo izquierdo.

Fue una bonita jornada de mar y de viento. El *Falesá* era un barco magnífico. «A saber quién se lo ha puesto tan bien a punto», se preguntaba Ivo. Al navegar a orza no ejercía presión en el timón y a un largo hacía casi diez nudos. De Klerk le pidió que se quedara en la rueda un par de veces durante algunas horas. El resto del tiempo Brandani holgazaneaba o se ocupaba de las maniobras para coger confianza.

Una vez cerca de Folégandros viraron para dirigirse un poco más al norte. De repente, De Klerk ordenó sin previo aviso:

—¡Listos para virar!

Poco después, dijo:

—¡Viraa!

Y comenzó la maniobra. Ivo, al que le pilló por sorpresa, empezó a soltar la escota del foque, pero no conseguía liberarla del carro. De Klerk veía que estaba en apuros, pero le gritaba de igual modo:

—¡Venga, venga, venga, rápido!

Y proseguía decidido trazando la virada. Lo que pasó fue que el foque alcanzó el cuello antes de que Ivo consiguiera largar del todo la escota de barlovento, con lo que el barco se frenó y dio un bandazo. Pero al final lo consiguió y, mientras se afanaba con el cabrestante de la escota de sotavento, oyó que De Klerk le gritaba:

—Me has mandado el foque al cuello, podría haberse rasgado. Dices que has navegado antes, pero no lo parece. ¿Dónde has aprendido a virar así?

Ivo se acercó al timón tratando de mantener el equilibrio sobre el puente inclinado y, más que nada, de mantener la calma.

—Perdona, Nico —le respondió—. No me has dado tiempo… ¿Qué necesidad hay de virar de repente, sin avisar? ¡Que no estamos en una regata! ¿Quién nos persigue? Todavía tengo que hacerme con el barco, ¿es que no lo ves?

—Te persigo *yo*. Si digo «vira», significa «V-I-R-A», ¿entendido?

—Pero ¿por qué has virado?

—Porque sí. Aquí mando yo, ¿estamos?

Brandani se dio cuenta de que De Klerk tenía una expresión cansada y aturdida, como si lo que estaba haciendo le molestase, como si se hubiera arrepentido de invitarlo al *Falesá*, como si no lo considerase a la altura.

«O a lo mejor no —pensaba—. A lo mejor sólo está deprimido, quizá tenga problemas con Sabina. Si todo fuera bien entre ellos, no se habría comportado así anoche. Pero ¿quién es Sabina? ¿Qué significa para él?»

Mientras tanto, Sabina estaba en el camarote. Tal vez estuviese dormida, porque antes de bajar había pedido que no se hicieran maniobras demasiado bruscas.

Hasta con ella fue desagradable Nico:

—Eso, tú vete a dormir, que de llevar el barco ya me ocupo yo.

Dijo «yo», no «nosotros».

Pasaron el día así, navegando a vela. Por la tarde fondearon en el puerto de Síkinos. Atracaron en el embarcadero al anochecer. A pesar del tono desagradable de De Klerk, que lo había tratado poco menos que como a un marinero a sueldo, a pesar del mutismo de Sabina, navegar a vela con aquel barco, con viento fresco y a favor, había sido un placer. Ivo sintió un flechazo intenso y repentino por el *Falesá*. Le ocurrió de un modo que quien nunca ha navegado en barco es incapaz de comprender. Es una mezcla de gratitud, admiración, entrega y afecto, es esa sensación de pertenecer al

barco, de encargarse de su mantenimiento, dedicarse a sus maniobras, concentrarse en todo momento en su salvaguarda: así es como la embarcación en la que navegamos nos salva de las aguas.

Los siguientes días fueron bastante parecidos al primero. Siempre con alguna isla violeta en el horizonte, montañas, nubes. Se cruzaban con grandes ferris llenos de gente. Al atardecer fondeaban en alguna rada solitaria o en los puertos donde era posible aprovisionarse. Hacían la compra, llenaban los depósitos de agua dulce, cenaban en tierra. En los restaurantes Nico nunca consentía que pagara, del mismo modo que *jamás* permitía que contribuyese en los gastos correspondientes a la compra de provisiones, el pago de los amarraderos y el reabastecimiento de la gambuza. Aquello lo incomodaba, no se sentía en condiciones de igualdad, como si fuese un niño. Las primeras veces había protestado, pero De Klerk no atendía a razones, es más, se había enfadado cuando Ivo había comprado algo por iniciativa propia, así que después de unos días había dejado de protestar: ¿que lo quería pagar todo él? Pues que lo pagase. Sus charlas a la hora de la cena, ya fuera en la bañera o en otro sitio, se habían vuelto sobrias, lacónicas. Hablaban del barco, de los turnos y de las rutas que iban a seguir, de la comida que estaban comiendo. Se hacía algún comentario sobre los sitios, pero por lo demás era como si a De Klerk no le interesara nada de lo que Ivo pudiese decir, mientras que Sabina solía callar, fumaba y miraba a su alrededor. Se arreglaba mucho, siempre iba maquillada, lucía el bronceado perfecto, no demasiado oscuro, dorado. Todo lo que se ponía lo elegía con cuidado.

Además de no sentir ya el aprecio de su jefe, que antes le había demostrado una gran estima e interés, Brandani empezaba a verse como un rehén atrapado entre dos fuegos. Por un lado De Klerk, que cada vez lo trataba más como a un subalterno —interrumpiéndolo y contradiciéndolo en cuanto abría la boca— y se estaba volviendo más nervioso, desagradable, autoritario y, en ciertas ocasiones, hasta grosero. Por otro Sabina, que callaba pero que no dejaba de insinuársele de manera cada vez más descarada, le acariciaba el culo

a escondidas y, cuando se cruzaban en los espacios reducidos del barco, se le restregaba con toda la intención. Lo hacía en silencio, sin pronunciar una sola palabra. Cuando a Ivo le era posible, evitaba pasar a su lado, pero en el barco resultaba difícil. Era muy guapa, pero siempre llevaba el bañador puesto, no se quitaba ni siquiera la parte de arriba del bikini. Hablaba poco y, cuando lo hacía, decía cosas irreflexivas, llenas de indiferencia, como si le diera igual decirlas o no. No mostraba un verdadero interés por nada. El mar, las islas, la navegación, las inmersiones: en sus raras reflexiones, todo parecía de una sustancia uniforme, poco significativa. Le gustaba tomar el sol, bañarse y los gatos, que iba a buscar en los embarcaderos de los puertecitos y por las calles de los pueblos. Los gatos callejeros de las islas son ariscos. Una vez volvió al barco con las manos llenas de arañazos y un bonito cachorro pelirrojo en los brazos, con la «cara egipcia, malo», decía. Cuando De Klerk le ordenó que lo devolviera a tierra de inmediato, ella no protestó y obedeció con total docilidad lanzando al micho directamente de la bañera al embarcadero, donde el animal aterrizó como sólo saben aterrizar los gatos. Se tiraba horas y horas en la proa, tumbada al sol sobre unos colchoncillos delante de la caseta de derrota, donde a Ivo le gustaba tenderse de noche a contemplar el cielo. De vez en cuando ayudaba con las maniobras, pero se daba por descontado que aquello era tarea de Ivo, como preparar el café por la mañana y la pasta por la noche. Ella como mucho hacía una ensalada, porque existía el acuerdo tácito de que el cocinero era Brandani, que se veía obligado a quedarse junto a los fogones como mera muestra de gratitud por aquella hospitalidad completa.

Con De Klerk, Sabina demostraba cierta sumisión, nunca verdadero afecto. Jamás un gesto tierno, una caricia, un beso, una palabra dulce: no obstante, dormían en el mismo camarote. A Ivo le costaba imaginar qué tipo de relación tenían, pero se tratara de lo que se tratase, estaba decidido a mantenerse al margen. Es más, si le importaba lo que quedaba de su amistad con Nico (con todo lo que aún podía significar para él), *debía* mantenerse al margen y, en consecuencia, *debía* hacer frente a sus insinuaciones.

El barco se hallaba fondeado en una rada, a resguardo de los etesios, era primera hora de la tarde, hacía calor y se disponían a recorrer un breve tramo de mar —tal vez un par de horas de navegación hacia Amorgos, una isla justo enfrente, a una decena de millas de distancia— cuando Ivo bajó un momento a la *dinette* para beber un vaso de agua y Sabina, que lo abrazó por detrás, le metió la mano dentro del bañador. El placer que experimentó fue inmediato, pero la apartó *casi* al instante. Con todo, la había dejado hacer un momento de más y ahora tenía una erección, espontánea y pagana, sentía la polla irreductiblemente dura, como algo con vida propia, autónomo por completo. De Klerk, que hacía ya un rato que trajinaba en la bañera con el arranque del motor, lo estaba llamando:

—¡Ivo, al cabrestante del ancla! —le ordenaba tranquilo y arrogante.

—¡Un momento, que tengo que ir al baño! —respondió desde lejos, empujando a Sabina hacia la escalerilla.

Entró en el baño, se sacó el pene del *slip* y lo puso bajo el agua fría del lavabo. No había nada que hacer. De Klerk volvió a llamarlo, cada vez más impaciente.

—Ivo, por el amor de Dios, hazlo después —estaba diciendo. Y añadía—: ¡Tienes todo el tiempo del mundo después para ir al servicio! ¿Andas con problemas de vejiga o qué? ¡Date prisa, que no quiero llegar de noche!

Brandani subió a cubierta y, en cuanto asomó por la escotilla, notó la mirada irónica de Sabina posada en su bañador. Bajó la vista y vio que estaba empapado del agua que acababa de echarse. Y la erección no bajaba. Hasta De Klerk se dio cuenta, se lo quedó mirando con frialdad y dijo:

—Ve al cabrestante. —Luego, en voz alta—: Está hecho todo un machote… Podríamos llevarlo a que se limpiara las tuberías a Miconos. Es una especie de pornoisla.

Poco después, dirigiéndose a Brandani cuando éste volvía de la proa:

—Ivo, debemos llevarte a que te aparees o te van a explotar las pelotas.

Se reía y apartaba la mirada hacia el mar.

Continuó diciendo cosas por el estilo, refiriéndose a Sabina, sin mirarlo a él en ningún momento. Decía «debemos», «lo llevamos», ostentosamente, como si hablase del perro de a bordo. Siguió repitiendo de manera obsesiva la misma frase. Luego empezó a meterse con Sabina, preguntándole si había visto «un buen badajo» bajo aquel bañador y si le gustaba. Ella lanzaba débiles protestas y Nico continuaba impertérrito:

—Confiesa que te lo estás pensando, ¿eh? ¿Eh? Esta vez te lo he elegido bien, ¿qué me dices?

Hablaba en voz alta, soltaba carcajadas al viento —con las gafas oscuras, la gorra de béisbol, la nariz embadurnada de crema blanca, alto y delgado, en bermudas— mientras ponía en marcha el motor y daba la orden de izar la cangreja y el foque.

Durante aquellos días en el *Falesá* emergió en De Klerk un lado vulgar, que cada vez más a menudo rayaba abiertamente en lo obsceno. Ivo estaba perplejo y decepcionado: ¿qué había sido de la clase y la elegancia del hombre de éxito? Sin embargo, Sabina nunca lo reprendía, ni por eso ni por ninguna otra cosa. Parecía una mujer independiente que se hubiera sometido de manera voluntaria y que estuviera ligada a él como un pez a su arrecife: nunca se alejaba de De Klerk durante mucho tiempo y nunca caminaba muy lejos. Siempre estaba allí, aparentemente indiferente, parecía que sus mismísimas funciones vitales sólo pudieran expresarse en la órbita de aquel hombre, en su territorio físico de dominación. Y justo en aquel territorio —ya no cabía duda, no se hacía ilusiones— también había acabado Ivo.

Aquella tarde, mientras levaba el ancla, izaba la cangreja y el foque y Nico le lanzaba puyas y frases con doble sentido, Ivo comprendió que *pertenecía a* De Klerk, que ahora formaba parte de sus competencias, como Sabina y el *Falesá*. Se dio cuenta de que la propia Sabina lo consideraba como tal, de que lo veía como un *igual*, es decir, como una *prolongación* de De Klerk. Le parecía que ella se

movía como si tuviese un collar al cuello cuya cadena Nico aferrase firmemente con la mano y comprendió que Sabina veía alrededor de su cuello el mismo collar, enganchado a la misma cadena. «Se equivoca —pensaba mientras la erección desaparecía de golpe y se cubría de un sudor helado—. ¡Se equivoca!» Aunque ya no estaba tan seguro: ¿qué otra cosa llevaba haciendo casi una semana sino seguir las órdenes y las directrices de De Klerk? ¿Dónde estaba sino en su barco? ¿Qué estaba diciendo Nico sino que lo consideraba su perro en celo, que hay que llevar a que se desfogue? ¿Por qué estaba sufriendo pasivamente sus burlas? ¿Qué le estaba ocurriendo?

Luego la duda de que fuese culpa suya: «¿Por qué me trata así? A lo mejor me ve como lo que soy, un ingenierucho inepto, ridículo y triste. Sin embargo, en la empresa parecía que me apreciara, que me tuviera presente, que deseara pasar estas vacaciones conmigo… ¿Por qué se comporta así? ¿Me desprecia? ¿Me considera estúpido y servil? ¿Soy servil con él? Entonces, cuando iba de amigo mío, era todo teatro… ¿Le hacía falta alguien para manejar el barco? Podría haber fichado a otro, podría haberse pagado un marinero, un patrón: hay bastantes por ahí y no cuestan mucho… ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Quién es De Klerk? A lo mejor los ricos son así, se divierten cometiendo asesinatos… A lo mejor *son* asesinos. ¿Y Sabina? ¿Quién es Sabina, de dónde sale, por qué está con él?».

«Debo encontrar la manera de largarme de aquí, y rápido», pensaba mientras desenrollaba el génova y cazaba la escota. Pero necesitaba una excusa, un pretexto: De Klerk era el jefe supremo de la División, había demostrado tener poder, contactos, capacidad e influencia. Dar un paso en falso podía significar perder el trabajo o verse catapultado quién sabe dónde, a un agujero perdido de África.

«Éste es capaz de hacer el vacío a tu alrededor por puro capricho. Has sido un auténtico gilipollas al dejarte atrapar así…»

Mientras el *Falesá* se ponía en ruta perdiendo ligeramente su gracia habitual y ganando velocidad, regresó a la bañera y se sentó absorto a observar el foque a la vez que soltaba poco a poco la escota como Nico le ordenaba.

Quien lleve un tiempo navegando a vela conoce el placer que proporciona un barco que avanza con buen viento, no demasiado fuerte. Ivo conocía la belleza de la curvatura que dibuja un foque al navegar al través, cuando acomodas la proa en el hueco de la ola y luego remontas ligeramente a orza para volver a apoyarte en el siguiente hueco y sientes que el barco te sigue, que te complace. Existía en él tal sentido de servidumbre y humillación que su fuerza para reaccionar se había desvanecido por completo: sólo quería marcharse, pero era como si le resultara imposible traspasar la falca de aquel casco, que ahora concebía como una trampa, una prisión. No obstante, disfrutaba, sumisamente y cada vez más, de la navegación, y se interesaba por aquel barco, tan bello e inocente que, de no ser por De Klerk y su mujer, le habría resultado del todo benévolo. Le gustaban sus velas nuevas, sus jarcias bien tensadas, la capacidad del mástil de adoptar la curva más apropiada a cada ángulo del viento, la estabilidad sinuosa del *Falesáa* toda vela, le gustaba el agua y todo aquel aire, le gustaba la línea del horizonte siempre llena de islas, que en el Egeo se encuentran constantemente a la vista, a veces tan lejos que sólo se divisaba su nube de condensación.

De repente se sintió agotado, sólo le apetecía echarse a dormir. Ya pensaría en cómo marcharse de aquel barco en otro momento. Después de realizar sus maniobras en cubierta, anunció que bajaba a su camarote.

—Enrolla mejor ese cabo —le dijo De Klerk desde el timón. Luego, gritando para que Sabina lo oyese, añadió—: Vas a cascártela, ¿no? Sabina, ¿quieres ir con él? ¿Quieres echarle una mano?

Mientras se metía bajo cubierta, Brandani oyó lo que le pareció una risita vacilante por parte de Sabina. De Klerk seguía rajando con voz socarrona, pero el viento se llevaba sus palabras.

«Ya está descontrolado, dice unas cosas… A lo mejor está loco… No debería permitírselo, no debería sufrir de este modo… ¿Y si luego me despide? Si te despide, buscas otro trabajo… Hay vida después de Megatecton… Lo corro a bofetadas… No soy como él, no soy

como ellos», pensaba mientras se tumbaba en la litera y se quedaba dormido al instante.

Se despertó bañado en sudor como de costumbre, con una sensación de calor húmedo en la oreja. Mientras abría los ojos, oyó que la voz de Sabina le susurraba algo como: «Despierta, machote, que hay faena en cubierta, el capitán te está llamando». Acto seguido sintió cómo le metía la lengua en la oreja y experimentó un escalofrío profundo que lo hizo retorcerse en la litera. Se apartó de un salto, pero se encontró de nuevo en plena erección, con la polla medio fuera del bañador. Ella rió y dijo:

—Me parece que aquí hay alguien más despierto y sensato que tú… Venga, arriba, levanta *también* el culo, marinero…

La echó del camarote de un empujón y se puso unas bermudas para disimular la erección, pero no fue necesario, porque, en cuanto recuperó la consciencia de la realidad de su condición en aquel barco, toda excitación se disipó en el acto. Las continuas insinuaciones de Sabina nunca eran afectuosas, nunca amistosas, siempre tenían un toque irónico e imperioso, como si él fuese un juguete que le perteneciera desde hacía tiempo, que podía usar sin molestarse en seducirlo. Ivo entendía que no era un juego, sino otra cosa, más seria, vagamente amenazadora, espasmódicamente excitante, que tenía que evitar a toda costa.

El *Falesá* estaba entrando en una bahía muy resguardada en la vertiente sur de la isla, donde De Klerk había decidido pasar la noche. Echaron el ancla, la noche se anunciaba serena y cálida como de costumbre. Y, sin aquellos dos, habría sido espectacular.

Mientras De Klerk fumaba en la bañera, Ivo cocinó algo de pasta, Sabina preparó su ensalada con aceitunas, tomates y queso feta. Abrieron una botella helada de *rechina*. Cenaban en silencio. Ivo tenía poco apetito, estaba confundido, cabreado y no se encontraba bien; con todo, bebió bastante, aunque su estómago toleraba mal la *rechina*. Lo de marcharse se había convertido en una idea fija, la rumió durante toda la noche, pensando en cómo plantear el tema abiertamente. Temía a De Klerk, ya fuera por su reacción inmediata

o por las posibles represalias, que imaginaba indefectibles y devastadoras. Aturdido por el vino, trataba de inventarse algo. Debía ser una excusa plausible, pero, dado que desde allí le era imposible comunicarse con la Península, no podía inventarse una enfermedad de su madre, de un pariente o incluso de Clara.

«Necesito algo creíble… Estilo ataque de hemorroides… ¡Eso, una hemorragia anal! Puedo decirles que me sale sangre del culo, que estoy asustado, que quiero que me lleve a Amorgos, donde hay un aeropuerto… Es creíble, porque decirlo resulta embarazoso… Además, es difícil de comprobar.»

De modo que dijo:

—Nico, tengo un problema, tenemos que hablar…

De Klerk lo interrumpió en el acto con un «¡No!».

Había bebido más que Brandani, arrastraba las palabras, pero parecía bastante lúcido. Continuó levantando la voz:

—Tú no te vas a ninguna parte, Ivo, y no se hable más… A ver… Si quieres trabajar en la empresa, de aquí no te mueves, te has comprometido y ahora no me vas a dejar plantado en medio del Egeo… ¿Dónde encuentro a alguien dispuesto a hacerme de tripulación? Además, ¿qué es lo que te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Pensabas que ibas a hacer un crucero por Grecia? Bien, es justo lo que estamos haciendo: un crucero por Grecia… Tienes algunas obligaciones, que hacer algunas cosas, pero no es para tanto… El café, cocinar algo, lavar los platos, ayudar en las maniobras, turnos al timón… ¿Te has ofendido por lo de hoy? ¿Es que no se te puede gastar una broma? Saliste a cubierta con la polla tiesa, ¿es o no? Vosotros dos habíais hecho alguna cochinada ahí abajo, ¿eh?

Se había echado hacia atrás con los codos apoyados en el borde acolchado de la bañera y sonreía mientras le clavaba la vista con los ojos empañados. Ivo ni negó ni confirmó su intención de marcharse. Se limitó a callar, sorprendido por la intuición de De Klerk. Sentía que su propia mente raspaba las paredes del cráneo en un intento de que aquella idea le entrara en la cabeza. «¿Cómo coño ha adivinado lo que iba a decirle? ¿Sabrá lo de las insinuaciones de

Sabina? ¡Sí que lo sabe! Claro que lo sabe, lo sabe todo, se da cuenta de todo…»

Él mientras tanto seguía:

—A saber por qué quieres irte. ¿No te gusta el barco? ¿Te sientes incómodo? ¿Te molestamos? ¿Te toco las pelotas? ¿Qué te falta, Ivo? El *Falesá* es un señor barco, cómodo, no te puedes quejar. Estas islas son preciosas, verás más al sur, cuando lleguemos adonde digo yo. Te lo pago todo: almuerzos, cenas, gambuza, combustible… —Entonces soltó una risotada sarcástica, miró a Sabina y añadió—: Tienes hasta con quien follar, ¿qué más quieres, cojones?

Sabina no dijo nada y miró a Ivo.

De Klerk hizo una pausa, se lo pensó mejor y ululó:

—¿Sabes lo que te digo? Si te quieres ir… Vete… ¡Pero a la empresa *no vuelves*! No pensarás que eres indispensable, ¿verdad? No pensarás que has hecho un gran trabajo, ¿no?

Hablaba, bebía, mascullaba y se trababa. Ivo escuchaba paralizado, pero era como si no lo oyese, comprendía lo que decía («a la empresa no vuelves») y al mismo tiempo se concentraba en aquel «tienes hasta con quien follar» y en la mirada de Sabina.

«¡Entonces es verdad! ¡De Klerk sabe que ella lo está intentando! A lo mejor se habían puesto de acuerdo antes de zarpar. ¡Quizá fuese todo una maniobra y los demás huéspedes nunca han existido! ¿Qué coño quieren de mí? ¿Quieren hacer un trío? ¿A él le gusta mirar? Menudo marronazo…»

—… si *yo* quiero, a ti no te contrata ya nadie, no en nuestro sector… ¡Si *yo* quiero, tú no ganas una mierda! Cambia de trabajo y, si te parece, abre un bareto de mala muerte en la playa… ¡Piénsatelo mejor, no te hagas tanto de rogar y terminemos estas vacaciones!

Parecía casi completamente borracho, la palabra «playa» le había salido como «palacha» y «rogar» lo había pronunciado como «rooogar», pero su discurso había seguido adelante, coherente, brutal, sin vacilaciones. Luego se calló de golpe y se terminó el puro en silencio. Al final se levantó, le dio una palmada en la mejilla y

bajó tambaleándose por la escalera de la escotilla. Una vez dentro gritó:

—¡Buenas noches, chusma!

Ivo no estaba mucho mejor que él, se sentía mal, el estómago le quemaba, la cabeza le daba vueltas y a punto estuvo de echarse a llorar por no haber sido capaz de decir nada, de rebatirlo, de mandarlo a la mierda. Volvía a tener ganas de tumbarse, pero al aire libre. La brutalidad de De Klerk era cada vez más explícita, todo rastro de amabilidad, amistad o interés parecía haberse esfumado.

«No es más que un capullo vulgar.» Exactamente el capullo vulgar contra el que alguno de la empresa lo había puesto en guardia: «Creo que De Klerk no es lo que parece, Ivo». Luego, cuando le habían dicho: «Está claro que no es ningún santo, Ivo, aunque he notado que contigo es muy amable, cortés. Todos se han dado cuenta. Pero estate al loro. No te fíes», él había respondido: «No me fío de nadie». Pero no era verdad. Le halagaba que hubieran reparado en su amistad con De Klerk, le alegraba ser, o al menos parecer, uno de su círculo. Ahora aquellas advertencias volvían a su mente, junto con las de Clara. Aunque de repente se objetó: «Si en realidad me desprecia, entonces, ¿por qué me ha elegido precisamente a mí para estas vacaciones? ¿Por qué precisamente yo, el ingeniero Brandani, del Sector de Obras de África Occidental, debía hacerle de grumete? ¿Por qué precisamente yo, con la de chicos que se ofrecen a trabajar en verano en los barcos?».

Se tendió en los colchoncillos que había delante de la caseta de derrota con intención de yacer como siempre hasta que fuera noche cerrada para contemplar el cielo, y cerró los ojos. Todo se puso a dar vueltas. Se quedó inmóvil un buen rato en una especie de duermevela. Cuando abrió los ojos, no sabía si levantarse, asomarse por la borda para vomitar o quedarse allí tumbado a la espera de que se le pasaran las náuseas.

¿Dónde estaba Sabina? Su reloj marcaba las tres. A lo mejor a aquellas horas estaba dormida.

«Mejor así… Mejor, mejor y mejor…»

Seguía dormido bocarriba cuando se despertó de golpe porque no podía respirar. Una especie de ahogo, de presión en la cara, un olor extraño, como de algas que se secan bajo el sol. Presa del pánico, intentó levantarse, pero no conseguía mover la cabeza. Ya estaba despierto cuando entendió que Sabina se había acuclillado desnuda sobre su cara y movía la pelvis adelante y atrás. Ivo resopló, en un intento por respirar, giró la cabeza a un lado y logró coger aire, pero ella le apretó aún más el coño en la boca. Susurraba:

—Venga, lámemelo, ¿qué te cuesta? Méteme la lengua dentro, vamos…

La aferró por debajo de los muslos y la volcó a un lado, levantándose. Estaba completamente desnuda. Se quedó tumbada de costado sobre el colchoncillo, mientras él se asomaba por el púlpito y vomitaba la cena en el mar. La cabeza le daba vueltas, pero devolver lo hacía sentirse cada vez mejor. La luz de la cabeza del mástil iluminaba débilmente la escena, mientras sus arcadas resonaban en el silencio de la rada. La luna estaba descendiendo por detrás del promontorio que quedaba al sur de la ensenada. Se giró hacia Sabina y notó que la mancha roja que le había visto a menudo asomar por las bragas se extendía por casi toda la nalga izquierda. Era una cosa ancha y oscura, parecía tener vello, aunque no lo podía distinguir con claridad.

Ella se giró hacia él y le dijo:

—¿Tanto asco te doy que hasta te has puesto a vomitar? ¿No te gustan los coños? ¿Eres maricón? Ya me lo había olido. Eres maricón, ¿eh? Qué raro… Ni siquiera Nico se ha dado cuenta… ¿O soy yo la que te doy asco? ¿Estás enamorado de tu mamarracha? ¿Cómo se llama tu chica paleta? ¿Clara? Mira qué nombre más bonito…

Se había puesto de pie. Era muy guapa, tenía los pechos altos y firmes y las piernas largas. Ivo sólo quería irse a popa y quitarse de en medio. Tenía náuseas y no se le ocurría nada que decir. La boca le sabía a vómito. Ella se movió, como para cortarle el paso; entonces él, siguiendo un impulso, se tiró al agua.

Estaba fresca y en calma. En cuanto volvió a la superficie, se enjuagó la boca varias veces. Se apartó del casco de unas cuantas brazadas y se dejó llevar flotando un poco más allá. Se encontraba mejor. La ingravidez, la brisa en la nariz, el frescor del agua y la vista de la bahía bajo la luna menguante le sentaron bien. Distinguía las fosforescencias en la espuma de la ola más pequeña. El silencio era absoluto y las estrellas brillaban con más intensidad.

—Me largo de aquí —dijo en voz baja, mientras nadaba lentamente a braza—. Me largo, me largo, me largo. Yo no soy como ellos. No me atraparán, me largo. Lo hago y punto.

Sabina había desaparecido del puente. Continuó flotando un buen rato, bocarriba, mirando el cielo. No oía más que su propia respiración en los oídos: «Qué bonito, dentro de poco despuntará el alba… Pronto me marcharé… Vuelvo a casa, con Clara… Vuelvo con Clara…». Se lo repetía y eso lo reconfortaba, pero empezaba a tener frío: ¿cuánto tiempo llevaba en el agua?

No estaba seguro, a lo mejor había llegado a dormirse haciendo el muerto. Se acercó a la popa del *Falesá* para subir, pero en el agua, aferrada a la escalerilla, lo esperaba Sabina. Estaba cansado, así que se aproximó para alcanzar la barandilla. La rozó y dijo:

—Venga, déjame subir.

—Espera —le respondió ella.

Se le acercó y lo tocó hasta que consiguió una erección, luego se giró, agarrándose a la escalerilla con ambas manos, apoyó los pies en el último escalón sumergido, le puso el culo por delante y se lo restregó. La mancha se encontraba bajo la superficie del agua y no se veía. La agarró porque no le quedaba más remedio, porque no podía aguantar más. El recuerdo de su olor de poco antes seguía vivo y había cambiado su modo de imaginarla, así como la vista del antojo oscuro que le estropeaba el glúteo izquierdo, pero la deseaba igual. Fue brutal, rápido. Sólo quería correrse dentro, lo antes posible, por completo. Y fue lo que ocurrió en el transcurso de unos pocos segundos. Mientras se abandonaba al orgasmo, cerró los ojos, gimió en voz baja e instintivamente levantó la cabeza al cielo. Cuando volvió a abrir los ojos vio que De Klerk estaba plantado en la

bañera mirándolo con gesto burlón y meneaba la cabeza con expresión de reproche. Se separó de golpe de Sabina, levantó de nuevo la mirada hacia la bañera y no lo volvió a ver: se oía el estrépito de sus pies en la escalera de la escotilla.

Sabina había permanecido en silencio, pero en ese momento se giró y, con un tono de voz completamente distinto, casi dulce, le dijo:

—Por fin te has decidido. ¿Por qué me has hecho esperar todo este tiempo? Pasa de él.

Desde Amorgos hasta Ánafe y desde Ánafe hacia abajo, derechos al sureste, a un largo. Las olas que formaban los etesios los embestían casi de popa y a veces el *Falesá* daba violentos bandazos. Arriaron las velas, De Klerk le dejó el timón durante largos tramos.

—Presta atención y no cometas estupideces, concéntrate, que no se escore.

El destino que habían fijado era un grupo de escollos desiertos que emergían en el centro de la vasta extensión de agua al sureste de Creta. Tienen nombres extraños. El más grande se llama Sofrano y en él se alza un faro al que De Klerk había decidido que debían dirigirse, dejándolo a estribor.

—Quiero volver —había dicho De Klerk—. Vi esos peñascos hace años y quiero volver.

—Pero… ¿hay algún lugar resguardado? —había preguntado Ivo sin mirarlo a la cara, pues mirarse a los ojos después de aquella noche resultaba imposible, al menos para él.

—Sí, hay una rada en Astakida y un buen lugar al abrigo del viento en Sofrano. La ruta pasa por el oeste de Sofrano, ¿ves? Luego, mañana por la mañana, viramos al este por el lado de sotavento. Nos llevará toda la noche…

No le gustaba el programa de De Klerk. Unas islas demasiado alejadas, demasiado desiertas. Una situación a bordo demasiado tensa. Habría preferido Ánafe. Allí había un puerto, un pueblo. Allí podía intentar salir por patas, podía subir a un barco que se dirigiese a Atenas y adiós muy buenas. Había encontrado el valor de decirle

que era mejor ir a Ánafe y, al hacerlo, se había visto obligado a mirarlo a los ojos. Por extraño que pareciese, no los había encontrado duros: por primera vez desde que había subido a aquel barco, Nico parecía *verlo*, si bien su respuesta había sido parca y desagradable como de costumbre. No obstante, en aquella situación absurda, había algo inesperado que actuaba sobre De Klerk como un sedante: su amor manifiesto por aquellos mares y aquellas islas.

—No, Ivo, ¿qué vamos a hacer en Ánafe? Ya la conozco. No es un lugar especialmente bonito, hay un pueblecito en la cima, un pequeño puerto y cuatro playas de arena… En fin, que no me apetece, ése no era el plan… Mejor seguir… Mira, aquí, más al sur, hay un gran tramo de mar abierto y, mira, cuatro o cinco islotes, son escollos perdidos, completamente desiertos, allí sólo llegan algunas barcas de pescadores… Son las últimas tierras internas antes del gran recinto meridional del Egeo… Mira, ¿ves?, Creta-Kasos-Kárpatos-Rodas: más allá de este recinto hay un desierto de agua que llega hasta Alejandría, en Egipto. En menos de diez horas llegaremos a Sofrano, que es la más cercana. Luego ya veremos. Venga, manos a la obra, que Sabina prepare unos panecillos por ahora. Para esta noche necesitaremos un termo de café…

En el mapa, al sur de Sofrano, estaban Karavonisia, Avgonisi, Kamilonisi, Unianisia y, desplazada hacia el este, Astakida. Islas minúsculas, bastante alejadas entre sí, residuos tal vez de un antiguo archipiélago devorado casi por completo por el agua y el viento. Allí apuntaba el dedo de De Klerk, que parecía dulcificarse cautivado por la perspectiva de arrojarse con el *Falesá* en medio de aquel azul barrido por un aire impetuoso.

El viento arreciaba, habían terminado arriando las velas. Habían dejado Ánafe a la derecha a última hora de la tarde, sin detenerse: emergía como una masa parda y reseca en contraste con el sol de poniente; para Ivo desaparecía la última posibilidad de poner fin a aquella pesadilla. Había advertido de la poca agua dulce que quedaba en el depósito, del mar que le parecía demasiado picado, del fuerte viento, de los peligros de navegar de noche en busca de

un único faro perdido en medio del Egeo, pero nada: De Klerk estaba decidido. ¿Había captado sus intenciones? Probablemente sí, y tal vez ése fuera el motivo por el que había decidido no hacer escala en Ánafe y navegar de noche —«Haremos dos turnos de cuatro horas cada uno»—, o quizá todo se redujera a la impaciencia por poner la proa del *Falesá* rumbo a aquel grupo aislado de anacoretas rocosos perdidos en un desierto de mar, cuya fuerza de atracción debía de ser más intensa para él que cualquier otra consideración.

Más tarde los etesios remitieron un poco, como siempre hacían a última hora de la tarde. A la derecha, el sol había desaparecido tras nubes lejanas. Comenzaba a hacer fresco, se pusieron los chubasqueros y los gorros de lana. Ivo, al timón, se concentraba en el velamen y en las olas: una ligera orza para colocar suavemente la proa del *Falesá* en el surco del agua, sin sacudidas, y luego ligeramente de bolina para remontar la pendiente de agua hasta el siguiente surco. Sentía que el barco estaba perfectamente a punto, a un largo parecía plantado en el agua como si tuviera cuatro patas, cuando aceleraba iba como una bala al coger una ráfaga de viento. «Parece un *flying dutchman*», se dijo Ivo, que cada vez le pillaba más el tranquillo.

Había sido un buen regatista, se había formado hacía muchos años durante los largos veranos que había pasado en la Ciudad de Mar, en los *flying dutchman*. Ahora aquella lejana habilidad se había despertado por completo y, a pesar de lo absurdo de la situación, le devolvía su antiguo deleite, mientras hacía avanzar el *Falesá*, del que ya se había enamorado hasta las trancas, hacia mar abierto. Siempre se había encariñado con los barcos en los que había navegado, pero esta vez el sentimiento era más fuerte: en aquellas horas el dócil *Falesá* no sólo era lo único en la faz de la tierra que le ofrecía cordialidad, sino que también estaba cumpliendo bien con su deber, salvándolo de aquel desierto acuático e inhóspito que tal vez le inspirase un poco de miedo, aunque menos que De Klerk. Una vez llegados a su destino, no podía salir por patas como había planeado

hacer si hubieran atracado en Ánafe, claro: más le valía disfrutar de la navegación.

Antes de la puesta de sol, en el horizonte había permanecido visible durante bastante tiempo un gran petrolero que se dirigía hacia el sureste. Ahora, en la oscuridad, se divisaban las luces de posición de algunos caiques lejanos, pero aquel tramo de mar parecía bastante poco frecuentado. De Klerk se había metido hacía rato bajo cubierta, pero Sabina se quedó fumando en silencio, sentada frente a él, con la espalda apoyada en la caseta de derrota para resguardarse del viento. Se había puesto unos vaqueros y llevaba un gorro de lana calado hasta los ojos. Unas horas después, se tendió sobre los cojines de la bañera con una chaqueta impermeable puesta y una manta con la que se había envuelto las piernas y se durmió. Había estado junto a ella toda la tarde, casi sin hablar. Después del incidente de la noche anterior, había cambiado su actitud hacia él. Ya no era la dominadora que exigía prestaciones y sumisión, ahora parecía que quisiera comunicarle una especie de afecto, de solidaridad entre oprimidos, como si allí no hubiera más que un único opresor: De Klerk. Brandani, de pie al timón de aquel barco de vela, experimentaba verdadera dicha mientras asomaba el indicio fósil del antiguo Sentimiento que se apoderaba de él durante las largas tardes de mistral pasadas navegando por las costas de la Ciudad de Mar, cuando la superficie del agua se descomponía en una plétora de esquirlas de oro. Estaba cansado, pero a la hora establecida no bajó a despertar a De Klerk, sino que se bebió otro café del termo y acabó haciendo toda la noche. No dejó el timón hasta el alba, cuando ya llevaba un buen rato con el faro de Sofrano a la vista. Más allá, a proa, se veían los destellos del foco de Kamilonisi: estaban justo donde debían estar. Entonces, satisfecho de sí mismo, despertó a Sabina, que seguía durmiendo acurrucada en la bañera, para que llamase a Nico.

Dormía cuando, a la una de la tarde, De Klerk se dispuso a fondear al abrigo de la isla de Sofrano. Bajó a despertarlo y le dijo que subiera a cubierta. Ivo se preparó una cafetera y luego subió a la bañera. Estaban a unas decenas de metros de lo que parecía una

pequeña playa resguardada al fondo de una estrecha ensenada. La isla era muy pequeña, una especie de loma de baja altura que emergía del agua, pero lo suficientemente alta como para protegerlos de los etesios. De Klerk ya había bajado a tierra con el bote inflable para atar un largo cabo a la roca.

—Hay una anilla de hierro fijada con cemento al escollo… Este sitio deben de frecuentarlo barcos de pesca. ¿Has visto qué maravilla? ¿Qué silencio? Aquí sólo hay pájaros, peces y focas. Sólo viento, espacio, agua. ¿Has visto dónde te he traído? Un paraíso… ¿Adónde vas a escaparte ahora, Ivo?

«Ya —se dijo él—. ¿Adónde me escapo ahora?»

Ivo pasó gran parte de la mañana en el agua, con gafas de bucear y aletas. El fondo marino era bonito y estaba muy poblado. La arena en el centro de la bahía, bajo donde se encontraban, estaba sembrada de restos marinos: pedazos de roca coralina, caparazones de cangrejos, muchos trozos de concha, las corazas completamente limpias de dos o tres tortugas, pero también latas de carne, grandes ovillos de sedal y retales de red rota. Todas las cosas que los caiques tiraban por la borda al término de una jornada de pesca. El agua estaba extremadamente cristalina.

«¿Adónde vas a escaparte ahora?», le había dicho casi ululando. Pese a la alegría que debía de experimentar por haber vuelto a aquel lugar, De Klerk había encontrado la manera de recordarle su condición de rehén. Ivo se mantuvo alejado de él durante toda la mañana y no regresó a bordo hasta que lo vio en el bote inflable con Sabina, cuando se disponían a dar una vuelta. No volvió a verlos hasta última hora de la tarde, casi se había olvidado de ellos en la soledad de aquel lugar: aquellas rocas, el silencio, la desolación y los chillidos de los halcones que se lanzaban en picado desde el acantilado y planeaban en el viento casi sin batir las alas lo sumían en un estado de aturdimiento absorto e introspectivo, una especie de éxtasis hipnótico. Así, en la quietud meridiana, al resguardo de un escollo perdido en el Egeo, Clara le había venido a la mente y,

por primera vez desde que se había marchado, la echó realmente de menos, hasta el punto de que se le empañaron los ojos de lágrimas.

Si unos días antes había llegado a pensar que Clara formaba ya parte de otra vida, que para él era el residuo de otro tiempo, ahora le entró precisamente la nostalgia de los rasgos que había llegado a detestar en ella. Clara y su concreción desprovista de esnobismos, Clara y su realismo, su capacidad para observar con atención, su sensibilidad en los ambientes más variados, su habilidad para adaptarse sin implicarse. Aquello era inteligencia, no estrechez de miras. Y después estaba su dulzura, la intensidad de su vínculo sexual, una sólida amistad de la carne que hacía que el sexo con otras le resultara mecánico y no le proporcionara verdadero placer. En la confusión de la última semana había creído estar preparado para dejarla, pero ahora su recuerdo lo reconfortaba. Todo había vuelto a cambiar en el transcurso de pocos días, y aquellos lugares, que quizá para ella no habrían tenido ningún significado, lo sumían en un estado de agitación mental en el que no paraba de darle vueltas a los años pasados con Clara, desde los tiempos de la Ciudad de Mar, donde se habían conocido, durante los años de la universidad, hasta las transformaciones y los cambios más recientes.

«Nosotros no somos como ellos. Nunca nos atraparán.»

Soplaba un etesio suave, y por la tarde el agua de las inmediaciones de la costa se quedó transparente y como un plato. Bajo el barco se distinguían con total claridad mújoles grandes como antebrazos que nadaban en grupos, con la cabeza y el lomo convexos, de color plomo. «Ésta es la hora a la que comen…» Cogió pan y comenzó a desmenuzarlo y a echarlo al mar, mientras los peces enloquecían y casi saltaban del agua para quitárselo de la mano. Se oía el chapoteo de sus movimientos rápidos en la superficie, el remolino de sus bocas abiertas de par en par. El aire transportaba hasta el barco el aliento caliente de la isla, el perfume de los matorrales áridos y ralos. Todo esto le gustaba de manera *integral*, en el sentido de que allí, en un lugar como aquél, experimentaba, por primera vez en años, una comunión completa

entre sí mismo y las cosas que lo rodeaban. Pero estaban *ellos*, que lo estropeaban todo.

Cogió queso holandés de sobre, lo echó en un cuenco de plástico y lo mezcló con miga de pan y aceite, hasta formar una masa compacta con la que cebar los anzuelos de un volantín.

Más tarde, De Klerk subió a bordo sin decir palabra, mientras que Sabina se limitó a sonreírle mientras decía:

—Guapo, hemos dado la vuelta entera a la isla.

Ivo estaba sentado en popa y tenía en el cubo un par de hermosos ejemplares de mújol, de los de las mejillas doradas. Los cogió por las branquias y los levantó para enseñárselos a Sabina, que aplaudió y exclamó:

—¡Preciosos! ¡Bravo!

Él cogió un cuchillo y se acuclilló sobre la plataforma de popa. Se disponía a descamar los peces y a quitarles las tripas cuando oyó a su espalda a Nico que, con voz más bien alta e irritada, gritaba:

—¡No! Aquí no, que apestan. ¡Qué mierda de peces! ¡Si quieres limpiarlos, vete a tierra! ¡Mújoles comemierda!

—Venga ya, Nico… A qué quieres que huelan. Son animales de escollo, aquí no hay alcantarillas. Son frescos, están buenísimos, ya verás… Luego lo lavo todo, las vísceras las tiro al agua…

—¡A ver, gilipollas, que no limpies aquí el pescado! ¡Éste es mi barco y tú no me lo vas a llenar de mierda, punto pelota! ¡Que te vayas a tierra!

Ivo se quedó petrificado durante un instante, con la hoja del cuchillo apoyada en el costado de un pez. Luego se alzó de golpe, tiró el pez y el cuchillo en el cubo, alcanzó la bañera de un salto y le dio un puñetazo a De Klerk en plena cara.

Fue una sensación extraña: la cara del Director de la Sección Internacional de Megatecton, Nico De Klerk, le pareció plana y blanda, pastosa, maleable. El puñetazo había sido bastante flojo, una especie de bofetada con la mano cerrada, pero él cayó hacia atrás, golpeando la pared de la caseta de derrota con los hombros,

tal vez con la nuca. Luego se quedó allí, inmóvil, sentado sobre las lamas de la bañera.

Hasta Brandani se quedó paralizado por la magnitud de su propio gesto. «¡Dios, qué he hecho! ¡Lo he matado!» Las piernas le temblaban, no le salían las palabras, el corazón parecía que le hubiera saltado por encima de las clavículas y ahora le palpitara directamente en la garganta. No se había pegado con nadie desde los tiempos de la secundaria. Pero, bajo aquella estupefacción, sentía una sensación extraña, de júbilo *criminal*.

Cuando la presión se hizo insostenible, el puño había saltado como un resorte, como el golpe de látigo de una cuerda demasiado tensa que se rompe. Sabina había gritado «¡Ivo!», y se había precipitado hacia De Klerk, pero éste se levantó casi de inmediato, sangrando por la nariz y con la mirada clavada en su agresor. Ivo, al que se le había cortado la respiración, esperaba un contraataque temblando, había dado un paso atrás y se había puesto a la defensiva. Pero De Klerk se limitaba a apretarse la nariz con la mano, que pronto se le llenó de sangre: en cuanto se dio cuenta, se sentó en el asiento de la bañera, se cogió la cara entre las manos y rompió a llorar. El impasible, elegante, indiferente, exigente y frío Director de la Sección Internacional de Megatecton lloraba por una bofetada y, mientras lloraba, las gotas de sangre se le filtraban entre los dedos y caían sobre las lamas de teca. Luego, con voz baja y quejumbrosa, mientras un hilillo rosa de baba le colgaba del labio, dijo:

—Me has roto la nariz… ¿Lo ves? ¡Me la has roto! Me estoy desangrando…

Comenzó así un monólogo incoherente que resonaba en el silencio de la bahía, mientras Sabina e Ivo permanecían callados. A lo lejos, a espaldas de De Klerk, se recortaban las siluetas de otros islotes como aquél, que estaban tornándose violetas con la última luz del crepúsculo, mientras en el sureste, muy por encima del horizonte, emergían de la neblina las montañas altas de Kárpatos. La mirada de Ivo se apartó de la escena que estaba teniendo lugar en

el *Falesá* y vagó durante unos instantes, quizá varios minutos, por aquel escenario de soledad.

—… Sólo te había dicho que te fueras a limpiar los peces a tierra… ¡Y tú te has liado A PUÑETAZOS conmigo! Me he dado un golpe en la cabeza, podía haber muerto… ¿Se me ha cortado ya la sangre?

Sabina había bajado corriendo y había vuelto enseguida a cubierta con el botiquín de primeros auxilios. Ahora De Klerk estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás y dos algodones asomando por los orificios de la nariz. Seguía llorando, y tenía la cara deformada por los sollozos.

«¿Pero qué le pasa? ¿Por qué se comporta así? No ha llegado a ser ni un puñetazo… En la cara… Le habré hecho un poco de daño… Tampoco mucho… ¡Y ahora lloriquea como un niño!»

De Klerk se comía las palabras entre los sollozos. Parecía exhausto:

—Vine aquí hace veinte años… Quería volver con vosotros… Contigo… Se puede decir que ni te conocía… Lo he hecho por simpatía y mira cómo me lo pagas… Por poco me matas… Te he dado mi confianza, te he invitado a mi barco, y tú, en lugar de estarme agradecido… Te pones quisquilloso…

Ivo estaba desconcertado, nunca había oído a De Klerk hablar de aquel modo. Siempre duro, orgulloso, puntilloso, inquisitivo, nunca relajado, nunca del todo amistoso. ¿Qué coño le pasaba? No tenía la impresión de haberle golpeado tan fuerte como para que desvariara. Miraba a Sabina con gesto interrogativo, y ella, completamente calmada, le devolvía la mirada como diciendo: «Deja que se desahogue, luego hablamos». Le había palpado con delicadeza el tabique nasal y había dicho:

—No hay nada roto, Nico. Todo está en su sitio.

Añadió que necesitaba llenar de hielo una bolsa de plástico. Ivo bajó y lo hizo. Cuando volvió, Sabina le dijo a De Klerk que echase la cabeza hacia atrás y que se la pusiera sobre la nariz. Le acariciaba el pelo.

La sombra de Sofrano se alargaba en el mar con el avance del ocaso. Ivo levantó los ojos y vio que sólo la punta del mástil seguía al sol. El resto del *Falesá* —el puente, la bañera, los aparejos náuticos, el bote amarrado a popa— se hallaba ya inmerso en el azul marino: el agua estaba desprovista de reflejos, al mirar por la borda se podía distinguir perfectamente el fondo de la bahía.

De Klerk sacudía la cabeza y continuaba lamentándose. Su voz se había vuelto nasal por culpa de los tapones de algodón y se propagaba por el aire, debilitándose en el vacío y en el silencio. Ya no lloraba. Sus ojos volvían a ser los de siempre, fríos y sin embargo cansados. Se levantó, manteniendo la cabeza hacia atrás y el hielo apretado contra la nariz. Acto seguido, sin mediar palabra, bajó lentamente al camarote.

Sabina y Brandani se quedaron allí sentados en silencio un buen rato, sin saber qué decir. Más tarde, abrieron la mesa de la bañera y sacaron platos de papel, una botella de vino blanco helado, un paquete de panecillos y una lata de atún. Sabina bajó al camarote y volvió diciendo que De Klerk se había dormido, que parecía estar bien.

—Salvo por la nariz un poco hinchada, nada roto. Tengo un diploma de enfermera de primeros auxilios, ¿sabes? Comamos algo.

Ivo estaba agotado por la tensión, no tenía hambre, pero el vino le supo delicioso, los panecillos con atún estaban buenos, y fue relajándose poco a poco. Sabina picoteaba una ensalada fría en un cuenco de acero. Hablaban en voz baja para no despertar a Nico, pero sobre todo para que no los oyera. Por la escotilla abierta de proa lo oían roncar.

—Debo quitarle los tapones de la nariz —dijo Sabina—. Se te ha ido la pinza, ¿no? Podrías haberle hecho daño, ¿lo has pensado? La has cagado bien: no se ha hecho nada, pero puedes estar seguro de que te lo hará pagar… Te echará de Megatecton…

—Lo sé… Estaba al límite, ha sido algo automático… Llevaba días así: no puedes invitar a un amigo a tu barco y luego tratarlo de esta forma…

—Sí, eso está claro…

—Ha tenido una reacción muy rara, pensaba que me iba a devolver el puñetazo, pero nada. Lloraba como un niño… Siempre es tan frío, tan controlado, tan reservado… Qué raro…

—Ivo… ¿Es que no entiendes que De Klerk te odia? A ver, no sé si te odia, pero no es que le gustes tanto como para invitarte quince días a su barco… Perdona que te lo diga, pero siempre me ha dicho que eras un poco gilipollas, que le lamías el culo… Que te ponías muy contento cuando te daba muestras de amistad… Cito sus palabras. —El vino, que había bebido con el estómago casi vacío, lo había medio emborrachado; se encontraba como desdoblado: escuchaba a Sabina y al mismo tiempo pensaba cómo podía hacer para irse lo antes posible—. A ver, tal vez no te odie pero seguro que no siente afecto por ti, seguro. ¿Te preguntas por qué te ha invitado al barco? No sé… Para divertirse, para someterte, porque le hacía falta un marinero… Ivo, ¿en qué mundo vives? ¿Todavía no te has dado cuenta de que De Klerk es un *auténtico* hijo de puta?

La oscuridad y el silencio los rodeaban. Sabina había terminado de comer y fumaba. Estaban sentados en la bañera y seguían bebiendo vino de Creta, blanco, frío, deliciosamente áspero. El quinqué colgado del botalón se reflejaba en la arpillera del toldillo e iluminaba la mesa. Sabina se levantó y lo apagó. Todo se quedó en la más absoluta oscuridad, pero pronto el paisaje reapareció a la luz de las estrellas, a la luminiscencia del mar. El perfil de las colinas de Sofrano era negro en contraste con un cielo más claro, surcado de cabo a rabo por la Vía Láctea. Ivo estaba como paralizado por las cosas que Sabina le estaba diciendo. Trataba de organizarlas, pero no lo conseguía. Le entraban casi ganas de llorar y continuaba insultando a De Klerk:

—Me ha tratado como a una marioneta… Valiente hijo de perra. Pero ¿por qué? ¿Con qué fin?

—Venga, déjalo ya —dijo tranquilamente Sabina—. Le has pegado, por poco me lo matas, ¿no estás satisfecho? En cambio, la respuesta es capricho, puro capricho. Por ejemplo, tú no sabes que llamó por teléfono al tío ése… ¿Cómo se llama el que conoce en Generali, el jefe de tu mujer? Bueno, ése, para pedirle que *no* le

concediera el cambio de las vacaciones… Debía retenerla unos días más para que no viniera con nosotros. Así es De Klerk, ¿entiendes? Te quería aquí solo, sin Clara… El tío de Generali, para no contrariarlo, le siguió la corriente e impidió que tu mujer cambiara la fecha de las vacaciones…

—¿Cómo? ¡Clara se ha tenido que quedar trabajando! ¡Ha sido él! ¡Hijo de la gran puta! ¿Y tú quién coño eres, Sabina? ¿Su mujer? ¿Una amiga? ¿Una furcia de pago? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Qué queríais de mí? ¿Qué seguís queriendo? ¿Qué es De Klerk, un maricón? ¿Un pervertido? ¿Le gusta mirar mientras sus subordinados se follan a su mujer?

—No soy su mujer, Ivo. ¿Qué te ha dicho él? ¿Que soy su mujer? Soy una *escort*, una acompañante de pago… O mejor dicho lo era, antes de que De Klerk me contratase a tiempo completo. Ahora soy su acompañante todo el día. Al principio solía contratarme como señorita de compañía, para ir a cenas con clientes importantes… Pero no soy una puta. Era mi trabajo. El sexo no formaba parte del contrato de servicios. En fin, no en el mío… A continuación empezó a llamarme para que cenásemos juntos o para ir al cine. Luego me llevó un mes de vacaciones al Caribe. Quizá se enamorara de mí, no sabría decirte… Me propuso un contrato a tiempo completo, muy beneficioso para mí. Desde entonces, vivo con él…

Estaba oscuro, pero se distinguía una especie de sonrisa en su cara. Bebía vino y hablaba, cada vez más relajada.

—A veces me presenta como a su prometida, pero otras dice que soy una acompañante, según le pille. En ocasiones dice incluso que soy su mujer… Nico es imprevisible… Yo he tenido mis historias y siempre lo he dejado fuera… Luego empezó a querer saber, no soporta que lo excluyan. En fin… No le quiero y tal vez ni siquiera me guste… Para mí él es *trabajo*.

Ivo se sentía aturdido, confuso. En la oscuridad, los cigarrillos se iluminaban a intervalos. Entonces Sabina alargó una mano hacia él, se dobló hacia delante y empezó a acariciarle un muslo. Ivo apartó la pierna.

—Vamos… Deja de hacerte el duro… ¿Qué es lo que no te gusta de mí?

Ivo no dijo nada. Ella siguió hablando cada vez más suelta, arrastrando las palabras, completamente borracha. Avanzaba cada vez más, le ofrecía cada parte de su cuerpo. Ivo no se dejaba tocar.

—Eres un auténtico gilipollas asqueroso —masculló Sabina finalmente, y se arrastró bajo cubierta. Tras unos minutos, en el silencio absoluto, Ivo la oyó vomitar. Permaneció un rato solo en la oscuridad, fumando. No le apetecía acostarse en el camarote, estaba pensando en coger el saco de dormir para tumbarse en cubierta. Entonces le entró hambre. Volvió a encender la luz, cogió el paquete de los panecillos que estaba en la mesa, sumergió velozmente uno en el agua de mar, le restregó un tomate y le echó sal y unas gotas de aceite. Se quedó sentado en la plataforma de popa, con las piernas en el agua, comiéndose el panecillo, cuyo aceite le chorreaba por los dedos. Cada vez que movía los pies, las ondas adquirían una luminiscencia tenue, diáfana.

Hacia la medianoche bajó la escalerilla de popa y se sumergió lentamente en el agua. Nadó hacia la pequeña playa blanca que había a escasas decenas de metros del *Falesá*, la misma donde De Klerk había amarrado el cabo de popa. Se tumbó sobre los guijarros de la orilla, el viento había amainado del todo, percibía el calor que irradiaban las piedras después de recibir todo el día los rayos del sol, se secó deprisa y se durmió. Lo despertó el agua de la marea alta, que le lamía los pies. Tenía frío. Se metió en el mar y éste le pareció templado, acogedor. A su alrededor la noche era clara como si hubiese luna llena, el silencio tenía un eco lejano, profundo. Comenzó a nadar lentamente hacia el barco. El agua lo acariciaba y lo sostenía: después del *Falesá*, era la única amiga que tenía en el mundo. Nadó unos metros a braza y oyó un parloteo procedente de la cubierta. No entendía lo que decían, pero se veían las siluetas de Sabina y de De Klerk en la bañera. Le dio la impresión de que no lo habían visto ni oído. Ivo ya no quería tener nada que ver con ellos, o al menos no en aquel momento, de modo que pasó de largo,

describió un arco y se dirigió a las rocas, donde estaba más oscuro y, desde allí, cautamente, nadó hacia la proa y se aferró al cabo del ancla.

—… No, venga, Nico, basta… —le estaba diciendo ella. No los veía, pero en aquel silencio oía con total nitidez las palabras que se decían. Sabina, en voz baja, continuaba—: … ¿Qué sentido tiene? ¿Me lo quieres explicar? No sirve de nada, sólo te haces daño… Tienes la nariz hinchada, ¿te has visto? ¡Vamos! Déjalo… No me apetece excitarme así sin más… ¡Déjalo! ¡Es inútil!

—Verás cómo vuelve con el rabo entre las piernas… Sólo tengo que decirle que lo echo de la empresa… ¿Por qué crees que ha embarcado con nosotros? ¿Por tus bonitos ojos? Ha venido para estar con el jefe, se siente completamente agradecido por las vacaciones con el jefe… ¿Te has dado cuenta de que hasta ayer me lamía el culo incluso aquí? Vamos, pequeña… Mañana te lo tiras… Pero si él no quiere… En fin… Es un gilipollas… No es culpa mía que te gusten los gilipollas.

—¿Qué dices? Pero si por poco te mata… ¿Qué necesidad había de tratarlo de ese modo?

—Tal vez haya tensado demasiado la cuerda… Pero no lo soporto, con esos aires de «yo no soy como vosotros», de intelectualucho de izquierdas, me apetece tratarlo mal… Estate quieta, déjame que te…

—¿Olvidas que no se te levanta? Quiero un *hombre*… ¿Entiendes? Un H-O-M-B-R-E…

—Y él es un *hombre*, ¿verdad? Es un gilipollas, lo he tenido comiendo de mi mano, pero, a juzgar por el paquete, debe de tener una buena polla… Tiene una buena polla, ¿no?

—Pues sí que la tiene… Y sobre todo es una polla que *se pone dura*, Nicola.

—No me llames Nicola, capulla. Venga, deja que te toque, que luego te lo como…

Brandani, aferrado al cabo del ancla, oía que Sabina reía y, por el ligero trajín, imaginó que forcejeaba.

—Vale ya, tonto —le decía—. Mañana deberías pedirle disculpas y luego intentar tratarlo mejor, al menos hasta que terminen estas

vacaciones. ¿Lo prometes? Luego podrás hacer lo que te plazca, despedirlo, me importa un pimiento, pero ahora *lo quiero*. Me lo habías prometido… Un trato es un trato… Las manos fuera… ¡No! No… Hasta que me lo prometas…

—Está bien, prometido… Desde aquella vez en el cine no te lo has quitado de la cabeza.

—Mira, Nico, yo no te pedí nada, fuiste tú el que se puso a hacer promesas: «¿Lo quieres? Te lo doy. Si te gusta, te lo doy». Parecía que hablases de algo tuyo, de una cabeza de ganado. ¿Qué has querido demostrar? Que me quites las manos de encima…

Se oyó el sonido sofocado de una bofetada, pero Sabina siguió con la risa socarrona, luego comenzó a lanzar alaridos apagados. Ivo permaneció bajo la proa, aferrado al cabo del ancla, hasta que hubieron terminado. Luego los oyó bajar al camarote. Esperó un poco más, ahora el agua se había tornado gélida. Subió silenciosamente a bordo y se secó con una toalla que había estado en cubierta todo el día, tiesa por la sal. Se tumbó en el colchoncillo de proa, se acurrucó bajo la toalla y cerró los ojos, exhausto.

Hacia las seis de la mañana lo despertó el ruido de un motor diésel. El cielo estaba clareando y un bonito caique rojo estaba fondeando a treinta metros de ellos. Bajó al camarote y metió a toda prisa sus cosas en la mochila. Volvió a cubierta y abrió con cautela la puerta del bargueño, bajo el asiento de la bañera. Allí había un cabo de unos cincuenta metros. Se subió en el bote neumático, fijó un extremo del cabo a un candelero del *Falesá* y el otro al anillo de proa del bote, luego se apartó del barco, introdujo los remos en los escálamos y remó hacia el caique. Los hombres que estaban a bordo lo miraban inmóviles mientras se aproximaba. Lo ayudaron a subir a bordo. Vieron la mochila y entendieron enseguida qué quería de ellos.

—*Now* —dijo—. *Absolutely now, it is an emergency*.

Negociaron durante unos minutos, al final sellaron el trato en cincuenta mil dracmas: por poco más de doscientas mil liras lo llevarían de inmediato a la isla con aeropuerto más cercana.

—*To Karpathos* —dijeron—. *Is ok*?

Respondió que Kárpatos le parecía bien. La tarde de aquel mismo día estaba sentado en la sala de espera del aeropuerto de Kárpatos, poco más que una barraca, a la espera del último vuelo hacia Rodas.

2:32 DE LA TARDE

Hace tan sólo seis meses otro atentado tremendo e inexplicable: esta vez más al sur, en la costa… Aquí están, son ellos, mejor dicho, somos nosotros… Somos nosotros, los occidentales colorados, lozanos, quemados por el sol, tirando a rubios, sudorosos, con sandalias, en camiseta de tirantes, con la mirada vacía, azul, de apariencia indulgente, propensa al ocio y atontada de quien está de vacaciones… Somos nosotros, el objetivo, la carne de cañón del terror… Somos nosotros, aquellos a quienes ametrallan en un segundo mientras bajamos del autobús turístico, gorra en la cabeza y réflex al cuello, para ir a ver las pirámides… Y tampoco es que haya mucho que ver en una pirámide, tan desprovistas de ornamentos como están… O a quienes secuestran mientras, con nuestras carteras llenas de divisas occidentales y sin un verdadero motivo que no sea el mero placer o las ganas de *ayudar*, nos adentramos en territorios salvajes para que nos acaben rebanando la garganta delante de una cámara de televisión… Al escuchar los disparos, nos giramos sorprendidos mientras estamos en la fila del mostrador de facturación del aeropuerto, justo un momento antes de que nuestro cráneo aparentemente inocente de viajeros de negocios, de turistas, de occidentales dulces y democráticos, de progresistas que no le harían daño ni a una mosca, de paseantes vespertinos que recogen la caca de sus perros, de ciudadanos que separan la basura en ocho bolsas diferentes, de obsesionados con la salud que no fuman, que salen a correr todas las mañanas y se hacen un chequeo una vez al año… Que con cincuenta años ya se han sometido a su primera colonoscopia rutinaria… Antes de que

nuestro cráneo explote en un número determinado de fragmentos y disperse por todos lados nuestra sustancia cerebral aparentemente inocua… Aquí estamos, en territorio potencialmente hostil, encerrados dentro de esta caja con aire acondicionado, con la esperanza de poder pensar: «Sí, yo he estado allí abajo». Con la esperanza de poder bajar del avión en Stuttgart, en Copenhague o en cualquier otro lugar del norte de Europa y, mientras cenamos con los amigos, poder decir: «Son buena gente, son como nosotros, son pacíficos, los extremistas son una minoría…». Y no hacía falta pasarse aquí una semana haciendo esnórquel para poder decir algo que, en verdad, no es cierto, porque *ellos* no son como nosotros… Nosotros somos los blancos colorados de pelo amarillo cuyas mujeres van por ahí enseñando el escote y los muslos, somos los que llegan a edades avanzadas sin creer en nada… Y a lo mejor por eso nos acaba matando una bomba casera en mitad de la noche mientras dormimos en un hotel de cuatro estrellas de Mumbai, de Saná o de cualquier otro lugar… Mientras remoloneamos en la cama, mientras follamos con una puta que nos ha conseguido el portero… Nosotros somos los altos y musculosos que una noche tierna y llena de promesas saltan por los aires junto con una pizzería entera de la isla de Bali, donde se mezclarán los jirones de nuestros cuerpos y los cascotes de la cubierta de vigas reticulares de acero y tela junto con las esquirlas del laminado de plástico que cubría las mesas antes de que todo acabara hecho añicos… Aquí también han pasado estas cosas, y más de una vez: parecía que había terminado, pero no… Bombas en la calle y en diferentes locales, en una sola noche, para causar el mayor número de muertos posible, artefactos llenos de fragmentos de hierro para hacer el mayor daño posible… Y, pese a todo, seguimos volviendo, confiando en que difícilmente nos pueda pasar algo *precisamente* a nosotros, mezclados entre la gran masa de turistas… Es el razonamiento del ñu que cruza con su manada el río lleno de cocodrilos y se dirige hacia la otra orilla mientras un monstruo de seis metros de largo muerde el cuello del animal que está justo a su lado, un ñu como él, lo arrastra por el agua y lo ahoga en medio del barro para después convertirlo en alimento… «La diferencia entre nosotros y vosotros —dijeron después de

Atocha—, la diferencia es que nosotros no tenemos miedo a morir, mientras que vosotros sí…» Eso dijeron después de Atocha, y me vinieron a la mente aquellas frases fascistas inscritas en algunos lugares de la Ciudad de Dios, algunos manifiestos de grupos juveniles dedicados al culto a la muerte y a morir por alguna causa de mierda, porque nadie les ha dicho nunca: «Mirad, no existe ni ha existido jamás una causa por la que valga la pena dar la vida…». O, al menos, ninguna que tenga que ver con la política… Quizá valga la pena morir para proteger la vida de tus seres queridos, de tus hijos, de tu propia mujer… Pero tú, Brando, ni siquiera has vivido esa experiencia, nunca has sido padre, y has sido esposo durante poco tiempo… Somos los aparentemente indulgentes, civiles y democráticos; somos las víctimas de un *tedium vitae* intolerable que nos empuja fuera de las fronteras de nuestros países en busca de esa nada que se llama entretenimiento, diversión… Somos los que no disparamos y luchamos en primera persona, sino con la mediación de una potente organización militar; somos los que explotarían hasta el último recurso del planeta si no lo hicieran ya los chinos, los indios, los indonesios y los brasileños, que hasta hace veinte años no tenían ni donde caerse muertos y ahora quieren participar en la fiesta… Que es una fiesta de aniquilación… Y cuando se acaben la tierra, el mar y las montañas habrá que volver a hacerlo todo de manera artificial, y eso también será un gran negocio… Pero, mientras tanto, la yihad seguirá avanzando como siempre, como lleva haciendo treinta años, quinientos, mil años, mejor dicho, mil trescientos años… Restos de carne humana y ríos de sangre también en los mercados de Pakistán, Afganistán y Yemen… En Egipto, en Marruecos… Y vagones de metro de Occidente que seguirán explotando mientras que, según la ley del ñu, en el vagón de delante sólo se oye una explosión lejana, el movimiento del aire… Los ñus se dispersan y luego se vuelven a reunir, retoman su marcha cotidiana, el largo viaje de todos los días hacia sus fuentes de ingresos, los mismos ingresos que les permiten venir aquí, a este lugar habitable sólo en la ficción de los *resorts*, a tomar una dosis de rayos ultravioletas excesiva y nociva… Aquí están los ñus, la gente de Occidente, parece como si se hubiesen quedado

vacíos a causa de la paz… Quieren paz y más paz, para siempre… No es que estén en contra de la guerra, es más, la guerra les parece bien siempre que quede lejos y no sea demasiado onerosa, siempre que sirva para garantizar la paz en casa y la preservación de las fuentes de energía y de la seguridad en los lugares a los que vamos de vacaciones… Sobre la paz no tienes nada que objetar, Brandani, tú eres un producto perfecto de ella.

El dolor de cabeza continúa. El Tavor ya le ha hecho efecto y ha dormido unos minutos, con la cabeza hacia atrás. Se ha despertado porque alguien lo ha tocado, quizás hubiese empezado a roncar. Con la boca pastosa, mira hacia delante y bebe pequeños sorbos del botellín de agua que se acaba de comprar.

¿Qué ha significado vivir setenta años en Tiempo de Paz? ¿En qué fuimos diferentes de nuestros padres y de los padres de nuestros padres? Padres, abuelos, bisabuelos y más atrás aún, si nos remontamos en el tiempo, vivieron en su propio mundo, y eran mundos no comparables con el mundo en que vivimos ahora: nunca ha habido una paz tan duradera, nunca ha habido una aceleración tan fuerte de las cosas, los objetos nunca se han transformado tan rápido en otros objetos, nunca ha habido una inestabilidad tan acentuada…

Se siente muy desconcertado: el Tavor, el despertar, el dolor de cabeza, la barriga llena de gases, se entrega a una reflexión lenta, ociosa, que le parece extrañamente lúcida.

Cuando te sientas lúcido, no te fíes… Y todo eso en Tiempo de Paz. Nunca hubo una paz tan duradera. Bueno, sí, en mi época hubo muchísimas guerras, pero siempre fuera de nuestras fronteras, con una implicación sobre todo política y, por tanto, simbólica, o militar, pero limitada. La Guerra Fría: Corea, Vietnam, la participación en invasiones de países islámicos y aparentemente lejanos, y nosotros siempre estuvimos protegidos y alineados con la potencia americana… Hacíamos la guerra hablando su lengua, la de los americanos: *My name is Cocciolone*… Todo eso ha ocurrido, pero no era una guerra como tal, con proscritos, movilizaciones, fanfarria, despliegue de ejércitos y bombardeos. Nadie ha vuelto a arrojar

bombas sobre nuestras ciudades, nadie ha vuelto a destruir la capilla de Mantegna… Y la destrucción de la capilla de Mantegna ya es un buen motivo para la abolición universal de la guerra para siempre… La guerra no nos concernía más que como opinión, como tema para hacer política, no nos atacaba directa y personalmente obligándonos a actuar en modo vida-muerte, nadie ha obligado a nadie a ir al frente, a combatir a su pesar, a obedecer órdenes irrevocables: deja que el enemigo te mate o ya nos encargaremos nosotros. Los que son como yo son organismos del Tiempo de Paz, criaturas específicas que se han adaptado de una manera especial, como los insectos que viven en cuevas, ciegos sin saber que lo son, blancos por la falta de luz y, no obstante, convencidos de que el mundo entero se encuentra allí dentro. No tenemos ni idea de lo que significa combatir por la patria, de hecho no sabemos qué es la patria, la patria no nos despierta nada más que un leve sentimiento de amor propio que nos sale cuando alguien dice *pizza*-mandolina-mafia-cuernos… Hasta no hace mucho tiempo, los alemanes nos llamaban traidores: el padre de Lotte, por ejemplo… Nunca ha habido un *verdadero* enemigo externo, no nos interesaba, no nos afectaba, bastaba con que nos dejasen vivir tranquilos, bastaba con que no usaran la Bomba, como estuvieron a punto de hacer en el 72, tenía dieciséis años, era virgen, habría muerto quemado antes de comenzar a vivir, antes de poder hacer el amor con Clara, me habrían arrebatado uno de los pocos momentos de mi vida que merecía la pena vivir… En estos setenta años de paz, cuando ha existido un enemigo, éste siempre ha sido personal, no nacional. ¿Puedes decir que has tenido enemigos, Ivo? Creo que no. Tienes enemigos cuando destacas un poco, si actúas, si tratas de hacerte un hueco, pero ¿yo? Con mi desidia no he podido hacer enemigos… ¿Podría considerar a De Klerk un enemigo? No, tampoco: para él yo no existía, era un juguete, quería divertirse para hundirme después… Me hundió, pero no se divirtió. Lo odiaría si pudiese… El Tiempo de Paz no es más que una Guerra silenciosa de todos contra todos. Nada feroz en apariencia y, en cualquier caso, no a mi nivel: la guerra entre personas de mi nivel nunca es seria, casi nunca prevé aniquilaciones verdaderas, aunque en las empresas hay gente que

se suicida por el estrés y las humillaciones, o bien sufre hasta la extenuación y un buen día va al trabajo con una pistola y lleva a cabo una matanza… Desde que el capitalismo no tiene a nadie capaz de combatirlo, hay detectores de metales por todas partes; no sirven para prevenir el terrorismo, pero sí los homicidios en empresas… La Paz es guerra de todos contra todos: aunque hay escasa violencia física, la lucha es malvada y cruel para los que participan, sobre todo cuando se trata de tener que hacerse un hueco, de pelear por obtener una parte, por pequeña que sea, de los recursos disponibles, o un poco de poder… Una guerra sin héroes, combatida a golpe de cocaína, de alcohol, de antidepresivos, de ansiolíticos, de cigarrillos fumados hasta el filtro… Pocos héroes oficiales, pocos monumentos, todos conscientemente antirretóricos y, por tanto, casi todos feísimos… Aquí los héroes son aquellos que han luchado contra la mafia, la camorra, el crimen, el chantaje, es decir, los policías, los carabineros, los jueces, algún que otro testigo sin miedo y algunos que se rebelaban contra el impuesto revolucionario, que han apelado a un supuesto monopolio estatal de la violencia contra el territorial de la mafia y que, naturalmente, han sido eliminados… Además de algunos mercenarios que han ido a Irak, a Afganistán y al Líbano por dinero, algunos soldados profesionales, voluntarios y muy bien pagados, que se han creído el cuento de que Todos-Nos-Quieren y de que Los-Peninsulares-Son-Buena-Gente, mientras les metían una bomba de dos mil kilos justo debajo del culo. Yo, el malvado Ivo Brandani, de haber sido extorsionado, habría pagado y callado; de haber sido testigo de un delito de la mafia, habría guardado silencio; de haber sido juez en el sur, habría pedido el traslado; de haber sido militar, jamás de los jamases habría ido a uno de esos países… Si hubiese estado en aquel vagón del metro de *El incidente*, no habría hecho nada por parar a Tony Musante… Nosotros, los organismos adaptados al Tiempo de Paz, mejor dicho, productos del Tiempo de Paz, no damos la vida por la patria, no sacrificamos nuestra existencia por una batalla civil, por un ideal político: los pocos poquísimos que todavía lo hacen, en el fondo, son unos inadaptados… Sin embargo, hubo años del Tiempo de Paz durante los cuales la lucha fue dura y política. Al principio se trató de

una contraposición entre diferentes corrientes ideológicas, entre «extremismos opuestos», luego entre partidos opuestos, más tarde entre intereses opuestos y al final entre grupos de presión opuestos. Ha habido mucha violencia, pero no era guerra, nadie te obligaba a participar, aunque podías ser una víctima casual: nunca me he liado a tortas con los derechistas ni con la policía, para mí la violencia sólo ha sido privada, simples puñetazos entre individuos por motivos contingentes e insignificantes, de supremacía, de autodefensa… Las pocas veces en que me he visto entre la espada y la pared lo que me ha llevado a recurrir a la violencia ha sido el impulso del miedo, o bien la fuerza de la rabia, cuando matarías con tus propias manos al que se te encara, por lo mucho que lo odias… *Nuestra* lucha política, en la que yo he participado, tampoco es que tuviera fundamentos muy sólidos, como después se ha comprobado. Eran diferencias aparentes; no hizo falta más que una década para que se impusiera la capa unificadora resultante de ir al liceo, de terminar la universidad, del Querer-Ser-Clase-Dirigente, la lucha por las ideas se convirtió en lucha por el poder, por alcanzar y mantener posiciones. Con el paso del tiempo, los diferentes proyectos políticos resultaron ser una mera toma de partido, porque luego se vio cuál fue su destino común: procurarse una porción, grande, pequeña o mínima, de poder e ingresos, independientemente de la ideología de origen… Los que no lo han aceptado han sido asesinados, han acabado entre rejas o han llevado una vida de supervivientes, de marginados, en un mundo cada vez más ajeno… Veamos, a principios de los sesenta se enfrentaban, en sentido contrario al de las agujas del reloj, terroristas de derecha, ultraderecha, extraparlamentarios, fascistas, monárquicos, liberales, democristianos, republicanos, socialdemócratas, socialistas, comunistas, comunistas radicales, comunistas extraparlamentarios y comunistas terroristas: una aglomeración que más tarde perdería todo su sentido porque ya, a principios de los años noventa, nadie comprendía nada. ¿Qué coño era el PSIUP?

Sin embargo, Ivo Brandani sabría describir uno por uno y con cierto grado de exactitud todos esos matices, porque él es un nativo

de la Posguerra que ha vivido en Tiempo de Paz, cuando reinaba la Multiplicidad Política, algo inconcebible hoy en día.

Si se piensa bien, Tiempo de Paz significó, sobre todo, vacuna contra la polio, disponibilidad de energía eléctrica, agua que salía del grifo sin que te contagiara el tifus, lácteos sin fiebre de Malta, enfermedades cada vez más fáciles de curar, revolución sexual, ambulatorios, consultorios, divorcio, aborto, píldora anticonceptiva y un montón de cine en color… También significó bikini y playa, sombrillas, tumbonas, cubos y chanclas: cosas totalmente benévolas, inofensivas, dedicadas al placer de Estar En la Orilla. Las chicas… Al principio llevaban aquellos pantalones de pitillo color pastel con aberturas en los tobillos, ¿te acuerdas? Sandalias *caprese*, tops de encaje blancos. Brigitte Bardot… Aún me pongo malo al pensarlo… Después, minifaldas y, más tarde, pantalones de campana… Paz significó amor en la playa por la noche… Paz significaba juventud, vacaciones, significaba que Padre se quedaba relegado en la ciudad trabajando y me dejaba tranquilo por un tiempo… Significaba escuela, pantalones americanos, chicas que salían por la noche, viajes sin dinero, terrazas de verano, fiestas los sábados por la tarde… Tiempo de Paz significó trabajo, luego el R4, carreteras asfaltadas por todo el país, trenes, aviones y barcos. Los parvularios eran Tiempo de Paz, así como el médico de cabecera, las primeras motos y las que luego ya no te escupían aceite encima… Paz había significado el Alfa Romeo GT Veloce, el Volkswagen, el *flying dutchman*… Tiempo de Paz significó la universidad y todo lo que sucedió allí. Y lo que vino después y después… Tiempo de Paz significó toda mi vida. Nosotros, nativos de la paz, no nos damos cuenta de cómo la no guerra nos ha marcado y hecho diferentes de los que vivieron antes que nosotros… Paz, paz, paz, para nosotros, organismos filtradores, que nunca sabremos nada de nosotros mismos, porque la paz te hace precisamente eso, pone a prueba la peor parte de ti, te va agotando lentamente durante toda la vida y, cuando llegas al final —y no falta mucho—, sigues planteándote las mismas preguntas que te planteabas al principio, cuando te preguntabas si tú también habrías sido capaz de pilotar un Sagrado

Spitfire en la guerra, de no huir despavorido al ver que se te echaba encima un Me-109… Con todo, he descubierto algo sobre mí mismo: soy un no héroe, un no valiente, un no dominador, alguien que no cree en nada, que nunca ha creído en nada, ni siquiera cuando pensaba lo contrario… Soy alguien-que-se-conforma, alguien para el que no hay nada importante más allá de vivir en las mejores condiciones posibles… Eso es lo que he descubierto de mí, como organismo específico producto del Tiempo de Paz. Otros, pocos, no eran como yo: ellos luchaban. Algunos murieron y mataron, pero *creían* en una causa y, aunque todos los vituperen ahora, yo los respeto. No actuaron por interés personal, sino en nombre de sus convicciones, y muchos de ellos han pasado décadas entre rejas, a lo mejor sin haber matado a nadie. Incapaces de aceptar el Tiempo de Paz, actuaron como solían hacerlo los revolucionarios profesionales, matando y muriendo, movidos por la fe en la llegada de la Era de la Justicia… La Era de la Justicia no llegará nunca y nadie la ha deseado nunca… Aquí, el capitalismo nos convenía a todos: a los patronos porque eran patronos, a los trabajadores porque en la segunda mitad del siglo XX el bienestar les había embestido también a ellos, mientras que en el Este las empresas nacidas de la Revolución implosionaban lentamente… Ser terroristas ayudaba al ego, compensaba su desesperación, les impedía caer en la nada por la falta de objetivos, los resarcía de un fracaso inminente, de la juventud… Tú, en lo más profundo, siempre los has admirado, Brandani… *Ellos* se habían puesto a prueba, *ellos* habían comprendido de qué pasta estaban hechos y lo habían pagado muy caro… La lucha por/contra un comunismo que nadie quería nos fue útil a todos como sucedáneo de la guerra… Mucho tiempo antes de los años de sangre existía una especie de línea divisoria que sirvió para separar *nuestra* cultura de hijos de la Guerra de *sucultura* de padres que venían de una realidad histórica remota y que habían hecho la Guerra. Entre los dos mundos, por encima de la línea, estábamos nosotros, unos pobres gilipollas que creían en la causa… Tuvo lugar la transición de una democracia jerárquico-autoritaria, de estilo «seréis lo que nosotros queramos que seáis y punto», a una democracia basada en las libertades civiles y el dinero, como la

americana… Han pasado cuarenta años y hemos llegado hasta aquí; vivimos en un presente que encarna la realización de *aquel* proyecto: la democracia del dinero, la aceptación plena, sin reservas, del *estado de las cosas*… Y aquí estamos, en la realización del capitalismo; ha muerto todo modelo, toda pertenencia, toda esperanza discordante… Se ha jodido todo lo que se basaba en una promesa diferente… La idea de Mundo Justo —nadie sabía de qué se trataba— ha salido mal, se ha desmoronado y desvanecido para siempre… Han pasado décadas, pero al final el procedimiento se ha cumplido y vivimos en el Occidente más occidentalizado… Todos, los compañeros de entonces, los de nuestra parte y los que se pasaron al otro lado —¿en serio hay *otro lado*?—, y también los que querían acabar con todo, ellos más que nadie… Sin embargo, en el estadio sucesivo al 68, durante aquel horrible *Pos* que duró cerca de diez años, tal vez quince, durante la matanza del enfrentamiento contra el Estado, algo se movió de todas formas, el país trató de mejorar: algunos elementos de aquella promesa política inicial se filtraron a la sociedad, es decir, a todos nosotros, y permanecen… Algo cambió, y aquel *Pos* no representó más que un esfuerzo para desmontar pieza por pieza aquella *novedad*, porque lo único que importaba era agrandar la transición hacia *esta* modernidad, hacia esta realidad que ya no se puede definir sino como *dinero en estado puro*… Un mundo más justo, ¡y una mierda! Sin duda más rico, mira a esta gente: en comparación con lo que éramos hace sesenta años, todos tienen de todo y hasta se sienten pobres… El 68 no fue más que una manifestación final… El resultado político de una revolución cultural nacida en los años cincuenta que duró diez años, el tiempo que necesitaron los *baby boomers* pequeñoburgueses como yo para crecer y mirarse a la cara… Mirarse a la cara y decirse: ¿Qué coño tenemos en común con *estos de aquí*? ¿Éramos diferentes de nuestros padres? Sí, claro… Lo que nos decían en el colegio, en la iglesia, lo que era oficialmente importante, lo que nos imponían como indiscutible, no significaba nada para nosotros… Aquélla fue la *verdadera* revolución… Avanzó transformada en algo habitual durante toda la década entre el 58 y el 68… Significó el nacimiento

de la Especificidad Juvenil, una novedad absoluta en la historia de Occidente… Éramos diferentes, lo sabíamos…

Franco y yo lo habíamos hablado largo y tendido. Él no tenía dudas, como siempre: «En el Occidente *libre* no ocurre nada sin el consenso de los dominadores. De hecho, muchas de las cosas que en apariencia suceden contra el capitalismo las construye el propio capitalismo. Por tanto, es probable que la Especificidad Juvenil de aquellos años fuese el resultado del invento de una Especificidad de Mercado; esto es, una generación a la que destinar productos estudiados *ad hoc*. El joven pequeñoburgués que participa en el 68 sólo es un consumidor, nuevo y diferente, creado por el Mercado. Ivo, el 68 no es sino un producto de lo que entonces se llamaba "neocapitalismo". En aquella época se llamaba así, ¿te acuerdas? En fin, era el neocapitalismo el que era hostil a las viejas sociedades jerárquicoautoritarias. Resultaba más cómodo un mundo más distendido y abierto. Se necesitaba una sociedad igualitaria, se necesitaban individuos más libres en cuanto a comportamiento y consumo. Todo tuvo su origen mucho antes, en Estados Unidos, durante la transición de una sociedad jerárquica y autoritaria a una sociedad plenamente consumista. Nosotros vamos retrasados con respecto a Estados Unidos, donde la revolución juvenil es anticomunista y estalla unos años antes: cuando comienza el 68 europeo, la revolución americana ya ha terminado y se ha transformado en algo diferente. Al principio aquí se dio el antiautoritarismo, luego se produjo una adhesión, es más… una *apropiación* fundamentalista de Marx: tomamos lo que nos encontramos, no había nada más a nuestra disposición que encerrara una idea de justicia tan fuerte, una praxis revolucionaria tan sólida. Los que sabían de política eran fascistas o comunistas, venían de las federaciones juveniles de aquellos partidos. Los fascistas ya estaban fuera de juego… Los que eran capaces de asumir la directiva en la primera época, es decir, entre el 66 y el 67, eran de formación y militancia comunista, así que el movimiento se dirigió en aquella dirección. No había otras posibilidades más allá de la pareja revolución-comunista/revolución-*hippy*: Lenin y Mao o

Spinello y Pink Floyd. Pero ¿a quién le importa eso hoy en día? Nuestra plataforma política era un *objet trouvé* histórico. Sorteábamos las horribles contradicciones entre teoría marxista de liberación y praxis comunista de opresión. Prescindimos de una crítica radical al Comunismo aplicado, nos la trajeron floja los tanques soviéticos en Praga, nadie se puso ni un poquito nervioso. Una década de luchas, de transformaciones, de innovaciones, nacía ya contaminada, era una enfermedad que enseguida mostró la virulencia de la que era capaz… Fue un bucle histórico en el que el capitalismo produjo una fuerte oposición hacia sí mismo. Era necesario para transformar y rejuvenecer la sociedad. Un gran número de sujetos juveniles, *nosotros*, fue criado en el goce de su opulencia sin creer en sus valores… Con la ayuda del mercado, construimos una cultura de apariencia alternativa que nos parecía nueva y sólida, pero que hacía aguas por todas partes. Nadie se sentó a planificar todo eso, aunque, en ese toma y daca entre el mundo y su representación, algunas mentes se aplicaron con afán a la narración verbovisual de "nuestro" imaginario juvenil. El 68 fue fabricado por un capitalismo que buscaba nuevas estructuras y nuevas soluciones: este continuo rebote de la realidad al mercado y viceversa nos rejuveneció… La tesis clásica es que al final de los sesenta era necesaria la redistribución de las rentas. Aquí tuvimos el aviso inmediato del 12 de diciembre del 69, cuando aquel banco voló por los aires en la Ciudad del Norte: en aquel momento entendimos que la cosa iba en serio, que el juego se estaba complicando. Queríamos pertenecer a un país diferente, un país que tuviese su propio sello. Pero no fue así. Tan sólo fue un jódete-y-tira-p'alante o dispara, nada que ver con el viejo trinomio Civilización, Progreso y Socialismo».

PUENTE Y PUERTA

Molteni pasa de los sesenta años, es corpulento, bajito, tiene unos ojos azules muy vivaces, su voz es queda, pastosa, las palabras que usa son sorprendentes y rebuscadas, parece que le lleguen a los labios de manera fluida, sin trabas o pausas, como si siempre hubiesen estado ahí, en la glotis, en el aliento, a la espera de ser elegidas o pronunciadas.

Nadie interrumpe nunca a Molteni. Él siempre dispone de todo el tiempo del mundo para decir lo que quiera decir y más. A menudo lo aprovecha para digresiones, ironías, divagaciones. Parece estar perfectamente al corriente de su poder de seducción, y lo usa sin problemas cada vez que puede. Así como usa sin problemas su poder académico. Molteni es un barón. Molteni no cree en nada. Molteni es inteligencia en estado puro, no es benévolo, no es hospitalario. Es muy despierto, no se le escapa nada de lo que ocurre en las estancias en las que está presente, enseguida se da cuenta de cómo está yendo una reunión, si las cosas están tomando el cariz adecuado para él o si se están torciendo, si hay alguien que piensa diferente. Habla lentamente, pronuncia las palabras con el ritmo de un viejo diésel. A Ivo le parece el motor de un pesquero que navega lento pero constante, emitiendo una explosión tras otra, cada una bien distinta a la anterior. Palabras sin acento, pronunciación perfecta. Detrás de sus gafas de viejo, Molteni mira a las estudiantes con mucha atención, durante los exámenes a menudo se las baja para observarlas mejor cuando se dan la vuelta al marcharse. Ivo ha oído decir que una vez había murmurado a uno de sus ayudantes: «La verdadera *difference* reside ahí». Durante los

exámenes es muy amable, sobre todo con las chicas, nada tacaño con las notas, difícilmente te suspende, pero difícilmente te da a entender que te haya apreciado de verdad.

—¿Cuántos de vosotros podrán contribuir verdaderamente al pensamiento filosófico? ¿Uno de cinco mil? ¿Uno de diez mil? ¿Y es un problema? Probablemente no. Como docente, pienso que ya sería un gran éxito que la escuela consiguiese hacer de vosotros «portadores de método», contenedores activos de saber, transmisores de pensamiento. Aquí no construimos ni adiestramos a nuevos filósofos, que nos importan bien poco, sino las neuronas de la sociedad. Iba a decir de la humanidad…

Mientras habla, está medio tendido en la silla, con la mano derecha se mesa la barba blanca, al tiempo que la izquierda juguetea con un boli. Una pierna oscila rítmicamente desde hace al menos media hora, sin detenerse. Molteni traiciona expectativas e inquietudes. Tal vez se esté aburriendo. Es frío y, no obstante, su mirada es penetrante. Sus ayudantes sentados en primera fila escuchan con más atención que los estudiantes: siempre sucede con los barones. No ejercen su poder sobre los estudiantes, sobre los cuales no tienen ninguna autoridad más allá de la función de darles clase, aprobarlos o suspenderlos. Los estudiantes lo saben y, a no ser que ya tengan claro en la cabeza que quieren hacer carrera en la universidad, los consideran escollos y obstáculos temporales y, pese a la subordinación, les importan un carajo. El barón es importante sobre todo para el cuerpo docente, es decir, para los que son como él y para los que aspiran a conseguir un día su puesto y su nivel de poder e influencia.

Sin embargo, a veces el barón puede ser importante para toda una cultura, puede constituir una de las referencias con la que medir el estado de una disciplina. En otras palabras, el barón puede ser un maestro. Molteni ha sido un maestro, y aún hoy lo sigue siendo, pese a que ya no produzca casi nada. Tal vez sus escritos ya se hayan quedado un poco anticuados, porque se enmarcan en una escuela de pensamiento un poco obsoleta, tanto para la derecha como para la izquierda, sobre todo para la izquierda. Lo encasillan

en las filas de los reformistas, de los execrados socialdemócratas, le han endosado el título de barón, le atribuyen, y no sin razón, una actitud gatopardista hacia lo que parece una revolución en ciernes. Estas cosas quizá se puedan decir en una asamblea de estudiantes, pero nadie se atreve a proferirlas en su presencia. Su prestigio todavía funciona entre los líderes más extremistas. Los que se desgañitan en asambleas y manifestaciones con la cara roja, gritando eslóganes por un micrófono, y sonríen nerviosos ante Molteni, con digna deferencia: saben que no podrán ser líderes para siempre, saben que los vigilan, saben que llegará el momento de demostrar con astucia el capital de notoriedad y poder estudiantil acumulado. Una beca, una plaza de ayudante o de investigador. El contacto con Molteni, su estima y consideración siguen siendo importantísimos, esenciales. Pero él no estima a nadie de manera abierta, apoya a quien le conviene, ayuda a quien le resulta cómodo, más bien por un ejercicio necesario de poder que por una necesidad real de la escuela. Molteni no cree en nada, y en el mundo académico todos lo saben. Ha alcanzado ese estado superior que le permite ironizar sobre todo y sobre todos. Y lo hace con regularidad, excepto sobre sí mismo. Se rumorea que enchufó a su amante en la interinidad de Alemán. Es lo mínimo que se puede esperar de un barón. La deferencia con la que los ayudantes de Molteni tratan a la profesora Boccacci habría alimentado las habladurías, pero Ivo Brandani es un estudiante, y a los estudiantes no se les cuentan estas cosas. Para ellos son, y deben seguir siendo, rumores confusos. La universidad lava sus trapos sucios en casa. Molteni ha sido uno de los estudiosos más importantes de Marx y, en consecuencia, de Hegel, pero en la última década ha emprendido su propio camino: ha descubierto a Popper, se ha alejado del *mainstream* marxista, que en el ínterin se ha ido volviendo cada vez más abstracto, extremista y revolucionario. A Ivo le gusta su personalidad, pero se siente increíblemente intimidado por ella.

—A lo que aspiramos aquí, en esta escuela… —¿Por qué no dice universidad? ¿O facultad? ¿Por qué insiste en llamarla *escuela*? A la escuela ya hemos ido, esto es la *universidad*, lo que significa que no

tienes que pedir permiso para ir al servicio— …es exactamente a esto: a diseminar en el entorno humano una inteligencia generalizada. Así pues, no tanto de los saberes como de saber pensar. Muchos de vosotros acabaréis en empresas, en periódicos, muchos enseñaréis en escuelas. Trabajaréis en editoriales, en la administración pública. Algunos de vosotros os dedicaréis a la política, muchos ya lo hacéis. A todos os resultará útil *saber pensar*. A todos nosotros, peninsulares de la segunda mitad del siglo XX, nos resultará útil que sepáis pensar. Será indispensable poder contar con gente capaz de pensar… —De repente, sin que nadie se lo espere (a juzgar por la actitud de sus ayudantes, es la primera vez que lo oyen decir algo así), añade—: Así pues, hay que admitir que la filosofía sistemática ha muerto, que está acabada, que no tiene utilidad desde hace al menos cien años. Ha sido la madre de todos los saberes, de todas las ciencias. Ahora que hace tiempo que cada rama científica es capaz de caminar por sí sola, la madre ya no tiene ni que educar ni que amamantar a sus hijos. Carece de utilidad alguna, y es una estupidez mantenerla viva sólo porque aquí tengamos un edificio que se llama Facultad de Filosofía, sólo porque tengamos varias cátedras y nos paguen por estar sentados en ellas. Si fuésemos personas serias, echaríamos el cierre para los próximos cien años. Pero todos necesitamos comer y vosotros precisaréis algún trozo de papel. Así que aquí seguimos. Pero la sustancia ya no existe. Alguno podrá objetar: «¿Y las eternas preguntas de la filosofía?». ¿Cuáles serían las preguntas de este tipo que ya en su formulación no sean chorradas? «¿Qué existe fuera de nosotros?» En vuestra opinión, ¿es una pregunta que sigue teniendo sentido cuando cruzáis la calle y no dais por sentada la existencia del tranvía que se está aproximando? ¿Os parece serio que todavía se planteen preguntas del tipo: «¿Cuál es la naturaleza última de la realidad?»? ¿Y qué decir de esa otra que suena más o menos así: «¿Es posible conocer esta naturaleza última?»? —Risas—. No tiene ninguna gracia. Nuestras clases tratarán de todo esto y de mucho más. Pero que sepáis que este año no nos limitaremos a presentar los principales problemas de filosofía teorética y a pretender que conozcáis cómo los ha afrontado la filosofía moderna, o sea, desde

Descartes hasta la actualidad. Este año daremos también nuestras propias respuestas, no tanto *a* las preguntas como *sobre* las preguntas. Expresaremos una opinión sobre ellas. Demostraremos que algunas ya son inútiles e inconsistentes.

Los ayudantes se miran entre ellos, están nerviosos, se murmuran cosas al oído, mientras Molteni continúa impertérrito. Desde el aula se oye una voz femenina que pregunta:

—¿Y Marx?

Molteni se interrumpe. No está irritado; de hecho, parece agradecido a esa voz, pues le permite afrontar el tema de inmediato sin tener que llegar a él gradualmente mediante la apertura de toda una serie de puertas. Sabe que se le conoce como el Barón Rojo; es más, como uno de los barones rojos. Su pertenencia al Comité Central del Partido no es un secreto. Ivo apenas tiene noción de qué es el «comité central». Sus ayudantes están nerviosos: ¿adónde quiere llegar hoy?

—¿Marx dice usted, señorita? O señora, no lo sé… —Molteni siempre ha sido muy cortés, y un caballero a la antigua usanza con las estudiantes. Oficialmente cortés delante de ellas, pero con sus ayudantes a veces hace alusiones desagradables, vulgares, que luego se cuentan y circulan. Todo lo que Molteni dice es referido a otros y luego a otros. Él lo sabe, no le importa, forma parte de su poder, de su estatus de maestro—. Ah, ya, Marx… Mire… Marx nos proporcionó los medios para comprender en qué mundo vivimos, nos dijo cuáles y de qué naturaleza son las *verdaderas* leyes que gobiernan nuestras llamadas sociedades y, por tanto, nuestras vidas. Nos reveló cosas fundamentales sobre la *verdadera* naturaleza de nuestra conciencia social. Sobre la Historia. Etcétera. Pero todavía es un filósofo sistemático, su pensamiento tiende a la interpretación de la realidad en su totalidad. Y éste sería el menor de sus defectos. El mayor defecto de Marx es que nos indicó el camino equivocado para cambiar el mundo. Su culpa fue habernos ilusionado y, a fin de cuentas, allanar el camino al Capital. Alguno de vosotros sabe que lo he estudiado durante mucho tiempo y que no me he arrepentido en absoluto. Una parte importante del curso tratará sobre Marx. Sin

embargo, he de advertiros que este curso ni es marxista ni es de marxismo.

El aula está llena de jerséis y de abrigos, de bufandas que se llevan muy largas, de vaqueros y de zapatos de ante, estilo Clarks. Muchos, muchísimos, van con chaqueta y corbata. Ivo lleva una chaqueta azul con botones de acero brillante, camisa blanca y una corbata a cuadros escoceses sobre unos Levi's de pana beis. Huele a abrigo mojado. Hace días que el cielo está encapotado y llueve. Parece un noviembre lluvioso cualquiera, el típico castigo por un verano demasiado bonito, por el agua transparente de las calas del sur, pero nada comparable a los noviembres de desesperación vividos hasta hace dos años, cuando todavía miraba por los ventanales de las aulas de un colegio de curas y veía un mundo triste, sin futuro, exactamente igual que el mundo a este lado de los ventanales, formado por lecciones idiotas y clericales de las que no conseguía recordar nada, que no le despertaban un ápice de interés, durante cuatro o cinco días todos los santos días del año, para siempre. Entonces también olía a abrigo mojado y, como aquí, se percibía un hedor a jóvenes ejemplares humanos con el pelo sucio, a aire viciado y a bacterias. Muchos están resfriados, se suenan la nariz sin parar. Es un noviembre para tomar apuntes en las primeras clases de filosofía teorética, aunque se sabe que pronto dejará de tomarlos y después incluso dejará de ir a clase, excepto cuando esté él, Molteni. Un noviembre para comprarse un impermeable en una tienda de segunda mano, para comprar cigarrillos sueltos o en cajetillas de diez. Un noviembre para ir todas las tardes a la filmoteca a ver, según la programación del mes, películas principalmente japonesas, como *Harakiri*, o peores, como *La isla desnuda*, preciosa y desoladora. Un noviembre para ver a Clara, llamar por teléfono a Clara, hacer el amor a escondidas, en algún lugar, en su casa cuando sus padres no estén, o en el coche, cuando Padre se lo deje, si es que se lo deja. Un noviembre que, incluso dos años después, trae consigo la sensación de liberación de la escuela, pero también la perplejidad aturdida del otoño. Un noviembre en el que el año empieza de manera efectiva, durante el cual se ejercerá

la presión de siempre sobre él, mayor que la del año pasado, y que irá en progresivo aumento durante los días, meses y años que se sucederán. Lo importante es que Ivo siempre se sienta confuso, equivocado, irresponsable, en un error, que se autoperciba como una mierda. Todos quieren que sea así. Sobre todo, Padre quiere que sea así, se lo curra en el almuerzo y en la cena, sin tregua, como uno de esos martillos neumáticos que usan en sus obras, como si ésa fuese la verdadera misión de su vida, como si no existieran ni Hermana Mayor ni Hermana Menor que *forjar*. Padre no se interesa por ellas, Ivo siempre ha sido su objetivo, él es el elemento que hay que modelar, aquel al que hay que recordarle el error que comete al ir a una Facultad de Filosofía, sobre todo cuando se tiene un padre con una empresa, un padre constructor. Un padre *especulador*, querría decirle, pero no se atreve.

Es una presión que viene de todas partes, no es ninguna tontería. Una vez más no es ninguna tontería, nunca lo ha sido, en ningún lugar ni con nadie. La Península es estrecha, pobre en recursos, católica, montañosa, está llena de gente que no tiene una lira: ¿no pensarás que, porque hayas llegado tú, los demás se van a apartar para dejarte pasar, verdad? ¿No pensarás que se te va a recibir con los brazos abiertos, que se te van a tender las manos, que se te va a decir bienvenido, ponte cómodo, por favor, haz como si estuvieras en tu país, como si fuésemos tus conciudadanos, como si fuésemos tus hermanos, tus padres, tus maestros? Como si nos importaras tú y la calidad de tu vida. No te hagas ilusiones, serás lo que nosotros queramos que seas. Ya en la escuela elemental, Maestro Proia (que arda en el Infierno) debería haberte enseñado unas cuantas cosas: ¿recuerdas cuando os apretaba las palmas de las manos sobre las sienes como en un torno y luego os levantaba del suelo? ¿Recuerdas lo que sentías? Era como si la cabeza estuviese a punto de romperse, una especie de descarga eléctrica. ¿Recuerdas cómo se mofaba de los que se echaban a llorar? Les levantaba el babi por detrás y los imitaba diciendo: «Mandiles, mandiles». ¿Qué crees que quería *decirte* Maestro Proia?

Ivo aún tardará tiempo en entender qué es lo que quería decir Maestro Proia y cuál era el contenido de aquel mensaje antiguo y primario (*Os aplastaremos*), él está viviendo este noviembre de pies fríos en los Clarks empapados, tratando de soportar la presión y de sobrevivir en la universidad, tratando de guardarse algo para sí mismo, algo que no puede decir a nadie porque no sabe lo que es.

«Ser como ellos, simplemente, no es posible. Mi mundo es un mundo diferente, un universo paralelo; es más, claramente sesgado con respecto al mundo en que viven ellos. No saben nada de Elvis, nada de Pink Floyd, de los Rolling Stones (no saben lo estupenda que es «Satisfaction»), nada de Clifford Simak, de Arthur C. Clarke, de Philip K. Dick. Un tema de Coltrane, de Davis, de Coleman Hawkins o de Roland Kirk no significa nada para ellos ("Parece una orquesta afinando los instrumentos", le dijo una vez Madre). No saben profundizar, no saben nada de Kerouac, no han leído *Aullido* de Ginsberg, no saben nada de Ernesto Guevara ("¿cómo se llama ese comunista que han asesinado en Bolivia?"), nada de nada.»

Es la primera vez en la Historia que se da una brecha cultural tan profunda entre generaciones. Ellos, los padres y las madres, han pasado la Guerra, han pasado hambre, han comido pan negro, han vivido como refugiados, han reconstruido el país. Nuestros padres, cuando eran jóvenes, iban a los burdeles. Era la única manera de follar que se conocía entonces, además de casarse.

«Hermana Grande parece haber caído en esta parte de la divisoria de aguas, en la parte opuesta a la que estoy yo… Debajo del hielo del Bernina hay dos lagos, uno es blanco, el otro es más oscuro, los llaman lago Bianco y lago Nero, están uno al lado del otro, divididos por una morrena; las aguas del lago Bianco (o quizá del lago Nero, ni idea…) desembocan en el Adriático, pero las aguas contiguas llegan mucho más lejos, descienden hasta el Inn, y luego, ya en el Inn, alcanzan el Danubio, hasta el mar Negro. Hermana Grande sólo tiene dos años más que yo, pero fluye en una dirección diferente a la mía… Cada año que pasa nos alejamos más, hemos llegado a una especie de extrañeza ajena, aunque distinta y más

grave que la que tengo con Padre y Madre, porque me hace sentir más solo…»

Todos eran fascistas: «Todos éramos fascistas, incluso los que ahora reniegan, los que se las dan de partisanos con cualquier excusa», dice Padre.

Padre dice que muchos de los que hicieron la Guerra luego aprovecharon la Resistencia para hacer carrera en los partidos, en las cooperativas, en los sindicatos, en las empresas del Estado, en las redacciones de los periódicos. Ahora todos están ganando dinero: después de las miserias de la Guerra y las de la Posguerra, sólo piensan en el dinero. Incluso Madre, en su maravillosa y amable indolencia, está un poco tensa porque los maridos de sus hermanas parecen ganar más dinero que Padre: tienen coches nuevos, casas grandes, apartamentos en edificios cursis de reciente construcción, tienen casas en la playa, van a esquiar en invierno, viajan. «Si no fuera por vosotros —dice siempre Padre—, si no fuera por vosotros, no me deslomaría como lo hago todos los días. Si no fuera por vosotros, ahora mismo sería piloto en África.»

Joder, pues vete. Vete a trabajar de piloto a África, ¿quién te lo impide? Ve allí a partirte la cara si es lo que quieres. ¿No entiendes que en esta mesa las Hermanas, o sea Hermana Grande y Hermana Pequeña, y yo pensamos eso? Mejor morir de hambre, mejor vivir en la calle que tenerte aquí siempre, pontificando, amenazando y pegando. ¡Vete a África, venga! Padre siempre dice que todos, hasta los chabolistas, tienen televisor, dice que todos ven *Rin Tin Tin*, dice que todos tienen coche, todos, hasta los que han nacido en la más absoluta miseria, que bien merecido se lo tenían, hasta los burros ignorantes que sólo hablan de fútbol, Padre dice que hasta ellos quieren tener coche, televisor, frigorífico y aspiradora. Es decir, todos quieren tener lo que él ya tiene o querría tener.

«No entiendo cómo lo hacen. La única explicación que encuentro son las trampas, las letras de cambio, las deudas.»

Si cualquier cabeza de chorlito, cualquier analfabeto, cualquier burro, puede ganar el mismo dinero que él, que ha estudiado, ¿puede aspirar a las mismas cosas?

«Lo que no entiende es que, aunque yo hubiese sido ingeniero, aparejador o arquitecto, habría preferido morirme antes que entrar en su empresa a trabajar con él, para acabar como Ortolani… El aparejador Ortolani sentado todos los días en su escritorio en la empresa, con sus revistas francesas de "desnudo artístico", con su *Playmen* en el cajón del escritorio… ¿Qué es lo que nos han enseñado todos estos adultos que ahora pretenden que nosotros seamos como ellos? ¿Qué te ha enseñado Padre? Puedes decir que te ha enseñado tres cosas… La primera, la más útil, es que el nudo de la corbata no hay que entenderlo como un nudo, sino más bien como un "fruncido"… La segunda es que, cuando conduzcas un coche, es mejor que consideres a los demás conductores unos locos y que te comportes en consecuencia… La tercera es que, si tienes que tratar con alguien y te da miedo, debes acordarte de que "él también te lo tiene a ti". Esta última es la que menos me convence, aunque deriva de haber sido Padre durante la Guerra, de haber luchado como piloto a bordo de trimotores SM82, de haber boxeado, de haberse enfrentado a las peligrosas contiendas de los barrios periféricos de los que procede en los tiempos antiguos, sórdidos y fascistas de su juventud.»

Un noviembre para comprender definitivamente cómo actuar dentro de este desconcierto confuso y rimbombante de estudiantes, pasillos, tablones de anuncios y polvo. Está en segundo —el primer año fue un auténtico *shock*, casi un desastre: suspendió el primer examen, sacó un dieciocho cuando volvió a presentarse en junio, luego hizo un examen complementario, poca cosa—, pero sigue siendo complicado. Hay que saber a qué asignaturas ir y a cuáles no, qué exámenes preparar para junio. El Tablón es el símbolo más potente de la universidad, el paso de un estado de escolar pasivo —al que hay que decirle las cosas y obligarle a que se las apunte en la agenda, el escolar que tiene que pedir permiso para ir al servicio— a estudiante activo, que no debe preguntar, que está obligado a leerse los anuncios, que debe informarse cada día, directamente o mediante el boca a boca, sobre las novedades, las clases, el papeleo que tramitar en secretaría después de horas de cola, sobre los

exámenes, sobre las dificultades de tal o cual asignatura, sobre los libros, los apuntes y dónde conseguirlos: todo. Nada se dice abiertamente o de manera que te llegue, nada se *proporciona abiertamente*, nadie está obligado a informarte, por ejemplo, del cambio de fecha de un examen: te enterarás el mismo día del examen, en el pasillo, junto a una masa de examinandos, todos con el problema de tener que averiguar qué día tendrán que presentarse. Cada noticia debe ser arrancada de cuajo, podría decirse que con los dientes, como un trozo de carne de un cuerpo gordo, informe e incognoscible. Escuchar la lección inaugural de Molteni forma parte de este trabajo de orientación. Pero no sólo eso: en la facultad es una especie de acontecimiento, porque Molteni importa, y mucho.

Se levanta un murmullo de perplejidad, casi de abierta desaprobación, aunque expresada en voz baja, una especie de refunfuño. Estamos a finales de otoño del 67, en la facultad circulan los documentos ciclostilados de las universidades del norte, pero lo que más tarde será el Movimiento aún no existe. Ivo se ha procurado una copia, le cuesta mucho entender un lenguaje al que no está acostumbrado, que es político, pero que no tiene nada que ver con su noción de política: la proletarización técnica, el derecho al estudio… Marx aplicado al «proceso de formación de la fuerza de trabajo intelectual».

> *… la universidad también es un instituto productivo, en el sentido de que en ella tiene lugar un proceso de valorización de la mercancía.*
>
> *El input (estudiante preuniversitario o diplomado) entra en el proceso de transformación con un valor x (que fija el mercado) y sale (output: licenciado) con un valor x+y. El valor añadido y es mayor o menor dependiendo de si el proceso ha terminado o no.*
>
> *Si el proceso ha terminado (output-licenciado), el valor de la y es el mayor. Tanto la gama de oportunidades como el*

nivel retributivo del que es objeto en el mercado son más amplios y elevados que al principio del proceso…

En él se describe la universidad como un lugar autoritario, paternal, como un proceso de homologación, como una fábrica de consenso, como una iniciación a la subordinación. La generación de Ivo todavía no ha construido nada con lo que poder rebatir abiertamente las palabras de Molteni, insultarlo o llamarlo barón y fascista. Sin embargo, está madurando, y muy deprisa: hoy en día se habla de cosas de las que antes no se hablaba. Molteni no es un fascista, pero sí un barón, y al parecer con plena satisfacción: a medida que avanza con su lección inaugural, se siente seguro de la intocabilidad de su posición, está tranquilo, no se inmuta, porque la universidad sigue siendo una institución basada en un indiscutible, obvio y tácito Principio de Autoridad.

Los profesores son nuestro enemigo de clase.

Para el docente, la universidad es un feudo, para el estudiante no es más que un aparato represivo… un tipo de violencia… enmascarada bajo la forma de la exigencia del aprendizaje…

Molteni no es ningún valiente, nunca se le pasaría por la cabeza enfrentarse abiertamente a un aula magna en pie de guerra, pero hoy considera que no tiene nada que temer. Hoy su poder permanece intacto, así que sigue hablando por el micrófono con esa voz meliflua y ligeramente afónica que le caracteriza. Ha leído los documentos políticos que circulan entre los estudiantes. Se los han procurado sus ayudantes y los ha comentado con ellos: ha declarado estar de acuerdo en general con lo que ha leído. «Muy bien escritos, sobre todo los del noroeste», ha dicho. Y ha añadido que no existe forma de educación que no sea también una forma de represión y de homologación. «Pero nuestro trabajo consiste precisamente en hacer que no sólo sea eso…»

… en la universidad, los estudiantes deben aprender sobre todo a mandar y a obedecer, deben desaprender a discutir, deben saber que la Ciencia y la Cultura son propiedad privada de los docentes y que para apropiarse de ellas hay que someterse a sus vejaciones…

Estas palabras ya han sido dichas, escritas, ciclostiladas, están circulando, pero no han emergido aún, no han penetrado aún; que eso ocurra, que se transformen en un eslogan, en praxis política, requiere tiempo. Molteni, indolente, autorizado, continúa adelante tranquilo, a su mismo ritmo de motor de pesquero. Está acostumbrado a fascinar a quien lo escucha. Al contrario que muchos de sus colegas, usa un lenguaje totalmente llano, casi básico, y pretende que sus estudiantes y sus ayudantes hagan lo mismo. Entre las muchas historias que se cuentan de él, hay una cuando durante un examen dijo a un estudiante que estaba usando un lenguaje complicado: «O empieza a hablar como come o se marcha ahora mismo. Yo no enseño en filosofés ni pretendo que se hable en filosofés en el examen». Además, se cuenta que la palabra que más lo irrita es «preñado» («Atención a no decir preñado» es la broma que se hace antes del examen). Ha oído que un estudiante la pronunció y su boletín de notas salió volando por la ventana. Hasta el final del mes de noviembre de este año es posible que el boletín de notas de algún estudiante acabe arrojado por una ventana. Dentro de dos meses, un gesto como éste será impensable.

—Aún no podéis verlo, pero no tardarán en llegar los días en los que muchos de vosotros renegarán de lo que hoy sienten y de todo lo que piensan o creen pensar. Sé que os parece imposible, que os parece absurdo, pero la historia tiene la extraña manía de invertir escenarios que parecían inmutables. Os quedaréis completamente desnudos, sin ninguna defensa, y con vosotros las clases sociales cuyos intereses proponéis defender: si no sois capaces de renovar un pensamiento que hoy os parece perfecto pero que está lleno de lagunas, si no sois capaces de desligarlo de su aplicación práctica, que está demostrando ser el mayor fracaso de la historia moderna…

Sed la inteligencia de vuestro mundo. Si sois derrotados, sin nada ni nadie que oponga resistencia, el capitalismo se transformará en un monstruo invencible, capaz de destruirlo todo, incluso a sí mismo, incluso el planeta sobre el que caminamos. El Mundo arderá, se derrumbará, se autodestruirá por una lira más de beneficio. Habrá que construir una oposición nueva basada en un pensamiento renovado, flexible, astuto… Así como hoy en día ya es impensable una filosofía que se vuelva a proponer como sistema, es decir, como pensamiento no científico que apueste por una lectura completa del mundo, también es impensable una utopía política que se proponga la refundación radical de las relaciones humanas, la construcción del hombre nuevo, de una sociedad basada en la igualdad perfecta. Posiciones como éstas generan los monstruos estatales y políticos que conocemos, generan campos de concentración, gulags, policía secreta, Stalin. Pretender ocuparse de todos los males de la sociedad humana basándose en una teoría filosófica y política, por muy perfecta y útil que sea para entender el mundo, es como no ser capaz de ocuparse de nadie, quiere decir renunciar a aliviar y reducir los efectos de la avidez capitalista en nombre de su abolición… ¿Dejaríais que os ingresaran en un hospital que tuviera escrito en la fachada algo como: «Aquí se tratan todos los males y se garantiza la curación»? No podréis cambiar el mundo, pero tal vez podáis mejorarlo, ya os iría bastante bien si no conseguís empeorarlo. Sin embargo, permitidme que os ponga en tela de juicio: vosotros lo *empeoraréis*. No ahora, no en los próximos años, sino más adelante, cuando vuestra ilusión se haya extinguido, cuando muchos de vosotros se hayan pasado al otro lado, entonces os daréis cuenta de que el punto de llegada será peor que el de partida… Visto que estamos tratando este tema, me permito añadir, aunque no venga al caso, que para nosotros, para nuestra generación, no ha sido así… Hemos sido fascistas y luego, por suerte, antifascistas; hemos llegado a hacer la guerra, nos hemos enfrentado con las armas, tarde pero lo hemos hecho, a quienes estaban llevando el país al abismo, etcétera… Ahora puedo decir que el punto de llegada de nuestra trayectoria es mejor que el de partida… Cierro paréntesis. De todas formas, durante las clases de este año tendremos

oportunidad de volver a tratar en profundidad algunos de estos temas. Esto no es más que una presentación, no es más que un adelanto… Quiero advertiros de que no os esperéis un curso *de* filosofía teorética, sino más bien una serie de clases *sobre* filosofía teorética y su destino, o mejor dicho, sobre su *fin*. Los que se esperen respuestas certeras todavía están a tiempo de cambiar de asignatura…

Los ayudantes se lanzaban miradas atónitas, entienden pero no entienden. Debería ser más prudente, conciliador, vista la situación. Ahora ninguno de los estudiantes comprende a qué se está refiriendo Molteni ni por qué. Pero él es así, está lanzando ligeras provocaciones, está tanteando el terreno, le gusta ser incómodo, poner en guardia; en definitiva, enseñar. Hoy también lo está haciendo pese a que el clima en el aula no sea precisamente sereno, aunque nadie se atreva a objetar nada sustancial. Siguen preguntas, en su mayoría prácticas, a las que responden los ayudantes.

Franco Sala está sentado al lado de Ivo y dice:

—No entiendo a qué está jugando Molteni… Probablemente se haya leído todo lo que está circulando, haya reflexionado y haya entendido cómo está el patio… Esto parece una advertencia, como si quisiese decir que no estará de nuestra parte pase lo que pase. Él dice: «Soy un barón, pero también soy un maestro, si me queréis como maestro aquí estoy, pero tendréis que aceptar también al barón; de todas formas, por ahora empiezo a daros la asignatura, que para eso me pagan». Es un viejo truhan, me cae como el culo, pero lo respeto, no consigo odiarlo… No tiene sentido odiarlo… ¿Tú qué piensas?

Ivo sabe que Molteni es importante, pero no sabe mucho más, no quiere decir ninguna chorrada, no está seguro. Sala es culto, está informado, «politizado», pero también es irónico, quiere ser su amigo, se siente halagado por que ya le haya dirigido la palabra en otras ocasiones. Sala es conocido, estimado, respetado. Ivo se atreve a dialogar con él:

—No sé… A mí me parece que dice: «No os esperéis que el estado de agitación vaya a cambiar el programa del curso»… Pero

hasta sus ayudantes me parecen sorprendidos…

—Es un provocador, se divierte, sólo está comprobando su poder aquí dentro. Se siente intocable… Pero se dará cuenta. Lo consideraba más listo, más inteligente…

—¿No es posible que simplemente nos esté informando sobre el contenido del curso?

—Sí, claro, también. Pero se dará cuenta igualmente.

—¿Tú también piensas que es un fascista?

Sala lo mira y le responde:

—Hablemos claro, Ivo… Él es un fósil de la resistencia, no un fascista. Es un error pensar que lo es. Si lo ha sido, ya no lo es ni lo será. Si quieres saber lo que pienso, yo pienso que es un maestro brillante, pero su figura es la típica del que se aferra al poder académico como prolongación subalterna del poder capitalista. Así que, en este momento, *para mí* es un enemigo… Hay que dar la vuelta a la universidad como un calcetín.

Franco Sala siempre sabe qué decir. Sabe lo que está sucediendo.

Pero ¿qué está sucediendo?

> *… La universidad es una estructura feudal en manos de los docentes: la Investigación es su blasón.*
>
> *… un adoctrinamiento continuo en el que el estudiante está obligado a desempeñar un rol puramente pasivo y receptivo. Un conjunto de ritos académicos… una pérdida continua de tiempo a la que el estudiante está obligado a someterse porque se le quiere hacer creer que éste es el único medio para apropiarse de la Ciencia y de la Cultura, esa ciencia y esa cultura académicas que sólo existen porque hay personas a las que el Estado paga para que celebren sus ritos académicos en la universidad…*

Han pasado dos meses desde la lección inaugural de Molteni. Entre las vacaciones de Navidad y la ocupación, no habrá habido más de cuatro o cinco clases de la asignatura de filosofía teorética, siempre impartidas por sus ayudantes. Después, la ocupación lo ha

interrumpido todo. En el sur de la Península ha habido un fuerte terremoto, en Vietnam ha sido la ofensiva del Tet, las universidades del norte llevan tiempo ocupadas, hasta los estudiantes de secundaria se han sumado a la protesta. Huele a polvo por todas partes. Pero no es el mismo olor a polvo que hay, pongamos por caso, en el campo o en un camino de tierra; es olor a sucio, o sea, a sudor humano y a suciedad; la porquería se ve por todos lados, en el suelo y en los muebles, en las mesas y en las sillas, porque aquí, cuando se habla de muebles, prácticamente se habla de mesas, sillas y banquetas. Hay algunos armarios y algunas pizarras. Hay algunas lámparas de globo colgadas del techo. En la facultad no hay mucho más, la universidad peninsular es cutre, sobria, sucia y rimbombante, incluso cuando no está ocupada. Como servicio público siempre ha sido así, sólo que ahora, con la ocupación, el rimbombo se hace casi intolerable y la suciedad y los papeles llegan hasta los tobillos. En la comisión se dice que hay que organizar turnos de limpieza, pero nadie lo hace, pues nadie sabe dónde están las escobas y los trapos. Muchos de estos muebles son de haya, con sus placas de inventario, o de metal y aglomerado. Algunos están amontonados en pilas, dispuestos a modo de barricada, contra las puertas acristaladas de la entrada. Para salir, tienes que caminar describiendo una ese entre la primera y la segunda barrera. Para entrar, te tienen que identificar los del piquete, o bien alguien que ellos conozcan tiene que dar garantías por ti. La idea sería no dejar entrar a «fascistas y provocadores», el rumor que circula es que el Movimiento está lleno de policías y agentes infiltrados: por la noche suele llegar alguien jadeante que dice que los fachas están llegando, pero por ahora los fachas no han intentado hacer nada. Están en Derecho, que es como un oasis protegido por una especie que parece en extinción, pero que no lo está. Allí dentro los compañeros son minoritarios, clandestinos, están oprimidos. Nadie sabe decir por qué motivo Derecho es tradicionalmente de mayoría fascista.

> *… los estudiantes matriculados en las facultades de Letras, Filosofía, Magisterio, Derecho y Ciencias Políticas se reúnen en asamblea general; la asamblea general se articula a su vez*

en asambleas según intereses comunes culturales y profesionales, independientemente de la facultad en la que los estudiantes estén matriculados…

… el año académico se divide en dos semestres. Al principio de cada semestre se realiza la programación didáctica para el semestre que empieza. A tal fin se convocan las asambleas, durante las cuales los estudiantes proponen temas de estudio para los posibles grupos…

… los grupos de estudio eligen a las personas técnicamente expertas y necesarias para su trabajo…

… la participación efectiva en el trabajo de grupo es condición necesaria y suficiente para obtener la nota en el boletín…

… el plan de estudios efectivo, planteado según los seminarios elegidos por el estudiante, sustituye a los planes de estudios ahora obligatorios para cada una de las licenciaturas, y los deja formalmente en vigor…

… a los estudiantes que trabajen se les ofrecerán tres posibilidades:

—participación efectiva y continuada en grupos de estudio formados en las asambleas…

—la formación de grupos de estudio autónomos con pleno derecho a elegir los temas…

—la preparación individual de los mismos temas sobre los que trabajen los grupos de estudio, acordada con los propios grupos de estudio…

Asambleas continuas en el aula magna. Luego, seminarios, comisiones, grupos de trabajo. Todo parte de la asamblea y regresa a la asamblea. Las asambleas las presiden los que ya tienen algún tipo de experiencia política, los que conocen los procedimientos democráticos básicos, los que saben qué es una moción, cómo y sobre qué se vota, etcétera. En definitiva, a la cabeza del Movimiento se sitúan quienes tienen contactos y ya están

familiarizados con la política y los partidos: es decir, los que hasta hace pocos meses estaban en las delegaciones.

Sin embargo, el Movimiento se apropia de estos líderes (y crea continuamente nuevos), y los conduce, a veces a regañadientes, hacia donde se está dirigiendo *naturalmente*. El juego de poder dentro del Movimiento entre los iguales que lo dirigen tiene una regla fundamental que hay que acatar si uno quiere mantenerse a flote: el que consigue *desbancar* a todos los demás *de la izquierda* y lo hace en el momento apropiado *gana* la asamblea de ese día, gana esa posición concreta, en esa facultad concreta, lo que le da derecho a representarla en los órganos centrales del Movimiento, de los que ya existen embriones en alguna parte.

Ivo está presente, participa, quiere comprender, pero calla, no se pronuncia, es prudente. Él, como casi todos los demás, no tiene la más mínima experiencia en lo que está sucediendo, no sabe nada. Hasta ahora ha creído que la política era algo de los partidos, del Parlamento, y siempre ha desconfiado. Su pensamiento político se ha basado en lo que oía decir a Padre, un exfascista «poco convencido» ahora liberal: el Estado debe estar lo menos presente posible, libre iniciativa, la empresa es la forma suprema del trabajo humano, crea riqueza incluso para los empleados. Padre odia a los democristianos, a los socialistas y a los comunistas, tampoco le gustan los curas: Ivo también, pero por pura imitación. Sin embargo, aquí y ahora se manifiesta un modo de pensar diferente y nuevo para él, razonamientos cuyo sentido a menudo no logra entender, nuevos lenguajes, nuevos términos. ¿Son comunistas? Sí, sin duda. ¿Tienen razón? Sí, me parece que sí.

La asamblea es interesante, Ivo asiste con regularidad, pero casi siempre se pregunta: «¿De qué están hablando en realidad? ¿Por qué no consigo entender casi nada? ¿Por qué me parece que soy el único que no se entera? ¿Por qué hablan todos de democracia y luego, en la práctica, sólo se puede intervenir con el acuerdo de la mayoría? ¿Cómo pueden estar los demás a favor o en contra de algo que no entienden? ¿Por qué me parece todo tan absurdo y erróneo

y, sin embargo, tan excitante y correcto? ¿Qué hago aquí? ¿Pertenezco a este movimiento o no soy más que un observador?».

¡TODO EL PODER PARA LA ASAMBLEA!

Cada día se suceden numerosos discursos en el aula magna según el nuevo ritual de la democracia directa, del *rechazo a delegar* y, por tanto, sin mediación aparente entre la base y la cúpula del Movimiento. Sin embargo, todos saben que sólo las palabras de unos pocos importan de verdad, mientras que el grueso de las intervenciones sirven para rellenar. Nunca se dice abiertamente, pero la asamblea consiste en esperar dos o tres intervenciones de líderes importantes. Ivo piensa que algunos de los discursos de relleno, en apariencia secundarios y entretenidos, son muy interesantes, desde luego más interesantes y sensatos que los que se escuchan de los líderes, a menudo verbosos, llenos de palabrotas y tecnicismos; palabras usadas para hacer sentir ignorantes a los oyentes, y como instrumento de dominio sobre la asamblea: o me entiendes o no entiendes un carajo. Casi todo lo que dice Oreste es así. Cuando Ivo se atreve a pedirle alguna explicación, Franco Sala, que también es considerado un líder, le lanza una mirada irónica y acto seguido le responde:

«Déjalo. El sentido nunca tiene nada que ver con lo dicho, hablan entre sí, en código. Éstos son alumnos de liceos politizados, han leído algún que otro libro y ahora hacen el «análisis», pero su cultura es de liceo, es sentimentalista. Esto es pura lucha por el poder, Ivo. Somos pequeñoburgueses, como todos los revolucionarios, o casi. Es un juego, pero muy serio. O al menos lo es para mí…»

También se sabe tácitamente que no puede hablar nadie que quiera representar una posición política mediadora o, peor aún, partidista: le lanzan una pitada descomunal, le arrebatan el micrófono de las manos, lo amenazan, lo intimidan, lo eliminan. Algunos se quejan de que esto no es democrático. Ivo está de acuerdo, en una democracia todos tienen derecho a la palabra, pero no se atreve a decir nada… A los que hacen esta objeción se les responde que se trata de una «democracia revolucionaria» en la que

no caben *todas* las posiciones, sino sólo las permitidas por la naturaleza revolucionaria del Movimiento… Logra hablarlo con Franco. Él dice:

«Pero qué más te da, no estamos aquí para defender y reafirmar reglas democráticas burguesas… Nos importa un carajo… Estamos haciendo otra cosa, estamos D-E-S-M-A-N-T-E-L-A-N-D-O la universidad, es decir, uno de los pilares del sistema…»

El lenguaje estándar del Movimiento cambia con rapidez, los neologismos acuñados el día antes ya recorren a toda velocidad las asambleas y las comisiones de cada una de las facultades. Son palabras recurrentes, usadas por todos, a menudo corresponden a conceptos ambiguos, a referencias que transitan de un significado a otro: el examen es un «momento fiscal». Ivo tarda un poco en entender que no tiene nada que ver con los impuestos, sino que se refiere a la «comprobación notarial de la absorción cultural convencional, necesaria para la selección de los estudiantes». En la asamblea y en los seminarios, las palabrotas y las blasfemias también sirven para tomarse el tiempo necesario de formular la siguiente propuesta: es la liberación del lenguaje de toda pulcritud burguesa y convencional. Hay ironía, pero tampoco tanta. A menudo se hace escarnio de este o aquel personaje académico de manera abierta, infamante y muy agresiva, a veces repetida hasta la saciedad. Molteni es uno de los blancos preferidos, aunque en las palabras con las cuales se le ataca se percibe un sustrato de estima, de subordinación intelectual.

Hacerse notar en la asamblea significa ser capaz de dar la vuelta a los paradigmas del día, lograr que todos los presentes experimenten la sensación de que «no han entendido un carajo», decir que «el problema es otro», que están «replegados en posiciones de retaguardia», que «hay que elevar la intensidad de la lucha», etcétera: es una carrera. El sentido, la coherencia y la *verdad* del discurso importan menos que el tono y el carisma del que lo pronuncia. Importan el tipo de palabras y cómo se usan, los hábitos lingüísticos. Importa el aspecto físico, el timbre y el nivel sonoro de la voz, la manera de vestir y la marca de cigarrillos que se

fuma. Hacerse notar también significa vestirse de un modo perfectamente reconocible como compañeros-del-Movimiento. La referencia principal es el *look* de la revolución cubana de hace diez años, pero también hay quien no se ajusta, quien prefiere su abrigo de piel y su jersey de cachemir. A otros les da igual y se visten como se han vestido siempre.

Ivo sabe que, sobre todo, importa intervenir en el momento oportuno, la capacidad de desorientar, de superar, de ir más allá, de conducir gradualmente la asamblea para que se posicione sobre nuevas ideas, con nuevas consignas. No se pueden detener, lo que se decía esta mañana ya no se dirá esta tarde, se habrá superado. Estar allí significa percibir este cambio incesante, participar en él, compartirlo, sufrirlo, pero también contribuir a él. La asamblea y el propio Movimiento tienen una necesidad constante de nuevas tareas y objetivos que alcanzar sobre los que se reconstruyen día a día.

«Pero la movilización no puede durar para siempre —dice Franco Sala—. Antes o después la carrera perderá energía y se frenará, así que se necesitan resultados, porque lo que importará al final serán los resultados.»

Estupidez e inteligencia, conformismo y originalidad, novedad y cansancio conviven en una continua, increíble y milagrosa contradicción cotidiana. Cuando Ivo habla con sus compañeros, cuando reflexiona sobre el destino del Movimiento, cuando, muy raramente, interviene en las comisiones, en los seminarios (no en la asamblea, nunca se ha atrevido ni se atreverá…), usa el lenguaje del Movimiento, hace como si hubiera interiorizado las decisiones y se adecua completamente al léxico empleado aquel día: sólo con Franco sabe que puede expresar libremente cualquier duda. Ivo siente que la revolución no se hará, y en su fuero interno cree no desearla, pero él también habla de ella como un evento predecible y posible. Siente que todo terminará, pero sabe que la universidad nunca podrá volver a ser la de antes. No le parece ninguna tontería.

En el Movimiento todo parece fruto de convicciones y elecciones libres e individuales, ninguna constricción aparente, aunque Ivo pronto comprende que lo que importa es el espíritu gregario, es

decir, el deseo instintivo de cada uno de no quedarse atrás, de pertenecer, de participar en algo, de compartir por fin la lucha contra la desazón y contra todo un sistema de poder interno pero también externo a la universidad. Las motivaciones para estar y actuar dentro del Movimiento, para arriesgarse a que te abran la cabeza o algo peor, hay que volver a confirmarlas, implementarlas y superarlas todos los días: los líderes lo saben. Así pues, nada de dar pasos atrás: «Siempre adelante, siempre *más allá* hasta la disolución, hasta la autoanulación, que no tardarán en llegar…», le dijo una vez Franco Sala. Por lo demás, queda la convocatoria de los exámenes de junio: la de febrero se ha suspendido y está claro que en junio los exámenes tendrán que celebrarse pase lo que pase, so pena de anulación del año académico.

«Será un momento crucial —dice Franco—, pero estamos a finales de febrero, es pronto para pensarlo. Veamos primero cómo van las cosas, cómo reacciona el sistema, porque reaccionará, y mucho…»

Una bonita mañana, Ivo va con Franco a la Facultad de Arquitectura, ocupada desde el 2 de febrero y sede de históricas luchas estudiantiles que se remontan a cinco años atrás. Hoy, aquí, se celebrará una asamblea con los representantes de varias facultades, entre ellas el Movimiento de Filosofía y Letras. Lejos de la degradación y del caos de la ciudad universitaria, Arquitectura le parece un edén de privilegiados que se preocupan por vestir bien, algunos con trencas, otros con chaqueta y corbata, loden y jerséis de cachemir. Desde hace años, circula por toda la universidad el mito de Arquitectura como un lugar de emancipación femenina y costumbres disolutas. Ivo mira a su alrededor, las compañeras de Arquitectura son tan guapas como las de Filosofía y Letras, pero parecen *diferentes*: no tienen aspecto de estar allí para sacarse una carrera antes de casarse y llevar una casa, tal vez con la idea de enseñar para complementar el sueldo del marido. Estas chicas parecen estar aquí porque les interesa la arquitectura. Tienen un aire desenfadado, muchas vienen de liceos artísticos, llevan

minifalda, se pintan la raya de los ojos, parece que quieran dedicarse de verdad a la arquitectura. Lo intimidan, le gustan mucho.

Debajo del pino de la entrada hay gente tumbada en el césped fumando y charlando al sol. En lo alto, encima de la marquesina, subidos a escaleras de manos, están los que cincelan la fachada. Siguen un dibujo trazado con tiza directamente sobre el estuco de un artista importante, el *pictor maximus* que preside el Comité Central del Partido Comunista. Figuras desnudas y racimos de uvas, una arcadia incompleta, extraña en este contexto. Pero los que están trabajando en eso forman parte de un grupo diferente, algunos los definen como «situacionistas», pero pocos saben lo que quiere decir: ellos se autodenominan «Pájaros». Durante los últimos días han ocupado la linterna de la cúpula de una iglesia barroca de la Ciudad de Dios. Se han subido en todo lo alto, se han instalado en la escalera de caracol a una altura vertiginosa y han permanecido allí más de veinticuatro horas, encaramados como palomas, hasta que los han obligado a bajar. Ni siquiera Ivo sabe quiénes son los situacionistas, y no se atreve a preguntárselo a nadie, ni siquiera a Franco, pero esa acción le ha gustado, le parecía que tenía un significado: estaban ahí arriba, ateridos de frío, y abajo, en la plaza, había unas siluetas oscuras que fumaban cigarrillos, o quizá porros, asidas a los caprichos borrominianos. Los Pájaros realizan acciones simbólicas, totalmente anormales, abstractas. A muchos les ponen de los nervios, Ivo piensa que son estupendas. Franco disiente:

«Irrumpir en casa de los demás, fastidiarles la cena, me parece violencia privada o goliardía enmascarada.»

Los Pájaros crían borregos en las estancias del Instituto de Historia de la Arquitectura, han trasplantado una higuera al patio de delante del Aula Magna, irrumpen en las casas de los intelectuales de izquierdas más reputados que han apoyado el Movimiento y lo revuelven todo. Ivo cree que quieren demostrar que apoyar el Movimiento no cuesta nada si no se arriesga algo.

—Violencia, pero no con las personas, sino con las cosas…

—La violencia es violencia —dice Franco—, y sólo se admite cuando es pública y *política*, Ivo… Se cargan cenas, veladas con amigos, aterrorizan a las familias… —Franco continúa, habla solo, pero Ivo lo escucha con avidez, porque enseña, indica el camino, comprende las cosas y las explica sin presunción— … por otro lado, la violencia está ahí, es una oposición necesaria que siempre está presente, es parte integrante de todo lo que sucede y *hacemos que suceda*… No se puede eliminar, porque ser no violentos significa no existir en los términos en los que queremos existir… Y estos términos, aunque no estén nada claros, seguramente no admitan mediaciones con la realidad existente, al menos con palabras… La violencia es *necesaria*, algunos de los nuestros no lo entienden, pero los obreros y los campesinos lo saben desde siempre: necesaria porque la oposición no puede tomar cuerpo de verdad sin *acción física*, sin manifestarse de manera concreta en el espacio-tiempo… Así como ninguna represión puede existir sin la amenaza concreta de coerción y violencia física… Nadie lo dice de manera abierta en las asambleas del Movimiento… Es más, se afirma lo contrario, se nos repite continuamente que nosotros somos los agredidos, los maltratados, los arrestados, que en parte también es verdad… Pero todos saben que sin lucha física el Movimiento no existiría del mismo modo, lo que afirma no tendría la misma fuerza política… Es necesario que se instaure una dialéctica de la violencia entre el Movimiento y el sistema, una secuencia de tomas y dacas que lleve el enfrentamiento a cumplirse de verdad… —A continuación, en voz baja, para sus adentros—: Todo aquello que tiene relación con lo humano, incluso lo más abstracto, tiene relación con el cuerpo, Ivo… La política sólo es política si implica el paso potencial de la palabra a la acción directa *sobre el cuerpo*… Sin opción violenta, no hay política…

Ivo no está seguro de comprender. Se han sentado en la escalinata, enfrente del Instituto Japonés de Cultura. Es un edificio horizontal, moderno, con leves detalles orientales. Aquí es donde Ivo ha descubierto a Utamaro, Hiroshige y Hokusai: una exposición a la que lo arrastró Clara el año pasado y que lo cautivó. Hasta aquel

momento creía odiar todo lo oriental. Para él, chino o japonés era lo mismo. En la fachada de la facultad destacan pancartas y dazibaos que proclaman la ocupación a ultranza. Enfrente, las copas de los pinos y de las encinas sobre las crestas prehistóricas del Valle del Río; a la izquierda, el edificio neoclásico de la Academia Británica y, más abajo, el Museo de Arte Moderno. Una facultad de privilegiados si se compara con la sede de Filosofía y Letras, por no hablar de Magisterio.

—… las palabras son importantes, mucho… Pero creo que el terreno de lucha principal es sobre todo físico, espacial: por un lado, el espacio universitario de las facultades ocupadas y, por otro, el de la ciudad, la calle. Piénsalo: después de años, lo que seguimos recordando no son ni los momentos asamblearios ni las resoluciones políticas, sino los eventos de conflicto tópico, las contiendas por la conquista de extensiones espaciales simbólicas, que permanecen ligadas al nombre de los lugares donde ocurrieron, donde *hicieron que ocurrieran*…

—¿Dices que ha llegado el momento de generar situaciones de enfrentamiento?

—Eso es lo que estamos haciendo, Ivo… Esta coyuntura no puede durar mucho más… Antes o después nos expulsarán de las facultades: nosotros reaccionaremos y ellos pasarán a la represión, nosotros volveremos a reaccionar y así sucesivamente… Los compañeros que tienen experiencia política saben que las verdaderas intenciones del Estado no se desvelan sino en la violencia… En las reuniones restringidas ya se dice abiertamente que hay que pasar a una fase represiva para que el Movimiento dé los saltos cualitativos que se esperan de él…

—¿Qué saltos, Franco?

—Desde mi punto de vista, los saltos cualitativos son éstos… De movimiento antiautoritario, genéricamente antisistema, a movimiento político de carácter revolucionario… De la lucha contra la explotación del trabajo intelectual y a favor de la liberación de los saberes a la lucha por la revolución proletaria… En fin, hay que salir de la universidad y trasladar el escenario de lucha a la calle, sobre

todo a las fábricas… Lo que significa que es necesario buscar conexiones con los demás sujetos sociales subalternos… La universidad, la condición de estudiantes, es un gueto que acabará por estrangularnos si no somos capaces de salir de él: esto es lo que diré hoy aquí… A ver qué tal…

—Franco, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro que sí.

—Cuando dices «revolución proletaria», ¿a qué tipo de revolución proletaria te refieres? ¿A la de la toma del Palacio de Invierno? En fin, ¿a *aquello*…?

—¿Te estás cachondeando de mí? Es obvio que no existen ni volverán a existir unas condiciones históricas de *aquel* tipo, pero mira… Ser comunistas sin aspirar a la revolución no tiene sentido… ¿Que no se puede hacer? De acuerdo, pero ése es el objetivo de un partido, de un movimiento, comunista… No sabemos cuándo se darán unas condiciones favorables, pero es *allí* adonde debemos llegar… Hoy no, tampoco mañana. Pero *esto* es lo que significa ser comunista… Si lo decimos abiertamente, obligamos al Partido a que desvele su verdadera naturaleza, etcétera… El discurso es largo… Pero la política es esto: preconcebir un futuro que dé sentido a las luchas de hoy, y no estoy hablando de *nuestras* luchas, sino de las de los obreros y las del subproletariado. El futuro no lo conocemos, entre otras cosas porque aún debemos construirlo, ¿entiendes?… Vamos, que empiezan sin nosotros.

Dentro del edificio, el escenario no es muy diferente al de las demás facultades ocupadas. Las paredes están cubiertas de manifiestos y pancartas, de proclamas escritas con pintura roja, o bien con espray. Y por todas partes ese hedor a sucio que Ivo ya conoce bien, y papeles por el suelo aquí también. Hay un sentido de profanación en todo esto. Le gusta. Franco lleva un cuarto de hora desgañitándose en la asamblea, ya casi ha perdido la voz, como siempre le pasa. Junto con algunos de sus peculiares modos lingüísticos, su voz ronca se ha convertido en objeto de imitación y sarcasmo, pero al mismo tiempo representa una marca

inconfundible. El sentido de lo que dice queda bastante claro, pero más que por el sentido, la asamblea parece fascinada y como presa e intimidada por la manera de hablar de Franco. Él parece consciente, tal vez sea algo estudiado, lo experimentó los primeros días y luego lo ha puesto en práctica con cuidado. Todos usan palabrotas y tacos sin parar, fonemas sin sentido: son útiles para tomarse su tiempo antes de añadir otra formulación que sirva para intimidar intelectualmente a la asamblea, para *atraparla*. Franco no, sus palabras son elaboradas, pero sencillas. Le salen de la boca en una secuencia bien razonada, puntual, emocionante:

«… si nos encerramos dentro de este recinto donde el paternalismo se corta con un cuchillo… Si dejamos que la vida y la sociedad y las contradicciones feroces del mundo permanezcan alejadas de lo que se os enseña y de lo que se dice… Si aceptamos que la realidad en la cual vivimos permanezca alejada del aura académica de los saberes autoritarios y preconfeccionados dominantes… Estad atentos, compañeros, si dejamos que la universidad nos modele según los estándares que el Capital necesita en la fase de reestructuración actual… Si nos dejamos atrapar en la cadena de montaje que produce a los predecibles técnicos proletarizados que necesita el sistema… En fin, si permitimos todo esto, entonces podremos decir que no sólo *estamos acabados como movimiento*, ¡sino también muertos como seres humanos!»

Se desata un largo aplauso.

Ivo se pregunta si cree en lo que dice o si lo del líder revolucionario no es más que un juego para él, consciente y temporal, antes de dedicarse a otra cosa. Franco es pálido, delgado, alto, siempre va vestido igual: un jersey de cuello vuelto negro, una bufanda roja de lana hecha a mano, una chaqueta arrugada y, si hace frío, un chaquetón azul oscuro de doble botonadura, de marinero. Lleva gafas redondas de metal y el pelo corto, cuando todos lo llevan largo.

«La pregunta no tiene sentido, Ivo. ¿Por qué? ¿Tú te lo crees? ¿Crees todo lo que dices? Seguro que él se lo cree más que tú. Además, ¿qué significa "creer"?» Estar convencidos, eso es lo que

significa. Pero, en este caso, ¿estar convencidos de qué? ¿De la posibilidad de la revolución? Venga ya… Antes te ha explicado lo que significa…

«La sociedad de los muertos que nos rodea nos quiere, nos llama, no desea que nos abramos paso. Le hacemos falta, somos los nuevos cuadros que necesita… Padres, profesores, maestros, sacerdotes y *todoslos* políticos, ¡incluido el Partido Comunista!»

Pausa, aplausos.

«Incluidos los industriales, incluida la policía, el ejército y las diferentes instituciones… En fin, ninguno de estos sujetos ni la sociedad en realidad tiene intención de andarse con tonterías, de dejar de presionarnos lo más mínimo ni de dejar de ejercer su poder sobre nuestra generación… Ya saben cuántos de nosotros entrarán en el engranaje capitalista como obreros, cuántos como técnicos, cuántos como dirigentes y cuántos se quedarán, *fisiológicamente*, fuera… La universidad es una máquina de clasificación de los cuadros no proletarios del proceso de producción capitalista… ¡Nadie nos regalará nada, todo lo que obtengamos tendremos que ganárnoslo con el sudor de nuestra frente!»

Más aplausos, prolongados. Ivo siente un escalofrío por la espalda. Después, la intervención de Franco se vuelve más técnicamente política.

«Pese a sus muchas diferencias, los cuadros dirigentes del Movimiento tienen en común una visión leninista según la cual no existe movimiento revolucionario sin una clase social que tenga un interés vital en construirlo, que lo hegemonice y lo conduzca a buen puerto mediante las alianzas oportunas… Para dar el salto cualitativo en la lucha, ya han nacido formaciones políticas intolerantes tanto en los límites de la izquierda parlamentaria tradicional como en los límites en los que hasta ahora se ha manifestado el Movimiento, pero todavía permanecen estrechamente unidas a la universidad como lugar de formación de conciencias y, por tanto, como lugar de producción de cuadros políticos extraparlamentarios en estado embrionario… Se torna necesaria una unión más estrecha con dichas fuerzas…»

Franco está refiriendo en la asamblea las conclusiones generales de la Coordinación Nacional. El discurso termina con un estrépito de gritos y aplausos. Lo que parecía una asamblea cualquiera ha experimentado un «salto cualitativo», aunque nadie sabe bien todavía en qué dirección. El objetivo de los líderes que a partir de ahora se sucedan en el micrófono es dirigir la asamblea para llevarla a que vote una moción unitaria que, por otra parte, todavía hay que preparar. Un grupito de líderes, sublíderes e intelectuales del Movimiento ya se ha retirado a un aula para redactar el texto, otro grupo está preparando una contramoción menos comprometida. En cualquier caso, la asamblea votará la que apoye Franco, pero de todas formas el grupo de la contramoción dejará su huella.

En este momento parece que ninguna línea que aspire sólo a obtener resultados concretos dentro de la universidad deba abrirse paso. Hay que impedirlo a toda costa. Los líderes más ambiciosos han intuido que, en el Movimiento, ni el discurso más delirante encuentra límite u oposición siempre que suene revolucionario. La carrera hacia la formulación extremista garantiza la adhesión gregaria, el silencio de cualquier oposición. Las palabrotas son fundamentales, el discurso no puede prescindir de ellas: expresan el desprecio jactancioso de la revolución hacia cualquier dios, cualquier clero o poder espiritual que no sea el de la propia revolución. El discurso soez también es desprecio, es casi un manifiesto lingüístico, pero con el objetivo de eliminar toda diferencia entre el lenguaje elevado y el lenguaje bajo, entre la elocuencia cuidada de la prensa, la televisión, la burguesía, la universidad y el que hablan en la calle los jóvenes, los proletarios y la gente normal. «Hay que violar con decisión el lenguaje burgués católico-televisivo, desvelar su hipocresía mistificadora.» No se permiten el insulto sexista, el doble sentido y, sobre todo, la vulgaridad goliarda, que fue abolida de un plumazo desde el principio. En el Movimiento, la ironía, la burla y la sátira se manifiestan según modalidades cultas, extremistas, a veces invasivas y destructivas: en la moqueta de la Facultad de Arquitectura cagan las cabras, los despachos de los poderosos barones están repletos de bolas de estiércol y fardos de heno. Están

revueltos, destrozados, los libros han desaparecido de las estanterías, los muebles se han destinado a engrosar las barricadas de la entrada de la facultad, si es que no se los han llevado, robado. Hace tiempo que los barones se han quitado de en medio. La última vez que Molteni puso un pie en la facultad acabó abucheado e insultado. Mientras corría dando tumbos escaleras abajo, todos pudieron ver que estaba asustado: ni siquiera él, tan perspicaz, se había dado cuenta de lo que estaba pasando, de cuál era el clima real. En aquel momento, Ivo sintió una desazón muy fuerte, se alejó de la balaustrada. «¡Joder, si ése es Molteni!» Sólo algún que otro ayudante joven se deja ver por la facultad, participa en los trabajos de los colectivos, proclama su solidaridad personal con el Movimiento, su fe en la revolución, su postura «en contra» del poder universitario.

«Estas almas revolucionarias y solidarias no entienden dos cosas —dice Franco—: la primera es la imagen que dan de sí mismos cuando participan en las asambleas y los seminarios: triste, oportunista, capaz de generar sólo desconfianza, desasosiego. La segunda que no entienden es que el autoritarismo del barón es un objetivo secundario y que su solidaridad nos importa un carajo…»

El objetivo declarado es, «me cago en Dios, compañeros», la unión entre las luchas estudiantiles y las luchas obreras, el desplazamiento del epicentro revolucionario de la universidad a la fábrica.

«Cualquiera que en este momento tenga intención de subirse al carro para, una vez acabada la fiesta, terminar en una posición ventajosa de mediador entre las masas estudiantiles y los barones no ha calculado bien… Además, la fiesta no terminará tan pronto, Ivo.»

Ivo no puede sino asentir, la lucidez y la determinación intelectual de Franco son sorprendentes, él no se siente a su altura, pero sí halagado por la atención que le dedica y el prestigio que indirectamente le confiere esta amistad.

Las preguntas que Ivo se plantea no son las mismas que las de Franco, se parecen más bien a los temas tratados por Molteni en la

lección inaugural, cuando hablaba del camino equivocado para cambiar el mundo. Ivo sabe poco de política; de Marx, sabe más o menos lo que estudió en el liceo; recientemente ha leído *El Estado y la revolución* de Lenin, se ha comprado a plazos todo *El Capital*, ha leído algunos libros por encima, como el *Diario* del Che en Bolivia, Adorno, Lukács, está leyendo a Marcuse, como todos, compra revistas y publicaciones comunistas, *Quaderni piacentini, Quaderni rossi*, se obliga a leer el *Monthly Review*, y periódicamente se traga incluso el *Marcatrè*: lo normal. Se ha matriculado en Filosofía porque le gusta desde que iba a la escuela; es más, desde que tuvo que estudiarla durante todo el verano del 62 con Giorgio, el estudiante que le daba clases particulares y que era muy bueno hablando, explicando y fumando cigarrillos hasta el filtro sin que se le cayera la ceniza. Fue precisamente Giorgio quien, de verdad y por primera vez, le transmitió la pasión por la historia del pensamiento. Ivo se acuerda bien, fue un verano dominado por el Motor Inmóvil de santo Tomás; todavía hoy se lo imagina como entonces: un motor diésel inmenso, negro, cubierto de grasa, perdido en el espacio sideral. Ivo odia no comprender: «Si hay hombres como yo que han escrito textos importantes, yo, que soy hombre como ellos, tendré que ser capaz de entenderlos, igual que ellos han sido capaces de escribirlos». Éste es el motivo que lo llevó a la Facultad de Filosofía, y durante algunos meses, mientras Franco razona en términos de práctica política, Ivo, coherente con las premisas de su elección, se plantea preguntas que le parecen filosóficas. Hasta ahora ha participado en silencio, ha observado, ha aprendido cosas nuevas. Ha visto (o le ha parecido ver) que en el Movimiento se ha formado, de manera espontánea y en pocos días, un grupo de poder central. Alrededor de este núcleo restringido han ido creciendo varios grupos concéntricos y subordinados con diferentes posiciones jerárquicas, hasta el grupo más externo, el de los mercenarios revolucionarios, que reciben órdenes y las cumplen con bastante docilidad. Los líderes están con sus subordinados, se dejan ver en los piquetes, duermen en las facultades ocupadas. Pero pocos de los que suelen estar en los piquetes participan en las reuniones restringidas de los líderes. Oficialmente estas jerarquías no existen, pero son bastante

evidentes y, de hecho, todos las ven, como también ven los favores sexuales de los que disfrutan los líderes por parte de sus compañeras femeninas. El poder, el eros de la dominación, la subordinación y la lucha por prevalecer existen inevitablemente en el Movimiento de la misma manera que existen fuera, en cualquier lugar.

«Hoy no hace frío, he podido salir con chaqueta, mi americana azul de siempre, corbata de punto rosa, Levi's de pana y Clarks: venga, si estoy hasta elegante… Concentración en la Plaza Oblonga: no es que seamos muchísimos, pero tampoco cuatro gatos… Desfilamos hacia el norte manteniéndonos bastante distanciados. Estamos haciendo lo correcto, no cabe duda… La policía ha entrado en Arquitectura y la ha desalojado, a los compañeros que estaban dentro los han aporreado y se los han llevado a la comisaría… Eran unos pocos, no se han defendido, y han hecho bien… Es justo manifestarse contra todo esto. Franco lo había dicho, nos echarán de la universidad, tendremos que reaccionar… Él está delante, en primera fila, detrás de las pancartas, con los brazos entrelazados con los de los compañeros dirigentes… En primera fila están el servicio de orden y los líderes; en segunda fila, los sublíderes; y así sucesivamente según el grado de importancia adquirida… El servicio de orden ha formado un cordón en los laterales de la marcha; todo bajo control: la calle entera echa el cierre… Es mi primera manifestación de verdad, por la calle… He venido porque hay que estar. Entre los participantes he visto a personas que raramente se ven en la facultad, personas de estos tiempos, hasta estudiantes que normalmente no participan están hoy aquí… Hace sol, parece que ya ha llegado la primavera, me siento bien, una brisa ligera se me cuela entre la chaqueta y la camisa: todavía es demasiado fresca, tengo que abrocharme… Clara no está… Se ha dejado ver algunas veces en nuestra facultad pero después no ha vuelto… Está en el primer año, acaba de matricularse. En Economía no se mueve casi nada, ella se siente perdida, no sabe por qué decantarse… Trato de explicarle, pero no me gusta adoctrinar, no soy un adoctrinador:

sobre todo no conozco bien la doctrina… Hemos hablado de la universidad de los barones, autoritaria, selectiva, del derecho al estudio para todos, del rechazo a delegar, de política pura, sin mediaciones, del poder de la asamblea; en fin, de todo lo que he aprendido estos meses… Ella está de acuerdo… Hemos hablado del Movimiento: pertenecer a él es importante, te hace sentir bien, te hace sentir uno más, como los otros, como los compañeros… Tal vez esté haciéndome comunista: que le den a Padre… Si supiera que estoy aquí hoy, sólo de verme… Está perfectamente informado de las facultades ocupadas, lee las noticias en *superiódico*… Ese periódico es una mierda: hablan de vivacs en las facultades, de sexo, de orgías, han llegado a decir que hacemos "misas negras". ¿Qué coño es una "misa negra"? Un buen titular para una portada… Nunca me había planteado la veracidad de los periódicos; a ver, creía que decían la verdad… O al menos eso es lo que pensaba del *Messaggero*. Madre lo lee… Madre es Justicia, Verdad, Amor, así que no puede ser sino un periódico *sincero*, un periódico *bueno*… Pero no, las cosas no son así… No, señor: se pueden dar versiones completamente diferentes de los hechos que ocurren, de cosas que he visto con mis propios ojos… Antes leía muy poco el periódico y sólo el que encontraba por casa, y en todo caso la crónica local, sobre todo *Avventure in città*, en dialecto, me hacía gracia… Ahora me lo compro y lo leo. He empezado a comprar también *L'Espresso, L'Europeo*… Sé que tenemos periódicos *amigos* y periódicos *enemigos*… Los amigos son pocos, *Paese Sera* sobre todo, dos ediciones al día, a veces tres, unas pocas hojas que en cuanto las tocas te ponen los dedos negros de tinta, las páginas de cine están bien… Lo compro todas las tardes… Plaza del pueblo, llena de coches, como siempre…»

¡FUERA LA POLICÍA DE LA UNIVERSIDAD!

«Esta plaza debería estar vacía… Ésta debería ser la plaza del Vacío y de la Nada, en cambio es un aparcamiento… Tráfico detenido… Estarán poniéndonos verdes… Todo paralizado, seguro que repercute en media ciudad…»

—¿Sabes quién estaba en la facultad cuando han llegado?

—No lo sé, ¿quién?

—No lo sé… Al parecer algunos se han escondido y se han quedado dentro…

—¡Venga ya!

—Eso dicen, parece que han podido llamar por teléfono esta noche… No saben cómo salir, Arquitectura está rodeada por un cordón policial. Si los pillan, los matan a palos… Así que nos están esperando…

—Pero ¿nosotros qué podemos hacer? No estamos aquí para zurrar…

—No digas gilipolleces, Brandani, vamos a recuperar Arquitectura…

¡ÉSTA ES UNA MANIFESTACIÓN PACÍFICA!

—¡Permaneced unidos en filas de ocho y un poco espaciados, no aceptéis provocaciones! ¡No estamos aquí para buscar pelea, sino para manifestarnos democráticamente contra el ataque de la policía a la universidad! ¡La universidad pertenece a los estudiantes! ¡Hoy tenemos que dejar constancia de que las luchas de los estudiantes por una universidad más justa, antiautoritaria y anticlasista están sufriendo el ataque concéntrico de todas las instituciones, información incluida, partidos incluidos, un ataque que ayer se materializó en la intervención violenta de la policía y en el desalojo de la Facultad de Arquitectura! ¡La universidad es nuestra y la recuperaremos!

«Hacía tres años que no recorría a pie esta calle: no hay casi nada, sólo tapias, el Ministerio de la Marina, viviendas… El Cine Arlecchino, con la extraña marquesina de la entrada, multicolor… Me gusta el Cine Arlecchino en cuanto cine… Todos los cines me gustan en cuanto cines… Hoy en día, un cine, una película, es placer asegurado… El sol está despuntando, el aire está cada vez más caliente… Sopla un viento tibio… Han parado el Circular Rojo, el tranvía más bonito de la ciudad, para dejarnos pasar. Hay una cola de vagones articulados… Todos nos miran, algunos aplauden, pero son pocos, los demás tienen un aire desconfiado, de cabreo: deben seguir con su vida, no están ocupando nada, no están luchando,

simplemente se dedican a sus cosas… Están atareados como siempre, se trasladan de una punta a otra de la ciudad para trabajar o hacer la compra: son fontaneros, empleados, amas de casa, mensajeros, abogados, todos los de la cadena; proletarizados, explotados, o bien explotadores… Como dice Franco: "¿Qué aventura nos espera si no nos la procuramos nosotros?". ¿Y a mí? ¿Qué vida me espera? ¿Qué quiero hacer? ¿Qué soy? ¿Quién soy? ¿Seré como ellos? No, simplemente *no es posible*, antes me ahorco, mejor me tiro al río… Bueno, si antes no me quita de en medio Padre, el Forjador… Los obreros no harán nada, su destino es convertirse en pequeñoburgueses. Lo ha escrito Marcuse. La sociedad opulenta redistribuye la renta, eres un explotado pero te sientes rico y aspiras a saltar de clase… Te joden así…»

—¿De verdad que han permanecido dentro toda la noche? ¿Escondidos?

—Sí. Eso dicen. Me he enterado de que dentro está Roberto… Y alguno que otro más.

—¿Cuántos son?

—No sé cuántos, son pocos…

«La cresta de toba preciosa, prehistórica, indiferente a todo: lleva aquí cientos de miles de años… Es la erosión del Río la que ha roído la colina milenio tras milenio y ha creado estas altiplanicies… Hoy se pueden instalar surtidores de gasolina a sus pies y no pasa nada… "La estética ambiental es reaccionaria, burguesa. El proletariado en el poder tomará todo lo que necesite de la naturaleza." Derribará crestas arcaicas si es necesario… Aplanará montañas, construirá centrales hidroeléctricas gigantescas de estilo futurista… Esto ocurrirá al principio, luego los futuristas serán considerados arte degenerado, todos serán depurados, morirán de hambre en gulags o se suicidarán, las nuevas centrales serán de estilo neogótico… Será la liberación de la esclavitud de la naturaleza… "Necesitamos la ciencia para luchar *contra* la naturaleza", dice Franco… La Academia alemana, con una columnata dórica, muy dura, estilo Me-109, por decir algo… La Academia Británica, también neoclásica, pero más dulce, bonita, con capiteles corintios, estilo Spitfire…»

—Joder, ¡ésos son coches de la policía!

—¿Dónde?

—Allí, en la esquina.

«Estamos parados, demasiado pegados… Los de atrás empujan… En aquel camión hay gente armada… Aquello es una *metralleta*, coño. ¡Una *metralleta*! ¡Han venido con metralletas!»

¡FUERA LA POLICÍA DE LA UNIVERSIDAD!

¡FUERA LA POLICÍA DE LA UNIVERSIDAD!

«La pasma está detrás de nosotros, en el cruce, en la pendiente de la facultad, en la explanada, sólo veo maderos… Se les reconoce por los abrigos grises y azules, parece que acaben de volver de la retirada de Rusia… Estoy demasiado pegado. Estoy demasiado pegado a los demás, la manifestación se comprime… Poco aire, no hay espacio. Aquí todos son muy agresivos, determinados… Hay pocos policías allí arriba, atónitos, temerosos… Quizá no se esperasen una marcha así… Cascos de hierro, bandolera blanca, porra y pistola en la cintura. Aquí ninguno de nosotros lleva un casco de hierro… ¡Los compañeros del tejado! Entonces es verdad, se han escondido en la facultad, han pasado la noche, ondean una bandera roja… Está Roberto, rubio, alto y delgado, líder secundario, éste es su momento…»

¡COMPAÑEROS POLICÍAS!

¡ESTA MARCHA DE ESTUDIANTES HA VENIDO A RECUPERAR LA FACULTAD DE ARQUITECTURA!

¡NO TENEMOS NADA CONTRA VOSOTROS!

REPITO, ¡NO TENEMOS NADA CONTRA VOSOTROS!

«¡Comienzan! Allí delante están tirando… Tirando huevos contra los policías… Ellos retroceden, más bien parece que no quieran ensuciarse los abrigos… Ya se han acabado los huevos, ésos son… ¡Son adoquines lo que vuela! Una lluvia de adoquines hacia la explanada de entrada a la facultad… ¡Los policías retroceden de nuevo! Muy jóvenes. Son pocos, asustados, con las típicas caras de campesinos… No se lo esperaban. No se esperaban ser agredidos… Todos gritan algo, todos parecen muy nerviosos, las chicas también gritan… Los maderuchos pálidos reaccionan alentados por los

sargentos, los adoquines regresan desde donde han llegado… ¡Madre de Dios! Caen sobre esta multitud compacta… Un adoquín por cabeza… ¡Cubos de basalto con aristas cortantes, quince centímetros de lado, pesadísimos! Abren… Abren todas las cabezas que encuentran, van en busca de cráneos humanos que abrir. Los encuentran, ¡matan a las personas! Sangre en el suelo, corre por las frentes, como de muchos grifos abiertos, por las nucas golpeadas… Cuánta sangre hay en la cabeza…»

¡ASESINOS! ¡ASESINOS! ¡POLICÍA ASESINA!

«La marcha se abre, una mitad se precipita hacia delante… Se dirige hacia la Academia Británica… Esta mitad se está replegando… Evitar… Evitar los adoquines, defenderse… Compañeros corriendo pendiente arriba, compañeros que arrancan los listones de los bancos del jardín, que los usan como porras, policías que retroceden…»

—¡Hemos ganado! ¡Estamos recuperando la facultad!

«O sea, *ellos* están recuperando la facultad… No yo, *ellos*… Yo estoy aquí detrás porque estoy cagado… Los adoquines… No soy capaz de hacer lo que ellos están haciendo… No estoy aquí para eso, no sé hacerlo, no quiero hacerlo. Es decir, Brandani, *querrías hacerlo*, pero tienes miedo… ¿Ellos cómo lo consiguen? Siento que el corazón me palpita en la garganta, las piernas flojas… Compañeros y compañeras tirados por el suelo, muy pálidos, con la cabeza abierta, la cara llena de sangre que gotea en el suelo, gotas densas, oscuras, negras… La Academia Japonesa… Metemos a esta chica… Sangra a borbotones… Estoy dentro.»

—Pro-favor, salir.

—Pero ¿no ves que está mal?

—Pro-favor, salir. Pro-favor, salir.

—Que te jodan, ¿estás sordo? Llama a una ambulancia. ¡Am-bu-lan-cia! ¿Dónde hay un teléfono?

«Hay más… Sobre todo chicas, las llevan dentro en brazos, con la ropa destrozada, las faldas levantadas, pálidas, sangre en los muslos, en los calcetines, en los ligueros… No la tienes… No tienes la valentía de combatir junto a tus compañeros, te tiemblan las

piernas, te están poniendo cachondo los muslos descubiertos de estas pobres heridas… Eres un auténtico capullo, haz algo… ¿Qué?»

—Pro-favor, salir.

«Por la ventana se ve el fin del mundo, hay pocos policías… Ése es Franco… Arrancan teselas de travertino de lo alto de ese muro… Las arrojan… Las arrojan desde abajo, hacia el techo de las camionetas… Estrépito. Gritos. Estallidos. Humo. Sirenas. ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo hacen?»

—Pro-favor, salir.

«¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que no escapen? ¿De dónde sacan el valor para hacer lo que están haciendo? ¿Por qué ellos sí y yo no? Si me viese Padre… La primera vez que me salió sangre de la frente fue después del Accidente de Bicicleta… Estaba cubierto de sangre, bastó con un pequeño agujero para sangrar a borbotones…»

—Tengo un pañuelo… Está limpio, eso, aprieta fuerte.

«No es un corte profundo, no llores, Muslosbonitos, no te has hecho mucho daño, Muslosduros… Me voy, tengo que irme…»

—Pro-favor, salir.

«Sí. Sí, ya salgo… Si giro a la derecha, voy hacia donde se lucha, hacia donde están los compañeros… En cambio, si giro a la izquierda, huyo… Las camionetas de los policías… Siguen aquí paradas, no han intervenido… Ahora seguro que me disparan, huele a goma quemada… Huir cuesta abajo, sin aliento, sigo milagrosamente en pie… Fuera, fuera, fuera. Fuera de aquí… Fuera de esta lucha que no sé hacer, fuera de la batalla, fuera del coraje, fuera de los compañeros, de los muslos ensangrentados de las compañeras… Eso, subo hacia el Puente… Una hilera de tranvías parados, tráfico cortado… Caminar a paso ligero, más allá del dique el agua del Río fluye lenta, indiferente… Con esta misma indiferencia rompió la placa de toba del Pleistoceno sobre la que se asienta la Ciudad… Fue antes de que sucediese todo esto, antes de que me pusieran a prueba, como hoy… He escapado. Escapado. *Yo*. No los demás, *sino yo. Yo* he escapado… La prueba ha fracasado… No consigo pararme, quiero ir a casa. A casa. Allí está mi habitación,

mis muebles suecos, está mi cama, la colcha de flores, me encierro, bajo la persiana, me tumbo y duermo… Voy a pie… Ahí está la Fuente Donde Zurré a Nasini: el agua de esta ciudad está helada… Me gotea por la camisa, por la corbata… Quiero encerrarme, con llave, quiero tumbarme en la cama, pongo un disco… Las manifestaciones no son lo mío… No estaba del todo seguro de ser un cobarde. Estaba casi convencido de serlo, pero hasta hoy no lo sabía con seguridad…

»Siento la Trotter dura debajo del culo, no tiene suspensiones traseras, cuidado con los baches, el sillín vibra a la vez que la próstata: yo también tengo una próstata, como la que le quitaron al abuelo Paolo… Otra vez la policía, camionetas, autobuses llenos de agentes… Esta columnata alta, intimidatoria, horrible, fascista… Franco dice que la idea de cultura que todavía transmite la universidad sigue siendo la misma que cuando construyeron esto… "Algo vacío, burgués, para imbéciles privilegiados; pero el liceo es aún peor… —dice—. El liceo clásico te mete en la cabeza una visión ideal y mistificadora de la cultura, del mundo, de las relaciones entre los seres humanos y entre las clases. Ése es el núcleo de nuestra formación: ¿ves a todos los que están aquí? Tú mismo, yo, todos estamos impregnados de humanismo y metafísica: auténticas gilipolleces… Hemos crecido en el culto a las emociones, nos hemos matriculado en Filosofía como consecuencia de la cultura que nos han inculcado, una buena base para construir la falsa conciencia que necesitaremos durante toda la vida, para gestionar esa porción de poder en la que participaremos en cuanto burgueses privilegiados o en cuanto pequeñoburgueses comprometidos desde este mismo momento con la escalada social… A los hijos de los proletarios, a los pocos que van al liceo, les quiero decir que éste les enseña a olvidar lo único que un obrero necesita de verdad: la conciencia de clase…" Así eran las deducciones de Franco el otro día, delante de la entrada a la Ciudad Universitaria… Es tarde… Esta galería pergolada siempre me ha parecido extraña, desde el primer día que pisé este lugar… La Estatua de Bronce, la Fuente… Colas terribles delante de las ventanillas de las secretarías. He vuelto dos o tres veces para la

matrícula y siempre faltaba algo: un impreso sin rellenar, las tasas de secretaría… Un horror de recibos que pagar, los de la mensajería que pasan por delante de todos y arrojan un paquete dentro de la ventanilla… Suciedad por el suelo, la típica de los servicios públicos que es igual en todos lados… Allí están todos, la explanada está llena… La escalinata de la facultad, negra de gente con manchas de rojo… La multitud es negra, siempre negra, pero aquí están los abanderados… Todos son hombres, o casi todos, llevan barba, el pelo largo. El pelo largo del hombre local: rizado, encrespado… El mío parece pelusa, como la que se acumula debajo de la cama cuando nadie limpia… Chaquetones oscuros, algunas trencas verdes… El negro atrae, exime de las responsabilidades cromáticas individuales… Sin embargo, si preguntase a alguno de aquí cuál es su color preferido, pocos me responderían "el negro". Aquí también hay rojo, mucho rojo: rojo, negro y verde militar, éstos son los colores del Movimiento… Hoy hay un montón de gente dentro de la universidad… Y un montón de policía fuera… Concentración nacional del Movimiento, también han venido estudiantes de la secundaria, sobre todo los de la Bertazzi, que habría sido mi escuela natural si Padre y Madre no se hubiesen decidido por aquella mierda de institución religiosa; Dios sabe por qué me mandaron allí. ¿Tal vez porque Hermana Grande no se había encontrado a gusto en la Bertazzi? Ella decía que era *demasiado difícil*: "El director es comunista, se pasea con *l'Unità* en el bolsillo, doblado aposta para que se lea el nombre, los profesores son demasiado exigentes y, sobre todo, son comunistas", decía Hermana Grande… Imagínate la idea que se hicieron mis padres de la Bertazzi: no era el tipo de escuela a la que mandar a uno de sus hijos ahora que Padre ganaba dinero y todos estábamos tan bien… Me chupé aquella mierda durante cinco años… Un montón de gente en la escalinata de la facultad… ¡Banderas tricolores delante de Derecho! ¿Son fachas? ¿También hay fachas? La policía de la entrada los ha dejado pasar… Los fascistas y la policía siempre se han llevado bien: son una sola cosa. La bandera tricolor ya se ha convertido en un símbolo fascista… Mejor… Mejor subir la escalinata, si lo consigo. Aquí, a la derecha, una obra… Hay un poco de espacio… Pelos largos y

grasientos mires adonde mires, todos aquí parados: ¿por qué? No conozco a nadie…»

—¿Qué pasa?

—¡Los fascistas! Quieren entrar en nuestra facultad. Están Almirante y hasta Caradonna. Se han refugiado en Derecho, pero verás cómo llegan ahora…

¡INVITAMOS A LOS COMPAÑEROS A PERMANECER UNIDOS!

¡COMPAÑEROS, NO ACEPTÉIS PROVOCACIONES!

«Es verdad, Almirante está dirigiendo las operaciones… Distinguido… Elegante, con su sobretodo de diputado de la República, gorra en la cabeza, parece que estar aquí le dé un poco de repugnancia… Caradonna, ¡ahí está! Si está él es que nos quieren zurrar… Desaliñado, gesticula… Aquellas astas de bandera, todas iguales, largas y macizas como mangos de palas… No son más que palos para zurrar… Terribles… Terribles estos fascistas, dan miedo… Éstos no son fachas de los barrios pijos, es hampa del pueblo, carne de trena, gente vieja… No son estudiantes, nunca lo son: es gente pagada, profesionales… Me empiezan a temblar las piernas… Qué… ¿Qué hago? Me… ¿Me muevo? ¿Y adónde? No hay mucho espacio… Desde hace un buen rato, allá donde vaya, corre la sangre… Odio la sangre.»

¡FUERA LOS FASCISTAS DE LA UNIVERSIDAD!

«Mira, han arrancado las banderas de los mástiles… Pálidos, las caras viejas y frías. Tienen miedo y coraje, nosotros somos muchos más. Todo está organizado… Avanzan… Avanzan deprisa… ¡Qué golpes les están dando en la cabeza a los compañeros que están delante! Sangre, otra vez sangre que corre por las caras. Compañeros que se desmayan, compañeras que gritan… Pegan a las mujeres: comunistas y, por tanto, putas… Apaleadas, insultadas, les gritan. ¡Les gritan "Puta"! Yo… Yo no zurro a nadie, no quiero zurrar a nadie, no quiero que nadie me zurre. Demasiado miedo… De nuevo sin aliento y otra vez este pavor a ver salir sangre de mi frente: hay que mantener la cabeza lejos de las cosas duras, del metal, de la piedra, de los salientes… Porque se abre, se oye la dureza del hueso contra la dureza de las cosas, de los objetos… Pero

ellos no tienen miedo, los fachas y los compañeros no tienen miedo… *Yo* tengo miedo, ellos no… Aquí… Aquí hay un paso para salir de este follón… Los compañeros reaccionan, están convergiendo en esta dirección… Salen armados de la facultad, palos, cascos de moto y de obra… ¡Franco también va!»

—¡Permanezcamos unidos! ¡Que no os aíslen! ¡Estad atentos, que no os aíslen, que éstos os matan!

«Dirige, como siempre; se compromete hasta el cuello, como siempre; frío, como siempre; valiente, como siempre; razona, como siempre… Allí delante… Hay un tumulto de palos y de polvo… Pocos segundos de furia, estrépito, gritos…»

¡FUERA LOS FASCISTAS DE LA UNIVERSIDAD! ¡FUERA LOS FASCISTAS DE LA UNIVERSIDAD!

«Éstos son criminales reclutados Dios sabe dónde, gentuza pagada para hacer daño, pero daño de verdad… Toda la escalinata de Letras, llena de estudiantes, se precipita hacia delante… Los fascistas no controlan la presión, retroceden… ¡Escapan! ¡Se van!»

¡FASCISTAS-RATAS-VOLVED-A-LAS-CLOACAS!

«Ceden terreno, pero no se van, se retiran hacia Derecho. Camaradas… ¡Ahora las van a pasar putas! Almirante tranquilo aparte… Con su abrigo, la gorra en la cabeza… Caradonna se encarga de dirigir a los suyos… Fuera de la escalinata, Ivo, hacia las encinas… Un montón de chiquillos que están por aquí vienen de liceos de toda la ciudad, son pequeños… ¿Yo también era así hace tres años? ¿Yo también era tan pequeño? Están asustados, pero no como lo estoy yo… Yo estoy aquí sin estar, participo sin actuar, sin decir, sin ayudar: siempre estoy pero nunca estoy. "No eres el único, hay otros compañeros asiduos pero poco implicados. Es porque estás adquiriendo conciencia —dice Franco—. Hasta ayer no te importaba la política, hoy te estás construyendo una postura política, estás participando a tu manera… Pero no te me vuelvas un exaltado, tú no eres así…" ¡Qué sabrá él de mi naturaleza! Él no sabe que estoy tan loco como Padre, aunque la locura sólo sale cuando hace mucho calor, o bien cuando me siento humillado, cuando no me queda más remedio: entonces hasta podría matar… Soy un bestia,

siempre me he liado a palos por la calle, desde pequeño, cuando iba a la parroquia. Entonces también tenía miedo, pero sabía reaccionar… "Eso es, exacto. Es porque sólo eres capaz de una violencia privada, ancestral, bíblica, del ojo por ojo… Sólo sabes concebir la acción violenta como un medio para aplacar tu rabia personal, la violencia como venganza en lugar de como acto civil, político." Si no me meto en la trifulca, es decir, si ni siquiera me lo planteo, no es porque esté cagado, sino porque no estoy lo bastante cabreado… ¿Y tú te lo crees? He visto que muchos compañeros se divierten en los enfrentamientos, no tienen ningún problema, no parecen ni cabreados ni nada: como si fuese un mero trámite que tienen que despachar, tal vez poniendo atención a no hacerse demasiado daño… Padre es capaz de una ira fría, silenciosa, terrible, pero también de una ira caliente, exaltada, descontrolada, que es la que me reserva a mí… Franco no parece cabreado, ni siquiera emocionado, nunca… Y, sin embargo, míralo ahí, con el casco de obrero en la cabeza y la barra entre las manos… Almirante ha desaparecido: ha soltado a los suyos y ahora puede marcharse, es poco conveniente dejarse ver junto a sus matones… Desde aquí, desde debajo de las encinas, se ve la entrada de Derecho, los fascistas han entrado y se han atrincherado… Un grupo de compañeros con cascos y palos quiere echar abajo la entrada… Es un asedio medieval… Los asediantes se precipitan hacia las puertas para forzarlas con las palancas de la obra… Los asediados que custodian las ventanas y las terrazas lanzan objetos para impedir que echen abajo la puerta… Arrojan… Arrojan cosas bastante pesadas capaces de matarte: caen sillas, mesas, armarios de haya… Hasta ficheros. ¡De hierro! ¿Cómo es posible que hayamos llegado hasta aquí? ¿Cuáles son los pretextos, las razones de tanto odio? Los asediados tienen caras grises, pálidas, confusas por el miedo… No se esperaban una reacción tan violenta… Son matones profesionales, abrecabezas acostumbrados al combate, pero ahora se están cagando encima: creían que iban a encontrar a hijos de papá incapaces de reaccionar, de luchar, quizá no creían que fuésemos tantos… Los compañeros siguen tratando de forzar la entrada… ¡Están debajo de una lluvia de muebles! ¡Así los matarán! Le han…

¡Le han dado! ¡Oreste! ¡Con un banco! ¡En la espalda! Le ha caído verticalmente sobre la espalda. Como una navaja. ¡Está en el suelo! ¡Ha muerto! Un grito… Un grito de todos nosotros… No puede haber sobrevivido, ¡no es posible! Lo cogen por los brazos y por las piernas, rápido, entre cuatro o cinco, se lo llevan de allí… Tiene la cara blanca como un muerto… Gritos, explosiones, alaridos, sirenas… Aplausos, gritan que la policía está llegando… Ahí están, han entrado en la Ciudad Universitaria… No cargan, no golpean… Vienen directamente hacia Derecho, son muchos… El asalto se ha interrumpido, los asediantes se están reorganizando, cogen mesas para colocárselas encima de la cabeza, para protegerse. Llegan los maderos… ¡Han venido a salvarles el culo a los fachas! Están aquí para proteger a los fachas, para ayudar a que se escaqueen impunes… Continúan los aplausos, tal vez sean irónicos, tal vez no… Mejor así, el enfrentamiento es demasiado atroz, primitivo, insostenible… Oreste está muerto, no puede sino estar muerto con el golpe que le han dado. Es como si se hubiese partido por la mitad… Los enfrentamientos contra los fascistas: el odio histórico ha vuelto a resurgir, estamos pagando las viejas heridas que nuestros padres dejaron abiertas.»

—Pero ¿estamos locos? ¿Ahora aplaudimos a la policía?

«Vete de aquí, Ivo, vete… Los compañeros están organizando no sé qué manifestación… Nunca se cansan… La entrada sigue custodiada por un millón de policías… Volver a coger la Trotter: ahí está, la vieja Trotter rompeculos.»

«Esta gran plaza rectangular hoy… Los compañeros arrestados, los que todavía están dentro, los liberados que podrían enfrentarse a un juicio o acabar entre rejas. Manifestamos solidaridad. Digamos que lo que ellos han hecho lo hemos hecho todos nosotros… Sí, pero yo no lo he hecho… Todos somos culpables: sí, pero yo no… Pese a todo, me solidarizo con ellos, contra la represión… "Necesitamos la represión, nos hace falta", dice Franco. De todas formas, nos están metiendo en medio, y a lo bestia, las elecciones están a la vuelta de la esquina, falta menos de un mes… "No es algo que nos ataña —

dicen muchos—. Nosotros estamos *por encima*." Es más, estamos *a otra cosa*. Algunos hablan de dar un "voto táctico" al Partido… Yo creo que los comunistas no quieren nuestros votos, o sea, *oficialmente* no los quieren: iré a votar por primera vez… ¡Pinchazo! La Trotter no es para los vertebrados… La marcha sale de la Ciudad Universitaria, cruza todo el centro de la ciudad… Romperán algunos escaparates antes de llegar aquí, alguna sucursal de banco, algunas tiendas… No, gracias, yo ya he tenido suficiente… Pero Franco es uno de los que podría acabar en la cárcel: lo arrestaron, lo denunciaron y lo soltaron el uno de marzo. Y yo aquí… Allí al fondo ya hay bastante policía… Y también hace sol, es plena primavera, a la bestia la amarro aquí, entre las demás motos… Mmm, ¿está demasiado cerca de la plaza? Bueno, ¿qué podría pasar? Es una manifestación delante del Palacio de Justicia, contra el procurador general, no hay objetivos físicos… Pero quizás haya demasiada policía… El jardín está lleno de compañeros: pancartas-megáfono-eslóganes, todo el aparato en acción… Me pregunto de dónde obtiene fondos el Movimiento; es poca cosa, pero se necesita dinero para tenerlo, las colectas no son suficientes… ¿O sí?»

¡SOLTAD A LOS COMPAÑEROS ARRESTADOS!

«Hay una hilera de tablones electorales colocados en diagonal: tubos inocentes, chapa galvanizada atada con alambre… Desde aquí no se ve nada, hay que ir más adelante, pero en el centro del jardín está ese monumento enorme al artífice de la Patria… Así que me pongo más adelante, en la acera de enfrente del Palacio… Y aquí estoy en primera fila, ambiente relajado si no fuese por esos de ahí, desplegados detrás de los setos del Palacio, llevan uniforme de camuflaje, van armados… ¿Quién coño son? ¿Qué quieren? Mejor pirarse, Brandani… Algunos de los denunciantes todavía tienen la cabeza vendada, se han retirado, están incómodos, preocupados, la solidaridad está bien, pero no quieren pasar por reincidentes… Muchos llevaban semanas desaparecidos: se cuenta que durante los últimos días se han visto muchas cabezas abiertas en las pistas de esquí. Que no son proletarios está claro, pero, por el amor de Dios, refugiarse en las estaciones invernales… En cambio, Franco está

aquí, en primera fila… Tiene un aire serio, preocupado, va con chaqueta y corbata, sabe que podría acabar entre rejas… Están pronunciando una especie de rapapolvo por el megáfono contra el procurador que lleva la investigación… Me abraza.»

—Hola, Ivo.

«La plaza está llena de compañeros, nadie tiene un aire agresivo, hay pocas pancartas, banderas, muchos tienen amigos implicados en la investigación, nadie quiere el enfrentamiento… Excepto quizás algunos de esos gilipollas que han ido por todo el centro lanzando piedras contra los escaparates… Nadie se mueve, todo tranquilo… No estés tenso, Ivo, aquí no hay nadie tenso hoy… Dentro de un rato nos vamos…»

—… no se andan con tonterías, Ivo, éstos van en serio… Aunque digan que hay presiones para archivar la investigación. El uno de marzo armamos tal follón que tardarán tiempo en olvidarlo. Pero los agentes heridos, las camionetas incendiadas… ¿Sabes que me trincaron en el tranvía?

«Lo sé, detuvieron los vagones de la Circular y cachearon a todos los menores de treinta años que había dentro, peor que la Gestapo en el 43…»

—Tienen un montón de fotos —continúa Franco—, me han incriminado por las fotos. ¿Recuerdas los adoquines de travertino sobre las camionetas? También me pillaron mientras ayudaba a volcar un coche. Luego le prendieron fuego, pero yo ya me había ido: daño…, no recuerdo bien cuál era el término jurídico exacto… Ahora es el momento de la represión, el Movimiento se ha debilitado, fragmentado, hay elecciones: ahí está el quid de la cuestión. Si quieren presentarse como un Gobierno de orden, o bien como pacificadores o mediadores. ¿Sabes que Oreste ha sobrevivido? Está escayolado del cuello para abajo, sólo se libran las piernas, pero camina. Ha tenido suerte… Aquí hay demasiados policías, qué asco. Yo me piro, Ivo, si me vuelven a pillar, las pasaré putas. Adiós.

—Adiós, Franco. Te llamo.

«El policía de paisano de delante se está poniendo la banda, debe de ser un comisario… Está diciendo algo, el corneta está alzando su instrumento… Mejor que me eche a un lado, se van… ¡Eso es! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡¡Fuera!!»

¡RECHAZAD LAS PROVOCACIONES! ¡ESTO ES UNA MANIFESTACIÓN PACÍF…!

«Están cargando… Hijos de puta… Avanzan directos, en tropel, hacia el grueso de los compañeros que se encuentran en el centro del jardín… Fuera de aquí, Brandani, corre, corre… Un ataque premeditado, esta vez tienen intención de hacer daño… Dios mío, basta ya, no quiero saber nada más de esto… ¡Los carteles electorales! Obstaculizan la desbandada… ¡Se agolpan! Se van a hacer daño con esa chapa… La echan abajo, compañeras que caen sobre la grava, polvo… En esta… En esta parte de la plaza todo está tranquilo, la gente fuera de los bares disfruta del espectáculo… Ninguno de los compañeros es capaz de reaccionar, pero les están sacando las patas a los asientos de hierro del bar del Teatro, lo hacen entre dos, las arrancan de cuajo, las empuñan… Pero no soportan la presión… Retirada a toda velocidad calle abajo… Los maderos se paran a apalear con calma a los compañeros del jardín, los demás huyen despavoridos en todas direcciones… De nuevo caras cubiertas de sangre… Otra vez… Me piro de aquí, he aparcado la moto en la esquina… Si hacen barricadas, podrían quemármela… Tengo que conseguir llevármela… Yo no pinto nada en todo esto, no es para mí, tengo miedo… De nuevo… De nuevo el aliento entrecortado, las piernas flojas, el corazón que me golpea en las clavículas… Ahí está la Trotter, justo en medio de un grupo de policías completamente pertrechados… En la calle sigue la gresca… Los compañeros están formando una línea de defensa más en… ¡Llegan los de camuflaje! La calle está despejada, portales cerrados, persianas bajadas, me voy por aquí… Me paro, puedo pararme, nadie me sigue. Mejor volver un poco hacia atrás, debe parecer que no tengo nada que ver con esto, lograr coger la moto y marcharme… Llevo una chaqueta vaquera y barba, pero puede que incluso me dejen pasar… Estos que se acercan… El primero ya tiene

una edad, debe de ser un sargento o algo así, no llevan casco ni nada… Parece un tipo tranquilo… Camina con normalidad, Ivo, eres un ciudadano más… ¿Qué coño hace éste? Dios mío, ¡una pistola! ¡Tiene una pistola en la mano! ¡Me apunta!»

—Os voy a matar a todos, hijos de puta… Os mato… ¿Y tú quién eres? Ven aquí, cabrón, ven aquí…

«Se mueve lentamente, está gordo, jadea, es blanco como la leche, tiene los labios morados… Si echo a correr, no me pilla, ¡pero tiene una pistola en la mano! Éste me…Éste me mata… Hay otro, detrás de él… Le pone una mano en un hombro, lo retiene… Mejor no… Mejor no correr… Acuérdate de Rex, si corrías, te perseguía, te ponía las patas en los hombros, por detrás, y te tiraba al suelo… No correr nunca… Un portal abierto me vendría bien… Allí al fondo, los compañeros que colocan los coches atravesados tiran adoquines en esta dirección… Un portal entornado… Entro, cierro… Tengo que quitarme de en medio, ésos pueden entrar, ¡el sargento de la pistola va a matarme! Ascensor, último piso, luego bajo a pie y a ver qué me encuentro… Quinto, bajo, cuarto, tercero, segundo, una notaría… Puerta de cristal abierta… La sala de espera está llena compañeros y compañeras aterrorizados por esta carga imprevista, criminal… También hay gente que iba por la calle, no son estudiantes. Aquí nadie tiene nada que objetar. ¿Un compañero notario? Hay una ventana que da a la calle, a ver… Han pasado de largo, ahora lo que les interesa es la barricada al fondo de la calle… Si me quedo aquí, me van a pillar cuando rastreen… Es una agresión planificada, ¡quieren que paguemos por lo del uno de marzo! Franco tenía razón, como siempre: "Antes o después nos lo harán pagar. No pueden hacer la vista gorda. Hemos ganado nosotros. Pedirán vía libre al ministro y volverán a la carga, pero con más violencia". No hay nadie por el aparcamiento: voy, bajo… Tranquilo. Camina lento, mira a tu alrededor con curiosidad… Eso, bien, meteos en vuestros asuntos… Ésos… Ésos del fondo de la calle están prendiendo fuego a todo lo que pillan… Quitar la cadena, montarse en la Trotter, tirar del levantaválvulas, pedalear, soltar el levantaválvulas, arrancar… Venga, aire en la cara… Venga, venga… Hoy podían… Hoy podían haberme

matado. Nadie le habría hecho nada a ése, ni siquiera lo habrían procesado… Se habría jubilado en una casa en la playa. Él cogiendo coquinas en la orilla y yo bajo tierra. Éstos pueden hacerte cualquier cosa, son intocables… Aire… Te pueden matar legalmente… ¡Aire en la cara! Yo, Ivo Brandani, declaro oficialmente que tengo miedo, que quiero vivir, que necesito tiempo para convertirme en uno de ellos como se esperaría… Ésta es la última vez que alguien me ve en una manifestación… Nunca más…»

Aquel día sucede lo que Ivo ha previsto. Después de los enfrentamientos, todos los estudiantes que se han refugiado en los edificios, en los zaguanes, en los patios, en las terrazas comunitarias, en los cuartos de la basura, en los sótanos y en los huecos de las escaleras, son rastreados durante horas y apaleados sin piedad en un radio de quinientos metros desde la plaza, sistemáticamente, uno por uno, con el fin de que no quede ninguna cabeza entera. Doscientos de ellos son arrestados y llevados a comisaría, fichados y liberados de madrugada. Algunos son denunciados.

Durante las semanas siguientes todo se calma. Sin embargo, lo que ocurre en París es importante; es más, inaudito. Es imposible que en la península ocurran cosas como ésas, allí sí que saben hacer barricadas. Aquí todo se empequeñece y poco a poco se va apagando; el Movimiento aún existe, pero también hay exámenes. Negociaciones con el cuerpo docente para aceptar las notas políticas. Ivo no está de acuerdo.

—Si se hace una cosa, no se puede hacer otra… Si promueves la revolución, no puedes pretender que el poder te ponga el sello de APROBADO.

—Te equivocas, Ivo, entre otras cosas porque sabes perfectamente que nosotros *no hemos hecho ni estamos haciendo la revolución*… El Movimiento lo declaró de inmediato, ya está en las tesis de noviembre: el trabajo político en los grupos de profundización, en las comisiones y en los seminarios sería considerado *estudio* a todos los efectos, incluso de cara al examen.

Si tú quieres hacer el examen tradicional, hazlo. No te lo vamos a impedir… Bueno, en realidad no lo sé: si te presentas tú solo a un examen, seguro que habrá alguien que te tome por un esquirol, a lo mejor hasta te zurran…

Franco afirma que lo del examen político es clave, que es el reconocimiento oficial por parte de la institución universitaria del valor cultural, «es decir, legal», de las luchas, y sanciona el principio de autodeterminación estudiantil sobre los temas y las materias de estudio. El cuerpo docente tiene otro punto de vista, pero en general está dispuesto a la negociación.

—En fin, las luchas no han permitido la didáctica, no podemos permitir que los estudiantes que trabajan pierdan el año… Y no sólo eso: la nota no deberá perjudicar la media, que es importante para las becas, así que notas altas…

Aún pervive el estado de agitación, se ve poca gente por la facultad. A principios de junio la policía realiza un nuevo desalojo. Asesinan a Bob Kennedy, le disparan, como hicieron como Martin Luther King en abril.

—El imperialismo y el capitalismo americano, que son lo mismo, no toleran la condescendencia. Han eliminado físicamente a cualquiera que pudiera representar una amenaza real o potencial. Que nos sirva de lección a todos —dice Franco en la asamblea—: no hemos de olvidar que el Capital no se detiene ante nada con tal de defender sus propios intereses. No es un eslogan, compañeros: los hechos de Estados Unidos han demostrado una vez más que las cosas están exactamente así. Es necesario que el Movimiento profundice en el análisis del lugar que ocupa la Península dentro de la esfera de influencia americana. En todo caso, siempre está bien tener presente que los americanos no tolerarán ningún cambio en el eje político del país. En fin, por Dios, ¡*esto es Yalta*, compañeros! Quien lo olvide comete un error… Es importante comprender que si en Vietnam las fuerzas antimperialistas consiguen oponerse a la agresión americana es porque no sólo están situadas en un área liminar del Imperio de Occidente, sino también porque cuentan con el apoyo aplastante de las dos mayores potencias socialimperialistas:

Rusia y China. Nuestra situación es completamente distinta, cualquier modificación del equilibrio existente será frenada con todos los medios posibles…

Ivo nunca lo ha pensado en serio, pero desde que lee los textos sagrados del movimiento le parece una verdad irrefutable: *somos una colonia americana*. Las negociaciones con el cuerpo docente llegan a un acuerdo sobre la modalidad de la nota política, aunque no todos los profesores la aceptan. Ivo ve el Verano que se aproxima y la Verdadera Vida que se está abriendo ante él, como todos los años. Está harto de política. En París han desalojado la Sorbona. De Gaulle ha sacado los carros de combate a la calle y después ha ganado las elecciones anticipadas. Le gente de Francia no quiere saber nada de revolución. En la vuelta a la normalidad, Ivo percibe una dulzura sutil e inconfesable, aunque la situación en la universidad está cambiando de verdad.

—En parte hemos ganado —dice Franco.

Sí, es verdad. En parte han ganado.

Al final le saca un veinticinco político a Molteni. Se ha presentado al examen diciendo:

—Yo he estudiado, quiero que me pregunte. Pero no acepto una nota distinta a la de mis compañeros.

Molteni le ha respondido seco:

—No, si quiere hacer un examen *de verdad* tiene que estar dispuesto a aceptar una nota *de verdad*.

Ivo se ha quedado de piedra. Le había parecido buena idea hacer esta declaración preliminar: causar una buena impresión a Molteni sin renunciar a ser considerado parte del Movimiento. La respuesta decidida de Molteni lo ha confundido, ha balbuceado algo incoherente y se ha puesto rojo como un tomate. En conclusión, ha renunciado y se ha colocado a la cola del veinticinco político. Sólo ha tenido que entregar el boletín a un ayudante, y éste se lo ha devuelto al final de la mañana con la nota y la firma. Había euforia y bochorno entre los estudiantes: sacar nota en un examen sin tener que prepararselo. Ivo cree que ha sido una consecuencia inevitable, aunque un poco cutre. Como casi todos los demás, ha perdido la

oportunidad de ir a las clases de Molteni, de absorber su enseñanza. Compra algunos de sus libros para colmar sus lagunas, pero no es lo mismo: Molteni no escribe como habla, es más complicado, un poco farragoso:

—Es un genio parlante —le ha dicho uno.

«El Movimiento ha demostrado una fuerza inesperada, está cambiando la universidad», escriben en los periódicos los analistas políticos. La mayoría de los comentaristas echa pestes de él, naturalmente. Ivo Brandani sabe que no es verdad, pero sigue igual de confundido, trastornado: el acceso al conocimiento que ingenuamente esperaba de los estudios superiores no se ha verificado por ahora. Le ha sido negado, arrebatado y aplazado a una fecha por definir. Y, pese a todo, ha sido un año importante, pero no como se lo esperaba al principio, algo mucho mayor que él lo ha arrastrado en una dirección diferente, ha visto y aprendido muchas cosas juntas, sobre él mismo y sobre los demás. Tiene que asimilarlas, necesita distancia. Ha visto cómo se desencadenaban los mecanismos de dominio y sumisión entre los compañeros. Ha visto la fuerza del espíritu gregario en acción, ha visto cómo se establecían los grupos de poder, ha visto la lucha por prevalecer dentro del Movimiento, ha visto la hipocresía, ha visto el cinismo de algunos que usaban la ingenuidad de otros. Ha visto cómo algunos trabajaban muy duro pero siempre con la vista puesta en su futura carrera académica. El sistema universitario enseguida ha mostrado interés por los líderes más brillantes y peligrosos. Se han dado cuenta de inmediato. Conoce a compañeros que se están preparando para marcharse al Norte: van adonde están las fábricas para «no acabar segregados dentro de la universidad». Se llama «trabajo político» —es la primera vez que Ivo oye esta formulación —, al cual algunos parecen tener intención de dedicarse en cuerpo y alma de ahora en adelante. Los Pájaros se marchan a pie en dirección contraria, van al sur, hacia los territorios devastados por el terremoto. Dos maneras diferentes de ir en busca de la llamada «realidad». Para Ivo ha sido un año de iniciación intensa, una suerte de escuela de la que tiene la sensación de no haber aprendido nada,

porque a finales de junio está más confundido que antes. No encuentra la motivación para dedicarse a la política, es una tentación que no siente en lo más mínimo, aunque sus objetivos tampoco es que estén muy claros. «¿Puedo volver a estudiar Filosofía como si no hubiese pasado nada?» Las circunstancias lo han superado y sobrepasado, pero en su fuero interno sigue convencido de que el mundo lo está esperando para otorgarle un triunfo, no es más que cuestión de tiempo.

El Movimiento lo ha cambiado radicalmente, lo ha conmocionado, lo ha llenado de dudas. Por primera vez en su vida ha participado en algo, ha entrado en una red de relaciones entre personas, ha oído discursos muy diferentes entre sí, ha leído cosas nuevas, pero ha perdido a Molteni. En julio, última convocatoria de exámenes. Después del veinticinco político en Filosofía Teorética, Ivo se presenta a un examen complementario y saca un veinticuatro. Se siente cada vez más perplejo: «¿Qué pinto yo entre filósofos? ¿A mí qué más me da la filosofía?».

En cambio, Clara no tiene dudas; pese al Movimiento, todo ha ido como la seda. Hace dos exámenes, saca un treinta y una matrícula de honor, y tiene previsto hacer un tercero. Se ven casi todos los días, en el coche, a primera hora de la tarde, cuando Padre suele echarse la siesta e Ivo coge el Seicento, a veces el Milleotto, y lo aparca cerca de su casa. Clara llega puntual y hablan, se besan, se toquetean. Hace calor. Para el sexo es un poco diferente, más difícil, las ocasiones son más escasas: en casa de ella cuando no están sus padres, en el coche en algún rincón, en la casita de la playa de Clara, clandestinamente. Cada vez es como volver a empezar de cero, es una emoción de descubrimiento que le revuelve el estómago por la ansiedad. Clara no tiene ningún tipo de problema, en todo caso lo tiene Ivo. Ella es decidida, él mucho menos, pero Clara lo vuelve literalmente loco: sólo existe su cuerpo, su olor, su pelo, su aliento, su boca, sólo existe ella. Cuando no consiguen verse, las largas conversaciones telefónicas nocturnas cabrean a Padre cuando lo descubre al aparato en el pasillo, sentado en el suelo durante horas. «Sigue, sigue, total pago yo. ¿A ti qué te

importa?» Este verano a Ivo le gustaría ir de acampada al Sur. Clara hace una propuesta insólita, extraña: un viaje a Escocia solos, los dos. ¿Por qué? Ella no sabe explicárselo:

—Porque Escocia es Escocia. Por el mero gusto de viajar en lugar de quedarnos en un sitio tumbados al sol, por tener una meta, por no pasar calor este año, por estar juntos nosotros dos solos, porque ir en un Cinquecento es divertido… ¿Sabes que este año todos van adonde tú quieres ir? Todo el Movimiento va al Archipiélago, Ivo. Qué pesadilla. No quiero pasarme el verano hablando de política…

«¿Alejarse del Mar, del Agua, del Verano, del Sagrado Verano Acuático? ¿Perder un Verano Mediterráneo? Está bien… Si Clara quiere, a mí no me importa…» Es la emoción de tenerla toda para él.

—De acuerdo, vamos.

Ivo tiene poco dinero, Clara tendrá más, durante el año ha echado una mano en un bufete de abogados, escribía a máquina. Saldrán en torno al veinte o veinticinco de julio, una semana después de los exámenes. En coche hasta Calais, luego ferry, después Londres, Edimburgo, Glasgow, y después hacia el norte, quién sabe dónde.

Mientras tanto Ivo se está esforzando por leer a Georg Simmel en alemán, son ensayos de estética. Se obliga a hacerlo porque Molteni siempre ha recomendado encarecidamente leer a los autores en su lengua original y porque quiere que los cinco años que se pasó estudiando alemán en la escuela, mientras todos sus compañeros aprendían inglés, den sus frutos. Simmel, como toda la cultura alemana de entreguerras, está de moda. Se lo ha aconsejado Franco, pero no este libro, que aún no ha sido traducido. Lo ha encargado en la librería alemana, el volumen incluye un opúsculo: *Puente y puerta*; son cuatro o cinco páginas densísimas que lo arrebatan. Simmel no es un paseo, pero no es tan arduo como otros textos filosóficos alemanes, cree entenderlo, se aplica y lo estudia, le impacta, le fascina. En *Puente y puertahalla* algo inesperado, algo que lo lleva a reflexionar, es una formulación muy simple que le parece la conjugación básica entre la actividad humana de *pensar* y de *hacer*, casi una definición del hecho de ser hombres en el mundo:

En un sentido tanto inmediato como simbólico, tanto corporal como espiritual, somos a cada instante aquellos que separan lo ligado o ligan lo separado.

«La actividad de ligar/separar coincide con pensar, *es* pensamiento —se dice Ivo, y continúa con su especulación—: Cuando pensamos, no hacemos sino desmontar y volver a montar continuamente datos hasta que les encontramos sentido: la filosofía no es más que eso, de manera incesante… Lo es de manera argumentativa, a veces incluso sólo intuitiva, aproximada, poética… Lo es de una manera casi siempre gratuita, porque no es realmente falsificable. La ciencia también es un continuo desmontar/volver a montar/adquirir datos, aunque desde el punto de vista de la exactitud, de la reproducibilidad, de la puesta en común… Entre la ciencia y el hecho se halla la tecnología, y antes de ésta, la voluntad de hacer. Entonces… Únicamente en la tecnología, en la obra concreta, se realiza materialmente la actividad del pensamiento filosófico. Ligar lo que está separado y viceversa: "Sólo para nosotros las orillas del río no están meramente la una enfrente de la otra, sino 'separadas'". Y la actividad del pensamiento científico es definir las condiciones físicas en las que aquello que es pensable también es posible…»

Tal vez sea la presión incesante de Padre, la necesidad secreta de satisfacerlo, lo que le hace leer las palabras de Simmel como una revelación. Se convence de que la forma de pensamiento más alta, abstracta y, a la vez, más concreta y visible, viable, útil, es la del *pontifex*, es decir, la del constructor, hacedor, de puentes, la del superador de discontinuidades reales e irrefutables. Ha leído por algún lado que el *pontifex* era tanto una autoridad espiritual como administrativa y técnica… La propia existencia de la Ciudad de Dios se fundamenta en la capacidad humana de ver *divididas* las dos orillas del Río y, por tanto, en la voluntad de *unirlas* mediante un paso, un artificio, un invento técnico capaz de dar una forma concreta a la intuición filosófica unificante. El Puente Ancestral representó una singularidad territorial tan fuerte que fue capaz de transformarse en ciudad y sucesivamente en capital de un gran

imperio… Ivo Brandani no se plantea hacerse ingeniero, cambiar de facultad, ni por asomo: «Trabajar con Padre sería una pesadilla. Me quiere en la empresa, hace todo lo posible por captarme para que lo suceda en su trabajo de demolición… Pero yo nunca estaré ahí para él». Por su parte, Padre no es consciente de que ya ha demolido a su hijo. Las gravísimas lesiones que le ha infligido todavía permanecen ocultas, no se ven. Aparecerán más tarde, no será muy difícil que salgan a la luz. Quizás en ese malestar oculto, en ese sentirse inadecuado y despreciable, en la ligera pero constante debilidad del ánimo, ya se lean las primeras señales.

Salen de Edimburgo, toman la A90 que va hacia las Tierras Altas. Quieren dirigirse al norte, llegar hasta donde la tierra termina y comienza el Océano, pero ahora no saben bien dónde están yendo; primera hora de la tarde, no han madrugado, no logran levantarse más temprano, siempre apuran lo máximo posible, hasta bien entrada la mañana. Es un viaje largo, incómodo, juvenil, bastante divertido. El Cinquecento va como la seda, Ivo aprende rápido a conducir por la izquierda, a Clara le cuesta más trabajo, le da miedo, por ahora lo deja conducir a él. Han pasado por Londres. Han encontrado un *bed and breakfast* en Marylebone Road, el dueño era un hombre delgado con los dientes amarillos, las uñas de los pies amarillas dentro de las chanclas y la cara amarilla. Típica visita: British, Tate, National Gallery, Piccadilly Circus, Oxford Street, Torre de Londres, etcétera. Después de estos lugares no sabían adónde ir, no se les ocurría nada. Al cabo de un par de días pusieron rumbo a Cambridge, que les gustó mucho. Clara se percató de que los parques estaban llenos de achicoria.

—¿No la recoge nadie?

Hacía frío, llovía.

—¿Qué coño estamos haciendo aquí? ¿Lo sabes? —decía ella.

Como ropa de abrigo sólo tenían un jersey y una cazadora vaquera cada uno. Luego el tiempo mejoró, tomaron la autopista en dirección al norte. Edimburgo no les hizo ni fu ni fa.

Anoche cenaron en un *steakhouse*. El filete de cerdo era fibroso, las *chips* estaban refritas. Poco dinero y mal gastado. La cerveza se

lo ha amalgamado todo en el estómago. De vuelta al *bed and breakfastecharon* una moneda en la radio de la habitación, se tumbaron en la cama a fumar y a beber de una botellita de *whisky* comprada aposta para compensar el *steakhouse*. En la radio sonaba una música que Ivo no había escuchado nunca: le pareció preciosa.

—Es el *Concierto de Aranjuez* de Rodrigo —dice Clara.

Ivo estaba un poco borracho, con un estado de ánimo extraño, una especie de espera, de ternura última por algo, por estar allí juntos, solos, bajo la lluvia del Norte. Una sensación de adiós, o bien de partida, que no habría sabido explicar. Le entraban ganas de llorar, la música lo ayudaba. Clara dijo:

—Mi hermano tiene una versión *jazz* de Miles Davis. ¿La conoces?

—No —respondió Ivo y, por cómo lo dijo, Clara se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada, no sé, he bebido, y esta música… —dijo él.

Ella lo abrazó, hicieron el amor hasta tarde.

Se han despertado justo a tiempo para el desayuno, luego otra vez a la cama, y después han salido deprisa poco antes del mediodía para no tener que pagar otra noche. Ahora van por la A90 y se dirigen hacia el norte, sin rumbo fijo, disfrutando, como han hecho hasta ahora.

Clara va al volante, ella le ha pedido conducir.

—¿Y si resulta que de noche te cansas o te pasa algo? Yo tengo que saber conducir —le ha dicho.

Ivo está nervioso, pero Clara se las arregla bastante bien, el problema serán las curvas.

—Dentro de poco encontraremos un puente. Hay un puente sobre el río Forth —dice Ivo, inclinado sobre el plano de carreteras.

La carretera dobla a la derecha, sube ligeramente, se estrecha, delante de ellos se perfilan los pilares ligeros, altísimos, de un puente colgante. Ahora la carretera ya va por encima de las casas y del agua, la estructura tendrá un par de kilómetros de largo. Dos

gruesos cables principales se elevan hacia la punta de los pilares, el conjunto es muy ligero, los tirantes se tornan casi invisibles entre las nubes siempre amenazantes de estos lugares. El sol ilumina el paisaje con manchas doradas. Clara afronta el puente a baja velocidad, es prudente, se siente insegura, ella también quiere ver el Forth. Ivo mira a la derecha y a poca distancia ve otro puente, también de metal, de aspecto extraño, antiguo. Parece que esté formado por tres enormes almendras de acero reticulado, ligeras. Es un puente rojo, enigmático, larguísimo, por el que pasan altas líneas ferroviarias, también de acero reticulado, que reposan sobre gruesos pilares de piedra o de ladrillo. Se queda fascinado. De repente.

El puente de carretera que están cruzando cuelga a mayor altura que el ferroviario, que casi se oculta detrás del quitamiedos del carril contrario. En el plano aparece escrito Rail Bridge, mientras que el que están cruzando está indicado como Road Bridge.

—Vamos a ver ese puente de cerca, venga.

Clara tiene hambre, pero no se niega:

—Mejor comemos algo. Dime qué camino tengo que tomar.

—Sal ahora, la primera que encuentres a la izquierda. Hay una rotonda. Después tenemos que ir en dirección al puente. Yo te explico todo, sigue.

Salen de la A90, un par de rotondas giradas al contrario, bajan hacia una ciudad, el puente aparece al fondo, altísimo. Por la carretera de bajada todo es muy británico: casas de piedra, de una o dos plantas, elegantes, encerradas en sí mismas, cuidadas como si la vida durara eternamente. En el plano está escrito que el pueblo se llama North Queensferry.

—Tenemos que encontrar la Main Street, nos lleva directamente al agua, o sea, a la base del puente.

Es como ir en busca de un lugar donde se supone que un lejano arcoíris de hierro toca tierra para comprobar qué hay allí, justo en aquel punto. Al final de la carretera se ve el viaducto ferroviario suspendido en el aire a gran altura, vigas reticulares rojas que se apoyan sobre pilares gigantescos de ladrillo amarillo, un claro entre las nubes permite que el sol ilumine la escena como un reflector de

teatro. Visto desde este ángulo, el conjunto se torna inmenso, el puente parece una maraña de vigas, de estructuras reticulares y de enormes tubos clavados pintados en rojo con manchas negras de herrumbre.

—Parece un dinosaurio —dice Clara.

Sí, los costados de tres dinosaurios en fila agarrados de la cola mientras cruzan el río con cuidado. Ivo permanece en silencio. Experimenta un sentimiento de conmoción inexplicable, como le había ocurrido la noche anterior. Recorren toda la Main Street hasta que se encuentran con una pequeña explanada circular que da directamente al agua del Forth, donde muelles y estructuras de piedra limitan con el lodo del fondo, que ha emergido debido a la marea baja. Una larga rampa para el arrastre de las embarcaciones, una pared de piedra detrás de la cual se ven aparejos de pesca de algún tipo de molusco, crustáceo, o quién sabe. Tal vez nasas para cangrejos. A la izquierda, la estructura del puente invade todo lo demás y lo minimiza, hay un pequeño faro de piedra justo detrás del Rail Bridge, completamente encogido ante sus dimensiones. Allí alcanza ya su máxima altura, los raíles estarán a cincuenta metros, la neblina engulle gradualmente el resto del puente y se adentra con decisión en el Firth of Forth. Zancadas gigantescas en el aire húmedo que huele a agua, lodo y algas al descubierto por la marea baja, un aire que se vuelve más frío; los pilares quedan sumergidos en el agua, como si el monstruo hundiese sus patas de acero helado directamente en la desembocadura del río.

—Venga, vamos a aparcar… —dice Ivo.

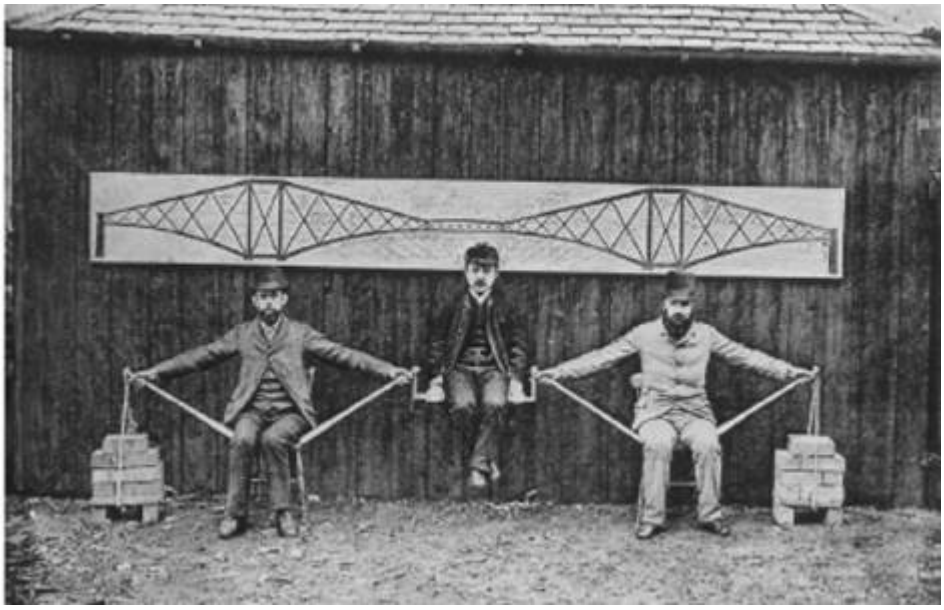
Clara da marcha atrás y encuentra un sitio en la carretera, no hay nadie en la calle, el puente invade el pueblo, intimida y deja a la gente encerrada en sus casas. Bajan del Cinquecento, se dirigen hacia la orilla, el agua no se ha alejado por la marea baja, sólo se ven algas, charcos y lodazales repulsivos, se percibe el hedor a húmedo, a viscoso, a algo nórdico que se desliza por la columna vertebral como una cuchilla de frío.

—Hace frío —dice a propósito Clara, y vuelve al coche para coger una cazadora para ella y otra para Ivo—. Nos hemos venido muy

frescos a estas tierras de mierda… Pero esto es bonito…

Ivo se sienta en un banco, abre la guía, la hojea, encuentra una ficha amplia y detallada. Se trata de un puente importante, muy famoso. Clara se sienta a su lado, se enciende un cigarrillo mientras él lee en voz alta.

El gigantesco puente ferroviario sobre el río Forth, inaugurado en 1890, está considerado una de las maravillas de la técnica del siglo XIX: es el primer puente ferroviario construido integralmente en acero. Su construcción comenzó en 1883, después de que una tempestad provocara el desplome del puente anterior sobre la desembocadura del Tay, en Dundee, durante el paso de un convoy (murieron personas).



La concepción estructural del Firth of Forth Bridge en una célebre imagen de la época

El desastre había puesto en duda el uso del hierro en la construcción de puentes. Para evitar la fuerza del viento, los proyectistas del nuevo puente, los ingenieros Fowler y Baker,

idearon una enorme estructura de acero con arcadas reticulares de forma elíptica. El acero, proscrito por el Ministerio de Industria inglés, había sido descartado para la construcción de puentes hasta 1877. Las preocupaciones sobre el empleo del acero en lugar del hierro colado derivaban de los efectos de corrosión registrados en los puentes ferroviarios de Holanda, pero el problema no era el acero, sino la imposibilidad de utilizarlo de manera coherente y de protegerlo de manera eficaz de la corrosión. Hoy en día, el envigado del Rail Bridge sigue siendo pintado continuamente por una comunidad de especialistas que se ocupa en exclusiva del puente desde hace más de setenta años.



El Firth of Forth Bridge

Para resolver el problema de la presión del viento, los ingenieros realizaron una serie de experimentos: colocaron tres medidores eólicos en el puente del castillo de Inch

Garvie, situado en una isla cercana. Los aparatos registraron datos durante dos años; al final, la presión del viento resultó ser muy superior a la prevista por el proyecto para el Tay Bridge. Así pues, se reveló necesaria una concepción estructural diferente. Fowler y Baker concibieron tres grandes pilares reticulares que sostenían vigas parabólicas de más de 200 metros de luz, unidas por tramos reticulares de unos 100 metros, obteniendo así vanos de 521 metros (en aquella época los más largos del mundo), por un largo total de 2.528,7 metros. Para el Forth Bridge se necesitaron 54.000 toneladas de acero. Los elementos más abundantes son tubos circulares de 3,70 metros de diámetro aproximadamente, con palastros de 3,2 centímetros de espesor. Los palastros plegados y perforados fueron ensamblados primero en el taller para su control y, a continuación, desmontados y trasladados a la obra. El montaje en la obra tenía que ser realizado de manera simétrica para evitar desequilibrios durante la construcción. Cada vano está formado por dos ménsulas de 207 metros cada una y entre ellas hay un envigado de 107 metros. Las medidas fueron tan exactas que no se cometió más que un ligero error de seis centímetros debido a la falta de dilatación térmica del acero, porque la temperatura en la obra era de 13 °C en lugar de los 15 °C previstos. Tuvieron que encender fuego para dilatarlo hasta poder fijar los últimos pernos de unión de los vanos centrales. En la actualidad todavía pasan hasta doscientos trenes al día por el Firth of Forth Bridge.

Le indica la foto de la demostración estructural del puente. Ella se ríe. Él se concentra en lo que ve, está embelesado. Le parece entender que la grandeza conceptual de ese objeto, la simplicidad de su concepción, la grandiosidad de su realización, demuestran la voluntad inaudita de superación implícita en el puente. Le parece que todo aquello supera cualquier «posible metafísica», que se burla de ella, y que el *homo faber* es la forma más alta de existencia. Le impacta la foto de la demostración de los principios estructurales en

los que se basa el puente, tan simple que le parece sublime: un problema titánico resuelto con un simple acto de traslación conceptual de lo pequeño a lo gigantesco. Tipos con barba, sombrero y chaqueta de tres botones, los típicos trajes que parecen arrugados y sucios que llevan todos los humanos en las fotografías de aquella época. Observa bien la foto: desde las cuerdas que pasan por debajo de las dos pilas de ladrillos colocados en los extremos del cuadro viviente, sigue las fuerzas de la primera bifurcación y se da cuenta de que los brazos de los dos portadores están en tracción, mientras que las varas apoyadas en las sillas reciben el peso. Se da cuenta de que la columna vertebral de esos tipos también debe de estar soportando peso. Todo está muy claro: se ve con claridad que el otro tipo, el que está en el centro, no hace nada, se limita a permanecer sentado a unos setenta centímetros del suelo en su banqueta. Detrás del cuadro viviente hay un dibujo estructural del puente. Sin embargo, más que en el proyecto, el Rail Bridge le parece bello en la realidad, donde existe de manera inesperada pero natural: nada parece superfluo en el sólido empernamiento mutuo de las partes que sostienen el sutil tablero sobre el que pasará el tren y *nada más*. Al fin y al cabo, es un puente ferroviario. Ivo saca del bolso un lápiz y una hoja, se apoya la guía en las rodillas y sobre ella el papel, en la cual traza una línea horizontal interrumpida por dos segmentos verticales: el agua del Firth. Encima de esta línea traza otra paralela, sobre la que deberá pasar el tren. «Éste es el primer paso conceptual: concebir las dos riberas del Forth como dos entidades separadas, pero no "la una enfrente de la otra", o sea, concebirlas como algo que puede reunificarse, como la interrupción de un *continuum* cuya superación es posible concebir.»

En cambio Clara, mientras fuma en silencio, mira el Road Bridge, el puente colgante que acaban de cruzar:

—Ése también es bonito, sin embargo…

Acto seguido, Ivo dibuja una simple estructura trilítica formada por postes verticales que sostienen una viga horizontal. Parece una especie de ciempiés. Según la fotografía de la guía, el Firth of Tay Bridge, construido más al norte en el estuario del Tay diez años

antes, era así. «Se desplomó casi de inmediato, se precipitó al agua con todos los pasajeros… Imagínate qué catástrofe… Pero sirvió para aprender que la fuerza del viento podía ser mucho más destructiva de lo que se creía en aquella época… Este puente lo construyeron teniendo en cuenta aquella lección.»

Escribe en la hoja papel: «La fe prometeica del *homo faber* no conoce límites». Luego corrige la palabra «fe» por «energía» y añade: «¿Qué puede hacer un filósofo con todo esto?». Poniendo un poco de atención y ayudándose de la cómica foto de la demostración estructural, dibuja algunos trazos sobre el esquema trilítico del Tay Bridge que reflejan la forma del puente que tiene ante los ojos. Escribe otro apunte: «No todo lo que parece sintetizar dos opuestos lo hace de verdad y, además, no siempre es lo suficientemente sólido como para resistir cualquier tipo de ataque. Este puente es un dispositivo que representa la solución a una tensión secular». Y debajo añade: «El Rail Bridge resuelve a su modo la tensión secular entre las dos orillas. Lo mismo hace el Road Bridge, pero de una manera muy diferente: la solución es técnica, el problema es filosófico». Sigue otro apunte apresurado: «¿Qué coño estoy haciendo con mi vida? ¿Cómo he podido vivir hasta ahora al margen de todo esto? ¿Cómo puedo volver a integrarme en el mundo? ¿Cómo es posible que no hubiese entendido nada de la realidad humana sobre la que tanto perdemos el tiempo discutiendo?».

Observa el Puente durante un buen rato, luego empieza a dar vueltas delante del banco de piedra, echando de vez en cuando un vistazo a la estructura que desde aquel punto le parece un escorzo vertiginoso recortado contra un primer esbozo de atardecer brumoso y difuminado, que durará horas a esta latitud. Es una sensación que nunca ha experimentado antes, es como si la visión de aquella cosa le resultase insoportable, como si estuviese decidida a revelarle, por las buenas o por las malas, algo que nunca ha captado antes, algo simple y decisivo. Luego se vuelve a sentar en el banco del mirador y murmura:

—1882, ¿te das cuenta? Dos kilómetros y medio de largo, ¿te das cuenta?

Clara ya no lo escucha. Hojea la guía buscando indicaciones de algún lugar donde comer, un restaurante, un pub, un bar, lo que sea. Se ha levantado viento y hace frío. Ivo se pone la cazadora, se sube la cremallera hasta arriba, se levanta el cuello y se coloca un gorro de lana. Clara está impaciente, nerviosa, tiene frío y le está dando una bajada de azúcar. Dice:

—¿Qué hacemos?

—Espera un momento, sólo unos minutos —le responde.

—Tengo frío, te espero en el coche. No, mejor voy a buscar algo de comer.

—Vale, ahora voy.

Se queda allí sentado media hora. Observa un objeto que denuncia de manera totalmente clara y poderosa las razones de su existencia, que confirma el dato indiscutible de que está justo allí, en ese punto único del mundo, concentrado en el esfuerzo incesante de mantener unidas las orillas de ese tramo de agua. Simmel escribió que la tarea del hombre es ligar lo que está separado y separar aquello que está ligado, porque sólo el hombre es capaz de ver las dos orillas de un río como dos cosas desligadas que pueden ser ligadas. Ese acto de racionalidad esencial se encuentra ante él, con toda su potencia estructural, con toda su claridad geométrica. Observa esa especie de torsión convergente hacia el interior de las grandes arcadas tubulares de acero, entiende sin mayor esfuerzo, porque el puente se lo dice, qué parte de la construcción es sustentadora y qué parte no. «Nadie se pregunta por qué existe el Rail Bridge, nadie se pregunta qué es y para qué sirve, porque se justifica en virtud de la evidencia de su función.» Le vuelven a la mente las palabras de Simmel. Él no las recuerda con exactitud, pero son éstas:

> *El puente se convierte en un valor estético en tanto que no sólo lleva a cabo la ligazón de lo separado en la realidad y para la satisfacción de fines prácticos, sino en la medida en que lo hace de una forma inmediatamente visible…*

La mera dinámica del movimiento, en cuya realidad correspondiente se agota el «fin» del puente, se ha convertido en algo visible y perdurable.

Él también siente la bajada de azúcar, le está dejando sin fuerzas. O tal vez sea la emoción, pero suda y el frío le hiela el sudor en el cuerpo. Sigue tomando apuntes, le tiemblan las manos. «Clara se estará cabreando. Debemos encontrar un sitio para comer algo, quizá podamos quedarnos a dormir aquí, no me apetece conducir más por hoy. Tengo que irme…» Llega al coche, se sienta al volante para resguardarse del viento. Clara no está, a saber dónde se ha metido. La idea de ponerse a conducir por el carril contrario hacia Dios sabe dónde le da pereza, le cansa. Sería mejor marcharse antes de que oscureciera. La visión del puente lo ha agitado, y la agitación, mezclada con la dificultad de conducir por la izquierda, se transforma en ansiedad. Le siguen temblando las manos, aunque el temblor se ha atenuado. Su cuerpo ha sacado azúcar de alguna parte: tiene hambre, está cansado, pero se siente mejor. En poco tiempo, su escenario mental ha cambiado y ha transformado el real. Ya no existe la esencialidad severa y tranquila de Escocia, la paz del silencio, del tráfico escaso, de la sabiduría de objetos muy usados, conservados tal cual en su naturaleza mezquina y algo decadente pese al paso del tiempo. Todo esto se torna hostilidad, amenaza, tristeza, desolación. Ivo empieza a percatarse de la dura lección que le ha dado el puente, el esfuerzo emotivo se suma a la bajada de azúcar y de repente le entra sueño. Apoya la cabeza en el montante de la puerta, respira profundamente y se duerme de pronto.

—Alguien dijo que la vida es una «enfermedad de la materia». No estoy de acuerdo. Si existe una enfermedad de la materia, ésta se llama fuerza de la gravedad»…

Así comienza la clase de Leandri. Lo atrapa al momento.

Joven, de unos cuarenta años, alto, fuerte, rostro determinado, propio de un hombre que no tiene dudas salvo técnicas, de un hombre que en apariencia no tiene resentimientos políticos o

existenciales, con la piel bronceada de quien hace deporte, de quien probablemente es socio de un club deportivo en el Río, de quien probablemente sale a navegar, de quien va a las obras a menudo, de quien se preocupa por tener el aspecto saludable y eficiente de un ejecutivo de estudio técnico que trabaja a nivel internacional, proporcionando todo lo necesario para construir grandes obras en todo el mundo.

—El titular del estudio es su suegro —le han dicho enseguida sus compañeros.

—¿Qué suegro?

—Bottini —le han respondido.

—Ah… ¿Y quién es?

—¿Cómo que «quién es»?

—… esto vale para las cosas que se hallan sobre la superficie de este planeta. Es más, para aquellas a las que les afecta la presencia de este planeta, la curvatura del espacio generada por su masa. Olvidaos ya de la formulación «curvatura del espacio». Dado que todos vosotros habéis hecho física (si no, no estaríais aquí), sabéis quién es Einstein y qué dicen sus teorías. Pero no necesitamos a Einstein. El universo del que nos ocuparemos es el de Newton. Es *más* simple que el de Einstein, que el de Bohr, etcétera, pero no es *simple*. Mejor dicho, si me permitís divagar un momento, nada será *simple*, al menos en esta profesión, porque cada problema requiere reflexión, modo, experiencia, mente, cerebro, astucia, precisión, aproximación. No se puede resolver ningún problema sin pensar, a no ser que se trate de algunas de las acciones fundamentales que nuestro cuerpo realiza con independencia de la mente, como caminar, tragar, hablar… Cuidad de la mente, no del cerebro. Que os expliquen la diferencia. Aquí no estudiamos psicología, construimos *cosas*. Cosas que son útiles, que deben mantenerse en pie, a menudo durante mucho tiempo, a veces cosas gigantescas, pesadísimas, carísimas… Está bien… Entonces estábamos diciendo que existe una enfermedad de la materia: se llama *peso* y se determina con la ecuación fundamental de la física de Newton. La ley de la gravitación universal. Depende de la masa, del cuadrado de

la distancia del planeta Tierra, pero de manera inversamente proporcional, etcétera. Espero que estas cosas os las sepáis al dedillo. No tengo intención de volver a explicarlas… Así que no responderé a ninguna pregunta relacionada con la física, sino sólo a las relativas a las ciencias de la construcción…

Seco, autoritario, simplificador. «Fascista», piensa automáticamente Ivo. Pero sabe que se equivoca: Leandri *sólo es* un democristiano. Es un rumor que circula por la facultad, que se da por cierto. Además, es consejero del Ministerio de Transportes y del de Obras Públicas. Leandri, un gran ingeniero estructural, es antipático, repelente, pero es un fabulador preciso, que sabe narrar. Sin embargo, cuando escribe una fórmula, cuando empieza una demostración, cuando expone un procedimiento matemático, todos toman apuntes como locos, porque va muy rápido, demasiado, es difícil seguir todos los pasos. Tal vez le aburran las matemáticas, es como si se las quisiera ventilar. Parece que sólo le guste la parte intuitiva de la disciplina, sobre la cual puede construir un discurso lleno de imágenes, analogías y metáforas. Por otro lado, en los últimos dos años, Ivo ha aprendido que aquí el que imparte una asignatura que comporte matemáticas —*todos* los cursos del bienio de Ingeniería o *son* de matemáticas o implican muchas matemáticas — va a gran velocidad: el que es capaz de seguir, sigue; el que no, se va. No les interesa explicar, transmitir conocimiento, les interesa *seleccionar*. Pero ya estamos en tercero, ha pasado lo peor, los que permanecen sentados en esta aula ya se han sometido a un duro proceso de selección y lo han superado, así que Leandri puede permitirse dar clases en serio, entregarse a su inspiración expositiva.

«Si la filosofía necesita recurrir sin cesar a metáforas derivadas del mundo físico —piensa Ivo Brandani—, para explicar el mundo físico se necesitan otro tipo de imágenes… De cualquier tipo, aunque sólo de manera provisional, sólo para los breves intervalos entre una matematización y otra… Imágenes filosóficas, pero mucho más a menudo biológicas…»

—En fin, nos pasamos la vida entera dentro de este campo de fuerza generado por el planeta, y todo lo que existe está sujeto a él

desde el primer momento en el que existe. Es decir, en la práctica, todo está sometido a la gravedad. Aquí habría que distinguir… Me refiero a que lo que acabo de decir *no es verdad*. O sea, no es verdad que todo esté sometido a la gravedad. Por ejemplo, no lo está la mayor parte de los insectos, de las bacterias y de los virus: su masa es tan pequeña que casi no tienen peso. Bajo una dimensión determinada, la cohesión molecular es más fuerte que la gravedad… Existe un mundo lleno de criaturas que no conocen la gravedad. Para ellas sólo hay cohesión molecular: pensad en la tensión superficial del agua y en los insectos que caminan por encima de nosotros, como si fuésemos un colchón. Para ellos la fuerza dominante es la que permite, por ejemplo, que las arañas caminen por las paredes. Si no sabéis estas cosas, ya podéis leerlas. Aquí no se enseña biología…

Arrogante, autoritario, pero muy bueno. Un fascista lúcido; mejor dicho, un democristiano lúcido.

—Es necesario saber que todo lo que existe, o sea, lo que existe por encima de una dimensión determinada, es una respuesta a la gravedad. O mejor dicho, *también* es una respuesta a la gravedad. Lo son, por ejemplo, la forma y las dimensiones de nuestros huesos. La forma de las colinas y de las montañas. De los pechos de las mujeres.

Todos los estudiantes son hombres, risas generalizadas.

«Fascista y machista», se dice Ivo.

—Caminar es un pretexto para usar la gravedad en nuestro beneficio. Una secuencia de caídas hacia delante. Una mesa o una silla son dispositivos antigravedad. Las sillas nos permiten quedarnos suspendidos a cierta altura del suelo, en una posición que no compromete demasiado nuestra estructura interna, de manera que parte de nuestro peso se transfiere a una estructura suplementaria, el asiento y las patas de la silla. Una mesa no es más que un sistema para mantener los objetos al alcance de la mano. La gravedad tiene un efecto ordenador, nos da la posibilidad de mantener los objetos en reposo en un lugar determinado. La fuerza gravitacional es un potente antídoto contra el caos. Genera las

órbitas de los planetas, mantiene unido el sistema solar. La idea de un universo ordenado, que no sabría decir si es exacta o no, aunque sospecho que es errónea, deriva del fenómeno de la curvatura del espacio que se produce en presencia de una masa. Mirad, son conceptos complejos que por suerte no nos competen; a ver, no del todo. Lo saben hasta los niños: sin gravedad flotaríamos en el aire como astronautas. El agua no permanecería en los vasos, el mar volaría. Nuestros excrementos se pasearían a la altura de nuestras narices —más risas—. Éste es el efecto ordenador. Sin gravedad, la misma idea de mundo tal como lo conocemos ya no tendría sentido y nuestro sistema de pensamiento se desvanecería. Todo está determinado por la gravedad. La ciencia de la construcción es la disciplina mediante la cual se puede combatir la gravedad con eficacia. Quiero decir: por supuesto no se trata de anularla, sino de sacarle partido. Estudiar la manera en que la gravedad agrede un ente físico, la manera según la cual ejerce presión sobre él dependiendo de la forma que posea…

Se para, se vuelve hacia la pizarra, coge una tiza y dibuja una mesa en tres dimensiones, una axonometría rudimentaria. Un rectángulo con sus cuatro patas, dibujadas de un solo trazo de tiza. El auditorio se queda absorto, cómplice, atento, intimidado.

«Qué simples son estos chicos con respecto a los estudiantes de filosofía… Ya son ingenieros antes de comenzar a estudiar ingeniería, quizá desde pequeños, desde que nacen… ¿Es una aptitud? Creo que sí… Yo jugaba con un mecano, tenía un camión, un tren eléctrico, construía puentes, hice el puente sobre el río Kwai con palillos de dientes… Más o menos era como el de la película, se parecía muchísimo al Forth Bridge… Yo también era un *faber*, pero después renegué de todo, me descarrié, opté por una trayectoria diferente, extraña, inútil… Un hombre, un *sapiens*, no es lo mismo que un filósofo, que un profesor de filosofía…»

—… si antes hemos hablado por encima de un cuerpo sujeto a su propio peso, ahora hemos introducido el concepto de *estructura*. Prestad atención porque es fundamental. ¿Qué es una estructura? Todos lo sabéis, quiero decir que lo intuís, lo medio sabéis, o sea,

creéis saberlo. En realidad, se trata también de un concepto muy complejo y se aplica a una infinidad de disciplinas. Está la estructura de la materia, de la célula, la estructura del discurso, la estructura física, la estructura económica, la estructura social, la estructura geológica de un lugar. En realidad, para cada uno de estos ejemplos, el término tiene un significado diferente. Y en este aspecto tampoco vamos a profundizar, no nos detendremos en el significado profundo del término, que podría ser el de *forma dotada de sentido*. Aquí seré general… Volvamos a la mesa: la mesa es una estructura de apoyo para cualquier objeto que no exceda un peso y unas dimensiones determinados. Si pesa más de lo que puede soportar, la mesa se rompe. Si la mesa es demasiado pequeña para el objeto que sostiene, éste se cae. Imaginemos que esta mesa sólo estuviera compuesta por cinco elementos: cuatro patas y un tablero de madera. El conjunto de estos elementos conectados entre sí de *una manera concreta* (no *de cualquier manera*) constituye una *estructura*: la estructura mesa. Un conjunto de elementos ensamblados para un fin que cada elemento, de forma independiente, no sería capaz de satisfacer. Cada uno de los elementos es indispensable para el conjunto, por tanto se trata de una estructura *isostática*. Pero olvidad esta palabra, haced como si no la hubiese pronunciado. Nos ocuparemos de ella más adelante. Ahora imaginemos que colocamos en el centro de esta mesa un peso de, pongamos por caso, cinco kilos. Mejor diez. Prestad atención: la ciencia de la construcción me permite determinar la presión que recibe esta estructura bajo una carga, cómo se distribuyen las fuerzas, en qué dirección, con qué efecto, y cómo todo descansa en el suelo. Además, nos dice qué hundimiento hemos de esperarnos y en qué puntos de la estructura. Y nos dice qué tipo de deformaciones sufrirá, etcétera. Por último, nos dirá cuál es la carga máxima que soportará la mesa sin que se rompa. Por tanto, nos dará algunas indicaciones y un método para la proyección estructural. Y esto es, *grosso modo*, en lo que consiste la ciencia de la construcción.

«Se visten diferente, muchos van desaliñados, tienen el pelo sucio, huelen mal. Chaqueta de lana que pica. Debajo de la chaqueta llevan un jersey de cuello vuelto gris. Por supuesto los Clarks, pero en general los mocasines con la punta levantada hacia arriba. Todos igual. Vienen a clase con un maletín, parecen empleados. Ahí está el elegante de turno, es hijo de un constructor, clase alta de los pies a la cabeza: chaqueta azul, pantalones beis, camisa azul, mocasines Saxone. Éste tiene coche, no toma el autobús. Los demás (hay muchos que viven fuera o en ciudades dormitorio) se mueven en transporte público. Se levantan a las cinco, muchos estudian y trabajan: si ya todos nos dejamos la piel, ellos se la dejan aún más para ir y venir. No les interesa la política, aquí a nadie le interesa la política, no es para ellos, no la entienden, nunca la entenderán. Votarán lo que les convenga, o bien en consonancia con sus leves convicciones liberales, en cualquier caso será centro o derecha. Harán cosas diferentes, haremos cosas diferentes, construiremos obras, es decir, cosas concretas, casas, puentes, presas, motores, automóviles, aviones, centrales eléctricas. Yo prefiero los puentes, quiero hacer puentes. Sé que algunas empresas ya están atentas a los que han sacado una buena media en el bienio, a algunos incluso les hacen un precontrato: les pagarán el trienio y los captarán de inmediato. Franco es despiadado, creo que no le falta razón: dice que los ingenieros son fundamentales en el proceso de producción, innovación y acumulación de capital.»

—El ingeniero se ocupa de la concepción, el obrero del trabajo, mientras que el Capital tan sólo se ocupa de decidir qué hacer. El Capital necesita invención, pero sólo tolera las capacidades inventivas en ámbito técnico. Necesita ingenieros proletarizados, preparados para todo y capaces de pensar únicamente en términos ingenieriles… Por tanto, más que una especialización, que también es importante, lo primero que hay que darle al ingeniero es una *forma mentis*… Hay que *domesticarlos*, domarlos desde el principio. Deben sentir el mordisco y la caricia de sus dueños. Ya desde el principio tienen que aprender a decir que sí… ¿Cómo coño se te ocurrió dedicarte a la ingeniería, Ivo? Sois necesarios como el pan

de cada día, así que os vigilan de cerca… Nada de política, para vosotros el mundo es un conjunto de problemas técnicos, uno tras otro, durante toda la vida… Sois aceite en el engranaje del Capital. ¿Te has preguntado por qué vuestra facultad es la única donde no ha habido un Movimiento Estudiantil?

—¿Alguna vez te has parado a mirar un puente, Franco?

—Venga, deja ya ese rollo de los puentes. Está bien, construirás puentes. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que nos digamos? Tienes una mente filosófica, lo sabes de sobra. Has querido hacerte ingeniero. No lo entiendo, es una decisión que no comprendo.

—Será una secuencia de problemas técnicos, pero un problema técnico se fundamenta en una pregunta filosófica, a la que, no obstante, hay que dar una respuesta… Esto es una *profesión*, Franco. Una profesión *de verdad*… Es *estar entre las cosas*, entre personas que se hablan para comunicarse, no para prevalecer, no para destacar, para demostrar lo buenos e inteligentes que son… Repito: *es una profesión*, no un trabajo, no una actividad intelectual, etcétera. Es una PROFESIÓN, y yo quiero dedicarme a esta profesión. El otro día fui a la primera clase de Ciencias de la Construcción…

Franco manifiesta el típico desprecio que los intelectuales sienten por los ingenieros. Es una actitud antigua, proviene del liceo clásico, constituye la base de la falacia humanística, de la prevalencia de los valores emocionales («Porque se trata de esto», se dice Ivo) sobre todo lo demás.

«Fue Franco quien me habló de lo de la impronta del liceo… Y ahora es él precisamente quien demuestra estar completamente marcado.»

—Ah, ¡qué bien! ¡Seguro que la disfrutaste! Te harías una paja debajo del pupitre.

Una broma vulgar, no se la esperaba de él. Ivo la ignora.

—La da uno que dicen que es muy bueno. Se llama Leandri, un napolitano vivaracho.

—¿Vivaracho?

—Sí, cuando llegó al concepto de estructura dijo: «Mirad, existen decenas de significados para este término». Presentó algunos, luego se dio la vuelta, dibujó una mesa en la pizarra y dijo: «A nosotros nos interesa *este* tipo de estructura».

—¿Y?

—¿No crees que es *fantástico*? ¿No es maravilloso este cierre conceptual, tan neto y carente de artificios? Nosotros somos ingenieros, así que la estructura que nos interesa es de este tipo, es decir, fí-si-co. Lo demás nos importa un bledo. Justo lo contrario que a los filósofos, para quienes lo único interesante es el concepto primario de estructura, la idea innata, su función en el proceso de conocimiento, etcétera, etcétera… Eso a los ingenieros les importa un carajo… Existen mundos diferentes al tuyo, y no significa que sean peores, Franco.

—Te destrozarán, Ivo… Y entonces no estarás tan contento…

A finales de septiembre del 68, tras un breve calvario durante el cual deja de prepararse los exámenes de filosofía, Ivo se matricula en la Facultad de Ingeniería. Está convencido de que la obra técnica es una obra filosófica, pero sin ningún tipo de pompa y boato, sin ninguna pretensión sistemática ni metafísica. Cree que la técnica consiste en la continua comprobación de la capacidad del pensamiento para transformar el mundo y que, a largo plazo, tendrá la oportunidad de imponerse a los dictados naturales. Para él la especie humana es, en esencia, una especie de constructores: el *sapiens* lo es sólo si es *faber*, es decir, sólo en cuanto fabricante de lo necesario para vivir *contra natura*. Lo ha hablado largo y tendido con Franco, con Clara, incluso con Madre. Pero no con Padre. Padre, por su parte, piensa que por fin lo tiene en un puño.

El bienio de Ingeniería, lleno de Análisis Matemático, Física, Mecánica, Química, etcétera, es un hueso terrible. Ivo se da cuenta de que tiene una limitación mental después de la cual no hay nada que hacer. Siente que es el único que no se entera de nada, no comprende y apenas retiene, su capacidad de intuir visualmente los conceptos no funciona: más allá de ese límite, que más o menos

coincide con las ecuaciones diferenciales (no incluidas), no logra construir ninguna imagen utilizable. No se sabe cómo, pero consigue meterse en la cabeza procedimientos matemáticos sin haberlos comprendido del todo, renquea tremendamente, acepta notas vergonzosas, pero al final salva el bienio.

Ivo echa la vista atrás, le ha costado muchísimo trabajo. Análisis Matemático I y II, Física, Mecánica, Estática Gráfica, Ciencias de la Construcción, Física Técnica. Durante sus primeros dos años de Ingeniería tenía la impresión de proceder de un planeta lejano y etéreo, donde aún estaba vigente el arte de la disputa, donde se buscaba la Verdad como si existiese una fuera de las verdades lógico-matemáticas. La traición de sus orígenes ha sido total y extrema, una negación insensata. Aquí los que enseñan no se interesan por los que aprenden, a nadie le importa *quién* eres, sólo importa lo que demuestras que sabes hacer. ¿Sabes resolver una ecuación diferencial o no? ¿Sabes calcular los desplazamientos nodales de un sistema? ¿Sabes plantear matemáticamente un problema? Si es que sí, estupendo. Si no eres capaz, despídete. Es el famoso bienio de Ingeniería: sirve para seleccionar a los que deben seguir *adelante* (o sea, hacia la contratación en una Empresa) y a la vez para moldear sus mentes y sus caracteres, para estimular su posible afán de ascenso social con premios y castigos. El profesor de ingeniería es consciente de su labor y la desempeña sirviéndose de la autoridad de su puesto más que de un carisma del que casi siempre carece. Ivo ve claramente la mediocridad cultural, a veces la poquedad humana, pero reconoce su función, su fuerza.

«Que el Movimiento ocupe otras facultades si quiere. Aquí es inútil hacerlo, éstos no son verdaderos maestros, enfrentarse a ellos no sirve de nada, son funcionarios, coroneles, son seleccionadores, son como los médicos militares, que te pueden dar o denegar la idoneidad para la escuela de pilotos… La mayoría de ellos no crea, transmiten lo que ya se sabe, te proporcionan la base técnico/moral adecuada para tu futuro puesto… En otros lugares dicen que se proponen formarte, aquí te quieren *moldear a medida*. Formarás parte de equipos, de grupos técnicos, a menudo internacionales,

usarás técnicamente dinero ajeno que dará sus frutos en forma de obras, lo mismo podría pasarte con las decisiones políticas… Darás apoyo a todo esto, a cada una de estas cosas, tú mismo participarás del apoyo del mundo, entendido como apoyo a la vida… Harás volar a los filósofos en aviones que los llevarán a congresos en los que discutirán sobre cuestiones relacionadas con la existencia de un mundo fuera de nosotros, o del libre albedrío, o de lo que les dé la real gana… Para hacerlo, darás por descontada la existencia de la realidad, decidirás la mejor solución, usarás las verdades parciales que subyacen a toda solución técnica. Permitirás que curas y monjas, obispos y papas, padres misioneros y padres ortodoxos, imanes islámicos, santones budistas, cualquier otro adepto a verdades reveladas, cualquier cultivador de las nociones de espíritu, culpa y pecado, crucen todos los ríos, recorran todas las carreteras, atraviesen todos los océanos necesarios para extender su fe, construirás sus templos, donde de vez en cuando te estrellarás contra la ciencia y la técnica… Pero no pasa nada… El mundo necesita hombres como el capitán MacWhirr, quien al mando del *Nan-Shan* se enfrenta al *Tifón* de Conrad: cabezotas "carentes de imaginación", pero capaces de hacer bien su trabajo, competentes en su campo… La "creatividad" ridícula de los que se consideran artistas —de los que deben "sentirse libres" y no aceptan condicionamientos, que ven la obra como fruto del libre albedrío en lugar de como producto de los vínculos— no es para un ingeniero… Él no necesita la libertad, no sabe qué hacer con ella… El ingeniero *necesita* vínculos, te los pide: si le das total libertad, el ingeniero ni empieza a pensar, se va de vacaciones. Su unión con la realidad es fundamental e indestructible, so pena de la destrucción del propio ingeniero…»

Ivo razona durante un rato sobre todo eso, pero su mirada, sustancialmente, está en otra cosa: en el fondo no le importa lo que significará ser ingeniero, en este momento lo único que le interesa es encontrarse en la condición de *comprender* el Firth of Forth Bridge, le importa adquirir la capacidad de diseñar un puente de manera que se pueda mantener en pie, que posibilite «ligar lo que

está desligado». Sin embargo, no es fácil; parece que hasta ahora muchos de sus compañeros sólo hubieran vivido para enfrentarse a esta facultad y derrotarla. Ahora envidia a todos los empollones que en el colegio sacaban buenas notas en las asignaturas de ciencias y que aquí arrasan. No los soporta, pero trata de congraciarse con ellos: quiere estudiar con ellos, pero ninguno tiene ganas de perder el tiempo con alguien al que le cuesta trabajo asimilar las nociones más básicas, que pide que se lo expliquen todo continuamente, que se atasca en una fórmula matemática si no están todos los pasos explicados. El problema de las matemáticas se ha planteado dramáticamente desde el primer momento: se ha visto obligado a dar clases particulares con un profesor que lo ha ayudado a colmar las lagunas que tenía. Durante las lecciones, Ivo se apuntaba los pasos que no le quedaban claros y se los preguntaba, repasando el procedimiento con él poco a poco hasta llegar al resultado final. ¡El *resultado*! Para él esta palabra casi se ha convertido en mítica. «¡Existen disciplinas en las que se llega a un resultado inequívoco, transmisible y compartido!»

«Objetivo», se atreve a pensar.

En los primeros exámenes lo catean o saca notas muy bajas. En ingeniería te escriben «no apto» en el boletín. Una vez, el profesor de Análisis II incluso se lo gritó desde lejos, con desprecio.

—No te preocupes —le dijo un estudiante—, no es que te tenga manía. Suele hacerlo, y seguirá haciéndolo hasta que alguien se cabree de verdad, le dé un buen cabezazo y le rompa la nariz, verás cómo entonces para…

«Conciencia política en ciernes —piensa Ivo—, impulso de una auténtica rebelión antiautoritaria.»

—*Tovarich* —le responde.

3:48 DE LA TARDE

¿Qué pruebas puedo aportar para dar testimonio de haber vivido?

De vez en cuando, de repente, durante un momento de calma, por lo general en un aeropuerto, en una sala de espera o en una habitación de hotel por la noche después de cenar, con un programa en un idioma extranjero en la tele, pongamos por caso un telediario en árabe, en inglés, en japonés, soñando con un cigarrillo que no tiene, Ivo se plantea una pregunta, siempre la misma.

¿Qué testimonia mi paso por el planeta Tierra? Mi cabeza no aparece entre las del monte Rushmore, que se convertirán en los restos humanos más duraderos de la historia, mucho más que las pirámides… Una pena, Brandani, usted no estará en el monte Rushmore, ya no queda sitio… Vale, he colaborado en ese dique de China, en ese otro de África, he echado una mano en calles, puentes y todo eso, pero ¿dónde está mi nombre? Y si, en lugar de un falsificador secreto de arrecifes coralinos, hubiera sido el constructor de la pirámide de Keops, ¿alguien se acordaría de mi nombre? ¿Y qué sentido tendría recordarlo, si a estas alturas llevaría cuatro milenios desaparecido más allá del horizonte del espacio-tiempo? La erradicación de los acontecimientos vitales de Padre y Madre, de sus prendas de vestir, de sus objetos… ¿Qué habrá sido del horrendo broche oval de piedra dura que les traje —ella se abochornó porque no conseguía decir: «¡Gracias, qué bonito!», de lo feo que era— del viaje-premio a Florencia? La venta de la Casa, el fin de todo, el paso a otras manos, indiferentes, desconocidas… ¿Cuánto de sus vidas, de nuestra vida, está ya en el vertedero? ¿Cuánto se ha mezclado ya con el impío infinito de los desechos de los demás, con los restos de

existencias ajenas, extrañas, sórdidas, enemigas? ¿Qué podía salvar de ellos? ¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Qué objetos han sobrevivido? ¿Por qué no poseo casi ninguno? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué será de mis cosas, de mi ropa, de mis cuatro libros, de mis cinco grabados?

No he vuelto a visitar las tumbas de Madre y Padre, donde también enterraron a Hermana Grande, tras una enfermedad que duró más o menos una semana hace unos años.

¿Cuándo murió Hermana Grande?

No se acordaba con exactitud. No recuerda ni el año, ni el mes ni el día. Hacía un calor infernal, de eso sí que se acuerda. Un día —mucho antes de que Hermana Grande se fuera de manera tan repentina, sin dejar hijos en la Tierra, sólo un marido gilipollas—, Ivo, que se encontraba de descanso entre dos viajes en la Ciudad de Dios, había tomado una decisión impulsiva, había sacado el coche del garaje y se había lanzado a la vía consular que llevaba al gran Segundo Cementerio. El Segundo Cementerio se había construido según los criterios de la ciudad de los vivos más reciente: una sucesión de chalés rojos, dispuestos con cierta inspiración, no alineados según principios de perspectiva o figuras geométricas de ningún tipo, sino al buen tuntún.

Los muertos deben estar como los vivos, también en una ciudad de mierda, diseñada por un arquitecto desconocido de mierda, con muchos columbarios que de noche se vean encendidos con velas desde la vía consular, uno detrás de otro, como un alegre trenecito de prismas rojos, y algún ciprés aquí y allá.

Ivo no había vuelto a ir desde el funeral de Padre, hasta que un día, en la sala de espera del cardiólogo por unos dolores en el pecho que lo tenían asustado —«A mí no me sale nada grave. Claro que debería hacerse una prueba de esfuerzo con electrocardiograma, pero para eso es mejor ir a un centro público donde haya un especialista en reanimación: aunque lo más probable es que sea una hernia hiatal… ¿Sabe cuántos pacientes vienen por el corazón y resulta que es la hiatal? ¿Sabe cuántos van cada día a urgencias por este motivo?» «¡Nos ha jodido! —había pensado—, ¿sabes cuántos

se van al otro mundo creyendo que tienen una hernia hiatal cuando en realidad es un infarto?»—, en aquella sala de espera, que no podía ser más genérica, Ivo se había preguntado, de repente, mientras hojeaba un periódico manoseado: «¿Quién se acordará de Ellos?». Se le habían empañado los ojos de lágrimas, que evidentemente no sólo eran fruto del dolor en el pecho. «Mañana, si sigo vivo, voy.» Al día siguiente, mientras recorría en coche la inmensa tierra de nadie del aparcamiento que se encontraba frente al cementerio, se había puesto a llover fuerte, con granizo. Había aparcado en un punto muerto al lado de la cancela, de donde los vendedores de crisantemos desprovistos de protección se largaban a toda prisa. El granizo aporreaba el habitáculo con violencia, había puesto un CD, un viejo disco de un directo de Bill Evans en el que cada canción estaba rematada por los aplausos de unas cinco personas a lo sumo. Bill Evans había muerto hacía muchos, muchísimos años, y sin embargo sus ejecuciones de piano en aquella noche del 61, en el Village Vanguard, permanecerían en el tiempo, aún capaces de resonar en sus oídos, aún capaces de decir: «Música difícil, replegada en sí misma, tal vez poco acogedora, pero no para mí». Y se había recostado en el asiento reclinado hacia atrás, a la espera de que pasase la granizada. Pero lo que sólo parecía un chaparrón se transformó en una lluvia copiosa, constante. Durante la espera le había entrado sueño. Habría podido acceder con el coche al cementerio, estaba permitido, pero no le apetecía. Le habría gustado recorrer el camino a pie, pero se durmió. Terminada la siesta, que no la lluvia, las últimas notas de Evans resonaban en los oídos de Brandani sin que él experimentase el menor deseo de llorar sobre la tumba de sus padres: «¿Qué coño voy a hacer ahí?». El CD había empezado desde el principio, él se había quedado frito y no había puesto un pie en el cementerio. Padre y Madre, el uno junto a la otra en el mismo nicho, como una pareja de esposos etrusca, pero sin sarcófago, aquella noche de lluvia —y la noche siguiente, y la siguiente, y todas las noches que la Ciudad de Dios les concediera permanecer en aquel lugar— también se quedarían allí: ella tumbada en su ataúd, él incinerado en su urna de plástico, mientras el proceso de reciclado del carbono que un día llegó a

constituir su carne y que se encontraba en sus primeros albores requeriría siglos para completarse.

Antes, mucho antes de la muerte de Padre y de Hermana Grande, había ocurrido algo inaudito, inconcebible: había ocurrido lo intolerable. Un acontecimiento que Ivo Brandani jamás había sido capaz de imaginar en todos los años que llevaba de vida, ni una sola vez: la muerte de Madre. La palabra «muerte» venía a significar que Madre había desaparecido para siempre de la faz de la Tierra, que ya no se la podía ver, ni abrazar ni oler. No más besos ni palabras sosegadas, no más protección por su parte, ninguna caricia en la frente, como cuando de pequeño tenía fiebre, ya nunca más escucharía un discurso en su clásico estilo colmado de indiferencia y desencanto hacia lo que él consideraba importante, imprescindible. Nunca más el Escudo-Madre contra las agresiones de Padre. Ser Escudo le había procurado alguna que otra bofetada, que ella había encajado como una consecuencia lógica ya fuera de su sumisión o de su enfrentamiento necesario con su marido cada vez que le parecía que traspasaba el límite. Ivo sabía que no permitiría que Padre fuera más allá del ejercicio, tiránico y violento, de la que en aquellos tiempos se consideraba una *potestas* biológica, como derecho inalienable de vejación de los padres sobre los hijos. Fue cosa de pocos meses: todo comenzó por algo aparentemente resoluble como un cálculo en la vesícula biliar, una operación sencilla, rutinaria. Padre eligió una clínica privada al sur de la Ciudad de Dios. Allí estaban especializados en cirugía abdominal, operaba por lo privado el típico Profesor Con Cátedra, el médico jefe de un equipo de cirugía de una policlínica. La operación salió bien, eso le dijeron, pero al cabo de un mes seguía sin encontrarse mejor, no se recuperaba, estaba débil, pálida, desganada. Se había vuelto silenciosa, ausente, como si estuviera absorta escuchando lo que su cuerpo le estaba diciendo: «Esto no va bien, no estoy bien, hay algo, como un malestar, un dolor, algo que produce tracciones y espasmos en el centro de mis vísceras…». Entonces le sobrevino la fiebre vespertina, insistente, ni mucho menos baja. Era un miedo sordo y contenido, el comienzo de un estado de soledad que debió de vivir

hasta el fondo, porque nadie estuvo *realmente* cerca de ella, porque nadie creyó que su muerte fuera inminente, porque en realidad nadie te acompaña hasta el umbral del fin. Así que, a pesar de todo, a pesar de las asiduas visitas de Padre, de Ivo y de las Hermanas, de los parientes, Madre murió sola, como todos… Unas semanas después de que el Profesor la hubiera operado por segunda vez (¿Por qué? ¿Cuál era el problema? ¿Y se había solucionado? Ningún miembro del equipo médico les habló jamás con claridad, de manera comprensible, hasta el último momento…), recibió aquella llamada increíble: «Venga, la señora está en coma. *Su madre está en coma. En coma*…». La única criatura en el mundo a la que Ivo había sentido que pertenecía por completo estaba allí, con la cara irreconocible por el color de la ictericia, mustia por un sufrimiento que ninguno de ellos podía aliviar. Madre estaba ya como al otro lado de un cristal blindado. No oía, no respondía, parecía completamente presa de aquel largo procedimiento de muerte. Se deslizaba por un inexorable plano inclinado en cuyo fondo desaparecería. No era posible pararla, retenerla, sólo se podía permanecer allí contemplando su final. Unas horas después se produjo un último gorgoteo que precedió por pocos segundos a un vómito repentino de sangre negra, y Madre murió. El instante de su muerte, el último estertor profundo, aquel caño de sangre reaparecerían durante años en la mente de Ivo Brandani. Tuvieron que pasar dos décadas para que aquella visión comenzase a desvanecerse, antes de que la propia imagen de Madre se escondiera progresivamente en los entresijos de la memoria. Hasta que ella, la Única, también se perdió.

De todos los que nos hallábamos en aquella sala, las puertas de la muerte sólo se abrieron para ella… Y enseguida se cerraron y ya no volvimos a ver a Madre con vida. Nunca más… Nosotros salimos de aquella sala por nuestros propios medios… Nosotros seguiríamos viviendo, ella no. Se quedó allí dentro, a la espera de que se la llevaran, sola e inmóvil en la noche. Luego la trasladaron abajo, al frío de las salas destinadas a los muertos. Desde allí ya no podría protegerme… Me había quedado solo…

¿Qué la había conducido hasta aquel hombre? ¿Qué le gustaba de él? ¿Qué le había hecho pensar que aquel hombre podía convertirse en el compañero de su vida? La respuesta está en aquella foto, Ivo busca la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta. Es la única foto que siempre lleva consigo. Mientras la extrae del compartimento en el que la conserva, siente una punzada fuerte en la nuca. Se queda quieto a la espera de que pase, mientras la fotografía permanece entre el índice y el pulgar de su mano derecha, sin saber si meterla de nuevo en la cartera o sacarla del todo.

Las cervicales… Hacía tiempo que no le daba un latigazo tan fuerte… Míralos…

Hará un par de años que no contempla esta imagen. En el ínterin se ha estropeado y arrugado. Es un día soleado en la Ciudad de Dios, los dos están paseando en un jardín del centro, sólo se ve la base de la típica farola, un árbol, algunos elementos de la fachada de un edificio del siglo XIX. Hace frío: ella lleva puesto un abrigo mullido, marrón o tal vez gris, no se aprecia bien; él, un abrigo militar. Ella tiene el pelo bastante largo, lleva un sombrero que se confunde con el fondo; él porta un gorro de oficial, los zapatos negros, los pantalones con dobladillo y la raya impecable. Caminan, parece que ignoren la cámara fotográfica; ella mira hacia abajo y sonríe; él la tiene agarrada del brazo izquierdo y le habla. Él también sonríe. Ambos emanan una energía vital evidente y del todo pura.

A pesar de todo, a pesar de la Guerra, de las tragedias inminentes, de la vida acechante, es urgencia carnal.

El paso es ligero, elástico, parece coordinado, los dos adelantan la pierna izquierda; los zapatos de Madre son clásicos, abiertos, de tacón alto, pero no demasiado, parecen los de Minnie, la novia de Mickey Mouse. Madre está guapísima, relajada, reflexiva, se le pega al lado, parece deseosa de acogerlo en su seno. Padre es un hombre apuesto, aunque tenga ya esa nariz, alto, de aspecto tranquilo, satisfecho de poseerla, de tenerla en un puño. Se nota que ella ya es suya: es el modo dulce en que se le pega, es el ladeo complaciente del cuello hacia él, es el hecho de que ella mire hacia

abajo y sonría, mientras los ojos de Padre miran al frente para guiar el paso de ambos. Se nota en la mano con que le sujeta el brazo y que ella se aprieta contra el pecho, el pecho izquierdo, que Padre seguramente percibe con el dorso de la mano, por debajo de la tela mullida del abrigo, un seno firme y generoso, como debía de ser antes de sus tres hijos: la postura inconsciente de un acercamiento carnal, Madre es suya, se le ha entregado, se deja guiar, Madre es feliz en la saciedad dulce y primordial de la carne, que pide, impone, exige. La felicidad que los aturde en la luz invernal de la Ciudad de Dios, las sombras que se alargan sobre lo que parece la gravilla de un parque, no es otra cosa que satisfacción, no es otra cosa que la rendición al ímpetu congestionado de la juventud, el mismo ímpetu animalesco, ciego, vital, posbélico que lo ha generado… La nariz de Madre, sutil, de orificios delicados, marca el eje geométrico de su rostro y proyecta una sombra dulce sobre la otra mitad.

Ya entonces existían… Ambos eran reales, cuerpos vivos, calientes bajo la luz de principios de los cuarenta, respiraban y pensaban, amaban, disfrutaban… Vivían… Y ahora nada… De ellos ya no queda nada de nada. Claro, a ella le gustaba, lo quería, lo amaba, no lo conocía bien, o tal vez sí… En el fondo lo mantuvo a raya hasta el final… Murió cuando ya había escapado, cuando ya me había marchado… *Ellos* son mis padres, *esos dos de ahí*, no los he elegido, no puedo cambiarlos, debería quererlos a los dos, pero sólo la quiero a ella.

Otra punzada en la nuca, más larga, le borra todo pensamiento de la mente y lo deja allí, aturdido y suspendido entre el dolor y el no dolor, tratando de volver a meter la foto de Padre y Madre en el compartimento de la cartera.

Sin embargo, dado que todo se conserva en su cráneo, aún hay noches en que, antes de dormirse, ese recuerdo resurge en la consciencia de Brandani, que vuelve a ver ante sus ojos el caño de sangre negra que brota en un estertor de los labios adorados de Madre, ya verdes por la muerte. Del mismo modo en que una noche recibió en sueños una llamada amenazante de Padre («Pero ¿desde dónde me llamas?», le preguntó; «No importa», respondió él), y

como varias veces ha visto a Hermana Grande sentada en su tumba, llorando por la muerte de aquel pobre gorrión suyo que murió ahogado en un bacín lleno de orina nocturna, muchos años antes. Luego, una noche de verano bochornosa, Madre también había regresado para visitarlo en sueños, joven, con una combinación rosa de la Posguerra subida hasta los muslos desnudos. Flotaba en el aire, le sonreía, lo llamaba. Se despertó con la boca reseca, en plena erección. ¡Por Dios, que era Madre!

Al final, después de casi setenta años de vida, ¿qué queda? ¿Qué ha quedado sobre el terreno? ¿Qué ha resistido a la devaluación, al paso del tiempo? ¿Qué sigue teniendo valor de todo lo que alguna vez hemos necesitado, de lo que ha contado para nosotros? ¿Qué puedo considerar bueno, todavía válido, todavía presente en mi existencia? Sólo me vienen a la mente los pasatiempos de *La settimana enigmistica*… Parece no haber cambiado, aunque sólo en el formato gráfico… Algunas secciones, algunos juegos han desaparecido o han variado mucho, como los acertijos del *Quesito con la Susi*: nunca me enteraba de qué iba… Se trataba de una advertencia preliminar que te decía: «Mira, este enigma es para listos…». Una viñeta grande llena de cosas, de gente, si no recuerdo mal, y en medio de la baraúnda estaba Susi, con una camiseta ceñida, las tetas de punta, los pantalones a media pierna con aberturas, también ceñidos, culo prominente, zapatos de tacón, cola de caballo… Susi era sexy, se parecía a Brigitte Bardot… Quedan pocas cosas… La cola Coccoina, que se sigue vendiendo tal cual, aromática… Decían que la fabricaban con huesos de perro triturados… En cuestión de colas todavía existe la Artiglio, tengo un tubito y también uno de pasta de anchoas Balena, otro pilar de mi vida, como las chinchetas Assa, que por el contrario han desaparecido… Aún conservo dos grapadoras Zenith de Padre, sucias y desconchadas, que funcionan a la perfección, un raro milagro de solidez… De pequeño jugaba con ellas, ese tipo de grapadoras siempre me ha recordado a los cachalotes… ¿Qué más? ¿Es posible que de todo lo que ha existido no quede casi nada? La cafetera moka, claro… ¿Y? ¿Qué ha sido de la mayor parte de los objetos que

he poseído? ¿Y las tijeras? ¿Y los lápices? ¿Dónde están ahora todos mis lápices? En serio, Ivo, ¿dónde están? ¿Por qué han desaparecido si nunca llegué a gastarlos del todo ni los tiré? ¿Acaso existe un cementerio de lápices escondido en algún sitio? ¿Acaso existen senderos secretos que enfilan los objetos cansados de existir, avergonzados de su obsolescencia? ¿Las tijeras que se sienten anticuadas dejan nuestro mundo y se encaminan por estos senderos? ¿Qué ha sido de los martillos que me han acompañado a lo largo de la vida? Dado que nunca me ha faltado un martillo, un destornillador o una lima, ¿por qué llegado un punto he tenido que comprar otros? ¿Dónde han desaparecido sus predecesores? ¿A qué profundidad y en qué vertedero, de los instituidos con el paso del tiempo alrededor de la Ciudad de Dios, yacen las cosas que pertenecieron a la familia Brandani, antes de que todo explotase, antes de que Madre y Padre salieran inesperadamente del mundo, cuando la muerte nos comunicó de manera repentina, dejándonos desconcertados, sin aliento, que *también* iba a ocuparse de nosotros, antes de que el hogar Brandani dejase de ser un fortín seguro, inexpugnable? ¿Qué ha sido de nuestras cosas, de nuestras historias? ¿Quién las ha transcrito? ¿Dónde constamos? ¿Quién se ocupará de transmitir nuestras vidas? Nadie, nadie en absoluto… Como mucho, pero sólo como posibilidad remota, en un futuro lejano, cuando los arqueólogos excaven en esos inmensos depósitos de pruebas que son los vertederos, saldrá algo a la luz, unas tijeras, el fragmento de un objeto que nos perteneció, un trozo del laminado plástico que revestía la cocina americana que Padre compró en los sesenta, como signo tangible de bienestar. O un documento con nuestro nombre estampado, como en la cadenita, también desaparecida, que te regalaron el día de tu Primera Comunión… Como en la alianza que os intercambiasteis Clara y tú el día de vuestra boda, perdida también Dios sabe cuándo y dónde… Era de oro… La mayor parte del oro que existe en todo el mundo procede de artículos manufacturados con anterioridad: lo han fundido, reciclado, mezclado y vuelto a dar forma una y otra vez… Ése era el caso del oro de aquella alianza, que a saber ahora en qué joya se ha refundido, tras proceder ella misma de quién sabe cuándo y dónde,

tal vez de una joya sumeria, o inca, tal vez de un collar encontrado por casualidad en una tumba prehistórica de Asia Central… ¿Qué ha sido del viejo Seicento? ¿Y del Fiat 1100? ¿Y de la Lambretta? Ah, ¿y de la moto Guzzi Sparviero? ¿Y de la Guzzi Falcone de Padre? ¿Y, antes de ésa, la Norton Ancestrale? ¿Y de mi Bici? ¿Y de los Muebles Suecos de Mi Cuarto? ¿Y de la Colcha de Flores de Hermana Grande, qué habrá sido de ella? ¿Cuál habrá sido su destino? ¿De qué manera habrá vuelto al caos del todo, si es que ése ha sido su caso? ¿Quién posee estos objetos en la actualidad? ¿Y cómo han llegado a sus manos? No alcanzo a recordar, a reconstruir cómo se ha disuelto todo rastro de mi familia, una vez tan sólida, firme, recogida en Casa durante las noches de invierno de los años cincuenta, cuando Madre decía y repetía: «Un invierno en casa pronto se pasa»… Quedaba el peligro de Padre, es verdad… Pero fuera hacía frío y estaba oscuro, era peor… Hermana Pequeña y Hermana Grande conservaron algo cuando Padre vendió la Casa, porque se descubrió que a Él le daba exactamente igual quedarse con los muebles, las figuritas y bagatelas, residuos de la picadora de carne que fue la vida en común mientras duró, cosas insignificantes, cosas importantes… Aquel jarrón de Murano, azul… Nunca me había gustado pero era muy *nuestro*, muy antiguo, y se remontaba a la era arcaica de Madre y Padre, cuando estaban llenos de juventud y amor, de curiosidad carnal… Está la foto esa de cuando Padre volvió de la Guerra y Hermana Grande tendría unos dos años… ¿Cuánto tiempo hacía que no se veían, se besaban, se tocaban, follaban? No sé… Pero es justo ahí, en los días del Regreso de Padre, cuando me concibieron… Me da asco haber nacido de sus caderas, pero no del vientre de Madre… Ojalá él me hubiese dejado vivir… Lleva años renaciéndome por dentro, como el monstruo de *Alien* en la barriga de John Hurt… A diferencia de Madre, que murió demasiado pronto, él sigue aquí, bajo mi piel, no se muere… No tiene intención de dejarme libre…

Se toca la cara de manera instintiva, se palpa los pómulos, el hueso de la nariz y de la barbilla. Se toca la zona frontal del cráneo, calvo casi en su totalidad. Hasta la calvicie es un regalo *suyo*: lo

piensa a menudo. Siente que tiene la piel grasienta, que necesita refrescarse. No puede más. Quiere irse a casa, aunque nadie lo espere, aunque la Ciudad de Dios haya perdido todo atractivo para él (pese a que siga sabiendo cómo engañarlo con su belleza). Aunque allí ya no tenga ni un solo amigo digno de ese nombre…

Ni en ningún otro sitio, dicho sea de paso: no quiere cuentas con la amistad… Sólo funciona en la mesa y para las vacaciones… Entonces sí, todos somos amigos… Sin embargo, ninguna amistad soporta la prueba del eros, del trabajo, del conflicto entre los intereses propios y ajenos… Ni el amigo más querido se abstiene de cortejar a tu mujer, si le gusta y vislumbra una posibilidad de éxito… Nadie se ha negado jamás a perder a un amigo a cambio de un beneficio, pongamos por caso un ascenso en el trabajo; no hay amistad que se resista cuando está en juego el amor, el trabajo, el futuro, jamás… Pero. Brandani, ¿a ti qué te importa esa casa, esa ciudad? ¿Qué te queda por hacer allí? Padre está aquí dentro, bajo mi cara… Sólo soy la Máscara de Padre…

El tiempo pasa, ya son casi las cuatro. El dolor de cabeza va y viene, alguna que otra punzada más fuerte en la nuca. Se ha informado un par de veces: no hay ni rastro de su vuelo. «Problemas técnicos en El Cairo», continúan repitiendo las chicas del mostrador; aún no se conoce el nuevo horario. El tiempo pasa cada vez con mayor lentitud. No consigue permanecer sentado, se levanta y va de acá para allá, vuelve a sentarse, cambia de postura constantemente. Los pantalones le tiran de la entrepierna, los calzoncillos le comprimen las pelotas y la polla, trata una y otra vez de acomodar la postura, pero cada intento no hace más que empeorar la irritación. Al final, sin más pudor, se mete las manos directamente en los pantalones y se recoloca el aparato. La maniobra no pasa desapercibida a la chica que está sentada frente a él.

Me la suda… Muy bien, me he colocado el paquete, ¿y qué? ¿Acaso he pedido yo tener polla y pelotas?… Hasta me vendría bien tener coño, al menos no se comprimiría en las bragas, no haría falta encontrarle una postura… Pero entonces habrías tenido problemas con las tetas, Ivo, con el sujetador que aprieta…

«¿Cómo carga?» «¿Eh?» «¿A qué lado carga, a la derecha o a la izquierda?», así se lo había preguntado el sastre que le hacía el traje para la boda de Hermana Grande. Nunca lo había pensado. «¿Que cómo cargo? No lo sé. A la izquierda mismo… ¿Es importante?» «En fin, usted sabrá…», le había respondido el sastre, irritado. «Está bien, cargo a la izquierda.» Desde entonces había experimentado una nueva consciencia de sí mismo como cargador de pito-a-la-izquierda. Tras el vergonzoso sobeteo de pelotas, trata de mantener la compostura, de hacer como si nada. Podría intentar trabajar un poco, a pesar del aturdimiento, del dolor de cabeza. Abre el maletín y saca un par de folios grapados. En primer plano está el guión del informe técnico que debe presentar en Ecocare a mediados de la semana siguiente.

Aún hay que redactarlo entero… Pero el contenido lo tengo, así que lo gordo ya está hecho… La memoria económica y el programa cronológico actualizado me los manda mañana Puddu por correo electrónico… Los datos de los japoneses ya los tiene, va a trabajar en ellos este fin de semana… Menos mal que está Puddu, menos mal que existe gente como él… El informe técnico-económico sobre los trabajos del barco lo hacen en Ecocare… El miércoles, una vez en la Ciudad del Norte, ensamblamos el expediente y preparamos un PowerPoint, que seguro que después nos lo piden… Además, hay que traducirlo al inglés, pero de eso se ocupan en la oficina. Muy bien, veamos: una introducción breve sobre los datos precontractuales, sobre los distintos acuerdos con los egipcios y con los nipones, sobre las condiciones ambientales y las técnicas generales, sobre los trabajos previos que ya se han realizado con respecto a los análisis biológicos, morfológicos, metodológicos, tecnológicos, económicos, etcétera: ok… Aparte, un análisis conciso de los aspectos técnicos tal y como los exponen los japoneses, con tiempos y costes aproximados, a excepción del montaje, traslado y ubicación del barco-astillero:

1) Identificación del área de la primera intervención experimental, necesaria para la puesta a punto definitiva de las metodologías. Hay un par de localizaciones posibles al norte de

Dahab: los egipcios tienen la última palabra sobre esta cuestión. Superficie de la primera parcela: aproximadamente una hectárea. Bien. Instalación del retículo submarino para la subdivisión de la zona en cuadrantes de 1 m x 1 m. Es una dimensión óptima dictada por las características técnicas del escáner. Reconocimiento fotográfico previo (ya realizado) con cámaras de alta resolución, configuración de la paleta de colores para la puesta a punto de los pigmentos adecuados. Los colores se valorarán en seco. Y punto.

2) Posicionamiento submarino de los escáneres tridimensionales (tres horas de trabajo para cada reposicionamiento). Los japoneses operarán con seis máquinas al mismo tiempo. Prometen aumentar el número una vez que se haya puesto a punto el procedimiento a la perfección. Ok.

3) Fase de análisis y recopilación de los datos sobre el estado actual. Margen de tolerancia: un milímetro y medio… Coño, sólo los japoneses te garantizan tolerancias de este tipo. Transmisión de datos a Japón, donde cada módulo de análisis se reproduce en 3D con un plóter tridimensional. Todos los detalles se encuentran en el informe de los nipones, que les da mil vueltas a todos, *as usual*…

4) Reconstrucción morfológica de la base sobre la que se instalarán el *fake coral* y todas las demás especies que ya ha identificado el equipo japonés de biólogos marinos (véase informe científico anexo). Nota: es lo más complicado, porque no existe una auténtica base geomorfológica; el coral vivo crece y se desarrolla sobre el esqueleto de lo que está muerto y separarlo es difícil… Está bien. Ya veremos…

5) Construcción de una nave en Japón de un cuarto de hectárea de superficie o adaptación de una estructura existente, una estructura desprovista de soportes intermedios (el proyecto preliminar ya lo ha redactado un grupo técnico mixto Fakenature-Ecocare) donde colocar uno por uno los módulos diseñados con el plóter. Las normas relativas al carácter secreto han de ser taxativas: no debe filtrarse nada, todas las instalaciones deberán estar enmascaradas por otras actividades, todo el personal estará obligado

por contrato a la discreción más absoluta (dosier aparte de los japoneses).

6) Una vez colocados los primeros módulos, se procede a la verdadera producción de los organismos artificiales, adaptándolos a la base tras haber demolido el esqueleto del coral muerto recientemente. Ya se han realizado muchas pruebas. Es un procedimiento análogo al de las prótesis dentales: retirada del coral muerto, vaciado de la base, construcción de la prótesis con verificación adaptativa en el vaciado, puesta en marcha final de la prótesis con especificaciones técnicas de fijación… Será mejor que esto lo ponga en la introducción, como síntesis explicativa.

7) Cada módulo del lecho marino, de una superficie exacta de un metro cuadrado, dispondrá de su propia prótesis coralina. Cada fragmento reproducido se catalogará con una sigla de referencia y se pondrá aparte. Existe una gama mínima de variaciones morfológicas por debajo de la cual se descubre el truco, por tanto para cada especie se llegará más o menos a los doscientos o trescientos modelos (los detalles se definirán en el contrato definitivo). Ya se han elaborado y testado más o menos los materiales, las técnicas y los pigmentos para cada una de las especies, pero obviamente la verdadera prueba experimental se realizará *in situ* y no antes de al menos cinco años desde la puesta en marcha de la Falsificación. Etcétera. Bien.

8) Luego, demolición *in situ* del coral muerto, módulo por módulo, y sustitución por una copia, no necesariamente idéntica. Los organismos que sigan vivos se dejarán en su punto de asentamiento, aunque no sabemos si sobrevivirán. Eso sólo podremos saberlo a través de la consiguiente monitorización. Se prohibirá la pesca y cualquier otro tipo de actividad, ya sea submarina o en la superficie, en una vasta extensión de mar en torno al área experimental durante un periodo de tiempo adecuado. Sobre esto los egipcios afirman que no habrá problema.

9) Huelga decir que el lecho marino falsificado necesitará mantenimiento y limpieza. Un trabajo inmenso del que los egipcios

se harán cargo por completo. Por otra parte, ya lo hacen con el coral auténtico.

10) Nosotros proporcionamos:

a) barco completamente equipado;

b) suministros no directamente especificados por Fakenature, previa negociación correspondiente;

c) todos los materiales y las obras que se estimen necesarias;

d) la mano de obra especializada;

e) el apoyo técnico submarino y en la superficie;

f) comunicación y logística;

g) la gestión de posibles subcontratas y colaboraciones especializadas;

h) asistencia sanitaria, alojamientos, dietas y la gestión de todos los contratiempos que puedan surgir con los egipcios.

Los japoneses y los egipcios no se entienden demasiado bien… La mediación de Ecocare será fundamental… Sobre este punto debo ser lo más preciso y detallado posible, si bien aventurar ya una cuantificación de la mano de obra necesaria resulta de todo punto prematuro. No obstante, tengo una idea del *tipo* de gente que necesitamos…

11) Si todo sale como está previsto, el Gobierno egipcio nos garantiza otras cinco parcelas de una hectárea cada una. De momento se trata simplemente de un acuerdo de máximos, pero saben que, con nuestros precios, sólo podemos recuperar la inversión si luego conseguimos ejecutar a toda máquina las siguientes intervenciones. Mi idea es que debe ser una garantía sometida a contrato, hasta con indemnización en el caso de que cambiasen de idea… Resumiendo, hay trabajo al menos hasta 2030. Aunque son los de Ecocare los que deciden esas cosas… Si quieren arriesgarse para tener contentos a los egipcios, allá ellos… Es más, quizá sea mejor que no mencione este asunto. No entra dentro de las competencias por las que me pagan. Y amén.

A esto se suman los datos temporales, económicos y técnicos que tienen en Ecocare. Dentro de tres días me lo ventilo todo. Reunión el jueves por la tarde: falta menos de una semana… El

tiempo es lo que me mata… Exijo tiempo, quiero que el tiempo vuelva a ser algo mío, como durante los Grandes Veranos en el Mar de finales de la Posguerra… Entonces sí, se vivía. En el agua de la Posguerra estaba toda la verdad de la vida, todo lo que hay que saber…

EL MOTOR INMÓVIL

A pesar de vivir en cautividad desde que nació, Ivo no podía imaginar que aquél fuera el día de su captura definitiva.

El amplio recinto donde le estaba permitido moverse comprendía un Golfo con sus correspondientes Acantilados, la Ciudad de Mar con su puerto y, naturalmente, la Playa: ése era el lugar —nada despreciable en términos de forma, dimensiones y contenido— en el que, año tras año, se le concedían cuatro largos meses de Verano. Eran días análogos en un mundo análogo, pero consumidos como si fueran reales. Porque Ivo tenía dieciséis años y para él no sólo *eran reales*, sino que, según él, la vida fuera de allí no merecía la pena ser vivida.

Desde las primeras vacaciones en la playa de la familia Brandani, a finales de los cincuenta, la vida en Invierno, es decir, la existencia fuera de aquel recinto de arena y agua, le había parecido de golpe una coerción inconcebible.

En cuanto pisó una playa, comprendió que se trataba de algo especial y casi perfecto, es decir, del único entorno que demostraba existir con un único fin: la felicidad de sus habitantes. Felicidad de aire y de agua, felicidad de arena, de olores, de piel. Felicidad de sombra y de luz, felicidad de peces, de veleros.

Con el tiempo y con el transcurso de los Veranos, la playa añadió a estas felicidades básicas otras formas más complejas y rebuscadas de éxtasis posible. La juventud y la inexperiencia de Ivo Brandani fueron capaces de transformarlas en sufrimientos auténticos y específicos, que él, antes de ese momento, nunca había tenido oportunidad de vivir.

Cuatro meses de existencia análoga transcurridos en el universo cerrado y aparentemente artificial de la playa, además del brazo de mar comprendido en el Golfo. Un refugio perfecto si ese año no lo hubiera deslucido una asignatura que le había quedado para septiembre: Filosofía. Siempre había creído que era bueno en Filosofía, le gustaba y pensaba que se le daba bien, por eso no la había estudiado más que a ratos, y por eso, precisamente, Bottazzi lo había cateado. Bottazzi. Joven, bajito, con los piececitos eternamente calzados con unos mocasines negros desgastados. Cuando hablaba mostraba un montón de dientes torcidos que parecía que se los hubieran lanzado a la boca a puñados. Los labios brillantes, babeaba ligeramente y gesticulaba, reunía los dedos en forma de huso rotando las manos en el aire, una alrededor de la otra, o bien las apoyaba en la cátedra como si estuviera moviendo las piezas de un tablero de ajedrez. Era antipático, huraño, triste; su discurso, aburrido y complicado; y, sin embargo, a Ivo le fascinaban aquellos extraños movimientos de manos y labios. Bottazzi era católico y parecía profundamente aburrido, sobre todo consigo mismo, con la profesión que ejercía, con el pensamiento de los demás que le tocaba exponer en clase y que parecía importarle un bledo. Para él era Programación y punto. Y había que terminarla a toda costa. En los últimos días de aquel año académico, había logrado completar la Programación, metiendo con calzador Filosofía Medieval, de tal manera que Ivo casi no se había dado cuenta, o tal vez hubiera faltado, no se acordaba. Fue así como durante un examen «sorpresa» se reveló completamente desconocedor de santo Tomás de Aquino y de todos los demás, y por eso lo mandaron a septiembre. Una asignatura para septiembre era una afrenta intolerable al resplandor de su Verano justo cuando estaba empezando: aquélla era la vida que le esperaba, aquélla era la vida real, y era sólo suya.

«En el mar no te pueden alcanzar, bajo el agua no nos saben buscar, allí no te atrapan, no te pueden decir qué hacer o no hacer… Padre está lejos, suele volver el viernes por la noche o el sábado. Llega cansado, nervioso, pálido y apestando a sudor ácido, agresivo,

amargado, con la camisa empapada y pegada a la espalda por el contacto con el asiento del coche… Mátate trabajando, muérete si quieres, pero déjame en paz. ¿Qué vienes a hacer tú aquí? ¿No ves lo pálido que estás? ¿No hueles tu hedor? ¿Qué tienes tú que ver con todo esto? ¿Con el Golfo, con el Mar, con el *Mandrake*? ¿Quieres el *Mandrakemañana* por la mañana? Muy bien. Pero ¿por qué te empeñas en cogerlo si no sabes manejarlo?»

«No, papá, mañana no puedo ir, he quedado con Giacomo, vamos a pescar. No, por favor, mañana tenemos la lancha motora, vamos a Poniente. Nos levantaremos temprano, a las seis. Mañana no, venga, por favor…» es lo que suele decirle.

La cara blanca, amargada, de Padre, con su mueca perenne de repugnancia, la boca deformada en una arruga de amargura que se acentúa mientras dice —y lo dice *siempre*— lo mucho que se «mata a trabajar» por ellos: «Sí, hasta por ti, para garantizarte todo esto, y luego, cuando me arriesgo a venir, nunca podemos estar un rato juntos, ni para salir en barco».

Ivo podría decirle: «¿Por qué quieres estar conmigo si luego cada charla termina siempre en sermón, en un coñazo infinito? Siempre acabo diciendo: "Lo que tú digas, papá". Siempre acabo dándote la razón; si no, te cabreas y a veces incluso me pegas. ¿Por qué quieres estar con tu hijo si no toleras nada distinto de lo que piensas *tú*? Y yo ya hace tiempo que sé lo que piensas, sobre todo. No haces más que repetírmelo. Estás de acuerdo con los profesores, con los curas. Sois una sola cosa, una gran alianza única de tocapelotas».

Claro, en teoría podría decírselo, pero sería una ruptura catastrófica del protocolo, por el cual se dedica a escuchar paciente con la cabeza gacha para luego, en cuanto puede, quitarse de en medio, marcharse, volverse invisible, inencontrable. Con Padre, tonterías las justas, que ya está negro por la asignatura que le ha quedado para septiembre: «No me importa que sólo sea una —dice —. El caso es que no has cumplido con *tu deber*».

El día de su captura definitiva amanece más o menos como los demás, claro y luminoso. Se levanta muy tarde, salvo cuando tiene

previsto salir a navegar, entonces le pide a Giuseppa que lo despierte sobre las once, aunque, por lo general, antes de la una sopla poco viento o ninguno. De lo contrario, duerme a pierna suelta.

Desayuna muy tarde, un café con leche, solo, porque Ivo vive a contratiempo con respecto a Madre y a sus hermanas, que ya están en la playa o en el pueblo. En consecuencia, cuando acude a casa espoleado por el hambre, almuerza a las tres o las cuatro de la tarde. Por la noche se queda levantado hasta tarde. Empieza con una película en el cine, luego va a la heladería, a continuación da una vuelta en coche o pasa el rato con los amigos, a cada cual más tonto, por las avenidas oscuras de la Ciudad de Mar, riendo, bromeando y fumando casi hasta el alba. En Verano se siente febril y tenso, nada es realmente vacaciones, nada se hace con indiferencia, todo es dificultad, enigma, misterio, sueño, excitación, fatiga, hasta que cae en el sueño.

Su cuerpo muta, se seca. Delgadez y agilidad, la estatura en aumento, la espalda que se ensanchó ya el invierno anterior, en las clases de judo. En los próximos meses, la natación, el remo y la vela le pondrán los músculos un poco más voluminosos, tonificados, duros, definidos y nervudos. Pero el ocio es fundamental, como los tebeos que lee por la tarde, tendido sobre una colcha de flores con la arena pegada a los talones…

El *Mandrake* es muy veloz, pero ganar es harina de otro costal. Para ganar es necesario *oír* cuando el barco se desliza por el agua dándolo todo, y por tanto es preciso saber comprenderlo a la perfección. Cuando se va de regata hay que entender cómo sopla el viento, saber cuándo virar y por qué, aprenderse las salidas, no meterse bajo las velas de nadie, no dejarse pisar por nadie. Es necesario saber escabullirse de sotavento. Es necesario saber salir de allí en el momento justo. Cosas que no sabe hacer bien, que se añaden al montón de cosas que no sabe hacer bien, que hace regular, sin verdadero esfuerzo, concentración o disciplina.

Hoy es su primer paso por la playa: hace calor y, de momento, nada de viento.

El asfalto del paseo marítimo achicharra. Chalés a un lado, casetas de playa al otro, una larga fila de coches aparcados bajo el sol, plataneros jóvenes y raquíticos que dan poca sombra y sirven a los perros para hacer sus necesidades. Ivo ya ha experimentado la tragedia de pisar una mierda fresca con las chanclas. Se oye una música, amortiguada por el aire caliente, procedente de los altavoces de la playa; más allá de los pasajes que hay entre las casetas se ven banderas que apenas ondean con la brisa del mar, no más de una brizna. Pasa rozando la fila de coches al rojo vivo aparcados, la larga trashumancia de gente extenuada que vuelve a casa chancleteando, con el bañador todavía puesto. Gente cargada de bolsas, mujeres con cochecitos de bebé y niños de la mano, las mierdas de perro ya están bien embadurnadas en las baldosas de la acera. Chicas en bikini con un pareo encima anudado detrás de la nuca, chicos con el paquete de Stop, Marlboro, Kent, Rothmans, Peer, Muratti, Winston en la mano, o bien remetido en la manga de la camiseta, el Ronson, el Zippo, en el bolsillito de las bermudas: todos fuman, les gusta fumar, exhiben paquetes de cigarrillos americanos y muestran mecheros con llamas potentes.

Los coches tirados por caballos espumosos por el calor han dejado en el asfalto estelas pestilentes de estiércol que fermenta bajo el sol y afea toda percepción. Alguien pasa a todo gas en ciclomotor con la camisa hinchada por el aire y machaca repetidamente y a conciencia aquella mierda bajo sus ruedas: *chaf, chaf, chaf*.

Una larga fila de barracas de madera para cambiarse, casetas que se pueden alquilar por un día o por un verano entero, un poco desgastadas y desvencijadas de tanto montarlas, desmontarlas y apilarlas en las diferentes temporadas.

Dentro de la caseta 348, una repisita de madera, un perchero, una silla plegable estándar: la luz entra por las juntas de los listones y por la tronera de lamas situada en lo alto, encima de la puerta. El suelo de tablones de madera está cubierto de arena mojada: alguien se ha bañado y se ha cambiado. Un bañador de mujer yace en el

suelo, empapado y lleno de arena. Parece un molusco, una medusa varada. Ivo ha entrado en un mundo de objetos específicos, aquí todo es muy sólido, simple.

La caseta de los Brandani-Salvetti es amplia, hay también un vestido de algodón de tirantes, ligero, una camiseta de rayas, un bañador de hombre estilo bermudas colgado de un clavo, azul, con la redecilla interna para el pene y el escroto. Ivo aparta la mirada como si fuese algo obsceno: Padre lo deja ahí toda la semana, sirve para recordarle que está presente, que existe, que todo esto se le debe a él y a su trabajo y es provisional, inmerecido, ilegítimo. Hay un bolso de rafia, uno de tela de colores, albornoces, sombreros de algodón y de paja, trajes de baño femeninos de repuesto de dos piezas con relleno blanco en las copas y braguitas con forro blanco a la altura del pubis. El misterio del pubis de Hermana Grande, de las primas Salvetti, señales de algo no del todo imaginable, oscuro, sórdido. El bañador de Madre, de una pieza y negro, que no se pone casi nunca. Además, vestidos de tirantes y peines de plástico de colores con las púas grandes.

A él la caseta sólo le sirve para dejar las chanclas en el suelo y echar la camiseta sobre una silla. Pero le encanta este espacio ambiguo inmerso en la penumbra, los ruidos de la playa que llegan atenuados, como desde distancias desmesuradas, deslumbrantes. Allí huele mucho a cremas en tarritos y tubos, para broncearse y para después de tomar el sol, amontonados en la repisa: esta barraca la utilizan dos familias, padres, hermanas, tíos, primos y primas. Un caos.

En los rincones, el equipo de pesca, la redecilla, un arpón, el fusil submarino que Ivo encontró el año anterior en el mar, abandonado en el fondo, un Cressi *Cernia Velox* de muelles, demasiado largo y duro de cargar, lleno de arena, prácticamente inservible; además, una caña de pescar de bambú, desmontable, obsoleta, con juntas de latón oxidado, que no se sabe ya a quién pertenece. Cubo, pala y moldes, un barco de juguete de plástico de cuando los primos eran pequeños (el motor eléctrico de pilas se rompió el primer día), juegos de playa baratos, tejos, canicas, un barco de vela de madera

con las velas rojas, aletas-gafas-tubos de buceo, un flotador desinflado, un bote desinflado doblado en un rincón, la pelota para los niños, la de los adultos. Esterillas para tomar el sol enrolladas, zuecos por el suelo, la pila de revistas en la silla: *Oggi, Gente, Stop, Epoca*, algún cómic abarquillado por la humedad: *Topolino, Tiramolla, Intrepido, Il Monello*. Todas esas cosas tienen cabida en la caseta; es normal, es la playa. Se ha hecho tarde, madres y niños han vuelto a subir. Nada de tías ni tíos a la vista. Seguro que Hermana Grande ha bajado al bar con sus amigos, a esta hora no debería haber nadie bajo la sombrilla. Desde allí, durante treinta o cuarenta metros, la arena arde. Ivo va dando saltos por los senderos de cemento para no quemarse. Pasa por el lado de los servicios públicos, también de cemento (baldosas cubiertas de arena, olor a lejía, a charcos de agua dulce, a orina) y alcanza corriendo la sombra azul de la tienda Brandani-Salvetti.

Tres filas de dispositivos para interceptar la luz. Sombrillas grandes y robustas plantadas en la arena, algún agujero minúsculo en la tela que produce un puntito intensamente luminoso sobre el cuerpo de quien se sienta a la sombra. El palo de madera es grueso, profesional, la bisagra es de metal claro con reflejos de petróleo, nada de óxido, cosa fina, duradera, las varillas de la sombrilla son de bambú, flexibles, los remates de cada varilla también están recubiertos de latón, con un anillo para fijar la tela. Ese palo de madera es un bastión del Verano. De las varillas cuelga la cartulina rosa con el número 348 y, a lápiz, el nombre de quien ha alquilado esa sombrilla.

Nombres de familias que van desde hace años y se colocan siempre en el mismo sitio según un mapa que se diría inviolable, institucional, respetado por todos. Sombrillas como casas: igual que ocurrió el verano pasado y el anterior, este año la 348 también está asignada a Brandani-Salvetti durante cuatro meses.

Las sillas plegables, cómodas, pesadas y robustas resultan fundamentales. Son cosas que sólo se ven aquí, en la playa, con el nombre del establecimiento impreso en la parte externa del respaldo. Todo es de lona muy resistente. Tumbonas con el parasol

regulable y el respaldo reclinable. Mecanismos sencillos, ingeniosos, fiables, aunque de vez en cuando haya alguien que se pille los dedos. En la playa no existe una postura cómoda, absoluta, definitiva: es necesario moverse, levantarse, cambiar, sentarse de nuevo, a la sombra, al sol, tumbarse en la arena, en la toalla, levantarse de nuevo, bañarse, dar un paseo. La playa es trabajo, esfuerzo. Todas las mañanas hay Vecinos-de-Sombrilla a los que saludar, ésa es la regla: Ivo la acata distraído, pero cordial. A su alrededor, gente que conoce desde hace años: la señora Rodoni, delgada y con los labios pintados, que lee a la sombra a Mario Tobino, *El clandestino*, que aún conserva la faja en la que pone «Premio Strega». Alguien ojea un periódico, hace el crucigrama, resuelve hábilmente el jeroglífico de *La settimana enigmistica*.

La playa guarda una especie de afinidad y correspondencia virtual con *La settimana enigmistica*. La playa también es blanca e inútil, está salpicada de episodios, cubierta de enigmas sutiles, de jeroglíficos. La Playa de Levante al completo es un desmesurado *Quesito con la Susi*, es como una inmensa doble página de *Aguzzate la vista*, llena de detalles que descubrir, de equivalencias que comprobar. Ivo no sabe por qué, pero adora *La Settimana*, que Madre siempre compra como parte integrante del paquete Verano. Chismes, adivinanzas, horóscopos.

A esta hora la playa está cansada, tiene hambre, se está vaciando rápido, dentro de poco se completará el intercambio. Ivo está aquí por inercia, por no saber adónde ir, y sobre todo porque mar adentro hace poco viento. Pero también porque le gusta la playa a esta hora. Le gusta la luz rasante y la indolencia general, la atenuación del control por parte de los adultos, la atmósfera tórrida que desciende sobre las cosas y las personas. Parece que todo pueda suceder, aunque luego no pase nada. Es el momento de las niñeras, de los fanáticos del bronceado que se doran en silencio, de las chicas de servicio que bajan a tomar el sol a la hora de la siesta: no tienen ni tumbona ni sombrilla, se ponen en la orilla, extienden toallas de colores donde la arena está perennemente húmeda y dura, en medio de los hidropedales varados en la playa, de los hoyos

cavados por los niños que luego no han rellenado. Hasta se bañan. Y miran a su alrededor. Algún que otro gallito local, musculoso y con un *slip* bastante reducido, va de acá para allá, examinando justo esa zona de la playa y valorando sus opciones. Grupos de siluetas oscuras juegan al voleibol a contraluz, un poco más allá de la orilla, donde moverse aún no resulta fatigoso, pero el agua amortigua bien las caídas, los saltos.

Bajo las sombrillas, o mientras se pasea por la playa, o en el agua o jugando a la pelota en la orilla, Ivo ve a amigas y amigos suyos, gente de su grupo de referencia al que no siente que pertenezca de verdad, pero que posee tal masa que lo atrae a su campo gravitacional. Los considera gente de secano, chicos que no tienen sentido del mar, que no se sienten comprometidos ante todo con el agua, los peces, el fondo marino del golfo, que no salen a navegar a vela ni participan en regatas. En otras palabras, gente de playa, como los que se pasan el día sentados en los hidropedales charlando, bromeando y entrándoles a las chicas, que organizan todas las tardes, por turnos, una fiesta en casa de alguien. Discos y Coca-Cola, patatas fritas, minipizzas, naranjadas, cerveza Peroni, Chinotto, hasta refrescos de tamarindo. Bailan. Ivo siempre va, pero en la playa suele juntarse poco con el Grupo. No le apetece sentirse atrapado en todo ese vaivén de amoríos, en las peleas y los mosqueos, en los constantes cotilleos a espaldas de unos y otros. Ivo no sabe y no entiende que la verdadera función del Grupo es aprender un comportamiento socialmente provechoso y apropiado, aprender las tretas que supone vivir con los demás, instruirse en las maniobras del cortejo, en dar y tomar, en el conocimiento de las chicas, de su modo de pensar y finalmente de su cuerpo. Él odia la alternancia de los líderes y las lideresas, la formación de las parejas regias, las tías buenas rodeadas de sus siervas, el prestigio de los que tienen más dinero, el jardín o la terraza más grande, más bonita, ciclomotor, vespa, moto, alguno incluso *coche*.

Por cómo es Padre, le resulta del todo inconcebible que vaya a recibir si acaso un GT Veloce negro, o rojo, y el dinero para la gasolina, los cigarrillos y todo lo demás al cumplir los dieciocho

años. Sin embargo, algunos de los que *se conocen* aquí lo tienen: alguno que a lo mejor hasta ha suspendido, algún marica con Ray-Ban y Lacoste ceñido.

La playa está plagada de plataformas sobre palafitos de cemento, pilares cilíndricos que albergan sombras insidiosas, llenas de cosas del establecimiento, competencia de los socorristas. Las marquesinas de madera con cañizos y las tiendas de lona azul o verde protegen del sol los bares y barecitos que venden minipizzas y Coca-Colas, naranjadas, *calzoni* y *supplì*, bombas de crema recubiertas de azúcar y rosquillas fritas, pero sobre todo helados industriales. Venden helados Toseroni —que Ivo nunca ha probado, porque la marca de confianza de la familia es Algida, como mucho Alemagna— y también Eskibon, Mottarello, Fortunello, Coppa del Nonno, polos de limón, de naranja, de guinda, de menta, de vivos colores: verde, rojo, amarillo, magenta, arcoíris. Ivo deja los polos intactos y chupa lentamente el sirope del hielo hasta dejarlo transparente. Mesitas, sillas apilables de tubos de aluminio y plástico trenzado, que te dejan una marca roja en el culo, o las plegables, de madera. Música ininterrumpida procedente de la gramola, chicos que fuman sentados, apoyados en las barandillas de madera. Chicas en bikini con el pelo largo, liso, cigarrillos encendidos, colillas en el suelo, arena y enfangamiento allá donde mires. En todas partes prevalece lo tácito, la mirada, la valoración rápida pero ponderada, repetida y descarada, o bien avergonzada. La mirada silenciosa de todos se posa en los cuerpos de todos, se aparta, vuelve e insiste. Pectorales y abdominales apenas insinuados. Pelos en el pecho, en el vientre. Senos, espinillas rojas, rasurados que vuelven a crecer en el interior de los muslos, a veces vellos púbicos que salen del bañador. Uñas de los pies, pintauñas desconchado. La calidad del material humano cambia según el barecito. Al ir de poniente a levante la playa se vuelve más pudiente, elegante, antipática, repelente. Las plataformas de los bares más al fondo, hacia el final de la arena y el comienzo del acantilado, son para los más ricos. Allí las chicas son más guapas y más seguras, parecen inalcanzables, inaccesibles. Ivo se siente intimidado, no va casi nunca. El territorio donde su familia

puede permitirse una sombrilla, un círculo de sombra que el Trabajo de Padre puede garantizar durante cuatro meses, está en una zona intermedia entre los ricos del barecito y los paletos del tramo pre-Rotonda, los de los Baños Tritón: la playa nunca miente sobre el patrimonio.

Cuando abandona el círculo de sombra, que la luz rasante de primera hora de la tarde ha alejado de la sombrilla familiar, Ivo se gira hacia poniente, donde, a unas centenas de metros, se ve la Rotonda. De repente, llegar hasta allí le parece mejor que estar arrellanado en una tumbona incubando el hambre incipiente. Calcula que aún será posible comer una de las últimas minipizzas. Se apresura.

De camino por la orilla se encuentra con las duchas, dispuestas a intervalos regulares: a los suelos leñosos, resbaladizos, un poco podridos, se adhieren algas aterciopeladas, mientras que los arroyuelos de agua dulce cavan pequeños cañones en la arena hasta el mar. Donde los niños se han afanado todo el día para desviar las corrientes con diques y obras hidráulicas, ahora yacen restos de arena maloliente, abandonados al pisoteo de los adultos. Ivo conoce bien estas geografías mínimas, precisas, el estancamiento de la espuma aunque esté prohibido el uso del champú: hay un cartel, pero nada. Hay gente esperando para la ducha, gente que se enjuaga, se restriega, hombres que se echan agua dulce por dentro del bañador despegado, primero por delante y luego por detrás. Es un gesto obsceno y lo saben: después de haberlo realizado, miran a su alrededor, arrogantes. El agua está fría, mejor dicho, gélida, dulzona, resbaladiza, tempestuosa, inodora. Ahora es raro ver a chicas bajo el chorro. Ivo siempre ha observado el misterio de sus cuerpos y de sus gestos con atención espasmódica: brillantes, tonificadas, con la piel helada y erizada, el pelo empapado que luego cepillarán largo y tendido, sentadas en postura meditativa bajo el sol, o bien de cháchara con una amiga, con amigos o en compañía de sus novios. Son casi las tres, ya no hay ni rastro de los críos con los labios azulados envueltos en albornoces, con las yemas de los

dedos arrugadas por el agua y la nariz goteante: la playa es completamente adulta.

Ahí está la Rotonda, grande, moderna, suspendida en el agua como un gigantesco cangrejo sobre palos de cemento incrustados de mejillones. Subes la escalera y dentro te encuentras un bar, donde todavía hay gente en bañador. Se agolpan en la caja y aquí también piden lo típico: café, Coca-Cola, *supplì* y rosquillas. Todavía queda alguna que otra minipizza, Ivo se pone en la cola, luego se arrima al mostrador de cristal y mármol travertino estucado y lustroso, se abre paso a codazos y, poco después, tiene una minipizza en la mano, rica, recién hecha, templada, que hará que al doblarla de cualquier manera le chorree aceite por la mano y le baje hasta el codo.

El restaurante, grande, semidesierto, retumba más allá de las puertas de cristal. Los clientes almuerzan en pantalones cortos y camiseta, observando lo dictado en el cartel: SE ADVIERTE A NUESTRA AMABLE CLIENTELA QUE EN ESTE LOCAL NO ESTÁ PERMITIDA LA ENTRADA EN BAÑADOR.

A Ivo le atraen los restaurantes de playa. Mientras le hinca el diente a la minipizza —ya nota que el aceite empieza a chorrearle por el antebrazo—, se acerca a la cristalera y observa. Manteles blancos, servilletas, camareros, jarras de vino a granel, amarillento. De la cocina sale un fuerte olor a fritura mixta de calamares y gambas, *risotti* a la pescadora, espaguetis con almejas y chirlas a la marinera, *linguinicon* gambas, salteado de mejillones, sopa de pescado, pulpo a la Luciana, entremés variado de mar, *bruschetta* de telinas, lenguado a la parrilla, a la molinera, lubina estofada con mayonesa, rodajas de cazón con salsa de tomate, sargo, dorada, filete de pez espada a la parrilla, estofado de rape, incluso langosta: así reza la carta, impresa y enmarcada en la entrada.

«Pero, si lo desea, podemos prepararle en exclusiva un buen bistecito a la parrilla, un solomillito de ternera con patatas fritas, también tenemos espaguetis a la boloñesa, *saltimbocca*, escalope a la milanesa, achicoria guisada o salteada, como quiera. Ensalada *caprese*, ensalada de judías verdes con vinagreta, estofado de

judías…», esto había añadido el camarero una vez, la única, en que habían almorzado allí, con Padre.

Fuera, en la gran terraza con forma anular, sigue habiendo mesitas, sillas y gente sentada que escucha una gramola a todo volumen. Fuman y miran a las mujeres en bañador. Hay grupos de chicos que bromean, vociferan con la polla a punto de estallar dentro del *slip* elástico, tan cachondos que a la mínima deben ir a esconderse, entre las carcajadas de los demás. Ivo imagina que muchos de ellos sólo se habrán matriculado en dos o tres asignaturas para octubre y, sin embargo, allí están, perdiendo el tiempo, despreocupados, como si nada.

«Seguro que a algunos los han cateado, aunque a ellos no les parece tan grave, sólo un coñazo tener que repetir… Pero ¿cómo lo hacen? A mí Padre me mataría, me echaría de casa, me mandaría a trabajar. No quiero ni pensar en lo que me haría…»

Las chicas llevan bikinis con copas de color pastel: pistacho, amarillento y rosa salmón. Pero también negros, blancos. El pelo con mechas, alisado. Bronceadas y maquilladas, sueltan risitas nerviosas: todo está en calma, cualquier otra cosa parece lejana. Ivo le hinca el diente a su minipizza de cincuenta liras. Está exquisita.

De vuelta en el círculo de sombra Brandani-Salvetti, ve a Sandro sentado leyendo bajo una sombrilla en segunda fila. Lo saluda con un gesto. Sandro forma parte de la pandilla de Hermana Grande. Está matriculado en el primer año de Ciencias Políticas, si no recuerda mal. A Ivo le cae bien porque tiene pinta de ser un tío que piensa, que lee y se informa. Es alto, grueso, flácido, feo, lleva gafas de culo de botella y tiene ojos saltones de miope y mucho pelo en la cabeza, negro y tieso, desgreñado como una mata de romero. Tiene los dientes grandes, grandes labios húmedos, una boca ancha y expresiva, con contornos indefinidos, que Ivo no puede evitar mirar fijamente. Al reírse, siempre se estremece, chillando casi como un ratón grande, pero sabe hablar con precisión y propiedad prácticamente de todo, en particular de política. Siempre tiene al menos un periódico y un libro en la mano, por lo general un ensayo, habla sin parar y explica con calma, como si estuviera

perpetuamente en un debate. Argumenta su opinión y nunca parece cabrearse. Nunca se baña, no toma el sol, tiene la piel blanquecina, cubierta de mechones de pelo y lunares grandes, lleva unas bermudas sintéticas, oscuras, larguísimas. A Ivo le parece una persona cordial y amable, ligeramente condescendiente, con la que le gusta hablar.

—¿Qué lees? —le pregunta tras acercarse, aunque lo ve con toda claridad.

El otro levanta la vista de *l'Espresso*, una especie de sábana cubierta de titulares a toda página y grandes fotos en blanco y negro. En la última página, Ivo lee rápidamente un anuncio publicitario, escueto, primitivo: «Deséame buen viaje, pero ponme SUPERCORTEMAGGIORE, la potente gasolina peninsular».

En la portada destaca un gran titular hermético: «Después de la energía eléctrica, ¿QUÉ MÁS SE PUEDE NACIONALIZAR?».

Y luego más abajo, encima de una foto de Marilyn Monroe, lee: «EL MUNDO QUE HA DESTRUIDO A MARILYN».

Abajo, a la derecha, en una foto más pequeña, Stefania Sandrelli sonríe. Lleva puesta una blusa desabrochada con los bajos anudados sobre el bañador mojado. La blusa está empapada a la altura de los pechos. «Ella también, ella sobre todo.»

En su casa nunca ha entrado ese periódico, porque Padre no lo lee. Padre sólo compra *Il Tempo* y a veces *Il Borghese*, que es un periódico político, pero siempre publica fotos muy picantes de mujeres semidesnudas, con medias y ligas que Ivo utiliza para su masturbación diaria.

De repente Sandro suelta una risa socarrona y se limita a decir:

—Bajo imperio.

Luego repite:

—Estamos en pleno bajo imperio. Bajo imperio.

La fórmula le gusta. A continuación suelta otra de sus risitas explosivas. Ivo sabe por su hermana que Sandro es «radical». Pero no tiene ni idea de lo que eso quiere decir.

—El precio, ¿entiendes? La nacionalización de la electricidad es la pequeña compensación por entrar en el gobierno, aunque sin entrar

del todo, sino absteniéndose, apoyando desde el exterior, o sea, tirando la piedra y escondiendo la mano. ¿Entiendes? Debían hacer una revolución y ahora se conforman con *nacionalizar*. Bajo imperio.

Risita nerviosa.

Ivo no comprende casi nada, pero enseguida le viene a la mente Padre, que en la mesa despotrica contra «los compañeruchos» que quieren nacionalizar la energía eléctrica y añade: «Esto es sólo el principio: yo no tengo ni una lira, pero si la tuviera, me la llevaría a Suiza, como hacen los que las tienen, es decir, todos…».

Ivo piensa declararse en ese momento en contra de la nacionalización, aunque en realidad no sepa lo que es. Entonces, por decir algo, suelta:

—Esto es sólo el principio, ¿eh?

—¿En qué sentido? Si piensas que ésta es la antecámara de los soviets… —«¿Quién coño son los soviets?», se pregunta Ivo—… te equivocas de cabo a rabo. Esto es una pequeña compensación y seguirá siendo una pequeña compensación. Los democristianos se las comen para desayunar, los socialistas… Así es como Moro ha roto el frente socialcomunista, ha enfrentado a unos contra otros, ¿entiendes? Soy liberal, pero la institución de un ente nacional para la energía eléctrica me parece bien. Es necesario. Somos un país pobre en recursos. No tenemos carbón. La electricidad es estratégica, ¿comprendes? Bajo imperio.

—Pero, ¿no eras… *radical*?

—Claro —risita—. ¿Y los radicales qué crees que son? ¿Eh?

—¿Liberales?

—Eso es, muy bien. *Liberales* y *laicos*, si bien hay otra definición, «liberalsocialistas», aunque es absurda. Somos la única fuerza política auténtica y *radicalmente* anticlerical… Los curas dicen que todos los radicales son unos masones… En fin, tú mismo.

De pronto Ivo se acuerda de que, además de los «encantos» de la Rotonda, tiene una asignatura de la que ocuparse. ¡Y hoy Giorgio le da clase! ¡A las tres! Faltan diez minutos. El tiempo de subir corriendo a casa, coger boli, libro y cuaderno y volver a bajar. Todo lo que necesita está allí, en unos pocos metros. El edificio donde

alquilan el apartamento todos los años da a la playa, más allá del paseo marítimo. Al lado está el chalecito de la familia de Giorgio, en cuyas dependencias se dan las clases.

—¿Te quedas? ¡Nos vemos! ¡Hasta luego! —dice.

Y echa a correr.

La casa de una planta es pequeña y baja, y se halla debajo de los eucaliptos repletos de cigarras. Por la ventana abierta con la persiana medio bajada entra una escandalera de insectos en el calor del mediodía de un agosto tirreno. Giorgio continúa imperturbable, mientras el cigarrillo que sostiene entre el índice y el pulgar de la mano derecha se consume en vertical casi sin que le dé caladas. La ceniza forma una columnita cada vez más alta, que comienza invariablemente a inclinarse hacia un lado, de tal manera que, al cabo de un rato, la atención de Ivo se concentra allí por completo, en captar el momento en el que cae en la mesa. Pero la columna de ceniza de Giorgio permanece en pie, siempre, hasta que el cigarrillo se consume casi por completo, hasta que apenas sobresale de sus dedos largos y amarillos por la nicotina, es decir, hasta el momento en que la aplasta en el cenicero.

Giorgio es muy claro, mucho más claro que el profesor Bottazzi. Con él tiene la sensación de comprenderlo todo, incluso se apasiona: el dios de santo Tomás es el Motor Inmóvil, infinitamente potente, que se encuentra en el origen de la cadena de las causas y que genera todas las cosas.

—Las pruebas de santo Tomás son cinco: *ex Motu*, presta atención, que en el examen debes sabértelas de memoria, *ex Causa, ex Contingentia, ex Gradu*… deja ya la ceniza y escribe la lista, y *ex Fine. Ex Fine*, es decir, las cosas del universo se nos presentan con un orden, con un objetivo y, por tanto, debe existir un Ordenador… Santo Tomás procede tanto inductiva como deductivamente…

Los escolásticos: Duns Escoto, Grosseteste, Guillermo de Ockham, Bacon, Buridan… abstrusos, hay que sabérselos todos. La escuela donde la familia lo ha metido sin su permiso es de curas, y para ricos —«Verás cómo ahí te enderezan», dice Padre ("… Padre

no es católico, no es particularmente creyente y habla mal de los curas: entonces, ¿por qué me ha mandado a esa escuela? ¿Qué me tienen que enderezar…?")—, y los curas prestan una atención especial a la escolástica. Esto se lo dijo Giorgio al comienzo del mes de repaso.

—Así que te los tienes que aprender bien. No te lo tomes a la ligera: te pueden suspender aunque te quede una sola asignatura. Ya ha pasado antes.

—… las cosas pueden existir o no existir; si existen, alguien ha actuado para que existieran…

Giorgio también pertenece al Grupo de la hermana mayor de Ivo, pero es mayor que Sandro, se está licenciando en Filosofía. Siempre serio, reflexivo, completamente frío, indiferente a todo intento de ganarse su confianza. La boca de Giorgio se asemeja a la del profesor Bottazzi, porque, como aquélla, adopta una mueca de culo de gallina. También él mueve las manos cuando explica, pero sólo la derecha, pues necesita la izquierda para aguantar el cigarrillo en vertical, con la ceniza en equilibrio. Ivo se imagina que todos los filósofos están compinchados para sostener una única cosa, abstrusa, uniforme, asexuada, impasible y humeante: millones de cigarrillos —nacionales sin filtro— encendidos.

La lección sigue adelante en medio del canto incesante de las chicharras.

Giorgio enciende otros cigarrillos y deja que se consuman hábilmente, mientras argumenta y explica cada cosa con precisión. No es que Ivo lo entienda todo, pero le parece tener una idea general bastante clara. De golpe, sin pensarlo, interrumpe el flujo de palabras de Giorgio y dice:

—Pero si la Iglesia te pide fe, ¿qué necesidad hay de las pruebas de la existencia de Dios? ¿No es una contradicción? Si necesitas probarlo, ¿qué fe es ésa? Además, ¿cómo puede saber santo Tomás que todas las cosas del universo están ordenadas según un fin?

«¿Por qué no me estoy calladito? ¿Qué estoy diciendo? ¿Por qué no me coso la boca, que la hora ya casi ha terminado?»

Sin embargo, Giorgio responde enseguida:

—El cristiano debe entender en qué cree. Y al no cristiano se le debe convencer de la bondad y de la superioridad, incluso filosófica, de la fe en Cristo. *Fides quaerens intellectum*. La razón sirve a la fe y viceversa. Hasta el intelecto del creyente necesita satisfacción.

Ivo se lanza:

—Pero ¿no es una especie de… pequeña compensación?

—Si quieres, llámalo así, pero no salgas en el examen con esas definiciones. Es que, francamente, decir que la Escolástica es una compensación…

—… la compensación de los compañeruchos…

Giorgio lo mira con gesto interrogativo, como si hubiera despertado de repente de su sueño filosófico. Con una complicada maniobra de la cabeza y del brazo, consigue darle una calada al cigarrillo dejándolo en vertical y salvaguardando la integridad de la columna de ceniza (Ivo adora ese gesto). Luego, tras una larga emisión de humo por la boca y la nariz, añade:

—¿Quiénes son esos *compañeruchos*?

—¿Los de la nacionalización de la energía eléctrica? —responde Ivo, inseguro, pero ya completamente lanzado.

—Los socialistas… —dice Giorgio—. ¿La nacionalización sería la compensación para los compañeruchos? ¿Para hacerlos participar en el gobierno? ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Y qué tiene que ver eso con santo Tomás?

—Bueno, lo estaban diciendo en la playa, con Sandro…

—La verdad es que sí, puedes llamarlo compensación… Han roto la unidad de la izquierda para arrojarse a un gobierno con los democristianos, con los socialdemócratas… —Entonces, pensándoselo mejor, añade—: Nos comportamos como unos esquizofrénicos… En Berlín construyen el Muro y se encierran dentro… Aquí lo abandonamos todo y vamos del brazo de los democristianos, nos escindimos, dejamos que el enemigo de clase se cuele en la hendidura y haga palanca, separándonos… Pero está bien. Dejémoslo. Es hora de que te vayas, tengo otra clase. Nos vemos pasado mañana.

—El viernes, sí, a las tres… Pero ¿qué significa «enemigo de clase»? ¿Quién es? —pregunta Ivo.

—Es largo de explicar. Lo hablamos otro día. El viernes volvemos a santo Tomás, entre otras cosas…

La playa está allí abajo, Ivo debe volver para comprobar si está *ella*.

Siempre llega sobre las dos y media o las tres y se tumba bajo una sombrilla de la segunda fila a la altura de las duchas. Tiene una pose particular, por la que Ivo ha aprendido a distinguirla desde lejos. Utiliza la técnica de la hamaca con el respaldo colocado en el último tope, por lo que queda más baja, casi como una tumbona, y allí yace con una pierna flexionada y el pie apoyado en el travesaño del asiento. Tiene el pelo negro permanentemente mojado y le pasa una y otra vez un gran peine amarillo de esos de playa con las púas grandes. Es una pose de mujer, indolente, fantástica. Parece cansada, se mueve poco, rara vez se baña. Desde lejos parece muy guapa. Poco a poco, día tras día, Ivo se ha percatado de todo esto desde su posición en el círculo de sombra Brandani-Salvetti. La curva de su pie, muy arqueada. La gracia de los dedos ligeramente respingones, mientras que el pie apunta hacia abajo, con el talón apoyado en la madera tapizada.

Si Ivo tuviese al lado a un hombre experto, que conociese la vida y a las mujeres, éste le diría: «Ivo, mantente lejos de las niñas indolentes, *siempre*, desconfía de las mujeres perezosas y despreocupadas, aléjate de las que parecen no verte, de las que no te hacen caso pero te observan de reojo, de las que van por su cuenta y se tumban sin un hombre al lado, de las que incluso tienen un corrillo de tíos alrededor, porque ésas son las *magas* contra las que no se puede hacer nada, son las que te hechizan por el mero gusto de hacerlo, como Circe, por el placer de verte gruñir como un cerdo a sus pies. Mantente lejos. No tienen la culpa; son así. Es su naturaleza, hazme caso». Pero este sabio consejero no está en ese momento e Ivo observa a esta chica, no deja de observarla, mientras pasan los días y ella regresa puntualmente a la playa a esa

hora. Es guapísima, no se parece ni a Brigitte ni a Audrey, pero recuerda a las dos…

Brigitte y Audrey son dos seres absolutos, dos paradigmas contrarios que luchan en su mente y atormentan sus caderas. Sin tregua y sin conciliación: no existe síntesis posible entre Brigitte y Audrey, y las demás palidecen en comparación.

Ambas le producen un extraño dolor en la barriga, ambas le provocan un desasosiego que no se puede describir más que como calor, allí abajo, entre el miembro y la pelvis, en una zona del cuerpo en relación directa con los ojos, con el pensamiento. No se trata de erecciones, o sea, *no sólo* de erecciones. Erecciones tiene todo el rato, por cualquier cosa, muchas veces sin motivo, a veces sin un pensamiento siquiera que las justifique. Esto es otra cosa, es una especie de emoción dolorosa, aunque agradable, del cuerpo, como si la carne escondida allí debajo se volviera de repente incandescente y roja, y se cargara de sangre latente y desesperada. Brigitte y Audrey le provocan, cada una a su manera, el malestar del deseo imposible, lo enfrentan a la verdad aplastante e insostenible del hecho de que, aunque sea presa del deseo más absoluto, nunca las tendrá. Jamás.

Ambas son terciopelo, pero de dos especies distintas.

Audrey te pide protección, dulzura. Debes salvarla de ese sudamericano, o tal vez sea español, apartarla de aquel tipo canoso con dinero —se llama José Luis de Villalonga—, y *llevártela* contigo, para siempre. Hacerla tuya, a ella y al gato, en una maraña única y tibia de susurros, delicadezas y perfumes, mientras fuera llueve desde hace semanas, tu chimenea está encendida y delante de la chimenea hay una alfombra tupida donde ella se tumba con medias negras y el gato ronroneante en brazos. Tú sólo tienes que amarla por siempre jamás. Fuera lloverá por siempre jamás, el fuego de la chimenea no se apagará nunca… Audrey es la diosa de la reclusión en Invierno.

Brigitte no te promete nada, no te pide nada. Conseguirlo con ella no está ni en tus mejores sueños, a menos que seas guapo y rico, que tengas un chalé en Saint-Tropez, otro en St. Moritz y otro en Gstaad, un yate para llevarla mar adentro a que se bañe, verla

nadar desnuda y silenciosa en el agua completamente límpida de la Costa Azul y contemplarla mientras sube la escalerilla de popa, cuando adelanta la cadera en busca del primer escalón con un pie minúsculo, arqueado, mientras entre el muslo y el vientre se le forma por un instante ese pliegue adorable que se ve en las fotos. Ella es un ser libre y peligroso, no podrás protegerla. Te dice que, si quieres que sea tuya, deberás domarla, amarrarla con una cadena, someterla: algo impensable, totalmente alejado de toda posibilidad… Brigitte es la diosa de la apertura de par en par al Verano.

Ivo la mira de lejos y piensa en la síntesis imposible entre Audrey y B. B., en algo no humano y no concebible, una criatura donde la potencia sexual de Brigitte se reconcilie con la dulzura de cervatilla de Audrey. Una mujer a la que *amar*. Se anima incluso a pensar que puede pronunciar la palabra *amar*, que no se utiliza entre ellos. Entre ellos, es decir, entre los chicos y las chicas del Grupo, se dice *te quiero*, pero nunca *te amo*: amarse es cosa de adultos, algo complicado. ¿A Audrey se la puede amar? ¿A Brigitte se la puede amar? Ivo no conoce el significado de esta palabra —¿acaso alguien lo conoce?—, pero la usa cuando piensa en ellas.

Son las cuatro de la tarde, tiene hambre, hace tiempo que quemó la minipizza que engulló en la Rotonda. Deja el libro y el cuaderno en la caseta y se adentra en la playa. Las sombras se han alargado, muchas sombrillas ya están cerradas, y las tumbonas y las sillas, plegadas y apoyadas en el palo clavado en la arena. Mira a su alrededor. En las primeras no ve a Sandro. La busca a ella. Debería de estar por allí, un poco más allá, hacia levante. Allí está, tiene gente alrededor. Ve a Sandro sentado junto a ella en una silla plegable de madera con *l'Espresso* doblado en las rodillas: ¡se conocen! ¡Ésta es su oportunidad! Se acerca, saluda. Además de Sandro, arrellanado en dos tumbonas, hay otros dos tipos que conoce de vista, dos capullos del Barecito, dos de fuera, dos del tipo gilipollas-sabelotodo-con-dinero de los Escollos. Sandro le devuelve el saludo, riendo, y dado que entre ellos se ha hecho el silencio, lo presenta.

—Marcella, ¿conoces a… —parece hacer un esfuerzo por acordarse— Ivo? —Y, mirando a los demás—: ¿Os conocéis?

Todos lo saludan, pero Ivo no oye siquiera los «hola» de los dos gilipollas del Barecito —si les prestase atención, percibiría recelo y fastidio, del tipo «¿y-éste-quién-coño-es-ahora?»—; Ivo está concentrado en ella, en su saludo, en su mirada, que le parece especialmente atenta, llena de interés y curiosidad. Se ha quitado las gafas de sol para mostrarle sus ojos azules. Una técnica básica que esta vez se le vuelve en contra: el vistazo que le dedica Marcella es firme y seguro; la mirada desnuda de Ivo se cohíbe, evita sus ojos, la aparta.

—Éstos son Fabrizio y Massimiliano —dice ella mientras lo escruta. Lleva puesto un bikini mojado de rayitas rojas, normalito, el *top* es de tipo *balconet* con aros y la braguita lleva elástico y tiene una ligera forma de globo. Es totalmente fascinante y totalmente sexy. Está sentada como de costumbre, semitumbada, con la pierna flexionada, los muslos ligeramente cerrados, un imperceptible mechón de vello púbico le asoma por la braguita… Hay una zona del cuerpo de las chicas en bañador, entre las piernas, en la que Ivo no para de posar la mirada, que está ligeramente abultada, es decir, que parece *contener* algo consistente, carnoso, a juzgar por la forma que adopta el bikini en ese punto: ¿el chichi tiene volumen? ¿No es sólo un vacío, un negativo? ¿Acaso ocupa una porción de espacio convexo, *velludo*…?

Marcella se estira, echando los brazos hacia atrás y torciéndose hacia Fabrizio para animarlo a retomar el discurso interrumpido: realiza este movimiento de manera natural, sigiloso y fluido, como un gato, y al ejecutarlo Ivo descubre una depilación axilar que se remonta a unos días atrás. Es la Regeneración del vello, a la que Ivo está acostumbrado, porque a todas las chicas les pasa.

—Coge una silla —le dice a Ivo, que se ha vuelto a poner las gafas de sol y la escruta desde detrás de sus lentes oscuras. Es ligeramente estrábica, se parece a Lea Massari, y tiene la piel morena, los ojos oscuros, un poco miopes, la voz perfecta, sin una sombra del acento arrastrado de quien vive en la Ciudad de Dios. Su

cuerpo es maduro, tórpido, pastoso, cualidades muy diferentes a la dura elasticidad de las coetáneas de Ivo, que él, sin embargo, adora. La primera señal inequívoca que emana de ella es «soy toda una mujer y lo sé», aunque Ivo, que la recibe en plena cara como una bocanada de aire caliente, no sabe decodificarla de manera tan clara y sintética. Para él Marcella es pura emoción, es un acontecimiento más en el caos del mundo, un enigma en el enigma del Universo, un misterio entre los misterios de la Cadena Causal. Tendrá unos dieciocho o diecinueve años, no más, pero lo que la separa de Ivo equivale a una generación. «Es demasiado mujer para ti —diría el sabio consejero si estuviera a su espalda—. Vete a casa, léete un cómic, échate una siesta y ve a la fiesta de esta tarde. Seguramente te encuentres con Carla. ¿Te acuerdas de Carla? Te gustaba hasta ayer mismo…»

Fabrizio está hablando de algo que no entiende (llamarse *Fabrizio*, en lugar de *Ivo*, ya es partir con ventaja…), pero seguro que tiene que ver con el tenis, con el torneo nocturno de este año. Tiene un aire indiferente y la cabeza inclinada hacia la parte del mechón de pelo liso que le cae de lado: Ivo envidia a todos los que tienen el pelo liso; él no lo tiene ni-rizado-ni-liso-ni-ondulado, sino frágil, desmadejado, con pequeñas ondas espurias e injustificadas que se presentan siempre que les consiente superar cierta longitud; es verdad que se lleva el pelo largo, pero a él le parece que ya se le notan un poco las entradas y, cuando prueba a dejárselo crecer, se le forma en la cabeza una especie de estopa parduzca, de fontanero. La porción de cara de Fabrizio que sus Ray-Ban, con la barra horizontal de nácar, dejan ver tiene trazos regulares (la nariz es un poco aguileña, todo sea dicho) y está bronceada y aburrida. Está anunciando que él sólo jugará a dobles con un tío amigo suyo, dice que están entrenando. Tiene una voz completamente adulta, profunda. Enumera los nombres de los ganadores arrastrando las palabras, los nombres de los que sabe que probablemente se han clasificado, dice que deberían hacer dos torneos, uno reservado a los clasificados y otro para todos: ¿qué gusto hay en dejarse machacar por los ganadores de siempre? Bajo un Lacoste verde lleva unas

bermudas rojas de flores, ceñidas, hechas a medida. En la mano tiene un manojo de llaves de coche. «Tiene coche», hace constante referencia al tema. Él también tendrá unos dieciocho o veinte años: un abismo de edad y de estatus lo aleja de Ivo, un abismo de virilidad, de actitud, de pelo: Fabrizio es adulto y forma parte del clan de los ricos del Barecito.

Sandro ríe con nerviosismo, es evidente que el tenis no es su especialidad, pero tampoco le pilla del todo desprevenido, así que de vez en cuando suelta algún comentario. Sale el tema de las raquetas firmadas por Pancho Gonzales, con la foto del tenista impresa, que ahora también Laver y Rosewall lo ganan todo. Gonzales prácticamente se ha retirado.

—Es una firma póstuma —dice Sandro, que ahora parece sentirse a sus anchas tratando de recuperar la atención, que Marcella le concede, mientras ella, en esencia, guarda silencio.

«¿Qué necesidad hay de fingir que discutimos entre nosotros si todo lo que se dice en este corrillo se te dice a *Ti*, por *Ti*, para *hacerTe* reír, para *impresionarTe*, para *interesarTe*, para *fascinarTe*?» Marcella es el centro de masas de un sistema gravitacional tan potente que mantiene atadas corto a su alrededor a cuatro jóvenes vidas, que, de no ser así, ahora mismo estarían en otra parte, ocupadas cada una de ellas en consumir y quemar energías, emociones, en otras actividades estivales, más placenteras y relajadas que la de causarle sensación.

Massimiliano rara vez mete baza. Es conocido por ser deportista, aunque no juega al tenis. A él le va la natación, el fútbol, el baloncesto, el atletismo ligero (es campeón regional de los Ochenta Metros Vallas y juega de centrocampista en un equipo de serie C) y, sobre todo, la pesca submarina. Ivo ha oído decir que baja veinte metros en apnea en el Secca, que desencova meros de diez kilos. Al parecer, forma parte de un grupo de pescadores con equipos de verdad, profesionales, gente con *traje de buceo* que no va a pescar en camiseta como él…

Max sólo lleva puesto un bañador Port Cross negro, con enganche, se le notan los músculos, que parecen diseñados con

precisión, tiene el tórax en forma de V y está todo el rato acariciándose los pectorales. A lo mejor tiene frío en este momento, pero no se decide a taparse. Todo lo que hace y dice también lo hace y lo dice para los ojos y los oídos de Marcella. Ese bañador escueto en lugar de las bermudas, su desnudez, se intuye que todo es para ella.

Estos tres no son amigos entre sí. Se conocen de vista, coinciden en las fiestas de por la tarde, por lo general ni siquiera se hablan, pero aquí, ahora, intercambian ideas sin parar. Compiten por impresionarla como harían unos superhéroes, es decir, desplegando cada uno sus superpoderes específicos: dinero y coche (Fabrizio), físico y musculatura (Max), cultura y palique (Sandro). La situación estaría clara —Ivo se siente inútil, cansado, se iría a casa, la apuesta de esa mesa es demasiado alta para él, los jugadores demasiado fuertes, sus cartas demasiado insignificantes, él no tiene ultrapoderes, tiene dieciséis años, lo han cateado en Filosofía; vale, es alto, pero se nota que todavía está creciendo, para él no hay partida— si no fuera porque ella *lo mira*.

Marcella, con la cabeza apoyada hacia atrás, en la tela tensa de la tumbona, la barbilla levantada y los ojos de corte extraño y de pestañas negras —larguísimas— entornados, no parece escuchar la cháchara que está teniendo lugar, parece mirarlo a él, ¡a Ivo! No está del todo seguro, pero cree que sí. No deja de peinarse, inclinando la cabeza a un lado, alzando el codo por detrás del rostro que un dios pagano y perverso ha construido para que provoque placer y deseo con sólo mirarlo: sobre los labios carnosos, ese surco que los frunce un poco hacia arriba y los mantiene abiertos, la nariz ligeramente achatada, separada de su nacimiento con un empalme suave, los pómulos altos… Sí, claro, en el Grupo hay chicas incluso más guapas que ella, pero no es eso… Es esa actitud no definible, equívoca, indolente y, sin embargo, disponible… «Presta atención, lo que te fascina no es más que su ambigüedad», podría susurrarle al oído un consejero experto y secreto si Ivo en ese momento contara con él, pero no es así.

De modo que, cuando ella se levanta de repente y dice: «Voy a bañarme», traspasa el cerco de los presentes, se le acerca y lo coge de la mano, él se queda un instante sentado, petrificado, y entonces ella le *tira del brazo* para que se levante y le dice: «¿Vienes?» (*¿Vienes? ¿VIENES?* ¿V-I-E-N-E-S?). Cuando *efectivamente* ocurre todo esto, él no se achanta, no pone una excusa, no huye, sino que se levanta, deja las gafas en la silla y la sigue en silencio… No sabemos cómo no se ha desplomado en el suelo de la emoción, ya que el corazón le martillea en la garganta con tal violencia que le impide decir una sola palabra, si supiera cuál decir…

Y es ése, sin el menor atisbo de duda, el momento de su *captura*.

Arrastrado como quien dice por ella, se ve caminando por el agua, primero sin dificultad y luego cada vez con mayor esfuerzo, mientras ella le tira del brazo y le dice con su voz de timbre preciso y perfecto:

—Hoy el mar está precioso, ¿no te parece?

Dice: «¿No te parece?» —Ninguno de sus conocidos utiliza una expresión tan nítida, tan adulta— y, a continuación, le suelta la mano, se zambulle y nada rápidamente hacia el mar abierto; luego se detiene, se gira hacia él y sigue diciendo, tranquila, sin inquietarse, como si estuviera poniéndole el collar a su perro: «Ven, vamos».

Sí, el mar… Hoy está precioso, cristalino como no suele ser habitual aquí, donde el agua siempre está turbia por culpa de la arena, de las corrientes, de las ráfagas del lebeche. Hacen falta días y días de calma, de mistral moderado, para que ocurra el fenómeno de las aguas claras, cuando se puede ir a hacer pesca submarina incluso más allá de los escollos, cuando se ve el fondo y el socorrista va a por pulpos con un cubo y un arpón largo: ésas son las cosas que debería hacer, en lugar de estar aquí con el agua por los muslos, la cabeza confusa, el corazón latiéndole en las sienes y el hambre de quien no ha almorzado. El agua clara lo llama, pero Ivo Brandani no escucha, lo han capturado y no hay vuelta atrás.

Se zambulle, de repente tiene frío, ella está lejos, nada por libre, ahora parece ignorarlo. «Debo alcanzarla… Debo acercarme… Ya voy.» Se pone a nadar. Tres brazadas y una respiración, luego otras tres y otra respiración, en total una decena de manotazos, luego levanta la cabeza y no la ve. Se gira, ella va de camino a la orilla. Está lejos. Se queda un momento allí solo mirando a Marcella, que está saliendo del agua. Se sentiría un gilipollas si ella no le hubiese dicho: «¿Vienes?», pero se lo ha dicho. Se ha levantado y se lo ha dicho. Se lo ha dicho a él y a nadie más. No se lo ha dicho a Sandro. Y tampoco a los otros dos capullos del Barecito. Se lo ha dicho a él. «A mí —se repite—, a mí… Y me ha cogido de la mano… Y casi me ha arrastrado hasta el mar con ella.» Unas gotas de agua salada le queman en el estómago vacío.

A su llegada se encuentra con que el cerco en torno a Marcella, que antes era un poco más amplio y relajado, ha hecho piña a su alrededor. Sus adeptos, sus pretendientes, han cerrado instintivamente el espacio que Ivo ocupaba hasta hace diez minutos. Hace diez minutos, Ivo no era nadie, no daba miedo. Un amiguito de Sandro, nada más. Pero ahora las cosas han cambiado. Desde que ha sido Elegido para el Baño, desde que ha sido objeto de su atención, la situación en el Cerco de los Capturados ha cambiado: hay un nuevo adepto. Un nuevo peón del juego cuya fuerza se desconoce, porque el misterio del capricho de ella es absoluto. Hasta el momento, Marcella no ha elegido, pero antes o después lo hará. «Antes o después me dejará claro que le gusto —se supone que se dice cada uno de los adeptos—. Si no, ¿por qué me tendría aquí? ¿Por qué me daría esta sensación tan clara y rotunda de que no le soy indiferente?» El juego es duro y lleva así varios días. Pero ninguno piensa retirarse, marcharse, porque la apuesta es demasiado alta, porque, cada uno por su lado está locamente enamorado de ella.

Cuando Ivo se acerca, ve a Marcella de pie en el corrillo con un albornoz verde agua sobre los hombros. Ya se ha dado una breve ducha. Charla y ríe. Le lanza un vistazo tranquilizador, otro «¿Vienes?» tácito, fatal, mortal. Él se sienta en una silla de madera

plegable. Está un poco fuera del cerco, pero no pasa nada, es ella quien lo quiere allí…

En la cadena causal de los acontecimientos, la captura de Ivo y su entrada en el corrillo de los adeptos determina todo lo que sigue a continuación. Todo. Lo que parecía un verano feliz, desplegado uniformemente sobre un inmenso arco temporal de cuatro meses, de repente presenta un pico, o quizá sea mejor decir una fractura, una falla: los dos planos espaciotemporales del *Antes de Marcella* y del *Después de Marcella* se han desacoplado, no hay continuidad. La fractura le recorre toda la mente y se la escinde: ¿Qué cosas de *Antes* siguen teniendo importancia? ¿Qué puede valer más que un *Beso* de Marcella? ¿El examen de recuperación? ¿Las clases de repaso de Giorgio? ¿La vela? ¿La pesca? ¿El agua? ¿El viento de poniente? ¿El Spitfire? ¿Las ráfagas de las dos de la tarde? ¿Las esquirlas de luz que cubren el mar cuando se va solo a lo hondo? ¿El Grupo? ¿Las fiestas? ¿Carla? «¿CARLA? ¿Acaso sigue contando para ti? ¿Contaba antes? ¿Te sigue gustando? ¿Madre y Padre siguen contando? ¿Y los amigos con los que vas a pescar? ¿Te siguen importando lo más mínimo? ¿Hay algo más importante que ella?» Ivo no lo sabe, pero, cuando no está ocupado en el Corrillo de Marcella, continúa estudiando Filosofía con Giorgio.

Ahora el Corrillo se forma sin falta todos los días cuando —y sólo si— ella baja a la playa, es decir, sobre las tres o las tres y media de la tarde, y se disuelve sobre las cinco y media o las seis, cuando ella se va: no saben dónde vive ni qué hace cuando no está en la playa; dice que estudia, pero no se sabe el qué; dice que va a la universidad, pero no dice a qué facultad: ¿dónde va por la noche? ¿Sale? ¿Y con quién?

Fuera del Corrillo, Ivo continúa saliendo a navegar a vela con el *Finn* del club, pero la Hora del Viento coincide con la Hora de Ella y, por tanto, sólo sale con el barco a última hora de la mañana y únicamente cuando sopla un poco de viento. También sigue acudiendo a las fiestas del Grupo, bailando con las chicas del Grupo y yendo a la heladería y al cine con el Grupo. A veces, a primera

hora de la mañana, sale a pescar con Giacomo, pulpos sobre todo, van a los Escollos, pero también a Poniente, a las Grutas, al Arco Mudo. Pese al enigma cada vez más intrincado de Marcella y al deseo ferviente de ella —que no lo deja marchar y lo mantiene encadenado a su lado, y a la que le basta con una mirada para encender en él la esperanza de no se sabe qué—, sigue tratando de gestionar el Sagrado Verano, la Auténtica Vida a la que tiene derecho durante cuatro meses al año.

Pero cuando intenta desengancharse, cuando intenta decir: «Bueno, yo me voy», o decir: «Mañana no bajo a la playa», cuando ella percibe un debilitamiento en su fe, una leve pérdida de esperanza, entonces con dos o tres palabras —«Ah, ¿te vas? Qué pena» / «¿Ya te vas?» / «¿Hoy no te bañas?» / «¿Vienes mañana?»—, o bien con una mirada, o tocándole un hombro, una rodilla o con estas tres armas a la vez, lo devuelve con violencia al Corrillo: «¿Dónde te crees que vas?».

Entre otras cosas, Ivo no posee superpoderes frente a los otros tres adeptos. Es un chavalito, no tiene dinero, Madre le da una paguilla ridícula que él complementa a diario con reintegros secretos de su cartera: cincuenta o, como máximo, cien liras.

Además, Ivo no sabe nada aparte de lo que le obligan a empollar en el instituto. No lee periódicos, sólo cómics —antes de caer en el campo gravitacional de Marcella, le encantaba tirarse la tarde tumbado en la cama con un tebeo o con *La Settimana*—, no sabe nada de política, aparte de las invectivas de Padre en la mesa contra los compañeruchos y los democristianos, de las cuales realmente prescindiría porque, al igual que a Madre y a sus Hermanas, le gusta comer en paz, almorzar tranquilo, distraído —«Pásame la sal»/«¿Te vas a comer la *mozzarella*?»—, y pronunciar incluso la frase «esto no me gusta», que con Padre no está permitida…

Luego están los libros. Ivo lee desde hace poco tiempo y casi en exclusiva los que le pasa Hermana Grande, que a su vez los recibe en préstamo de uno con el que está saliendo, un tipo culto-aunque-ingeniero. Son títulos publicados en la colección BUR de Rizzoli, con las cubiertas grisáceas y las letras diminutas: los relatos de Poe y

también los cuentos de Chesterton y Chéjov. Los gustos de ese tío, que Ivo apenas conoce, le llegan indirectamente a través de Hermana Grande y lo orientan en secreto, lo forman parcialmente, como el resto de cosas que lo rodean durante estos años… Aparte, hay otro género de lecturas, las que sirven para masturbarse; son los libros de Madre, libros considerados «no aptos»: *El tedio* de Moravia viene como anillo al dedo —ahora el volumen se abre automáticamente en las páginas más interesantes, como cuando, antes de follársela, la cubre de dinero—, mientras que otros títulos, como *Bombones para desayunar* de Pamela Moore o *La parcela de Dios* de Caldwell, contienen escenas sexuales descritas de manera indirecta y metafórica, ridícula e irritante. Ivo se los lleva a veces al baño, aunque sea por variar. Además está el escollo insuperable de Faulkner, *Santuario*: una masa de palabras incomprensible donde, según le asegura Giacomo, se esconde la Violación con Mazorca de Maíz que Ivo no consigue encontrar, ni después de haber leído prácticamente *todo* el libro sin entender de qué va. Por tanto, a menos que el discurso gire en torno a Poe, Chesterton y Chéjov, difícilmente puede meter baza —competir está descartado— con Sandro: los dos gilipollas del Barecito tampoco lo consiguen, dicho sea de paso.

Ivo es un desastre jugando al tenis, va a hacer pesca submarina con un hidropedal alquilado y el fusil de muelles que encontró bajo el agua, enorme, oxidado, que no consigue cargar como no sea apoyándolo en el suelo, con lo que, tras haber disparado un tiro, debe volver a enganchar el arpón a mano. Con el balón es un paquete, es decir, que juega de lateral-que-zurra; como todos los que no saben jugar termina siempre de defensa, derribando a los delanteros adversarios para que no le pasen por encima. Con la vela se las apaña, pero no muy bien: su nivel es medio, nunca gana.

La comunidad de los adeptos, a la espera de que ella elija, procura ignorarlo por todos los medios, y ya hace tiempo que lo habrían dejado fuera del juego si Marcella, enigmáticamente, no lo mantuviera aún en la partida. Cada vez que se forma el Corrillo, parece que todos se pregunten: «¿Qué hace aquí todavía este

chavalín?». Marcella no le ha vuelto a pedir que se bañe con ella, no le ha vuelto a decir con ese modo tan natural, tranquilo e irresistible: «¿Vienes?»… Para bañarse han sido elegidos una vez Fabrizio y un par de veces Max, que ha aprovechado para tomar impulso prácticamente desde su sombrilla —«¿Es ésta la sombrilla de Marcella?»—, precipitarse en el agua baja como un caballo al galope y, finalmente, ejecutar una zambullida perfecta, y para Ivo asombrosa, con una voltereta en el aire que hizo que Fabrizio susurrara —aburrido e impasible detrás de sus Ray-Ban— la palabra «gilipollas» de manera que también pudiera oírla Marcella, que acababa de emprender la carrera, aunque ninguno pudiera afirmar que efectivamente la hubiese oído.

A Sandro —es admirable la resistencia que opone a los dos capullos del Barecito— nunca lo ha llamado específicamente para nadar con ella, pero ha participado en las invitaciones grupales, aunque era obvio que no le apetecía. «¿Nos bañamos?» es la fórmula de la invitación colectiva. A veces Sandro se ha quedado a la sombra hojeando el periódico y echando un ojo a los demás para supervisar la situación, por si se produjera una novedad, algo que entender, algo que lo ayudase a resolver al fin el enigma… Si Sandro está perplejo, Ivo no entiende casi nada: lo único que entiende es la fuerza de atracción de la que es capaz Marcella cuando le dice en tono de reproche: «¿Te vas?» o, aún con mayor perfidia: «¿Nos vemos mañana?».

«¿Por qué, por qué, por qué… Dios… por qué quieres verme mañana? ¿Quieres decirme algo? ¿Me estás mandando una señal que debería captar y que no capto porque también soy gilipollas?»

Un consejero experto en mujeres y no como Ivo, con unas meras nociones confusas sobre muchachitas, habría sentenciado en voz queda: «Te lo advierto, pero tú haz lo que te salga del nabo: llegado a este punto, o lo dejas, te retiras y vuelves a pastar en prados más verdes —sería lo mejor: ¿te acuerdas de Carla?— o vas a ver las cartas de esta cabrona. Si además quieres otra opinión, te la doy: a mi entender, ella se decanta vagamente por el gilipollas de las Ray-Ban, porque es el más adulto de todos vosotros, tiene más dinero y

coche. Todo *comme il faut*, ¿entiendes? ¿Qué coño te crees que estás haciendo *tú*?». Este hombre sabio tal vez no entendería que precisamente el hecho de *ser mujer* de Marcella, en lugar de una chavalita, es lo que lo ha perdido y lo que lo paraliza y le impide liberarse de su dominio. Ya se ha convertido en cerdo entre los cerdos y hoza a sus pies, como los demás. «Pero Fabrizio no hoza —observaría el sabio a su espalda—, así que observa y aprende, mocoso…»

A las cuatro y media o las cinco de la tarde, Marcella cierra el chiringuito y se va. ¿Dónde vive? No se sabe. Sólo se sabe que en las fiestas de los Grupos que Ivo conoce no da señales de vida. Se sabe que por las noches no va a la heladería. Se sabe que no va a ver películas al cine, ni sola ni acompañada. A lo mejor el único que sabe dónde vive es Fabrizio, porque a Ivo le ha parecido entender que una vez la acompañó en coche a algún sitio, tal vez a casa. Pero, si lo sabe, no suelta prenda.

Mientras Ivo se estanca en el Corrillo de los adeptos, el Grupo no está mano sobre mano, sino que bulle y chisporrotea en la llama del Verano: nada permanece quieto, todo se mezcla y vuelve a combinarse constantemente. Un vaivén de entradas y salidas, parejas que rompen y se reconfiguran de otro modo. Y también los subgrupos que se condensan en torno a un líder, a una lideresa. Las broncas, los chismes, las alianzas, las escaramuzas. El escenario matutino de estos vaivenes es la playa, donde, sin embargo, todo se manifiesta como atenuado por el sol, por el aire libre. Por la tarde, el Grupo da lo mejor de sí en las fiestas que se organizan sin falta —hacia la una se sabe dónde se celebrará y se corre la voz— y sin saltarse un solo día. En las fiestas, si alguien tiene algo en mente, lo pone en práctica. Si una te gusta, la fiesta te proporciona el medio para entrarle. Y entrarle a una chica en una fiesta es algo sencillo y está codificado: no se necesitan palabras, discursos, no hay que esforzarse para seducir, basta con seguir las reglas normales de contratación. Si hacen falta palabras, se utilizarán *luego*, cuando la situación se vea un poco más clara. En la fiesta *se baila*, el baile es el medio de comunicación fundamental. ¿Que te gusta una? Pues la

invitas más veces para darle a entender que te interesa y después de un rato pruebas a arrimarte: si te sigue el rollo, quiere decir que está de acuerdo; si no le gustas, se pone tensa; si insistes, te clava el codo en el pecho; si sigues insistiendo, te dice que le duele la cabeza y que ya no le apetece bailar más; y ahí termina la cosa. Todos habrán observado la escena, todos los del Grupo sabrán lo que ha ocurrido, si *estáis saliendo* o no. Cualquier movimiento ejecutado en la Fiesta de la Tarde se formaliza y concreta esa misma noche, en el cine. Si se han formado parejas nuevas, se producirá una redistribución tácita de los asientos según el nuevo orden amoroso alcanzado ese día. Una vez sentados el uno junto al otro, hay que cogerle la mano, ella se lo espera. Luego viene besarse, tocarse. Si consigues acariciarle los pechos —no de inmediato, se entiende—, se te abrirán nuevos horizontes por explorar: prepárate para encontrar su límite. Y el mero pensamiento de *poder* hacer ese viaje de descubrimiento te roba el aliento, te retuerce las tripas, hace que te suden las manos.

Cada Grupo es un ecosistema en sí mismo, un planeta habitable en el universo del Verano; es un recinto en el recinto del Golfo, una cápsula cultural: la puerta se abre sólo para los afines, la selección social es estricta. El Grupo conoce su posición en la escala provisional del censo, los chicos saben muy bien cuál es su puesto, saben quiénes son sus iguales, a quiénes pueden considerar inferiores y quién se coloca en un nivel más alto. El Grupo tiene su historia, sus costumbres, es un refugio donde cada uno experimenta los efectos de su existencia junto a los demás, donde tu comportamiento se observa, se valora y se juzga, se acepta o se rechaza. La Fiesta de la Tarde es el lugar donde el Grupo consuma sus ritos particulares; el lugar donde, si aprendes a moverte, encuentras novia, novio; donde todo lo que haces, lo haces bajo la atenta mirada de los demás; donde todo se cuenta y donde todos lo saben todo de ti; donde lo que ocurre es un producto colectivo, compartido.

Una ancha terraza en la primera planta que cubre una extensión de garaje, grandes encinas negras que le dan sombra desde la calle, el tronco lleno de hormigas y recubierto de un líquido parduzco y pringoso, grandes macetas llenas de adelfas y palmeritas, tiestos más pequeños con geranios. Una pérgola de buganvilla en flor. En la pared blanca, insertos de cerámica de Vietri. En la mesa, botellas de Coca-Cola de tamaño familiar, Fanta, agua mineral con mucho gas, cerveza Peroni, minipizzas, sándwiches, pastitas. La cantidad es limitada. Ya es la tercera vez que Francesca da la Fiesta de la Tarde, su madre se habrá hartado. Serán las seis, Ivo ha vuelto hace poco de la playa, ha pasado por casa para cambiarse: se ha puesto un polo Lacoste y unos vaqueros Lee blancos muy ceñidos, sin cinturón; en los pies, sandalias Positano que un zapatero que hay cerca de la estación (te pasa un boli por el contorno del pie, te lo mete entre el pulgar y los demás dedos y te dice: «Muy bien, pasado mañana están listas») le ha hecho a medida, a él y a los demás (aquí todos las llevan); sobre los hombros un jerseicito de marinero, de lana azul, áspera, por si refresca: se compra los jueves en el pueblo, en el mercadillo. Todos los chicos van vestidos más o menos como él. En una mesa hay un tocadiscos con estuche, pero alguien ha llevado también uno portátil de reserva, por si el otro se rompiera.

Cuando Ivo pone un pie en la terraza de Francesca, se siente casi a gusto, ése al menos es territorio conocido: falta poco para que la fiesta llegue a su apogeo, es decir, al momento en que los que han maniobrado en alguna dirección comienzan a ver resultados, si es que los hay. Enseguida se le acerca Giacomo y le dice:

—Paolo le está entrando a lo bestia…

Al principio Ivo no lo entiende, pero luego, cuando Giacomo añade: «A Carla…», se gira y la ve en el centro de la terraza: está bailando con Paolo. Todavía hay luz, pero bajo las ramas de las encinas ya está bastante oscuro. El aire, espesado, está quieto, caliente. El polo Lacoste de Ivo ya está húmedo de sudor a lo largo de la columna. La música suena, el Grupo (¿Quién lleva los discos? ¿Quién los elige? ¿Quién los compra? Ivo no lo sabe con seguridad, sabe que están, que alguien tiene siempre un tocadiscos, que la

música nunca falta) pone una serie de lentos. Nadie quiere bailar otra cosa a esta hora.

Paolo es alto, muy oscuro de piel, con él no tiene confianza, no es amigo suyo. Giacomo le repite:

—Le está entrando a lo bestia… Para mí que a ella le gusta.

Ivo espera a que el disco termine, se acerca a Carla y le dice:

—Hola.

Luego le pregunta:

—¿Bailas?

Nunca le ha gustado la petición formulada de ese modo —¿Bailas?— seco, elemental, y sin embargo, Carla le responde al instante:

—Sí.

Cuando la música empieza a sonar, Ivo le rodea la cintura con la mano derecha mientras con la izquierda le coge la mano y, doblando el antebrazo, se la apoya en el pecho: es la postura inicial estándar. Todo el trabajo posterior se hará con la derecha. Carla nota con la mano izquierda que tiene la camiseta empapada a lo largo de la columna y la desplaza a un lado. «Mierda —piensa Ivo—. Le doy asco, estoy completamente sudado…» Pero su perfume lo aferra casi de inmediato y lo cautiva; es una fragancia a aire y a piel, a ropa limpia, a champú, a *aftersun*. Carla emite una tibieza perfumada que se irradia hasta él y lo embiste de lleno. Nota en ella una especie de docilidad, como un impulso tímido, contenido. No es que lo anime, pero tampoco está a la defensiva: son sensaciones simultáneas que le provocan un pico de excitación. En un instante, sin que pueda hacer nada al respecto, se siente como desnudo en medio de aquella terraza, con esos Lee finos, demasiado estrechos, que por delante muestran una hinchazón evidente. Es una vieja historia, le pasa siempre o casi siempre. Les pasa a todos, aunque hoy, a saber por qué, se nota demasiado: Ivo se avergüenza, espera que nadie se dé cuenta. Le palpa con los dedos el surco de la columna que le recorre todo el arco acentuado de la espalda, le ahueca los riñones y le proyecta el culo deliciosamente en el espacio. El consejero sabio y experto le diría: «Sí, exacto, ahí está la verdadera *diferencia*».

Ivo empieza a entrarle, lo hace de manera explícita, casi brutal. Piensa en Marcella: «Ella, por Dios, ella… ella-ella-ella… ella sí». Se dice que Carla le importa un pimiento, que lo hace sólo por tontear. «Me pone *y punto*», le ha dicho a Giacomo, el cual lo ha mirado de soslayo, como diciendo: «¿No será que te lo tienes un poco demasiado creído?».

Sin decirle nada, sin usar ninguno de los trucos que ha aprendido —echarle el aliento en el cuello, susurrarle algo al oído del tipo: «¿Sabes que me gustas?»— comienza a arrimársela con decisión. Al principio ella parece perpleja, pero no sorprendida. Opone una dulce resistencia durante unos instantes, luego se pone de puntillas y le susurra:

—¿Qué vas buscando?

Él, en el preciso instante en que se lo dice, se siente un gilipollas, pero pregunta igualmente:

—¿Te apetece que salgamos juntos?

De repente, ella se le arrima aún más, él la estrecha por la cintura, pegándole la pelvis, aspirando maliciosamente a que le *note la polla* («Pero al menos te ha *notado la polla*, ¿no? Cuando *notan la polla* ya no entienden nada…», éstos son los comentarios que se hacen entre sus amigos: machitos despreciables y calenturientos). Carla aparta la pelvis de la suya, pero se queda con la mejilla pegada y le dice vacilante, con la respiración entrecortada:

—¿Qué pasa, que quieres divertirte un poco?

Su aliento caliente en la oreja le provoca un escalofrío desesperado: de golpe, con una evidencia aplastante, siente la distancia insalvable que lo separa de Marcella, de su mente, de su vida, de su cuerpo. Todo lo que tiene que ver con ella es completamente inalcanzable: ella no sabe qué podría darle, qué podría hacer por ella, y no le interesa saberlo… «¿Qué podrías hacer por ella?… Si al menos me dejase marchar, si no me diera esperanzas…» Pero Carla está aquí, es *para él*, está al alcance de su mano, dispuesta a entregarse. No le está diciendo que no, sólo trata de entender —sólo Dios sabe por qué las mujeres deben aclarar *primero* cuáles son tus *intenciones*, quieren saber cuánto las amas,

incluso cuánto las «quieres»—. «Deben controlarse para gestionar la situación —le diría su consejero secreto—. Para ellas no es como para nosotros. Ser mujer es muy diferente.» Ya: por ejemplo, si dicen que no, no es que quieran decir precisamente que no, esto Ivo lo sabe, lo ha aprendido, aunque no lo comprende.

En nombre de Marcella, Ivo podría quemar toda la costa y drenar el Golfo en señal de devoción y sacrificio, podría inmolar en un altar de piedra la criatura incauta que en este momento le está susurrando al oído, dulcemente: «¿Qué intenciones tienes?».

«Sólo quiero *hacer cosas*…», le ha confiado a Giacomo hace unos minutos.

Es el cordero que debe degollar en honor de Marcella, ese algo caliente con lo que se desquitará de la crueldad despreocupada de ella. Si antes albergaba alguna duda, ya no tiene ninguna: «¡A Carla le gusto! Ella no significa nada para mí, pero le gusto». Entonces quiere poseerla, *utilizarla*, quiere tomarse la revancha. La excitación por la cercanía de Carla y por su disponibilidad le provocan un delirio incontrolado y confuso de posesión: *tener* a Carla, ése es el plan despreciable y envenenado que Ivo urde para ella, mientras que dentro de los Lee ajustados siente que la polla le explota.

—Te quiero —responde, muy cerca del lóbulo de la oreja de ella, que de repente suspira y se aprieta contra él.

«Eso, ahora está más contenta —se dice Ivo—. No esperaba menos.»

Más allá de la barandilla y bajo las encinas está oscureciendo, aunque el cielo aún es luminoso y él baila pegado a Carla en un rincón discreto. De vez en cuando la besa en la boca, en el cuello. Ella se adhiere tranquilamente a su cuerpo, muslo contra muslo, le aplasta los senos contra el pecho, el sexo contra el sexo.

Giacomo los observa desde lejos.

En el tocadiscos suena sin parar *Cuando calienta el sol*, el Grupo hace como si nada, pero el fenómeno que se está desarrollando, es decir, la formación de una Nueva Pareja, no le pasa desapercibido a nadie y será el tema de conversación de esa noche en la heladería y de mañana en la playa. Paolo, que hasta hace sólo dos horas

disfrutaba de un estatus normal, ahora es el que *no se ha comido una rosca*. Disimula, pero se nota que se ha quedado hecho polvo. Está allí, serio, hablando con un par de chicas de segunda fila, de las que se convierten en tus amigas. Tal vez lo estén consolando.

Entonces Ivo y Carla se separan y se dirigen al balancín. La erección de Ivo es evidente, pero lo peor es que en lo que no puede ser otra cosa que la punta del pene se le ha formado una mancha húmeda, una baba que le empapa no sólo los calzoncillos, sino los vaqueros blancos, que llegados a ese punto se han vuelto traslúcidos y dejan entrever, a través de la tela ligera, el rosa tumefacto del glande. A él, ebrio y confundido por la plenitud de la conquista recién culminada, no le preocupa, tal vez no se haya dado cuenta. Planea tenerla a su completa disposición esa noche, meterle mano en el cine y luego llevarla a la playa.

—¿Vienes al cine esta noche?

—No puedo, debo quedarme con mi familia. Llega mi padre.

—Pero ¿no puedes?

—No. Esta noche no. Mañana sí. A ver, creo que sí, si me dejan ir…

Está pasando la madre de Francesca con una bandeja de botellas vacías de Coca-Cola y naranjada, servilletas de papel hechas una bola y vasos de papel usados en la mano. Lleva puestos unos pantalones; es alta, rubia, guapa, estricta, impasible, tiene el pelo corto y apenas va maquillada, a excepción de los labios pintados de fucsia. Aprieta entre los dientes una boquilla de nácar con un cigarrillo encendido. Una madre curtida, como muchas de las que se ven aquí. Una madre que observa y comprende. Una madre de ésas a las que no se les escapa nada. Les tiene echado el ojo desde hace un rato y ahora se nota que les clava la mirada para indagar en la situación.

Ha entrado en la casa hace unos minutos cuando el hermano mayor de Francesca se acerca a Ivo y le dice, avergonzado:

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Lo que añade, tras habérselo llevado aparte, suena exactamente así:

—Mira, no es culpa mía… Perdóname, ¿eh? Pero debo decirte una cosa… Verás… Mi madre me ha mandado que te diga que vayas a darte una vuelta y regreses cuando te hayas calmado…

—¿Calmado de qué? —le pregunta Ivo, confuso y acelerado. Entonces baja la mirada hacia el tiro de los pantalones, ve lo que ha ocurrido y siente que le sube una vaharada de rubor y sudor a la cara. Sin mediar palabra, coge la puerta y se va, prácticamente huye. Sólo ha de bajar una planta y, cuando ya está en la calle, oye que Carla lo llama desde la terraza. Levanta la cabeza y le dice:

—Mañana te lo explico… No, no tiene nada que ver contigo… Que mañana te lo explico, ¿vale?

Al lado de Carla aparece Giacomo, que lo mira con cara de extrañeza y le pregunta con un gesto de la mano: «¿Qué pasa?». Ivo le hace una señal para que baje y, cuando el otro llega, curioso, corpulento y jadeante, se lo lleva un poco más allá, a la sombra de una encina, y le dice:

—La Madre de Francesca… Me ha pillado… La muy cabrona. Por culpa de la polla tiesa que me hacía bulto en los pantalones, ¿entiendes? Me muero de la vergüenza… Podría haber hecho la vista gorda, pero no: tenía que putearme… Verás cómo dentro de dos segundos lo saben todos…

Giacomo no entiende lo que ha ocurrido hasta que le da más explicaciones. Entonces ríe. Luego se pone más serio.

—He visto que Carletta *está por ti*… —le dice.

—¿De qué coño te ríes, Como? —dice Ivo. Luego continúa—: Parece que sí, sólo que he tenido que decirle «Te quiero», ya sabes cómo va la cosa…

Giacomo no sabe cómo va la cosa porque él no tiene una-que-esté-por-él, pero asiente en silencio. Si Ivo abriese bien los ojos, si no estuviera tan excitado, confuso y desesperado, si no estuviese completamente absorto en sus cosas, si detrás de él se encontrase el consejero experto que le sugiriera prestar un poco de atención, vería el bochorno y tal vez incluso el dolor y los celos que pasan por la mirada de Giacomo. Pero él va a lo suyo y habla de su conquista como un auténtico fanfarrón:

—… me he puesto como una moto, no veas cómo está, me ha metido la lengua hasta la campanilla; en cuanto consiga llevármela a algún sitio, verás cómo la castigo…

Mientras dice estas cosas se siente vulgar, gilipollas y un hijo de puta, pero las dice porque es así como quiere sentirse. Sigue así un rato, mientras el otro calla y muestra una sonrisa tensa.

—¿Le has dicho que la quieres? —le pregunta.

—Sí.

—Pero ¿ella te *importa*?

—No, Como… Me gusta otra, una que no te puedo decir quién es…

—Creo que lo sé.

—Tú no sabes una mierda, Como… Y si por un casual lo sabes, te callas…

—¿Con la otra te va bien?

—No lo sé, no sé nada, me tiene loquito… A veces parece que le gusto, pero por lo general no me hace ni puto caso… Llevamos así un tiempo y yo sigo detrás de ella como un auténtico gilipollas… Es de esas a las que les gusta tener un séquito de gente alrededor… Todos son mayores, uno tiene coche, un Giulietta Spider negro… ¿Sabes quién es? Uno de los capullos del Barecito… Giacomo, me he colado dentro, no sé cómo ha pasado… Me tiene agarrado y no me suelta… Es de las que dan una de cal y otra de arena todo el rato, hace conmigo lo que quiere… Y yo estoy allí adorándola como un memo… Me manda a por las minipizzas a la Rotonda y allá que voy yo. Estoy mal… Lloro, ¿entiendes? Y tengo que estudiar…

—¿Y Carla?

—Con alguien tendré que desquitarme…

Mientras Ivo le responde estas cosas, Como se percata de que está poniendo la cara vulgar de cabrón hijo de puta: los ojos entrecerrados, la mirada de soslayo, un gesto sarcástico que busca complicidad.

El Cerco se ha formado hace ya un buen rato. Sandro pliega *l'Espresso* por la página que está leyendo y se lo pasa.

—Mira esto. «PUEBLO DE ANGOLA DESTRUIDO CON NAPALM.»

Al principio, Ivo no entiende nada. La foto está un poco desenfocada, borrosa. Luego, presa de la incredulidad, se da cuenta de que se trata de cabezas plantadas en estacas clavadas en el suelo. Las estacas les atraviesan la boca, la garganta. Más abajo, otra foto muestra a militares blancos en mono de camuflaje que sostienen sonrientes en la mano racimos de cabezas negras.

—África —ríe socarronamente Sandro—. Ésos son soldados portugueses, en Angola hay guerrilla y los portugueses van allí a regañadientes. Pero acabarán soltándolos, como han hecho los franceses en Argelia… Se nota que la Historia no les ha enseñado nada… —prosigue, sin dejar de reír—… Si les concedieran la independencia de inmediato, se ahorrarían combates, dinero y el pellejo de muchos soldados… Sin embargo, no se irán hasta que se vean obligados a hacerlo… Eh… Pero verás como antes o después… —Calla de golpe porque ha llegado ella.

Ahí está Marcella. Ha salido del pasaje entre las casetas con un pareo anudado al cuello que le cubre el bikini y una bolsa de playa llena de cosas. Se acerca al Corrillo, parece satisfecha de encontrarlos ya allí, a la espera, y sonríe a su manera, esto es, fijándose en cada uno de ellos con una mirada que parece decir: «No hagas caso a los demás, no son más que figurantes, estoy aquí *por ti*».

—Mañana me marcho, fin de las vacaciones —dice de repente. Luego mira a su alrededor, tranquila, para ver el efecto que produce.

«¡Se marcha! ¡Mañana! ¡Se va! Desaparecerá, engullida por el Invierno En La Ciudad, por otro universo, huye a otra dimensión espaciotemporal… Como en un Urania… A un mundo seguramente mejor que el mío…»

Marcella abandona el Verano con total indiferencia y se dirige serena hacia los horrores del Invierno. A Ivo aún le queda todo septiembre, un mes entero, con el intervalo nada memorable del examen de recuperación. El Verano en el recinto del Golfo es el

único universo cognoscible, el único donde consigue moverse con agilidad y destreza. El Verano es suyo, le corresponde por tradición consolidada, es suyo por derecho. Cuando el treinta de septiembre le toque marcharse en tren —el resto de la familia hará el viaje en coche—, llevará a cabo su rito secreto de despedida del mar, subirá a la primera rama del gran platanero del jardín de la urbanización que da al Golfo con todas sus instituciones geográficas, con sus Islas y su Montaña apoyadas a lo lejos justo por debajo de la Línea del Horizonte, y se quedará un rato contemplando el mar y tratando de llorar. Si en el día de hoy, esta misma noche, o ahora mismo, no consigue hablarle, aclararle, pedirle y declararse, la habrá perdido para siempre. En resumidas cuentas: deberá hacer algo que disuelva esta duda intolerable… Está aturdido por el golpe recibido, trata por enésima vez de razonar, de desembrollarse: «Max se ha hartado, es obvio… Quedamos tres… Sandro está gordo, tiene los ojos saltones, las gafas demasiado gruesas… No tiene ninguna posibilidad… Queda Fabrizio, el capullo del Barecito o, como alternativa… ¿Quién? ¿Yo? Noo. Y seguro que a ella ni se le pasa por la cabeza salir con uno de nosotros… Para ella sólo hemos sido una compañía, unos perritos falderos… Además, se va, así que… Pero… Pero… Hace poco, cuando me tocó el hombro… ¿Era o no era una especie de caricia? Pues claro que lo era: si no le importo una mierda, entonces, ¿por qué me acaricia? ¿Por qué me da a entender que le gusto? ¿Será que me lo estoy imaginando todo?».

La mera idea de encontrársela por la ciudad, con su ropa de Invierno —se la imagina con falda de lana escocesa cerrada al lado con una hebilla dorada y jersey de cachemir, las medias blancas y los mocasines Collegians con borla, pero sólo porque en invierno todas sus amigas visten igual cuando salen por la tarde, cuando va a recogerlas a la salida de la escuela—, lo emociona y lo estremece, le provoca destellos frenéticos y fantasiosos.

«También podría ser que le gustase… En la ciudad podríamos salir juntos, podríamos ir al cine los sábados por la tarde… Ella llevaría un abrigo… Una piel de castor, de nutria… Las botas… Las

medias, las ligas… Ese trozo desnudo de muslo al que se puede llegar en la oscuridad con la mano…»

Como siempre, su mirada se posa largo y tendido en el pie arqueado de Marcella, apoyado como de costumbre en el travesaño de la tumbona, en el talón que empuja la tela y en los dedos que quedan ligeramente enarcados hacia arriba: adora sus pies, los únicos pies de la playa que no hacen pensar en manos de mona deformadas de tanto caminar. Se los imagina en un par de zapatos de tacón, en una fiesta de Invierno, y a ella con un vestido elegante, bailando un *twist*, un *madison*.

Si el hombre sabio de antes pudiera leerle el pensamiento, le diría, con la misma calma, que huele a tabaco fumado: «La estás reconduciendo a tu mundo, chaval. Marcella no es de tu edad, no se pone Collegians, es dos o tres años mayor que tú, y eso es lo único que se necesita para situarla en la otra vertiente de la montaña que estás escalando: déjalo estar, hazme caso».

De repente, cuando piensa en Marcella, su repulsión natural por el Invierno da un vuelco: ahora lo ve como una extensión cálida y lanuda de cielos grises y lluvia, pero colmada de amor, dulzura, deleites y besos en el cine, caricias a los pechos que Marcella parece tener tan turgentes, que son tan misteriosos. Sin embargo, no es suficiente, Ivo llega a imaginársela tumbada *desnuda* en una cama. Una vergonzosa erección que llega de manera instantánea, de un modo que el bañador elástico no consigue ocultar, lo obliga a correr a la caseta para tratar de calmarse. No obstante, una vez allí, en la oscuridad, con la puerta cerrada con llave y el pene que parece estar a punto de explotar y que palpita como una cámara de aire a cada latido del corazón, no puede evitarlo y comienza a masturbarse. Bastan pocos movimientos de la mano para hacer que se corra de inmediato y que un chorro de esperma descontrolado y sacrílego termine en la camiseta de tirantes de su hermanita que está en una silla. Con la misma camiseta sagrada se limpia la polla y luego sale, va a lavarla en los baños de allí al lado, vuelve y la extiende en el respaldo de la silla: espera que se seque durante la noche.

Cuando vuelve al Corrillo, Sandro ha retomado la conversación sobre la guerra de Angola, sobre el régimen portugués. Marcella le hace preguntas y esto lo anima a seguir, Ivo nota que se da pisto. Desde hace unos días, Massimiliano ya no forma parte del grupo de los Adeptos a Marcella, pero Ivo sabe que aún no se ha marchado, porque lo vio la noche anterior en el cine al aire libre disfrutando de *Tambores lejanos* y fumando arrellanado en la butaca de hierro, con las piernas estiradas sobre el respaldo de delante.

Fabrizio permanece callado y juega con las llaves del coche, tras sus Ray-Ban de siempre, con el polo Lacoste de siempre y las bermudas Positano de siempre. Cuando Sandro toca temas políticos o habla de libros, Fabrizio no se descubre, calla y asiente, como si lo supiera ya todo, como si lo hubiese entendido todo y no le importase nada, pero hoy de repente lo interrumpe y, con absoluta indiferencia, dice dirigiéndose a Marcella que esa noche hay una fiesta en la casa de «un tío, uno que no recuerdo cómo se llama». Ella responde que sí, que ya lo sabía, que se hace en casa de Attilio y que por una vez le gustaría ir, para despedirse antes de partir. Fabrizio parece arrepentido de haber desvelado la información también a Ivo y a Sandro, pero no mucho: ahora que Massimiliano ha soltado su presa, parece convencido de no tener más rivales.

Y ahí está la otra noticia: ¡esta noche ella va a ir allí! Ivo debe estudiar, pues los exámenes están a la vuelta de la esquina y al día siguiente por la tarde, a las seis y media, Giorgio quiere repasar con el temario, pero debe ir a esa fiesta. Conoce a Attilio, es uno de la pandilla de Hermana Grande; seguro que ella también va: no hace falta invitación, basta con presentarse en la puerta.

—… Ivo, no digas que no vienes. Es la última noche…

Alza los ojos hasta ella y ve que lo está mirando de una manera que le parece intensa, exclusiva. Parece que lo aprecie de verdad: el corazón le salta a la garganta como siempre que lo mira de ese modo.

—Tengo que estudiar un poco, pero voy seguro —balbucea.

Las fiestas empiezan sobre las diez, cuando hace horas que el Golfo se ha sumido en la oscuridad.

Tras la calma de última hora de la tarde, se ha levantado una brisa de interior que en condiciones de tiempo de poniente, es decir, bueno y fresco, barrerá el mar durante toda la noche. Las luces del puerto y las del paseo marítimo puntean la línea de la costa, rediseñándola. No hay luna. De la Rotonda, que se encuentra completamente iluminada y se desdobla en el agua, emana una música lejana. El resto de la playa está inmerso en la oscuridad más absoluta y la línea de la orilla se intuye por los reflejos de las luces en el mar, que se interrumpen de manera brusca.

La terraza de Attilio da a todo esto. Es una plataforma amplia, con una baranda de azulejos de Vetri decorada con peces, cangrejos, pulpos y caballitos y estrellas de mar. Dos grandes sombrillas blancas, tumbonas de hierro cubiertas de cojines de tela azul, un balancín, mesas con mantel y aperitivos, alcohol y hasta una botella de *whisky*, nada de vino, sobre todo cerveza.

Aquí se lleva Peppino di Capri. Cuando llega Ivo, la terraza ya está llena de gente y en el tocadiscos suena *Voce 'e notte*, que al instante le produce un nudo en la garganta. Todos los chicos son mayores que él: tienen otros modos, otras voces, otros cuerpos. Son estudiantes universitarios, imbuidos ya en la idea de que dentro de unos años deberán desempeñar un papel; conscientes, se diría, de futuras responsabilidades, sueldos y parcelas profesionales, clubes deportivos, bodas e hijos, para algunos inminentes, que se celebrarán rigurosamente en basílicas paleocristianas fuera de los Muros de la Ciudad de Dios. La mayoría de ellos continuará la carrera de sus padres, se convertirán en ingenieros para empresas, o bien en notarios, abogados, médicos o arquitectos. Se licenciarán en cualquier cosa antes de aprender el oficio y dirigirán negocios conocidos del centro, o tomarán de manera gradual las riendas de empresas de importación/exportación, de torrefacción y de materiales de construcción. Mejor si se trata de concesionarios de coches, que desde hace unos años están ganando grandes sumas de dinero. Esos tres o cuatro años de más con respecto a Ivo los sitúan

en otros mundos que nada tienen que ver con el suyo, donde todo es diferente.

En ese momento de la Historia Mundial, tener dieciocho o diecinueve años y pertenecer a una familia burguesa significa participar de una cultura distinta y anterior con respecto a la de quien sólo es dos o tres años más joven, significa prepararse con confianza para un futuro que parece indiscutible, seguro, garantizado, como una calle ya trazada con unos márgenes precisos: sólo hay que embocarla. Ivo no conoce estas cosas con precisión, pero las intuye por el modo en que chicos y chicas se tratan mutuamente: hablan mucho en voz baja, no dicen palabrotas, rara vez ríen fuerte, bailan rectos sin magrearse como pulpos, sin meterse la lengua en la boca ni hacerse chupetones en el cuello, incluso las parejas estables se limitan a un correcto mejilla con mejilla. Bailan muchos lentos, algún que otro *twist* y *madison* y hasta chachachá. Los tíos llevan camisa, o más frecuentemente polos Lacoste, jerséis por los hombros o atados a la cintura, pantalones rigurosamente largos de algodón blanco o claro, sandalias *caprese*, aunque abundan más los mocasines sin calcetines. Algunas chicas más elegantes llevan vestidos sencillos con escote recto y tirantes sutiles y zapatos terminados en punta con poco tacón, pero casi todas llevan pantalones de pitillo con abertura, camisas de manga a la sisa o larga y camisetas con amplios escotes barco, todo muy colorido; en los pies, bailarinas, sandalias bajas. Algunas llevan diademas en el pelo. Todas ellas, bolsos baratos de mimbre con un jersey anudado a las asas.

Las chicas de aquí también son un enigma absoluto, ninguno de los tíos sabe en realidad *qué* son, qué quieren, pero circulan teorías. Casi todas son estudiantes, eso sí. Las que no van a la secundaria están matriculadas en Letras, o en Lenguas, o bien hacen Interpretación, Psicología. Algunas de ellas, aunque pocas, van a Medicina. Las demás son facultades de tías, para tías. Estas chicas, por lo que Madre dice cuando habla con Hermana Grande —aunque a Ivo le cuesta creerlo—, piensan, o «deberían pensar si tuvieran dos dedos de frente y no todos esos pajaritos en la cabeza, en

casarse *como Dios manda*, asentarse y tener hijos». Las pocas que trabajarán enseñarán en la escuela: tendrán todas las tardes libres para quedarse en casa con los niños y más o menos tres meses de vacaciones pagadas; un sueldo bajo, sí, pero te puedes permitir una criada sin problemas, cotización incluida. De lo demás ya se encargará su marido. Algunas de estas chicas piensan que ya lo han encontrado y para muchas la playa, en el fondo, sirve para eso. Algún que otro chico piensa lo mismo. El clima aún es un poco confuso —al parecer, deben colarse muchas canicas en las guas antes de que todo se consolide y cristalice—, pero tíos y tías viven una edad que ya es seria, con visos de futuro. Sobre todo las chicas: nada de cháchara ni de meterle la lengua en la boca al primero de turno. Sin embargo, ni a tu chico (no se dice «novio» aunque de hecho lo sea o esté a punto de serlo) le concedes demasiado para que no se forme una opinión equivocada de ti y te vea como a una «facilona», una que «pasa por el aro». Una poco seria con la que uno puede «divertirse».

Éste es el ambiente no declarado, no enunciado, no dicho, que se respira en la plataforma de Attilio, una terraza suspendida sobre el mar, en esta noche de finales de agosto de 1962. El problema es que algunos ejemplares de la extraña especie Chicas Grandes no se comportan en absoluto como si sólo tuvieran en mente el proyecto marido-familia, es más, parece que todavía quieran divertirse, seducir, jugar con los chicos. Actúan de un modo que los atrae, los descoloca, los excita, los tienta, los desorienta, los enamora. Son raras y sobre todo peligrosas y, entre ellas, Ivo incluiría sin dudar a Marcella.

En lugar de en esta terraza y entre esta gente, debería estar en otro sitio, como por ejemplo en casa, estudiando a Guillermo de Ockham en el Lamanna o en el cine metiéndole mano a Carla; en cambio está aquí, mirando a su alrededor, buscándola, mientras los demás bailan, charlan, beben, apoyados en la baranda de azulejos o sentados en las tumbonas, las butacas de tela, el balancín. Pero no la ve. A la que sí ve es a Hermana Grande bailando con Attilio y el perfil de Sandro apoyado en la baranda charlando con un par de

amigos. Se sirve un vaso de cerveza hasta arriba —odia la cerveza, pero necesita animarse—, se le acerca y lo saluda, con la esperanza de que al menos haga una pausa para poder preguntarle por Marcella. Pero Sandro habla sin parar y ríe, Ivo se queda allí con la mirada fija en aquella boca grande y húmeda que se mueve sin interrupción: sus labios formulan las sílabas con exactitud, sin ningún acento, y se prolongan en las risitas que descubren grandes incisivos serrados. Cuando finalmente los otros dos se alejan, le pregunta:

—¿Has visto a Marcella?

—No.

Sandro es un poco brusco, casi grosero.

—¿Sabes si viene?

—Attilio dice que sí… Pero ¿tú no estás… fuera de tu zona?

Ivo se sonroja, no responde.

«¿Qué cojones te importa a ti dónde estoy, so gordinflón? ¿Cuál es mi zona entonces? ¿Quieres decir que soy demasiado pequeño para estar aquí? ¿Te has mirado en un espejo? ¿De qué te ríes? ¿Qué te hace tanta gracia?»

Le respondería eso, porque está furioso, pero en el fondo se avergüenza: es verdad que no debería estar allí, porque allí no hay nada para él, incluso le ha parecido que Attilio se sorprendía cuando lo ha visto en la puerta, aunque tal vez no haya dicho nada porque es amigo de Hermana Grande. Ivo podría marcharse, pero se queda y va a por otra cerveza. Luego se escabulle a un rincón oscuro de la terraza, se apoya en la baranda de azulejos de Vetri y se pone a contemplar el mar.

Sistavoccadesider' evase, nun è peccate…

La música lo invade sin encontrar obstáculos ni defensas. Observa el mar lejano y casi se echa a llorar. La canción de Peppino di Capri llega desde la Rotonda: está amortiguada por la distancia, pero se oye nítida. Ivo contempla el recinto de la Gran Sala de arena y agua donde le está permitido vivir el Verano en semilibertad: la Ciudad, la Playa, el Acantilado, el mar, más o menos hasta el Horizonte, y la Montaña Lejana son *suyos*. A su espalda sólo hay

tierra y, a una hora y media en coche, el fermento inaudito de la Ciudad de Dios, donde pasa el Invierno, donde todo parece en construcción: obras hasta donde alcanza la vista, una superficie que se extiende de manera descontrolada por las colinas, que se expande por la llanura y remonta otras colinas, hasta el infinito. En ese páramo fangoso lleno de obras está el Trabajo de Padre, están sus Máquinas, sus Camiones, sus Grúas, en los andamios están sus hombres trabajando duro, con sombreros de papel en la cabeza. De ahí —Padre nunca se olvida de recordárselo— procede el dinero que le permite esos cuatro meses de desconexión… Por tanto, debe huir en dirección contraria a la tierra, lejos de Padre, hacia el Horizonte, hacia las Islas que de vez en cuando aparecen al fondo. Y luego, como un pez, tirarse al mar abierto, hacia los confines del Mediterráneo, hacia los Océanos: agua y más agua, sólo agua.

«Allí nunca me encontrarán, nunca me atraparán.»

Incluso ha intentado huir por mar: una tarde puso rumbo al horizonte con el *Mandrake* y decidió irse *muy* lejos. Llegó hasta donde ya casi no se veía la tierra, hasta donde le permitía la hora, pues el viento amaina luego, cuando cae la tarde, y corres el riesgo de tener que remar durante horas. Allí, si miras hacia occidente, ves el mar completamente cubierto de esquirlas luminosas. Antes de volver, apuntó la proa al viento y permaneció un rato a la deriva, en el silencio del chapoteo de las olas a lo largo del casco, hasta que el miedo al mar, a la lejanía y a quedarse sin viento lo obligaron a volver…

«Debo llevarme a Carla —piensa, mientras mantiene a raya las lágrimas que le provoca la música—. Debo llevármela lejos y *desnudarla*.»

Se gira y ve llegar a Marcella. ¡Fabrizio viene con ella!

Al principio le cuesta reconocerla porque siempre la ha visto en bañador, con el pelo mojado, y ahora, en cambio, va maquillada, lleva el pelo recogido en la nuca, un *saint tropez* de encaje blanco que le deja el vientre y los costados al aire, pantalones ceñidos negros, bailarinas rojas, un collar de pequeñas cuentas de ámbar alrededor del cuello y unas gafas en la nariz. Ninguna va vestida

como ella. Le recuerda a una actriz francesa… Anouk Aimée. Ivo, que ya lleva tres vasos de cerveza en el cuerpo, suda y no cree lo que ven sus ojos: es guapísima y distinta de todas las demás. Esa tarde, en esa terraza, ningún ente femenino emana tanta fuerza y seguridad. Fabrizio se encuentra detrás de ella, tranquilo como de costumbre. Sonríe y mira a su alrededor, saluda a los pocos que conoce, él no es de este grupo.

Ivo, apoyado en la baranda, la observa desde lejos y se da cuenta de que ella tampoco conoce a mucha gente allí.

Ya tiene a Sandro encima. Marcella lo saluda, le sonríe, mira a otra parte.

Ivo no se siente bien, suda y la cabeza le da vueltas, no sabe si Marcella lo ha visto ya. Entonces dobla la esquina de la terraza porque de repente la situación le parece insostenible. Encuentra una butaca de tela, se sienta y se queda allí un rato mirando la fachada de la casa de enfrente que emerge de una masa negra de pitósforos, de magnolias. Observa el alicatado azul marino de la baranda, el pulpo, el cangrejo, la langosta, el caballito de mar, la caracola, compara dos dibujos con el mismo motivo y, por las diferencias, se percata de que realmente están pintados a mano. Aquí la música lejana de la Rotonda se escucha mejor. Son temas viejos, ya gastados, las palabras no se distinguen, pero Ivo los conoce, hablan de amores veraniegos, de playas, de vacaciones en el mar: es el Verano el que se labra el mito naciente de sí mismo.

«Debo decírselo… He venido para eso… Mañana se marcha y yo, como un gilipollas… Me quedo aquí otro mes… Como los niños que deben "ir a la playa"… A lo mejor quiere salir conmigo… Dijo: "Anda, ven, no digas que no". Si lo dijo, habrá un motivo. Si no, ¿por qué lo habría dicho? ¿Qué necesidad tenía de decirlo? Dijo: "Anda, ven"…»

Ivo empieza a elaborar un esbozo de Declaración.

«La invito a bailar un par de veces y luego le digo que estoy enamorado de ella… Pero ¿cómo se lo digo? Debo encontrar un modo insólito, divertido, que no resulte banal… Debo decirle algo que la sorprenda, que la divierta, que le interese… En el misterio de su mente a lo mejor ya me ha elegido… Sí, claro, ¿y Fabrizio?»

Alguien ha dejado una cerveza Peroncino medio llena en la baranda. La coge y se la bebe de un trago. ¿Cómo decirle que la ama —no que la «quiere», sino que la ama— si le entran ganas de llorar?

Un modo original e imaginativo para decírselo.

Un modo ligero, despreocupado.

Un modo intenso, dramático, perentorio.

Un modo completamente propio, que no se parezca al de ningún otro, que le haga superar todas sus desventajas, su falta de superpoderes, el hecho de que aún va a la secundaria y todo lo demás.

Se aparta de la baranda y se dirige al centro de la terraza, donde se baila.

Está sonando un *twist*. Mientras camina, tiene la sensación de que se tambalea ligeramente. Se siente desdoblado, siempre le ocurre cuando bebe demasiado.

Marcella está bailando con un tío al que no ha visto nunca.

Lo saluda desde lejos.

Es amable, cordial, desenvuelta, magnífica: todos los de la terraza se han dado cuenta.

El *twist* termina, empieza un lento, Ivo se le acerca y le pregunta:

—¿Bailas?

—¡Hola! Sí, claro, qué bien que hayas venido… Antes te he estado buscando, ¿dónde estabas?

«¡Me buscaba!»

Fabrizio no está muy lejos, apoyado en la baranda, bebe, los observa.

En cuanto Ivo la coge por la cintura, Marcella se le arrima tranquila, charlando. Se agarra ligeramente a él, le toca la mejilla con su mejilla. De la emoción, a Ivo le cuesta respirar, se siente completamente desdoblado, una parte de él observa la escena como si no le atañese. Suda, pero ella no parece darse cuenta.

«¡Le gusto! ¡Me está animando!»

«Cuando les interesas, te lo hacen saber, siempre…», le dijo una vez Giacomo durante uno de sus razonamientos sobre las mujeres. Ivo sólo conoce la técnica del acercamiento aceptada y practicada por el Grupo: bailar y apretarse. Las únicas variantes son los tiempos y la intensidad de la maniobra. Ésta es una situación que requiere cautela.

«No puedo ponerme a achucharla enseguida… Pero poco a poco puedo probar, puedo ver qué pasa si me la aprieto… Debo hablarle con dulzura, echarle el aliento cerca del lóbulo, provocarle escalofríos… Debo llegar hasta ahí con calma, ¡y decirle que estoy locamente enamorado de ella! Necesito hacerle entender que ya no queda tiempo, que debo dar un paso al frente… Si no lo hago ahora, ¿cuándo? No te pongas a achucharla, no seas banal, no sueltes las típicas gilipolleces de niñatillo, ella no es Carla, es otra cosa… No puedo decírselo así, directamente, tengo que ir paso a paso… Si no, se me ríe en la cara, se me ríe…»

Un consejero secreto le diría cosas decisivas.

Pero no hay ninguno, así que Ivo, tras muchos circunloquios, titubeos, vacilaciones, se declara.

—A ver, tu profesor es católico y tu escuela es de curas… Por eso el programa se inclina hacia la patrística: San Agustín, Santo Tomás, Ockham y los demás sólo suelen estudiarse si da tiempo. Vosotros en cambio habéis profundizado en ellos. Por tanto, *in primis*, esperemos una o más preguntas sobre la patrística, mientras que, en el otro extremo, es menos probable que te pregunten algo sobre los presocráticos, aunque puedes esperarte alguna pregunta… Es más, espératela, seguro. Sócrates, Platón y Aristóteles no te los quita nadie. Así que repásalos, son los que mejor debes repasar, pero prepárate bien también a San Agustín y a Santo Tomás… Con estos dos no salgas con ideas propias… Recuerda que constituyen la base de la doctrina cristiana… Los estoicos, los escépticos y los epicúreos son menos probables, pero a lo mejor te cae una pregunta… Los helenísticos son mis preferidos. Si pudiera elaborar yo el currículum académico, les daría mucha más importancia… La

metafísica y las demás gilipolleces les importaban un bledo: a ellos les interesaba el hombre, son los únicos que se han preocupado por ayudarnos a vivir… Teníamos que hablar del comunismo, ¿te acuerdas? De los «compañeruchos», como los llama tu padre…

Ivo no lo escucha, Giorgio está divagando de manera extraña, quizá porque es la última vez que quedan antes del examen. Le ha preguntado salpicado para evaluar su grado de preparación, le ha dado los últimos consejos y ahora está afrontando el tema de los compañeruchos: Ivo lo había olvidado por completo. «¡Dios, qué coñazo! ¿A mí qué me importa el comunismo? Ahora a ver cuándo corta el rollo…» Habla como pensativo, se alarga, se nota que el tema le interesa. Ivo no piensa en nada; terminado el repaso ha vuelto al estado mental de las últimas horas, que es aquel de un púgil que aún se encuentra bajo los efectos de un golpe y que además se avergüenza de lo poco que ha durado en el *ring*, de lo fácil que ha sido vencerlo. El examen de recuperación es la semana siguiente, sabe que debe estudiar, pero eso no le preocupa. Tras los duros golpes sufridos ayer por la noche en la terraza de Attilio —una vez de vuelta en casa, lloró y vomitó—, se siente aturdido, se ha tomado una Cibalgina. Mucho es que haya logrado responder a prácticamente todas las preguntas de Giorgio. Es casi de noche, los días se están acortando y hoy por la tarde se celebraba la típica fiesta en casa de una del Grupo: él, por el contrario, está aquí chupándose los tostones extracurriculares de Giorgio, que sigue erre que erre y al que ya ni se le entiende lo que está diciendo.

—… te hablarán de la abolición de la propiedad privada, pero también de teorías y filosofías de signo contrario… Te cantarán las virtudes del libre mercado, de la economía que se autorregula y demás… Te contarán lo del amor libre o, por el contrario, lo del valor de la virginidad como bien supremo antes del matrimonio… Hablarán de la libertad, de la fraternidad, de la igualdad. Te soltarán lo del alma y el espíritu, lo de la vida ultraterrenal, lo de los fenómenos paranormales, lo de las realidades distintas y superiores. Muy bien, algunas de estas cosas son muy bonitas y hasta yo, que no digo que me las crea, rezo para que así sean. ¿A qué me refiero? Pues, por

ejemplo, a la igualdad y al fin de cualquier atropello y explotación… Sin embargo, al contrario que otros compañeros míos —yo también soy un «compañerucho»—, no me hago ilusiones: el hombre es lo que es. Así que atiende, Ivo…

Ivo no está atendiendo para nada, lo único que quiere es largarse de allí.

—… no queda más que *la ciencia*. Al final de la partida, al final de todas las metafísicas y de todas las religiones y de todas las pruebas de la existencia de un dios… Al final de todo razonamiento abstracto, de toda espiritualidad posible y adoptable, al final de todo materialismo, *sólo está la ciencia y nada más que la ciencia*. La ciencia es la única y verdadera esperanza del ser humano, Ivo…

Calla de repente, como si hubiera despertado de una hipnosis, y así termina su filípica. Giorgio, por lo común tan distante y moderado, parece arrepentido de haberlo mantenido siempre a distancia. Es como si, más allá de la programación del examen, quisiera recuperar de golpe todo el tiempo de una enseñanza fallida.

Ivo tiene la cabeza en otro sitio, farfulla algo, mientras le tiende el sobre con el dinero que le ha dado Madre.

—Te llamo después del examen… Si necesito aclarar alguna duda, ¿puedo venir?

—Claro, ven cuando quieras. Y en el examen, sobre todo, no te pongas nervioso: te lo sabes, así que…

Giorgio se queda sentado, con el cigarrillo en vertical entre el índice y el pulgar como de costumbre, con la ceniza en vilo, mientras le dice: «¡Suerte!» cuando él ya está en la puerta.

Ivo consigue llegar a tiempo a la heladería, donde encuentra a gente del Grupo que sigue allí, aprovechando antes de irse a cenar. Son casi todo chicos, y les pregunta por la fiesta.

Le responde Ernesto, alto, delgado, rubio, encorvado, con la voz ya adulta —unas veces desencantada y otras pastosa— y que siempre le ha caído como el culo. Le responde con la cabeza ladeada, con el dorso de la mano en oblicuo bajo la boca, le habla sin la menor simpatía.

—¿Quieres saber si estaba Carla?

—No, hombre, era por preguntar…

Ernesto ríe con sarcasmo.

—Si supieras con quién se estaba enrollando…

—¿Con quién?

—Ah, ¿ves cómo te interesa?

—Está bien, me interesa. ¿Con quién se estaba enrollando?

—Aahhh… Venga ya, tranquilo, que no se ha enrollado con nadie ni ha bailado con nadie. Se ha pasado todo el rato charlando con Giacomo. Si fuera tú, me preocuparía.

Ivo cambia de tema.

—¿Dónde vais esta noche?

—¿Dónde quieres ir tú? ¿Al club nocturno? ¿A dar una vuelta con el coche por la costa con una botella de champán metido en frío en el maletero? ¿Quieres salir en lancha motora en plena noche? ¿Quieres partir hacia los Mares del Sur? Vamos al *cine*. Al de verano. A ver lo que echen. ¿Dónde te crees que estás? ¿En Saint-Tropez? ¿Quién te crees que eres? ¿Gunter Sachs? ¿Jean-Noel Grinda? ¿Tienes coche? ¿Tienes dinero? No. Pues, entonces, ¿dónde vas a ir? Aquí a las diez, claro.

Se dirige a toda prisa a casa, unos diez minutos a pie, sube solo por la cuesta —la costa se eleva progresivamente a medida que el Golfo se abre hacia el este—, con lágrimas en los ojos y nada de hambre. Pero debe hacer acto de presencia en casa, debe comer algo, hay que conseguir las quinientas liras necesarias para salir: doscientas para el cine y trescientas para gastos. Septiembre empieza al día siguiente. Normalmente no le presta atención, normalmente el Verano fluye sin tropiezos hasta bien entrado septiembre y llega incluso hasta el dos o el tres de octubre, con esos cuatro gatos que quedan en la playa y el último baño que casi te avergüenzas de darte, aunque por no enfrentarte al Invierno detendrías el tiempo, el curso del sol. Este año está la asignatura que hay que recuperar y que funciona como una barrera, como un muro que hay que salvar antes de disfrutar de las últimas delicias de

septiembre, cuando la Ciudad de Mar se vacía, en la playa quitan una hilera de sombrillas, en el club ya no hace falta alquilar el *Finn*, quedarse hasta tarde en el Bar Caravella se convierte casi en una experiencia mística, porque no va nadie, por el silencio, por los motores de los pesqueros que van y vienen en la oscuridad. Sin embargo, el examen de recuperación no tiene nada que ver, es la marcha de Marcella la que ha vaciado de golpe el Verano y lo ha convertido en una cosa de niños, en algo que tiene que ver con baños, palas, cubos y aburrimiento, con fiestas que se convierten en guateques de adolescentes, con discos rayados, Coca-Cola de formato familiar, helados rituales y pizzas al corte calientes, magreos en el cine, paseos nocturnos en los que nos apiñamos cuatro en un Cinquecento para molestar a los maricones que hacen la calle por el muelle o en el pinar… Todo lo que antes de Marcella le resultaba divertido, bonito, estimulante, incluida Carla, ahora le parece una chorrada de adolescentes. Hasta el *Mandrake* ha pasado a no ser otra cosa que una barquita de madera. Ir a pescar con Giacomo por la mañana temprano, bajar en bici a Poniente, hasta el Arco Mudo, y zambullirse en camiseta en el agua fría y en calma ya no es algo serio, como antes, sino una caza y captura de pececillos, algo propio de incompetentes mal equipados. Hasta la contemplación vespertina de los restos del Sagrado Spitfire, aprisionado en un pedestal en la explanada al borde del acantilado, ya no tiene el potente significado de antes. Todo esto, el Verano entero con su Golfo y sus Islas, todo, todo, lo ha anulado Marcella de un plumazo. Ella, que se ha marchado hacia su misterioso Invierno en la ciudad y ha desaparecido en la intimidad cálida e inalcanzable de sus cosas. Ivo no sabe dónde vive, pero se la imagina en una casa grande, con muchas alfombras, pieles sobre las camas y grabados en las paredes con escenas de caza. Se imagina incluso una chimenea encendida, a ella sentada en la alfombra tupida, en mallas negras, con los pies descalzos, arqueados, su gato, está llamando por teléfono, ríe, al otro lado de la línea el que irá a buscarla en coche sobre las nueve, esa noche…

«Estás acabado, pero aún falta un mes para que termine el Verano… Y todavía te queda Carla… Le gustas, es mona, con ella te puedes enrollar empezando desde esta noche, si va al cine…»

En casa, Madre ha salido a su partida de canasta, están sus hermanas. Hermana Grande está a punto de salir, Hermana Pequeña está con la niñera que la está durmiendo, en la mesa hay una sartén de calabacines cubierta con un plato, una *mozzarella* ahumada, sobras de *parmigiana*, un poco de pan, melocotones, ciruelas. Al agua Idrolitina ya casi se le ha ido todo el gas. Come cada vez con más hambre, engulle *mozzarella* y pan, la *parmigiana* de ayer está buenísima. Las quinientas liras con las que contaba no están. Asedia a Hermana Grande hasta que consigue sacarle doscientas cincuenta, doscientas para el cine y cincuenta para el helado de después. En la cómoda del dormitorio está el cartón de tabaco Muratti de Madre, del que manga un paquete entero. Madre sabe que fuma. Madre ve, vigila y tolera con benevolencia. Madre le deja vivir, comprende el Verano y su fuerza.

A las diez está de nuevo en el pueblo. Los del Grupo están allí plantados, apiñados en una zona bien precisa de la heladería. El viento ha cambiado, sopla lebeche. El aire está húmedo, caliente, pegajoso. Carla también está allí con los demás, silenciosa, con su jersey reglamentario por los hombros; el pelo suelto al viento le azota la cara, casi negra de lo bronceada que está. Es guapa, pero nunca ha tenido una corte de reina, como tienen las otras dos o tres estrellas del Grupo, no se rodea de amigas con las que reír y cuchichear todo el tiempo, de las que te acompañan al baño. Carla no es de las que surgen de repente y parece que pasan de todo. Esa noche mantiene las distancias con Ivo, habla con los demás, le da la espalda, mientras el Grupo se dirige hacia el Arena Excelsior: a Giacomo aún no se le ha visto el pelo. Consigue colocarse cerca de ella en la cola para comprar la entrada. El Grupo ha tomado conciencia de que empezaron a *salir* en la fiesta de Francesca y facilita la maniobra: es lógico que esta noche Ivo y Carla vean la película sentados el uno junto al otro. Así es con las demás parejas y así será con ellos. Echan una película francesa de capa y espada. Ivo

odia las películas de capa y espada. Odia las espadas que parecen espetones y que se batan en duelo entre risas, burlas y conversaciones. Odia los saltos de los duelistas y cuando se cuelgan de la araña del techo. Odia los bigotitos y a los miembros de la guardia del rey que hacen de tontainas. Odia todo esto y le encantan las películas del Oeste y las de ciencia ficción, que rara vez ponen. Pero esa noche no está ahí por la película. Está ahí para meterle mano a Carla y sólo de pensarlo se le corta la respiración, siente que le flaquean las piernas. Ella apenas le hace caso, no se opone a que se le siente al lado, pero tampoco lo anima.

«Hace como si nada, pero es normal… Justo cuando están por uno actúan así… Cuanto más te ignoran en público, más están por ti…»

Giacomo no está; al final Ivo consigue sentarse junto a Carla, en la última fila. Las sillas de hierro tardan un rato en calentarse y al principio las sientes a través de la tela de la camiseta. Les rodean las demás parejas del Grupo. En el cine siempre es así, nadie quiere estar en medio de los que se enrollan, nadie quiere quedarse allí haciendo de sujetavelas, de modo que se forma una zona de parejitas de manera espontánea, donde todos están al lío y el que no pilla cacho ve la película pegado a su novia fumándose dichosamente un cigarrillo tras otro. En fin, que durante todo el espectáculo, del recinto del Arena se eleva una gran nube de humo que se distingue a la perfección incluso desde fuera, como si allí dentro se estuviera quemando algo. Pero si el que está dentro levanta la vista, ve el cielo estrellado: en vísperas de la Noche de San Lorenzo alguna que otra estrella fugaz grande ha pasado como una bala por detrás de la pantalla y la platea al completo ha soltado un «¡Oohh!» y luego se ha girado para decir: «¿La has visto?».

Ivo comienza sus maniobras, le pasa el brazo por los hombros, se estira en la silla, enciende un cigarrillo. Carla lleva falda. ¿Es una señal? ¿Se la ha puesto aposta para él? Echa un vistazo a sus piernas bronceadas, a la piel tersa y lustrosa de la rodilla doblada, a los muslos que se ven por la mitad, a la camiseta ceñida con escote, a los pechos realzados, a los tirantes del sujetador. Ve su cuerpo

como una misión que debe cumplir y evalúa las dificultades de acceso. Y se vuelve a excitar sólo con pensar en tocarla, mientras que Carla ni siquiera lo mira, habla y ríe con su amiga, que también tiene a su novio al lado, y también está sometida a su brazo: las manos de los dos tíos casi se tocan. Todo está listo y va como siempre, mientras que la película empieza y efectivamente es un coñazo de capa y espada. Una vez que se termina el cigarrillo, Ivo le coge la mano y empieza a besarla por el cuello hacia la nuca, le roza la oreja con los labios y huele la fragancia fresca de su piel, la de aire de su pelo.

Ella, con la cara fija en la pantalla, lo deja hacer, pero no colabora, no se gira para besarlo. Entonces Ivo se estira para alcanzar su boca, pero se encuentra con unos labios cerrados. Intenta girarle la cabeza, pero ella opone resistencia, se queda rígida, no se vuelve.

«¿Qué coño pasa? ¿Qué mosca le ha picado? Hasta ayer estaba por mí, ¿y ahora?»

—¿Qué te pasa? —le pregunta.

—Nada.

—¿Cómo que «nada»?

—Nada.

Ya estamos otra vez con el misterio del comportamiento femenino: Ivo ha hecho algo mal, pero ¿qué?

—Ayer no pude venir, tenía que estudiar, lo sabes… Y hoy debía hacer el último repaso. ¿Te parece que me esté divirtiendo durante estos días? —le murmura al oído, de modo que le da de lleno en el lóbulo con el aliento caliente. Carla ladea la cabeza hacia él y se aparta ligeramente, sonriendo.

—Mira la película —le dice entonces.

«¿Y a mí qué coño me importa la película?»

Ivo se siente herido, por lo que debe despreciarla en revancha, como un cordero sacrificial que hay que inmolar en nombre de Marcella, entidad superhumana e inalcanzable que se ha marchado a la ciudad, donde vivirá entre adultos, dejando que él termine su verano de crío entre críos.

Carla parece disfrutar de la película, Ivo se enciende otro cigarrillo, apoya los pies en el respaldo del asiento vacío de delante y durante un rato se siente agotado, desiste de sus maniobras, se aburre. Es una película francesa, tampoco muy de capa y espada, un rollazo con actores desconocidos, un auténtico truño. Le parece incluso reconocer a un actor que ya ha visto en alguna serie de televisión: ¿qué hace aquí uno contaminado por la tele? La garantía que le ofrecen las películas americanas es que en el *casting* rara vez se ven caras peninsulares, sólo en algunas, y todas son megafamosas y siempre hacen de peninsulares. Nunca te los encuentras en las películas del Oeste, donde son impensables, donde todos, menos los indios y los mexicanos, tienen los ojos celestes. Después de un rato, Ivo vuelve al ataque, pero Carla, cerrada como una tortuga, con los muslos apretados y los brazos cruzados, es impenetrable y no hay manera. Ivo se siente como un idiota, se fuma un cigarrillo tras otro y le pregunta una y otra vez al oído:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué te he hecho?

—Nada, no me pasa nada, déjame ver la película —le responde ella.

Pero después, en el intermedio, como insiste, le dice con toda tranquilidad:

—Luego hablamos.

—Ah, ¿has visto cómo te pasaba algo?

Durante toda la segunda parte, Ivo se devana los sesos pensando qué puede haber ocurrido, formula planes de acción, se da cuenta de que está dispuesto a todo tipo de mentiras, a decirle que la ama incluso, con tal de tocarle los pechos, entre los muslos, con tal de conseguir que le toque la polla. Pero entonces la película termina. Una vez fuera del cine, ella dice que debe irse a casa enseguida; él dice: «Te acompaño», le coge la mano, se dirigen hacia el paseo marítimo. Las ráfagas de viento arremeten de lleno contra ellos en cuanto doblan la esquina, el lebeche sopla más fuerte. Ivo vuelve al ataque:

—¿Vas a decirme ya qué te pasa?

Ella calla, él insiste.

Al final Carla le responde sin mirarlo:

—Me han dicho cosas… Me han dicho que… Sólo te quieres divertir…

—¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho?

—No importa… No te lo voy a decir… ¿Es verdad que conmigo sólo quieres tontear? ¿Que sólo quieres pasar el rato? ¿Por quién me has tomado?

La pregunta es tan directa y simple que Ivo calla. Cara a cara con la verdad, no sabe qué decir. Debería mentir, pero de repente ya no se ve capaz. Tal vez sea el viento húmedo el que lo ha hecho cambiar de idea, o la luz de las farolas, la neblina, el aire mojado y frío que procede de un mar agitado, esa calle con sus casas a un lado y las casetas de playa al otro, tan familiares, con sus plataneros jóvenes y las cacas de perro despachurradas en las baldosas de cemento de la acera. Allí, esa noche, no conseguirá mentir. Por tanto calla.

Se siente un pobre gilipollas en ese paseo marítimo, después de terminar sin comerse una rosca con Ella, después de que en la fiesta de Attilio se liara a hacer y decir todas aquellas chorradas, después de haberla visto esbozar una sonrisa cortés, *cortés*, mientras le decía que quizás él la había malinterpretado y que, en cualquier caso, ella no pensaba en él en absoluto y que jamás lo había hecho, ni ahora ni nunca… Después de haberse emborrachado y después de haberse largado llorando, que parecía que tuviese el pecho roto, después de haber pasado toda la noche vomitando, de que Madre hubiera oído las arcadas —Madre, ya se sabe, tiene el sueño ligero— y se hubiera levantado y le hubiera sostenido la frente mientras él se vaciaba y lloraba, y le hubiera preguntado dulcemente: «¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué has bebido así?». Y lo hubiera acompañado a la cama y se hubiera quedado allí y le hubiera acariciado la frente mientras él terminaba de llorar, sin preguntarle nada más, como si su hijo estuviese enfermo. Después de todo eso, mientras recorre a pie el paseo marítimo barrido por el lebeche, de repente se siente un gilipollas que quiere enrollarse con

una chavalita, en un verano de chavalito que está terminando, en un destino de playa familiar, y calla cuando ella le repite la pregunta a la que no va a responder, porque no se siente capaz de mentir, sino de llorar.

—¿Es verdad que sólo quieres pasar el rato?

Le sigue respondiendo que no, pero sin demasiada convicción. Y luego:

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Se puede saber?

De repente, sin que Ivo deba insistirle más, ella le responde:

—Me lo ha dicho Giacomo.

Esa noche se siente agotado. Le gustaría irse a casa. Tiene frío. Pero ha vuelto, ha rehecho todo el paseo marítimo hasta la heladería. Lo ha esperado y, al final, bingo.

—Eh, Como, ¿dónde estabas?

—Cenando en casa de mi tía… Se me ha hecho tarde. ¿Cómo ha estado la película?

—Nada, un coñazo… ¿Sabes que eres un gilipollas?

—Ah… *Te lo ha dicho, ¿eh?*

—¿Qué necesidad había de irle con el cuento? Eres un cotilla… Y pensar que confiaba en ti… Pero nada, no eres más que un cotilla, como los demás…

—Gilipollas lo serás tú… Y no utilices ese tono conmigo… Que me falta poco para partirte la cara, Ivo.

—Vete a la mierda… Atrévete, que te voy a destrozar.

Giacomo está decidido, resuelto.

—A la mierda te vas tú… Se lo he dicho, sí… Se lo he dicho, ¿y qué? ¿Crees que puedes hacer lo que te dé la gana? Que puedes utilizar a alguien como Carla para tu conveniencia y luego, cuando ya no te sirva… una patada en el culo y adiós muy buenas, ¿verdad? Pues con Carla no lo puedes hacer… Es *mi amiga*… No se lo merece… A saber lo que ve en ti… Hemos estado hablando toda la tarde… Sabe Dios dónde coño estabas…

—Estaba repasando, Giacomo. ¡Re-pa-san-do! La semana que viene tengo el examen, ¿se te ha olvidado?

—Vale, hemos hablado… Está por ti… Estaba muy contenta, entusiasmada… Estaba convencida de que la quieres: todo el tiempo así, no ha querido bailar con nadie, te esperaba… Sólo quería estar contigo… Al final he explotado y le he dicho: «¿Que te quiere de qué? Ivo sólo quiere divertirse…». El resto de la noche ha llorado. Luego ha ido al cine y no te has comido una rosca… ¿Me equivoco?

—No, Como, no me he comido una rosca. Parecía la tortuga que tienes en el jardín… Que cuando se asusta, se esconde, ¿sabes? Pero ¿a ti qué más te da Carla?

—Yo la quiero… ¿No te has dado cuenta? A mí ni siquiera me ve, pero con ella no vas a hacer chorradas, ¿entendido? Ella no es de esas con las que te puedes desquitar de las demás… ¿Que la otra no te hace ni puto caso? Pues te jodes… Y dejas en paz a Carla.

—¿Estás por ella? Coño, no me había dado cuenta… Me lo podías haber dicho antes, ¿no te parece?

—¿Es que ahora te lo tengo que decir todo? Esto es cosa mía… Yo tengo mis cosas y tú las tuyas.

—Pero yo te lo cuento todo, Giacomo…

Se quedan sentados al fondo, contra el muro, hablando hasta las dos de la madrugada. Hace frío, el lebeche ha aumentado, pero no llueve. El aire está saturado de gotitas de salitre. Ivo se ha puesto el jersey ligero de marinero. La heladería ha cerrado, pero los corrillos de chavales se quedan allí delante, tienen intención de aguantar haciendo el tonto hasta el alba, como todas las noches. Las chicas se han marchado a casa, las más emancipadas a algún sitio con sus novios.

—¿Venís al muelle a ver las olas?

Son Ernesto y Lorenzo, que los llaman por la ventanilla abierta de un Cinquecento color arena. Ivo y Como se levantan.

—¿Tenéis cigarrillos? —les pregunta Ernesto.

—Me queda medio paquete, pero no os los fuméis todos, ¿eh? —advierte Ivo.

El muelle es grande y se repliega hacia tierra. Está resguardado de los vientos meridionales por un alto muro de piedra. Enfrente hay un estrecho foso y luego un dique de bloques de cemento al reparo de las olas de marejada. En el muro hay dos o tres aberturas que comunican la vertiente interna con la externa. El Cinquecento se ha metido allí, en una de estas aberturas, apuntando con las luces largas al mar en plena tempestad, con las ventanillas cerradas y los limpiaparabrisas en funcionamiento.

Las olas que llegan rompen contra aquel caos de cemento. Las altísimas salpicaduras, que a veces consiguen salvar incluso el gran muro de piedra, se cuelan por la abertura y embisten el parabrisas con bofetadas violentas.

—¡Mira la que viene!

—¡La Virgen, esta noche el mar te da cagalera con sólo mirarlo!

—¿Te imaginas estar ahí dentro? ¿Te imaginas *salir ahora en FD*? Cuando te quieres dar cuenta ya estás mar adentro…

—Síííí, no llegas ni a izar la mayor cuando te la ha rasgado entera. Pero imagina qué planeos…

—E imagina todos los que están todavía ahí fuera pescando…

—Los pescadores no han salido, el embarcadero está lleno, ¿no te has dado cuenta?

—Siempre sale alguno… ¡La Virgen, miraa!

Ésta es grande de verdad, da miedo. Cuando llega bajo el dique se desintegra en forma de muro nebulizado que golpea el parabrisas como un mazo. El Cinquecento está saturado de humo, no se puede respirar y los ojos escuecen. Ernesto está sentado al volante porque el coche es suyo, ha cumplido dieciocho años, ha repetido un año en la escuela, pero sus padres se lo han regalado igualmente. Baja un poco la ventanilla para que entre un poco de aire, pero se cuela agua pulverizada que termina en la cara de Giacomo, sentado atrás con Ivo.

—¡Cierra, joder!

—¡Entonces deja de fumar, que no se puede respirar! Ivo, ¿qué has hecho entonces con ésa? ¿Cómo se llama? ¿Carla? Un

bomboncito. ¿Está por ti? Se la has arrimado, ¿eh? ¿Te la ha cogido ya con la mano?

Ivo no responde, teme a Ernesto. Pero éste insiste, tranquilo, burlón. Al final dice (aunque la voz le tiembla un poco y todos los que están dentro de aquel coche se dan cuenta):

—Déjalo ya, son cosas mías…

Giacomo calla.

—¿Te vas a hacer el interesante? ¿Qué te pasa? ¿Te ves como un *caballero*? ¿Quién te crees que eres, Porfirio Rubirosa?

Ernesto lo sabe todo sobre los *playboys*, es su obsesión. Ése es su ideal de vida. En lugar de en la Ciudad de Mar, vieja, tranquila y familiar, ahora le gustaría estar en Saint-Tropez. En lugar de en el muelle enfocando las olas del lebeche con los faros del coche, a esta hora estaría de parranda en los *night clubs* de la Costa Azul.

—¿… te ves como Baby Pignatari? De mujeres no hablas, ¿eh? No cuentas nada. ¿Crees que la tía buena que te dan es *tuya*? ¿No sabes que la tía buena es de todos, que tú como mucho puedes dar una vuelta?

Todos ríen. Ivo también suelta una risilla, avergonzado. Espera que Ernesto deje ya el tema. Hasta Giacomo ríe y guarda las apariencias, como si no hubieran estado hablando del tema toda la tarde, como si hace poco no le hubiera confesado: «Estoy enamorado de Carla». Ahora, allí dentro, las condiciones son otras, hay que mostrarse de cierta manera, a la altura de Ernesto, por tanto hasta Como se comporta como un gregario burlón.

—Venga ya, dinos lo que has hecho. No seas capullo, que no te pega…

El Verano ya no es inmenso, resplandeciente, perfecto, como se presentaba hace tan sólo un mes, sino que empieza a mostrar las primeras plagas, como esta tempestad de lebeche, demasiado violenta y fría para no anunciar la llegada de otra cosa, algo todavía lejano, pero inevitable. La noche sigue avanzando, el Cinquecento color arena resiste el embate de las rociadas del mar embravecido. Dentro, en el aire sobresaturado de humo, todos ríen y miran distraídos el futuro. Muy lejos, asentada en las profundidades del

Universo, la Causa Primera, el Motor Inmóvil negro y gigantesco, cubierto de grasa, retumba silenciosamente como hace desde el comienzo de los tiempos.

—¿Vamos a partirle la polla al Maricón? —dice uno.

4:42 DE LA TARDE

Es por la tarde y ya está muy cansado, le gustaría tumbarse en este asiento, con el maletín debajo de la cabeza, y dormir. Daría lo que fuera por una hora de sueño, mejor dos. Quitarse los zapatos, los pantalones, los calcetines, que le aprietan los tobillos, cambiarse de calzoncillos y ducharse.

Aquel año había sido así, sin casa y sin cama, como mucho el sofá de un amigo, pero sólo unos pocos días. Quedarse más significaba molestar. No me lo decían, pero estaba claro que cuanto antes me largase mejor.

Todos sus conocidos, ya fuesen compañeros o no, hubieran preferido prestarle dinero a tenerlo metido en sus casas más de una semana. Y así había llegado la Navidad, y él seguía sin saber dónde poner el huevo. Después de que lo despidieran de Megatecton, se dejaba la piel colaborando en los estudios técnicos; ya ganaba poco y la separación de Clara y la marcha de casa habían llevado al colapso su economía mensual, que ahora estaba en números rojos, y hacía que el banco llamase de vez en cuando para saber cuándo volvería. Vivía de acá para allá, comiendo sándwiches en los bares, filetes empanados con limón y patatas marcadas en la sartén en tratorías y batidos de plátano sobre las once de la noche para no tener que ponerse a buscar como un loco una *pizza* o un plato de espaguetis a la mañana siguiente. Salvo excepciones, como aquella noche en casa ajena —una casa que le habían prestado unos días, completamente vacía, pero con una cocina, una nevera apagada, un sofá, una cama y un Schifano-Coca-Cola colgado en la pared—, en la que trataba de dormir sin conseguirlo a causa del hambre. Había

intentado llenarse la barriga bebiendo litros de agua, pero al final había salido despavorido de allí a buscar un lugar donde llevarse algo a la boca antes de volver a la cama. Una vez abolido el término freiduría como descalificador, porque recordaba a un pasado de posguerra repleto de cosas calientes y aceitosas (*supplì al telefono*, croquetas de patata, *calzoni, panzerotti*, etcétera), en aquella época, los sitios para comer abiertos toda la noche eran algunos bares, cantinas, bocadillerías, tascas o simples cafeterías; lugares estratégicamente situados cerca de la estación o de los mercados centrales o de las terminales de las líneas nocturnas. O ciertas «espagueterías», vinaterías o locales, pero más caros, donde te cocinaban lo que fuese a cualquier hora. Allí iban personas sin interés, residuos de una época noctámbula de fervor político, pandillas de chicos, a veces incluso con chicas, que no sabían dónde meterse, gente con aspecto de maleante, pobres sin casa, inadaptados o sociópatas, putas de paso, obreros en el cambio de turno, conductores de transportes públicos, de taxis, vigilantes nocturnos o personas que, como él, no se resignaban al hecho de que hubiera pasado otro día sin que hubiese ocurrido absolutamente nada.

Aquel año había aprendido otra cosa: el contexto social en el que le había tocado vivir era tan duro como los demás y funcionaba como el juego de las sillas; no había sitio para que se sentaran todos, y quien no estaba atento se quedaba de pie quién sabe cuánto, tal vez para siempre. El amigo que lo alojaría durante la semana de Navidad se había marchado a la montaña y no volvería hasta el cinco o el seis de enero. Tenía una casa durante pocos días, no sabía qué hacer en ella, ni siquiera le apetecía meterse en la cocina para prepararse algo más complicado que un café. Decidió que no tocaría nada, que tendría suficiente con el sofá de mimbre del salón, con un relleno de cojines bastante cómodo, donde debía dormir levemente encogido porque el asiento era demasiado corto. Pero le parecía bien de todas formas. Eran días y meses de aturdimiento y delgadez, de vivir con poco, de viajes continuos entre los diferentes lugares en los que trabajaba, días de tardes en el cine,

a menudo solo, días de acostarse esporádicamente con mujeres que no le gustaban, cuyo mero olor le repugnaba, a las que no sabía qué decir, de las que no sabía qué pensar salvo que difícilmente las volvería a ver o tendría una relación con ellas. El tiempo de amar otra vez tardaría años en llegar. Mientras tanto llevaba aquella vida febril con la salud y la energía invencibles de una casi juventud. Todas las sillas estaban ocupadas y él se había quedado de pie, desolado, aferrado a su trabajo como a un salvavidas, buscando una brecha en el muro compacto formado por los demás, amigos y enemigos, fuertemente entrelazados entre sí. Era la época del «reflujo», cuando aquellos que tenían un carné del partido empezaban a aprovecharlo en términos de trabajo y dinero. Era una sociedad decadente y cerrada para la que el alba de una verdadera *civitas*, que parecía a punto de nacer más de diez años atrás, nunca había llegado a materializarse. En todos lados, la eterna propensión a las alianzas consorciadas y provisionales con objetivos temporales y personales, algunos de ellos camuflados, cubría lo único que importaba, es decir, el Poder y el Dinero; pero él, que todavía era joven, tardaría tiempo en entenderlo. El juego de las sillas castigaba a los que se movían con lentitud y perplejidad, como él, que corría el riesgo de quedarse de pie durante años mientras los demás ya llevaban bastante tiempo sentados. Y eso es lo que le había pasado también con una casa en la que vivir: se había quedado sin ninguna. En la primera se había quedado a vivir su mujer, porque las mujeres siempre son las que se quedan con las casas, y de la suya ella era la propietaria legal. ¿Qué había sido de los compañeros de hace diez años? ¿Qué había sido de lo que le había parecido una presión aplastante y colectiva por el cambio? Nada o casi nada. La inmensa mayoría había caído a este lado de la línea divisoria y se había adaptado a condiciones muy parecidas a las que había combatido pocos años antes, mientras que una minoría —pocos, pero capaces de determinar el clima de toda una década— había acabado al otro lado, cayendo en la práctica de la violencia en pro de una revolución que no podía llegar porque nadie la quería, porque nadie estaba dispuesto a hacerla, porque el Bloque Occidental nunca la toleraría o por miles de razones más. Ahora, la cercanía y la solidaridad

experimentadas en el pasado por los compañeros del movimiento habían desaparecido. En su lugar quedaba el todos-contra-todos de la vida en Tiempo de Paz. Nadie te daba nada, nadie te reconocía nada, sentirse diferentes respecto al pasado no era más que una ilusión, una mentira.

Sin embargo, había un placer extraño y sutil en aquella primera soledad verdadera, en aquel ser dueños de cada momento del espacio-tiempo propio no laboral. A raíz del colapso económico derivado de la separación, había tenido que aceptar condiciones de trabajo que antes no se planteaba, que no se correspondían con la idea que siempre se había hecho de su futuro: el trabajo como necesidad y obligación, en lugar de como elección, en lugar de como pasión, placer… Aquél era el primer proyecto que colapsaba realmente en su vida: el declive de la trayectoria que se había fijado afloraba de manera evidente, veía con claridad la distancia entre donde estaba y donde habría querido estar. Sin embargo, observaba su fracaso como desde fuera, con indiferencia ajena, se decía que, en el fondo, él era un *artifex*, se decía que no era un luchador y, al no saber/querer combatir, las circunstancias lo habían superado… Y pese a todo… ¿Qué habían sido las «circunstancias» sino *los demás*?

Sí, es verdad, ése era el Infierno, Brandani, los demás… Así que mejor no te interpongas en la trayectoria de alguien más fuerte que tú… No creas nunca en la amistad y en la estima mutua… No pienses nunca que el mundo te está esperando para llevarte a hombros… No trates nunca de usar a los demás mientras los demás te están usando a ti… No entregues nunca tu destino a circunstancias que no dependen de ti, de tu capacidad y de tu voluntad, sino de las de alguien de quien *te fíes*… Etcétera… Y, sobre todo, Ivo, nunca pienses que, en un mundo de paz, nunca llamarán a filas a los que se sientan no luchadores…

Y justo eso era lo que le estaba pasando durante aquellos años: descubría el núcleo duro, escabroso y doloroso oculto dentro del relleno burgués de su vida. Más tarde, después de unos años y tras varios empleos, había vuelto a encontrar algo caliente y suave con cuyo recuerdo aún se emociona. Mira fijamente los aviones a través

del ventanal, los grandes timones de cola con el logotipo impreso de las distintas compañías, siente como si el pasado le subiese por el esófago mientras los ojos se le empañan de lágrimas: Elena. La tomó aquella misma mañana, después del desayuno… La había despertado al llamarla temprano desde el aeropuerto y le había pedido que lo recibiera para tomar un café. Regresaba a la ciudad procedente de Argelia, tendría que haber vuelto a casa, comer algo, ducharse y luego ir al trabajo, pero de pronto le había invadido el deseo de ella, un sentimiento de cercanía del todo nuevo que no experimentaba por ninguna mujer desde hacía años, y pedirle aquello en aquel momento le había parecido completamente normal, aunque sólo hubiesen salido una vez. De una manera igual de natural, ella le había dicho: «Ven». Se tiraron en la cama vestidos, ella con un jersey grueso y ancho de estar por casa.

Mientras la beso le meto la mano ahí debajo, buscando sus pechos… Ahí están, encerrados en un sujetador… Intento averiguar cómo es el cierre de este artilugio… No lo consigo. Ella me detiene, se eleva ligeramente arqueándose, se lleva las dos manos detrás de la espalda, luego se deja caer de nuevo… «Listo», dijo. Ahora sólo hay que apartar las copas hacia arriba y el sujetador desaparece, se desvanece por completo. Siento su calor y la redondez de su piel, hago el amago de quitarle el jersey, ella me ayuda de nuevo… Aquí están los pechos: pesan, son pastosos, tienen pezones oscuros, duros… Me volvía loco… Llevaba meses detrás de ella, al final le escribí… No respondía al teléfono, pero, cuando me la encontraba por trabajo, se paraba a hablar conmigo, me hacía caso… Nunca he conocido a una criatura como ella… Una inteligencia totalmente esquiva, silenciosa, extraña y acogedora… Hablaba en voz baja, lo entendía todo al momento, desconfiaba de mí, pero al final me deseaba… Había eliminado todo tipo de contacto femenino para centrarme en ella, en cuánto deseaba refugiarme en ella, en cuánto necesitaba resguardarme en su puerto… Me hice monje por ella, me privé de las demás para consagrar todos mis deseos a un futuro encuentro con ella justo cuando todas las mujeres parecían haberse vuelto fáciles para mí…

Había dicho basta, quiero que entienda cuánto la deseo, quiero que lo sienta. Localizarla fuera de las ocasiones que se le presentaban en el trabajo era casi imposible, porque no respondía al teléfono. Ella, restauradora, trabajaba en los frescos de una iglesia donde la empresa de Ivo estaba realizando una obra de consolidación estructural. Se veían allí, él subía a los andamios y miraba las pinturas, hacía preguntas. Una vez que ella estaba arriba sola, se quedaron hablando casi una hora sentados en las banquetas de trabajo. Aquellas visitas se sucedieron durante meses; él le pidió el teléfono, ella le dijo:

—Te lo doy, pero nunca respondo.

—¿Por qué?

—Algún día te lo explicaré… Es complicado.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Que… ¿Cómo puedo verte fuera de aquí?

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué quieres verme?

Ivo no sabía qué responder y dijo:

—Porque sí…

Entonces ella le escribió una dirección en un trozo de papel y dijo:

—Escríbeme.

Enseguida le escribió una carta que a ella debió de gustarle, pues le respondió concediéndole una cita y añadiendo al final: «No me interesan los jueguecitos».

—Nada de jueguecitos, está bien, pero ya me explicarás qué quieres decir… —le dijo él en cuanto la vio.

Ahora que está ocurriendo me estoy volviendo loco por la emoción… Es simplemente una mujer, me digo… Debes *usarla* para tu placer, me lo digo para quitarle importancia, para minimizarla en mi mente y permitir que mi sexo no tenga miedo de nada, que se llene de sangre a presión… Es una mujer como las demás, aquí

están sus pechos… Nada especial, claro… Pero ¡son *sus* pechos! ¡Los *suyos*! Esta mujer de aquí abajo, a la que le he quitado el jersey con su consentimiento, con su ayuda, ¡es *ella*! ¡Ella! Ésta es su boca, completamente abierta bajo la mía, su lengua, toda su cavidad oral está abierta a cualquier exploración por mi parte… Ésta es su respiración, éste es el sonido que hace nuestra saliva mientras le chupo la lengua, el labio superior… Tiene los ojos entornados, se abandona, se entrega a mí prácticamente sin conocerme… No le quites la falda, no hay tiempo, sólo las bragas… Súbele la falda por las caderas… La piel morena, el vello oscuro de su sexo. Es el *suyo*. Nada especial, por supuesto, ¡pero es su *coño*! Hay que darse prisa, quitarse los pantalones, los calzoncillos… No hay tiempo. Ella abre los ojos, mira hacia abajo, trata de escrutarme la polla, pero no creo que pueda: ya está entre sus muslos, ahora sucede lo inaudito… No hay tiempo, tengo que hacerlo rápido, ya… No me importa lo que después piense de mí, no me importa si goza o no… Ella es la que ahora ha dicho: «Métemela dentro». Hacerlo, lentamente… No encuentro obstáculos, nada contraído, no hay que forzar nada, está mojada, me recibe viscosa en su tibieza interna… Mientras la penetro, gime un «Oh» reprimido, un suspiro profundo, abre los ojos, me mira… Permanece en silencio, me examina mientras mi pelvis se mueve como ella espera que lo haga, según la costumbre y la naturaleza del acto, con banalidad primaria y suprema. Oblígate a no pensar que estás *dentro* de ella; si no, te corres… Y no quiero, necesito montarla… No pienses en la palabra *montarla*; si no, te corres ya… Estás a punto de correrte, piensa en otra cosa… Todo está caliente y huele, todo es lana y coño… Ella sigue chupándome los labios: al cabo de unos segundos, entorna de nuevo los ojos, gime en voz baja… Me está llegando un orgasmo difícil de contener… ¡No te corras dentro! ¡Sácala, ahora…! Mientras me masturbo, pienso otra vez: «Tengo que usarla sin temor»; entonces me arrodillo y le pongo la punta de la polla en la cara… Debo hacerlo rápido. Ella no se lo espera, parece asustada, pero abre la boca. Ahora tengo que pensar: «Puedes correrte en su boca, la ha abierto ella». Abandonarse a las contracciones espasmódicas de un lugar oculto entre tus riñones, no se puede hacer otra cosa, no hay nada

de lo que avergonzarse, ella se lo espera… El esperma sale a borbotones, casi como una vibración… Es el semen de toda una vida que se ha acumulado ahí, en la entrada de ese amor, como si quisiera demostrar algo: esto es todo lo que soy, un hombre más… Soy sólo un hombre, esto es lo que soy, soy simple, *soy tuyo*. Al principio, ella lo retiene en la lengua, luego se lo traga… Está deglutiendo con atención, como si fuese la primera vez, con los ojos abiertos como platos. Parece una cervatilla asustada… Parece la primera mamada de su vida… Parece la madre de Bambi en el momento en que el cazador le dispara. Antes de que atardezca volveré a tomarla. Y después otra vez… Hasta el final de los tiempos.

Esta violenta regurgitación de recuerdos lo ha excitado y emocionado. La chica que está sentada enfrente, guapa y bronceada, está leyendo un libro en alemán con la típica cubierta de *bestseller*, lleva los auriculares de algún aparato: del pelo rubio, largo y fresco de champú salen dos cables que terminan en un bolso. Lleva una camiseta de color pastel, un rojo tenue, domesticado, unos pantalones largos negros que podrían ser de seda, una chaqueta gris clara de lino sobre los hombros, un poco arrugada, en los pies un par de sandalias de cuero crudo, muy recargadas, que suben para marcarle el tobillo. Es muy elegante, casi no lleva maquillaje, se siente a gusto, relajada, y está a años luz de él en todos los sentidos. Sin embargo, hace un momento, cuando sus miradas se han cruzado —antes o después tenía que suceder porque Brandani lleva un rato mirándola fijamente—, le ha sonreído. «¿Qué haces aquí, sublime criatura, entre esta multitud de dementes tatuados?», se pregunta Ivo en el mismo instante en que ella levanta los ojos, lo mira y le sonríe de inmediato. Su sonrisa de vuelta es incorrecta, siente que la piel de la cara le tira como en un gesto de vergüenza. Una sonrisa humilde, leve, una sonrisa como desde detrás de un cristal azulado antibalas.

Mi gesto ha sido el de un viejo bendecido de vez en cuando por la juventud, la sonrisa del deseoso encubierto le habrá parecido desagradable, babosa… No puedo gustarle, estoy calvo, claramente fuera del mercado… No tiene por qué… Bah, demasiado, *demasiado*

viejo… Te ha sonreído sólo por cortesía, porque en su país se suele hacer… Brandani, despierta, tienes casi setenta años…

El sexo insólito. Para él, las mujeres siempre han sido algo extraño y distante, como si nunca hubiesen participado de su mismo mundo. En todas las escuelas estuvo en clases masculinas, excepto en tercero de la elemental. Tercero fue terrible, se enamoró de Giusi y de Alessandra a la vez. Ellas llevaban babi blanco con lazo azul y él babi azul con lazo blanco. Se pasaba las clases con la vista clavada en los pupitres donde había blanco. Extraña distancia la de las mujeres: tenía madre y dos hermanas, siempre había vivido en una casa llena de mujeres. Veía bien a la mujer que había en Madre, pero era como si se tratase de una divinidad femenina con atributos y poderes diferentes a las demás. Madre era el refugio de la injusticia y de la enfermedad, Ella encarnaba la protección y la alianza perennes, curaba y sanaba todos los males. Hermanas participaban de la misma naturaleza que Madre, pero en un estadio muchísimo más imperfecto. Ellas no eran como él, porque, en lugar de luchar por convertirse en hombres, luchaban por convertirse en mujeres, con todas sus inseguridades e inferioridades, haciendo un esfuerzo continuo por ocultar lo que podía resultar imperfecto, feo o descuidado en ellas; un trabajo tremendo. Vivir con las Hermanas era como observar a una mujer desde un ángulo equivocado, como entrar en una tienda por el almacén en lugar de por la puerta principal. Nunca vio los escaparates de Hermanas desde el ángulo adecuado, sino siempre desde dentro, mientras los estaban poniendo a punto. ¿Cómo podía considerarlas femeninas a todos los efectos? A las mujeres las veía —y sigue viéndolas— como algo perfecto, inalcanzable, perfumado, suave, lejano. Pese a que nunca le ha resultado demasiado difícil hacer el amor con ellas, siempre le ha parecido *inaudito*.

En aquella época eran criaturas subliminales para mí, creía que estaban hechas de aire y agua… Entonces, en Verano, el bikini ya había entrado en su era clásica: no demasiado pequeño, justo… El cuerpo femenino se liberaba… Primero fue la ropa, luego las inhibiciones, y asistimos al alba de la Liberación Sexual con las ideas

viejas de nuestros padres en la cabeza… Aquellas chicas con pantalones pitillo de algodón, color pastel (rosa, pistacho o burdeos, o bien amarillo chillón o negro), de cintura baja y abertura lateral, camiseta blanca anudada a la barriga (o amarilla o verde pistacho o rosa melón) o una camiseta de algodón ceñida, bonitas sandalias *caprese* en los pies y el pelo con olor a mar y aire, un poco de sombra y rímel en las pestañas… Dios… Aquellas chicas tenían su hábitat natural en las playas, como las gacelas en la sabana. La custodiaban en grupos, desplazándose de la zona de las casetas a la zona de las sombrillas, del litoral, del agua… Una liviandad suprema, adorable, que trascendía a cualquier cosa… El aura de feminidad que emanaba de aquellas criaturas, algunos mechones de vello púbico que asomaban por las braguitas, las axilas, raramente depiladas, húmedas de sudor con olor a juventud era… Sobrecogedor… ¡*Y a ellas no les importaba*! Ivo, ¿te acuerdas? Eran increíbles… Tan diferentes de mí, de mis amigos sucios… Tenían un cuerpo suave, hecho de una materia indescifrable, estaban llenas de extrañezas, de secretos, de exigencias individuales… Tenían reacciones ambiguas, difíciles de interpretar… Relacionadas siempre con condiciones y comprobaciones ulteriores: una locura… Lo primero que querías hacer era tocarlas, pero ellas querían que les dijesen las cosas, querían que se las dijesen de una manera determinada, pero esa manera siempre era diferente y lo que podía gustarle a una, podría resultar un desastre con otra… Había que hacerlas reír, nada de vulgaridades, nada de palabrotas, aunque luego te dabas cuenta de que a muchas de ellas no les molestaba en absoluto, todo lo contrario… No se podía ser amigos de las mujeres, es más, no se debía: o una cosa o la otra… Ser amigos significaba cerrarse a toda posibilidad… Hacía como los demás, dejaba la puerta abierta con casi todas las chicas que conocía: en primer lugar, *hacer cosas*, lo demás ya se verá… Era una prioridad sexual cegadora que al principio no sabíamos bien en qué consistía, pero sabíamos que teníamos ganas… Siempre se podía tener un golpe de suerte: las chicas eran raras, también les gustaban los feos, incluso los repulsivos, los cretinos, podían mostrar interés por un gordo, por un viejo o por uno más joven que ellas, les podían gustar los delgados o

los musculosos, los bajos y los altos, los estúpidos y los inteligentes, los deportistas, los sedentarios, los ricos, los pobres; parecía que hubiese una posibilidad para todos… Pero, obviamente, el juego era más fácil si eras guapo y tenías algo de dinero en la cartera… Fue Marcella quien me ayudó a comprenderlo… Pero ella era mayor que yo, yo era un chiquillo, no tenía ninguna posibilidad: pobre imbécil, tan imbécil que, después de que me rechazara, empecé a despreciar a las mujeres… Despreciaba sobre todo a las fáciles porque «te la tocaban», ¿entiendes? Decíamos que les gustaba la polla, o sea, esa cosa asquerosa que teníamos entre las piernas… Estaba confundido, si lo pienso todavía me da vergüenza… Despreciábamos sólo a las fáciles, a las «poco serias», a las que eran «un poco putas». Las demás, las que no se dejaban tocar las tetas enseguida, las que no se dejaban meter la mano entre los muslos enseguida, las que como mucho te daban un beso sin lengua si les gustabas, las que como mucho te dejaban arrimarte bailando, las que te observaban y te estudiaban antes de concederte algo… Aquellas chicas, las administradoras, merecían todo nuestro respeto de pobres imbéciles… Estábamos convencidos de que no podíamos ser nosotros mismos con las chicas, teníamos que fingir que éramos diferentes y mejores, teníamos que fingir sentimientos e ideas que no teníamos, teníamos que mentir una y otra vez… «¿Me quieres?» «Sí.» (No, no te quiero, me pones a cien, me caes bien, pero contigo me aburro y, pese a todo, ¡Dios, qué tetas!) «¿No piensas sólo en tocarme, verdad?» «No, tú me gustas un montón; si no, ¿por qué estaría contigo?» (No es que sólo piense en tocarte, confío incluso en hacer algo más serio, confío en rozarme la polla entre tus muslos, sueño con una paja, fantaseo, pero si no consigo ni imaginarlo, una mamada y, ¡Dios!, un polvo… Me tiemblan las manos, me entran náuseas, me duele la barriga de la emoción…) «Si nos enrollamos, luego no irás contándoselo a todo el mundo, ¿verdad?» «¿Por quién me tomas? ¿Por un cotilla?» (Claro que se lo voy a contar a todo el mundo, no pensarás que hago cosas con alguien como tú para luego no decir nada.)

Había que tener paciencia, había que aprender a comprender qué «no» equivalía a un «mmm» o incluso un «sí», y cuándo era un «no» rotundo y no merecía la pena insistir. Había que comprender cuándo una secuencia de «No No No» podía transformarse en un «Sí» y qué método de persuasión había que usar. «No No No… Sí». Por la noche, en el cine de verano, había que averiguar si había cruzado los brazos delante del pecho para que no le tocasen las tetas, porque tenía frío o por casualidad.

Rozarle los pechos, ver si se retrae, si te aparta la mano, tocarle levemente los muslos, como sin querer, para ver si los aparta o los deja en la misma posición, escuchar su respiración mientras le besas el cuello y le metes la lengua en el oído (sabor amargo), para ver cuándo se agita… Después, de madrugada, tratar de metérsela en una playa, tratar de quitarle las bragas… Una vez quitadas las bragas, ya se había dado un paso gigante… La ley decía que no se podía dar marcha atrás: si hoy me dejas tocarte los pechos, mañana ya no podrás negármelos y yo intentaré sacártelos de la camisa… Si lo consigo, querrá decir que he escalado otro buen tramo de montaña y mañana seguiremos desde ese punto… Normalmente no era fácil: un magreo podía durar horas y al final se acababa con el escroto hinchado y dolorido, con la urgencia de desfogarse… En aquella época, nadie hablaba de zonas erógenas, de orgasmos femeninos, de clítoris… Eran cosas que se aprendían con la práctica gracias a esas chicas inolvidables que te guiaban la mano dulcemente hacia los puntos más interesantes para ellas… Una vida de perros hasta que aprendían a hacernos expulsar esperma de nuestros cuerpos congestionados. Siempre estaban dispuestas, aunque siempre —y sigue siendo así— me han parecido lejanas, inalcanzables… Crecías, aprendías, pero la sensación de extrañeza permanecía mientras el sexo se volvía obvio, implícito, casi obligatorio… Hasta ahora, que ha vuelto a convertirse en esa realidad lejana e inconcebible de los inicios… Tú, Brandani, ya estás fuera del mercado, pero la vida no se detiene: cada día se asoman a la realidad del mundo millones y millones de nuevos y pequeños coños, pero no son para ti y nunca lo serán… Minúsculos coñitos

recién nacidos, feíllos al principio, pero durante poco tiempo, pues pronto mostrarán todo su poder seductor, natural e irresistible. Desde pequeñas tienen unos ojos maravillosos, como los de esa niña de allí, maneras femeninas… Decir «femenino» no significaría nada si no fuese por lo diferentes que somos los hombres, variantes pobres e incompletas de lo femenino, con nuestros clítoris eréctiles, con nuestro coño suturado a lo largo del eje de simetría del escroto, con nuestros pezones resecos e inútiles… Sé bien lo adorable que es una mujer-niña y la promesa intolerable que entraña para los mocosos de hoy en día, que serán chicos y hombres cuando yo esté muerto… El hecho es que ya estás muerto, Brandani. Hace tiempo que estás fuera del horizonte sexual de cualquiera… Estos millones de niñas coñitos de ojos grandes, dulces y chispeantes, de vocecita reflexiva, sumisa y pensativa, que te lo preguntan todo, de piel perfumada y aterciopelada como la de un melocotón, estas niñas dedicadas a sus juegos femeninos, por los que muestran propensión genética, todas estas mujeres se podría decir que en construcción si no fuese porque cada una de las fases de la construcción no tiene nada de transitorio ni de incompleto, sino que se presenta como terminado… Bueno, Brandani, sólo está esa última fase trágica previa al desarrollo, en la que aumentan de peso, son desgarbadas, las camisetas dejan ver los pechos en crecimiento que salen impúdicos y rápidos como setas de sotobosque… Las caderas se ensanchan sin que la cintura se estreche, por lo que se parecen a esas botellas de vino de dos litros que hay en los bajos de las estanterías de los supermercados… En este periodo pierden casi todo el brillo y la chispa de la feminidad infantil, la mirada se vuelve opaca, torva… Es entonces cuando se juntan entre ellas, parlotean continuamente, se ríen enseñando bocas llenas de aparatos de ortodoncia, que también son provisionales… Y, sin embargo, estas chiquillas poco agraciadas son, para quien sea capaz de percibirlo, un proyecto ardiente y carnal, una promesa No-Para-Mí, que sus coetáneos no saben ver. La inmensa masa planetaria de carne femenina, impregnada de hormonas, que crece y se adapta cada día más a la naturaleza biológica de aquello que entendemos por mujer… Pues bien, instante tras instante, esta masa en formación

adquiere una fuerza de atracción brutal e irresistible… Caderas, culos y pechos ya maduros que deforman de manera progresiva el espacio-tiempo circundante… Es un fenómeno que se renueva cada día, continuo, imparable… Cada nueva generación de coños que madura empieza su agotador trabajo de *modificación sexual* de la realidad, creando y sufriendo alucinaciones, provocando tensiones, ansiedad, espasmos solitarios en los riñones impuros de sus coetáneos… Luego vienen la lucha darwiniana por el poder y los pensamientos sucios para toda la vida en los hombres adultos… Y adulto es un decir… Un hombre *nunca* se hace adulto de verdad hasta que no disminuye la producción de testosterona… La edad adulta masculina coincide con la pérdida de potencia sexual y la humillación de la vejez… Yo, ahora, comienzo a ser un *verdaderoadulto*. Cada una de mis fases vitales anteriores ha estado demasiado marcada por el sexo como para contener algún atisbo de lucidez mental… El macho humano se hace viejo cuando empieza a entrelazar las manos detrás de la espalda… Pero no es más que una transformación aparente, porque en las viscosidades sanguíneas de las caderas aún perdura, ya inútil e ignorada, la llama de la posesión, que dura toda la vida… Mientras el macho humano entra en el callejón sin salida de la senectud, nuevas tropas de mujeres se yerguen orgullosas y marchan sin descanso por la superficie terrestre, utilizando todos los medios a su alcance para provocar, estimular y excitar al sexo contrario, para anunciarse como promesas de placer y pacificación reproductiva… Las feministas se abalanzan contra la publicidad, la televisión, el cine y la prensa… Utilizan el cuerpo de la mujer con fines comerciales; bueno, yo no estoy tan convencido… Me hace pensar: «¿Quién usa a quién y qué?»… ¿Para qué sirve el cuerpo femenino sino para que *sobre todo* se vea? ¿No será, entonces, que el cuerpo de la mujer *también* utiliza la publicidad, la televisión, etcétera, para invadir constantemente nuestro imaginario y asumir una posición dominante? ¿No se tratará de una estrategia darwiniana del coño?

Un grupo de familias peninsulares se está poniendo en fila para embarcar en un vuelo hacia el norte.

Pies de niño, gordos como hogazas de pan… Los dedos todavía parecen privados de cualquier función reactiva a los cambios de postura… Los pies infantiles apestan más o menos como los de los adultos, lo sé… Aún no son tan gilipollas como lo serán de grandes y ya les huelen mal los piececitos gorditos… Las madres norteuropeas son más relajadas en su infierno biológico maternal… A las peninsulares las reconoces de inmediato, llaman a sus hijos a voces, están *orgullosas* de ser madres, es decir, de haber continuado con esa función primaria que parece que todas las mujeres quieren cumplir… «Da las gracias al niño Jesús, reza a la Virgen y no hables con niños que no conozcas»… Estoy a merced de estos chiquillos tocapelotas, egoístas, que han crecido con dibujos animados… Pero ellas están contentas así, orgullosas de cumplir con un deber biológico que representa toda su vida: cuanto más pequeño sea el niño, más se prodigan orgullosas y sudorosas. A los padres, al menos en una primera fase, les gustaría estar en otro lugar… Mira ése… ¿Cuántos años tendrá el crío? Ya no soy ni capaz de calcular la edad de un chiquillo…

Brandani observa pensativo a un hombre de unos treinta y cinco años, en bermudas y chanclas. Lleva el brazo y el hombro tatuados, es un dibujo étnico, muy envejecido, ya confuso y borroso.

Un trabajo viejo, de baja calidad, de inspiración maorí, una porquería, ya no se lleva, antes o después se lo acabará quitando… O no, tal vez lo mantenga, le recuerda a los viejos tiempos, cuando hacía el tonto en las *rave parties*.

Brandani se da cuenta de que está sintiendo odio por un hombre que nunca ha visto, que le resulta completamente ajeno. Mientras tanto, el tipo se ocupa del pequeño en el cochecito plegable, trapichea con una maraña de paños infantiles acumulados en una red detrás del respaldo del artilugio.

Quizá la madre del mocoso haya ido al cuarto de baño. Lo odio, pero ¿por qué? A ver… Porque todavía es joven, pero no tanto, porque ha crecido en la cultura de los noventa, cuando yo ya no aprobaba nada de lo que ocurría a mi alrededor… Cuando yo ya estaba casi fuera del mercado él vivía alegremente su juventud

como un fanfarrón, follaba como un descosido, se tatuaba los brazos y las piernas y se inflaba los bíceps… Seguramente su adolescencia no haya sido como la mía: con quince años empezaba a ver porno en Internet, ha crecido con los videojuegos. Siempre le ha importado un carajo la política, no tiene ni idea de lo que significa el disentimiento… Probablemente ahora le gustaría estar en otro lugar, se siente prisionero, atado a su mujer, a su pequeño, se siente como Cristo en la cruz… Él no tiene instinto paternal o, al menos, todavía no; quizá más adelante, cuando el niño sea un poco más grande, puedan estrechar su relación, por ahora es protección animal… Ahí está ella, no me la esperaba tan bien vestida, me la imaginaba más dejada: no está mal… Sí, ha ido al váter, ha inspeccionado los baños… En cambio, ella está satisfecha, o quizá no, quizá no lo esté para nada… Puede que ella también trabaje, pero no lo parecería por su aspecto… Ella quería un hijo, no cabe duda…

La ve coger una bolsa de la compra mientras su marido se encamina hacia el baño con el niño de la mano.

Todavía lleva pañales, tienen que cambiarlo… Quién sabe si es hijo de él… Está más que comprobado que el treinta por ciento de los niños no son hijos de su padre oficial, sino de un hombre-cuco que le ha hecho un bombo a su mujer… Yo la insemino, lo demás es problema tuyo… La madre lo sabe, sabe de quién es el niño, está claro… Tengo hambre, vamos a dar una vuelta… La cafetería «peninsular»… Porciones de *pizza*… *Panini*… Salami, salchichas y pimientos, *mozzarella* cuajada en trozos de *pizza* fría que hay que recalentar en el horno, pero no demasiado, pues, de todas formas, una parte del aroma inicial se perderá para siempre en este universo hostil, lleno de oxígeno… El mismo universo que no permite que ni la *pizza* ni las demás cosas, nosotros incluidos, corales incluidos, subsistan y se conserven intactos… La flecha del tiempo no se invierte, eso es lo que les diría a estos dos que están sentados detrás de mí… Todo está condenado a deteriorarse, a marchitarse, a degradarse, a estropearse y a joderse para siempre. La comida se vuelve incomible… Los seres humanos se vuelven ya-no-follables, como tú, o Brandani Ivo… Las mujeres me miran como se mira esta

pizza fría; peor, la *pizza* se puede recalentar y conserva cierto grado de apetencia, yo ni eso: si me calientas en el horno no pasa nada, salvo que empiezo a sudar más de lo que estoy sudando ahora… El que no conserva a una mujer a una edad en la que puedes atarla, acostumbrarla a tu mente, hacer que se vuelva insensible a tus defectos, etcétera, se queda solo… Para ti, ahora sólo hay cacatúas con tu mismo nivel de desesperación, de desconfianza y de soledad… Con tu mismo nivel de egoísmo, gente que ya sólo está acostumbrada a cuidar de sí misma, a darse la razón sola, a encontrarse el baño de su casa siempre libre, la tapa del váter siempre levantada o siempre bajada, a hacerse la comida sólo y exclusivamente para ellas, y cuatro cosas, siempre las mismas… Por la noche… Cuando estás solo delante del televisor en una habitación de hotel, cuando todo el mundo que te rodea arde del todo indiferente a tu destino, tú sólo necesitas *formar hogar*… Formarlo ahí, en esa habitación, no importa si durante pocas horas o pocos días; pese a todo, sigue siendo hogar, con su chimenea televisiva encendida, con tus amigos virtuales de las eternas series americanas que ponen en todos sitios en todas las lenguas… *Colombo* con subtítulos en cingalés… Es cuando estás tumbado en una cama o despatarrado en un sofá, sin zapatos, y luego trazas una línea recta entre tus ojos y la pantalla de televisión: si la línea dura más de diez minutos, entonces eso significa *hogar* para mí… Esta porquería es antimateria, en contacto con mi estómago produciría una guerra relámpago, me da ardores sólo de mirarla… Mis viejas mucosas gástricas ya están gritando ante la aterradora amenaza del *salami, pepperoni, olive* y *mozzarella…* Venden salami, se ve que el aeropuerto se considera Occidente… No se han tomado la molestia de preguntar cómo se escriben correctamente los rótulos… *Salsicia, Fontina, rucheta* y *olive…* Para hacer esta *pizza* han llamado a un químico… Les ha desplegado la tabla periódica de los elementos entera, todas las combinaciones posibles de ingredientes… En la historia mundial de la *pizza*, estamos en plena era rococó: desde el misterio de una antigua era arcaica, pasando por el clasicismo de la perfección napolitana y el barroco norteamericano, que ya es una gran cutrez, hasta la era final, la porno-*pizza* del mundo globalizado,

donde todo se combina con todo y, por tanto, a una *pizza* se le puede echar «lo que pilles», como decía Madre… El declive cultural del caos del mundo se refleja claramente en la *pizza*, en la que ya no existe un criterio de compatibilidad entre un ingrediente y otro, entre el compuesto resultante y el estómago humano… Parece que tengan cabras por clientes en lugar de personas… Y, pese a todo, estos de aquí al lado están salivando, se la comen tan tranquilos antes de meterse tropecientas horas de avión con esa porquería en el estómago… Son jóvenes… La *pizza* en porciones *international style* tiene un público objetivo que excluye a las personas de edad avanzada, aunque nada les impediría elaborar alguna porción bien hecha de *pizza* margarita, de *mozzarella*-tomate-anchoas (pocas y buenas), pensada para los ancianos… No se trata simplemente de una cuestión de estómago, la *pizza* sigue siendo uno de mis pocos referentes: si la globalizas, si la transformas y te cargas su forma original, si mutas su código genético, al final acabas encontrándote *salsicia with chocolate and pepperoni* en todos lados… ¡Ésos son bocadillos de jamón! *Sandwich with raw Parma ham*. Lo que sobresale parece auténtico jamón de Parma y da el pego de jamón auténtico… Mmm, mejor no fiarse… Pero aquí no estamos en Egipto, estamos en el aeropuerto, en un mundo aparte, el mundo de los aeropuertos que, aunque no es exactamente occidental ni aséptico, al menos es una estructura moderna, climatizada, conectada por vía aérea con otros aeropuertos del mundo como si fuesen habitaciones de la misma Gran-Casa-Aeropuerto que rodea el globo, como antiguamente la grasa que rodeaba a modo de red los higadillos envueltos, que en la Ciudad de Dios se hacían con achicoria marcada en la sartén y provocaban las infinitas siestas posmeridianas de Padre los domingos, imagino que interrumpidas por todo tipo de pesadillas, por la vibración de la campanilla, que me llevará a mí también a la misma muerte prematura por insuficiencia cardíaca durante el sueño… No estamos en Egipto, estamos en la Casa-Aeropuerto donde todo puede existir, hasta un jamón de Parma, hasta pan toscano sin sal, incluso fresco, aunque es más probable que esto no sea lo que parece, tal vez sea de mentira, tal vez lo hayan fabricado los japoneses de Fakenature… Falso como todo lo

de aquí y fuera de aquí… Como las concreciones coralinas en las que estamos trabajando… Basta, Brandani, elige… Ya está, jamón y queso, ¿qué iba a elegir si no? ¿Cómo es posible que un bocadillo, que un Bocadillo Concreto y Determinado, comido a tal hora de un día lejanísimo, en un lugar al que nunca has vuelto, que ni siquiera sabrías encontrar y que ni sabrías reconocer si pasaras casualmente por delante de él… cómo es posible que Ese Bocadillo se mantenga tan vivo en tu memoria después de tanto tiempo? Serían las nueve, habíamos salido a las cinco de la mañana… Todo autovía hasta una salida en un valle central de la Península, luego carretera nacional colina arriba, una región antigua, medieval… Entonces tenía la vida *por delante*… Teníamos que estudiar una iglesia del siglo XIV para un examen de ingeniería… Pensándolo bien, en realidad no tenía la vida tan *por delante*, ya había tomado algunas decisiones cruciales de las que aún no era consciente y cuyas consecuencias no podía conocer… Me sentía inexplicablemente feliz, como quizá no lo haya estado nunca, ni antes ni después; si no, habría olvidado aquel Bocadillo de Jamón… Fue una parada en un bar de carretera, nos prepararon dos rebanadas de pan recién hecho sin sal, rellenas de jamón de montaña, rojo oscuro, muy salado, lonchas gruesas con tocino en los bordes… Fuera hacía frío, me senté en un banco pegado a la pared, había un par de compañeros conmigo… ¿Quiénes eran? Recuerdo las caras, no los nombres… Sólo recuerdo aquel pan y aquel jamón, la niebla levantándose, la evasión de las colinas boscosas tras el quitamiedos de la carretera nacional, el hambre. Mi Bocadillo y yo: algo inolvidable, la felicidad absoluta del cuerpo y de la mente… Se me ha quedado todo tan grabado en la memoria que vuelve cíclicamente y nunca me abandona… Antes de morir, murmuraré al oído de alguien una frase sibilina, como en *El cuarto poder*: «Pan y Jamón en las Colinas Solitarias»… No tengo tanta hambre, no voy a comprarme el bocadillo, me tomo un simple *capuccino* globalizado, seguro que en el avión nos dan algo de comer… Son casi las cinco…

LA CIUDAD DE DIOS

Había puertas de cristal en las casas. Cristal esmerilado de varios tipos, cuando tenías tiempo te quedabas mirándolo fijamente para reconstruir el dibujo. Tramas formadas por motivos que se repetían, líneas onduladas, o bien una única superficie lisa, uniforme y opaca, a veces con ornamentos florales arenados. Las puertas de cristal servían para iluminar las entradas de servicio, los pasillos, los recibidores y los vestíbulos. La luz penetraba por una ventana y podía no ser mucha, porque las ventanas solían dar a patios interiores, o bien se abrían a fachadas laterales o posteriores, y entonces reflejaba la pintura del edificio más cercano y adquiría su tonalidad. Una vez que la luz había entrado por su fuente principal, accedía a los espacios más modestos de la casa, donde una mesita sostenía un teléfono o sólo guías telefónicas porque el aparato era de pared, donde había alguna estantería sueca, pensil y torcida, un zapatero, un perchero a la entrada con su paragüero, un portallaves o un espejo. Algunas veces era una consola, con sus bonitas patas curvas y doradas y sus volutas de madera con el típico aire de los muebles de estilo, aquel estilo que Ivo veía como algo lúbrico y traidor.

Pero esto sólo ocurría en las casas de los abogados, de los notarios, de los ingenieros, de los comerciantes, es decir, en las viviendas de los grupos familiares viejos, inamovibles y sórdidos que se habían instalado en un primer momento en los barrios de finales del siglo XIX y que más tarde se habían extendido a los nuevos barrios del segundo ensanche. Familias que dominaban la Ciudad de Dios y que determinaban su manifestación cotidiana, su existencia

como ciudad en el presente, que indicaban las directrices de crecimiento más convenientes; zonas sobre las que especulaban con total impunidad y con las que ganaban grandes sumas de dinero. Pero también en las casas de la gente que acababa de llegar —las más recientes estaban en el último piso, llenas de luz, con la típica decoración de la contemporaneidad peninsular de entonces, que consistía en la «estilización» de todo lo «estilizable», desde los sillones a las mesas, pasando por las lámparas de pared, las sillas y los sofás; cada objeto o utensilio aspiraba a parecer nuevo, moderno y rico—, también en estas casas había grandes puertas de cristal, a veces correderas («à coulisse», decía Madre, que sabía francés), o bien con doble hoja, y en estos casos el cristal era transparente, pero estampado con una densa secuencia de convexidades lenticulares que no permitían la visión.

La luz violenta de la Ciudad de Dios llegaba ya tenue, blanquecina, a las entradas de servicio de las casas e iluminaba las estanterías con colecciones enteras de novelas negras y de Urania, de *Topolino, Il Monello, Intrepido y Tiramolla*. Montones de *Epoca*, de *La Settimana enigmistica, Oggi, Gente, Selezione dal Reader's Digest*, del *Europeo*, incluso de números plegados del *Espresso*, cuando todavía tenía formato sábana, incluso del *National Geographic* en inglés, con sus bonitas fotografías de las Naturalezas Incontaminadas que le gustaban a él. Cuando Ivo entraba en la casa de algún compañero de colegio, percibía en el aire el típico olor a nido doméstico, diferente en cada casa, pero con una base aromática común a todas las familias definible como «olor a cerrado». Un olor que ya no se notaba al cabo de un rato, pero que cambiaba de habitación en habitación. En los dormitorios a menudo se respiraba un olor asqueroso a perro mojado, en la cocina olor a sofritos estratificados y pegados, disimulado en parte por el olor fresco de un sofrito más reciente de ajo y cebolla dorados en la sartén con salsa de tomate de lata para pasta; en el pasillo había una mixtura indistinguible, dulzona, muy típica, mezclada con el olor a polvo quemado de los radiadores demasiado altos. Durante la primera época, tras el regreso a la ciudad, cuando estaban en la

Casa sin Calefacción de la abuela, aquel aire seco de la estufa le daba dolor de cabeza y, una vez hechos los deberes, no veía el momento de volver a casa y recorrer a pie el trecho de calle en el aire frío del invierno que en aquella época también era punzante en la Ciudad de Dios.

En aquellas casas se hallaba la síntesis olfativa de la historia reciente de la Península y de aquella familia en particular, una suerte de bola de plastilina donde todo se mezclaba en un aroma final, un tufo indefinible, el olor al recorrido específico de cada familia, pero reconocible en lo que tenía en común con otras familias de la misma época, de la misma clase social, del mismo barrio, de la misma calle, con hijos que iban a las mismas escuelas y madres que hacían la compra en las mismas tiendas.

Las puertas de cristal, ya fuesen grandes o pequeñas, correderas o no, de una o de doble hoja, daban luz a los rincones, que olían a incubación humana, de la que estaban impregnados los papeles pintados, las alfombras, las cortinas, que penetraba en la ropa, donde se mezclaba con el olor fuerte a naftalina, con el ligeramente corrompido de los cuellos de piel de animales antes vivos —como testimoniaban aquellas tristes cabecitas de zorro hechas en serie que se mordían la cola alrededor del cuello de Abuela los domingos en Misa—, cuando no era el abrigo de astracán gris perla con *ushanka* a juego con los que se parecía a un cosaco del Don, con la nariz roja por el frío y la mirada perdida de un pájaro despistado.

En casa de la familia Brandani había varias puertas de cristal, y las que no estaban siempre abiertas estaban siempre cerradas. Las que estaban siempre cerradas delimitaban una frontera que sólo se podía atravesar si tenías una buena razón: allí dentro se encontraba el *sancta sanctorum* enmoquetado del dormitorio de Madre, pero sobre todo de Padre, el lugar en el que se custodiaban los Calcetines, lo único de Padre a lo que Ivo, quién sabe por qué, tenía libre acceso, y ésta era la única razón por la que frecuentemente se ponía calcetines amarillo canario, la única excentricidad que Padre se concedió en su vida además de la aparición esporádica de una pajarita. En aquella habitación demasiado grande y demasiado vacía,

detrás de una puerta de cristal y de otra de doble hoja, que ratificaba la discontinuidad con el resto de la casa, Ivo sabía que sobre el Sagrado Comodín se hallaba el Sagrado y Suculento Bolso de Madre, en el que durante años primero encontraría calderilla y más tarde cigarrillos que Madre fumaba de manera completamente ocasional: uno después del almuerzo y otro después de la cena. A ese ritmo un paquete tendría que haberle durado diez días, pero, cuando Ivo rondaba los dieciséis años, empezó a durar mucho menos. Aquella puerta de cristal tenía la función de delimitar una casa dentro de la casa, porque ésa había sido la voluntad de Padre en el arbitrio absoluto de su dominio sobre todos los Brandani, que vivían allí gracias al vigor de sus caderas y a la energía con la que se desenvolvía en el mundo. Fuera de allí, es decir, fuera de aquella casa, o sea, fuera de aquella oposición dialéctica primaria Espacio de Padre/Espacio de sus súbditos, se hallaba precisamente la Ciudad de Dios.

Una larga franja de volcanes muertos, aparentemente dormidos, enfriados y apagados desde hace cientos de miles de años que, a partir de lo que hoy en día se conoce como Li Castelli, se extiende hacia el norte, hasta el interior de la tierra etrusca, hasta otros cráteres gigantescos y oscuros que hace milenios que se llenaron de agua, hasta grandes masas eruptivas como la Montaña Cónica: en este territorio, en su mayoría de toba negra, dúctil y casi moldeable con las manos, que el agua cortó en numerosos barrancos boscosos, es donde se manifestó el fenómeno urbano que hoy en día conocemos como Ciudad de Dios. La geología habla de cuatro largos ciclos explosivos que durante un vasto periodo de tiempo, hace entre 630.000 y 360.000 años, cubrieron una extensión de doscientos ochenta kilómetros cuadrados de lluvia de polvo, lapilli, cenizas y coladas de lava con basalto incandescente. El Volcán Central, como se denomina actualmente este territorio, colapsó, se recuperó y volvió a colapsar mientras sus cráteres secundarios se llenaban creando lagos profundos, de los que es mejor desconfiar todavía, umbrosos y tristes, llenos de un agua lívida muy profunda.

En resumen, una tierra dominada por restos erosionados y fósiles de monstruos geológicos inmensos, cubierta por grandes placas de toba sobre las cuales hasta el más insignificante riachuelo tuvo tiempo de excavarse un cañón propio, donde hoy en día todavía subsiste la mancha primigenia. Fueron los bosques, con grandes robles, encinas, alcornoques, castaños y hayas, los que, junto a la toba, establecieron las premisas salvajes para el nacimiento de un paisaje primero y más tarde de cavidades habitables, de ciudades y aldeas enrocadas en las colinas, de grandes necrópolis excavadas en las paredes amarillas de roca blanda. A partir de aquellas placas efusivas, el agua había construido, mejor dicho deconstruido, un paisaje que podría definirse como habitable, defendible, fortificable: sólo había que seguir la forma, ya casi arquitectónica, de los grandes edificios naturales de toba, excavar sus paredes y edificar sus cimas. El sueño clásico de todo esto produjo a continuación un pueblo de deidades menores y ninfas, lugares de oráculos, restos de ciudades y templos misteriosos, construcciones incomprensibles y ruinas que conforman el concepto primigenio de pintoresco como coexistencia fantástica del dato natural con la intervención humana, que más tarde, pero mucho más tarde, ya en su forma definitiva, fue exportado por artistas franceses como Claude Lorrain, Nicolas Poussin y Gaspard Dughet, junto con todos los demás.

Aquí las estirpes de lo clásico no adoptaron el espíritu alegre que nació del azul seco y cálido del Egeo, sino que más bien recibieron la influencia de las radiaciones húmedas de la toba volcánica, del negro primitivo de los bosques de robles, que crearon ese carácter miserable, torvo y utilitario, base primigenia del posterior imperio, que no fue sino algo fundamentalmente burdo, hasta la última restauración fascista, completamente burda. Antes de éstas, y antes de las estirpes anteriores (Dios sabe de dónde venían), y antes de ésas todavía, y antes y antes si nos remontamos al pasado siguiendo las raíces del Templo Profundo, antes de que llegase el *Homo sapiens* (para exterminarlo, según se cree), aquí vivía el neandertal, que hace ciento cuarenta mil años merodeaba por estos lares y se agachaba a comer caracoles en los meandros del Río Pequeño. Y eso

fue mucho antes de que este riachuelo se convirtiese en una alcantarilla asquerosa, mucho antes de que estos lugares se llenaran de ciudades y de chabolas, antes de que entre los edificios y los chalés decimonónicos se perdiese incluso su propio nombre: Saccopastore era un meandro del Río Pequeño que tenía precisamente forma de saco y donde antes llevaban a pastar a las cabras; de ahí su nombre. Aquí, en los años treinta del siglo XX, todavía había canteras de grava en las que se excavaba un terreno no precisamente reciente. Había depósitos pleistocénicos de ciento cincuenta mil años de antigüedad; de hecho, en el 29 apareció un fragmento arcaico de cráneo femenino que se estimó que tenía ciento veinte mil años. Más tarde, en el 35 dos paleoantropólogos encontraron Saccopastore2, un cráneo masculino incompleto: eran neandertales, pero de un tipo más arcaico que el neandertal clásico. En resumen, hace mil doscientos siglos, aquí, en la Ciudad de Dios, todavía no vivía la especie humana, sino algo diferente. Era territorio del *Homo neanderthalensis*, que se extinguió hace cuarenta mil años más o menos, probablemente exterminado por el *sapiens*, es decir, por nuestros padres y, por tanto, por nosotros.

El agua de algunos de aquellos riachuelos, que más tarde se convertirían en los temas predilectos de la pintura «de paisajes» del siglo XVII —hoy en día transformados en colectores de aguas negras y plagados de bolsas de plástico enredadas en las ramas de las riberas—, por caprichos de la naturaleza del lugar se precipitaba con fragor desde las rocas, formando cascadas y cascaditas que se hicieron memorables, y así lo fueron hasta la época en que Ivo las conoció gracias a Padre, aunque el polvo que propagaban por el aire ya se había transformado en una sustancia colibactérica irrespirable y la espuma amarillenta bajo los saltos de agua ya decía mucho sobre la naturaleza fecal de aquellos fluidos. Fueron pocas las deidades cristianas que tuvieron tiempo y ganas de establecerse en estas selvas, ningún santo, ninguna virgen, ningún monte sagrado, sólo unos pocos santuarios primitivos. Fue como si toda la sacralidad cristiana hubiese sido absorbida por la fuerza gravitacional de la Ciudad, en la cual se concentraba y sedimentaba con una densidad

nunca vista, de modo que muchos lugares del territorio pudieron seguir siendo propiedad exclusiva de monstruillos caprinos, peludos y perennemente excitados a la caza de féminas esquivas, desnudas, inexistentes, disponibles y silvanas a las que acosar con insistencia y tozudez.

Sin embargo, por una concurrencia de factores y acontecimientos, por una concomitancia de sucesos o por capricho divino —aunque tal vez sólo por un caso de contradicción fortuita—, con el paso del tiempo, entre los residuos de este infierno pagano paradisíaco se fue formando la Ciudad de Dios. Se cuenta que al principio el Lugar del Puente marcó su destino, aquel único puente mítico de madera que unía las dos márgenes de un río que de lo contrario habría sido infranqueable, sobre todo en invierno. Era el lugar de la discontinuidad anulada, del obstáculo temerariamente superado a expensas de la sacralidad del agua y, por tanto, el lugar en el que un primer ingeniero, el *Pontifex*, el hacedor de puentes, llevó a cabo la profanación inicial del Río, pues fue capaz de ver las dos orillas no como dos cosas independientes, sino como las dos partes del corte que aquel curso de agua había infligido en la continuidad del mundo. Así pues, la Ciudad de Dios nace en torno a una blasfemia técnica del Puente, a través del cual el territorio del norte y el del sur se convirtieron en uno, en favor de comerciantes y viajeros, pero también de ejércitos. Por eso, la ciudad nace y crece en la orilla izquierda del río, la del sur, porque es el lado opuesto a la dirección prevalente por la que siempre llega el enemigo, cualquier enemigo, ante cuya presencia se cortaba el Puente. Pero también porque en el sur había más espacio y las colinas eran más salubres, habitables y defendibles que las de la otra orilla. Lo demás lo consideramos de sobra conocido.

Todos los lugares forman a su manera la mente de los autóctonos y la marcan para siempre: por un lado, limitados por la carga genética; por otro, influidos por las características espaciotemporales, físicas, económicas, religiosas y culturales de nuestro lugar-mundo de origen, configurados por el estatus social de partida y por la educación parental, sometidos a figuras de madres y

padres que a menudo se muestran incansables a la hora de girar la manivela de la picadora de carne familiar: ¿de qué manera, en qué sentido, podemos llamarnos *individuos*? Como lo es para nosotros, así lo fue para Ivo Brandani: ¿qué tenía él que pudiese considerarse una producción autónoma? ¿Qué parte de él podía considerarse sustancia animal original, pensante y emocionable? ¿Qué parte de él podía considerarse no marcada directa o indirectamente por una mano ajena, o por la institución pública, o por el estado químico-físico de los lugares? ¿Cómo ignorar la radiactividad de la toba, del basalto y de la ceniza entre los que había nacido y vivido? ¿Cómo desconocer la fuerza de aquella ciudad entumecida que, desde sus primeros instantes de vida, le oprimió el corazón? ¿Cómo negar que el barrio en que nació y vivió durante tanto tiempo, después del exilio posbélico, le hubiese dejado marcas indelebles dentro de su cráneo, primero de niño y luego de hombre? ¿Y qué decir de todo lo demás? ¿De las bocanadas de aire comprimido de los trolebuses que paraban debajo de casa, del misterioso sonido que emitía el Circular Rojo, del más antiguo y estridente del Circular Negro, una línea con coches conocidos como «corridos» en lugar de con dos vagones articulados? ¿Qué decir de las encinas con copas cuadradas, de los pinos, de la gravilla fluvial que llenaba los paseos de los jardines de la ciudad? ¿Cómo soslayar todas las demás cosas que lo marcaron, como el travertino esculpido en forma de cocodrilo de la fuente en la Plaza Central de su barrio, como el aroma a pan que se extendía por el patio por la mañana temprano? Tampoco pueden pasarse por alto las luminiscencias de colores que proyectaban las persianas cerradas en el techo de su primera habitación los domingos por la mañana, cuando las campanas de la gran iglesia con dos torres de ladrillo rojo repicaban a toda velocidad, transformando aquellos momentos en algo místico y acogedor, hecho y construido sólo para él. ¿Y aquella promesa de futuro? ¿No era para él? ¿Sólo para él?

La antiquísima ciudad en la cual le había tocado nacer, y más tarde vivir, le había ido inyectando poco a poco su típico acento arrastrado, del que nunca había conseguido desembarazarse. Una forma de hablar que le hacía reconocible del mismo modo que a él le

parecían molestamente reconocibles todos los que estaban parasitados como él. Frente a la relación que puedas tener con una ciudad a la que te vas a vivir de adulto, de la que podrás hacerte habitante, a la que en todo caso podrás *sentir* que perteneces, la ciudad en la que hemos nacido, o donde vivimos desde pequeños, es la que habita en nuestro interior, es la que nos usa como organismo huésped para reproducirse de individuo en individuo, de generación en generación, durante cientos y cientos de años. El conjunto de actos, objetos y palabras estratificados en un lugar, transmitidos mediante una lengua de mente en mente y de generación en generación, no es sólo ambiente y dialecto local, sino también pensamiento, maneras de existir y de comportarse, concepción del mundo: y por mucho que te esfuerces en mantenerlo bajo control, sale de repente cada vez que las palabras prescinden de la conciencia, de tu querer ser y aparentar, es decir, en los momentos de ira, de miedo, de alegría, de dolor, etcétera. En este sentido, la presión de la Ciudad de Dios se dejó sentir de inmediato en la mente y en el cuerpo de Ivo Brandani, y él, que sólo era un niño, tampoco tuvo nunca ninguna intención de luchar contra ella. Es más, por el espíritu gregario natural al que estaba sometido en cuanto humano, ya al día siguiente del regreso con su familia a la ciudad, deseó unirse en cuerpo y alma a esa mezcla de hálitos, cuerpos y objetos que desde hacía siglos destilaba el alma de la Ciudad.

Muchos han tratado de decir algo que ayude a comprender la Ciudad de Dios, algo que definiera de una vez por todas su carácter peculiar. Muchos han tratado de aprehender su naturaleza y su sentido para poder expresarla, pero las ciudades no tienen sentido, no son más que fenómenos de agregación humana, construcciones superpuestas a lo largo del tiempo, resultados irracionales de acciones individuales racionales, donde se dan poderes dominantes que en ocasiones intentan dejar su propia impronta en el cuerpo físico urbano, como se hace con los corderos. Se ha escrito mucho sobre esta ciudad, pero no hay nada que exprese su esencia de manera tan eficaz como su propio nombre, «Ciudad de Dios», que

encierra bastante énfasis, aunque siempre menos de lo que quizá contenga la realidad.

De noche, al acercarse a la ciudad por una de las antiguas calles que parten de ella radialmente, ya a muchos kilómetros de distancia, se veía aparecer un resplandor rojo en el cielo, diáfano como una amenaza desconocida, que se aproximaba lentamente detrás de las copas de los pinos. Ivo conocía aquel resplandor nocturno que se estancaba por encima de la ciudad, las nubes de siroco que se impregnaban de él, porque lo había observado varias veces desde el asiento trasero del Coche de Padre, durante los dramáticos viajes de vuelta de las excursiones dominicales, cuando, en las caravanas que se formaban en las carreteras nacionales de regreso a la ciudad, sus padres discutían ferozmente, gritándose cosas inauditas, llenas de un odio que sólo afloraba los domingos por la noche en el coche, y para abstraerse había que intentar dormir.

Ciudad de Dios: ¿cómo podría amar esta ciudad un dios cualquiera, estándar, o sea, dotado de atributos humanos normales y superpoderes añadidos? Tenía que tratarse de un ente perverso, tal vez de aquel mismo Motor Inmóvil, de aquella Causa Primera que ocuparía la mente de Ivo durante el verano del 62. Un diésel negro, cubierto de grasa, malvado y, no obstante, Causa Primera. Cuando aquel Ente Causal quiso establecerse en la ciudad, lo hizo poco a poco, mediante una larga secuencia de actos quirúrgicos, trasplantando lentamente en ella sus antiguos órganos vitales paganos, subyugándola a un poder insidioso que se te instala en la consciencia, exige su consenso y se apodera de tu mente desde pequeño como lo haría un ultracuerpo. La ciudad del Gran Templo y de sus sacerdotes seguía albergando a un hombre con derecho legítimo sobre el antiguo título de *Pontifex Maximus*, es decir, de Sumo Hacedor de Puentes, un cargo relacionado con la manutención sagrada del mítico Puente Primigenio, del que se ha hablado antes, que ya había desaparecido hacía más de dos milenios, pero cuya memoria técnica evidentemente había quedado englobada en el culto dominante. Indiferente a su origen ingenieril y pagano, el jefe de la teocracia que desde hacía siglos dominaba aquellos lugares

había asumido ese mismo cargo quizá para legitimarse en unas raíces que no eran las suyas, pero que resultaban profundas e inextirpables, y nacían de los riñones de la ciudad.

Desde el tercer curso de la escuela elemental, año en que la familia Brandani volvió en el último momento de la evacuación bélica, Ivo había vivido en esta ciudad peculiar y siempre la había sentido como una especie de lastre, como si, incluso cuando no conocía más que una pequeña parte de ella, todas aquellas calles y plazas, tranvías y trolebuses, coches, autobuses, camiones y taxis, todas aquellas casas y monumentos se le echaran encima diciéndole: «Cuidado, puede que esto sea belleza, pero no es hospitalidad, no es bondad, no es hermandad, no es protección, no es seguridad: esto no es más que belleza, no te cuidará, no te respetará».

Pero por aquella época Ivo no era capaz de entenderlo, y siguió sin entenderlo durante muchos años, quizá nunca llegara a entenderlo.

Uno de los primeros domingos Padre lo había llevado a visitar una mole monumental blanca perfectamente simétrica, tan alta como una montaña, y habían subido hasta la última terraza, donde Padre se lo explicó todo y le dijo el nombre de las distintas cúpulas, colinas, edificios, y le indicó la gran roca del Gran Templo y aquella población de enormes estatuas corroídas. A Ivo el edificio desde el cual contemplaban la ciudad no es que le gustase especialmente, salvo por la enorme masa fascinante de bronce del Monumento Ecuestre, la gran barriga verde del caballo, sus pelotas enormes, las rebabas de agua sobre el relieve de las venas bajo la piel. En conjunto, aquel edificio gigantesco le recordaba la escuela y todas las cosas que allí le enseñaban, estudio/descanso, en pie/sentados, silencio absoluto, las palabras incomprensibles del Himno Nacional aprendidas de memoria, metidas con calzador en una melodía absurda que siempre le había parecido extrañamente poco seria, una marcha pegadiza: *Siam pronti alla morte*! ¡Sí!

Para Ivo, vivir en la Ciudad de Dios significó no amarla, porque sólo le gustaba la geometría y la claridad de su barrio al norte del

Centro Antiguo, que tenía calles anchas con árboles, edificios más o menos de la misma altura, una cota ordenadora compartida por toda la zona, en la que a menudo se erigían torretas, misteriosos balcones porticados, logias que se perdían en el espacio, a veces también tendederos, lavaderos y almacenes. Sin embargo, afirmar que Ivo no la amaba es demasiado simple. Le fascinaba pero al mismo tiempo desconfiaba instintivamente de ella, quizá porque era algo que identificaba con Padre. Al principio fue una sensación confusa, pero con el paso del tiempo la aversión se fue concretando, fue aumentando, y ya de adulto se trasformaría en hostilidad manifiesta. No obstante, si se le hubiese preguntado el porqué, no habría sabido responder. Decían que Ivo vivió el resto de su infancia posbélica y posterior juventud en una zona particular de la ciudad que le hacía creer que residía en otro lugar o barrio, incluido el inmenso Centro Antiguo, una amalgama desordenada y confusa encerrada en el perímetro de murallas ancestrales, privada de ese principio de geometría, orden y perspectiva del que gozaba el barrio donde había crecido y, por tanto, ambigua, hostil y sutilmente repulsiva. Crecer en el orden de la *forma urbis* tendría una serie de consecuencias sobre su *forma mentis*, sobre la manera en que percibiría el resto de la ciudad y del mundo. Lo que más tarde se revelaría una especie de obsesión por la geometría, la exactitud y lo bien hecho, tenía un más que probable origen en los años vividos en la certeza de la forma, en la medida, en la conformidad, que al principio le hicieron creer que todo el mundo era así, que por fuerza tenía que ser así.

De pequeño, cuando salía de su barrio, siempre lo hacía con Padre, y veía cosas por las ventanillas del coche que no podía aprobar: fuera de su mundo de correspondencias geométricas, la ciudad era un revoltijo de edificios sin pies ni cabeza, tanto en el centro como en la periferia. No entendía por qué siempre se hablaba de la belleza del Centro Antiguo, que en cambio a él le parecía una mole informe de casuchas apelotonadas una al lado de la otra, interrumpida por explanadas inesperadas, por charcos de luz sobre adoquines sueltos, entre los que se erigían iglesuchas renegridas por

la suciedad, con cornisas curvas y retorcidas. No entendía la belleza de la irregularidad, de las manchas de humedad, del estuco desconchado, de la roña acumulada en las fachadas, de las muecas malvadas de los monstruos marinos que emergían de las fuentes, de aquellas decoraciones sobrecargadas que desde lejos le producían un efecto de cremosidad indistinguible y eliminaban las líneas rectas. Por aquella época Ivo era pequeño y no aprobaba la insistencia de los motivos con volutas, la presencia excesiva de veneras con hojas de acanto, el exceso de espirales y de caras de león. Y también delfines, palmeras y palmetas por todas partes, cinceladas en los tímpanos, bajo las cornisas. O bien, como en un lugar con obelisco llamado Mons Citatorius, le sorprendía que el travertino pareciese no estar terminado de esculpir, rocas inexplicablemente insertadas en una fachada lisa, racional.

«Bernini», le dijo Padre.

Allí donde hubiese algo que por aquella época Ivo Brandani no era capaz de aprobar, algo que se le atragantaba sin saber por qué, antes o después alguien le decía: «Bernini». O bien, aunque más raramente, le decían: «Borromini». Parecía que en el Centro Antiguo, en el interior de aquellos catorce kilómetros de cinturón de murallas, no hubiese existido nadie más aparte de esos dos, parecía que hubiesen vencido, dominado y persuadido a los demás para que se unieran a ellos y así trazar juntos volutas, palmas, espirales, veneras, cuernos y fachadas curvas. A Ivo le daba la impresión de que no había nada más que contar o decir aparte de Bernini/Borromini.

«Barroco», decía Padre.

En cambio, lo que le sorprendía de las afueras eran los escombros, la mezcla continua de objetos, la presencia de barrios enormes y de casuchas, los inmensos poblados chabolistas, las excavaciones, las vías del tren, las obras, las avenidas recién construidas, polvorientas, las hileras interminables de postes y cables eléctricos entrelazados, y los cascotes, misteriosos, inesperados, negros. Dejadez por todas partes, inexactitud, revoltijo, basura, confusión. Le parecía que no había nada que cumpliese una

función comparable a la de la Gran Plaza Central de su barrio, dispensadora de orden, forma y regularidad, a la cual parecían adecuarse y conformarse de manera lógica los demás espacios de alrededor.

Sin embargo, lo que más le molestaba, incluso como para llegar a inducirlo más adelante a una verdadera forma de idiosincrasia, eran los numerosos restos de los que se jactaba y enorgullecía la Ciudad de Dios. Al principio, cuando Padre lo llevó a visitar los Foros del Imperio, el Gran Anfiteatro, los Antiguos Mercados y más tarde la inmensa Villa del Emperador, en la Ciudad Puerto, se entusiasmó. Se trataba de la fascinación que le provocaban las huellas de mundos anteriores, de lugares que en un pasado remoto habían sido habitados por hombres que, le costaba creer, eran como nosotros.

—¿Eran como nosotros?

—Claro, igual que nosotros… Quizá más bajitos —respondía Padre.

Todo eso lo impresionaba, pero lo que más le había llamado la atención, tanto que desde aquel momento lo recordaría para siempre e incluso volvería a comprobarlo por las dudas que le había generado la noticia, habían sido las marcas —eso decía la guía— que un puñado de monedas había dejado en el suelo del Foro al fundirse durante un incendio. La noción de Gran Incendio empezaba a relacionarse en él con la de Antiguo, con la de Centro Antiguo. Se imaginaba círculos infernales de llamas, al emperador incendiario y todo eso, pero lo que más le sorprendió fue la Muralla de la Subura, cuando Padre le leyó en la guía que en la Antigüedad servía para separar el Foro de los «barrios pobres construidos con madera, lo que permitía mantenerlos protegidos de los frecuentes incendios». Le desilusionó el Anfiteatro cuando se dio cuenta de que el suelo de arena se había hundido. Esperaba ver el espacio donde las fieras se comían a los cristianos, pero no había arena, tan sólo se veía una maraña de muros ruinosos.

—¿Se hundió?

—Se desplomó —dijo Padre—. Eso de ahí son los sótanos, donde estaban las fieras y los gladiadores.

—¿Por qué no lo arreglan?

—¿Cómo?

—¿Por qué no lo rehacen…? ¿Por qué no lo reparan?

—Pero ¿qué significa? ¿PERO QUÉ DICES? Sería un fraude.

Padre había alzado la voz y lo había sobresaltado.

—¿… Có-cómo que «un fraude»?

—Quiero decir que habría que construir algo nuevo que se mezclaría con las estructuras antiguas… Eso se considera una especie de mentira, ¿lo entiendes? ¡Tienes que pensar antes de hablar!

Aquel episodio significó el comienzo de su manera de considerar lo antiguo que invade todos los rincones de la ciudad. Tardó un poco de tiempo, porque el fastidio se adentraba poco a poco en su mente. Al principio fue una molestia leve, por ejemplo cada vez que veía el foso central de la plaza conocida como Argentina llena de escombros incomprensibles, hileras de columnas rotas, hierbajos, gatos y basura. Las pocas veces que tomaba el tren, en el viaje de regreso a la ciudad, ésta lo recibía con las murallas negras de la denominada Puerta Mayor, de los demás acueductos y de un ninfeo dedicado a la diosa Minerva. Cuando salía en coche de la ciudad, veía continuamente aquellos restos, una serie infinita de objetos enigmáticos, vacíos, ruinosos e inútiles que se perdían a lo lejos en los extensos prados que rodeaban la ciudad, ruinas con chabolas adosadas a ellas o cubiertas de vegetación, caos en el caos de la periferia, donde todo parecía amontonarse al tuntún, vacíos repentinos, excavaciones y grúas de obras. Más tarde empezó a preguntarse: «Pero ¿por qué tenemos que mantenerlas a toda costa, conservarlas como cadáveres depositados en tumbas abiertas si están en pésimo estado y ya no nos van a servir de nada? ¿Por qué tenemos que mantener estos agujeros inmundos llenos de gatos, hierbajos y desperdicios sólo porque dentro se conservan unas cuantas murallas mugrientas construidas por los antiguos?».

—Mira —decía Padre, perito constructor—, éste es el *opus reticulatum* y éste el *opus incertum*…

A quién le importa es lo que le hubiese salido responder, pero decirlo delante de Él habría sido un error fatal.

—*Nuestros* antepasados eran grandes constructores —decía Padre orgulloso—, por eso hoy sus edificios aún se mantienen en pie.

—Para mí están *demasiado* rotos, papá —se atrevió a decir una vez. Enseguida se arrepintió, pero no pasó nada, porque aquél era uno de esos momentos extraños y misteriosos en los que Padre no era peligroso; sí aburrido, porque se esforzaba por explicar como un profesor, pero, quién sabe por qué, no peligroso. Sin embargo, era mejor no relajarse, pues cabía la posibilidad de que se irritase de repente, de improviso. Para Ivo era la reticencia de siempre, la misma cautela de siempre. Odiaba aquellas salidas por la ciudad, no le interesaban las lecciones de Padre y tampoco el *opus reticulatum* ni el *opus incertum*, no le gustaba tener que contenerse y no decir lo que pensaba, estar siempre atento a sus palabras, ir con pies de plomo; Padre principalmente estaba ocupado en escucharse a sí mismo, dispuesto a cabrearse por cualquier contradicción, objeción, pregunta de más, pero alguna pregunta *tenía que hacerle*, si no, se habría irritado por defecto: «¿No me escuchas? ¿No dices nada? ¿Te importa un pimiento?».

Así era Padre, no se podía cambiar ni devolver. Ése era el que le había tocado y con el que tenía que quedarse. No se podía razonar con él, era una criatura estanca, blindada, impenetrable. Sin embargo, era Padre, lo temía, aunque en su fuero interno le infundía respeto, y todavía quedaba lejos el momento en que por primera vez se permitiría formular pensamientos como: «El cabrón siempre dice las mismas gilipolleces». Cuando eso ocurrió, se quedó medio abatido por haberse atrevido a llegar tan lejos, era la profanación de la Sagrada Figura Indiscutible, pero ya se había abierto la veda, el muro había caído: «Gilipollas, capullo, imbécil, que te den por culo. Muérete, cabrón…». Ivo no podía saber que aquel síndrome de rechazo hacia gran parte de la Ciudad de Dios lo marcaría para el resto de su vida. Cuando le tocase vivir lejos de su barrio de origen lo sufriría como si lo hubiesen expulsado de un edén de seguridades.

La Casa de Familia, que parecía un fortín inexpugnable, hacía años que había sido vendida, la familia se había dispersado, los padres habían fallecido y acabado en los nichos de un cementerio lejano, en el que reinaba el mismo desorden insensato de la ciudad. Fue el sufrimiento de vivir en la privación del orden geométrico, en la inexactitud generalizada, en un desorden al que todos parecían estar acostumbrados y no parecían percibir. Cuando la expulsión ya fue definitiva, siguió volviendo a su barrio para caminar de nuevo por sus calles y aceras anchas, y cada vez era un contacto necesario con la claridad perdida, para reencontrarse con el placer de la armonía entre lo que sentía ser y lo que veía. «Dichosos los que se han quedado a vivir aquí», se decía.

No obstante, fuera de aquel barrio esquemático y ordenado con forma de estrella y a pesar de Ivo Brandani, la Ciudad de Dios se extendía, caótica, infame y preciosa. Escondida en el subsuelo, bajo tierra y visible aquí y allá, la Ciudad de lo Antiguo estaba dispuesta a erosionar desde abajo la de arriba, consumiendo sus cimientos, debilitando a sus habitantes con sus radiaciones y esculpiendo su imaginario colectivo para lograr una modalidad agotada y desengañada de desencanto bajo un semblante cínico. La Ciudad de Dios no era un conglomerado humano cualquiera: una ciudad normal cree en algo, en un futuro, en la posibilidad de mejorar, en cambio la Ciudad de Dios no creía en nada. No se trataba de la mentalidad desencantada y escéptica de gente que ha visto de todo, de gente que sabe mucho por tener demasiada Historia. No era eso, más bien se trataba de resignación, de una incapacidad congénita para concebir lo nuevo, tal vez de sumisión de la ciudad social por el peso excesivo de la ciudad física, que en la mayoría de los habitantes generaba desprecio y compasión hacia quien *todavía* creía posible un cambio a mejor. La ciudad estaba convencida de no poder renovarse y modificar su belleza y racionalidad, estaba convencida de que sólo podía crecer en torno a sí misma y punto. Es más, la ciudad no estaba convencida de nada, no se interesaba por su futuro, así que cualquier modificación era a peor, a más feo, a mal hecho, con la flamante excepción de los raros, relucientes y a

menudo minusvalorados fragmentos de forma, incluso de utopía, que habían aparecido aquí y allí gracias a misteriosas grietas abiertas en la mente de la ciudad que poco después se habían vuelto a cerrar. La inteligencia de la Ciudad de Dios llevaba tiempo completamente inerte, arrastrada por su propia amargura, pero sobre todo por su disponibilidad y complicidad con los artífices de lo peor, de lo inmediato y de lo malo, que hurgaban entre las migajas producidas por la inmoralidad, cuando no era por la coincidencia entre poderosos y gobernantes. No hay error que no manifieste las responsabilidades de aquellos que no han sido capaces de evitarlo, y la Ciudad de Dios era maestra en este espectáculo, increíble por la cantidad de réplicas, por el éxito que cosechaba.

La Ciudad, además de esclava de lo Antiguo, lo era de Dios, como de hecho su propio nombre indicaba. Vivía sometida a su pasado y al *Pontifex* máximo. Para albergar dignamente a Dios, había querido construirse una mole de enormes dimensiones, dotada de dos inmensas pinzas dispuestas de tal manera que simulaban un abrazo. Había hecho falta más de un siglo y un ejército de los artistas más reputados para llevar a cabo todo el complejo del Templo Primero de acuerdo con un programa de exhibición de poder que reprimió la capacidad expresiva que podrían haber manifestado los artistas participantes en el proyecto. Salvo algunas excepciones, claro, pero raras. Y cuando, pese a todo, la poesía apareció, lo hizo con toda su potencia y fuerza, sin ninguna intención ni disponibilidad de ser comprendida, sino que permaneció encerrada allí arriba, en su belleza apocalíptica, exhortativa. Sin embargo, a Ivo le decían, y no sólo Padre, que esta exhibición triunfal de dominio era *belleza*, que era la *gloria* de la ciudad y que debería sentirse *orgulloso*, estar contento. Pero él, tal vez porque era un pequeño habitante de un barrio lleno de orden y luz, percibía con claridad la hostilidad y la altivez de aquellas obras de Dios.

Ivo vivió su infancia y juventud en un momento crucial, cuando la ciudad vomitaba incansablemente como un volcán nueva materia urbana y la esparcía por el territorio circundante, sobre un paisaje carente desde hacía muchos siglos de toda inocencia natural, que,

no obstante, con el paso del tiempo, había vuelto a un fascinante abandono lleno de elementos misteriosos, de torres y construcciones anónimas, de fragmentos de antiguos asedios bárbaros, huellas de fugas, conflictos medievales, incendios, delitos impunes, anfractuosidades, catacumbas, escondites y tumbas. De este modo, la Ciudad de Dios se extendía más allá de las colinas externas e invadía estas landas antiguas con inmensas coladas de edificios, chalés y casitas conectados mediante calles estrechas, todas curvas, a lo largo de terraplenes con altos muros de contención cubiertos por trozos de toba que sostenía laderas enteras de colinas. En lugar de fragmentos de ciudad nueva, se trataba de algo diferente, era la *forma mentis* de los nuevos ricos posbélicos traducida en una secuencia infinita de edificios cursis con su balconcito, su terracita, su claraboyita, su buhardillita, su rampita de garaje, su portalito, su vestíbulo con mosaicos decorativos o gigantografías con motivos arqueológicos, y su ascensor y su pasamanos de madera en las escaleras que culminaban en barandas de elaborados diseños. Era el alma nueva de la ciudad que buscaba algo más acorde con la última posición social alcanzada. Padre, con su pequeña empresa constructora, también formaba parte de aquella expansión salvaje y sin criterio, por fin Él también participaba de la antigua pulsión por alcanzar un decoro que correspondiese a las cuatro perras ganadas. Padre construía para particulares y cooperativas en ocasiones con nombres ridículos, *Golondrinas en busca de un techo*, o más concretos y tristes, *Mutilados en servicio*, que aspiraban a obtener su propio edificio de cuatro o cinco plantas, con dos o tres pisos por planta, calefacción central, ascensor, plaza de aparcamiento o garaje particular, patio comunitario, trastero, caldera local, fachada de ladrillo visto, acabados en mármol travertino, puertas de roble, barandilla comunitaria y tiradores de latón, azulejos en el baño a gusto del cliente. ¿Cuál es el adjetivo oportuno para una ciudad construida con sumo cuidado para negar y arrancar de raíz la propia idea de ciudad? ¿Qué se puede decir de la cultura y de la mente del que quiso, realizó y permitió kilómetros cuadrados de esta tropelía sino que era refractaria a cualquier idea y percepción civil de la necesidad de un orden y diseño, de un espacio público apropiado

para vivir y compartir entre todos, con calles y plazas anchas, arboladas, aceras y aparcamientos lo suficientemente grandes para los Fiat que invadían cada metro cuadrado de asfalto? ¿Alguien podría explicar cómo es posible que una generación de humanos, en la ciudad que se había erigido en símbolo y modelo para todo el planeta, pudiese construir nuevos barrios enormes negando toda idea de espacio urbano?

Cuando Padre se llevaba a Ivo de visita a sus obras, siempre le sorprendía la velocidad a la que crecían aquellas colmenas que parecían precipitarse rodando por los flancos de las colinas y de las lomas, más allá del perímetro después del cual la ciudad se extendía en todas direcciones. Carreteras estrechas de fango, marcadas por los surcos profundos de camiones y dragas que iban y venían sin cesar, por las ruedas de los triciclos Guzzi 500, por todas partes ruido de excavadoras, de hormigoneras, estruendo de martinete y andamios, que por aquel entonces todavía se fabricaban de madera, pilas de palancas desclavadas, montañas de arena para cribar a mano palada a palada, máquinas mezcladoras de cal y puzolana a pleno rendimiento, un ir y venir de peones y carretillas que subían y bajaban por las escaleras del armazón acarreando pedrisco, ladrillos macizos, ladrillos perforados, ladrillos huecos, haces de hierros de varios diámetros para hormigón que se oxidaban a la espera de ser mezclados, carpinteros y ferrallistas en plena faena, albañiles afanados en seguir la trayectoria de los hilos de plomo, cordeles guía y niveles que extendían argamasa con gestos lentos sobre los ladrillos húmedos que les colocaban los peones, soladores a los que se oía silbar y cantar desde lejos por la resonancia de las habitaciones vacías húmedas de cal, un continuo rematar y volver a romper, dar pasadas hasta que se extendía la pasta de estuco con la herramienta que más le gustaba a Ivo, la *llana americana*, aunque el nombre más bonito era el de la *piocha*, con la que se desprendían los revoques de las paredes y se picaban las piedras de toba para hacer en bruto las paredes de los sótanos que posteriormente se enlucían con la paleta. Todo esto le parecía bellísimo, la violencia y la determinación del acto constructor siempre lo dejaban con la boca

abierta. Era un infierno de trabajo nunca visto, ni a los pies de la Torre de Babel, ni en el recinto donde se construyeron las Pirámides de Guiza o la Esfinge. Y, a lo lejos, un bosque de grúas y poleas con las banderas peninsulares ondeando al siroco sobre los armazones terminados en tiempo récord a la espera del remate final.

La Ciudad de Dios crecía y construía. Todos construían, vendían y se hacían ricos, se compraban una casa en la playa, o más al norte o más al sur, pero en la costa, mandaban a sus hijos a colegios de curas, solicitaban asociarse a uno de los clubes deportivos del Río. Había que presentar al menos dos «garantes», sólo se rechazaba a los que no tenían demasiado poder, demasiado dinero, o a los hebreos, a los socialistas y a los comunistas declarados. Sin embargo, si un judío o un comunista era lo bastante rico o poderoso, algunos círculos de menor prestigio podían hacer la vista gorda, mientras que ellos probablemente fingían no oír las pullas racistas, sexistas y fascistas que estaban a la orden del día en los vestuarios. Una mierda de ciudad, ésa era la verdad. La indolencia de las esposas tumbadas charlando en los bordillos de las piscinas, señoras guapas y enigmáticas con su acento bien arrastrado, la mirada puesta en vigilar a sus hijos, que se zambullían y se volvían a zambullir una y otra vez y molestaban —«Hemos votado la piscina para los niños, por fin»—, pero también pendiente del entorno, con una intensidad de observación mutua que se podía cortar con un cuchillo. Todos, hombres y mujeres, jóvenes, adultos y ancianos, se miraban fijamente y se juzgaban y cotilleaban de manera más o menos manifiesta, para captar las señales de las historias privadas que circulaban, para entrometerse, para averiguar quién se estaba enriqueciendo aún más o quién no. Había que hacerse una idea de quién podía convenirle a su hija o a su hijo, de a quién buscarse como amante de cara al invierno. Además, estaban las risas y bromas de las señoras durante la partida de canasta de la tarde, en las mismas salas donde durante la noche alguien se jugaría unos cuantos millones en una timba de póker.

Padre, perito constructor que se definía como ingeniero, aspiraba a unirse a esta gente. No sólo, pensaría más tarde Ivo, porque en

realidad le importase (algo le importaba), sino porque estaba tácitamente obligado por la necesidad de relacionarse con ricachones como él y de formar parte de aquellas estructuras horizontales de poder y dinero que se expandían a su mismo nivel medio-bajo, pero también por la presión de Madre, que quería contrarrestar las fanfarronerías de sus hermanas por las conquistas económicas y sociales de sus maridos. La gente que todavía ocupaba los barrios posunitarios y de principios del siglo XX y que ahora se hermanaba con los nuevos instalados mientras tanto en el nordeste era realmente asquerosa; se trataba de personas que habían sobrevivido a todo tipo de tempestades y acontecimientos bélicofascistas —aunque alguno que otro se había quedado muy tocado—, ciudadanos de una ciudad que había sido fascista, «pero no mucho», se decía, y ahora era democristiana, «pero no mucho», se añadía, es decir, no como para exponerse de verdad, admitirlo abiertamente, comprometerse y poner en peligro negocios, alianzas determinadas y contactos útiles. No tanto como para ganarse la desconfianza de los compañeros de clase; esto es, de un grupo social instalado como un platelminto en los nervios principales de la *urbs* y de la *civitas*, gente que rehuía por naturaleza toda intemperancia política y prefería vivir como filtradores, obteniendo nutrientes con cada respiración, ganando dinero con cualquier suerte de impureza presente en el ambiente. De este modo, todos resultaban ser liberales y republicanos, algunos —de tendencias izquierdistas peligrosas— se atrevían a apoyar a los socialdemócratas. Luego había muchísimos *missini*, es decir, neofascistas del Movimiento Social Italiano, y sobre todo había democristianos en secreto, pues ser oficialmente democristianos era motivo de vergüenza, no estaba bien visto, aunque al final todos tenían algo que ver con esa gente. Sórdidos apartamentos umbertinos llenos de cuadros enormes y litografías, cortinas y alfombras, mesas y mesitas, llenos de baratijas de plata, bomboneras, muebles oscuros con patas de grifo, mobiliario neomedieval como el de la *Cena de las burlas*, librerías llenas de volúmenes encuadernados en piel y con letras doradas, olor a polvo y a vida antigua. Poco después, Ivo tendría ocasión de visitar estas

estancias, aunque no eran más que residuos de un tiempo pasado, la nueva gente con dinero se había establecido al norte y al nordeste del Centro Antiguo.

Sin embargo, la receta de la Ciudad de Dios también contenía otros ingredientes. Mientras las zonas centrales se esparcían más allá de las colinas, se habían ido formando otras concentraciones humanas más lejos. Entre la ciudad de la construcción especulativa de los cincuenta y de los sesenta (aunque también de los setenta, de los ochenta, de los noventa y de todas las décadas que siguieron hasta ahora: aquella cultura nunca cambió, aquella gente siempre permaneció fiel a sí misma, sólo que más rica, más ignorante, más poderosa) y estos nuevos núcleos habitados, a menudo se extendían grandes eriales que pronto fueron ocupados por los largos edificios en serie y por los bloques de los nuevos barrios de viviendas sociales, más conocidas como «populares», que reflejaban la cultura oficial de los urbanistas, una concepción radicalmente opuesta a la de los poblados chabolistas por una parte (para los marginados y los desgraciados) y a la de los chalés por otra (para los no pobres y para los ricos). Con el paso de los años, un pueblo de cientos de miles de humanos había llegado procedente de los lugares más insospechados a las puertas de la ciudad. Se trataba de gente antigua, arcaica, campesina, apenina, que conservaba en su interior una diferencia total con respecto a la ciudad en la que iban a establecerse, fardos culturales pesados y variados que pronto, ya con sus hijos, terminarían por perderse. De manera inmediata y automática los miembros de este pueblo se habían degradado al rango suburbano de arrabaleros, con su conjunto de chabolas superpobladas en las mesetas, o bien encajadas en el fondo fangoso de algún valle de toba, adosadas a los acueductos, en los prados antiguos y lejanos no ocupados por la ciudad y el campo. No obstante, esto también era ciudad, ciudad naciente, larvaria, pero ciudad al fin y al cabo. Fueron embriones que se extendieron como la pólvora, hasta la sucesiva formación de lugares *fuertes* en un archipiélago de barrios primitivos y miserables, nacidos según modalidades arcaicas de agregación espontánea, sobre alturas,

anfractuosidades y desniveles del Agro, o bien adosados a preexistencias de lo Antiguo, como de hecho ocurría con los acueductos, las villas en ruinas y las tumbas gigantescas. Los suburbios hicieron ciudad de dos maneras: consolidándose en su territorio, esto es, resistiendo a los intentos de abrogación, o bien generando la intervención de los poderes públicos con el fin de que construyesen casas nuevas para los «más desfavorecidos», que con sus tugurios cercaban y asediaban el núcleo burgués y pequeñoburgués de la ciudad. Así nacieron nuevas colmenas, enormes y planificadas desde el poder, que también cumplieron su función de hitos para la posterior conexión de los cinturones exteriores con la ciudad central.

Hasta mucho tiempo después no se verían nuevas oleadas de inmigrantes, esta vez no peninsulares, asediar la ciudad de otra manera, mucho más desesperada y ancestral que la primera, gente que se establecería bajo los puentes y viaductos de cemento armado de las circunvalaciones, en las riberas de los dos ríos, en grutas y cavernas de toba, dentro de refugios increíblemente frágiles, guaridas provisionales, bajo los saledizos y las cornisas de los edificios, en nichos a ras de suelo, en catacumbas y en antros arqueológicos, dentro de fábricas abandonadas, que durante años constituyeron comunidades posatómicas, viviendo de la escoria de una ciudad que mientras tanto se había hecho rica, trabajando como siervos, prostituyéndose, entregándose al contrabando. Algunos se dedicarían a la mendicidad, otros a rebuscar cobre en los contenedores de basura, otros al robo, al lenocinio, o simplemente a la inedia alcohólica, en un último acto de olvido sin esperanza. Pero la mayoría de ellos iría regularmente al trabajo, de manera clandestina y explotados de un modo de todo punto funcional para las diferentes actividades económicas, empezando por la eterna construcción.

De este modo, durante mucho tiempo, la Ciudad de Dios continuaría siendo sede de todas las formas humanas de supervivencia: desde los cazadores-recolectores de basura hasta los trogloditas de las cavernas, pasando por los nómadas y los

agricultores, permaneciendo así anquilosada en todos los ámbitos excepto en el pastoreo originario, que siguió desarrollándose durante décadas incluso en algunas zonas verdes centrales, en las que durante mucho tiempo se vio pastar a animales domesticados. Aún en la segunda década del 2000, durante la cual Ivo Brandani niño pensaba que el Futuro se haría realidad, vivían ovejas, caballos, cerdos, vacas, conejos y gallinas en la ciudad, y en enclaves secretos de la naturaleza corretearían en total libertad y sin ser vistos zorros, jabalíes y otras muchas especies salvajes. El Futuro de ciencia ficción con el que Ivo soñaba de pequeño nunca llegó. Lo que sí llegó no era imaginable siquiera para los ilustradores profesionales de Urania, que cometerían el *mismo* error al no prever cuánto Pasado arrastraría consigo el Futuro ni tampoco las consecuencias de aquellas tecnologías informáticas, por entonces aún circunscritas a los laboratorios más avanzados dentro de grandes contenedores llenos de bobinas, cintas magnéticas y tarjetas perforadas.

De esta nueva ciudad exterior Ivo no sabía nada. Desde la ventanilla del coche de Padre apenas había visto de refilón las hileras de chabolas adosadas a los acueductos antiguos, o el humo que salía de los barrios ocultos en los valles del Agro, a lo largo de las vías consulares. A sus oídos de niño no llegaban más que nombres mencionados por otros niños —nombres extraños y plebeyos nunca oídos— junto con descripciones generales de lugares siniestros y míticos, peligrosos, poblados por gente violenta, lugares de los que no se salía vivo si se iba solo. Era la fama del suburbio romano, episodios referidos en las conversaciones que mantienen los niños por la calle, en las que cualquier chorrada puede ser plausible. Así pues, en torno a los catorce años, Ivo Brandani *sabía* que los suburbios eran lugares miserables, habitados por gente vil, putas, chulos y ladrones: eso es lo que decían sus compañeros de escuela, aunque él no sabía muy bien quiénes eran las putas y los chulos ni a qué se dedicaban. Cada generación de la Ciudad de Dios había hecho su mítico *tour* por los suburbios urbanos en los que era mejor no aventurarse. Madre también tenía *sus* lugares con mala fama, y estaban en pleno Centro Antiguo. Llevaba años sin ir, los seguía

nombrando con recelo, pero ya hacía décadas que toda aquella escoria se había marchado y en su lugar habían entrado a vivir burgueses pijitos, intelectuales y maricones, mientras que la vieja ciudad tendía vertiginosamente a convertirse en un parque temático para turistas.

En resumen, entre aquella ciudad inmensa e incompleta de chabolas y casitas ilegales y la colada lávica con chalés burgueses vomitada desde el centro, se estaba formando un cinturón de barrios populares, levantados por las instituciones, de viviendas sociales, constituidos, salvo excepciones, por colmenas de seis a siete plantas o bloques de diez en las que a Ivo nunca le habría gustado vivir porque le parecían de pobres, y lo eran. Y luego las carreteras con cuatro carriles entre eternas secuencias de enormes objetos inmobiliarios coronados por multitud de antenas de televisión, llenos de ventanas y galerías porticadas, bien distanciados entre sí para dejar espacio a landas incultas y fangosas, descampados en los que los niños jugaban a la pelota, pequeños vertederos donde, en lo alto de una montaña de basura, se erigía el eterno Váter Abandonado, entero o roto, que todavía hoy se puede encontrar en todas partes y que no sin motivo podría incluirse como emblema en la bandera nacional, como el Cedro en la bandera del Líbano o la Hoja de Arce en la de Canadá. Ivo había aprendido a reconocer el Váter Abandonado: se encontraba allí donde hubiese un terreno en apariencia desierto, también en su barrio, en rincones remotos con los que se topaba cuando iba en bicicleta, o bien cuando bajaba la escarpadura del Río: el típico vertedero improvisado de una pequeña demolición, cúmulos formados por fragmentos de estuco, trozos de tejas, ladrillos rotos, viejos frigoríficos, cacas. El Váter Abandonado señalaba la incuria de un lugar y revelaba la *forma mentis* de los habitantes de la Ciudad de Dios (y de todo el país). Más tarde, un día que pasaba por el mismo lugar, encontró una valla metálica que habían colocado recientemente, una cancela cerrada con un candado, y dentro atisbó maquinaria, máquinas para ferralla, excavadoras: se trataba de una obra naciente, lo que significaba un edificio nuevo al cabo de un año y medio, con argamasa recién seca

y pintura húmeda. También pasaba en su zona, claro: cada vacío sería colmado. El olor a cal húmeda, a estuco fresco, o sea, a edificio recién construido, se respiró durante años, décadas, en la Ciudad de Dios. Tomaba el Circular Rojo por la tarde y lo encontraba abarrotado de obreros de la construcción que regresaban de sus trabajos —¿adónde iban?, ¿de dónde venían?—, caras de fatiga salpicadas de yeso y pintura lavable, cal, y un fuerte olor a albañil por todas partes, a esfuerzo, a esencia de hombre cansado y quemado, casi un perfume comparado con el hedor a empleado que a menudo le repugnaba cuando iba en transporte público. Masas de obreros se movían cada día desde y a través de la ciudad, pagados para construirla; un desplazamiento épico que Ivo, desde su reino del orden vacío y silencioso, no hubiese conocido si Padre no le hubiese contado, cuando lo llevó a una de sus obras, que muchos de aquellos trabajadores venían de fuera, de los territorios deprimidos del sudeste de la capital, que distaban incluso cientos de kilómetros: si eras peón también eras obrero, y si eras obrero, la Ciudad de Dios seguro que te daba trabajo.

Los trabajadores de las obras de Padre, hombres de los que Padre hablaba mal sin que Ivo entendiera por qué, hablaban dialectos que él había oído de pequeño, durante el Exilio de la Posguerra, antes del regreso a la ciudad. Se enteró de que los trabajadores de Padre se levantaban todos los días a las cinco de la mañana, tomaban trenes y autobuses con sus caras típicas de campesinos, recorrían hasta cien kilómetros para llegar a la obra a las siete de la mañana con sus paletas en ristre, los cubos de argamasa al hombro y una carretilla llena de ladrillos, dispuestos a sacar puzolana, a cavar trincheras en el fango, a plegar hierros, a amasar cal y cemento, a abrir rozas en los tabiques, a clavar planchas y madera para el andamiaje, a enlucir con la llana, a colocar baldosas…

Se veía que algunos de ellos, los más jóvenes, venían de la periferia de la ciudad, eran menos tímidos que los demás, hablaban con un acento muy cerrado, arrastrando las palabras, decían

palabrotas, tenía un aire inestable, temible, cínico, frío, y a él, cuando iba a las obras, no le hacían ni puñetero caso.

«¿Quiénes son estos obreros?», se preguntaba Ivo al principio.

Se lo preguntó una vez a Padre:

«Gente que no ha estudiado y tiene que trabajar con las manos para ganarse el pan —respondió él seco. Luego añadió—: Todos comunistas, gente que no tiene ganas de trabajar…»

«Comunistas…» Era otra de las cosas que Ivo tendría que comprender: ¿quiénes eran los Comunistas? Se lo había preguntado a Madre —mejor preguntarle antes a Madre y, si ella no lo sabía o no respondía, entonces preguntarle a Padre, pero sólo si era *estrictamente necesario*— y ella había respondido:

«Pregúntaselo a tu padre.»

Exacto. El círculo había vuelto a cerrarse, al final siempre había que llamar a aquella puerta peligrosa e imprevisible.

Sus amigos sabían aún menos que él:

«Los Comunistas son unos hijos de perra —decía uno—. No creen en Dios, ni en Jesucristo ni en la Virgen, en Rusia se cargan a los curas. Como te atrevas a ir a la iglesia te matan; si no haces lo que te dicen, te matan; si haces preguntas, te matan. Los Comunistas queman iglesias, te lo quitan todo, la casa, el coche, todo lo que tengas, y se lo dan a los que no tienen o se lo quedan ellos…»

También estaban los Fascistas, de los que se sabía aún menos. En los periódicos ilustrados Ivo había encontrado varias veces la imagen terrible y misteriosa del Dictador colgado de los pies. «Los Fascistas son unos hijos de perra», decían sus amigos de la calle, mientras que otros no decían nada e Ivo pensaba que tampoco sabían mucho. Más tarde entendió que si un niño se quedaba callado cuando se hablaba mal de los Comunistas, significaba que su padre era comunista. Igual para los Fascistas. Pero *¿quiénes son* los fascistas y, sobre todo, *dónde* están? Una vez que un amigo le había invitado a almorzar a su casa, había reparado en una foto del Dictador colgada en el comedor y acto seguido había soltado: «Ese delincuente…»; de repente, se había hecho el silencio en la estancia.

Nadie dijo nada, pero aquélla sería la primera y la última vez que fuese a casa de aquel amigo. Desde entonces había entendido por qué cada vez que alguien de su pandilla decía «*Duce*-hijo-de-perra-han-hecho-bien-colgándolo-de-los-pies», su amigo se quedaba callado. Desde aquel día, Ivo podía decir que había conocido a un fascista e iba por ahí contando que el padre de ese niño era «un fascista», como si fuese, por ejemplo, un miembro de la Banda Bassotti.

Padre decía: «Los Comunistas y los Fascistas son iguales, las dos caras de la misma moneda».

«Pero los democristianos son peores», añadió una vez. A Ivo, que necesitaba saber desesperadamente lo que estaba bien y lo que no, le habría gustado decirle: «¿Y tú qué prefieres?», pero no se lo preguntó hasta más tarde, cuando Padre le respondió: «Prefiero a los Liberales». Y así fue como Ivo Brandani se hizo Liberal sin saber lo que podía significar. Y desde aquel día podía decir a sus amigos: «Mi padre es Liberal». Ningún otro padre era liberal, ser liberal debía de ser algo especial.

En la Ciudad de Dios, el Dictador aún se veía, no digo mucho, pero sí que seguía bastante presente y en algunos lugares lo mencionaban a menudo, sobre todo como «DUCE» o bien como «DUX».

¡EL *DUCE* ES NUESTRO!

¡EL *DUCE* ES NUESTRO!

¡EL *DUCE* ES NUESTRO!

¿Qué significaba aquella exclamación reproducida decenas de veces en los mosaicos del Foro Fascista, adonde iba a patinar?

—Nada, no quiere decir nada —dijo Padre—, es una exclamación, como «Hip hip hurra», algo sin sentido, una devoción…

A Ivo le gustaba mucho la Esfera, la gran Esfera de mármol colocada en el centro de lo que parecía una fuente, pero que nunca tenía agua. También le gustaba el obelisco con su inscripción *DUX*, tan nítido, lleno de aristas.

—Es un monolito —decía Padre—, y la punta es de oro de tíbar.

—¡Anda! ¿Y cuánto vale? ¿Qué significa «monolito»?

—¡Yo qué sé lo que vale! Significa que ha sido tallado de una sola pieza de mármol…

Aún había admiración y orgullo en las palabras de Padre. Por el Estadio y las Estatuas se intuía que al Dictador le gustaban los objetos de mármol blanco, y también le gustaban a Ivo: todos aquellos culos le hacían gracia, aquellos pitos ocultos tras hojas de parra, como si la gente fuese a esquiar o a jugar al tenis desnuda. Y luego no había más que hombres, hombres con el pelo peinado hacia atrás, al estilo del rey Humberto, como todavía solía decirse. La Exposición del 42, como la llamaba Padre, también era completamente blanca, los edificios muy minuciosos, sin vacilaciones; cuando terminaban, terminaban y empezaba el azul del cielo. Nada de cornisas voladas ni escudos papales, sólo cubos, esferas, cilindros inmersos en una luz diferente que más tarde Ivo comprendería que se trataba del reflejo del mar, que estaba muy cerca de allí.

—Pero ¿tú eras fascista?

—Sí —respondía Padre.

Luego, casi de manera automática, como si quisiera excusarse —«¿Se está excusando conmigo?»—, había añadido que en aquellos tiempos no se podía ser otra cosa, que todos fueron fascistas, que habían crecido en el Fascismo, que él también había sido hijo de la loba, *balilla*[1], vanguardista, etcétera, que hoy en día era fácil decirlo, pero que en aquella época las cosas no eran tan fáciles, el *Duce* les gustaba y no veían ningún peligro… Después les tocó ir a la guerra a todos…

Ahora que las cuestiones políticas habían quedado claras, Ivo por fin tenía una orientación política, sabía qué responder.

Primero: Fascistas y Comunistas eran «dos caras de la misma moneda»; malo.

Segundo: no como los Fascistas y los Comunistas, pero los Democristianos también eran malos porque «robaban».

Tercero: él, Ivo Brandani, era Liberal. Los Liberales quieren la libertad, quieren un Estado «lo más ligero posible» (así lo había formulado Padre) y no les gustan demasiado los curas.

Cuarto: a los Comunistas era mejor llamarlos «compañeruchos»; así, ante sus amigos de la calle, de la iglesia, del fútbol, ante sus amigos de la bici, de la escuela, parecería alguien que sabe lo que dice. De igual modo, a los Fascistas había que llamarlos «camaradas» y a los Democristianos «democristos».

De este modo, Ivo se hizo Liberal y creció así, convencido de que el aspecto político de la vida ya se había resuelto, de que ya no haría falta volver a planteárselo, aunque ser Liberal no es que le ayudase mucho a hacerse una idea del mundo y de las distintas especies humanas.

Todo lo que había sido construido en la ciudad lo habían hecho tipos como los que había visto trabajar en las obras de Padre, comunistas que no tenían ganas de hacer nada, con caras antiguas, diferentes de la suya y de las de la gente que conocía, caras bronceadas, llenas de arrugas finas, de campesinos, con manos gruesas y oscuras, con uñas bastas, rotas y negras de suciedad, las yemas de los dedos ajadas, las mismas manos que había visto pegadas a las muñecas de los pescadores de la Ciudad de Mar mientras manejaban esa especie de huso de madera que sirve para reparar las redes. Aunque no se dijera abiertamente, la ciudad la habían construido y la estaban construyendo personas inferiores, ignorantes, que no sabían hablar, llegadas de las provincias, de los pueblos de alrededor, de los suburbios, de las casas populares: los albañiles, personas que sabían hacer aquel trabajo con lentitud y gestos precisos, idénticos, sin un movimiento de más, sin doblar demasiado la espalda.

Cuando Ivo iba a las obras, los observaba metidos en faena, embelesado. Los que sabían que era el hijo del ingeniero le sonreían, a lo mejor le guiñaban un ojo, pero nada más. Nada de hacer migas con ellos, salvo con el Ayudante Gino, que era de la «confianza» de Padre y Padre hablaba bien de él, aunque siempre con suspicacia. Ivo no comprendía por qué, pero cada vez que el Ayudante Gino y Padre estaban juntos, se sentía molesto, incómodo. Era como si percibiese en Gino una actitud servil, aunque ambigua: asentía sin parar, pero cualquiera se hubiese dado cuenta de que era por

conveniencia. Padre y Gino: tal vez ellos también se odiaran o simplemente desconfiaran el uno del otro, pero había algo que no encajaba e Ivo se daba cuenta. Gino daba órdenes a los obreros, los contrataba y los despedía, repartía los salarios, dirigía las obras desde abajo, como un suboficial.

«Sí, señor ingeniero.» «Yo me encargo, señor ingeniero», decía Gino. «Es de confianza», decía Padre, pero hasta un niño como él era capaz de ver que entre ellos no había amistad, sino tan sólo conveniencia. Ivo se daba cuenta de que en las obras Gino también tenía a sus hombres de confianza, a los cuales llamaba y volvía a contratar para cada nuevo proyecto, y se veía que los demás obreros eran diferentes, que estaban como cabreados y desganados, que Gino los trataba con dureza, les daba órdenes rigurosas, los reprendía.

Por otra parte, si había que construir una ciudad, alguien tenía que hacerlo. Era trabajo. Así, durante aquellos años, se fue formando un paisaje provisional e infame lleno de excavaciones y montones de tierra de relleno, de herramientas de construcción y restos hasta donde alcanzaba la vista, trozos de madera apiñada, de casetas de obra, de calles que esperaban casas, pero sobre todo de casas que esperaban calles, alcantarillas y postes de la luz. Un territorio de antigua tierra parda alterada, profanada, que en otoño se transformaba en un lodazal que podía durar hasta bien entrada la primavera, momento en el que se convertía en polvo. Más lejos todavía había hierbajos y cañaverales, chabolas ocultas y agujeros inmundos que en el pasado, según le había contado Padre, habían contenido agua limpia en la que podías bañarte e incluso él había pescado gambas. «Metíamos las manos debajo de las piedras y las sacábamos…»

Al fondo de este paisaje se hallaban Li Castelli, neblinosos hacia el este, al norte el Monte Murale y otras montañas indefinidas de las que Ivo no sabía nada excepto que en invierno se teñían de blanco y que sus primos iban allí a esquiar. El único fenómeno ordenador había sido el cinturón de AG, el Anillo de Gronda, del cual Ivo había oído hablar por primera vez cuando tenía unos trece años. Todos sus

amigos sabían lo que era, pero él no tenía ni idea, aunque no lo demostraba. Y siguió así unos meses, sin saber qué era el Anillo de Gronda: se lo podría haber preguntado a Padre, pero a saber por qué no lo hizo; además, en familia nunca se mencionaba el Anillo de Gronda, porque, inexplicablemente, había muchos asuntos que quedaban excluidos de las conversaciones de la Casa Brandani. Lo que se sabía, de lo que se hablaba, lo decidía Padre, y así un buen día, mientras comían, fue el mismo Padre quien dijo:

—¿Sabéis que el AG no se llama así porque sea el «Anillo de Gronda», sino porque el apellido del ingeniero que lo ha proyectado es Gronda? ¡O sea, se apellida Gronda!

—¡Anda! —dijeron Madre y Hermana Grande, aunque se notaba que la noticia las dejaba del todo indiferentes (Madre y Hermana Grande nunca contrariaban a Padre a no ser que fuese necesario).

En cambio, Ivo enseguida aprovechó la ocasión para preguntar:

—¿Qué es el AG?

—Una carretera en forma de anillo que circunda la ciudad… A ver, ahora es un anillo abierto porque todavía no se ha construido el tramo norte, pero ésa es la idea —respondió Padre.

Aquel anillo debería haber sido un círculo perfecto, así se lo imaginaba él, pero no lo era. Ivo se quedó decepcionado cuando descubrió que estaba incompleto, que su forma era más parecida a la de una patata casi redonda, y se convenció aún más de que vivía en la única parte de la Ciudad de Dios que podía considerarse adecuada, ordenada, bien hecha. Tardarían tiempo en terminar el Anillo, que completaba la estructura antigua de la ciudad al proporcionar una rueda a los radios de las vías consulares, que se extendían en diferentes direcciones hacia los arrabales más remotos del Antiguo Imperio, aunque algunas terminaban casi de inmediato en lugares que no estaban tan lejos. El límite entre la parte interna y externa de la Ciudad de Dios se desplazaría del perímetro de las Murallas, mandadas construir por un emperador que se llamaba como un compañero de colegio de Ivo Brandani, a los sesenta y seis kilómetros del AG, mandados construir por el ingeniero Eugenio Gronda, director general de la Oficina de Obras Públicas de

Gobernación. Ivo no sabía nada de las vías consulares. En sus escasos relatos del Tiempo de Guerra, Padre y Madre mencionaban a menudo sus nombres como zonas en las que quizá habían vivido de jóvenes, pero él no sabía dónde estaban ni podía saberlo porque no tenía una idea clara de la ciudad. Con el tiempo, estos nombres siempre le evocarían algo profundamente familiar aunque ajeno, lugares de una ciudad periférica, lejana y antigua, pero de una antigüedad más accesible, más que la de la gente que vivía allí, que había vivido durante el Tiempo de Guerra, con el pan negro y los alemanes que te llevaban a Alemania y todo lo demás.

La Ciudad de Dios estaba marcada en lo más profundo, o lo que es lo mismo en cuerpo y alma, por una alternancia secular de poderes absolutos, tan secular que se podría llamar perpetua: emperadores y pontífices, tiranos y señores de todo tipo, y el último de ellos, en orden cronológico, aquel Duce invocado en los mármoles del Foro Fascista. Todos, o casi todos, se preocuparon por dejar su propia impronta en el cuerpo, en el espesor físico ya bastante estratificado de la Ciudad. Muchos emperadores fueron asesinados. El mismo Duce terminó como ya se sabe. En cambio, fueron asesinados pocos pontífices, poquísimos, quizá debido al aura sagrada de la que suelen rodearse. Un eficiente sistema reproductivo, evolucionado a lo largo de un par de milenios, permite que todavía sigan ahí, que se sucedan uno tras otro. A un *pontifex* considerado «cerrado y conservador» le sigue cíclicamente uno considerado «abierto y progresista», pero siempre se descubre que son los mismos perros con distintos collares. Todos los *pontifex*acaban sirviéndose intensamente de la ciudad para persuadir, dirigir, influir lo máximo posible, gracias a tentáculos, pedúnculos, sensores, receptores muy sensibles, bien introducidos desde hace siglos en sus nervios vitales y en los del país del cual es capital. Desde pequeño, Ivo Brandani aprendió a considerar la Urbe como una unidad con su Iglesia y, pese a tener una noción confusa de las jerarquías y de las formas de poder que existían en su país, la veía como el dominio predilecto y natural del Papa antes que de cualquier otra autoridad terrenal, antes que de los carabineros y los

agentes y los policías y los profesores e incluso, tal vez, Padre… Y como prueba de ello estaba la enorme Cúpula, tan inmensa que se tornaba pequeña, y al final, a fuerza de estar siempre ahí y presidir la Ciudad, desilusionaba, como todas las cosas y las personas a las que se les da bombo, de las que se dicen maravillas, como todas las cosas que le gustaban a Padre. Ivo acabó subiendo con Padre, a desgana y sin rechistar por algo que no le apetecía hacer, sobre todo con una persona que, hasta que el resuello se lo permitió, llenó de palabras didácticas el ascenso al completo.

Todo aquel travertino destilaba una sensación de malestar y traición, una voluntad terrenal de dominio que no podía pasarle inadvertido —porque los niños se dan cuenta de todo—, y de hecho no le pasaba inadvertido, pese a tener doce o trece años, pese a ser religioso, pese a ir todos los días a la Sede (así se llamaban los locales de la Parroquia), pese a temer el Infierno y sentir pavor de morir de un momento a otro en Pecado Mortal sin tener tiempo para arrepentirse… Fuera, la gigantesca Columnata de Bernini. Dentro, también gigantescas, las Columnas Salomónicas de bronce del Baldaquino de Bernini. «Tiene treinta metros de alto, imagínate: como un edificio de diez plantas», había dicho Padre. Luego las Tumbas de Bernini, con enormes ropajes de mármol que parecían mares agitados que se desbordaban en las naves. Bernini por todos lados. Gracias a él y a otros como él se había construido aquella ciudad curvilínea, torcida, sobrecargada, enfática, que a Ivo le daba repelús porque toda aquella ornamentación le recordaba a las marañas de pulpos en las cestas de las pescaderías de la Ciudad de Mar.

No obstante, durante el tormento obligatorio de las excursiones dominicales y, pese al aburrimiento y el miedo que Ivo experimentaba siempre en presencia de Padre, con el tiempo se fue creando en su mente una imagen de la Ciudad de Dios. Aquella belleza era demasiado evidente, obvia y proverbial para no contener algún defecto oculto, oscuro y sempiterno, algún truco. Aunque el ojo de un crío de diez o doce años ya esté ofuscado por los primeros deseos sexuales crecientes, aún es inocente y sutil, antes de que

acabe por empañarse del todo. En la típica actividad primaria de su edad, que consistía en almacenar/elaborar información acerca del mundo, Ivo engullía datos sobre su ciudad en un flujo de correspondencias, como si en los muchos objetos de varias dimensiones, distribuciones y procedencias que la constituían, residiese algo íntimo relacionado con una verdad; un quid que, si hubiese sido capaz de comprender, habría podido comunicarle cosas importantes. Tal vez fuese una verdad conectada con la antigua y fundamental doblez cristiana; la ciudad como gran máquina de persuasión indirecta y convencimiento oculto: señalar a Dios para producir poder terrenal, para impresionar al hombre, para aturdirlo con pompa y boato, para dominarlo con la fuerza del miedo, para usarlo en beneficio propio… De esta manera, es decir, aburriéndose con Padre, Ivo estaba obligado a observar las cosas y las obras que lo rodeaban y oír lo *importante* que era Bernini para la Urbe, lo profunda que era la relación de la ciudad con la obra de aquel maestro, tanto que una determinaba al otro y viceversa. La Ciudad de Dios debía a la mano de Gian Lorenzo algunos de los momentos más destacados de su forma, como el abrazo exagerado y lleno de énfasis de la Columnata, concebida para impresionarte, para exhortarte: «Ven, ven, acércate con devoción, tu Iglesia te acoge y te escucha, con el tiempo aprenderás que nosotros tampoco nos andamos con tonterías».

Bernini, un escultor estupefaciente en sentido literal, es decir, productor de una estupefacción inigualable pero incapaz de expresar cualquier tipo de sentimiento religioso definible como «auténtico», esto es, verdadero y profundo, se había dedicado a grupos mitológicos supremos, a tumbas monumentales y a retratos magníficos de hombres poderosos. A medida que Padre le iba enseñando las obras, Ivo percibía el espíritu de la Ciudad de Dios cada vez más fuerte: ninguna desesperación en la forma, ningún verdadero tormento, ni siquiera algo que pudiese llegarle en el simple formato de una belleza serena, equilibrada, sino siempre aquella voluntad de asombrar con la deformación, aquel velo tejido con una inimitable astucia técnica para esconder un vacío, una

profunda carencia de seriedad adulta y consciente. Toda esta ostentación le provocaba una especie de náusea, que, con el tiempo, se fue transformando en un asco inconsciente y sutil, capaz de extenderse a toda la ciudad —o sea, a las pocas partes de la ciudad que él conocía entonces— y, en consecuencia, también a quien le obligaba a respirarla: obviamente Padre. Si por un lado Padre, sin ninguna inhibición aparente, descargaba en su hijo todo su malhumor y alienación y lo hacía víctima de sus frustraciones vitales y laborales, por otro Ivo vertía silenciosamente en la ciudad la tensión que le provocaba sentirse una criatura indefensa rodeada por el poder absoluto de Padre. De ahí el aburrimiento ante aquel eterno tumulto de telas alrededor de ángeles y santos, un mar de ropaje agitado para ahogar a la Santa, que de hecho abría la boca de par en par con la cabeza hacia atrás en lo que Ivo interpretaba como una necesidad desesperada de aire, o un dolor fuerte en algún lado. El mismo destino parecía que le tocase a otra Beata, asimismo envuelta en un delirio de ropaje excesivo agitado por el viento: Padre también lo había llevado a aquella iglesia, al otro lado del Río. Tenía el mismo apellido que su profesora de Letras, Lucilla Albertoni, una mujer pequeña, esbelta, con unas extrañas gafas de hierro, pelo corto negrísimo: le resultaba guapa, y es probable que se hubiese enamorado de ella, porque cada vez que le preguntaba la lección sentía que las orejas empezaban a arderle, pero sobre todo cuando se la encontraba por la calle se cortaba hasta tal punto que se ponía rojo como un tomate y sudaba a causa de un misterioso rubor incontenible que lo hacía esconderse detrás de los coches aparcados. Sin embargo, ella, la profesora Albertoni, lo veía igualmente, todo sucio y sudado, con el balón entre los pies de vuelta del campo de juegos. Ivo lo sabía y se avergonzaba sin motivo.

Después, el gran escollo de los Cuatro Ríos, todo un universo pastoso entre cuyas plantas esculpidas en el travertino crecían las de verdad, donde Ivo se daba cuenta de que había algo que no encajaba entre las dimensiones de las diferentes figuras, los cuerpos musculosos de los Ríos eran demasiado grandes con respecto al

León y al Caballo y al Cocodrilo, ya tan desgastado por el agua que parecía un pez gato. Y aquel monstruo acorazado que emergía hasta la cintura en la sombra helada del lado norte, ¿qué era? ¿Un demonio? Padre le había respondido:

—Nunca te lo imaginarías… Venga, ¡a ver si lo adivinas!

—Parece un monstruo llegado del espacio…

—¡Ja, ja! Venga ya, fíjate, si es un armadillo.

Ivo, que sabía cómo era un armadillo por el Álbum de Cromos de Animales, dijo:

—Está mal hecho… Es demasiado gordo, tiene cara de cocodrilo…

—Claro, Bernini nunca había visto uno de verdad, sólo en las ilustraciones de los libros de exploración, creo… Pero no tenía por qué, él hacía lo que le daba la gana, ya sabes… Incluso si le hubiesen enseñado uno disecado, se lo habría inventado…

Las palabras de Padre reflejaban su típica veneración hacia el Maestro.

—¿Por qué lo puso ahí?

—Porque es un animal sudamericano y la estatua de ahí arriba debe de ser el río Amazonas o el río de la Plata, que están en Sudamérica…

Todo bello y sorprendente, la palmera de piedra agitada por el viento, la serpiente de travertino que se retorcía a los pies del obelisco, los escudos papales colocados un poco torcidos, como si aquel teatro de agua hubiera tenido que albergarlos a desgana: ¿una exhibición pagana en la Ciudad de Dios? La gran Roca-Mundo de la Fuente le encantaba, pero sobre todo en verano, con el calor, cuando pasaba por la plaza, observaba aquellas finas cuchillas de agua helada y le daban ganas de saltar y bañarse en la fuente como hacía en los escollos de la Ciudad de Mar. Ivo se daba cuenta de que Bernini había concebido el agua como la concebía él, es decir, como lo más bello que existe, la mayor maravilla del mundo, a la que no era posible acostumbrarse…

—Ahora estamos en tiempo de democracia —decía Padre como si hablara para sus adentros mientras daban la vuelta a la fuente—,

por eso ya no somos capaces de hacer cosas bonitas… Para hacer cosas bonitas se necesita una dictadura, una tiranía, porque gozan de poder absoluto y pueden procurarse lo mejor y a los mejores… Éstos eran los mejores de todos… ¿Y dónde están hoy? El último que quiso a los mejores fue el Dictador…

Durante los años de la primera adolescencia de Ivo Brandani, durante los cuales Padre luchaba para salir de los tiempos oscuros de la Posguerra, la ley de la supervivencia entre aquellos que se proponían como los constructores más adecuados para la ciudad premiaba a tristes especuladores que no daban demasiados problemas a los políticos, ni a los administradores, ni a los inversores ni a los comisionistas. A aquellos que se movían rápidos como lampreas en los bajos fondos de los organismos públicos, en los lugares cenagosos donde se tomaban las decisiones, donde se medía la eficacia del poder de los pocos que manejaban la ciudad; un poder que ellos sabían transformar con destreza en millones de metros cúbicos de parqué, dos cuartos de baño, terrazas y balcones, garaje; es decir, en edificios, chalés, bloques, hoteles y rascacielos. Cualquiera que, por los motivos que fuesen, se atreviera a introducirse en este negocio, y al principio Padre era uno de ellos, tenía que darse prisa en entender las reglas del juego.

La nueva Ciudad de Dios que crecía durante los años de juventud de Ivo era una máquina de fortunas económicas y de poder político, un organismo informe construido mediante sobornos y sobres llenos de dinero: había para todos. Al funcionario público que se atrevía a rechazarlos (también pasaba) lo marginaban, si es que no lo puteaban abiertamente con gestos de corrupción evidentes como el lanzamiento del sobre contra la ventanilla abierta de su coche y la inmediata huida del corruptor, mientras el corrompido lo seguía gritando por la calle: «Eh, ¡que yo no lo quiero, mira que lo tiro!». Y el otro: «¡Haz lo que te dé la gana, ya lo has cogido, lo tienes en las manos!». El episodio se había referido alrededor de la mesa de casa Brandani, Padre lo había presenciado y se reía con desolación. Sin embargo, más tarde, con el paso del tiempo, sus comentarios, sus palabras ambiguas darían a entender que él también tenía que

desembolsar el soborno. Ivo siempre estaba muy atento a captar los significados, a menudo mal encriptados, de las conversaciones entre Padre y Madre. Por ejemplo, Erogación de Soborno era sinónimo de Cabreo de Padre, o sea, follón, bofetadas, violencia, gritos por cualquier motivo, labios blancos por la rabia. Padre interiorizaba cualquier contrariedad o dificultad externa y la pagaba con él, único hombre e inexplicable polo de atracción de sus desahogos. Unas veces eran bofetadas fortísimas dadas con el dorso de la mano, otras los platos llenos de espaguetis con tomate volaban hasta el techo. Y de esta manera indirecta la Nueva Ciudad de Dios, de la cual Padre era productor, cavaba día a día unos surcos profundos en el proceso de construcción de Ivo como hombre.

Ciudad nauseabunda, inaprehensible, peligrosa, refractaria a toda idea de orden, de adecuación, de bien hecho, mientras que justo en aquellos años Orden, Precisión, Esmero se estaban instalando en la mente de Ivo Brandani, donde permanecerían, como imperativos categóricos, durante toda su vida.

Bernini era un icono popular de la ciudad, un genio reconocido y venerado. A la Urbe se le llenaba la boca todos los días hablando de sí misma, de Bernini/Borromini, de Rafael/Miguel Ángel y de todos los demás. Nombres que sonaban entre los grupos de turistas con guías charlatanes, debajo de cúpulas, tiaras y escudos papales con el *triregnum*, debajo de estatuas y coronamientos, cornisas plásticamente en curva que, cuando se observaban de refilón, daban un poco de repelús, pues parecían angulas enmarañadas. Sin embargo, desde todos los rincones del mundo venían a ver la Ciudad de Dios; y luego estaba el cine, los americanos, aquella ciudad era especial, maravillosa. Cuando Ivo creció un poco, con catorce o quince años, su amigo Enzo, que era más espabilado que él, se lo llevaba al centro: lo había conocido un verano en el muelle de la Ciudad de Mar, los dos intentaban pescar los mújoles del puerto con caña, anzuelo, pan y queso, pero acababan masacrando otros pececitos plateados más ingenuos que no eran muy comestibles. Y así comenzó a familiarizarse con las calles y plazas del Centro Antiguo. Tomaban el autobús o bien se pegaban largas caminatas,

bromeaban y hablaban todo el tiempo, si llovía se llevaban el paraguas y luego volvían a casa con los pantalones empapados y los zapatos para tirarlos a la basura. De esta manera, Ivo conocía la forma de la ciudad, volvía a lugares que a lo mejor ya había visto con Padre y, poco a poco, aprendía a situarlos y se quedaba con el camino en la cabeza. Durante mucho tiempo no usó ni un mapa, pero por aquella época Ivo ya había entendido que en algunos lugares la ciudad tenía una forma propia, que contaba con una configuración determinada, como por ejemplo aquellas tres calles que convergían en el vacío de una gran plaza con obelisco llena de coches aparcados, y la decisión de construir en ese lugar dos iglesias gemelas con enormes cúpulas de gajos como los de los balones de cuero le parecía lógica: se veía que alguien lo había pensado a conciencia, se había aplicado. O singularidades como el efecto de la perspectiva de la calle del Papa Sixto, al final de la cual se veía otro obelisco delante del ábside trilobular de una basílica, un complejo que Ivo creía muy lejano, pero que al parecer estaba muy cerca, a tiro de piedra: probablemente no era casual, estaba todo pensado. O como el monumento dedicado a la Patria que, si no hubiese sido por las capas de gas oscuro de los tubos de escape de los autobuses, habría parecido que se asomaba a la Plaza Primigenia, que en cambio estaba a un par de kilómetros. Era el aroma a ciudad compacta, el olor embriagador de la avenida que lo ahogaba y al mismo tiempo le desvelaba un sentido de metrópolis adulta, compleja, malvada, incognoscible. Después, con el paso del tiempo, empezó a comprender que la Urbe se manifestaba en tres zonas visuales, en tres estratos superpuestos que correspondían a sendas almas diferentes de la ciudad, cada una con la función de sostener un tipo de figuras propio.

Desde abajo, recostado sobre aquella especie de estera de basalto que cubría todas las calles, todas las plazas céntricas y antiguas, Ivo veía brotar de la tierra el mundo salvaje y pagano del agua, poblado de monstruos y animales míticos, hombres y caballos con cuerpo de pez, con grandes colas retorcidas, delfines con hocicos malvados que poco tenían que ver con los reales, cocodrilos,

tortugas, ninfas, serpientes, peces, cuerpos humanos desnudos y animales enmarañados. Formas que expulsaban agua, destilaban humedad, recovecos que se llenaban de musgo y culantrillo. Le gustaban aquellas masas de travertino mugriento con herrumbre y cal incrustadas, cubiertas de moho y algas, porque podía imaginárselas como montañas y colinas, los espejos de agua podía verlos como lagos, los chorros podía figurárselos como cascadas. Le provocaban curiosidad los grandes pedestales de las fuentes en forma de copa encajadas en el centro de pilas redondas, ovaladas, cuadradas, octogonales, con chorros y chorritos de menor fuerza, derrengados por la poca presión, que a veces goteaban desde verdores acuáticos microscópicos. En verano era una gozada meter las manos y beber de los caños. Más tarde Ivo fue descubriendo el mundo precristiano de las grandes exhibiciones de agua. El Agua Paola, en la pendiente de la última colina occidental, un universo de cascadas sobre un lago de agua agitada, precioso; también Trevi, adonde Padre lo había llevado en varias ocasiones y que le había dejado sin aliento: era incapaz de concebir que existiese una fuente-mundo tan grande que se pudiera vivir en ella, hacerse una cabaña, nadar en el agua transparente, navegar en una barca entre aquellas rocas gigantescas, tan rocosas que le recordaban al estanque de los osos blancos del Zoo. En la Ciudad de Dios perduraba el misterio de un vasto mundo mítico y primordial que, sin embargo, se toleraba; es más, de hecho se deseaba, se buscaba, se cuidaba, como si siempre hubiese estado allí, desde la noche de los tiempos, carcajeándose en un estado de felicidad primigenia y precristiana. En conclusión, el agua de la Ciudad de Dios era pagana.

Encima de este mundo enmarañado de monstruos, aletas y figuras desnudas se hallaba el estrato marcado por la cultura civil, el de los Palacios y las Casas. Ivo no era capaz de distinguirlo con claridad, pero en su ciudad veía un principio de sumisión urbana según el cual las casas de la gran mayoría dominada se alineaban a modo de decorado de los palacios de la minoría dominante. Las calles a menudo cerraban su punto de fuga en el eje de los monumentos —más y menos viejos, decimonónicos, fascistas— y en

el centro de enormes fachadas patricias que en el pasado pertenecieron a poderosos capaces de deformar el tejido de la ciudad a su antojo. De este modo quedaba patente quiénes habían ostentado el dominio de la ciudad a lo largo del tiempo. Sin embargo, durante los años en los que a Ivo Brandani le tocó vivir en ella, o sea, en la segunda mitad del siglo xx de la Era Cristiana, este principio se había alterado: en democracia era mejor que los importantes pasaran un poco desapercibidos, que no se construyesen palacios, que no modificasen las calles para que desembocasen en el portal de su casa, a veces tan sólo para mejorar las vistas de las ventanas del *piano nobile*. Aunque estos ricos del siglo xx lo fuesen tanto o más que sus antecesores, eran menos poderosos, pues en teoría se debían adecuar al principio de igualdad vigente. Con todo, la ciudad de la segunda mitad del siglo xx fue construida por ellos, que la hicieron a imagen y semejanza de su cultura, de sus intereses y conveniencias. Así pues, aún se veían las huellas de los que mandaban en la ciudad, pero había que salir del Centro Antiguo para observar su reflejo, el *modus operandi*, es decir, había que ir hasta la ladera externa de las colinas, donde se estaba llevando a cabo el saqueo del territorio. En sus paseos con Enzo, Ivo empezaba a darse cuenta de cómo era el Centro Antiguo: un intercambio continuo de referencias entre edificios normales y monumentos tremendamente peculiares, entre lo que a él le parecía un caos de casas ordinarias y grandes aglomeraciones de construcciones levantadas por el poder de todas las épocas, como piezas únicas, completas y dominantes. Ahí, en ese estrato intermedio, la cultura civil desplegaba todo su potencial: cornisas, columnas, capiteles, tímpanos, estuco, elementos y decoraciones de todo tipo, como escudos. El Barroco, que, podría decirse, se había aferrado a la arquitectura religiosa sin dejarle ninguna alternativa, se manifestaba en cambio en los palacios con cierta timidez, casi con sobriedad, como si el sistema de poderes de la ciudad detestase la cualidad exhibicionista de los detalles, por lo que prefería mostrarse en grandes dimensiones, en altura y en anchura, llegándose a construir moles enormes. Si se observaban con atención sus escudos, se podía ver que muchas de aquellas familias-con-palacio

habían sido familias-con-Papa, incluso con más de uno. «Curas, nobleza y poder son una misma cosa…», había dicho una vez Padre para sus adentros.

Con la llegada del siglo xx, con la expansión progresiva de los tejidos, el estrato icónico civil de la Urbe se llenó de edificios enormes, aglomerados populares, llenos de «gentuza», como la llamaba Madre, que había nacido y se había criado allí. La gentuza se manifestaba como un grupo humano dedicado con afán a sus propios asuntos, inmerso en la vida doméstica de las familias-coalición, que adoptaban la forma de testudo hacia el exterior, o sea, con escudos levantados y lanzas en ristre; las mismas que por la mañana destilaban olor a cerrado por las ventanas abiertas de par en par que daban a patios inmensos con baldosas de cemento, palmeras, arriates y macetas de aspidistra, como la casa de vecinos conocida como Casa de Abuela, donde Ivo había nacido y vivido casi un año después del regreso de la familia del Exilio Posbélico. Aquel olor a colchones puestos a airear se mezclaba con la fragancia que llegaba del horno de vapor de abajo, y se unía al anhelo universal de purificación matutina que se percibía todos los días hasta que el olor a ajo y cebolla de los sofritos se ocupaba de restablecer la justa percepción orgánica de aquella vida.

Una nueva tristeza residencial había arraigado con fuerza en la ciudad Posunitaria y después en la del siglo xx y Fascista, delineada sobre los pocos planos del Plan Urbanístico en los que se aprovechaban al máximo los tejidos históricos para conectar entre sí las presencias monumentales de la ciudad de la mejor manera fascista posible. Así, el Templo Pagano tenía que estar unido al Agua de Trevi y la plaza de la Escalinata tenía que estar conectada con el gran cuadrado blanco y vacío que rodearía la Tumba del Emperador, forzosamente devuelta a su antiguo esplendor, o sea, a una moderna melancolía de restos negros y decadentes, asustados ante tanta inexplicable desnudez. Desde que la Ciudad de Dios había vuelto a amarse de manera fascistamente inmoderada, es decir, a verse de nuevo como sempiterna e imperial, se adoptó aquella actitud enuclear con cada piedrecita o hallazgo, ladrillo o fragmento de

vasija que perteneciese a la Antigüedad. Raspando el tejido vivo, descarnando el organismo, aún vital por aquel entonces, se llegaba a los tejidos muertos, a los huesos de las ciudades anteriores, dispuestas una sobre la otra, constituyendo cada una el límite de la siguiente, sin posibilidad de liberación o redención de lo que había significado en el pasado. Después, todo se dejaba obscenamente expuesto al público espectador, como un sistema de heridas abandonadas al aire libre que se pudrían en pleno centro de la ciudad, sin saber qué hacer con ellas sino dejarlas ahí, como negros fetiches que se cocían bajo la mirada embelesada de las hordas turísticas.

Encima del estrato de las imágenes del poder civil —en gran medida dominante, aunque cada vez menor a medida que se avanzaba desde el centro hasta la periferia—, se abría paso la zona en la cual las señales de Dios se proyectaban hacia el Cielo, es decir, hacia ámbitos que se habrían creído de su exclusiva competencia si los representantes del Cielo en la ciudad no se hubiesen ocupado, activa y prioritariamente, de los asuntos terrenales. El Cielo, en cuanto sede de lo divino, siempre había servido para que los asuntos de la Tierra rebotaran y volvieran a caer en forma de edicto sagrado e infalible, en cuyo nombre habían rodado cabezas y ardido personas de ideas poco fiables. Padre, que estaba «en contra de los curas», le había contado la historia del Hombre de Bronce que estaba en pie, con la cabeza gacha y encapuchado, en el centro de aquella plaza oculta entre los tejidos de la Ciudad Central. Esta relación simbólica y espiritual con el Cielo se traducía en una proyección física concreta en la atmósfera, lo que en la práctica significaba cúpulas. Decenas de cúpulas, enormes, grandes, medianas, pequeñas, más o menos achatadas, casi esféricas, casi ojivales, sobre tambores más o menos altos, con ventanas, decorados, ricos. Una selva de balcones volantes de piedra y ladrillo cubiertos de plomo o de tejas de barro cocido o de pizarra, siempre a medio camino entre la arquitectura y algo diferente, al no haberse podido resolver nunca, ni siquiera en las manos sagradas de Miguel Ángel, el dilema de reconducir la conformación tectónica de la

cúpula al propio campo apropiado de la forma arquitectónica. ¡Pero menudo espectáculo!

A Padre le encantaba la terraza del Fontanón, en lo más alto, desde la que por la tarde se veían despegar los grandes globos aerostáticos de la ciudad, hinchados, túrgidos de aire cristiano e incienso, deseosos de una Reunión con el Altísimo que, pese a que estos aparatos arquitectónicos llevasen allí siglos, listos para despegar, nunca llegaba a verificarse. Constituía una excepción la cúpula del antiquísimo Templo Pagano, que sin embargo parecía achatada, indiferente al Cielo, más bien miraba a Tierra, firmemente anclada mediante anillos concéntricos al complejo terrenal al que pertenecía. Lo llevaba a menudo a aquel lugar a observar la ciudad de abajo, aquella puesta en escena de lo sagrado, si es que no era de lo divino, a reconocer entre la selva de cúpulas las de una u otra iglesia. Entre las cúpulas se veían torres y campanarios, estatuas, coronamientos, grandes volúmenes que emergían de los palacios, balcones porticados, logias y villas lejanas sobre la colina opuesta, aún invadida de luz. Cuando era capaz, identificaba este o aquel obelisco, pero desde allí todos los objetos estaban donde él no se los esperaba, porque el tejido de la ciudad le parecía apelotonado y mezclado, como si formase un magma rojizo sin saltos ni vacíos, con extraños e improbables apilamientos de moles monumentales que sabía muy lejanas entre sí y que, en cambio, desde allí, parecían estar pegadas.

El juego de la identificación de los monumentos llevaba su tiempo; duraba hasta que a Padre le apetecía, o sea, según su humor del momento, que podía ponerse de manifiesto al antojo de un Poder Absoluto. Un Poder Absoluto había reinado sobre la ciudad que tenían a sus pies, un Poder Absoluto disponía del pequeño Ivo Brandani, de su vida, de la calidad de cada uno de sus momentos pasados y presentes, mientras que lo que todavía no podía saber era cuánto marcaría aquel hombre su existencia y su futura relación con el mundo. Pero ya por entonces, en los momentos de servidumbre total al poder de Padre, había comenzado a refugiarse en un pensamiento concreto y hasta cierto punto fundamentado: «¡Yo no

soy como Él!». Acto seguido se atrevió a pensar algo diferente, totalmente inaudito y secreto: «¡Yo soy mejor que Él!». Sin embargo, unas décadas después se diría que no era verdad, que nunca había sido verdad, o al menos no del todo.

Ivo no se planteó el problema de la ciudad en su totalidad, en su belleza, durante todo el periodo que duró su niñez, es decir, hasta que empezó a explorarla solo, pues hasta aquel momento sólo habían sido importantes para él las cuatro calles que había junto a su casa y nada más. Había aprendido a recorrerlas sin perderse, nunca había mirado un mapa, pero sabía que al final de una de aquellas calles surgía la cúpula de Miguel Ángel, dilatada y violeta contra el atardecer, así como sabía que había otros lugares importantes en los alrededores: Casa de Abuela, los Dos Cuarteles, la Oficina de Correos, la Escuela, la Gran Iglesia Parroquial con sus dos torres y el fresco del ábside detrás del altar, un enorme Cristo bendicente en actitud amenazadora con extraños trozos de tela anudados a los brazos. Más lejos, bajo la colina boscosa, los Campos de Tenis, la terrible Piscina Cubierta, la Gran Esfera de Mármol fascista, el Obelisco con la punta de oro, el Puente Blanco y el otro Puente, el Gris.

En la formación de la relación directa Ivo-ciudad, esto es, de un proceso de descubrimiento sin la mediación de Padre, lo que al principio le interesaba era su barrio, y lo que conocía bien de su barrio era el camino Casa-Escuela, del que formaban parte los Álamos y el Autobús 90 —subir era toda una experiencia por el esfuerzo físico del chófer con aquel volante enorme, por el ruido del motor encerrado en una especie de estuche junto al sillón del conductor, por el chirrido de las puertas al abrirse/cerrarse—, y el camino Casa-Campo de Juegos de la Parroquia, del que formaban parte los Álamos pero también las Encinas de copas cuadradas, con el tronco negro cubierto de hormigas y de un líquido secreto y oscuro, árboles que convertían aquellos arriates en puro polvo que no permitía que creciese ni una brizna de hierba, polvo constelado de cagadas de perro, de noches invisibles y, en consecuencia, terribles. En verano, para cerrar el triángulo, se podía ir hasta la

Fuente, donde estaban los Pinos del Paseo con Galleta, altísimos, olorosos, productores anómalos de resina y de piñas (la Galleta no era más que un arriate central y continuo plantado de *Pinus pinea*). Si por un lado le encantaban los Álamos del Paseo sin Galleta —sobre todo en las tardes de primavera, con viento de poniente— y detestaba las Encinas con copas cuadradas que causaban furor en su barrio, por otro Ivo había desarrollado un sentimiento de respeto por los Pinos, que en verano se transformaba en algo más, en un éxtasis perceptivo provocado por un aroma a resina que anunciaba la promesa del mar y del verano.

En todos los lugares fascistas a los que lo llevaba Padre, pero también en otros, a lo largo de las calles que salían de la ciudad, en los parques, en las colinas sagradas de la Urbe, aunque también fuera, a lo largo de la cercana costa, que por entonces ya empezaba a cubrirse de incrustaciones inmobiliarias —al principio fueron casetas de playa, luego casitas y chalés ilegales, con las paredes cubiertas de azulejos policromados con motivos marinos, como conchas, pulpos, cangrejos, caballitos de mar, cuando no eran apliques tras los cuales podía haber una bombilla encendida que iluminaba las noches en medio de las dunas, noches que pocos años atrás aún eran negras y estrelladas—, en todos estos lugares y en otros más, Ivo veía Pinos altísimos y olía su fragancia. Era, sobre todo, durante el sagrado Verano cuando Ivo *olíalos* Pinos. En algunos lugares había espesas alfombras de agujas sobre el terreno, con piñones dispersos aquí y allá muy difíciles de abrir y que te manchaban las manos con un polvo pardo que olía a resina, y también piñas que caían con fuerza —con esos pétalos leñosos abiertos que ya antes de caer perdían los piñones— y explotaban en contacto con las baldosas de los jardines ocultos en la Ciudad de Mar, expulsando los piñones en todas direcciones, como proyectiles, con alguna tijereta-araña que se quedaba en el suelo aturdida por lo ocurrido y, antes de tomar conciencia de la crueldad del mundo terrícola, terminaba aplastada bajo la suela de alguna sandalia. Todo esto le gustaba, formaba parte del Verano y se deleitaba con ello. ¿Cuánto medían aquellos pinos? ¿Qué edad tenían? ¿Por qué en

algunos puntos la corteza destilaba aquella especie de miel pegajosa, de un olor maravilloso, que si la tocabas te manchaba y no se quitaba? ¿Quién los había plantado? ¿Para que creciesen sólo había que enterrar un simple piñoncito? Y si era así, si sólo necesitaba un piñón, entonces, ¿por qué de aquellos piñones no nacían cientos, miles, millones de pinos? ¿Por qué no había muchos más pinos en el mundo?

Para él, el único defecto del *Pinus* era su no escalabilidad: aquella copa oscura, alta, aislada como un mundo aparte, no era alcanzable, vivible, habitable, como lo era la Primera Bifurcación del Gran Platanero que había detrás de la casa de la Ciudad de Mar. Nubes de copas de pinos, llenas de vigor aromático, ajenas a la vida terrestre y acuática del Verano excepto como sombra y cigarras. Desde luego no era poco.

La Ciudad de Dios también estaba profundamente marcada, como estigmatizada, por un tatuaje vegetal, propio y original, de pinos marítimos. En los Lugares del Fascismo a los que iba con Padre o solo a patinar, junto al mármol, junto al travertino, junto a las secuencias de estatuas nervudas e impúdicas, había sobre todo Pinos, grandes, altos, antiguos —todos inclinados hacia el mismo lado, ladeados hacia una dirección quizá acordada de antemano—, o bien de un tipo más pequeño y modesto. Ivo nunca supo si se trataba de una especie distinta o bien del estadio juvenil de aquéllos. Esta curvatura coordinada y sincronizada se podía observar plácidamente en los pinares del mar, a lo largo del litoral, en Castelfusano y más lejos, en lugares hasta los que más tarde llegaría virilmente solo en bici —pan con Nutella Primordial en el bolsillo, «sucedáneo de chocolate», sin que se supiera qué era en realidad un «sucedáneo»—, en la larga orilla de dunas que se extendían hacia la Montaña Sagrada, que durante cuatro meses hacía de marco lejano, azul, mítico e inalcanzable, del Verano en la Ciudad de Mar. Más tarde, un día llegó incluso hasta la Montaña. La recorrió por un sendero en pendiente, con Padre y Hermana Grande, hasta que una humillante necesidad lo obligó a apartarse a la espesura perfumada en descenso vertiginoso y allí, agarrado a un matorral,

soltó un mojón impúdico, de históricas dimensiones y capacidad de profanación, en un lugar que de lo contrario aún sería mítico.

En la vida de un ser humano existen instituciones mentales que pueden formarse en un momento o que requieren tiempo para abrirse camino, arraigar, consolidarse para toda la vida y entonces *actuar*. Entre las instituciones mentales de Ivo Brandani apareció de inmediato Verano, con sus atributos, entre los que se hallaban, en primer lugar, los Pinos y el Aroma de los Pinos. Sin embargo, para él, el Pino también era un atributo del Fascismo, y el Fascismo formaba parte de los peligrosos entresijos de Padre, que también tenía numerosos atributos, casi todos odiosos, entre los cuales se hallaba una cara que, después de cumplir los cincuenta años, Ivo Brandani se encontraría, sin saber por qué, cada vez que se mirara al espejo. No es que Padre se identificase con el Fascismo: «Yo soy liberal», decía. El Fascismo pertenecía a aquellos tiempos míticos en los que Padre había nacido y crecido, el Régimen por el cual había luchado en la Guerra, el lugar mental, político y físico en el que se había desarrollado su formación, su mítica juventud. Un tiempo en el que —Ivo lo sabía, todos lo sabían, hasta los niños— todos habían tenido que renegar, abrogar colectivamente y combatir con las armas para dejar de ser fascistas. Sin tener que hacerse necesariamente antifascista: Padre no se había hecho.

Más tarde, mucho más tarde, Ivo odiaría no haber sido antifascista de padre. Pero ¿cómo iba a entender que a Padre, pese a toda su violencia, no se le podía negar su pasado sin negarse a sí mismo? Es decir, ¿sin abandonar para siempre su juventud, los años fascistas que le habían regalado la aventura de la Guerra? O sea, ¿los años en los que se había medido de verdad consigo mismo mientras que a Brandani hijo le tocaría vivir toda la vida sin saber nada de sí mismo y, como consecuencia, fracasaría en las pocas pruebas a las que se enfrentaría?

Sin saberlo, Brandani hijo soñaba con lo que ya soñaban los padres fascistas, soñaba con la luz mediterránea de las playas, con las cigarras de los pinares, soñaba con algas y medusas muertas en el rebalaje, con aquel olor a podrido que le llenaba las fosas nasales

y le penetraba con fuerza en el cerebro para grabarle en la memoria una firma indeleble: *Mar*. Durante toda su infancia y juventud, Ivo desearía con todas sus fuerzas *depurar* su vida del Invierno, aboliéndolo para siempre junto con las estaciones intermedias, para zambullirse en un Verano eterno y magnífico, inmenso y oloroso a pino y lona, marcado por el ritmo de las brisas tirrenas de buen tiempo, con aquel fuerte mistral que se levantaba hacia la una de la tarde para amainar del todo hacia las seis o las siete, cuando la calma del viento anunciaba el inmediato comienzo de la brisa de tierra. Un Verano así, para toda la vida, es más, que coincidiese con toda la vida. Esta sensación se la evocaban los Pinos fatales de los Foros Fascistas y de las calles de su barrio, que, si bien en junio se convertía en un paraíso físico, durante todo el año eran un infierno relacional. Y todo esto no era más que un avance, un adelanto significativo de lo que a Ivo le tocaría vivir habitualmente en la segunda mitad del siglo XX de la Era Cristiana, es decir, en el Tiempo de la Paz.

No obstante, por mucho que Ivo soñara con su abolición, cada año llegaba puntual un Invierno, y eran inviernos duros. Hacía frío y soplaba la tramontana, aunque rara vez nevaba. La Ciudad de Dios siempre ha soñado con la nieve y casi siempre ha obtenido aguanieve. Solía caer durante las noches de los años de la Pobreza Nacional, cuando fuera anochecía pronto y en las calles ya sólo había trolebuses y no quedaba más remedio que quedarse en Casa: bombillas encendidas que daban una luz amarilla, cálida, cristales que se empañaban, sobre todo los de la ventana de la cocina, ya tarde, cuando la cena comenzaba a cocerse en los fogones. Noches en las que, cuando volvía de dar una vuelta con Madre o de casa de algún amigo y a lo mejor hacía viento, sentía el olor de su edificio ya desde el vado custodiado por el Portero, antes de cruzar el patio y llegar a la Escalera B. Y, cuando hacía mucho frío, una vez que había entrado en casa, podía oír a Madre decir: «Un invierno en casa pronto se pasa», y el día acababa en ese momento, con la vuelta a casa, con la sentencia materna, la cena y la breve sobremesa alrededor de programas nocturnos de la radio, cuando había.

Sin embargo, a veces los días no eran tan tranquilos. Un par de veces a la semana, a última hora de la tarde, había que hacer alguna actividad por imposición de Padre, un curso, una clase inútil a la que asistir, como Natación. Era algo extraño y antinatural, algo que a Ivo le parecía una violencia contra su invernal deseo de *quedarse en casa*, hasta tal punto que buscaba *su casa en la casa* dentro de los armarios, debajo de las camas, y cuando lograba construírsela, lo hacía en el cuartillo del fondo, con una sábana vieja y una escoba improvisadas con dos sillas que formaban una especie de tienda. Pero no había manera, había que ir obligatoriamente a la piscina para «aprender a nadar» según un dictado indiscutible de Padre.

«Está la Piscina del Foro Fascista —había dicho—. Yo nado mal, como un perro, quiero que tú aprendas a nadar bien, quiero que aprendas a nadar a crol.»

Había dicho «crol». Hasta mucho tiempo después Ivo no sabría que era una palabra inglesa, que se escribía *crawl* y que hacía referencia a la forma de nadar bocabajo respirando de lado y armando mucho jaleo al batir las manos y los pies contra el agua. Raschio lo llamaba «gateo», que era la traducción literal.

El edificio de la Piscina era rojo puzolana, con grandes ventanales abiertos a un jardincito entre enormes pilares semicilíndricos de mármol. La primera vez lo impresionó todo aquel vapor, la humedad en el suelo, la enorme masa de agua, que ocupaba casi por completo un espacio inmenso y lleno de estrépito, el mosaico blanco y negro en el pavimento, otras figuras pintadas en las altísimas paredes de alrededor, el eco tremendo de los silbatos de los monitores, sus gritos que resonaban horribles, las gradas con los familiares, las madres, el inmenso e impresionante azul agitado del vaso. Y sobre todo el olor a cloro, fortísimo, hostil, como aquel agua que lo esperaba amenazante. Ponerse el bañador y dejar a regañadientes el calor del abrigo, del jersey, de la camisa, de la camiseta interior de lana. Su olor a sucio profundo y el de los otros chicos se mezclaba con un hedor rancio a charca clorada, a lejía. Desde aquel momento Ivo Brandani empezó a sentirse como una

ostra recién abierta, con el alma y el cuerpo indefensos, desnudos, bajo una lluvia ácida de limón, pocos segundos antes del final. El leve frío que sentía en la barriga le provocaba la misma perístole que sentía cuando Maestro Proia lo llamaba a la cátedra o cuando Padre le gritaba a la cara con los labios pálidos de rabia, o cuando estaba en la cola de vacunación en la escuela, o en la sala de espera del médico o del dentista. Experimentaba el mismo síntoma al entrar en los vestuarios, donde se agudizaba durante el odioso procedimiento de la ducha preventiva y, acto seguido, cuando caminaba obligatoriamente con los pies hundidos en un último rectángulo de agua. Primero los azulejos blancos de los vestuarios, después el mosaico del mismo color, con figuras negras de carros tirados por caballos con cuerpo de serpiente marina. El azul enfermizo y maloliente del vaso lo esperaba para tragárselo, con su fuerte hedor a hostil, a negativo, como todas las cosas que le gustaban a Padre, como su voluntad inexorable y metálica, inquebrantable, como aquellos mármoles resbaladizos empapados de vapor, una voluntad que emanaba de un Ente de todo punto autónomo, no predispuesto a la negociación, duro y frío, cerrado, impermeable, como aquellas grandes cristaleras que quedaban por encima de él. Como Raschio.

Raschio tenía el pelo negro, rizado, era robusto, tenía el mentón oscurecido por la barba siempre perfectamente rasurada y, no obstante, siempre a punto de crecerle. Un cabrón más, hablando claro, dentro de aquella pesadilla acuática y apestosa, una copia de Padre y de Proia. Gritaba, tocaba el silbato con tal fuerza que, en aquel momento y en los que seguían a la reverberación sonora, el oído no era capaz de percibir nada más. El silbato te penetraba en la columna vertebral, te llegaba directamente al colon, implementaba la perístole, el asco por aquel olor a lejía, el miedo por aquella extensión de agua, tan grande que no le habría sorprendido si de repente hubiese aparecido una ballena.

Raschio, el maldito cabrón, el agente de incógnito de Padre, lo había tirado al agua. Lo había cogido en brazos y lo había tirado al agua en la tercera clase. Ivo, sin ninguna ayuda, sin nada a lo que agarrarse, hundido hasta la barbilla en una extensión líquida infinita

que olía a traición y violencia, el estruendo incesante de la piscina, las enormes figuras del mosaico de lo alto que representaban saltadores que se zambullían… Nadie podía/debía ayudarlo, ni siquiera las madres del graderío. Tata, sentada en las gradas, no entendía lo que pasaba y tampoco le importaba. La vergüenza de no conseguir esconder el miedo, la cabeza casi hundida, la barbilla temblorosa por el llanto, el agua que quería tragárselo… En el bordillo de la piscina, Raschio gritaba no se sabe qué, pero al cabo de un momento lo entendió. Lo señalaba con el dedo ante los demás, le canturreaba, lo llamaba *Gallina*:

—¡Cuidado, GALLINA, no te vayas a cagar encima, que nos ensucias el agua!

Entonces Ivo gritó sollozando cada vez más fuerte, desesperado:

—¡Quiero salir! ¡QUIERO SALIR!

El monitor hizo una seña a un chico, uno de sus ayudantes fue a buscarlo, lo cogió por las axilas y lo depositó en el bordillo de la piscina presa de un ataque de ansiedad. Raschio lo miraba con indiferencia, Ivo temblaba de la cabeza a los pies, la perístole intestinal era casi insostenible. Desnudo, mojado, retorcido por el dolor de barriga, lloraba como una magdalena: en aquel edificio habitado por agua y vapor, todos, absolutamente todos, lo estaban mirando con reprobación. Todos estaban viendo algo, algo que había dejado salir a la luz allí, en el fétido líquido de aquella piscina enorme, algo que debería haber quedado oculto dentro de él, de lo que no sentirse orgulloso, algo vergonzoso que era mejor no exteriorizar nunca: *miedo*.

El Miedo, que Padre nunca había llegado a saber qué era, estaba allí, inconfundible, vergonzoso, reclamando también su rol en el Tiempo de Paz, reivindicando su propia existencia, anunciándose como un componente no eliminable de la sustancia de la que estaba hecho Ivo Brandani. Sin embargo, el horror de aquella tarde no se repitió. Tata se lo contó todo a Madre y Madre se enfrentó a Padre, quien extrañamente no volvió a aludir a la piscina ni a la necesidad imperativa de aprender *a nadar a crol*. La inexorabilidad de Padre, El-que-ordena-y-manda, el horror de la Piscina del Foro, del reino

perverso y húmedo de Raschio, fueron derrotados aquella vez por Madre, La-que-comprende-y-defiende.

Sin embargo, no sólo había dificultades en la piscina, o en la escuela con Maestro Proia, o en el tenis, que era el otro deporte que había que aprender por fuerza. Había dificultades en cualquier lugar, sobre todo en el Campo de Juegos de la Parroquia, donde cada tarde se jugaba al fútbol.

Los que ostentaban el derecho de elección eran los mejores, los dominantes. En general eran un poco más grandes, secos y musculosos que los demás, formaban los equipos después de haberse disputado a pares y nones el derecho a empezar primero la criba. Los jugadores aspirantes formaban un círculo, y ellos elegían según la estima que le tuvieran a cada uno, pero no sólo eso: también entraban en juego la amistad y la fama, es decir, si eras o no un bruto reputado, o sea, uno que zurraba. Si el número de aspirantes a jugadores no era par, el último se quedaba sin equipo hasta que llegaba alguien que igualara. Este procedimiento selectivo, que Ivo experimentaba en aquel periodo de pantalones americanos y bolinches, lo establecía el primero que *encontrara* un balón. El balón, por lo general demasiado pequeño y muy deformado, se hallaba en la Sede, o bien era de tu propiedad. Pero nadie tenía un balón de cuero totalmente suyo. En cambio, estaban los balones de los curas, viejos, llenos de arañazos y protuberancias, de diferentes medidas, aunque sólo el número 5 era el noble, adulto y regular de la Liga Oficial, la medida usada en el Campeonato de Serie A. En la Sede se solían encontrar balones número 4 y número 3, que era el más pequeño. El número 4 podía valer, pero el 3 en realidad era el último recurso. Quien llegaba primero y le echaba mano a uno de aquellos balones tenía derecho a jugar y a activar el procedimiento de formación de los equipos. Sin embargo, aunque tuvieras tú el balón, al final siempre eran los buenos los que elegían, y los buenos siempre estaban un poco nerviosos, impacientes, eran despectivos. Si eras un paquete oficial con el balón, es decir, si todos consideraban que lo eras —Ivo era un paquete oficial—, entonces sólo tenías dos posibilidades de jugar. La primera era que te

eligiesen en uno de los dos equipos, y eso sólo podía pasar si, durante el procedimiento para jugar un partido, se formaba un número par de jugadores aspirantes: si el número era impar, Ivo era el primero que se quedaba fuera. La segunda era conseguir un balón en propiedad y, con el balón, el derecho al juego. Así que Ivo sabía que para él, paquete oficial, ir al campo de juegos no siempre significaba disputar un partido.

Como es natural, a los buenos no les sucedía esto, y para que te considerasen uno de los buenos debías ser de una manera determinada. En primer lugar, tenías que ser delantero, porque no se le daba ningún valor a quien no jugase de delantero: delante estaban los buenos; detrás, en defensa, jugaban los paquetes. Los paquetes siempre eran paquetes, incluso en caso de que demostraran cierto talento como defensas o centrocampistas, pues, por prejuicio futbolístico, eran puestos despreciados de los que resultaba casi imposible librarse. El bueno era un atacante por derecho natural y regateaba y tiraba a puerta mejor que los demás, sobre todo si no sabía qué era un pase. El bueno no tenía el concepto de pasar-el-balón, lo ignoraba por completo, y es probable que nunca en su vida hubiese dado un pase a un compañero de equipo. Una vez que el bueno estaba en posesión del balón, chupaba todo lo que podía pese a los gritos procedentes de todo el campo: «¡Pasa! ¡Pasa!», hasta que metía gol o, más a menudo, lo perdía. En cambio, el paquete se apresuraba a pasar el balón por miedo a perderlo —así que los paquetes eran los auténticos *playmakers*—; sin embargo, los que jugaban bien, flacuchos, arrogantes y regateadores, no se lo planteaban ni por asomo. No porque fuesen egoístas o algo así. A ver, probablemente lo fueran, como todos, pero el juego estaba jerarquizado: cada vez que alguien estaba en posesión del balón, lo pasaba según un orden jerárquico, siempre hacia adelante, desde los paquetes hacia los mejores, hasta que llegaba al mejor, que era el que estaba delante de todos. Cuando el balón llegaba al mejor, si es que lo hacía, éste lo conducía con el borde interno o externo del pie, durante una serie de regates después de los cuales lo lanzaba a la portería adversaria o lo perdía,

pero nunca podía volver a pasarlo a uno peor, quizá bien colocado, quizá completamente desmarcado, quizá solo-delante-de-la-portería. Habría significado recorrer la escala de valores a la inversa, algo inconcebible que no podía suceder. Sucedía sólo si —caso rarísimo— había paridad de valores entre dos jugadores, es decir, si dos de los buenos se consideraban mutuamente del mismo nivel.

Cuando Ivo salía de casa, pertenecía a aquella sociedad primitiva de muchachos de la Posguerra, basada en la arrogancia, en el poder de la habilidad, de la fuerza, y ser un paquete con el balón no lo ayudaba. Era una época con poca o ninguna felicidad, ninguna amistad era realmente sincera ni estaba en igualdad de condiciones, ningún juego realmente despreocupado o, al menos, no en aquella época, no en la Sede, no en la calle. Las relaciones entre aquellos chiquillos seguían las normas secretas del estado de la naturaleza, las reglas vigentes en las aceras silenciosas y semidesiertas eran de todo punto ajenas a las que les daban en las escuelas, a las palabras que recitaban en la iglesia como monaguillos, a las oraciones que el cura les enseñaba para implorar la clemencia de Dios y que les salvase del Pecado. En la Sede, centro de reunión de los críos de la zona, en el campo de juegos, en los pocos terrenos aún sin edificar donde crecían hierbajos salvajes, en la gravilla de los jardines que estaban fuera de la escuela, dentro de los dos o tres cines parroquiales, debajo de los Pinos, los Robles y los Álamos, en las anchas aceras de aquel barrio en apariencia civilizado, existía una sociedad regida por un sistema jerárquico, primitivo, férreo. Es más, existían al menos tres jerarquías, más una cuarta, la más importante.

Existían la jerarquía del balón, la del *ping-pong* y la de los bolinches, o sea, la de las canicas. Éstas eran las habilidades principales de la Sede y del Campo de Juegos, aunque había subclasificaciones de categoría, nunca oficialmente redactadas, siempre provisionales, pero bien presentes en todos y cada uno de ellos. En el juego de los bolinches estaban los que eran buenos golpeando las otras canicas y los que eran buenos colándolas en el gua, pero ser bueno golpeando las otras no era lo mismo que serlo

colándolas en el gua, era mejor saber golpear las de los demás, más difícil, más prestigioso, y obviamente a Ivo sólo se le daba más o menos bien colarlas en el gua. Sin embargo, la jerarquía principal era la del zurrador. Ser incluido entre los que zurraban proporcionaba unas ventajas fundamentales, en primer lugar que no te avasallaran. Para ser considerado Uno Que Zurra no había que agredir, podía bastar con saber defenderse de una agresión, hacer frente con dureza a la prepotencia que reinaba entre los chicos. El primer contacto servía para establecer quién era el dominante, o en todo caso para poder considerarlos iguales. Las nuevas amistades de la calle solían comenzar con una agresión verbal, se embestía con una ironía provocadora, con una denigración preventiva y gratuita que no tenía otra finalidad que intimidar al nuevo, ponerlo a prueba. ¿Quién eres? ¿Cómo eres? ¿Zurras? ¿No zurras? ¿Cuánto zurras? Se mofaban de ti de inmediato para ver si te dejabas someter, era natural, instintivo, totalmente normal dentro de las reglas de lo salvaje. Había que saber reaccionar, con palabras o con hechos. Si se te ocurrían palabras y tenías coraje, devolvías la pelota: devolvías los insultos con insultos, las argucias con argucias más hirientes. Si no, tenías que ser agresivo, amenazar con una reacción física y, una vez que emprendías ese camino, era difícil dar marcha atrás sin perder la reputación, así que había que estar preparado para no dejarse intimidar en caso de una fuerte contrarreacción. El que no era capaz de reaccionar de estas dos maneras sucumbía y se adaptaba a un rol subalterno, gregario, o bien iba por su cuenta. Sin embargo, el que cedía y se quedaba, aceptaba tácitamente ser insultado, humillado, y así, sin venir a cuento, tenía que esperarse que delante de él dijeran que su hermana era una comepollas, que su madre era puta, etcétera. Y cualquier cosa de su propiedad pasaría a estar automáticamente disponible para el dominante. Necesito tu bici. Dame un Stop. Dame diez liras. En cambio, si conseguías que te consideraran un hueso, entonces podías compensar tus otras carencias, como la de ser un paquete con el balón. La cuestión era que no se te llenase la cabeza de muchos pájaros y ser capaz de superar las pruebas de control, que eran continuas.

Si te tenían en cuenta porque eras Uno Que Zurra y cometías un error en el campo, una pérdida propia de un paquete, a lo mejor te decían: «¿Qué coño haces?», sin añadir «gilipollas». Si sólo te decían: «¿Qué coño haces», no había problema, pero si alguien añadía la palabra «gilipollas», o sea, si te decían: «¿Qué coño haces, gilipollas?», tú, como perteneciente al rango de Uno Que Zurra —ni escrito ni dicho, pero muy evidente—, estabas llamado a responder con la fórmula: «¿A-quién-has-llamado-gilipollas?». Si no reaccionabas así, debías esperarte un ataque de control, que quizá no llegaría enseguida, es decir, durante el partido, pero que acabaría llegando en algún momento: podías fingir incluso no haber oído el insulto, pero te arriesgabas a que entre los presentes calase la duda de que te habías dejado decir «gilipollas» sin reaccionar. En el campo de juegos, en la Sede, en la calle, las expresiones *gilipollas, que te den por culo, joder*, etcétera, eran graves, fuertes, irrevocables. Ajenas a la lengua oficial y también a la oficiosa, no se decían en familia, ni se oían en el cine o en la televisión: eran las palabras secretas del mundo exterior. Padre y Madre nunca se las oirían, pero él tampoco se las oiría a ellos. En aquellas aceras cartesianas también existían insultos mucho más graves, difícilmente pronunciables incluso en el mundo primitivo de los campos de juegos. Si no eras Uno Que Zurra no podías decirle a nadie *hijo de perra*, porque significaba enfrentamiento físico casi con toda seguridad. Ivo lo había comprobado una fría noche de noviembre que se entretuvo con un grupo aislado de chiquillos en un descampado que había enfrente de su casa, donde más tarde se construiría una fea escuela color gris ceniza. Había llamado, por darse tono, *hijo de perra* a Arcangelo, el Hijo de la Portera. Se lo había dicho riéndose, pero de inmediato él se había puesto hecho un basilisco, se había ido contra él y había empezado a empujarlo:

—¿A quién se lo dices? ¿A mí? Mi Madre no es ninguna perra.

Ivo no sabía qué hacer, le temblaban las piernas y también la voz, trataba de aplacarlo sin perder la reputación, sin mostrar miedo:

—No te enfades, Arcà, estaba bromeando… Jo, perdona…

Arcangelo era considerado Uno Que Zurraba, los gregarios se habían callado y se frotaban las manos ante la inminente pelea, porque estaba claro que a Ivo iban a darle una buena tunda de palos. Pero Arcangelo, caprichoso como los dominantes, de repente se aplacó y todo quedó en un susto.

La figura del gregario era indigna y terrible: aceptaba la subordinación, pero en compensación disfrutaba de los enfrentamientos entre los aspirantes al dominio, disfrutaba como gregario viéndote zurrar o mientras alguno te zurraba. Para el gregario era un placer asistir a las pruebas de fuerza simbólicas, pecho contra pecho, a los recíprocos choques de narices entre los del mismo rango, a los conflictos durante los partidos de fútbol, como cuando respondías «¿A-quién-has-llamado-gilipollas?», y si aquél replicaba «Sí, a ti», se activaba el procedimiento de la prezurra. Hábitos tribales de un pequeño mundo infame. Padre y Madre pensaban que en la Sede se dedicaban a aficiones sanas de juventud, no sospechaban lo más mínimo de las durezas estructurales de aquella sociedad preadolescente.

Era la época en la que iba a la secundaria, los años de estudio más inútiles y vacíos, pensados sólo para mantener encerrados en algún lugar a jóvenes seres humanos atormentados por la adolescencia. Su clase, completa y desoladamente masculina, apestaba a sucio y a feromonas ya desde primera hora de la mañana, una manada de desesperados con la polla dura todo el tiempo, que se divertían levantando el pupitre con movimientos pélvicos, que no sabían nada o casi nada de sexo, del cuerpo femenino, que se contaban historias sin pies ni cabeza, por el mero hecho de contar chorradas, que Ivo, hijo de mamá, nunca sabía si creer o no. Mañanas enteras con el latín, con *Los esposos*, con la *Ilíada* traducida en verso por Vincezo Monti, un rollo infinito, sólo la profesora de Matemáticas era buena. Y sobre todo estaba aquel grupo de marginados como él, consuelo y espejo, fétido refugio, fuente deformada de historias sobre el misterio y la crueldad del mundo: los compañeros de escuela. Estaban entregados a formas de expresión primitivas y brutales consistentes en prevaricaciones,

ignorancia total y obscenidades. Algunos de ellos se mataban a pajas —y también en clase, claro— y enseñaban a los compañeros a hacérselas. Fue así como en una tarde de primavera incipiente Ivo regresó a casa con la noción en la cabeza, nueva para él, de Paja, como una maniobra misteriosa al final de la cual se produciría un Líquido Asqueroso. De este modo, pese a que fuera prácticamente cierto que se trataba de Pecado Mortal en cuanto Tocamiento, como decía don Filippo, aquella misma tarde, después de comer, se encerró en el cuarto de baño y *se la hizo*, y sintió un placer casi inaudito al que siguió de inmediato el drama del Arrepentimiento, tan grande que acabó por guardarse la polla aún dura y congestionada y aquella misma tarde fue corriendo a confesarse. Padre Capitani, el joven, guapo, elegante y bronceado Padre Capitani, rozador discreto de cuerpos de muchachas y también, según se decía entre risas, de culos de muchachos, él, que organizaba el Cinefórum y le gustaba a Hermana Grande, no estaba. En la sacristía encontró a otro sacerdote más viejo y gordo, descuidado, estropeado: a la luz de las velas de la misa de tarde su cabeza brillante de grasa se había iluminado de reflejos. Lo confesó allí, haciendo que se sentara a su lado, le puso la mano detrás de la nuca para que apoyara su frente contra la suya, mientras los monaguillos iban y venían reponiendo paramentos y vestiduras. Ivo se colocó en esa postura incómoda un poco antes de lograr mascullar algo sobre un Acto Impuro, pero el cura había entendido enseguida de qué se trataba y con indiferencia y prisas le exhaló en la cara que no volviera a hacerlo, le aconsejó que corriera alrededor de su edificio cuando le entraran ganas y le impuso tres Padrenuestros, tres Avemarías y tres Glorias como penitencia. Aunque Ivo no sabía lo que era un Gloria —más adelante tampoco llegaría a saberlo—, al cabo de tres o cuatro minutos había vuelto a ser *puro*, ¡se había salvado el alma! ¡Aquella noche hasta podía morirse durmiendo que iría directamente al Paraíso! Sin embargo, no era posible olvidar la vibración que había notado por alguna parte, en algún lugar profundo entre las piernas, donde la carne se había contraído irresistiblemente varias veces haciendo que casi se desmayase de placer, mientras el esperma le salía a chorros con

violencia y acababa en los azulejos rayados del aseo, entre las escobas y el cubo de estaño cubierto con un trapo extendido para que se secara. Para llegar a esto sólo tenía que *pensar* en las fotos que había visto en los periódicos ilustrados de Brigitte Bardot en bikini, de Mylène Demongeot, de Marisa Allasio, con las que aún no sabía bien qué se podía *hacer* en realidad, pero que le provocaban un deseo de posesión tan fuerte a veces que casi le hacía romper a llorar, mientras se le formaba una especie de vacío doloroso en la barriga.

La actividad humana que más tarde, es decir, muchos años después del final de los Oscuros Cincuenta, se identificaría genéricamente como «practicar sexo» todavía no tenía un nombre oficial para él, sino sólo nombres oficiosos, entre los cuales Madre prefería «hacer guarrerías», mientras que los curas aburridos de los confesionarios lo llamaban «actos impuros» —«¿Actos impuros? ¿Tocamientos?», decían, con la misma entonación que el muchacho que en el intermedio de la película parroquial decía: «¿Naranjada? ¿Cerveza? ¿Coca-Cola? ¿Chicles? ¿Mostaccioli?»—; en cambio, sus compañeros de escuela usaban imágenes y palabras mucho más obscenas. Fue así como en su mente se fue sedimentando la idea de que Pito, Chocho (¿qué era exactamente?), Mierda, Meado, Follar (?), Encular (??), Mamada, Periodo, Cagarruta, etcétera, eran cosas que juntas constituían un único Pecado Mortal sucio, asqueroso, enorme, inexorable, que los perseguía a todos, a él, a sus amigos y compañeros de escuela. Todos jodidos, todos al Infierno.

«¿Tú sabes que tu madre y tu padre *follan*, no? O sea, ¿sabes que *joden*, no? —le había susurrado una vez al oído Mazzeo, y acto seguido había añadido—: Hoy tengo los cojones hinchados, creo que me voy a hacer una paja.»

Con lo que entendía que se la haría de un momento a otro, en el último pupitre, durante la clase, que eyacularía en un pañuelo que luego se metería en el bolsillo. Mazzeo, mayor, de piel oscura, amarillenta, grandes ojos negros que te miraban fijamente a la cara como si te preguntaran: «¿Tienes algo que decirme, eh? ¿Eh?». Todos, todos ellos acabarían en el Infierno. Durante la hora de

Religión, don Petacci decía alto y claro que Dios exigía Pureza a todos, que cada día tenían que ponerse a prueba, que Dios quería que luchasen contra el Pecado a cada momento. Algo de locos si se piensa. Sobre todo *imposible* de hacer.

Recayó en el Pecado Mortal el día siguiente y el de después. Le sucedía varias veces seguidas en el transcurso de una tarde, con el paso de los meses la angustia disminuyó, las confesiones empezaron a distanciarse: resultaba completamente imposible resistirse a la tentación. «Si muero, voy al Infierno y me quedo allí para siempre. ¡Para siempre significa que no termina nunca!» Aquel *nunca* era inconcebible frente a la humildad contingente y presurosa de las pajas que se hacía entre el escobillón, el cubo y el trapo para fregar el suelo, en el olor a agua sucia, en la idea de suciedad, como era justo que fuese el sexo. Sin embargo, Ivo vivió meses y años terribles, obsesionado con el Infierno y con la imposibilidad de resistirse al Pecado. «Pon que me tiro debajo de un coche, me cae un meteorito en la cabeza, como le ha pasado a un tío en Estados Unidos que se ha muerto al instante, o me explota el corazón de pronto: después de tantas manolas nadie me salvará, nadie. Es más, basta con una para condenarme…» Y si después de la primera paja ya estaba condenado, qué más daba hacerse las que quisiese, el número no alteraría el resultado final. Una o cien, al final siempre se acaba en el Infierno.

Desde que, con unos cinco años, Ivo había entrado en contacto con el Primer Sacerdote, mejor dicho con la Primera Monja, los conceptos de Pecado Mortal y Pecado Venial adquirieron gran importancia para él, pues marcaban un estrecho sendero más allá del cual se hallaba lo irremediable, el abismo sin retorno, las puertas del Infierno. Lo único que en realidad importaba era no ir al Paraíso —que no entendía lo que era y le daba igual—, lo único que de verdad había que procurar era No Ir al Infierno. El tormento empezaba cuando le asaltaba un flujo de Pensamientos Impuros, que llegaban con regularidad en cuanto dejaba de concentrarse en algo. Era un laberinto sin salida de Culpa/Redención, lleno de excitaciones y fantasías sexuales mezcladas con ataques de

misticismo cósmico, de intentos de imaginar la Eternidad, el Infinito, la Omnipotencia, la Omnipresencia de Dios, el Sufrimiento Eterno en el Infierno, el Gozo Eterno en el Paraíso. Pero ¿qué gozo? Padre Capitani decía: «Gozo de la contemplación de Dios», y era obvio que este gozo habría sido muy poco atractivo sin la amenaza del Infierno. Pero, si ya era difícil detener la mano derecha a punto de agarrar la polla para masturbase, ¿cómo era posible detener los pensamientos? Nunca lo conseguiría, el pensamiento sólo lo puede detener otro pensamiento, pero si tenía la mente completamente ocupada por lo mismo, ¿cómo iba a ser posible? Y por eso él era un Pecador, porque aquella imposibilidad era una manifestación de Satanás, como decía don Petacci, es decir, una auténtica tentación. Así pues, *con toda seguridad* acabaría en el Infierno. «Entonces amén —empezó a decirse—, mejor resignarse… ¿Dios me ve? ¡Qué cojones! ¿Qué puedo hacer yo? Yo también hubiese querido ser santo y levitar, hacer milagros, hablar con los lobos, con los pájaros, pero no puedo. Así que no se hable más.»

En aquella época de batallas contra Satanás, de aburrimiento escolástico, de pajas y partidos de fútbol que duraban horas —hasta que anochecía y el balón ya casi no se veía y había que irse a casa —, en aquellos primeros días de junio en que comenzaba la temporada de los bolinches y se llevaban los pantalones americanos de tela rígida, espesa, a los que se les hacía un doblez por abajo y se decoloraban por el sudor; en aquellos tiempos de paseos continuos en bicicleta por las geometrías del barrio, Ivo entró sin querer en el selecto círculo de los que zurraban, donde llegó al escalafón más alto, el que correspondía a quien zurrase a Nasini. Nasini, sí, justo él, El Zurrador por antonomasia, el Dominante Mítico al que nadie podía plantar cara. Nasini era un auténtico prevaricador que les metía miedo a todos. Ivo oyó hablar de él mucho antes de que alguien le dijera: «¿Ves a ése de allí al fondo? Ése es Nasini».

Era un rubio pálido y adrenalínico, con los labios blancos por la rabia perenne que lo atormentaba. De él, también hijo de una portera de la zona, se decía que vivía en un semisótano, que se movía de manera nerviosa, que tenía una cara algo paranoica,

siempre cubierta por un velo sutil de sudor que te quitaba las ganas de meterte con él. Salía poco y, cuando te lo encontrabas, quizá en un corrillo de chicos, era el que menos hablaba, al que todo le importaba un comino, el que si te decía algo siempre lo hacía de malos modos, siempre con desprecio. Nasini no jugaba al fútbol, no jugaba a nada, no iba a la Sede y aún menos al cine. Se decía que iba a un instituto profesional lejos de allí, tal vez ya trabajase. Parecía que en todo momento le reconcomiera algo por dentro, todos eran cautos con él, le daban la razón, sonreían nerviosos y condescendientes ante las escasas palabras que pronunciaba. Y, sobre todo sucumbían, o sea, no le llevaban la contraria cuando Nasini les pedía diez liras, tabaco de liar o una bici prestada. Él no tenía bici, por eso se la quitaba a quien la tuviese y se la quedaba incluso una semana, por turnos. Se decía que una de sus víctimas se lo había contado todo a su familia y su padre había tenido que ir a recuperar en persona los patines que Nasini había tomado prestados. Todo esto acrecentaba su mito.

Ivo Brandani, sin comerlo ni beberlo, se convirtió en El Que Ha Zurrado A Nasini, y durante un tiempo se sintió como Glenn Ford en *Las pistolas del infierno*, una película del Oeste que ponían en el cine Vobis: nadie sabe quién eres de verdad hasta que te ves obligado a demostrarlo contra tu voluntad. Ivo se sentía así, y lo disfrutaba. Pero no había sido ninguna tontería: si hubiese podido, si en aquel momento Ivo hubiese tenido un cuchillo a mano, habría intentado matarlo de lo cegado que estaba por la rabia. El verano comenzaba, ya no había clase, él tenía una Lazzaretti Sport nueva, con cambio Campagnolo de tres marchas, y pedaleaba por el barrio sin preocupaciones en la cabeza, disfrutando de las ráfagas frescas cuando atravesaba las sombras de los edificios y el sudor se le enfriaba en la piel. La bici era un regalo de aquel año, una especie de instrumento simbólico de transición: alta, de adulto, con barra, de hombre. Antes salía con la bici de niña de Hermana Grande, ridícula, ancestral, sin cambios y con el manillar recto, tenía frenos de varilla en lugar de los de pinza, no podía ser más cutre. Era un precioso día de junio, silencioso, fresco, la época del gran Verano que se abría

ante él, inmenso: al cabo de unos días se marcharían a la Ciudad de Mar. Llevaba puestos unos Lee remangados sobre tenis blancos, manchados de tierra roja, veinte liras en el bolsillo, un puñado de canicas y unos cromos del álbum de animales, que nunca terminaría por la total imposibilidad de encontrar muchos de ellos, sobre todo el del Mono de Borneo, del cual los pocos afortunados que lo habían visto decían que era «un mono con una nariz que parece un plátano». Con el sudor del verano, aquellos vaqueros le tintaban las piernas y los calzoncillos de azul, así que después él manchaba las sábanas de azul. ¿Ducharse? Ni hablar. Sólo lo hacía bajo presión materna, sólo se metía en la bañera por obligación, y luego, al salir, dejaba en el esmalte un cerco de suciedad con un leve tono azul, procedente de los pantalones americanos.

La idea era dar una vuelta por el barrio en busca de otros ciclistas de vacaciones como él y quizá terminar echando una partida a los bolinches en el campo de juegos u organizar una carrera de bicis en el arenal del Río o en cualquier otro sitio, en un lugar con poco tráfico, como las explanadas y las grandes avenidas de mármol del Foro Fascista, o quizá terminar dándole un par de vueltas a la Gran Esfera blanca. Pero llevaba un rato sin encontrar a nadie. Hacia el mediodía acercó la bicicleta a la acera de los jardines, bajo los perfumadísimos pinos del Paseo con Galleta, a la altura de la Fuente, apoyó el pedal hacia atrás contra el borde de travertino para mantener la bici en pie y se aproximó a los dos micos sentados en los bancos cerca de sus bicis pequeñas, aún de niños. Los había conocido en la Sede, uno de los dos era una especie de becerro, ágil y robusto, que jugaba al *ping-pong*. En aquel punto e instante del mundo todo era sencillo y normal, la ferocidad oculta en todas las cosas se mantenía alejada por momentos, el aire era seco y silencioso, olía a resina y piñones. Ivo tapó el caño de la fuente con un dedo y bebió del violento chorro superior intentando que le golpease el cielo de la boca, porque le daba gusto. Acto seguido, formando una copa con las manos, trató de mojar a los dos micos, que se rieron sin que les rozase una sola gota; total, estaban lejos. El becerro le dijo al otro:

—¿Sabes que se lo han cargado?

Entonces Ivo se dirigió al otro mico:

—¿En serio? ¿De verdad que te han cateado?

—Sí.

—¿En qué curso estás?

Dijo que estaba en el primer año de secundaria y que tenía que repetir.

—¿Y tu padre? ¿Te ha pegado?

—Sí, un poco…

Ivo sentía un escalofrío cada vez que alguien le hablaba de algún cateo. ¿Qué haría Padre? Una vez le había dicho que si lo suspendían, lo obligaría a pasarse todo el verano en la obra echando paladas de arena en la criba, arrastrando cubos de argamasa escaleras arriba y abajo y llevando carretillas. Eran amenazas apocalípticas: «Si te catean, ya te puedes ir olvidando de la vida a mesa puesta que has llevado hasta ahora… Te pones a trabajar todo el verano… Estudias y trabajas y nada de playa, ni siquiera los domingos…».

Mientras Ivo está allí zanganeando y jugueteando con el chorro de agua, llega Nasini con dos de sus gregarios. Él tiene la cara pálida de siempre, los labios finos, tensos, los ojos de un celeste difuminado, fríos, ausentes. Ivo se percata de inmediato del cambio de situación: «¡Mierda, Nasini!». Respetaba y temía a Nasini, como todos, y nunca se le habría pasado por la cabeza desafiarlo de ninguna manera. Los dos micos sentados en el banco también se ponen tensos, dejan de bromear de golpe y se callan. Ivo quita el dedo del caño de la fuente y el agua cesa de brotar hasta la mediana de la calzada. Nasini se acerca, se curva para beber un trago, luego se pone derecho y mira a su alrededor. La Lazzaretti Sport está allí, bonita, reluciente, nueva, con el cambio Campagnolo de tres marchas. Él se acerca y empieza a mirarla con interés. Se ve que le atrae el cambio, que se trata de una bicicleta seria. En fin, aunque no sea una Bianchi o una Legnano, es una bici de adultos. Ivo guarda silencio, se siente algo halagado por todas esas atenciones, pero hace como si nada. Nasini le asusta, tiene miedo.

Acto seguido, Nasini lo dice con ese tono suyo como ido:

—¿Es tuya?

—Sí.

Entonces él, sin decir nada, con toda la tranquilidad del mundo, coge la bici y hace ademán de subirse.

Ivo se va hacia él, lo agarra por un brazo y le dice:

—¿Qué haces?

Justo en el momento en el que pronuncia estas palabras se da cuenta de que ha superado un límite peligroso y de pronto siente que le tiemblan las piernas, que se le ponen flojas.

—Voy a dar una vuelta —responde Nasini mientras se gira para mirarlo fijamente con esos ojos vacíos, ausentes y nublados con los que vuelve a encontrarse.

De cerca Ivo se percata de que es algo más alto que él, nota que Nasini tiene que levantar un poco la barbilla para mirarlo.

—Es mía —responde Ivo entrando en un callejón sin salida.

—¿Y? —pregunta Nasini sin inmutarse, como si dijera: «¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Qué vas a responder?».

Ivo siente una punzada de desesperación, de terror. Le gustaría fiarse, prestársela, pero sólo para dar una vuelta. «¿Y si luego no me la devuelve? Si ni siquiera sé dónde vive… ¿Y si la coge para quedársela? A lo mejor la vende. ¿Qué le digo a Padre? ¿Que he dejado que Nasini me la quite? ¿Que ha llegado uno, me ha dicho "dame la bici", se la he dado y ya está?»

Nasini no está *preguntando* si puede dar una vuelta, está *diciendo* que va a darla.

Es un callejón sin salida, un camino sin retorno, Nasini se está subiendo a su Lazzaretti Sport nueva, a su bicicleta de hombre, y él no hace nada para impedírselo.

Entonces dice:

—B-bájate —pero le sale una voz insegura, ahogada.

Nasini percibe su miedo y se sube a la bici sin hacerle caso, sin decir una palabra. Una vez sentado en el sillín, lo mira todo pálido e ido:

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer si no?

Ivo no necesitó más que esos pocos instantes para llenarse de una rabia y violencia incontenibles, a punto de explotar. Si en el fondo Nasini no fuese tan tonto y no se tuviera tan creído su rol de zurrador de barrio en la franja de edad comprendida entre los doce y los trece años, se daría cuenta de que aquel chico está ofuscado por la rabia, que es peligroso.

Tal vez le surge una especie de duda, vacila, pero no le da tiempo a entender que lo que hay que entender es que Ivo se le ha echado encima. Los dos acaban en el suelo, enredados con la bici.

Nasini no se esperaba algo semejante, tan carente de cualquier advertencia o ritualidad. Normalmente, los enfrentamientos físicos se dan según un procedimiento basado en insultos iniciales, luego empujones y choques de narices, y al final, pero sólo si ninguno de los dos se echa atrás, puede haber algún que otro puñetazo. Sin embargo, no pasa nada de eso, Ivo simplemente ha empezado a pegarle como un loco.

Nasini se queda atónito, está debajo de él, no reacciona. ¡Nasini no reacciona! «¡Estoy *zurrando* a Nasini!»

Lo golpea lo más fuerte que puede en la cara, siente debajo de los nudillos la dureza de los pómulos y del tabique nasal, la blandura de las mejillas, de los labios.

Está fuera de sí, mientras le pega le grita con voz ahogada:

—¿A q-quién… crees tú… eh, eh, q-que le coges la b-bici? ¿Eh?

Pero para casi de inmediato, después de unos cuantos puñetazos.

Ivo se separa de Nasini sin apartar la mirada, con la respiración entrecortada, las piernas que se le doblan, una repentina debilidad le exige que se siente, pero tiene que quedarse de pie, mientras el otro se levanta lleno de polvo, se lo sacude y se va sin decir nada.

A continuación, ya desde la acera contraria, Nasini se gira y le grita:

—Sé dónde vives… Te espero debajo de tu casa… ¡Te voy a romper el culo, gilipollas!

Tiene la cara blanca, como siempre, pero con manchas rojas donde lo ha golpeado Ivo, tiene los ojos empañados de lágrimas. ¡Nasini está llorando! Los gregarios con los que ha llegado no lo siguen, se quedan allí mirando atónitos a Ivo. No creen lo que han visto sus ojos. ¡Este menda de aquí *ha zurrado a Nasini*! Y se ha llevado una buena paliza.

Ivo está paralizado por la emoción y la exaltación, tiembla de la cabeza a los pies, tiene que sentarse en el banco para recuperar el aliento, mientras se sacude mecánicamente el polvo. Los gregarios, dos chicos con pantalones cortos, empiezan a decir:

—Hala, ¡has zurrado a Nasini!

—¡Anda, has zurrado a Nasini!

—¡Se ha llevado una buena somanta de palos!

Sin embargo, Ivo está demasiado aturdido como para decir algo, se queda ahí pasmado, se recrea en el momento de rebelión y victoria, aunque siempre queda la posibilidad de que Nasini vuelva a buscarlo. Pese a que lo haya humillado sin ni siquiera darse cuenta, el otro le da miedo, porque sabe que su fuerza ha sido producto de la rabia, sabe que en frío se habría llevado una buena paliza o, peor aún, habría escapado. Al final se monta en la bici sin decir nada, mostrando desinterés, mientras el corazón le palpita enloquecido y los otros se quedan cantando su gesta, porque el día presenta una novedad, un cambio en las relaciones de fuerza de aquella acera, en las jerarquías no declaradas: *Uno-ha-zurrado-a-Nasini.*

Ivo recorre a toda velocidad una de las avenidas radiales del barrio, luego una circular, llega a casa, almuerza en silencio con su familia, se va a su cuarto y se tumba en la cama. Duerme vestido casi toda la tarde.

Al día siguiente, en el campo de juegos, ve que su estatus ha cambiado: seguía siendo un paquete con el balón, pero durante la formación de los equipos lo eligieron de los primeros, porque, en compensación, era Uno Que Zurra. «Soy Uno Que Zurra», pensaba Ivo Brandani, sintiéndose orgulloso, aunque asustado. Satisfecho, pero con la vergüenza del vencedor, con la duda de haberse convertido en uno-como-Nasini, de que ahora lo vieran como lo

veían a él, un bruto que mete miedo. Con todo, el orgullo prevalecía y la vida ya no era tan difícil de vivir. El episodio lo tranquilizaba, aumentaba la sensación de que en el fondo era posible vivir en la Estabilidad, en la Seguridad, en la Solidez, era posible apañárselas decentemente, con el apoyo de Madre, cuya función era contrarrestar la desestabilización de Padre, con sus reproches, su imprevisibilidad, sus accesos repentinos de violencia. Esta idea de que en el fondo vivir era bonito y bastante fácil —salvo por las monjas del parvulario, los curas, Maestro Proia, Mazzeo y Nasini y el Pecado Mortal, etcétera— se la habían inculcado los típicos adultos y, de este modo, le habían mentido: unos sabían perfectamente que le mentían, otros en cambio eran del todo inconscientes de la Verdad, es decir, de la inestabilidad absoluta de todas las cosas. Habría sido mejor enseñarle desde el principio una sumisión silenciosa, la renuncia a cualquier forma de afirmación de sí mismo, a cualquier forma de orgullo. Sin embargo, Padre era el orgullo personificado… ¿Cómo podría él, que no era más que un crío, es decir, un ser vivo en busca desesperada de modelos con los que identificarse, cómo podría sustraerse al viento incesante de su influencia? ¿Quién más le habría mostrado *qué* ser? ¿*Cómo* ser? ¿*Cómo* comportarse? ¿De qué manera podía evitar herir y ser herido, si la balanza (aunque hubiese zurrado a Nasini) se estaba inclinando terriblemente hacia el lado del ser herido? ¿Cómo podría evitar hacerse daño y morir?

5:16 DE LA TARDE

El *capuccino* estaba bueno, pero le ha revuelto las tripas. Brandani pide un vaso de plástico en el bar y vuelve al mismo baño donde ha orinado antes. Saca tres o cuatro toallas de papel del dispensador, llena el vaso de agua por la mitad y entra en el servicio.

Servicios que, al fin y al cabo, no están mal, aunque ya están rotos aquí y allá.

Ivo va bien equipado para hacer frente al hecho de cagar cuando va de viaje, cuando está en el aeropuerto o, peor, en un avión. Tiene su propio procedimiento para poder lavarse en cada ocasión. Hacen falta unas cuantas toallas de papel, un vaso de plástico medio lleno de agua para humedecerlas; se necesitan un poco de tiempo y maña, pero él sería incapaz de hacerlo de otro modo. Ha nacido y crecido en la cultura peninsular del bidé, que le confiere su superioridad única y secreta sobre los demás pueblos de la Tierra: un agujero del culo lo más *limpio* posible. «*C'est vrai? Vous vous lavez chaque fois*?», le había preguntado una vez Lotte.

El agujero del culo cerrado espasmódicamente durante toda la vida para retener la mierda saliente, kilos y kilos de mierda, quintales, toneladas de mierda generada en el transcurso de mi existencia, aunque yo no tenga nada que ver con mi mierda… No soy responsable de ella, yo no he pedido tener un intestino, un colon, un recto, un agujero del culo. Son cosas que sufro y que odio, que siempre me han dado asco. «Todo eso es suyo», dijo el gastroenterólogo… Ni por asomo: pero ¿qué va a ser mío? Yo produzco mierda, sí, no puedo negarlo, pero nunca ha sido *mía*. Es algo que he padecido: que seamos tubos digestivos no significa que

lo hayamos elegido, significa que hemos nacido con ello… Por un lado, la boca, que anhela la comida, la saborea, saliva, babea, habla, grita, etcétera… Por el otro extremo, el agujero del culo: inmundo, cerrado, escondido, justamente vergonzoso, perennemente maloliente, aunque goce de las abluciones más escrupulosas… Yo no he elegido tener el horrendo tafanario. Cerrado como un puño durante toda la vida… Luego el titular la palma y por fin paz, reposo, relajación definitiva, las heces salen libres a la luz del sol… Los últimos excrementos inmundos e inocentes se expanden a su alrededor, difundiendo en el aire su último hedor ingenuo.

El olor de la mierda, que a él le resulta horripilante, se expande beatamente por el nicho plastificado del váter que ha elegido y le sube hasta la nariz empujado por el vaho caliente emitido por sus propias heces.

Qué asco, yo no soy el responsable, son las bacterias simbiontes, las que viven dentro de mí, en mi barriga… Miles de seres parasitarios, tranquilos, sin problemas, que me ayudan a transformar en mierda todo lo que como. Son ellos los que producen este pestazo. Cada vez es distinto, depende de la especie de bacteria que en ese momento haya tomado la delantera a las demás… No sé quién ha empezado, si nosotros o ellas. Ya se podría haber creado un mundo-sin-mierda… Habría que preguntárselo a la Zarza Ardiente: «¿Qué necesidad había de crear la mierda? ¿No se podía pasar sin ella? ¿Qué es? ¿Un efecto secundario inevitable? ¿De qué? ¿De la vida? Eres omnipotente, puedes crear lo que te dé la gana, ¿y te da por la mierda? ¿Qué clase de dios eres?». Siete mil millones de habitantes que se despiertan todas las mañanas y evacúan… Así que, a ver, si hacemos doscientos gramos de mierda por cabeza… Necesito la calculadora… Siete mil millones por doscientos dividido entre mil hacen un total, más o menos, de mil millones y medio de kilos, es decir, uno coma cinco millones de toneladas de mierda en veinticuatro horas… La Tierra gira sobre sí misma y, a medida que sale el sol, suena la diana para los humanos. ¿Y qué es lo primero que hacen en cuanto se levantan? Cagan. Es una especie de *ola* planetaria que libera una ingente estela de excrementos, fruto de un

ingente consumo de recursos, animales y vegetales, fruto de una ingente cantidad de dolor y muerte infligidos a otros organismos vivos… Salvo las bacterias, o sea, las verdaderas dominadoras del planeta, que siguen siendo invisibles y que son capaces de convertir nuestra mierda en un hábitat confortable… Entonces, ¿cómo podemos continuar hablando de medio ambiente, de naturaleza, de equilibrio natural —piénsalo, Brandani: ¡equilibrio natural!— sin mala fe? ¿Cómo es posible que todavía usemos estas categorías si, pongamos por caso, en China hay ciudades que crecen a un ritmo de *un millón de habitantes al año*? Hay cientos de millones de personas que quieren casas y escuelas, sanidad, electrodomésticos y comida, coches, vacaciones y ocio, que necesitan una cantidad de energía equis *per cápita* como nosotros, que quieren consumir productos como nosotros, justo los mismos que nos gustan a nosotros… Gente a la que le gustan las Maldivas, las Laquedivas, las Seychelles, el Caribe y las islas Marquesas, como a nosotros, destinos a los que también quieren ir y a los que terminarán yendo, como ya hacen en Sharm por decenas de miles… Aquí, donde también necesitan agua dulce, para ducharse y para beber, para cocinar y para regar esos estúpidos céspedes que rodean los hoteles, donde se necesita electricidad, etcétera… En resumen, consumen energía y comida y, a cambio, evacúan, aquí también, cientos de toneladas de mierda, miles y miles de millones de zurullos amarronados que aún contienen fragmentos de caparazones de crustáceos, de *macadamia nuts* engullidas la noche antes durante el aperitivo, de fibras vegetales que sabe Dios de dónde vienen, ya que aquí no crece nada de nada, salvo estúpida hierbecilla biónica importada y cortada a la inglesa, salvo palmeras que mantienen en pie a base de chutes de fertilizantes químicos… Los turistas chinos, que entran en masa en los restaurantes especializados en turistas chinos de la Ciudad de Dios, en cuya puerta les espera un tío vestido de guerrero del Antiguo Imperio… Los chinos, que ya como biomasa constituyen un negocio para el comercio mundial de lo que sea, aunque se trate de la chincheta de tres puntas, que aquí nadie usa ya… ¿Cuánto acero necesitan ellos y los indios, los del sudeste asiático, los brasileños y los rusos? ¿Cuánto carbón? ¿Quién

detendrá a esta masa humana en busca de bienestar a cualquier precio? ¿Por qué hacerse ilusiones con que el planeta puede soportar un impacto de semejante envergadura? Donde hay mierda hay vida… Aquellas mierdecitas rojizas, completamente iguales, que se encontraban por las cañadas y los vallecitos de la Isla, señalizaban el paso de animales, pero ¿cuáles? Mientras genere esta cosa nauseabunda, podré decir que estoy vivo… Vivo, a pesar de las cervicales, a pesar de que la curvatura de esas cuatro o cinco vértebras ya no existe… Vivo, pero con vértebras dañadas por la periartrosis, vivo aunque con hernia de hiato, con gastritis crónica… Vivo como mi colon inflamado, como los meandros de mi intestino lleno de divertículos, receptáculos vitales de mierda, de bacterias que jamás han visto la luz del sol, que jamás han conocido otra cosa que la mierda… Vivo, con este hombro que me duele, vivo a pesar de la hernia de disco, de la pierna derecha que descarga en el suelo veinte kilos más que la izquierda… Vivo, pero con la tensión alta, con la pastillita todas las mañanas… Vivo, pero con la polla ya casi muerta, con esos escalofríos profundos como el despertar de una momia que me suben de vez en cuando desde lo más profundo de las caderas y me dicen: «Estás vivo, que se entere tu polla, encuentra la manera de procurarte una buena contracción prostática, un buen chorro de esperma denso e impetuoso como antes… Estás aquí, vivo, a pesar de que todo esto se te haya negado por tu aspecto senil, por tu posición terminal en el mundo, como sujeto residual fuera del ciclo reproductivo»… Vivo, a pesar del completo desinterés que las mujeres muestran por ti… Vivo, pero con los pies doloridos, las plantas ardientes, las plantillas ortopédicas dentro de unos zapatos siempre de un número más grande… Vivo, pero privado ya de casi todo: nada de sexo, sólo alguna que otra mamada de pago, nada de fumar, nada de *whisky*, nada de café, sólo una tacita al día, sólo un poco de vino blanco, mejor si es tinto, mejor si es cerveza, mejor si es agua… Vivo, pero sin pelo, con unas orejas cada vez más grandes, una serie de arrugas que se acumulan en la base de los lóbulos, plagadas de pelos canosos… Vivo, pero con las piernas, a saber por qué, lampiñas casi por completo, la cabeza del fémur que empieza a rozar con la superficie de los

alveolos… El esqueleto es lo primero que se estropea; comienza poco a poco y luego sigue deformándose y deteriorándose cada vez más rápido: «Tiene el tramo lumbar de la columna desviado, tiene la pierna derecha más larga, tiene las vértebras cervicales llenas de *crestas*…». En el museo histórico de Estocolmo… Acuérdate, Ivo, acuérdate de las *crestas* de aquellos esqueletos vikingos, ancianos y hechos polvo: ¡habías entendido en qué consiste la artritis! Por fin una imagen clara y desoladora de los huesos de un viejo… Pero estoy vivo, me muevo, camino, como, mastico, degluto… Ya no me queda casi nada orgánico en la boca, la radiografía del cráneo para ver si había algún problema en los cornetes —bonito nombre: *cornetes*— ponía de manifiesto, arriba y abajo, hileras enteras de cuerpos extraños y de tornillos metálicos insertados en los tejidos óseos, parecía la calavera de un cíborg… Y cago, claro, aunque mi caca ya no sea la de antes, aunque se parezca más al légamo putrefacto de una ciénaga ancestral que a la sana deposición de un humano que goza de buena salud… Ahora hay que lavarse, ¡venga!, *à la guerre comme à la guerre*.

Se quita los pantalones y los cuelga en la percha, hace lo mismo con los calzoncillos. Ahora está desnudo de cintura para abajo, con zapatos y calcetines. El aire acondicionado le da escalofríos, el dolor de cabeza lo atormenta, se siente indefenso, humilde, ridículo, mientras se limpia repetidamente con las toallas de papel que poco a poco humedece en el vaso. Justo allí, en el centro de la escena, situado en el eje medio de su cuerpo, por debajo de la convexidad del vientre, ve asomar el pito, un pequeño cilindro tembloroso y arrugado que trata de ocultarse en una mata de vellos ralos.

Pero qué feo te pones cuando haces eso… Cuando quieres volver a esconderte en el cuerpo… Tu miedo a existir, a ocupar un lugar en el espacio, no es buena señal…

Como todo hombre y prácticamente desde el día de su nacimiento, Ivo mantiene una relación difícil con su pito. Por muy *suyo* que sea, nunca lo ha entendido, dada la independencia que el aparato ha demostrado desde que era un recién nacido, levantándose y bajándose a su antojo, emitiendo chorritos no

deseados de pipí, que, a partir de cierta edad, se convirtieron en algo muy embarazoso. Sin embargo, esta excentricidad inicial no era nada comparada con el comportamiento que asumiría en años sucesivos. Digamos que a partir de los diez o doce años, ya no se trató de un pito que se pone tieso, sino que comenzaron a cambiar también las dimensiones, y mucho, y el color del glande, y mucho. Se corría a la primera de cambio, para luego palpitar en sincronía con los latidos acelerados de su corazón, pobre bomba abandonada que hacía todo el trabajo, incluido el de construirle una polla en erección al más mínimo pensamiento lascivo, ante la visión de una imagen femenina poco menos que casta. Un muchacho en la primera adolescencia y su polla erecta —una polla ya de adulto en cuanto a forma y dimensiones, pero que aún no le interesa a nadie, y el muchacho, si pudiera, prescindiría de ella— son dos entidades inseparables, pero profundamente ajenas. El muchacho: de piel blanca y cubierto de pelusilla infame, erupciones cutáneas, espinillas, indicios de barba, escamas de caspa, lamparones rojos. La polla: negra, envuelta en una pelambrera maligna semejante a los rizos de un minotauro, hirsutos, de jabalí, sucia, maloliente y dispuesta a fastidiar, dispuesta a interferir en los momentos menos oportunos de la difícil existencia de una joven criatura humana, insegura e indecisa, arrollada por oleadas de emoción y por descargas hormonales, falta de la menor idea de sí misma y del mundo. El pito de Ivo, como todos los pitos, se convierte en adulto mucho antes que él, y antes incluso de descubrir (de modo grosero-confuso-cutre) cómo se hacen los niños, su polla ya estaba lista para fabricar legiones de ellos, las fibras de sus órganos internos ya eran capaces de producir litros de esperma repleto de miles de millones de gametos masculinos. Todo esto ocurría mientras él estaba entretenido con la *Ilíada* traducida por Vincenzo Monti, mientras seguía jugando a la pelota o a los bolinches en el polvo del campo de juego, mientras holgazaneaba por las calles de su barrio y se encendía cada vez que se encontraba en las escaleras con la chiquilla del piso de arriba, feílla y con aparato en los dientes, los calcetines bastos blancos y la falda de tablas por las rodillas, desnudas y un tanto ásperas, un tanto sucias. Una polla de hombre

pegada a un cuerpo de niño, que se debate con una mente enturbiada por el sufrimiento comprendido en el paquete básico de la existencia, pero al mismo tiempo capaz de unas intuiciones y de una lucidez inesperadas, fulminantes, inútiles. Una polla que en la escuela se le hinchaba durante horas y con la que conseguía mover el tablero del pupitre. Para hacerlo debía apoyarla en la madera de abajo, empujar con la pelvis e hincharla accionando un músculo misterioso, escondido en alguna parte entre las nalgas, oculto en las profundidades de la entrepierna, en la raíz del aparato: la mesa subía un centímetro o así.

—Me gustaría ser una esfera perfecta, de cristal —le dije a Madre una tarde después de almorzar, cuando ella se sentaba en la butaca a leer el periódico y fumarse un Peer, mientras Padre, sepultado en el dormitorio completamente a oscuras, echaba su iracunda media hora de siesta antes de volver al tajo.

—¿A qué viene eso?

—Hoy hemos dado la esfera, ya sabes, lo del volumen de la esfera. La señorita Figus es lista.

—¿Y por qué quieres ser una esfera?

—Porque soy fétido, mamá. La esfera es perfecta, transparente, está limpia.

—¡Pero qué dices!… Anda, lávate y no digas tonterías. —Madre era Sabiduría, Sensatez, Moderación, Afecto, Protección—. Somos humanos, estamos hechos de carne, de grasa, sudor, caca, en fin, cosas que huelen. No puedes evitarlo, pero puedes lavarte a menudo, y tú no lo haces. Esta noche, baño. ¿Qué te parece? —añadió.

—Tú no echas peste, mamá… Tú no eres *fétida*…

Mientras hablaba con Madre, en cuclillas al lado de la butaca, le olisqueaba los brazos desnudos, como hacía siempre, por el perfume de su piel, aterciopelado y seco, que olía a aire: los Brazos de Madre, no había nada mejor, más fragante y puro.

—Yo si no me lavo, también echo peste, cielo, y deja ya de restregarte.

—No. Tú no, nunca, jamás de los jamases.

Como se acostumbraba en aquellos tiempos de la Posguerra, Madre y Padre se habían abstenido escrupulosamente de darle cualquier tipo de indicación acerca del uso y las funciones del pito: nada. Lo habían dejado a su suerte, completamente solo y confundido. En consecuencia, Ivo creyó durante muchos años que tenía una enfermedad que hacía que se le endureciera el pito ante la mera visión, pongamos por caso, de los Tres Cerditos atados juntos y con la manzana en la boca, listos para que el Lobo los metiera en el horno. No fue hasta que entró en la escuela secundaria —y se encontró con una manada de desesperados como él, algunos de los cuales entregados al menos a una paja al día—, cuando comprendió que aquello de tener un pito y un par de pelotas era un destino trágico, pero común, sobre el que se podía/debía bromear y se tranquilizó un poco. Ahora se mira en el espejo mientras se lava las manos. El traje de lino está completamente arrugado; su cara, con ese eterno bronceado de obra, se ha vuelto grisácea, cansada, aburrida. Pero no es eso, no es eso. Es Padre, que emerge cada vez más a menudo en esa cara y que esta vez casi lo hace dar un respingo.

Me sigue, viene detrás de mí, no me deja en paz… Míralo, la misma mueca que hacía que se le torciese la boca, los ojos cada vez más pequeños, desolados, las mejillas flácidas con esa red de pequeñas arrugas a las que no llamarías viejas, sino mustias. Me persigue, ha hecho que lo odie inútilmente durante toda su vida… Ahora que lleva muerto casi treinta años —¿cuántos años hace?— reaparece en los huesos de mi cráneo y hace que odie mi/su propia cara, como ha hecho que odie todo lo que tenía algo que ver con él. Sin embargo, hasta hace poco no me parecía en nada… Antes era un buen machote, tenía mi propia expresión, y ahora, mírala, *su* mueca, la que tenía estampada en aquella maldita cara… Pero ¿qué te pasaba? ¿Qué te carcomía? ¿Por qué no disfrutabas de tu existencia? ¿Qué te faltaba? ¿Debías trabajar? ¿Y quién no? ¿Estabas obligado a seguir órdenes? ¿A *obedecer*? ¿Y qué hay de malo en eso? ¿Quién es completamente libre de decidir lo que quiere? Te resultaba horrible tener que obedecer, ¿eh? Te humillaba y lo pagabas con los

demás… Bueno, lo pagabas *conmigo*… Me ha costado casi una vida entera lograr contradecirte, entender lo estúpido y, sobre todo, lo inútil que es el orgullo… Coraje y Orgullo, a eso te reducías… Todo tú eras coraje físico, violencia sobre los inferiores y orgullo… El problema, mi querido viejo estúpido y gilipollas, es que me hacías creer que debía ser como tú, y he perdido más de treinta años de mi vida para entender que debía ser distinto, que debía convertirme en tu contrario, en la antimateria de tu materia… Pero al final lo he conseguido… ¿De verdad lo has conseguido, Brandani?

Es el rostro de Padre el que entrevé en forma de filigrana en el espejo, *dentro* del suyo. Son su voz, sus palabras y sus coletillas las que Ivo ve que afloran en su discurso. Es el miedo a ser como él lo que llega incluso hasta aquí, hasta este aeropuerto, hasta Sharm El Sheikh, en la costa oriental de la península del Sinaí; hasta aquí llega a atraparlo la imagen de Padre, esa especie de máscara de carnaval que lleva puesta, que le gustaría arrancarse.

Ahí dentro no está él… ¡Estoy yo! ¡Yo!

Se acerca al espejo, se escruta la cara de cerca, quiere imaginarse el cráneo bajo la piel flácida de las mejillas, pero sólo se le ha quedado enjuto el borde inferior de la mandíbula, por debajo del cual comienza a colgarle la piel en forma de papada antes de meterse por el cuello desabrochado de la camisa: él no es Padre.

No soy Padre y, sin embargo, cada año que pasa, Padre se transparenta más y más en mi cara, en mi voz, en mi modo de comportarme, de actuar, de usar las manos, siento que es así desde dentro, aflora de mi calavera como la silueta del faraón que emerge de la arena en esa vieja película… *La momia*. Lo reconozco, es él quien presiona para hacerse un hueco. *Yo no soy él*, pero lo que aflora de la arena de mi cara le pertenece/me pertenece, como si ahora fuésemos una única cosa, como si él quisiera revivir en mí y me utilizara como portador sano de su careto de mierda, una reproducción de Padre que se extiende hacia el futuro… Pero yo no tengo hijos, tus genes se acaban aquí, viejo cabrón.

El legado de Padre le pesa sobre los hombros, está envejeciendo como envejecía él, lo siente en las fibras de su constitución física.

Durante los últimos años, Padre había comenzado a encorvarse, parecía que se estuviera encogiendo; tenía el vientre prominente; los ojos acuosos, falsamente dóciles, se le enrojecían con facilidad. Pero bastaba hablar con él unos minutos para que te dieras cuenta de que en su cabeza —en aquel cráneo grande y duro sin pelo en el que se insertaba desde tiempo inmemorial, desde antes de que Ivo naciese, una nariz grande y carnosa extrañamente derecha que resoplaba como el espiráculo de un cetáceo—, dentro de aquella cápsula de hueso tenaz, nada había cambiado: las mismas frases dichas y redichas mil veces, las mismas banalidades, la misma voluntad ciega de no entender nada de lo que ocurría a su alrededor, de aferrarse a aquellas cuatro convicciones asimiladas —podría decirse que por sus huesos— en los lejanos y oscuros tiempos fascistas, cuando hasta él —incluso él— dio rienda suelta a su juventud.

Hasta el cráneo se asemeja al suyo: la frente plana, las protuberancias marcadas, el arco de las cejas poco definido, débil, la barbilla cuadrada… Pero yo soy más guapo que él… Por lo menos no he sacado su nariz, ese pedazo de carne hinchado, con esos ollares dilatados y resoplantes… Mi nariz es afilada como la de Madre, soy más alto, tengo los hombros más anchos.

No obstante, lo siente metido en sus elementos estructurales, constitutivos, en la materia de la que está hecho. Manifiesta sus mismas debilidades, pero sin los puntos de fuerza en los que Padre se atrincheraba y donde era capaz de resistir a ultranza, más allá de cualquier límite imaginable para Ivo. Padre era incomprimible, indestructible, o al menos así se lo había parecido siempre.

Soportaba la carga concentrada sin flaquear, soportaba bien la carga compartida, aguantaba la carga puntera sin doblegarse, aunque una carga dinámica ni siquiera demasiado fuerte, colocada en uno de sus puntos débiles, habría podido quebrarlo.

¿Cuáles eran exactamente sus puntos débiles? Ivo lleva unos años tratando de compararlo con una estructura, pero no consigue imaginar cuál, de qué tipo. Si le pidieran que lo describiera, se expresaría como un ingeniero, porque hoy por hoy sería inútil hablar

de Padre con la lengua de la calle. Y luego tratar de explicarlo: ¿a quién le importaría? No le interesaría ni a Hermana Grande, de estar viva; ni siquiera a Hermana Pequeña, porque con ellas Padre era distinto.

Él ya está en el olvido más oscuro y total; los que lo conocieron o están muertos o lo han olvidado. Menos yo… Tal vez ocurriera después de todo: se quebró, aunque yo nunca me enteré, pese a verlo flaquear… Lo debilitaban las intrusiones en la orgullosa idea que se había formado de sí mismo, solo, con el paso de los años… Yo también me lo tenía creído antes de que la existencia me llevase al punto justo de ajamiento… Estoy hecho de la misma materia que Padre, él me ha lanzado al mundo para redimir *sus pecados*, para corregir su comportamiento desconsiderado, para mediar con los demás y con la vida y firmar una paz digna… Me ha traído al mundo para cerrar su capítulo y pasar a otra cosa, para abolir su forma de hacer las cosas a cornadas con todos y con todo, su modo de quemar puentes, su desapego de toda relación social, amistosa… Yo no lo he querido, no lo he elegido como padre, pero he debido expiarlo igualmente y debo seguir expiándolo ahora: ahí estás, cara de mierda. ¿Qué te carcome, eh? Además, cuando sudo no apesto como él… Tengo la piel de terciopelo de Madre; cuando me toco, parezco una mujer… No soy él, tengo la nariz de Madre… Pero si no soy él, o al menos no del todo, entonces este tío del espejo, cansado, deprimido como un búfalo de agua, ¿quién es? Eres tú, Ivo, eres Ivo Brandani, tú y nadie más que tú… Al final los padres resurgen, se presentan de nuevo en la cara de sus hijos, en el modo de gesticular y de hablar, en el modo de pensar, de actuar. Los padres están en la ética cotidiana, en la de a pie, en la de todos nosotros… Por mucho que nos hayan dicho cosas explícitamente, por mucho que nos las hayan impuesto con brutalidad, por mucho que nosotros hayamos mostrado una oposición activa, dramática, hasta romper toda relación, hasta poder decir: «Gracias a Dios que me lo he quitado de encima, no quiero hablar más del tema, no quiero saber nada más de él», los padres siempre regresan, exudan por nuestros poros, se vuelven a formar como una película sutil, como

una capa bajo la piel, una especie de holograma fantasmagórico que se superpone a nuestra persona, que creíamos autónoma y única… Hasta que te encuentras con alguien y te dice: «¡Cómo te pareces a tu padre!». «¡Los cojones!», te gustaría decirle. «Lo sé… Lo sé muy bien, lo sé por mí mismo, sin que tú me lo digas, pensando quizá que me halagas»… Hasta su olor, que no te gustaba, resulta que un buen día lo hueles en ti: el ácido del sudor estival de Padre que llega a la Ciudad de Mar y sale del coche con la camisa empapada y pegada a la espalda… Es Él quien llama a la puerta desde dentro, desde el sótano donde lo tenías escondido, encerrado como un bastardo, como un monstruo de familia vergonzoso, es Él quien llama para salir al aire libre… Y al final es Padre, evidente e ineluctable, quien vuelve para preguntarte si realmente has podido pensar de manera distinta a él, si de verdad has querido enfrentarte seriamente a las razones de la sangre, de la transmisión de la carga genética y todo eso… Quien te pregunta si realmente has creído que podías alejarte de él hasta el punto de conseguir que no te alcanzase… Contaba más su *presencia* que su forma de hablar/hacer/pegar/obligar/amenazar/*forjar*… Contaba más la osmosis diaria del contacto, por mucho que quisieras evitarlo, por mucho que lo rehuyeras… Era una penetración silenciosa, sutil, tremendamente eficaz para tu modificación, siempre que ésta fuese necesaria, siempre que no estuviese ya todo escrito en la sangre… Su violencia es tu violencia, la que escondes… Él no la escondía, no le hacía frente, nadie le había enseñado a hacerlo… Su orgullo es tu orgullo, reprimido y castigado por la vida, que ha resultado ser muy peligroso: lo que más te ha perjudicado, igual que lo perjudicó a Él… Has salido mucho más guapo y apuesto que Padre… La belleza de Madre —¿qué le veía a aquel hombre, ella, tan educada, tan dulce, tan inteligente? ¿Tan perezosa?— mitigó su nariz, enderezó en ti sus piernas, te dio ojos azules y, sin embargo, no consiguió contrarrestar su huella más profunda, la que te grabó encima con el buril… Y todo esto a pesar del odio que has albergado por él. Imagina si lo hubieses querido… Porque tú *no lo has querido*, ¿verdad? ¿O sí? Y si sí, ¿por qué? El valor, que tanta falta te habría hecho, es lo único que no te ha transmitido para que pudieras sentir durante toda tu

vida que no estabas a su altura… Ése ha sido siempre tu sino: no-estar-a-su-altura… Detrás de esa puerta de cristales había otra puerta y luego otra… La había mandado poner para aislarse del resto de la casa y hacer lo único que realmente se le daba bien: dormir, dormir una hora por la tarde, acostarse temprano por la noche… En el sueño encontraba lo que ahora encuentras tú: el olvido, el abandono, el poder acurrucarse en una habitación apartada de todo lo demás y esperar allí el sueño pensando en las cosas de siempre, en cómo construir una balsa para huir de una isla desierta, en cómo estaba concebido el lecho de Ulises, en cómo se hace una desaladora marina de emergencia… Problemas técnicos, los únicos problemas que existen en sí mismos y por sí mismos… Y pensar que en su mesilla de noche siempre hubo, durante años, durante décadas, un único libro, la *Autobiografía* de Gandhi o algo así… Él, que era la viva imagen de la violencia, tenía a Gandhi, el no violento, en la mesilla de noche… La boca me sabe a limadura de hierro, necesito lavarme los dientes.

Por mucho que Ivo compre tubitos de dentífrico y cepillos de dientes, los tubitos se apuran y los cepillos terminan por desgastarse, las cerdas se abren hacia el exterior y el conjunto acaba pareciendo algo extenuado y descompuesto, inútil, perjudicial. Lo mismo ocurre con los jaboncitos. Compra tres y los tres se acaban. Aunque en el momento en que los compra siempre le parece que arrambla con muchos, que se hace con una buena provisión de jabón para el futuro, éstos se agotan al cabo de pocas semanas, lo hacen de manera imperceptible pero inexorable.

Si crees que cuentas con un buen paquete de papel higiénico para varios días, pongamos seis rollos, eres un iluso, porque o bien te mueres al poco tiempo —y entonces no te servirá—, o bien seguirás viviendo y, en ese caso, lo consumirás rápido y luego consumirás también el paquete sucesivo y el que vendrá después: durante años y años te limpiarás el culo, día tras día, consumirás kilómetros y kilómetros de papel… Lo mismo ocurre con los rollos de Scottex que de un tiempo a esta parte, desde un determinado punto imposible de precisar, cambiaron el curso del siglo XX, sustituyendo

a algo, tal vez a los trapos, que, sin embargo, siguen existiendo… En el fondo no se trata más que de celulosa, es decir, de troncos de árbol, y de algunas fibras maceradas… La gente cree que el planeta se está jodiendo por todo este papel, por los Kleenex, por ejemplo, por los paquetes de papel de fotocopiadora y la enorme cantidad de periódicos y revistas, de libros, pero en realidad dicen que el porcentaje de madera necesaria es mínimo, que el resto es estraza y reciclado…

Ivo compra crema de afeitar y poco después se acaba, las maquinillas dejan de cortar enseguida, siempre necesita nuevas, el vello de su cara crece y se lo corta… El champú se agota rápido, aunque al principio el bote nuevo parezca contener una cantidad infinita que se proyecta en los eones futuros. Se termina el café, el té, se terminan el azúcar y la sal. Por su cuerpo han pasado kilos y kilos de azúcar, de sal y de pan, miles de litros de agua, litros y litros de aceite de oliva, y éste, en cuanto lo compras, también parece una buena provisión, pero luego se acaba. La gasolina, primero en la Trotter y luego en la Lambretta, en el Seicento, en el R4 y en los demás coches que ha tenido, se consumía rápidamente, quemada en la atmósfera, donde se convertía en monóxido de carbono y todo eso. Por no hablar de los lápices, los bolígrafos, la cinta adhesiva y las tijeras: todas ellas cosas a las que les encanta desaparecer e ir a esconderse a algún lugar secreto del planeta, mucho antes de haberlas consumido del todo. Ivo mide obsesivamente la consumición de su vida, la irreversibilidad de cada día que pasa, su no reproductibilidad, a través del desgaste de decenas de objetos y materiales como éstos. Ningún instante se repetirá jamás, todo se examina por encima, todo se representa en un lienzo aproximado lleno de lagunas, de trampas, de emboscadas sangrientas. Sangrientas es un decir. Ivo ha visto sangre —la auténtica, la que chorrea hasta el suelo, densa, en forma de goterones negros por la hemoglobina que luego se expanden y forman manchas redondas, bordeadas de alguna salpicadura residual que escapa a la fuerza de cohesión molecular— en raras ocasiones, en la calle hace muchos años, o en las pipetas espumosas que te sacan para los análisis o

esas dos o tres veces que se ha hecho una herida en la cabeza. Toda esa crema roja que salía del cuero cabelludo, que habrías creído un poco menos saturado de sangre, tan sutil que al tocarlo parece una mera vaina de piel, una funda para la nuez del cráneo, capaz sin embargo de sangrar por litros, de cegarte, de conseguir que te entre el pánico: ay, Dios, me he partido la crisma, aquí me quedo, me muero desangrado. Al vivir donde y cuando ha vivido, Ivo sólo ha visto la sangre de los demás en el cine, la vio hace muchos años brotar a chorros de las cabezas rotas de sus compañeros; la ha visto empapar las vendas improvisadas de los puestos de primeros auxilios, esparcida en el asfalto tras un accidente de coche; la vio manar, negra, de los labios de Madre la noche que murió: en fin, que nunca ha tenido experiencias realmente sangrientas, porque no ha vivido durante la guerra y no ha participado en ninguna guerrilla. En cuanto a la guerra, probablemente Brandani exista gracias a ella, o sea, como fruto del gran apareamiento planetario en el que participaron los hombres y las mujeres que se juntaban febrilmente y los que se conocían por primera vez, por la calle, en un salón de baile, en el cine, en una fiesta de amigos, en el mar, en el trabajo, donde fuera. Se conocían y empezaban a vivir de nuevo, jadeaban tendidos en las camas, abrazados desnudos, durante las noches de aquellos primeros veranos de Paz que olían a cascotes, a polvo de escombros, a humo de tubo de escape de motocicleta, pero también a sosiego, a sexo, a sábanas limpias. Después de la sangre, lo que provocó el nacimiento de Ivo, como el de tantos de sus coetáneos que invadieron guarderías y escuelas primarias, en cuyos suelos tenían que sentarse porque no había sitio, fueron el Pan y la Paz. Luego llenaron los campos de juegos de las parroquias, las sedes *scout*, las escuelas medias y los liceos, las universidades y las plazas, los cuarteles, las fábricas, las oficinas. Un mar de jóvenes, hijos, como él, de la guerra, crecidos con lozanía en aquel *boom*, cuando ya había comida para todos, cuando la tuberculosis remitía, cuando había higiene y se ponían vacunas contra el tifus, la difteria, la viruela… Fue en aquellos años, más o menos, cuando la pesadilla de la polio también desapareció de un día para otro. Fue cuando no paraban de salir nuevas marcas de dentífrico y modelos de cepillos

de dientes, una abundancia extraña para sustancias y utensilios muy simples, todos con la misma triple promesa no cumplida: cero caries, dientes blancos, aliento fresco. Ivo rechina los dientes y se los examina en el espejo: son viejos, están amarillentos, torcidos y parcheados, pero aún en su sitio.

Hace años que mis encías se retraen hacia las raíces de los dientes, descubriéndolas, y los que siempre me han parecido pequeños edificios lustrosos y compactos de esmalte se revelan ahora como plataformas sobre palafitos ennegrecidos… Más que dientes, parecen raíces de mangles durante la marea baja… Es la marea baja de las encías: la carne roja a la que parecían firmemente anclados se va, se evapora, no aguanta más, se muere, no sé… Sabes lo que esto significa, ¿verdad, Brandani? Al parecer, una vez que se caen los dientes, los alveolos se cierran al cabo de un tiempo, formando una única cresta a lo largo del contorno de la mandíbula… Sé que dentro de unos años encontrarán la manera de detener esta tendencia de la boca, de los huesos, a destruirse, esta tendencia de los músculos y de los tejidos a ceder, la de los vasos sanguíneos a endurecerse, la de las articulaciones a gastarse por exceso de roce, la de la osamenta a deformarse, la de las franjas de carne que los mantienen unidos a inflamarse, la tendencia de todo a congestionarse, la de los esfínteres a irritarse, la de los circuitos mentales a enmarañarse, la de las córneas a volverse opacas, la de ese algo en el que aparecen esos destellos y esos grumos voladores, algunos tan negros que parecen moscas, la de las retinas a resecarse en el fondo de los ojos, la de la piel a deshidratarse, el cansancio de los brazos, las piernas, las manos, los dedos, el dolor de las muñecas, los codos, los tobillos, la rebelión de los pies cuando no deben dar más que unos pasos, el agotamiento de los intestinos en innumerables divertículos, el debilitamiento de la bomba, la resecación de los pulmones, el cansancio del estómago, del hígado, del páncreas, la flacidez del saco escrotal, la inercia irreversible del pene… A ver, sé que dentro de no mucho tiempo se logrará dar marcha atrás, de modo que las encías crecerán de nuevo en las raíces, así como el hueso de la mandíbula y los propios dientes

podrán regenerarse, las articulaciones volverán a ser lisas y fluidas, la musculatura mustia se revigorizará, reaparecerán pectorales y deltoides, la polla se pondrá como una vara de hierro cada vez que se pose la mirada en un culo de tía, los estómagos renovados digerirán de todo, hasta el Vino Blanco de la Casa, hasta la Pasta *alla Gricia*, hasta los Espaguetis *Cacio e Pepe*, y el agujero del culo ya no sentirá pasar la guindilla… Todo volverá como nuevo, nos convertiremos en una especie repulsiva de no muertos, hecha de carne roja regenerada y revascularizada, que babea voluptuosidad y desea pecar una y otra vez, hasta el fin de los tiempos… Pero yo ya no estaré, no llegaré a tiempo, me sucederá como a esos soldados que mueren el último día de la guerra, como a los que la palman tras el fin de las hostilidades, como a esos niños que cogieron la poliomielitis cuando ya se distribuía la vacuna pero a ellos aún no les había llegado, como a todos esos a los que les tocó morir a las puertas de la nueva era terapéutica de los antibióticos, pillando una pulmonía, una pequeña infección… Me tocará morir, pero si pienso en el tiempo que duraron mis antepasados puedo darme con un canto en los dientes… A los sesenta y nueve años sigo trabajando, viajo por el mundo, estoy vivo y holgazaneo, aunque me duele la espalda, los pies, el hombro derecho, el estómago, aunque sufro crisis de ansiedad y todo eso… La abolición de la infancia, de la juventud, será un alivio para los viejos regenerados del mañana, ya no harán falta más escuelas, no se escuchará llorar a los niños como este de aquí delante, y las que parecerán mujeres jóvenes, lozanas e inexpertas en realidad serán deliciosas folladoras consumadas también regeneradas, con todo tipo de experiencias a sus espaldas… Así, además de la desaparición de la infancia, la humanidad podrá celebrar al fin la erradicación de la enfermedad infantil más grave y dolorosa: la inocencia…

AGUJERO DE BOMBA

Agujero de Bomba está aquí desde siempre, desde que Ivo llegó con su familia, desde el día en que se instalaron en el chalecito amarillo —que pronto en su mente se convertirá en la Casa de la Curva— en la cima de esta colina que se llama Las Prebendas, llena de murallones de piedra y de otras casas, calles estrechas asfaltadas, solares desiertos con algunos desechos, maleza maloliente, árboles negros, por encima de una vieja ciudad desconocida de la Posguerra, de la que sólo se sabe el nombre, mientras que todo lo demás Ivo lo ve siempre desde lejos.

Madre rara vez lo lleva por ahí, enseña en la Escuela Gris y grande, por la mañana nunca está, por la tarde duerme, corrige los deberes, sale sola a hacer recados, a veces vuelve con pastelitos: Madre es golosa y está mullidita.

Antes de ir a la escuela y cuando no iba al Parvulario de las Hermanas, Ivo siempre estaba allí, en la Casa de la Curva, jugando en el jardín, pero luego, con el tiempo, le dieron permiso para merodear con prudencia por los alrededores, donde no había coches, sólo alguna que otra motocicleta —la Norton grande de Padre, los estallidos inconfundibles de su motor, aunque fue *antes* de la Lambretta— y bicicletas arcaicas.

Había habido un *antes*, de eso no cabía duda.

Ivo recordaba algo del *antes*-de-subir-a-la-Casa-de-la-Curva, pero nada que se remontara a *antes* de aquella Bajada de la Cama, cuando volvió a caminar, con paso vacilante, después de la Paratifoidea.

Aquello fue el Inicio.

No recordaba nada del Limbo donde le habían dicho que había vivido antes de nacer, recordaba que el Inicio, para él, fue aquel pie puesto en un suelo irregular de baldosas de barro.

Con respecto a aquel acto inicial de bajar de la cama —¿cuántos años tenía?, ¿dos?, ¿tres?—, no existía un *antes*, sólo un *después*: sabía que había nacido antes de eso, pero su verdadero nacimiento fue la Bajada de la Cama y el comienzo de la convalecencia después de la enfermedad.

De los monumentos mentales que constituían el *después* de aquel acontecimiento, de aquellos tiempos, es decir, de los tiempos que siguieron a la Casa de la Curva, sólo quedaban ruinas: el Brasero, la Cocina de Picón, la Paratifoidea, cómo no, y el día de la recuperación, mientras que de los meses de enfermedad no quedaba ni rastro. En la memoria conservaba también el techo con Vigas de Madera, debajo de las cuales había que poner ollas cuando llovía para recoger el agua que entraba, las Gotas que resonaban rítmicamente en el silencio de aquellas noches de la Posguerra, el resplandor tenue del Brasero.

Monumentos más pequeños, de menor calado, eran el Cuartito del Aseo, donde había aprendido a sentarse agarrándose al borde con las manos, y el Baño, que se hacía en la cocina, en la Tina de zinc.

Pero sobre todo estaba la Lombriz.

No recordaba cuándo había salido la Lombriz, pero la había visto sobre el orinal, colgada del agujero de su culo.

Había ocurrido unos días, unas semanas o unos meses después de la Caída en el Brasero, por tanto después de la Bajada de la Cama.

No se sabe cómo y él no lo recordaba, pero se había caído de espaldas en un brasero encendido, sin conseguir volver a levantarse, porque el susodicho se encontraba entre un armario y un aparador, ambos con paredes lisas, y aunque las brasas estuvieran casi apagadas, consiguieron quemarle el culo.

«El miedo al Brasero ha sacado la Lombriz», decía con su acento meridional Maria Muccetta, la tata de entonces, con la cara arrugada

y los ojos lagrimosos como una tortuga. Maria se la había quitado del culo y en su dialecto había dicho algo como: «Qué asco». Durante los días que siguieron no paró de decir que no había mal que por bien no viniese.

Luego se fueron de aquella casa donde llovía: «Maldito tugurio —decía siempre Padre—. Cuanto antes nos vayamos, mejor».

Subieron hasta allí, hasta la colina, una especie de Sinaí, donde a Ivo enseguida le entregaron las tablas de la Ley de Padre: pocos preceptos, pero claros y no negociables.

Primero: Yo soy el Señor, tuyo y de toda la Familia.

Segundo: NUNCA vuelques un vaso en la mesa.

Tercero: Silencio absoluto cuando duerma por la tarde.

Cuarto: No hagas el menor ruido cuando trabaje en casa.

Quinto: No te fíes, NUNCA, de mí.

Sexto: Yo trabajo, tú no, así que debes estarme siempre agradecido.

Séptimo: Te propinaré Bofetadas-Fuertes-Sin-Motivo.

Octavo: Tú eres el varón, de ti espero dignidad y valor, aparte de todo lo demás.

Noveno: No puedes ni imaginar lo que te sucedería si fueras mal en la escuela.

Décimo: NUNCA recibirás de mí ni un beso ni una caricia.

Una de las primeras noches en la Casa de la Curva, durante la cena, Ivo dijo:

—Aquí detrás hay un agujero, hondo.

—Sí, lo he visto —respondió Padre—. Lo hizo una bomba.

—Está lleno de malas hierbas, de ortigas. Imagina que te caes dentro.

—Tú no te caigas dentro —dijo Padre, dando una típica respuesta de Padre.

La idea de la Bomba, de una bomba caída allí, tan cerca, era bonita y difícil de asimilar.

Las bombas de las que siempre se hablaba, los bombardeos a los que se refería en dialecto la tata joven que llegó después de Maria

Muccetta, Ersilia: «Sentíamos los traquidos a lo lejos, detrás de las colinas… Se veían los relámpagos… Al día siguiente fuimos a pie… Virgen santa… Todo por los suelos, todos muertos».

Luego Ivo le había preguntado a Madre acerca de aquellos bombardeos, de los muertos, y ella ordenó a Ersilia que dejara de asustar a los niños con aquellas historias, aunque al cabo de unos días ésta retomó sus relatos, haciéndome prometer primero que no le diría nada a Madre; si no, dejaría de contarlos. El placer de volver a evocar el horror vivido, el placer de la paz que implicaba el Relato de la Guerra, era más fuerte que ella.

El día mismo en que Ersilia llegó —recomendada por el Corredor —, Madre hizo que se lavara el pelo con petróleo, por lo de los piojos: «No sé si tendrá o no, pero si tiene no quiero que nos los pegue a todos. ¿Has visto qué pelo? ¿Desde cuándo no se lo lava?».

Ersilia lo tenía negro como el carbón, largo, recogido en un moño, graso a más no poder, brillante. En su mirada, Ivo vio su odio hacia Madre, justo después del lavado. Tenía un rostro joven de campesina y llevaba una falda enorme, que olía a leña quemada, como toda su persona. El olor a petróleo por toda la casa, las abarcas en los pies, el acento cateto, fascinante. Ersilia era casi pagana, encerrada en una especie de cápsula cultural que la volvía inexpugnable. Ivo no tardó en empezar a imitar involuntariamente su lengua, su forma de hablar, su dureza irónica.

Ersilia solía hablar de los Marroquíes, sin que Ivo lograse entender nada, sin que llegara a comprender a qué se refería, salvo a que eran una amenaza ineludible, que eran invencibles, despiadados.

Según había entendido Ivo, los Marroquíes «hacían lo que querían».

«Te pillaban y *te hacían lo que querían* —decía Ersilia—, machos o hembras a ellos les daba igual.» Esto de hacer «lo que se quiere» era sórdido en labios de Ersilia, era excitante, aunque no comprendía de qué se trataba.

Ivo sabía que a lo mejor alguien, no él, por supuesto, podía *hacer lo que quería*. Había toda una serie de prohibiciones,

directivas, imposiciones y amenazas que pendían sobre su cabeza. Venían de todas direcciones, pero sobre todo de la presencia más peligrosa, inminente y extraña: de la gran criatura imprevisible de manos peludas que se hacía llamar *Padre*.

Padre era el número uno, la autoridad máxima, el-que-da-la-Bofetada-Fuerte-Sin-Motivo. Aquel al que nadie le puede reprochar nada. El más fuerte de todos. El que da miedo a todos, hasta a Madre. Pero ella es valiente y a veces le planta cara. Y siempre es ella la que consigue arrancarle una sonrisa, aunque Padre ande constantemente Preocupado-por-el-Trabajo.

Padre está en el Trabajo. Está fuera por Trabajo. No vuelve esta noche. Está Cansado-por-el-Trabajo.

Padre es Nervioso, trabaja para mantenernos, pues de lo contrario terminaríamos en la calle (esto lo dice Madre), así que está en su derecho de *hacernos lo que quiera*.

Así que si Padre quiere darnos una Bofetada-Fuerte-Sin-Motivo, puede hacerlo cuando le venga en gana, como los Marroquíes durante la Guerra, como durante los bombardeos y los evacuados y los alemanes.

Todos sobre los hombros de Padre, hay que estar agradecidos a Padre, que, como dice él, «tira del carro como un buey todos los días del Señor».

Es más, él dice exactamente: «Por lo menos hay alguien que tira del carro», dejando claro el reproche, y ese reproche va dirigido sobre todo *a Ivo*, para que éste comprenda de una vez que un «verdadero hombre es autónomo» y no vive a expensas de ningún padre. Ivo intuye el problema, pero tiene cinco años y no sabe muy bien qué hacer para ser «autónomo».

En el presente y en el pasado —que seguían amenazando por todas partes, como Agujero de Bomba—, siempre había alguien que había hecho o hacía algo *por Ivo*.

Como Madre y Padre, que hacen mucho por él: «Sin nosotros, no existirías, estarías en el Limbo». Como Jesús, que incluso había *muerto por Ivo*: «Claro que lo clavaron en la cruz por ti también —

decían las monjas en el Parvulario de las Hermanas—. Jesucristo *murió por todos nosotros*, por nuestros pecados».

Nuestros pecados se dividen en dos categorías: Pecado Venial y Pecado Mortal. Venial: vas al Purgatorio; Mortal: vas al Infierno. Todos podemos morir en cualquier momento, o siempre puede pasar el Ángel y decir «Amén», y entonces te quedas con esa mueca en la cara para toda la vida. Pasa el Ángel y ve que has pecado, te lee por dentro, toca la trompeta, es un chivato, si decide que mueras, te mueres y vas al Infierno: si no te da tiempo a arrepentirte, allí que vas.

Con todo, había al menos dos escuelas sobre esto.

La otra decía que no hacía falta ningún Ángel, porque Dios sabía directamente lo que ocurría, lo que hacías o dejabas de hacer, lo que pensabas, todo. Era imposible eludirlo: «Mi hijo Jesucristo murió *por ti*, Ivo, no lo olvides. Así que, ¿cómo vas a comportarte?».

«Aunque sólo lo digas un momento, o pienses: "¡Señor, perdóname!", ya estás perdonado», decía Hermana Grande. ¡Zas! Ya no vas al Infierno.

Si estabas cayendo dentro, si ya fluctuabas en el negro del más allá, bastaba con pensar: «¡Perdóname!», y Dios te oía y te salvaba, tiraba de ti hacia arriba, hacia el Paraíso.

Mejor entrenarse para decirlo a toda velocidad: «¡Señorperdóname!».

¿Que te pilla un coche? Debe darte tiempo a pensar: «¡Señorperdóname!».

¿Que coges la escarlatina?: «¡Señorperdóname!».

¿El tifus?: «¡Señorperdóname!».

¿Que tienes lombrices?: «¡Señorperdóname!».

También había que aclarar lo del Purgatorio y, sobre todo, lo del Limbo. Por tanto, los lugares eran cuatro: Paraíso, Infierno, Purgatorio y Limbo. El Limbo era para los niños que nacían muertos, pero, sobre todo, para los no bautizados, que no era su caso. Todo dependía del tipo de pecado que llevabas dentro en el momento en que morías: esto es lo que te explicaban las Hermanas, que Madre llamaba Monjas. Morías y te encontrabas enseguida delante de un

trivio de destinos eternos: allí estaba, siempre presente, esperándote.

«Una vez que tomas un camino, no se puede dar media vuelta, querido. Te entran ganas de llorar, de gritar, te entran ganas de arrepentirte, pero ya no hay nada que hacer», decía la monja. Las gafas, la cara roja, escamosa, el mal aliento.

Antes de morir no se te podía olvidar. Es más, mejor decirlo, que nunca se sabe: «¡Señorperdóname!». Era algo *inexorable*. No sabía a quién le había oído aquella palabra, tal vez la hubiera leído en algún sitio, en el cartel de una película o en la cubierta de un libro.

Se lo había preguntado a Madre. «Significa que es algo con lo que no puedes razonar, algo que no puedes detener, que no tiene piedad ni por ti ni por nadie.» Madre era maestra de escuela, sabía latín, sabía explicar las cosas mucho mejor que Padre.

Aquella palabra cobró importancia para Ivo. Ahora al menos disponía de un modo para llamar a lo que parecía hacer frente a su existencia, aquello de lo que no se podía defender y contra lo cual defenderse era peor que sufrir: *inexorable*. Ivo comprendía que muchas de las cosas que existen, y muchísimas personas, son inexorables, no se puede negociar con ellas. Aunque parezcan buenas, aunque se muestren amigables, luego hacen como los Marroquíes, como los Asesinos de Pinocho, como el Pescador Verde, como el Hada Azul, la más inexorable de todos. Sí, claro, está Geppetto, pero al final tú debes echarle una mano, porque él es demasiado viejo y medio tonto.

Las monjas y el Maestro son inexorables.

Y luego está la inexorabilidad de Padre, absoluta, incuestionable, no negociable.

También era inexorable Agujero de Bomba, que siempre había estado allí, amenazante. Ivo caminaba a menudo por el borde de aquella fosa, le gustaba la fuerte repulsión que experimentaba por su fondo oscuro, cubierto de ortigas altísimas, donde se entreveían muros desmoronados, amasijos de escombros, objetos.

Nadie sabía lo que había allí abajo, tal vez una Bomba, o sea, otra. Como en el manifiesto que se ve por todas partes, el estallido,

el niño destrozado. «SI ENCONTRÁIS UN OBJETO PARECIDO, ¡NO LO TOQUÉIS! AVISAD DE INMEDIATO A LA POLICÍA.»

La Policía, también inexorable, como los que persiguen a Pinocho y le azuzan al perro que no sabe nadar, y Pinocho lo lleva a tierra y entonces el perro, como muestra de gratitud, lo salva del Pescador Verde, que es totalmente inexorable.

Dios, inexorable entre los inexorables, se encuentra en la cima de toda posible escala jerárquica.

La monja habla del Pecado Original, lo que se te planta sobre los hombros en cuanto naces, como una inocentada que sólo te quita el cura con el Bautismo. Pero si mueres antes del Bautismo, vuelves derechito al Limbo, que es una niebla gris, y ahí te quedas para siempre.

Todo lo relacionado con la materia compleja del Pecado, de Dios, de Cristo-muerto-por-nosotros, es Para Siempre.

Para Siempre es algo inexorable, que no se puede imaginar, como el Infinito.

¿Quién se imagina el Infinito?

Agujero de Bomba está muy cerca de casa, dentro del recinto explorable más allá de la valla del jardín. Dentro del jardín triunfan el polvo, las baldosas de granito claro y los árboles negros con el tronco lleno de hormigas pequeñas, muy rápidas, que se apelotonan en el cráneo de los pájaros que caen del nido, que enseguida quedan descarnados hasta el hueso.

El territorio más allá de la valla está hecho de instituciones sueltas, algunas extrañas, otras tremendas y peligrosas. Otras, como Rex, inexorables e insostenibles.

El Puente de Loretta, que une la calle con la puerta de casa, el portalito donde ella vive, es extraño.

Loretta, amiga de Hermana Grande, muy oscura, lo trata con suficiencia benévola, como a un niño, como al hermano menor de Hermana Grande, como a alguien que no cuenta para nada, que no entiende, que algunas veces es mejor que no esté, es mejor que se vaya a jugar a otra parte, que ella tiene que hablar en paz de sus cosas con Hermana Grande.

El Puente sobrevuela una especie de trinchera, a la que se asoman las ventanas de Loretta, y muere en un muro húmedo, verde de musgo. Loretta es rara como el puente que lleva a su casa, opaca, ambigua. Se ve que la familia de Loretta no tiene mucho dinero por el sitio donde vive.

Se nota enseguida si los amigos, las personas que conoces, los compañeros de la escuela y, antes de la escuela, los del Parvulario de las Hermanas, son pobres o no por cómo van vestidos, por cómo hablan, por el color de la piel, por lo que dicen, por lo que se llevan a clase para desayunar, pues si es pan con tomate no deben de estar pasándolo muy bien.

Esto es importante: es importante cómo hablas, si sabes decir las cosas en la lengua normal o en dialecto. Si tienes el babi limpio, el lazo en su sitio, el cuello almidonado y rígido o no. Es importante si tienes o no los calcetines bastos de lana o bien los cortos de algodón, los zapatos rotos.

En la escuela, Ivo comprendió enseguida que hay cosas que importan, que es importante no hablar en dialecto, no tener la cara ya mustia de algunos de sus compañeros, esas arrugas sutiles bajo los ojos, ese olor a sucio y a humo de leña, las botitas altas con las suelas llenas de clavos de hierro, las piernas lívidas de frío, la voz ronca, el cigarrillo en el bolsillo, el aire burlón, inexorable.

Loretta muestra las señales del pobre, pero no esas mismas señales, que son señales de niño. Ella es pobre en la humildad de sus rebecas y sus vestiduchos, en las rodillas huesudas a flor de piel, con una pátina de suciedad.

Por el contrario, los Gandolfi emiten señales completamente opuestas.

A Ivo nadie le ha dicho jamás cuáles son las señales que revelan estas cosas de las personas, de las familias, pero las reconoce.

Los Gandolfi llevan rebequitas azules, las niñas Gandolfi tienen la piel clara, las rodillas limpias, la falda de tablas, los calcetines altos de lana beis, el pelo liso, rubio. Una de ellas pronuncia la erre a la francesa, como su hermano mayor, Ernesto. La más pequeña te deja

que le toques la fontanela del cráneo, un agujero bajo la piel que da grima.

—¿Te duele?

—No. ¿La has notado?

—Sí. Brrr…

«Esa niña está tísica», decía Madre.

No obstante, incluso sin señales físicas, sin ropa de no-pobre, sería suficiente con Villa Gardenia para colocar a los Gandolfi en el vértice de la escala social de todo el territorio explorable, tan lleno de muros abandonados, de cancelas encostradas de óxido y de jardines sin nombre donde crecen plantas que apestan, higueras silvestres. Villa Gardenia no está lejos, de día la cancela siempre está abierta de par en par, se encuentra en un muro alto, de piedra dura y blanca, interrumpida por dos filas de agujeros rectangulares donde crecen algunas plantitas. De allí salen las Gandolfi. Y sale Ernesto, que es grande, alto, superior, inexorable y va a la secundaria. Ernesto está demasiado adelantado, demasiado adentrado en la vida, demasiado lejos de la minúscula posición de Ivo como para poder dirigirle siquiera la palabra. No te ve ni por asomo. Pero Ivo no puede decir lo mismo de Rex.

Rex siempre lo ve, incluso de lejos. Es más alto que Ivo, blanco con manchas negras, le han cortado las orejas y se las han pegado, parece un payaso cretino. Un alano joven y estúpido de ojos enrojecidos.

—¿Para qué sirve ese perro? ¿Es un perro guardián? ¿Por qué no lo amarran con una cadena? ¿Por qué lo dejan salir? ¿Por qué nadie hace nada?

Lo había dicho una noche en la mesa, con los ojos empañados en lágrimas:

—Rex me persigue corriendo, no sé qué quiere, a lo mejor morderme.

—¿Quién es Rex? —le había preguntado Padre.

—El perro de los Gandolfi.

—¿Los perros te dan *miedo*?

—Es un alano —había dicho Madre—. Es más alto que él. Deberían tenerlo amarrado con una cadena, aunque la señora Gandolfi me ha dicho que es buenísimo… ¿No puedes evitar pasar por delante de esa cancela?

—¿Y cómo lo hago? Por allí está el descampado. Jugamos allí… ¿No pueden meterlo en casa?

Padre aprovecha la ocasión para darme una de sus lecciones. Dice que hay que hacer frente a los perros sin mostrar miedo, exactamente como un hombre.

—Si tú tienes miedo, también lo tiene él, recuérdalo. Si lo tienes, no se lo demuestres. Quédate quieto, mírale a los ojos…

—Pero es que es demasiado grande… —objeta Madre.

«Nooo… no digas nada, no te entrometas —querría decirle Ivo a Madre—, que se enfada…»

Padre se vuelve de golpe hacia ella:

—¡No me interrumpas!

Ya está, se ha enfadado. Ya empieza. Está pálido y la nariz se le pone roja por culpa de una especie de forúnculo que le sale a menudo, justo en la punta. Echa aire por los agujeros de la nariz, suspira, resopla.

Y ataca con la murga de siempre:

—¡Uno se pasa todo el día trabajando para traer el pan a esta casa y cuando quiere enseñarle algo a su hijo no puede hacerlo sin que lo interrumpan!

Madre lo ha entendido, pero no cede:

—Sólo quería decir que para mirar a los ojos a esa bestia lo debes hacer de abajo arriba, porque el perro es más alto que él… Sólo eso, Fede.

—¡Está bien, por Dios, lo mirará de abajo arriba! Si echa a correr es mucho peor, ¿lo entiendes o no?

Ivo calla, la riña es ahora entre Madre y Padre, como de costumbre.

—Iré a hablar amablemente con la Gandolfi… —dice Madre.

—¡De eso nada!

—¿Por qué?

—Porque ese perro no le hace mal a nadie, es casi un cachorro…

—Él también es un cachorro, y más pequeño que esa bestia —replica Madre, protectora—. Yo voy… Y si le pasa algo al niño, ¿qué? Que tengan al perro amarrado con cadena…

Y así durante toda la noche, con Hermana Grande en segundo plano, callada y con la mirada gacha. Padre nunca la toma con ella. Jamás le ha puesto un dedo encima.

La perorata continúa y abarca el repertorio de Padre al completo, que tampoco es que sea muy amplio: el meollo de todos los discursos es que él trabaja y mantiene a la familia, por tanto tiene derecho a decir y a hacer lo que quiera. No dice «lo que quiera», pero se nota que lo piensa. Madre no puede aceptar (del todo) esta opinión y le planta cara.

Él, de vez en cuando, se pone hecho una fiera y es capaz de abofetearla. Ya lo ha hecho. Ivo lo sabe, lo ha visto, lo ha oído: ella lloraba, se había metido corriendo en el dormitorio, él la había seguido gritando: «¿Adónde vas? Pero ¿adónde vas?». Padre también había entrado, había dado un portazo, luego se oía a Madre gritar: «No me toques, ¿me entiendes? ¡No te atrevas, so bruto!». Acto seguido, el ruido de dos bofetadas, muy fuertes. A continuación Madre lloraba, gritaba y lo maldecía. Ersilia los había cogido a él y a Hermana Grande y los había encerrado en la otra habitación. Hermana Grande también lloraba.

Inexorable, inexorable.

Hace tiempo que Ivo se ha partido en dos, justo por la mitad, a lo largo de una línea vertical que pasa por el lado de la nariz, el centro del pecho, que le corta el pene por la mitad, a lo largo del eje longitudinal, y separa al Ivo que *escucha* a Padre del que está *pegado* a Madre.

El primero enseguida se ha convertido en el Enemigo Interior que probablemente lo acompañará durante su vida, royéndole todo lo que se puede roer por dentro y activándose automáticamente en cualquier momento de autoevaluación o de evaluación externa: «No eres capaz, no vales nada, eres un gallina…».

La mitad que compete a Madre no se enfrenta con eficacia al Enemigo Interior, nunca conseguirá ayudarlo a construirse un Amigo Interior fuerte como el otro pero de signo contrario, capaz de neutralizarlo cada vez que comienza su labor de erosión endógena. Madre es una modalidad consoladora y acogedora, donde se recupera cada vez que Padre le lanza sus golpes a través de su Enemigo Interior.

Con todo, el domingo pasado los había visto trajinar todo el día para construir una nueva Pantalla para la Lámpara de Pie de las Tripolinas Chirriantes, los dos extraños sillones plegables que Padre, en un Tiempo de Guerra ya pasado, se trajo de África del Norte. Hasta habían hecho cola casera con harina y luego habían cortado con sumo cuidado el trozo de pergamino. Al enrollarlo había salido un tronco de cono —Ivo no tenía ni idea de cómo se llamaba, pero se trataba de un tronco de cono—, luego lo habían perforado con un punzón y lo habían pegado al armazón con un cordel fino, de pasamanería.

«Nos ha quedado una joya», había dicho Madre, aunque Ivo había pensado que era un poco triste, es decir, una cosa de pobres, construirse una pantalla de papel. No de tela. Sin embargo, por la noche, la sala de estar parecía otra cosa con aquella luz tenue, dirigida hacia arriba y hacia abajo. Hasta las odiosas Tripolinas Chirriantes completamente carcomidas, con aquel aire de piel de vaca recién desollada colgada por las patas para que se secara en el armazón, que ya se había roto, aunque Padre lo había arreglado en algún momento indeterminado del pasado realizando una magistral labor de alambre sutil. No habría manera de librarse de las Tripolinas durante muchos muchos años. Aquellas vacas, o terneros, daba igual, formaban parte de la familia: nunca se habían visto sillones más incómodos y estúpidos, ninguno de sus amigos, presentes, pasados y futuros, las tendría jamás.

«Sólo nosotros debemos tener esta mierda que chirría y apesta a cuero y que se come la carcoma porque Padre nos obliga… Ninguno de mis amigos tiene un padre como Padre… Ellos tienen un padre normal…»

Las abuelas de los amigos de Ivo también son normales, no como la Madre de Padre, que te hace pasar un día entero en el Parvulario de las Hermanas como castigo.

A mediodía, Ersilia había subido al parvulario con una tartera. Al principio Ivo no lo había entendido, pero ella le dijo con su particular acento meridional:

—Aquí tienes el plato con la pasta. Abuela Vittoria dice que hoy como castigo comes aquí y te quedas hasta por la tarde… Dentro llevas también una manzana…

El cuenco venía fuertemente atado al plato que hacía de tapadera con un paño de casa.

—¿Me obligan a comer aquí? ¿Tengo que quedarme en el parvulario? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Esta mañana le has cerrado la puerta a Abuela Vittoria en las narices —dice Ersilia.

A Ivo le cuesta recordar. Tal vez esa mañana haya estado un poco brusco con ella, la triste Abuela Vittoria, con su pelo negro recogido en un moño, con su bigote. De ella jamás ha recibido tampoco una sonrisa, una caricia, siempre se muestra distante, siempre educadora: «Ni que Fuera Hijo Suyo…».

Madre: no hay nadie que me proteja hasta que ella vuelva de la Ciudad de Dios.

—Debo operarme del apéndice —había dicho; estaría fuera dos semanas; Padre también se iría con ella durante unos días.

«Dios, qué bien… ¡Hermana Grande y yo solos, con Ersilia!»

—Abuela Vittoria vendrá a quedarse aquí todo el tiempo.

«Ya estamos, inexorables como siempre… Abuela Vittoria, ¿y ésa quién es?»

No transcurrió mucho tiempo, digamos medio día, hasta que comprendió qué tipo de persona era la Madre de Padre, hasta que comprendió que Padre no era un caso aislado: en el mundo había otras criaturas de su mismo formato, con su misma propensión inexorable al castigo.

Por tanto, aquel día el Parvulario de las Hermanas se saldó con la inexorabilidad de Abuela Vittoria, desencadenando la tarde más fea de la vida de Ivo: después de deshacer el nudo del trapo de cuadros, le tocó comer pasta fría con tomate, luego Ersilia le peló la manzana y se marchó, dejándolo allí tras decirle que pasaría a recogerlo a las cinco.

A esa hora ya sería de noche, una noche de noviembre de la Posguerra, fría y sin Madre, sin ninguna protección, salvo aquélla, distraída, de Hermana Grande.

Después de almorzar los obligaron, a los ocho o diez niños que se habían quedado, a volver a la clase de primero y sentarse en aquellos pupitres verdegrisáceos y relucientes de barniz que se te pegaban a los muslos. Entonces la Madre Superiora dijo que debían echarse, poner la cabeza en el pupitre y «dormir durante una hora: obligatorio».

Cuando cerraron las persianas de los ventanales que daban al jardín, el aula de primero se quedó casi a oscuras, y aquélla fue la hora más larga de toda su existencia hasta entonces, porque el sueño no llegó ni por asomo y estuvo todo el tiempo, el tiempo infinito que aquella hora tardó en pasar, girando y volviendo a girar sin fin la cabeza en los brazos y en las manos, ahora de un lado, ahora del otro, con la mente invadida por pensamientos llenos de amenaza, de cosas inimaginables.

«¿Volverá Madre? ¿Podría… morir? ¿Puede ser que no me hayan dicho la verdad? ¿Qué hace aquí Abuela Vittoria? ¿Se quedará… para siempre? ¿Nos quedaremos para siempre solos con Padre? ¿Me entrará a mí también la enfermedad de la apendicitis? ¿La escarlatina? ¿La difteria? ¿Me entrará el tétanos? Estás vacunado… No te entra ni la viruela… Decían que podía entrarte igual… No: sólo el dolor-de-garganta, cuando guardas reposo en la cama y Madre da instrucciones de cuidados y asistencia… Madre… ¿Y si no vuelve?»

Casi se había echado a llorar con la cabeza entre los brazos sobre el pupitre del parvulario cuando la hora de sueño terminó y se vieron obligados a sacar el cuaderno y a hacer los deberes, los palotes, fáciles pero inexorables como los trabajos forzados…

Luego, por la tarde —después de que Abuela Vittoria, la madre de Padre, igual a Padre, le hubiera dicho: «Así aprendes a no cerrarme la puerta en las narices. Así la próxima vez te lo piensas dos veces. Yo no soy tu madre, que te lo consiente todo»—, ni siquiera comió para correr a tirarse en la cama de Madre y hundir la cara en la almohada, donde permanecía su olor. O lo que Ivo creía que era el olor natural de Madre, que, en cambio, era el perfume que usaba.

Sin embargo, la catástrofe no ocurrió y, unos días más tarde, Abuela Vittoria se marchó. Fue poco después del regreso de Madre: pálida, delgada, con una leve sonrisa cuando lo abrazó y lo besó, su perfume del todo inalterado, el pelo rubio, largo, ondulado, que nunca más volvió a llevar así.

Además, la vida no volvería a ser como en la Posguerra.

Nunca más como el primer Día de Escuela, aquella mañana de octubre del año siguiente, cuando Ersilia lo bajó por la cuesta hasta la Escuela Gris, cuadrada, con grandes ventanales, con los marcos blancos y las cortinas azules oscuras que se veían desde fuera.

Allí, delante de la entrada, volvió a sentirse solo como el Día que Comió en el Parvulario de las Hermanas, pero peor. Madre no estaba. Ella también estaba en su escuela, pero para enseñar. Nadie, excepto Ersilia, para protegerlo de la hostilidad de aquel lugar, de aquellos niños, de la boca negra de aquel edificio inexorable. Madre le había puesto los pantaloncitos cortos. Picaban, apretaban sobre la pantorrilla, como los calcetines bastos. Encima el babi azul con el lazo blanco. El cuello almidonado, rígido, que le apretaba la garganta. La tartera de lo que parecía cartón prensado, con mango y agujeros de ventilación, dos cuadernos en la cartera, uno de rayas y otro de cuadritos. El estuche de madera con apertura corredera y dentro la pluma para mojar, el lápiz, el sacapuntas, cinco lápices de colores y la goma bicolor.

En la tartera, Ersilia le había metido un bocadillo envuelto en papel para pan: allí delante, en aquella primera mañana glacial de la Posguerra, solo con Ersilia, Ivo sentía que las tripas se le retorcían como si se le hubiera descompuesto la barriga.

Una vez dentro tuvo que subir la escalinata con los demás, entrar en el aula, descubrir que no había sitio para que todos se sentasen, que tendría que acuclillarse en el suelo del pasillo entre los pupitres. Le pareció absurdo. ¿Todos los días así? El maestro en una tarima, delante de la pizarra.

Los compañeros de clase con esos zapatos con clavos, el pelo sucio, la cara rara, riéndose y tirándose bolitas de papel. Se conocían entre ellos, pero Ivo no conocía a ninguno y ninguno lo conocía a él. Al cabo de un rato, el suelo empezó a helarle las nalgas y entonces se sentó sobre las piernas dobladas. Luego se acuclilló. Después de la primera hora se puso de pie y se apoyó en la pared del fondo contra el zócalo pintado de verde. Luego otra vez al suelo.

—¿Quién de vosotros sabe dibujar? —preguntó el maestro a tercera hora.

—Yo —respondió Ivo.

Lo dijo porque ya no podía más, quería moverse, demostrar que no era un don nadie, que sabía hacer algo que sus compañeros ni se imaginaban. Le habría gustado decir que había ido al parvulario de las hermanas y que, por tanto, muchas de las cosas que el maestro decía que deberían aprender durante ese año él ya las sabía.

—Entonces ven a hacer un dibujo en la pizarra.

De nuevo desnudo, de nuevo aquella sensación intestinal, un dolor de perístole en las entrañas.

Se había levantado y había llegado a la tarima caminando entre sus compañeros sentados en el suelo.

Sin querer le había pisado la mano, pero ligeramente, a uno de ellos, uno con el pelo liso que parecía una «rata recién salida de un caño», como decía Ersilia de los que tenían el pelo liso, uno que parecía mayor que él, con la cara como una castaña seca y el mismo color amarillo.

Aquél dio un grito sofocado y le ululó en dialecto:

—¡Ay! ¡Que por poco me matas!

—Perdona —le respondió Ivo, confuso.

—Nos vemos fuera, en los chinos —dijo el otro con una voz ya de adulto—. Te voy a partir la jeta.

Continuó trastabillando, subió a la tarima, cogió la tiza y empezó su dibujo: era el momento de hacer una demostración delante de todos.

Le gustaba dibujar, era la única habilidad por la que Padre parecía demostrar algún aprecio, aunque nunca le dijera «muy bien». Lo máximo que decía era: «¡Mira esto!». Lo más de lo más era cuando llamaba a Madre y le decía: «Rita, mira lo que ha hecho tu hijo». Ivo había practicado mucho dibujando motos y helicópteros, era una manera de complacer a Padre, tenía una libreta llena. Últimamente Padre había dicho «¡Mira esto!» precisamente a propósito de un helicóptero, así que Ivo decidió dibujar uno. Se empleó a fondo, quería impresionarlos a todos.

Cuando se echó a un lado para mostrar su obra terminada, en la clase se elevó un murmullo aburrido, luego desde el fondo resonó como un latigazo una pregunta crucial:

—¿Y eso qué es, una babosa?

A Ivo le sentó tan mal que a punto estuvo de echarse a llorar. Entonces le dijo al maestro, como para ratificar su posición de preeminencia no reconocida:

—Es un helicóptero. *Yo* he ido a parvulitos.

—¡Coño! —dijo Castaña Seca, ganándose una torta del maestro, pero haciendo reír a todos con aquella palabra que Ivo ni siquiera sabía qué significaba.

Desde aquel día y durante casi todo el año escolar, todos llamaron a Ivo «Parvulitos», o, como alternativa, «Parvulín», «Babosa», «Licótero», hasta que se vio obligado a un enfrentamiento con Castaña Seca y consiguió granjearse un poco de respeto, aunque muy poco.

El día en que Castaña Seca traspasó el límite y le dijo: «El Coño de mamaíta» comprendió que debía responder y, por primera vez, experimentó lo que en adelante siempre identificaría como «un miedo irracional». Las piernas le temblaban, tenía la boca seca y la voz se le estranguló en la garganta mientras le decía: «Basta… Para ya…» y enseguida se arrepentía. Pero ya estaba hecho, porque

Castaña salió en tromba, agresivo, con la formulación estándar de quien quiere pelea: «Y si no, ¿qué?».

Llegados a aquel punto no valía más que una respuesta, una sola, que le permitiese mantener un vestigio de dignidad en la inexorabilidad de aquella situación y del mundo entero. La respuesta era: «Si no, te voy a partir la jeta».

Los consejos de Padre para el problema de Rex se pusieron en práctica con Castaña. Basta de cobrar, basta de fingir que no pasa nada, basta de sufrir y de carcomerse: «Si no, te voy a partir la jeta».

«Lo has dicho… Muy bien, así ahora te la parte él.»

De hecho la respuesta que llegó de inmediato fue:

—¡Te la voy a partir yo, te la voy a partir!

Los pensamientos de renuncia que le invadieron el cerebro y que lo distrajeron por un instante de lo que inexorablemente le estaba ocurriendo, a saber, que se iba a pegar con Castaña, pasaron a toda velocidad.

«Si esperaras a mañana… hasta hoy nos creíamos amigos… a lo mejor se le pasaba…»

Pero Rex y Castaña, en el fondo, eran lo mismo: la hostilidad, el atropello sin motivo.

«Si no hago algo, no pararán… Aunque reaccione, no es seguro que paren… Si no lo intentas, no lo sabrás… Si dejo que me insulten sin decir nada, él seguirá haciéndolo con más descaro… Se cree que puede hacer conmigo lo que quiera… No estudia nada, no sabe ni hacer los palotes, va mal, se aburre… Soy su marioneta, me utiliza para divertirse…»

A pesar de la fortísima tensión, Ivo entendía que con Castaña Seca la cosa iría a peor, que tal vez le diera una paliza, pero que la pelea era inevitable. Su condescendencia con Castaña había inducido ya a otros aspirantes a vejadores, inexorables también, a dar un paso adelante: había que pelearse. De repente, allí en medio, en la explanada en pendiente delante de la escuela, bajo las encinas, experimentó auténtico terror y aquella sensación inmediata y

dolorosa que conocía tan bien, como de algo que se moviese arriba y abajo por los recovecos y tubos de su barriga…

Y, por primera vez, se sintió desdoblado: una parte de él estaba a punto de pegarse con un compañero de escuela, gordo, amenazador, hostil, mientras que otro Ivo observaba y comentaba la escena para sus adentros sin que la atención o el miedo del primero se debilitara en ningún momento y sin que se distrajera de lo que debía hacer, esto es, defenderse de la mejor manera posible, minimizar los daños.

Aquél no sería más que el primero de una serie de altercados, cada vez más complejos y crueles aunque menos violentos físicamente, a los que debería hacer frente cuando trasladaban a su familia a otro sitio, donde encontraba territorios que ya protegían otros individuos de su edad que le exigían peajes y sometimientos. Todo esto formaba parte de la inexorabilidad de las cosas, de los animales y de las personas que lo rodeaban, que lo agobiaban desde todos los frentes: desde arriba (Padre, Rex, Abuela Vittoria, el Parvulario de las Hermanas y el Maestro) y a su alrededor (Castaña Seca —«¡Coño! ¡Que casi me matas! ¡Te voy a partir la jeta!» y sus acólitos—).

La pelea duró sólo unos segundos y, visto desde fuera, fue algo feroz y sin pies ni cabeza.

El otro literalmente le partió la jeta, rompiéndole el labio enseguida, pero él, antes de que la sangre le manchase el lazo blanco y el babi, consiguió chapucear una defensa y luego un ataque, es decir, que le dio una patada en las espinillas con todas sus fuerzas, que fue encajada con un gruñido y que los demás presenciaron: Castaña era temido por todos, endilgarle una buena patada era un acto remarcable. Castaña Seca le hizo pagar doblemente aquella patada con un puñetazo en la oreja prácticamente insoportable, pero Ivo consiguió golpearlo una vez más, y bien fuerte, en la cara.

Luego todo terminó: Castaña tenía los ojos rojos, el golpetazo en la cara le dolía. Ivo aguantaba las lágrimas sin conseguirlo. La sangre del labio le daba pánico, la oreja le dolía a rabiar, pero no

daba su brazo a torcer. Aunque ninguno de los que se habían quedado a mirar se hubiera pasado a su bando (algo imposible), al menos dejarían de considerarlo inferior a una de las mierdas de vaca que estucaban perennemente las inexorables botas con clavos de los niños campesinos. Castaña mascullaba futuras masacres, pero Ivo había hecho lo que debía, aunque en realidad no habría sido necesario: aquel mismo verano su familia regresaría a la Ciudad de Dios y allí se quedaría.

Ivo camina alrededor de Agujero de Bomba, como suele hacer, con una bonita vara recta y lisa, de las que rara vez se encuentran, pero de madera fresca: una buena vara no es verde, no es jugosa.

Agujero de Bomba ya no se encuentra entre las cosas inexorables. Más bien le resulta indiferente, cuando no incluso cordial.

Triste, circular, con la suficiente profundidad como para tragárselo entero, se limita a contener grandes matas de ortiga y otras malas hierbas, además de malvas, desechos y escombros.

Ese agujero lo ha hecho la Guerra Mundial, un bombardeo, una bomba inexorable que cayó de un avión inexorable, un estallido que Ivo no puede ni imaginar, tremendo, muy potente, capaz de excavar de ese modo, en un instante, un cráter tan profundo.

«Imagínatela sobre una casa —le dice Elio—. ¡Bum!»

Han quedado ahí, en el descampado del agujero, con su valla perimetral oxidada, completamente rota, a través de la cual es fácil pasar. Aquí puedes imaginar que estás en la jungla, en la selva negra, que tienes arco y flechas para defenderte, para cazar animales que asar al fuego, o eres un *cowboy*, y entonces todo cambia, aunque el descampado sigue valiéndote igual.

Elio también tiene una vara, y lo mejor es que no lleva el babi de cuadritos blancos y azules con el que Madre ha decidido que él salga a jugar: «Sin-alejarte, sin-cruzar-la-carretera, sin-hacerte-daño y vuelve-pronto-si-no-quieres-cargártela…».

A Elio, al parecer, no se aplica nada de esto. Él no lleva en el bolsillo el bocadillo de *mozzarella* de Ivo, sino una flauta con crema

de chocolate que Madre dice que hace daño, que es «sucedáneo» (¿qué significa?). Elio siempre está por ahí, vuelve a casa cuando le parece —¿dónde vive?—, tiene las rodillas negras de mugre, los muslos violetas por el frío, pero no le importa nada, no le hace caso a nadie, nadie le manda, va a su bola, habla poco, no llega a ser un amigo, pero tampoco diría que está entre las cosas inexorables: se puede jugar con él (¿a qué escuela va?).

Elio es de por aquí, nació aquí y su habla es la local. Él también tiene el pelo muy negro, liso, peinado hacia atrás, grasiento y duro por la suciedad, y por ese motivo nunca se despeina, salvo un mechón sutil que le cae por la frente. Lleva las típicas botas con clavos que aquí tienen todos los niños y que Ivo también querría si se las comprasen, pero Madre dice que son duras, que hacen daño a los pies, que sirven para ir al campo, que él no es ningún campesino, que ya ha tenido que mandarle hacer un par de abarcas para estar en casa como le ha mandado el médico para los pies planos: el mismo médico inexorable que también le ha mandado el tarro de aceite-de-hígado-de-bacalao, amarillo, que sobresale en la hornacina del aparador de la cocina, apoyado en un plato, con su buena cuchara posada al lado: una dosis todos los días, algo para vomitar. «Te viene bien y no se hable más», dice Madre, como si por una vez fuese Padre.

Naturalmente, Elio cuenta con una vara-lanza excepcional, larga y flexible, de madera auténtica no-de-higuera, a uno de cuyos extremos le ha sacado punta con una navaja (tener una navaja es el objetivo principal de la Posguerra, que Ivo aún no ha logrado):

«Estate, que te reviento —dice, y se ríe—. Y ni te coscas, ¿estamos?»

La lanza de Elio, un arma auténtica y maravillosa, no como su vara de higuera fresca, muy derecha, eso sí, pero bastante mala para todo lo demás: algo que se nota que es de niño pequeño, de bobalicón, como se sabe Ivo. *Un machote*, le dicen los adultos, o bien *un zagalillo*, un chavea.

Ser un chavea con una vara inadecuada, en una tarde de finales de invierno, fría, aunque tampoco tanto, en un descampado de

Posguerra, al otro lado de la valla metálica, mientras Elio mira el fondo de Agujero de Bomba: un crío, un chavea insignificante en un mundo que tiende a lo inexorable y que no ha perdido el tiempo en revelarle de qué pasta está hecho, que de repente le ha dicho lo culpable que debe sentirse, lo atento que debe estar a las cosas, a las personas. Pero, sobre todo, que debe estar atento a arrepentirse de inmediato antes de morir, porque allí, más allá de la vida y de aquel descampado, de Madre y de Padre, hay cosas mucho, pero que mucho más inexorables que ésa.

—Tú la espada y yo la lanza, estate que te reviento.

—No vale —responde Ivo—. Tu lanza es más larga… Cuidado con la punta, que me haces daño.

—Yo tengo cuidado —dice Elio—. Que no soy tonto.

—No, no, que me haces daño. Luego mi madre se enfada y me pega.

—Voy a buscar un palo y jugamos a las espadas.

—¿Me prestas la lanza?

—No. Es mía.

Elio se aleja más allá de la red. No le apetece seguirlo, se queda allí mirando el fondo de Agujero de Bomba.

—Un día u otro vamos a tener que bajar ahí —le ha dicho Elio—, pero nos hace falta una soga. ¿Tú tienes una soga? A lo mejor sirven las de tender la ropa, Ivo…—le propone en dialecto.

Elio, cínico, abstraído, sabe las cosas, sabe cómo se hacen, lo que se necesita.

«Mejor ser amigos, que éste tiene una lanza. Me revienta… Bajar ahí abajo: sabe Dios lo que habrá.» Ivo en el borde del abismo se apoya en la vara de higuera, intenta doblarla a ver si sirve para hacer un arco. La apoya en suelo blando por la lluvia de Posguerra, tierra oscura como el fango; la vara penetra en el margen del agujero, Ivo hace fuerza hasta que se despega un terrón entero que se precipita al vacío, e Ivo, desprovisto de punto de apoyo, cae detrás…

«¡Me caigo, me muero, Señorperdóname!»

A saber lo que hay ahí abajo en medio de esas ortigas con hojas grandes como una mano, y lo que me picarán antes de morir… Me abriré la cabeza… Como con el ciclista, con el guardabarros de la bici, bajaba por la cuesta, yo cruzaba la calle, me pilló de lleno… Se cayó… Yo también, como ahora, pero sin arrepentirme… Por suerte no me morí, si no, al Infierno, al In-fier-no, ¿entiendes?… Luego la sangre de la cabeza, la herida en la ceja, las gotas que chorreaban como del canalón agujereado detrás de casa, caían en las grietas del asfalto y salpicaban alrededor de más sangre, en los zapatos, en los calcetines blancos, en mis piernas, que olían a polvo… Es densa… Parecía la pintura que Padre había utilizado para la cancela de casa, densa… Sólo un escozor en la ceja, pero toda aquella sangre, ¡mecachis!… Sangre sin arrepentimiento, no como ahora que al menos estoy tranquilo… No voy al Infierno, y al Limbo tampoco, quizás un poco de Purgatorio… Una mentira te cuesta mil años de Purgatorio, decía la Monja del Parvulario, cuando iba al Parvulario y almorzaba allí, el día del Castigo de Abuela Vittoria, inexorable… Hacerse daño, siempre… Siempre dolor, siempre demostrar valor… «¿Tienes miedo, mico? ¿Te lo vas a hacer encima, zagalillo?…» No… Claro que sí, más que miedo… Terror, cagaleras, el estómago cerrado, la boca seca, los sollozos que presionan detrás del esternón… ¿Por qué lloras? ¿Qué te ha pasado para que llores? ¿Eres una niña? Sólo lloran las niñas, los niños no, nunca… Padre nunca ha llorado… La fuerza descomunal de Padre no se discute, pero no protege, nunca… Es más, es peligrosa… Soy su hijo, pero es peligrosa… Se desata sin previo aviso, sin reglas, sin motivo… ¿Irá Padre al Infierno? No debes, no puedes querer eso… Quemarse en el Infierno, Padre que se quema, desnudo, entre las llamas… ¡No! Nunca has visto a Padre desnudo. A lo mejor no puede estar desnudo… Nadie puede despojar a Padre de su ropa, es imposible… No debes, no puedes, no es justo desearle eso, es pecado, arrepiéntete ahora mismo… Hazlo antes de llegar ahí abajo… Me partiré en mil pedazos, me destrozaré, me descoyuntaré, me romperé todos los huesos… Pero ya no tengo miedo… También me abro la cabeza… Otra vez sangre y además sangre de la cabeza… Como con el guardabarros cortante de aquella bicicleta —«Podría ir

un poco más despacio —le había dicho Madre—. ¿No ha visto que había niños?»—, como la pedrada de Elio, que no quería hacerme daño, tonto yo con aquella vara… Quería hacer algo vigoroso, como en el béisbol… Tú lanzas la piedra y yo la golpeo con el palo y te la devuelvo, venga… Claro, lo que pasa es que no conseguiste acertar, la piedra te dio en plena frente, justo en medio, todavía tienes la marca… Había salido menos sangre, mucha menos, pero aquella vez le había dolido mucho más… Mucho más dolor que en la ceja… Ahí sigue teniendo también la marca… Elio se quedó hecho polvo, decía que no era culpa suya y casi se echa a llorar… Hacerse daño, morir, tener valor y no llorar, arrepentirse de los pecados, hacer las cosas con cuidado, una a una… Sobre todo no hay que mostrar miedo, si no, Padre te imita, lloriquea y te llama Gallina, lo hace incluso delante de todos, te avergüenza delante de todos… Padre le dice a las Hermanas que pueden pegarte, se lo dice incluso al Maestro en el Encuentro entre Inexorables… (Luego Madre, en cuanto salieron, le dijo a Padre: «Pero ¿a ti qué mosca te ha picado? Pero ¿qué tienes en esa cabeza? Pero ¿te parece normal que alguien le diga algo así al maestro de su hijo?». A continuación la riña, terrible, hasta la noche, y a continuación en su dormitorio, desde donde seguían oyéndose los gritos, luego el sonido de una bofetada, los gritos de Padre y el llanto de ella…) Había que ser valiente la vez que fue al Dentista a que le sacara el diente de leche picado… No sabías que te causaría un dolor tremendo, como nunca antes lo habías sentido… Fue una cosa rápida, no te dio tiempo ni a gritar cuando todo había terminado y acabaste con la boca llena de sangre; sangre que te caía por la garganta, un sabor a hierro, un olor a hierro… Un miedo tremendo, retroactivo, pero Padre estaba contento: ¡su hijo valiente!…

—Se ha portado como un auténtico campeón en el dentista —le había dicho enseguida a Madre, que, por su parte, lo había besado y abrazado y le había acariciado la cabeza y luego le pidió que abriese la boca y le miró dentro.

—Tienes una buena mella, pero verás cómo te vuelve a crecer pronto: ¿te ha dolido?

—… Sí…

—Pero cómo le va a doler ni doler —había dicho Padre—. Ya es un hombre, no son más que memeces…

Padre usa esa palabra, *memeces*… A menudo no entiendo sus palabras, pero siguen sin gustarme, como si las estropeara, cosas que no son suyas y que se ensucian y se estropean en sus labios finos, que se ponen blancos cuando se enfada, bajo esa nariz gorda, que resopla día y noche… La rabia que le corta la respiración… Memeces de sangre, sangre que sabe a óxido… Salía de la nariz y me chorreaba por los labios, se me metía en la boca desde dentro, desde arriba, por la nariz… Dolor tremendo de aquella lata vuelta del revés que me hizo daño, en lugar de salir disparada hacia delante como una piedra de catapulta… Maldita rama de higuera… Era bonita, recta como ésta, salía de la tierra, junto al tronco de la Higuera Por Encima del Muro, muy flexible… ¡Boinnnggg!… Ponerle encima una lata vacía, a modo de catapulta, sólo había que echarla hacia atrás y la lata, *boing*, volaría lejos, describiendo una parábola, imposible que no funcionase y, en cambio… Rebotó, me dio en la nariz, suerte que el filo no me cortó, si me llega a cortar, seguro que cojo el tétanos… Con toda aquella herrumbre… Y estaría como ahora: arrepentirse antes de morir, como ahora, que caigo y me mato y me he arrepentido y espero no ir al Infierno… Yo soy bueno y estoy sin pecado, menos la Virgen Desnuda… ahh… ¿A qué viene sacar ahora ese tema? ¡Ahora vuelves a tener un pecado y no te da tiempo, no te da tiempo a arrepentirte! ¡Cretino! Debían cambiar la estatua para sacarla en procesión… Empezaban a quitarle la falda, en la sacristía: yo estaba allí sentado, nadie reparaba en mí… Luego me echaron, pero tuve un pensamiento impuro… Quería ver cómo era por abajo, por lo menos ella… No sé cómo son por abajo, ni siquiera cómo es Padre… Ahora me arrepiento una y mil veces y no lo pienso, no pienso ni siquiera un poco en la Virgen desvestida: ¡Señor, ten piedad!… Había cometido un pecado grave, tal vez mortal… Sangre de lata-en-la-nariz-que-chorrea-por-los-labios y el típico sabor a herida en la boca… El típico dolor, el miedo del corte… Pero no había cortes, no había nada… Me iba a casa a lavarme la

sangre, me ponía la mano encima, en la nariz… Había dado el rodeo, como siempre, no quería encontrármelo y, sin embargo, allí estaba, inexorable, enorme, con manchas negras de leopardo, los ojos rojos que parecía que se le iban a salir de la cabeza, las orejas unidas con una tirita, una tirita muy sucia, el resuello, las babas: ¡¡¡Rex!!! Había echado a correr, me dolía muchísimo la nariz, seguía sangrando, se me colaba por entre los dedos, llorabas, nadie por la calle, nadie por ninguna parte, nadie podía ayudarte, defenderte… Escapar *estaba mal*… Quédate quieto, no le des a entender que tienes miedo… Si escapaba era peor, me perseguía, me mordía seguro… De todos modos estoy acabado, estoy perdido, me arrepiento de mis pecados… Mejor quedarse quieto, inmóvil… Él me veía y corría y a lo mejor esperaba que escapase… Te quedaste inmóvil… Lloraba pero estaba inmóvil… Él redujo la velocidad, luego se paró junto a mí, ladeó la cabeza, se acercó despacio, sentía el hedor de su aliento, el olor a jamón rancio, a perro… No ladró, resoplaba por la nariz como Padre, nadie acudía a ayudarme… Se puso a lamerme la sangre de la mano que tenía puesta en la nariz y luego la de la otra, gemía, quería algo… La sangre le gustaba, soltaba babas rojas, se lamía los bigotes…

Como todos saben, el argumento contra el movimiento de Zenón de Elea es correcto y al mismo tiempo incorrecto: Ivo intenta subdividir el espacio que lo separa del fondo de Agujero de Bomba en intervalos cada vez más pequeños, pero siempre existe un límite inexorable, en cualquier sitio, en cualquier caso y para cada cosa.

Por tanto, llega al suelo.

El porrazo no es tan fuerte tras la caída, infinita y espantosa.

El suelo mugriento del agujero lo acoge en pleno arrepentimiento. Cuando Ivo cae entre las ortigas es puro y está listo para el Paraíso.

Bajo las ortigas sólo hay basura, latas oxidadas, mansas esta vez, cortantes, sí, aunque no lo han atacado: Ivo no ha muerto.

La ortiga es casi más grande que él, lo ha rozado por todas partes.

Levanta la cabeza para evaluar la profundidad, pero el borde está ahí, casi a la altura de los ojos.

Y también está Elio, que ha vuelto y lo mira desde arriba.

—¿Pero qué haces ahí abajo? —me pregunta en dialecto.

—Me he caído, mecachis…

Decir muchas veces «mecachis» se convierte en pecado, pero produce satisfacción, es necesario.

—¿Y ahora cómo salgo?

—Agárrate a la lanza —dice Elio, y enuncia la praxis—: Mete los pies en el barro, te haces unos escalones y vas subiendo.

7:47 DE LA TARDE

Un pegote de espaguetis con tomate tirados por el suelo. Un agujero excavado en la tierra árida de un lugar cualquiera no identificable, repleto de espaguetis con tomate aún calientes y llenos de polvo aquí y allá. Luego el agujero se vuelve más grande, una fosa rectangular, los espaguetis con salsa se transforman en inmundicia alimentaria, se huele el hedor, se ve su horror. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? Trata de apartar la mirada de aquella escena que le revuelve el estómago y que lo tiene al borde de las lágrimas.

—*Sorry Sir, but you are snoring too loud, you are disturbing the other passengers*.

La azafata, inclinada desde el pasillo encima de la cabeza del pasajero de al lado, árabe, oscuro y corpulento, está sacudiéndole el hombro. Se despierta y poco le falta para percibir su propio gruñido vergonzoso, que emite desde siempre cuando duerme y que le procuraba lanzamientos de botas en la cara en las garitas de guardia de cuarteles ya lejanos en el tiempo, donde hizo el servicio militar. Un gruñido de facóquero. Inspira profundamente por la boca, reseca, con mal sabor; tiene la nariz obstruida por la sequedad del aire de la cabina. Dormía sentado, se ahogaba y soñaba con espaguetis con tomate por el suelo.

—Snort… esquiusmi…

Se dice *sorri. Sorry*. El inglés, el inglés…

—*I'm sorry, Sir*…

—*You are welcome… No problem, Sir… I also have your problem… Me too*.

El egipcio ha hablado, sabe casi menos inglés que él. La náusea continúa más allá de la visión del sueño, parece aumentar. Busca el botellín de agua en el bolsillo del asiento de delante y bebe un trago largo hasta vaciarlo. La náusea sólo se atenúa un poco.

Has bebido demasiada agua, verás cómo dentro de veinte minutos tienes que levantarte para ir a mear… Los baños sofocantes de los aviones, la luz tenue, el acero inoxidable del váter, el agua de la cisterna de un azul profundo, precioso, digno de los fondos de Giotto… El ruido de los motores, que allí se percibe tan áspero y peligroso, como el rugido de algo sometido a esfuerzo, que no termina de arrancar… El fuego que nos mantiene en el aire, la estela de fuego que nos salva a cada instante, la secuencia infinitamente divisible de microcaídas evitadas y aplazadas a la siguiente fracción de tiempo infinitesimal… Así será durante todo el viaje: no existe el vuelo en sentido propio, sólo existe un desastre continuamente evitado en una secuencia de aplazamientos… Más o menos es así: un avión vuela gracias a su forma, es la forma la que lo mantiene en el aire… Sin embargo, sólo consigue hacerlo a condición de que la velocidad no baje de cierto umbral, de lo contrario cae como una piedra… Los aviones vuelan porque son bonitos… Ésa es mi tesis… Y son bonitos porque vuelan: es su cuerpo de avión el que vuela…

El Tavor ha hecho efecto y lo ha calmado, le ha dejado adormilado durante casi todo el trayecto y ahora desde la ventanilla embadurnada de manchas grasientas ve que la tierra y el agua confluyen en una línea de costa bastante regular. Mira el reloj. Han pasado más o menos dos horas desde que salieron. No ha conseguido dormir en todo el vuelo, como le habría gustado; el dolor de cabeza sigue siendo muy fuerte, cada vez más fuerte.

Ésta es la punta meridional de la Península, ése es el mar, allí al fondo está Grecia, se distingue algo en la oscuridad…

La pierna derecha está completamente dormida, el pie parece haber aumentado de volumen en exceso, es algo que siempre le da repelús, esta vez hasta el glúteo derecho se le ha quedado completamente insensible. Trata de tocarlo metiendo el brazo entre la tela del asiento y la tela del pantalón, empapada de sudor bajo los

muslos: frío en la nuca, calor hirviente en el asiento. Levanta el brazo para regular la salida del aire. La cierra, pero sabe que pronto deberá volver a abrirla.

Parece el culo de otro… Mover la pierna… Cambiar de postura… ¿Cómo lo hacen los que viajan siempre en turista? Se está demasiado estrecho, hace un frío que pela, la ventanilla está llena de la enjundia de todos los que han apoyado la frente, como estoy haciendo yo ahora… Estas líneas aéreas egipcias… Aquella vez en la Etiopian el asiento estaba pringado de mierda… Qué asco, me entran ganas de vomitar… No lo pienses, Ivo, dentro de poco estarás en casa…

Desde entonces trata de viajar siempre en *business*, aunque esta vez no quedaban plazas, había que esperar otras veinticuatro horas en El Cairo, y no le apetecía, la verdad.

Cuando hay que irse, hay que irse: maleta de cabina en mano, taxi, aeropuerto, billete, facturación, despegue y a volar.

Ivo Brandani observa desde la ventanilla el borde del ala de cola, todos los tornillos de cabeza plana, las ligeras rebabas provocadas por el aire que pasa por la cabeza de los que no se encuentran en continuidad perfecta con la superficie. El dispositivo hipersustentador cerrado por completo produce el efecto de un élitro de escarabajo retraído, con comisuras no siempre perfectas, incluso con algunas rebabas. Bonitos los *flaps* cuando vibran al abrirse, cuando se oye el fuerte zumbido del tornillo sin fin que propicia el despliegue de éstos antes del aterrizaje, el ala que se descompone en dos o tres subalas: es el cuerpo volante del avión en busca de eficiencia y sustentación, convirtiéndose en un triplano. Volar es algo pavoroso y antinatural: por mucho que Ivo haya adorado desde siempre los aviones como a divinidades y haya admirado a los pilotos como a superhombres, no ha llegado a acostumbrarse. Cada vez que vuela, debe tomarse un ansiolítico para evitar la oleada de pánico que se apodera de él durante el despegue, cuando le parece que el avión rueda demasiado tiempo, que no consigue elevarse, que está llegando al final de la pista y va a estrellarse contra un obstáculo para terminar

a toda velocidad en el fango que rodea algunos aeropuertos remotos y siniestros.

Voy a vomitar… Qué raro, nunca me he mareado… Vuelo estable, estómago prácticamente vacío y, sin embargo, estas náuseas, el dolor de cabeza… ¡Falta un tornillo! Allí, en el margen de aquella especie de abultamiento, parece que falta un tornillo…

Una llamarada de sudor frío le sube hasta la cabeza helada, señal de que el efecto sublime del Tavor ha pasado y el miedo habitual ha encontrado el camino para volver a asomar. En tierra, el sol ya se ha puesto, pero desde las ventanillas del otro lado entran rayos de luz cegadora. A diez mil metros todavía es de día. En los valles entre las colinas y las montañas, no sabe de qué región de la Península, se acumulan remansos de sombra violeta, pero se sigue viendo el terreno. Dominan el amarillo y el marrón, como siempre, pero todo se va oscureciendo, aunque las cimas más altas de las montañas aún se encuentran a pleno sol. Siempre se sorprende por la inextricable red de señales que el humano ha dejado en la superficie de la Tierra. Vista desde arriba, no le parece que la Península pueda compararse con ningún otro país, por la masacre del territorio, la indeterminación y la multiplicidad de las huellas dejadas por los aborígenes, por el caos y las ruinas, por los terribles bocados de las canteras en las laderas de las montañas, por las marañas irracionales de carreteras, la complejidad de la parcelación, la no forma de los asentamientos de cualquier dimensión y tipo.

No hay duda, el de ahí abajo es mi país… Es inconfundible… No puedo estar en España: el territorio ibérico se parece a éste, pero allí rige cierto orden y aquí no… Mucho menos podría ser Alemania o Inglaterra… Sin duda estoy sobrevolando *mi* Península… Ahí está la marca inconfundible de mis compatriotas, de mi cultura originaria, de la civilización que me ha generado… Ahí está la maraña de voluntades individuales que nunca ha logrado convertirse en sistema, por no decir concordia, comunión, consenso, civilización, salvo en contados lugares y de manera concentrada, privada, jamás pública… «La calidad de una cultura se ve en la conciencia de frontera —dice Franco—. Presta atención cuando sobrevueles un

país. Hay pueblos muy sensibles a las demarcaciones, es decir, a cuando una cosa termina y otra comienza, y hay algo, una línea, un dispositivo, donde reside la información de que ahí hay una discontinuidad que se respeta, que está marcada. También lo puedes llamar sentido del orden, aunque se trata de una actitud más profunda, más compleja. Se trata de algo que significa mucho, porque denota la voluntad de una cultura, de un pueblo, de hacer frente al caos.»

Este discurso le viene a la mente de manera vaga, junto con la sensación de malestar que le produce la visión del territorio de abajo, un malestar que le resulta familiar, un ambiente hogareño, de trapos sucios que nunca se han lavado.

Por supuesto, las fronteras, la limpieza y la claridad de las demarcaciones, la «voluntad de hacer frente al caos», el principio de geometría… Franco tiene razón… ¿Seguirá en Nueva York? Daba clases en Columbia… Aquí todo es poroso y detrítico, un país donde aún puedes vaciar el orinal por la ventana y, si no manchas a nadie, no te dicen nada… La complejidad no consiste en esto, esto sólo es caos y desorganización… La desorganización nunca es compleja, es falta de raciocinio colectivo, es el resultado de la omisión de actos reguladores, es carencia de reglas y desprecio por la ley en sí, es falta de gobierno, de planificación, de proyecto, y es lo que ves aquí abajo, Brandani… Esto te ha dado asco toda la vida: el desorden y las cosas mal hechas, lo dejado de la mano de Dios, las chapuzas, la falta de previsión… Toda una existencia a la espera de que algo cambiase; de que tus semejantes, los que comparten tu misma lengua, tu cultura, se arrepintieran; de que comenzasen a respetar reglas y un proyecto, orden, geometría; de que se dedicasen a la distinción en lugar de a la mezcla de opuestos, en lugar de al batiburrillo de los conjuntos y de los subconjuntos de objetos e iniciativas… Es la incapacidad de decidir, de establecer prioridades, de diferenciar lo que es importante de lo que no lo es… Es la ineptitud histórica para la gestión de la multiplicidad de los intereses personales, todos igualmente importantes… No esperar nunca nada de ellos, de los habitantes de esta península… No esperar nunca

nada distinto de lo que siempre han sido capaces de ser y de producir, es decir, fragmentos de belleza en un mar de mierda… Fragmentos de dignidad y pensamiento en un mar de bajeza y estupidez… Nada más que fragmentos, nunca cabe esperar lo completo, lo consumado… Sólo jirones, más o menos definidos, de iniciativas que no se han llevado a cabo, de objetivos no alcanzados, perseguidos, llevados a término por completo… ¿Qué más da, Brandani? En todo esto radica el gran misterio por resolver de por qué somos como somos… Y, sobre todo, de por qué, pese a conocer nuestra naturaleza hasta el punto de saber representarla a la perfección, no hacemos nada por cambiarla… Nunca nada puesto en común, nunca nada realmente compartido… Salvo esa imagen negativa que tenemos de nosotros mismos y que tan bien se ve desde aquí, desde lo alto, porque marca y deforma el territorio… La falta de un verdadero principio de razón que nos mantenga unidos… Valdría la pena ir a buscar el germen de comunidades pretéritas, más pequeñas que la nacional, averiguar sus fronteras y luego trazarlas… Es decir, *dividirse* al fin, huir los unos de los otros, recuperar los pequeños enclaves culturales que nos han nutrido durante siglos, dar espacio oficialmente a los egoísmos, a las facciones, a las rivalidades, a las ocurrencias individuales… Desmantelar el Estado Central, dejar de comportarse como un gran país industrial… Como si el hecho de ser industrial cualificara de por sí, independientemente de quién esté industrializado y de las consecuencias de la industrialización… Un país familiar y tribal debería tener el valor de reconocerse como tal y de fundar abiertamente su existencia a partir de la familia y la tribu, a partir del olor malsano que reina en el ámbito del parentesco, del clan… Porque lo único digno de respeto, atención y cuidado en nuestro país no reside en lo que ponemos en común y nos representa a todos, sino en nuestros asuntos, en nuestros intereses privados, en el hedor de lo que llamamos «los afectos», en la intimidad de nuestras casas, de nuestras fétidas habitaciones… Y pensar que la única tarea verdadera que tendríamos, en cuanto humanos, sería la lucha contra el caos, contra la separación de lo que se mezcla indebidamente, la diferenciación entre dos cosas, la reformulación del mundo, la

delimitación, la claridad, la geometría, la limpieza, el lustre… En resumidas cuentas, el Orden… Que, ante todo, es orden moral, claro… Sin embargo, el orden moral no nace de «dentro», nace de la construcción y de la gestión del «fuera de nosotros», y es fuera de nosotros desde donde se irradia y penetra en las mentes… Es la norma la que construye la ética y no al contrario… Y es ante todo la norma reguladora de lo visible, es decir, geométrica, espacial, es la limpieza de las cosas externas y corrientes la que genera limpieza moral, no al contrario: ¿por qué debería cumplir la norma si a mi alrededor no veo más que cosas mal hechas, desorden, suciedad, negligencia, desaliño? Hay que dejar de pensar que las cosas nacen *antes en el alma humana* y luego se proyectan en los objetos: eso sólo es así para un número reducido de individuos… Para el resto no es más que un a-quién-coño-le-importa… A quién coño le importa dónde tires el váter y el frigorífico rotos… En las cunetas de las carreteras nacionales: ¿y dónde si no? Parloteaban los filósofos, los psicoanalistas, los religiosos sobre las profundidades insondables del alma humana… La verdad es que somos simples, bidimensionales y gregarios… Nos basta con crecer en una cultura determinada para no poder quitárnosla de encima. Es más, nos convertimos en sus defensores de por vida, convencidos de que, por el mero hecho de haber nacido dentro, ese caldo de cultivo es *el mejor*… La idea de «identidad» se ha construido sobre este sentido natural e idiota de pertenencia, por tanto nuestra identidad se refleja en el caos que se ve aquí abajo, donde las cosas son complicadas, pero no *realmente* complejas… El mito falso de la profundidad, de la complejidad… Sin embargo, se trata únicamente del mal funcionamiento congénito de nuestras mentes, como en una red de carreteras mal diseñada, donde se forman continuos atascos, embotellamientos, accidentes, donde se encuentran tramos milagrosamente libres, espaciosos, por los que se circula bien, a buena velocidad… No sé quién ha inventado el cuento chino de lo profundo, de lo complejo, de lo insondable… Yo siempre me he visto superficial, simple, vacío… A ver, no vacío del todo, sino vacío de ideas endógenas, es decir, carente de la capacidad de producir conceptos propios: todo lo que he pensado y lo que pienso proviene de fuera… Al final, Padre con

sus Tres Preceptos también me dio una orientación… Resumámoslos, pues… El Primero era: *La corbata es un fruncido, el nudo debe hacerse despacio*… El Segundo era: *Cuando conduzcas, es mejor si consideras a los demás conductores* a priori *como locos capaces de hacer cualquier cosa en cualquier momento*… El Tercero… el Tercero era: *Cuando tienes un altercado físico con otro hombre y le tienes miedo, piensa que él también te lo tiene a ti*… A lo mejor había un cuarto, no lo recuerdo… ¡Ah, sí! El Cuarto Precepto era simple, elegante, eficaz: *La prioridad es un deber, no un derecho*… Éste es todo el legado de Padre, herencia genética aparte… Pero al menos eran cosas que él había pensado… Quizá… Ya, quizá no fueran siquiera cosas suyas… El amor tampoco lo he sentido nunca como algo «profundo». Irresistible, sí, arrollador, también, pero ¿qué significa «profundo»? Me enamoré perdidamente de Clara desde el primer instante en que la vi en aquella fiesta, por la forma de su silueta… Por el arco tónico que describía su columna vertebral, por el maravilloso culo prominente, por la promesa de su belleza, en resumidas cuentas… ¿Era algo profundo? Tal vez sí, dado que duró más de ocho años y que aún dura, al menos dentro de mí… A ver, dura la nostalgia profunda de su cuerpo, de su perfume, de su piel, el olor de su aliento, el sonido de su voz, incluso… Se me pone la piel de gallina… De aquella noche han pasado casi cincuenta años… Debo llamarla, escribirle un *e-mail*… ¿Para decirle qué?: «¿Tu recuerdo me sigue poniendo cachondo, así que todavía te quiero?».

La sombra de los valles y de las llanuras se va haciendo más profunda, el avión baila un poco, parece haber descendido, se ven las luces de los coches encadenados en las carreteras. El dolor de cabeza no abandona a Ivo, la náusea tampoco. Vuelve a tener la boca seca, pide un poco de agua a un azafato. Una voz anuncia en inglés que hay que abrocharse los cinturones debido a las turbulencias. El agua está fría, se la bebe despacio, la siente bajar, le deja una estela helada, primero en el esófago y luego en la espuma del estómago. La mucosa del estómago se mueve, se contrae y babea como un molusco: la ha visto en el monitor mientras el gastroenterólogo le practicaba una endoscopia. «Tiene una hernia

de hiato… A su edad es muy frecuente…» Desde entonces no puede evitar imaginarse de ese modo el forro interno de la barriga. Allí abajo se ve algo similar a un enorme vertedero. Un área vasta rodeada de caminos sin asfaltar que parece cubierta de una extensión inmensa de material blancuzco.

La inmundicia es blanca… ¿Se verá desde el espacio?… Ésa es la razón por la que los extraterrestres se mantienen alejados de nosotros: demasiada inmundicia… Nos habrán clasificado entre los *garbage planets* de la galaxia… Árido, cubierto de mares desiertos de vida, repleto de basura… O bien es el polvo lo que los mantiene a distancia, o el fango cuando llueve… El agua está racionada, las costas erosionadas, algunas zonas bajas ya se han inundado y no se puede hacer nada: el Delta del Norte, la Ciudad de Agua, una parte de terreno al sur del Agro… Llueve poco, pero cuando llueve es una debacle que se lo lleva todo… En la Ciudad de Dios, los muros de contención del Río habían cumplido con su deber más o menos durante ciento cuarenta años, antes de la Inundación… Te acuerdas, ¿no? Una devastación implacable, el Apocalipsis: estuvimos meses y meses rompiéndonos los cuernos… El agua salía por las alcantarillas de la Plaza del Templo Pagano, el propio Templo se había anegado primero, las tumbas de los padres de la Patria inundadas… Nunca debí firmar aquel contrato: fue la mayor cagada de mi vida… Quizá no la más grande, pero sí una de las más grandes… Quedaba una capa de barro tremenda… Había que retirarla antes de que se solidificase, de que se convirtiera en polvo… La Urbe no se recuperó, yo ahuequé el ala… ¿Por qué me siento tan mal? Nadie ha conseguido hacer nada contra todo esto… Ningún habitante de la Península, al menos… ¿De qué sirve ya ser un Estado si no se consigue hacer frente a un proceso de atomización como éste? ¿Qué coño estoy pensando? ¿Qué tiene que ver? Pues claro que tiene que ver… ¿Por qué cualquier fenómeno planetario negativo, como la degradación de las cosas que son de todos, incluidos el suelo, la ciudad, las costas o el mar, se siente con más virulencia aquí que en otros sitios? ¿Qué sambenito tiene este país encima que lo envenena desde hace siglos? ¿Es que ya no existen pertenencias? ¿Ni clases?

¿Se han acabado la cultura y la política, amalgamadas la una con la otra y ambas apestadas por la desaparición de los verdaderos derechos, de los deberes compartidos? Vale… Está bien… Si es así, entonces cada uno a lo suyo y que les den por culo a todos… Ya puestos, lo mismo da completar la disgregación… Aprobarla de una vez por todas con un referéndum nacional: ¿que hemos intentado llevar a cabo la Unificación y nos ha salido mal? Pues nada, volveremos a intentarlo cuando se den las condiciones adecuadas… Si sólo se tratara de eso, no sería un gran drama… El problema es la masacre… Sí, la masacre de las cosas, de los objetos, de las ciudades, de las llanuras, de las colinas, de las montañas, de los mares… En todos estos años nos hemos ido cargando la naturaleza un poco cada día… Hemos hecho del territorio una cosa sin sentido, que oscila entre el abandono y la congestión, entre lo demasiado vacío y lo demasiado lleno, entre el silencio absoluto y el estruendo continuo… Lo que hoy en día nos parece «natural» simplemente está en estado de abandono… Es naturaleza ya manipulada de antemano, cuando no destruida, cuando no reducida a vertedero, y luego dejada de la mano de Dios… Pero nada es auténtico: lo que hemos destruido no era más que lo que quedaba de otras destrucciones precedentes e innumerables… Lo que llamamos «naturaleza» no es más que algo ya domesticado y residual… Ya modificado, cuando no reinventado y falsificado a partir de algo que existía antes… Y ese algo, a su vez, era… era la manipulación de un *antes*… Y de otro antes más… Descendemos así hasta el infinito en el Pozo del Tiempo, donde se abren destellos luminosos de eras inmensamente largas, silenciosas, despiadadas, completamente olvidadas y borradas… ¡Allí, en esos tiempos, me habría gustado vivir! Es necesidad de Prehistoria… Ganas de simplificación primordial del mundo… Vivir en el presente, sin pasado, sin futuro… Brandani, cuidado: *nada ha sido nunca simple*… Ni el mundo ni los hombres ni los animales, ni nada de lo demás: nada… Las palabras terminarán… La mente se consumirá… El cerebro, como una castaña seca, fluctuará en un caldo amarillento de suero… Será un coprolito estéril, carente de conexiones, aislado en su recipiente hecho de huesos craneales… Las uniones lesionadas de la calavera, como las

juntas de un viejo automóvil, perderán líquido, que saldrá por las orejas… «No vale la pena», se dirá, se usará la palabra «ya»… Se acercarán curas y monjas, se harán cargo de mi custodia, siempre han estado al acecho, pacientes, pensarán en hacerme mascullar plegarias… *Padre nuestro que estás en los cielos hágase tu voluntad*… Te habrás cagado ya el orgullo por la pata abajo, hará tiempo que se te habrán caído los dientes y no te quedará ni uno… Y bajo todo esto, la rabia, que seguirá royéndote el hígado… El odio por todo residirá detrás de la mirada enrojecida, en la cuenca hinchada de los párpados… Sólo serás humilde en apariencia, Brandani, pero en el fondo te seguirá carcomiendo la imposibilidad de aprobar las cosas, de estar de acuerdo con lo que te rodea, con los humanos que ves… Te han timado sobre lo que el mundo… tu país… podían llegar a ser… Te habías hecho ilusiones sobre que la manecilla del Tiempo fuera también la manecilla de lo Mejor, aunque muchos habían escrito que las cosas no son así… Decían que la Historia no tiene final, que no puede tenerlo. Era lógico, pero nunca llegaste a creértelo *del todo*: te cabreabas cuando oías a alguien sentenciar: «Lo Mejor es enemigo de lo Bueno, del Bien»… ¿Qué pasa entonces conmigo? ¿Con nosotros, que somos los que construimos? ¿A qué estamos dispuestos sino a hacer *lo Mejor*? Decías que tu trabajo servía para mejorar, que el Bien estaba en la Mejora… Decías que *el Bien*, en abstracto, no significa nada… Decías que *el Bien*, con respecto a un río que te corta la carretera, es un Buen Puente, construido con dos cojones… Decías que, si debes cruzar el mar, *el Bien* es un barco bien hecho… Decías que, para una infección, *el Bien* es un antibiótico, que si quieres volar, *el Bien* son las alas… Decías que, para una casa en ruinas, *el Bien* es que alguien la rehabilite y la habite… Pero ahora… Lo cierto es que la suma de todo este bien parcial, puntual, circunscrito, no construye ningún bien más grande, no mejora el mundo, sino que lo domestica y lo mata… Un buen puente no añade nada a un valle… Eso lo pensabas *antes*, Brandani, cuando querías ser ingeniero en lugar de profesor de Filosofía… *Ahora*, en cambio, piensas que un puente subyuga y mortifica el valle, lo vuelve invisible, prácticamente lo anula como forma y como función… Me he equivocado en todo,

cambiar de facultad fue la mayor cagada de mi vida… La motivación fue ridícula… La idea del constructor de puentes, la idea misma del puente como *acción filosófica*… De risa… Me he arruinado la vida… Siempre es mejor decir que hacer… Es mejor escribir y hablar, aunque sea de cosas inútiles y metafísicas, aunque sea de cosas estúpidamente herméticas, metafóricas y abstractas, antes que actuar en lo Concreto… Lo Concreto es cemento solidificado… *Concrete* llaman los ingleses al cemento… Actuar significa combatir, cavar túneles en la realidad, proceder metro a metro quitando los obstáculos poco a poco, como un minero… Quien no está dispuesto a hacerlo, quien, como yo, nunca ha aprendido a hacerlo, no consigue nada… Mejor entonces que se dedique a la palabra, a la filosofía, al arte… Un buen maestro de escuela, un buen empleado valen mucho más que un ingeniero titubeante y deprimido, que un emprendedor débil como fue Padre, con todo su coraje… Un buen cura de pueblo es mejor que un revolucionario de ciudad, que un guerrillero de Sierra Maestra, que alguien que sabe usar la ametralladora, que alguien que trata de sacudir la Historia… Construir algo, un puente, una presa, es sacudir la Historia, es dificultad, es batalla… ¿Y qué ha sido de aquéllos, de todos aquellos que actuaron contra ese tipo particular de Objeto Concreto que es el Estado, que mataron a un montón de gente en nombre del comunismo (hasta tú llegaste a creer en ellos: «Yo no soy como vosotros», ¿recuerdas?)? ¿Qué resultado obtuvieron? Lo Concreto goza de una masa mayor que las demás, por eso, sea cual sea tu objetivo, incluso el más marginal, te hace frente con una inercia invencible… O, al menos para ti, Brandani, siempre ha sido invencible… ¿Actuar de manera concreta? No merece la pena, el mundo no se deja sacudir… Nunca ha valido la pena, ni siquiera probar da resultado… Lo Concreto te interroga constantemente sobre lo que estás dispuesto a hacer para llegar al objetivo… Todo depende de eso… Creías que era más fácil, lo sé… Lo sé… Lo sé… El mundo no te ha acogido como creías al principio… Siempre has encontrado algo, o a alguien, que se interponía en tu camino… No es que la tuvieran tomada contigo, Brandani, es que ni siquiera te veían… Simple: te encontrabas entre ellos y lo que querían alcanzar.

Por eso, cuando no te han aplastado, te han esquivado y, en el mejor de los casos, te han utilizado… Alguna vez que otra hasta han jugado contigo: ¿recuerdas a De Klerk? Era un hijo de puta, de eso no cabe duda… Pero ¿quién era el iluso de los dos? ¿Quién cayó en la trampa por vanidad? Para actuar hay que ser capaz de abrirse paso en lo Concreto, muchos de tus amigos y coetáneos lo comprendían en el acto… ¿Cómo lo sabían? ¿Quién se lo había dicho? Tú nunca has llegado a saberlo, por eso ahora estás aquí, en un mundo completamente diferente del que esperabas, haciendo de asesor por una miseria, sin ninguna salida, ninguna perspectiva que no sea una pensión decente… Sin ningún deseo que no sea disfrutar de un poco de salud para volver a salir en velero hacia las dos de la tarde, cuando se levanta el viento de poniente y el mar se cubre de esquirlas de luz… Ingenieros… Para cada cosa que construimos es necesario que se *destruya* otra… Como ocurre en las faldas de las colinas con las canteras de cemento, en el lecho de los ríos que dan grava, en las montañas de granito… Trefilamos todos los recursos a través de ecuaciones, matematizando el caos… Dios, qué dolor de cabeza… ¿Dónde, dónde se esconde el desorden producido por el sagrado Firth of Forth Bridge? ¿Dónde están las galerías de las minas de su hierro? ¿Y las canteras de arcilla de sus ladrillos? ¿Dónde están los bosques talados para los andamiajes? ¿Dónde estaban las minas de carbón para fundir todo ese metal? Una vez terminado el puente, ¿quién se encargó de reparar la devastación derivada de todo aquel orden? Nadie, creo: las heridas quedaron abiertas… Por eso, desde aquí arriba, el territorio te parece tan contradictorio: señales precisas, geometrías, manufacturas, y luego vertederos, montañas destripadas, canteras, excavaciones… Quiero abolir todo esto… Quiero una refundación integral, completamente biónica y falsa, quiero que cualquier rastro de «naturaleza virgen», por pequeño que sea, se borre del mapa y se rehaga para sustituirlo con copias inocuas… Quiero que lo que ahora mismo sigue teniendo un valor «natural» se fraccione en restos relevantes y se tire en un museo, quiero que el mundo se convierta en un diorama de sí mismo… Quiero a Dios en formol, quiero arañas biónicas, decorativas, de goma… Quiero que se rehaga la dañada Amazonia

con pasta de almendra… Allí, al fondo, como ves, está todo lo que no volverá, es como si hubiese caído por una alcantarilla, es confuso, pero aun así real… ¡Real! Visible, aunque intocable, inalcanzable… No obstante, toda esa materia pretérita me alcanza cuando quiere, me toca, me tortura la memoria a sangre y fuego… Me gustaría liberarme de la memoria de mi vida, que me sale roja por la laringe, incluso vomitármela encima, pero no lo consigo… Todo aquello que permanecerá sepultado en la nada del pasado, que yace en forma de estratos en el fondo de mi mente, sale de noche y baja deslizándose por mi columna: requiere atención, corta como una catana… Cada fragmento, en lugar de combinarse con otros trozos para formar un cuadro legible, coherente, atrae otros fragmentos más profundos, incongruentes, misteriosos, capaces de tocarme en lugares que la memoria ha olvidado, mientras me dicen: «Estás acabado, fin de la partida…». Todo lo que existe, lo que está ahí detenido por siempre en el tiempo, sería *tuyo* si consiguieras reconquistarlo en lugar de quedarte simplemente pasmado… Anulado por la reverberación de esos veranos, de esos sonidos, de ese viento, de esa luz…

Otro ataque de pánico lo obliga a sacar la cartera donde custodia un blíster de Tavor. Los comprimidos vienen delimitados de tres en tres por una marca negra de rotulador, cada segmento contiene la dosis diaria. Sobran dos comprimidos no delimitados que reserva como dosis extra. Mientras saca uno, se afana por producir un poco de saliva, luego se lo mete bajo la lengua, pero sabe que se necesitan al menos veinte minutos para que haga efecto. El dolor de cabeza se ha vuelto furibundo, se siente encerrado en su sitio, atado obligatoriamente por el cinturón de seguridad, con las rodillas apretadas contra el asiento delantero; si pudiera, con tal de sentir un poco de aire gélido en la cara, se lanzaría por la salida de emergencia. Cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás e inspira profundamente para relajar el diafragma. Vuelve a mirar por la ventanilla el territorio informe sobre el que está cayendo la tarde mientras haces de luz absoluta se despliegan como espadas láser desde los ojos de buey en el lado contrario del fuselaje: está

empapado en sudor. Abre el regulador del aire, que lo alivia un poco. Ya no reconoce nada de su país.

¿Qué ciudad es ésa? ¿Qué región estamos sobrevolando? ¿No deberíamos ir más bajo? ¿Cuál será la ruta de aproximación al aeropuerto? ¿Por el norte o por el sur?

Una arcada irrefrenable lo obliga a plegarse hacia delante emitiendo una especie de estertor. El egipcio hace un gesto como para apartarse, pero el cinturón lo mantiene atado al asiento. Se lo desabrocha a toda prisa y hace amago de levantarse. Ivo oye que una azafata lo invita a sentarse, alza la mirada para decir *sorry*, pero en lugar de palabras le sale otra rociada de vómito acuoso. El respaldo del asiento delantero se ha manchado. Ivo extiende las manos para alcanzar la bolsa de papel del bolsillo, pero los dedos no le obedecen.

… Dios no existe… Pero si existe, está escondido ahí abajo en forma de Zarza Ardiente, entre las montañas del Sinaí…

Se gira hacia el egipcio, que está de pie y le hace señas a alguien para que se acerque. Ivo ve que tiene una cortinilla de pelo hecha un desastre y a continuación pierde la consciencia sin darse cuenta de que la ha perdido. O tal vez sí. Imposible saberlo. Sobre la experiencia humana más espantosa y curiosa no se sabe nada. Diez minutos después, el avión ya está en la pista. Ivo Brandani sigue amarrado a su asiento, cubierto con una mantita de viaje con el logotipo de Egyptair, inconsciente, blanco como la pared. Tiene sesenta y nueve años, en principio bien llevados. Cinco días en coma y muere en el hospital.

El resultado anatomopatológico muestra una meningoencefalitis purulenta extendida, con hemorragias corticales y edema. El examen evidencia necrosis de los bulbos olfativos. El líquido cefalorraquídeo se presenta hemorrágico y purulento. La búsqueda de trofozoitos en la materia cerebral ha dado un resultado positivo, evidenciando una infestación masiva producida por la Naegleria fowleri*. Por los datos proporcionados por su patrono, se constata que la víctima regresaba de Egipto. Para el traslado de los restos mortales se han tomado*

todas las precauciones profilácticas que el caso requiere. Los parientes han autorizado la cremación, como exigen las autoridades sanitarias dadas las circunstancias. Se está examinando a todos los pasajeros del vuelo siguiendo el protocolo al considerarse que corren peligro de contagio.

Había regresado una vez acabada la Guerra, en el verano del cuarenta y cinco. Dios sabe cómo, pero lo había conseguido.

Sabía que ella se había ido al campo, a casa de unos amigos, a unos diez kilómetros de la Ciudad de Dios, porque allí todavía se encontraba algo de comer.

Tenía una niña que alimentar fruto de un desliz con él, cuando todavía era suboficial en África.

La ciudad se hallaba inmersa en el calor de agosto. Bajó del tren en la Gran Estación y empezó a buscar un tranvía que lo llevase a casa.

Durante todo el viaje había aspirado el aroma estival de su tierra, que se sentía sobre todo de noche, cuando entraba por las ventanas de aquellos trenes tan lentos que incluso se detenían durante horas y horas, en pleno campo, y se oían los grillos, se veía volar a las luciérnagas. El olor a hierba seca y el vapor del heno cortado luchaban contra el hedor humano del tren, lleno de gente que viajaba desde hacía días, sucia, sudada, atemorizada, agotada.

«Todavía no.»

Ahora percibía a ratos el olor de la Ciudad de Dios, una mezcla de asfalto cocido, polvo y resina de pino; resultaba difícil separar los ingredientes de la hediondez característica de los núcleos habitados: era algo que le llegaba a la nariz e inmediatamente le mandaba una señal de familiaridad, de conocido desde siempre.

No sabía si volver a amar aquella ciudad, aunque no se planteaba seriamente la cuestión. Más bien era incomodidad lo que sentía al oír de nuevo la manera de hablar de aquella gente descamisada, desharrapada, con aquel sudor ácido bajo la ola de calor del momento. Se había desacostumbrado a aquella descortesía desencantada y desengañada. De pronto se acordó de que allí, en

su ciudad, mostrarse amable y atento se consideraba una especie de debilidad.

Justo dos años antes habían bombardeado un barrio popular, precisamente allí, detrás de la Estación. La ciudad se había agitado durante una hora y media bajo las bombas; ése era el tiempo que las formaciones de B-17 habían tardado en rematar el trabajo. Habían muerto cinco mil seres humanos pertenecientes a aquella estirpe vulgar y vil, cuyas mujeres llevaban vestiditos de algodón con flores y zapatos ortopédicos, cuando no eran de hombre o de deporte, el pelo oscuro, sucio. Una delegación de personas que conmemoraban el Suceso pasaba por la Plaza de la Impronta.

El tranvía no funcionaba, aún no o ya no. La gente de la parada le habló de la camioneta que lo sustituía: no hacía exactamente el mismo recorrido, pero le venía bien de todas formas.

Esperó bajo el sol.

«Todavía no.»

Hacía un mes que los Americanos habían llegado a la ciudad. Había incluso alguno con uniforme de gala y banderolas conmemorativas en el grupo que se dirigía a pie hacia el barrio bombardeado.

«Ciudad Abierta, ¡y una mierda!», pensaba sin ser capaz de desembarazarse del estado mental de la Guerra, de la contingencia política, aunque hacía tiempo que se sentía, como muchos otros, del todo indeciso y casi perdido por no saber de qué parte estar, si bien sólo había una. Había sido difícil, de hecho imposible, mantener un equilibrio entre el deseo de dignidad y el de estar en el bando correcto.

«Una traición es una traición», se lo había repetido muchas veces.

Y también se había repetido muchas veces que una guerra equivocada hay que acabarla lo antes posible, sobre todo si se está perdiendo. Después, el sentimiento de dignidad volvía a imponerse y daba paso a otro ciclo de reflexiones inútiles.

«A saber qué se creían éstos… Mientras masacraban a gente por todas partes, querían que se respetase la Ciudad… La Iglesia, claro,

el Pontífice… La basílica nos la han bombardeado igual, aunque fuese cosa de ellos, de los curas… Nos lo tenemos merecido… Así aprenderemos a no entrar en guerra con el primer gilipollas que nos lo proponga… No volverán a engañarme nunca más…»

Irse de España había sido otra de las cosas difíciles de hacer o pensar, pero ahora estaba aquí, en casa. Primero una lancha rumbo a la Isla, luego dos semanas para encontrar un pasaje a la Península, después un tren a la Ciudad de Dios.

La camioneta lo dejó detrás de casa.

«Todavía no.»

Apenas lograba reconocer sus lugares, el vecindario donde vivía. La portera lo escrutaba mientras le entregaba las llaves y le hacía preguntas a las que respondió con síes, noes y claros.

En el quinto piso, el apartamento deteriorado que daba enteramente al patio. La luz, reflejada en gris por la pared de enfrente, entraba por las ventanas abiertas de par en par después de meses de aire viciado. El grifo de la bañera que perdía agua sobre la capa de herrumbre acumulada en el hierro porcelanizado, el papel pintado con estampado triste, la sala de estar con las tripolinas que había traído de África casi dos años antes, la lámpara de pie con la pantalla cubierta de cagadas de moscas…

Su casa.

Se lavó y salió a buscar algo de comer. Un estraperlista le vendió media hogaza de pan, un poco de queso *provolone* y una botella de leche.

Comió sentado en la cocina, luego durmió toda la tarde y toda la noche de un tirón, hasta que se despertó por la mañana temprano a causa del hambre. Se hizo un cuenco de sopa de leche, después otro. Sin azúcar, no había en casa.

Se volvió a lavar y se deleitó un buen rato en el agua fría. Se puso un traje limpio, llenó una maleta pequeña de ropa, salió y volvió a ir hacia la zona de la Estación.

«Todavía no.»

Encontró un autocar que iba hacia el norte por la vía consular. El viaje duró casi tres horas, pero, una vez que bajó, llegó a la casa en

pocos minutos.

—Ella no está, ha salido a dar una vuelta con la niña —le dijo Flavia, sorprendida de verlo.

«Todavía no.»

Fue a buscarla y de repente la vio a lo lejos, mientras volvía. Vestido ligero, escotado, de algodón con flores, falda de tablas, tobillos finos, pelo rubio, pecho alto, sonrisa, paso apresurado al verlo. Corría con su hija en brazos, con los ojos azules brillantes por las lágrimas. Avanzó unos pocos metros y ya le caían por las pecas de las mejillas. Abrazo fortísimo; de pronto el olor de ella y de la niña, medio aplastada entre los dos.

La vaharada de calor que empezó a subirle por la espalda se manifestaba fulgurante en la base del cuello, en los músculos de la nuca, donde ya estaba la mano de ella, que lo besaba.

«Todavía no.»

NOTAS

[1] Miembro de la organización juvenil Opera Nazionale Balilla, que agrupaba a niños de entre ocho y catorce años para educarlos en la ideología fascista. (Nota de las traductoras.)